



AL
SERVICIO
DEL
IMPERIO

Una cohorte cántabra en Judea

PEDRO SANTAMARÍA

Pàmies

D.J.57

PEDRO SANTAMARÍA

AL
SERVICIO

DEL
IMPERIO



Primera edición: mayo de 2018

Copyright © 2018 de Pedro Santamaría Fernández

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-16970-65-0

BIC: FV

Ilustración de cubierta y rótulos: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A mi abuela Crisanta Velasco Santamaría.
Sit tibi terra levis.

«Delante, los cántabros, a quienes no doblégan ni el frío, ni el calor ni el hambre y que salen triunfantes de cualquier penalidad. Siente este pueblo una extraña inclinación: cuando la pesada vejez los llena de canas, le arrebatan al destino los años que han de pasar ya sin combatir y no soportan la vida sin la guerra. Y es que la única razón de su existencia radica en las armas; les repugna vivir en paz».

Silio Itálico

«The God of the Old Testament is arguably the most unpleasant character in all fiction: jealous and proud of it; a petty, unjust, unforgiving control-freak; a vindictive, bloodthirsty ethnic cleanser; a misogynistic, homophobic, racist, infanticidal, genocidal, filicidal, pestilential, megalomaniacal, sadomasochistic, capriciously malevolent bully».

Richard Dawkins

«Según se es, así se ama».

José Ortega y Gasset

«Algún día el dolor te será útil».

Ovidio

ÍNDICE

MAPA DE PALESTINA EN EL SIGLO I A. C.

MAPA DE JERUSALÉN EN EL SIGLO I A. C.

PRIMERA PARTE. DOS MUNDOS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

SEGUNDA PARTE. REVUELTA

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

TERCERA PARTE. REVOLUCIÓN

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

CUARTA PARTE. APOCALIPSIS

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

EPÍLOGO

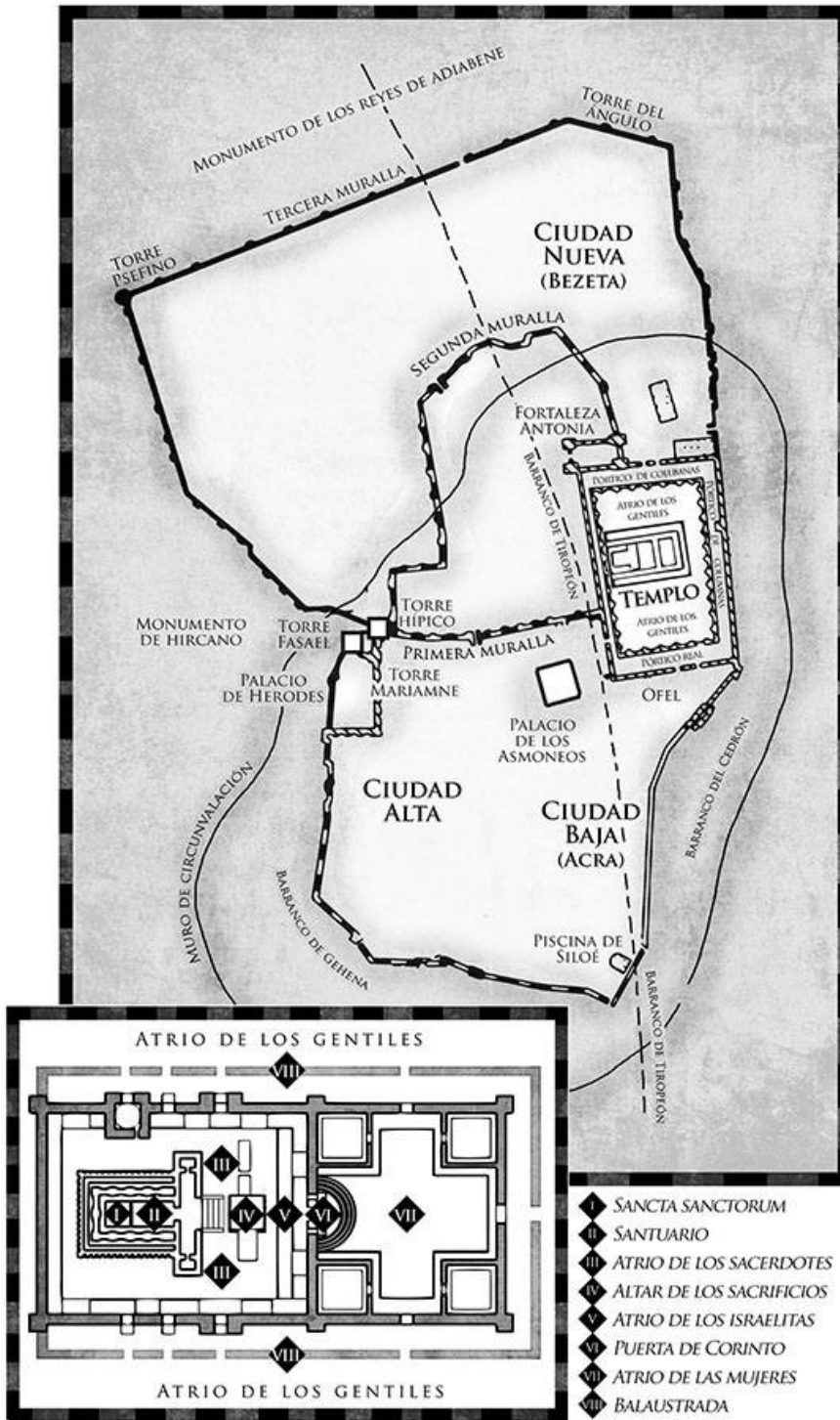
NOTA DEL AUTOR

CONTENIDO EXTRA



PALESTINA ROMANA EN EL SIGLO I d.C.

CIUDAD Y TEMPLO DE JERUSALÉN EN EL SIGLO I d.C.



PRIMERA PARTE

DOS MUNDOS

PRÓLOGO

JERUSALÉN
VERANO 70 D. C.

—¡Alto!

El cántabro se detuvo al oír la voz ronca del oficial.

A su alrededor, cesaron el tintineo de las armas y el repiqueteo de las tachuelas sobre el empedrado.

Silencio.

La callejuela era estrecha y polvorienta, tortuosa, como casi todas las calles de aquella ciudad maldita. Apestaba a muerte y a excrementos, a podredumbre, a hambre y miseria.

Y hacía calor. Mucho calor. El joven soldado llevaba días sin ver una mísera nube en el cielo, y el sol, en su cénit, inmóvil, golpeaba con saña, como un martillo en la fragua del herrero. Ni su cuerpo, ni los estandartes de la cohorte ni las casas daban sombra, y el sudor que le nacía en las sienas iba abriendo diminutos surcos en la suciedad incrustada y vieja que le cubría la cara. El casco ardía, y, bajo las placas de la armadura, podía sentir la túnica completamente pegada al cuerpo, empapada en torso y espalda, la nariz reseca, el polvo en la boca, la lengua pastosa, la costra de saliva seca y blanca en las comisuras de los labios.

—¡Formación cerrada! —gritó el oficial en latín—. ¡Rodilla en tierra!

De nuevo el tintineo y de nuevo el silencio.

Un lustro atrás, cuando se alistaron, ese mismo oficial se había dirigido a ellos en el idioma de los cántabros, aunque, poco a poco, y a lo largo de los años, el latín había ido usurpando sus vidas. De los cuatrocientos ochenta muchachos que habían salido de Cantabria, apenas quedaba la mitad, y aquella guerra, que el joven aún no comprendía del todo, parecía no tener fin. Cada monte pedregoso, cada fortaleza, cada calle, cada casa eran un campo de batalla.

El cántabro giró la cabeza y miró a su derecha, a su compañero, y pudo hacerse una idea clara de su propio aspecto.

—¿Te queda agua? —preguntó el joven en la lengua de sus padres.

—No —dijo aquel sin más.

El cántabro asintió. Estalló entonces, a lo lejos, el rumor informe y cacofónico del combate.

—Deben de ser los de la X, en el mercado —dijo uno de sus compañeros de contubernio tres cuerpos más allá.

Alguien gruñó un asentimiento.

El cántabro miró a su espalda, al estandarte de la cohorte, ajado y descolorido tras cuatro años de guerra, rojo, con las letras «CIIC» bordadas en blanco, y tuvo el repentino y oscuro presentimiento de que jamás volvería a la tierra que le había visto nacer.

—¡Desenvainad! —gritó el oficial.

El joven restregó la mano derecha en el suelo para secarse el sudor de la palma, asió la empuñadura del arma y la hoja siseó al abandonar la vaina.

Los judíos estaban allí, lo sabía, esperando, ocultos entre los callejones: un pueblo entero en armas blandiendo cuchillos, espadas arrebatadas a los caídos, lanzas caseras, escudos redondos y pequeños, hondas y arcos. La mayoría de ellos no llevaba armadura, estaban hambrientos y desesperados tras meses de asedio, pero seguían mostrándose desafiantes y arrojados hasta la demencia.

Un grito de carga, aullando por miles de gargantas invisibles que apelaban a su dios, restalló en el callejón momentos antes de que una muchedumbre de cuerpos pardos y barbudos se abalanzara sobre ellos a la carrera.

—¡En pie! —gritó el oficial—. ¡Aguantad!

El cántabro sintió el escudo de un compañero en la espalda y un escalofrío en la columna. El corazón le empezó a latir con fuerza. No era la primera vez que soportaban una carga, ni que luchaban por las calles, pero esta, por algún motivo que hubiera sido incapaz de explicar, se le antojó diferente.

—¡Aguantad! —repitió el oficial a voz en cuello.

Veinte pasos. Diez pasos. Cinco pasos. Gritos desbocados, ojos enloquecidos, destello de puntas de hierro que pronto buscarían un hueco entre los escudos y las armaduras de unos hombres cuyo cometido era someter a los judíos al poder de Roma y del emperador.

Una nube de sombras alargadas surgió a espaldas de la cohorte, silbó sobre sus cabezas, oscureció el sol un instante y, acto seguido, cayó sobre los judíos abatiendo a docenas de ellos. El cántabro alzó el escudo para detener el primer golpe, asestado por un gigante con más fuerza, odio y saña que pericia. Sintió dolor en el brazo izquierdo y el crujir de la madera y, de forma instintiva, lanzó una estocada que hizo carne y luego sangre. Un alarido de dolor. La primera

línea de la cohorte se vio completamente sumida en el horrísono fragor del combate. El joven retiró la espada del cuerpo de su atacante sin saber dónde le había alcanzado. Eso era lo de menos. En la confusión de la lucha era prácticamente imposible escoger el punto concreto en el que hundir la hoja. Pero la vida es tozuda. El gigante soltó su arma, una espada romana, y, en vez de desplomarse, aferró el escudo del joven con las dos manos y tiró hacia sí. Otra estocada. Otro alarido de dolor. Forcejeo. Miedo. Una estocada más. Pero, con tres agujeros en el cuerpo, el gigante seguía tirando del escudo como si antes de cargar se hubiera prometido a sí mismo, o a su dios, llevarse consigo al infierno al menos a uno de los extranjeros.

El cántabro hizo lo posible por seguir aferrado a su defensa. Lanzó una cuarta estocada con la diestra al tiempo que su mano izquierda perdía el control del escudo. Una cuarta herida a ciegas. El gigante, esta vez sí, se tambaleó y cayó de rodillas sin soltar la defensa de su contrincante.

Bastó ese hueco, ese instante, ese latido, para que la punta de hierro de una lanza judía se le hundiera al joven soldado en la garganta.

El cántabro abrió los ojos al máximo, soltó el escudo y la espada. Se llevó las manos a la garganta. Cayó de rodillas. Luego de bruces sobre su enemigo.

—¡Atrás! —gritó la voz del oficial.

Fue lo último que oyó. Y supo que no volvería a ver su aldea.

1

Por supuesto. Siéntate. No seré yo quien le niegue a un caminante un lugar junto a mi hoguera. El fuego siempre es generoso, y la noche promete ser fría. Adelante, no te quedes ahí, siéntate. ¿Quieres un poco de vino? No queda mucho, ni es de calidad. Aunque también es cierto que no hay vino malo si la compañía es buena. Pareces cansado. ¿Hacia dónde te diriges?

Vaya... Pues tienes un largo camino por delante...

¿Yo? A Cantabria.

Sí, tienes razón; es un lugar remoto y hosco, pero es allí donde nací y es allí donde quiero que descansen mis huesos. Quiero volver a ver sus bosques, sus montañas nevadas, su mar bravío, sus cielos grises. Quiero volver a sentir la lluvia fría empapándome la cara y el cuerpo, y escuchar una vez más la lengua brusca y directa de sus gentes. Aunque llevo tanto tiempo sin hablarla que espero poder articular alguna palabra.

Cierto, los recuerdos suelen ser engañosos, más aún después de tanto tiempo. Aunque estarás de acuerdo en que no ocurre lo mismo con el olfato. ¿Verdad que no? Aún hoy vuelvo a mi niñez cuando huelo a hierba recién segada, a leche fresca de vaca, a nubes cargadas de lluvia, a tierra húmeda, a boñiga... Y a veces sueño. Sueño que vuelvo a mi aldea, que aún soy joven, que veo a mi madre, a mis amigos, a mis tíos, que nada ha cambiado, que todos me reciben felices. Que llego con una mula repleta de riquezas, tal y como pensé que volvería cuando me marché... y que Aia sigue esperándome. Que...

Perdona, a veces me atonta mirar a las llamas. ¿Qué has dicho?

¿Aia? Una muchacha de mi aldea. Yo tenía diecisiete años y ella, quince. Ya no me acuerdo de su cara, se fue desdibujando con los años, como los colores al sol, poco a poco, sin darme cuenta. Llegó un día en el que simplemente fui incapaz de evocar su imagen. Pero sí recuerdo que era pelirroja y muy bella..., o al menos a mí me lo parecía.

Sí, amigo mío. ¿Te importa que te llame amigo? En parte me fui por ella y en parte por mí. Verás, entre los míos, y al contrario de lo que ocurre en otras partes

del Imperio, es el hombre el que aporta la dote. O al menos así era hace veinticinco años. No sé si las cosas habrán cambiado desde entonces. Supongo que sí.

Un cuarto de siglo ya..., y yo que juré, bajo el viejo tejo, volver pasados uno o dos años. No sé...

Que no te extrañe. En realidad la dote no es más que una especie de pago por la mujer, un intercambio comercial, y el padre de Aia sabía que su hija era un tesoro que bien valía dos o tres buenas vacas. Podríamos haber huido juntos, sí, pero ella jamás hubiera abandonado a sus padres... Lealtad, la más valiosa de las virtudes. Por eso me fui, porque la quería y porque no tenía nada que dar por ella, ni forma de conseguirlo si me quedaba allí.

Bueno, no solo por eso. Estaba harto del ganado, harto de segar, harto de la boñiga, de la leche... Vivíamos en el valle, junto al río. No eran más que un puñado de chozas, y yo no conocía otra cosa. Pero la vida en Cantabria no siempre había sido así, el mundo en el que habían vivido nuestros abuelos había sido muy diferente, aunque nadie hablaba de ello...

Perdóname. A veces me pongo hablar y... ¿Quieres queso? ¿Te apetece? Toma, corta lo que quieras.

¿Que por qué no se hablaba de ello? Cómo explicarlo... No sé qué edad tenía, era muy pequeño, pero recuerdo que muchas noches, cuando en el hogar no quedaban más que rescoldos, solía esperar a que mi madre se durmiera para buscar el calor de mi abuelo. Vivíamos los tres en la misma choza, con las gallinas y un par de cerdos. También teníamos una vaca; estaba escuálida, pero daba buena leche. Era entonces cuando mi abuelo, entre susurros, me hablaba de la Gran Guerra. Él lo había visto todo, la había vivido siendo un niño. Recuerdo cómo sus palabras se convertían para mí en vívidas imágenes que, más tarde, cuando caía rendido, se transformaban en sueños.

Mi abuelo hablaba con añoranza de un mundo mejor, brutal, belicoso, pero mejor. De los ritos a la luz de la luna llena, de los tambores, las flautas, de los bailes frenéticos de los guerreros..., de los cuernos repletos de sangre de caballo que bebían sus mayores para adquirir la fuerza de ese noble animal antes del combate. Hablaba de un tiempo pasado en el que los cántabros habíamos sido libres. «El último pueblo en ser obligado a cargar con el yugo del Imperio», decía. El último. Un tiempo de hombres fuertes y valientes. Habíamos sido un pueblo poderoso, respetado, temido, orgulloso, irreductible, incapaz de inclinar la cerviz o de hundir la rodilla en tierra ante nadie. Y mucho menos ante el emperador.

Y me hablaba de su padre, un gran guerrero, muerto en combate ante sus propios ojos cuando, después de meses de asedio, los romanos lograron abrir brecha en las defensas del castro. Me contaba cómo murió: blandiendo su poderosa hacha de doble filo, entre las llamas, rodeado de los cadáveres de sus amigos y compañeros, abatiendo a un romano tras otro, intentando defender su hogar, su familia y su forma de vida. Me hablaba de lo que ocurrió después, de cómo los romanos crucificaron a los supervivientes y de cómo los cántabros, desafiante en la cruz, entonaban cantos de victoria. Me contaba que los romanos incendiaron el castro, que se llevaron cautivas a muchas mujeres después de violarlas, entre ellas a su propia madre y a su hermana, y que les cortaron la mano derecha a todos los varones, fuera cual fuera su edad, para que jamás volviera nuestro pueblo a alzarse en armas contra Roma. Prueba de ello era el muñón que mi abuelo lucía en el brazo derecho y del que estaba orgulloso. Me contaba cómo los obligaron a todos a abandonar el castro, a asentarse en el valle, a derribar sus propias murallas...

El abuelo solía quedarse ensimismado cuando me lo contaba. Como yo hace un instante. Me pregunto si empiezo a parecerme a él.

Siempre se lamentaba. Le dolía pensar en lo que nos habíamos convertido después de la Gran Guerra: un pueblo condenado a malvivir arando la tierra, a subsistir del ganado..., a una vida miserable, en el valle, junto al río, a la sombra de la cumbre donde una vez se alzara orgulloso y desafiante el castro.

Bien es cierto que mi abuelo jamás perdió la esperanza.

Hay algo perverso en la esperanza, ¿no crees? Es como la última línea de defensa. Implica resignación, tristeza, derrota... Es aceptar que ya no puedes hacer nada y confiar en que las cosas vayan a cambiar tarde o temprano, como por embrujo, solo porque hay una fuerza superior que impide que exista la injusticia en el mundo. Pero la magia no existe, y a los dioses no les importamos.

Fíjate, el viejo decía que existía una profecía, que estaba escrito en las estrellas que algún día volvería un hombre, un guerrero poderoso y que, con él, Cantabria volvería a alzarse, que Roma volvería a probar nuestro hierro y que volveríamos a ser libres. Muchas veces llegué a pensar que aquel guerrero destinado a liberar a mi pueblo bien podía ser yo. Sueños de niñez. Ya sabes, todos nos creemos especiales de algún modo hasta que la vida se encarga de domarnos. Pero he vivido lo suficiente, y he estado en muchos lugares, y sé que todos los pueblos sometidos tienen una leyenda parecida.

Yo quería luchar contra Roma... y, en mi inocencia, le preguntaba que dónde estaba aquel odiado lugar. Mi abuelo solía sonreír y asentir cuando se lo

preguntaba. Sé que veía en mí, en mi pasión por sus palabras y en mi juventud, la promesa de que su mundo y sus recuerdos no se desvanecerían en el olvido, de que la llama de su pueblo, aunque tenue y a merced del viento, seguiría viva en mí. ¿Y sabes qué solía contestarme cuando le preguntaba que dónde estaba Roma? Que no lo sabía con exactitud, pero que probablemente no estuviera a más de diez o doce días de camino. Pobre hombre. Mi abuelo odiaba a Roma y me hizo jurar que yo también la odiaría. No le culpo: muchas veces el odio y la esperanza marchan de la mano, pero ni el uno ni la otra son buena compañía.

¿Ahora? No. Ahora soy ciudadano romano. Ya no odio nada ni a nadie.

¿Quieres un poco más de queso?

Mi abuelo y mi madre no se soportaban, aunque se necesitaban para sobrevivir. Ella solía culparle de que mi padre se hubiera marchado. Nunca volvió. Pero, escucha, quizá te esté cansando con toda esta historia... Ya sabes que no hay mejor confidente que un extraño a quien no conoces y a quien probablemente jamás vuelvas a ver.

¿Sí? ¿No te importa? Quizá sea la edad..., quizá me pase como a mi abuelo y tema que mis recuerdos mueran conmigo.

Yo creo que mi padre y mi madre se querían, porque mi madre nunca dejó de preguntar por él a los pocos caminantes que pasaban por la aldea. Y porque jamás se volvió a casar. Decía que mi abuelo le había llenado a mi padre la cabeza de historias, de leyendas y sandeces, y me decía que no escuchara al viejo, que no contaba más que mentiras.

Pero yo sabía que el anciano decía la verdad porque, en primavera, cuando las tormentas sacudían el cielo y hacían retumbar la tierra, cuando la lluvia caía durante días y embarraba los campos, y del monte nacían riachuelos, torrentes y cascadas, mi amigo y yo subíamos a la cumbre en la que mi abuelo decía que se había alzado el castro. Estaba prohibido ir. Pero no nos importaba.

Arán. Mi amigo se llamaba Arán.

Cuando pasaban las tormentas y nos mandaban a por leña, o a recoger bellotas para hacer el pan, subíamos a aquel lugar prohibido porque sabíamos que el agua, al remover la tierra, hacía surgir vestigios de lo que mi abuelo decía que habíamos sido.

¡Lo que encontrábamos allí! Pequeños trozos de hierro roñoso y apelmazado, fragmentos de cerámica con algún dibujo, huesos, algunos de animales, otros humanos. Pero también encontrábamos cascos abollados, puntas de flecha dobladas, bolas de piedra, varas de hierro oxidadas, grandes clavos, tachuelas, umbos, cráneos... Una vez incluso encontramos una espada doblada y dentada.

A veces, la lluvia desenterraba grupos de esqueletos humanos enteros. Y yo me preguntaba si alguno de ellos sería el padre de mi abuelo.

La explanada que en su día ocupara el antiguo castro era enorme y en muchos lugares las piedras eran negras, del negro que solo puede producir el fuego.

Sí...

Sí...

«Te esperaré». Esas fueron las últimas palabras de Aia. Me las dijo a la sombra del viejo tejo, en el mismo lugar en el que días antes muriera mi abuelo, cansado de vivir y de esperar. El anciano se suicidó comiendo las hojas de ese árbol, sagrado entre los míos, y dejó que su cuerpo fuera devorado por los buitres, convencido de que estos llevarían su alma al cielo, donde podría encontrarse de nuevo con su padre. Decía que allí se uniría a él en la eterna batalla que se libraba en el firmamento, entre las estrellas, entre las fuerzas del bien y del mal, del día y de la noche, de la luz y las tinieblas...

Fue durante el reinado de Nerón, en el año de los consulados de Nerva y Vestino, aunque entonces yo no sabía que los romanos llamaban a los años según los nombres de los cónsules.

Hoy sé también que aquel fue el año en que murió un sabio hispano: Séneca.

Hace frío, ¿no crees?

Echemos un poco más de leña al fuego.

2

«Morimos cada día».

Séneca

CERCA DE ROMA

PRIMAVERA 65 D. C.

Atardecía.

El sol, moribundo, teñía de rojo un puñado de nubes lejanas y dispersas que parecían inmóviles en un cielo de tono azul y escarlata. Una leve brisa mecía de vez en cuando las copas de los cipreses que rodeaban el jardín de Lucio Anneo Séneca. El canto de los pájaros, siempre alegre, y el sordo rumor del agua de la fuente, plácido y constante, parecían hoy ser portadores de malos augurios.

Los comensales estaban en silencio, algo insólito en casa del viejo filósofo.

—Lo más probable es que mañana refresque —dijo Lucilio, el joven abogado.

No hubo respuesta inmediata.

—Sí, dicen que los vientos están a punto de cambiar —convino un instante después Estacio, el médico.

—Los vientos... —dijo Séneca para sí, sin dirigirse a nadie en concreto, ensimismado, observando la uva que sostenía con el índice y el pulgar, dándole vueltas, como si temiera metérsela en la boca. El sabio volvió a dejar el fruto arrancado sobre la bandeja de plata.

Tanto su esposa Paulina como sus dos invitados le miraron, confiando en que el filósofo dijera algo más, que se arrancara, como siempre, a exprimir aquella frase insustancial sobre el tiempo hasta convertirla en una elaborada analogía sobre la virtud, la clemencia, la cólera, la felicidad, la serenidad, la vida o la muerte. Pero Séneca no dijo más, se limitó a alargar la mano arrugada, venosa y moteada de vejez, hacia el cuenco de agua que tenía delante y se lo llevó a los labios. Bebió sin ganas, sin sed. Fue un acto mecánico, inconsciente.

—Este año la cosecha será abundante —dijo Lucilio en un último intento por

ahuyentar el silencio, como quien enciende una antorcha para espantar las sombras de una mazmorra.

Fue inútil.

Paulina, tumbada en el diván contiguo al de su marido, acarició el rostro ausente del anciano sabio. Séneca se volvió lentamente y ambos se miraron. Los ojos tristes y cansados del filósofo le hablaron a la mujer de una profunda tortura interna, de la carcoma del alma, de la sensación asfixiante de que su misma existencia había sido infecunda: setenta años de camino recorrido, de senderos creados con palabras hacia lo que había resultado ser la nada más absoluta. Paulina supo entonces que, para su marido, aquel no era momento de filosofar en voz alta, sino de vivir la filosofía en silencio, porque Séneca presentía que el momento estaba cerca, que todo lo dicho, que todo lo escrito, estaba a punto de ser puesto a prueba.

La conspiración de Pisón para asesinar al emperador había sido descubierta. Las mazmorras de Roma estaban atestadas de conjurados y sospechosos hasta el punto de haberse hecho necesario habilitar los cuarteles de la guardia pretoriana para hacinarlos a todos. Día a día se sucedían las torturas y las ejecuciones. Tigelino, prefecto de la guardia, les prometía a los reos tanto la vida como la libertad si denunciaban a otros conjurados. Y estos —senadores, caballeros, comerciantes, libertos, esclavos—, con los miembros dislocados, los huesos rotos, los cuerpos ensangrentados y la moral quebrada, entre gritos, lamentos, llantos y súplicas de clemencia, decían nombres y más nombres en la penumbra húmeda de sus celdas. Un nombre tras otro, estuvieran o no entre los conjurados, eso era lo de menos. Lo importante era que acabaran las palizas, los hierros al rojo en la carne, los latigazos, los punzones clavados a martillazos en las rodillas, los dedos amputados uno a uno... Que acabara el sufrimiento, ya fuese volviendo a la vida o precipitándose al vacío de la muerte.

Y así, una detención llevaba a otra, y esa a otras cinco, y cada una de esas cinco a otras tantas. Y se sucedían las ejecuciones y las torturas. Tan solo una mujer, una de las conjuradas, una liberta llamada Epícaris, había soportado todos los tormentos desde el principio sin decir un solo nombre haciendo gala de una entereza que hasta el mismísimo Catón hubiera envidiado.

Nerón y Tigelino parecían dispuestos a acabar con Roma entera, a teñir el Tíber de sangre.

Tarde o temprano alguien diría el nombre de Lucio Anneo Séneca, el sabio que hasta hacía poco más de un año, y desde la tierna infancia del emperador, había guiado, o al menos intentado guiar, los pasos del monstruo. Y cuando alguien

dijera el nombre del filósofo, Tigelino alzaría una ceja, le pediría al reo que repitiera ese nombre, esbozaría su media sonrisa lobuna y, después de saborear su victoria, informaría en persona al emperador del resultado de sus pesquisas. Nerón diría algo parecido a «lo sabía» y entonces... entonces...

Séneca miró a su alrededor. Qué bellas estaban las flores del jardín ahora que aprovechaban los rayos suaves y amables de un sol ya cansado: narcisos amarillos y blancos, rosas rojas, gladiolos, violas, todas ellas cuidadas con mimo por Paulina, que había convertido aquel rincón del mundo en todo un vergel de color y vida que estallaba en primavera como estalla una tormenta. Siempre le había gustado el jardín: la hermosura tranquila y serena de las flores, siempre bellas, dóciles, mansas, humildes y orgullosas a su modo cuando Paulina las cortaba para adornar una mesa o engalanarse el cabello. Lo que nunca le había ocurrido al sabio es que tal hermosura le resultara desbordante, sobrenatural, intensa hasta el punto de sentir un escalofrío.

—Es probable que el verano sea tórrido. Más aún que el anterior —dijo el médico sin pensar. Y supo, nada más cerrar la boca, que había errado.

La mente de todos se vio asaltada por el recuerdo del incendio que había devorado Roma meses atrás: las llamas, los gritos, el calor, el olor a carne humana chamuscada, el infierno, la confusión... Miles de familias desposeídas anegando el Campo de Marte, las plazas, los jardines y los pocos templos que habían quedado indemnes. Séneca recordó cómo, una vez extinguidas las llamas, y en una ciudad ya convertida en escombros negros y aún humeantes, brotó un incendio aún más pernicioso. De boca en boca corrió el rumor de que había sido el propio emperador quien había ordenado incendiar la ciudad, muchos romanos dijeron haber visto a hombres de la guardia pretoriana lanzar antorchas contra los endeble edificios de viviendas y que Nerón, enajenado, mientras observaba el desastre, había cantado y tocado la lira, evocando la destrucción de Troya. Pero era todo mentira. Mentiras convertidas en verdad por una muchedumbre airada que lo había perdido todo. Mentiras que habían prendido en unas mentes secas en las que alimentarse y por las que propagarse.

Era cierto que Nerón, a lo largo de los años, había matado a su esposa Octavia y a su hermanastro Británico, hijos ambos del emperador Claudio; a Rubelio Plauto, descendiente directo de Tiberio; a Fausto Cornelio Sila, bisnieto de Marco Antonio y Octavia la Menor, y a todo aquel que tuviese una sola gota de sangre Julio-Claudia, crímenes cometidos en nombre de Roma y por el bien del Imperio. Sin embargo, nadie le había llegado a perdonar jamás que matara a su madre, Agripina la Menor. Porque, a ojos del pueblo, un hombre que es capaz de

matar a una madre es capaz de cualquier cosa. Cuestión aparte era que Agripina hubiera sido una arpía, una mujer retorcida, cruel y ambiciosa, un ser sin escrúpulos, manipuladora, implacable, culpable también de un buen número de asesinatos. Pero eso era lo de menos. Era su madre. Y aunque fuera el más justificado de todos los asesinatos ordenados por el emperador, las masas nunca habían llegado a comprenderlo. Y para poder perdonar es necesario primero comprender.

No. Nerón no había incendiado Roma; amaba la ciudad y, como artista, amaba a su público, que no era otro que el pueblo. Así que antes de perder su favor prefirió buscar un culpable: los cristianos.

Roma estaba infestada, contaminada, pervertida por ritos y creencias llegadas de Oriente que devoraban mentes simples y se extendían como una plaga. Los viejos dioses se batían en retirada ante la pujanza de las religiones extranjeras. Las cloacas de Oriente desembocaban en el Tíber y vertían allí su ponzoña: sirios, egipcios, persas, árabes, indios y judíos; Isis, Mitra, Zoroastro, Yavé..., Cristo.

Los antiguos dioses habían sido clementes, tolerantes; ese había sido su error. Los cristianos, una especie de judíos renegados, no se contentaban con creer sus propias sandeces, además querían que todo el mundo las creyera, que todo el mundo venerase como dios único y verdadero a su líder, un carpintero de Judea que, según ellos, había venido al mundo para erradicar el pecado. Por lo visto, la mejor forma que se le había ocurrido a la divinidad para extender su doctrina había sido enviar a su hijo a un lugar remoto, pobre y desértico de la tierra, entre campesinos y pastores analfabetos, para ser sacrificado como un cordero.

El pecado. En lo que no reparaban los cristianos era en que, hasta la llegada de aquel carpintero, la idea del pecado ni siquiera existía. El bien y el mal eran cuestiones éticas, no religiosas. Y, sin embargo, aquellos ineptos habían abrazado la absurda idea de que toda la verdad manaba de unos textos —como si hubiera textos perfectos— y de un hombre —como si hubiera hombres perfectos—. Por lo visto, a esa divinidad perfecta le importaba lo que se comiera, lo que se pensara, con quien uno se acostara y cómo lo hiciera, le importaban los ritos y se encolerizaba. Pero, si la divinidad era perfecta, ¿cómo era posible que le afectaran tales cosas? Sentirse afectado implica la capacidad de sufrir, de que algo pueda mellar el yo, la paz interior. Sin embargo, la perfección implica inalterabilidad porque es un valor absoluto. No se puede ser perfecto y a la vez estar sujeto a cambio. En gran medida, el dios de los judíos y de los cristianos más parecía un niño pequeño y caprichoso que una entidad serena y completa.

Pero había algo aún más aterrador entre los cristianos: sencillamente no podían esperar a que el mundo llegara a su fin, a que su dios se manifestara y a que juzgara a todos los habitantes de la tierra.

Cuando Roma ardió, los cristianos se negaron a apagar el fuego; creían que su dios estaba de camino, que era el fin de los tiempos. Necios. Al menos no eran más que una minoría, y muchos acabaron devorados por las fieras en el circo o sirviendo de antorchas humanas por las calles.

Algo sí había que concederles a los cristianos: al menos habían sabido aceptar su destino y habían sabido morir.

—Estoy cansado —dijo Séneca. El viejo sabio se incorporó provocando en su esposa y sus invitados un gesto idéntico—. Por favor, por favor, seguid sin mí. Solo necesito dormir.

—No has cenado nada —dijo Paulina preocupada.

—No tengo hambre.

Séneca puso un pie en el suelo, con lentitud, luego el otro, apoyó las manos en el diván, respiró profundamente y se irguió. Quien no le conociera hubiera supuesto que sus pesados movimientos respondían a su avanzada edad. Pero tanto su esposa como sus invitados sabían que era un hombre aún ágil y activo, a pesar de las afecciones pulmonares que le habían acompañado desde la infancia y que se manifestaban cuando el ambiente estaba cargado, cuando había niebla o cuando tomaba un baño caliente.

Séneca dio un paso, dispuesto a alcanzar su habitación.

Sonaron entonces, a lo lejos, en la puerta principal, tres golpes firmes que recorrieron el vestíbulo y el atrio como un trueno hasta llegar al jardín. El filósofo se detuvo, alzó la cabeza y se volvió. Paulina se incorporó sobresaltada en su diván mientras Lucilio y Estacio se ponían en pie de un salto.

El joven esclavo que dormitaba junto a la puerta y cuyo cometido era responder y, en su caso, abrir a los visitantes, despertó nervioso ante el estruendo. El protocolo dictaba que se llamara a la puerta con decoro, el joven preguntaba entonces la identidad de quien llamaba, luego recorría sin apresurarse el vestíbulo y el atrio, informaba al mayordomo sobre la identidad del visitante y este a su vez se dirigía al señor de la casa para preguntar si el recién llegado era bienvenido.

Una vez más tres impactos poderosos a puño cerrado restallaron en la vivienda.

—¡Abrid en nombre del emperador! —rugió una voz autoritaria.

—¿*Domine*? —gritó desesperado el joven esclavo desde la puerta—. ¿*Domine*?

—¡Abrid en nombre del emperador!

Tres golpes más.

—¡*Domine!* —gritó de nuevo el joven.

—Dile que abra, Demetrio —le dijo Séneca a su mayordomo casi en un susurro.

—Sí, *domine* —repuso Demetrio con la serenidad propia de su cargo antes de emprender el camino hacia la puerta.

—¡*Domine!* —volvió a gritar el muchacho aterrado desde la puerta.

—¡Abrid en nombre del emperador!

—¡Rápido, maldita sea! —rugió Séneca perdiendo los nervios.

Demetrio, hombre de mediana edad, acomodado ya en su puesto de responsabilidad al servicio de un gran hombre, dio un respingo ante la inesperada reacción de su amo y echó a correr.

Tres golpes más.

—¡Abrid!

—¡Abre, chico, abre! —dijo Demetrio aún a la carrera y haciendo aspavientos.

El muchacho, pálido y con la mano temblorosa, empezó a girar el gran pestillo de madera que servía para abrir la puerta pequeña, que formaba parte de otra más grande. No tuvo tiempo de preguntar nada.

El pretoriano, inmenso y poderoso, al ver que la puerta se abría, dio un empujón sin miramiento y el muchacho salió despedido contra la pared. Demetrio corrió a auxiliar al joven mientras, por la entrada, accedían uno tras otro tres hombres de la guardia imperial. Corpulentos, de gesto rudo e inmisericorde, ataviados con armadura, espada y casco con penacho, como si en vez de haber ido a la casa de un anciano estuvieran listos para entrar en combate: autómatas al servicio de Nerón.

—¿Dónde está? —dijo el pretoriano.

—¿Qué... quién...? —balbució Demetrio.

—El filósofo. ¿Dónde está?

El mayordomo no pudo más que señalar hacia el interior de la vivienda con el índice.

El pretoriano les hizo a sus compañeros un gesto con la cabeza para que le siguieran y, con paso firme, acompañados del tintineo de su indumentaria y el claqueteo de sus sandalias sobre los adoquines, se dirigieron al jardín en flor.

Una vez allí, y ante la mirada nerviosa de Lucilio y Estacio, que asistían al filósofo a tomar asiento de nuevo, el pretoriano se retiró el casco. No fue un gesto de respeto; sencillamente le molestaba. El soldado se secó el sudor de la

frente con el dorso de la mano.

—Lucio Anneo Séneca —dijo el pretoriano extendiendo la mano. Llevaba en ella un papiro enrollado—. Mensaje del emperador.

—Buenas tardes, centurión —dijo Paulina con absoluta compostura, como si pretendiera dejar claro que, fuera cual fuera la razón de su presencia en su casa, los modales no estaban de más.

—¿Buenas tardes? Depende de para quién, señora —dijo el centurión con altivez.

—Ve, Lucilio —susurró Séneca de espaldas a los pretorianos.

El joven Lucilio, dubitativo, se acercó al soldado, le miró a los ojos, cogió el mensaje y volvió al lado de su anciano amigo. Se sentó junto a él y desenrolló la misiva.

—Lee, Lucilio —dijo Séneca quedamente—. Yo... yo no puedo.

El joven tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Nerón Claudio César Augusto Germánico...

El pretoriano, con absoluta naturalidad, se sentó en el diván que hasta entonces había ocupado Estacio, puso el casco a su lado, se sirvió vino en un cuenco y bebió. Luego cogió de la mesa un trozo de pan y algo de queso y empezó a comer.

—No estás en tu casa, centurión, y no has sido invitado a esta mesa —dijo Paulina.

—Servíos a placer —les dijo el centurión pretoriano a sus dos hombres haciendo oídos sordos a la protesta de la mujer.

—¡Centurión! —espetó Paulina indignada.

—Que yo sepa, señora, los traidores a Roma no tienen derecho a nada.

—¡Abandona ahora mismo esta casa! —ordenó la mujer.

—Bonitas flores —repuso el pretoriano.

Paulina se levantó del diván y se puso en pie.

—¡He dicho...!

—Déjalo, Paulina —intervino Séneca.

—No permitiré que un asesino sin modales entre en mi casa como si fuera la suya.

—Déjalo, Paulina, te lo ruego —suplicó el filósofo sin volver la cabeza.

—Escucha a tu esposo, mujer —dijo el pretoriano con suficiencia.

Paulina resopló y apretó los dientes, pero decidió callar.

—¿Cuándo? —preguntó Séneca.

—Ahora —respondió el centurión—. Tigelino hubiera preferido prenderte y

llevarte a las mazmorras. Ya sabes. Pero por lo visto el emperador se ha apiadado de su antiguo maestro y te concede el honroso adiós del suicidio. Bien es cierto que, si te niegas, tengo orden de llevarte ante el prefecto para que sea él quien se encargue de ti.

—¿Puedo al menos hacer testamento? —preguntó el anciano.

—No.

Séneca asintió resignado.

—¿Cuál es tu precio? —le preguntó Estacio de pronto al centurión.

—Antes de que tomes ese camino —dijo el pretoriano—, te advierto de que el intento de soborno a un oficial de la guardia imperial está penado con la muerte.

—¿Cuánto? —insistió Estacio.

—Puede que con otro hubieras tenido suerte. Conmigo no. Quizá por eso Tigelino me ha elegido a mí para traer el mensaje a casa del hombre más acaudalado e hipócrita de Roma.

—¿Cuánto? —volvió a decir Estacio, pero Séneca le posó la mano en el hombro y negó con la cabeza.

—Ve a la cocina y pídele a Matia un cuchillo bien afilado —dijo el filósofo.

—No —protestó el médico horrorizado.

—Por favor, Estacio, no lo hagas más difícil de lo que ya es —dijo Séneca intentando sonreír. El sabio no logró esbozar más que una mueca de tristeza.

—Haz caso al viejo —dijo el pretoriano con una amplia sonrisa.

Estacio obedeció y se dirigió a la cocina.

—¿A qué viene esa sonrisa, centurión? —preguntó Paulina—. ¿Acaso no hay ya nada sagrado en Roma?

—El emperador y sus deseos, señora. Es lo único sagrado que conozco. Todo lo demás es... lo de menos. Y si de paso añadimos la satisfacción de ver cómo muere un hombre incapaz de vivir según los principios que predica, tanto mejor. Es lo que digo siempre, señora: un puñado de principios claros ayudan a llevar una vida serena. No hacen falta muchos.

—Cuantos menos principios, mejor, ¿es eso? —dijo Paulina airada.

—Es una forma de decirlo, sí. Lealtad al emperador. Y a los hombres con quienes compartes gachas y un puesto en la formación. Demasiados principios no sirven más que para confundir. Tarde o temprano entran en conflicto.

—¿Y por qué no ninguno?

—Porque siempre hay que creer en algo, señora. Aunque solo sea en una cosa. Vaya..., al final va a resultar que yo también soy todo un filósofo.

Llegó Estacio portando dos cuchillos de hierro de un palmo de largo y dos

pequeñas ollas en las que recoger la sangre del anciano. Al verle, Séneca se tumbó en el diván asistido por Lucilio y alargó los brazos hasta dejarlos en cruz. El anciano cerró los ojos y sendas lágrimas le recorrieron las mejillas.

—Hazlo, Estacio, nadie mejor que tú, amigo mío —dijo el sabio en un susurro y con la voz quebrada.

Paulina observaba la escena con impotencia. Estacio se enjugó las lágrimas que le nublaban la vista y procedió a colocar cada una de las ollas bajo las muñecas lánguidas del viejo. Luego le cogió la mano derecha con su zurda, aferró uno de los cuchillos con la diestra y acercó el frío metal a las venas del anciano.

—Espera —dijo Séneca—. No... no estoy preparado.

Toda una vida hablando de la muerte, diciendo que la filosofía no era más que una herramienta para saber enfrentarse a la única certeza de la vida, que la muerte no era nada, que solo merecía desprecio, que saber morir era el objeto de todo sabio y ahora... ahora... tenía miedo a la oscuridad, al dolor, a lo desconocido.

—No te lo pienses tanto, viejo —dijo el pretoriano mientras le daba un trago al vino—. En Britania murieron muchos buenos muchachos por tu culpa, y ellos no tuvieron ocasión de darle una vuelta al asunto. Buenos muchachos, jóvenes y leales, que solo querían volver a casa.

Britania... Britania. Lucilio miró a Séneca extrañado, como si buscara en la mirada del sabio algún indicio de que lo que insinuaba el centurión era mentira. Pero solo halló verdad en los ojos del anciano. Verdad y remordimiento. Séneca cerró los párpados. Cómo explicar que cuando el emperador empezó a plantearse la retirada de aquella ciénaga inmundada y lluviosa, cuya ocupación estaba resultando ser una pesada carga para las arcas, él había reclamado el pago inmediato de los préstamos hechos a caudillos y jefecillos y que estos, incapaces de pagar, habían tenido que exprimir a su pueblo y que el pueblo, por su parte, había decidido que era mejor la muerte que una vida de miseria. La revuelta de Boudica, la reina de los icenos... También ella, mujer y bárbara, había sabido morir.

—Estacio —dijo Paulina recostándose en su diván—. Acércate. No sobreviviré a mi marido.

—¿Qué quieres decir?

Paulina alargó el brazo y miró al médico fijamente a los ojos.

—No —dijo Estacio una vez más, horrorizado.

—Hazlo. De lo contrario me veré obligada a pedirselo a nuestro amable

pretoriano —amenazó la mujer—. ¿Cómo te llamas, centurión? —preguntó Paulina.

—Numerio.

—¿Si yo te lo pidiese me matarías, Numerio?

—Sería todo un placer, señora. Se lo aseguro.

Paulina volvió a mirar al médico. Estacio, acorralado, asintió.

—Aprieta el puño con fuerza —dijo el médico resignado.

Paulina miró al centurión fijamente. Este sonrió y se recostó en el diván para disfrutar del espectáculo. La hoja de metal rasgó la piel blanca de la mujer, que apretó los dientes para no dar muestras de dolor. No pudo evitar afear la cara, pero de sus labios sellados no surgió ni un suspiro. Primero sintió una especie de pellizco, un doloroso pinchazo y luego el desgarró de la piel y los tendones. Sintió entonces cómo el corazón se le desbocaba, cómo se rebelaba contra la herida, cómo intentaba bombear sangre como único medio a su alcance para hacer frente a la amenaza. La sangre empezó a manar libremente por la apertura, a salpicar el suelo y a caer sobre la olla que el médico había colocado debajo.

El centurión alzó una ceja y asintió con satisfacción y deleite.

—La otra, Estacio —dijo Paulina sin apartar la mirada del soldado.

El médico obedeció. Pero ahora Paulina sabía a lo que se enfrentaba y sabía que podía soportarlo. Además, no le tenía miedo a la muerte. ¿Echaría de menos su jardín? ¿Habría algo al otro lado? ¿Nada? ¿Una negrura consciente? ¿Inconsciente? ¿Luz? Lo mismo daba. No tenía miedo, y, como decía su esposo, el momento llegaba tarde o temprano, la filosofía nos enseña a saber cómo morir: con serenidad. ¿Era eso la vida? ¿Un destello de luz entre dos eternidades oscuras? ¿Había alma como aseguraba Platón?

El corte en la muñeca izquierda le dolió menos. Oyó caer su propia sangre sobre la olla y sintió un mareo. Las manos insensibles, la boca reseca.

—¿Cuánto se tarda, Estacio?

—No mucho —dijo el médico con las palabras pegadas a la garganta.

Otro mareo. Frío en los pies, en los brazos, en el cuerpo. Sueño.

—Tu marido tiene peor cara que tú —dijo el pretoriano con sorna.

El soldado se empezó a convertir en una mancha borrosa. Paulina oyó gritos. Era su esposo, que decía su nombre, que aullaba, que sollozaba pidiéndoles a Estacio y a los esclavos que alguien le vendara las muñecas a su mujer. Notó que los latidos de su corazón pasaban de la desesperación a la rabia, luego a la impotencia, luego a la calma. Dejó de oír los gritos, dejó de ver la sonrisa del centurión. Intentó mantener la cabeza erguida y los ojos abiertos. No pudo. Pero

no tenía miedo.
Se sintió flotar.
La nada.

3

Así fue, amigo mío, en efecto. O al menos eso dicen.

Cuando Paulina se desvaneció inconsciente, se la llevaron a una habitación contigua; allí le hicieron un torniquete en cada brazo, le vendaron las muñecas y sobrevivió unos años más, aunque débil y con la salud muy mermada. ¿No lo sabías?

Séneca le pidió entonces a su amigo, con más firmeza, que le abriera las venas. Por lo visto, el gesto de su mujer le había dado fuerzas. Pero hubo un problema. Las venas de Séneca eran viejas y estaban secas y el médico, al ver que no fluía la suficiente sangre, le dijo que a veces ocurría, que el sabio no moriría si no le abría también los tobillos. Así lo hizo, pero tampoco bastó. El filósofo optó entonces por la cicuta. Guardaba un tarro de ese líquido en su estudio desde hacía tiempo. Un sirviente se lo trajo, y Séneca bebió. Media hora después seguía vivo: la cicuta no le estaba haciendo ningún efecto. Parece ser que el líquido llevaba tanto tiempo allí que había perdido sus propiedades. ¡Imagínatelo!

Así que, desesperado, pidió que le prepararan un baño caliente en una habitación pequeña. Y allí murió asfixiado por efecto del vapor. Todos dicen que era un hipócrita. Yo me niego a creer que un hombre así pudiera serlo.

¿El suicidio? No lo sé. No sé si es de cobardes o de valientes. Hay que tener valor para hacerlo, aunque también hay que tenerlo para enfrentarse a la vida. Mira, en esta bolsa tengo hojas de tejo, llevan conmigo veinticinco años. Dicen que sus efectos se mantienen en el tiempo. Es una muerte desagradable la del tejo, bien es cierto que casi todas lo son, pero al menos esta es una muerte de guerrero, la última decisión consciente. Mis antepasados siempre tenían tejo a mano; preferían matarse antes que ser capturados. Muchos juraban no sobrevivir a su caudillo y se daban muerte cuando este caía en batalla. ¿Una estupidez? Puede ser, pero hay valor en eso. En jurar unir tu vida a la de otra persona con la única cadena del honor, y en no dudar, cuando llega el momento, en hacer valer la palabra dada.

Sí, recuerdas bien, así murió mi abuelo, comiendo tejo. Honrando de algún modo a sus ancestros. Para mí fue terrible verle allí tendido, desnudo, con la boca abierta y llena de espuma. Con las tripas desgarradas por unos buitres que habían comenzado con su labor y que emprendieron el vuelo cuando Arán y yo nos acercamos a la carrera. Al ver a una docena de buitres amontonados creímos que el cadáver sería el de algún animal. No era raro ver cosas así: una cabra despeñada, un lobo muerto... Pero jamás imaginé que se tratara de mi abuelo.

Siempre le he echado de menos.

No. Para entonces mi abuelo y yo nos habíamos distanciado un tanto, ya no le buscaba para que me contara historias. Fue ocurriendo poco a poco, sin darnos cuenta ni él ni yo.

Al fin y al cabo, era mucho el trabajo por hacer: la huerta, la cebada, los animales... Y es que no solo teníamos que trabajar para procurarnos el sustento. Cada año o cada seis meses pasaba por la aldea un publicano pidiendo la parte de nuestro esfuerzo que le correspondía al emperador. Solía acompañarle una escolta de entre veinte y cuarenta legionarios fuertemente armados. Pasaba por la aldea con la carreta vacía, sin detenerse, sin mirar a los lados, y se dirigía al norte. A los pocos días volvía con la carreta llena de comida y de jaulas de madera atestadas de gallinas que apenas podían moverse. Traía también cerdos, ovejas, cabras y en ocasiones hasta vacas. Muchas veces eran los mismos soldados los que hacían de pastores y guiaban esos pequeños rebaños hacia el sur. El publicano entraba en las casas, contaba los que éramos, miraba lo que teníamos, apuntaba algo en una tablilla de cera y decidía qué se llevaba. Dos gallinas, tantos huevos, lana, un cerdo. Dependía. Y nosotros no podíamos hacer nada, agachábamos la cabeza porque las cosas eran así.

¡Claro que hubo momentos en que le hubiera matado! Yo y todos. Pero no nos atrevíamos. Teníamos miedo, no teníamos armas, solo aperos de labranza, y los soldados, con sus grandes escudos, sus armaduras brillantes, sus espadas, su gesto adusto y sus cicatrices..., infundían demasiado respeto. Pero además éramos conscientes de lo que había ocurrido en otras aldeas cuando alguien había recurrido a la violencia: torturas, crucifixiones...

Una vez. Hubo una vez que a punto estuve de hacer una locura. La vaca había dado a luz; yo mismo había pasado toda esa noche pendiente de ella, ayudándola a parir, tirando de las patas del ternero, manchándome las manos de sangre. La vaca no tenía leche suficiente para el ternero y el animal estuvo a punto de morir. Lo saqué adelante con mucho esfuerzo, cambiando cebada y huevos por la leche de otras vacas para alimentarlo, quitándome de comer para que comiera él,

porque si el animal salía bueno era un tesoro.

El publicano se lo llevó cuando no tenía ni un mes de vida. Fue mi madre la que me sujetó el brazo cuando aquel odioso individuo señaló al ternero y apuntó algo en su tablilla. Solo mi madre evitó que me abalanzara sobre aquel hombre encorvado, de gesto aburrido y paso cansino al que no parecía importarle nada.

Había ocasiones en las que veíamos pasar la carreta con muchachos destinados al mercado de esclavos, jóvenes cántabros a los que sus padres habían entregado porque no tenían nada más que dar.

Sí. También muchachas, sí.

¿Cuánto trabajo y esfuerzo había en esas carretas? ¿El de cuántas familias? ¿Adónde iban? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué estómagos insaciables devoraban el esfuerzo de todos nosotros? Yo no era el único que se sentía insultado e impotente. Había gente que pasaba hambre, más aún cuando la cosecha había sido mala o los animales habían sufrido alguna enfermedad. Entonces yo pensaba que si Roma estaba a doce días de camino de mi aldea, como siempre había dicho mi abuelo, y que si todos los jóvenes de las diversas aldeas nos uníamos, podíamos derrotar a los romanos y detener tales atropellos.

Lo hablaba con Arán, y él estaba de acuerdo. ¿Pero cómo? ¿Cómo organizarnos? ¿Cómo extender la palabra sin que lo supieran los romanos? ¿Cómo conseguiríamos armas? Si lográbamos que todos los hombres de la aldea se pusieran de acuerdo y esperábamos a que llegara el publicano, decíamos, podríamos superarlos, aunque solo fuese porque éramos más, casi el doble, y más altos, y más fuertes. Nos haríamos con sus armas, se correría la voz de lo ocurrido, y en cuanto se supiera lo que habíamos logrado, el resto de las aldeas se unirían a nosotros. Todos los cántabros nos alzaríamos y volveríamos a ser grandes, y entonces seríamos nosotros los que someteríamos a Roma. Era un plan impecable, al menos para nuestras mentes ignorantes, pero por suerte se quedó en eso, en un plan.

Arán siempre fue más cabal que yo. Algo que le preocupaba era que no sabíamos combatir. Sí, algunas veces habíamos jugado a ser guerreros usando palos, pero eso era todo. Jamás habíamos empuñado una espada, salvo por aquella que encontráramos en el viejo castro... Jamás habíamos... Y hablábamos, y hablábamos, y nunca hacíamos nada.

Pero un día, aquella primavera, cuando llegó el publicano para reclamar su parte, todo cambió.

4

CANTABRIA
PRIMAVERA 65 D. C.

Arán y su amigo se miraron a la vez. Estaban a diez pasos el uno del otro, apoyados en sus azadones, bajo el cielo encapotado y cubiertos de mugre después de un día de trabajo. Hubo un destello de complicidad en sus ojos. Acto seguido, los dos amigos volvieron a fijarse en el jinete que había venido con el publicano y que había ordenado que todos los habitantes de la aldea acudieran para escucharle.

Era un hombre corpulento, bien afeitado, pulcro, de ojos azules y de piel clara, aunque un tanto curtida. Vestía una cota de malla sobre la que destacaban tres discos de metal unidos entre sí por otras tantas correas de cuero, en cada una de las cuales había una especie de rostro repujado. Un manto pardo con capucha le caía por los hombros y le cubría la espalda. Del tahalí le colgaba una espada. Su caballo era magnífico: negro, robusto, de bellas y brillantes crines, casi tanto como las decoraciones plateadas y bien pulidas de sus arreos. El animal lucía en el anca derecha un símbolo marcado a fuego hacía tiempo: una especie de luna menguante, seguida de una línea vertical, seguida de otra luna menguante. A pesar de su atuendo, saltaba a la vista que no era romano: tanto su tez como su estatura lo delataban. ¿Cántabro? Quizá sí; ningún romano se hubiera rebajado a aprender la lengua de los lugareños. Eso sí, tenía un acento muy particular, aunque podía ser de cualquiera de los valles, de cualquiera de las tribus. ¿Orgenomesco? ¿Cóncano quizá? Pero era extraño, porque a los cántabros no les estaba permitido portar armas.

—... en resumen, hombres jóvenes y sanos, de entre diecisiete y veinte años, que pasarán a formar parte de una unidad del ejército imperial compuesta exclusivamente por cántabros —dijo el soldado en voz alta, aunque sin entusiasmo, como si hubiera repetido esas mismas palabras mil veces—. A aquellos que superen el reconocimiento médico se les proporcionarán armas y

entrenamiento, paga tres veces al año y comida, posibilidad de ascenso y botín de guerra. El reclutamiento se llevará a cabo en Julióbriga y concluirá con la primavera.

Los dos amigos volvieron a mirarse. Estaban pensando lo mismo. Arán lo sabía. El joven sintió el impulso de alzar la voz para preguntarle al extraño más cosas sobre lo que acababa de decir. ¿Paga? ¿Qué paga? ¿A qué se refería? ¿Armas? ¿Botín? Pero debía ser cauto de cara al resto de los habitantes de la aldea, así que decidió no separar los labios.

—¿No tenéis suficiente con lo que ya os lleváis? —preguntó el padre de Aia aprovechando que tenía ante él a un interlocutor que hablaba su lengua y que, por su porte y atuendo, parecía ser un hombre influyente entre los romanos—. Esta tierra también necesita brazos fuertes si queremos que dé fruto. ¿Qué haremos si se van los jóvenes?

Hubo un coro de voces de asentimiento, y algunas lenguas descontentas tomaron alas convirtiéndose en un incomprensible murmullo de protesta: ¿Acaso no comprendían los romanos que, si los jóvenes se iban, habría menos manos para labrar la tierra y para cuidar de los animales? ¿No sabían que habría muchachas en edad casadera que tendrían que ir a otras aldeas en busca de marido? ¿Y qué pasaría dentro de unos años? ¿Qué sería de su vejez? ¿Quiénes tendrían hijos? ¿Se contentaría el publicano con menos si los jóvenes acudían a Julióbriga? «Necios», pensó Arán.

El jinete miró a su alrededor, alzó la mano y las voces fueron muriendo. No había odio en sus ojos azules y fríos, tampoco amenaza, solo firmeza.

—Yo solo sigo órdenes —dijo el jinete—. Hacer este llamamiento no me produce satisfacción alguna. Más bien al contrario. Si os preocupan vuestros jóvenes, vuestro futuro y vuestro sustento, convencedlos para que no se vayan. Decidles que si aceptan lo único que les espera es dolor, angustia y muerte. —No hubo más quejas—. Volved a vuestros quehaceres —dijo el jinete zanjando la cuestión.

Con la cabeza gacha, los aldeanos se dispersaron. Arán entre ellos.

—Esta noche, en el río —le dijo Arán en un susurro a su amigo al pasar junto a él. Este asintió.

Dos horas después, con la carreta repleta, el publicano arreó los bueyes y, acompañado por su escolta y por el jinete, emprendió el lento camino hacia el sur.

Esa tarde cayó sobre la aldea una leve llovizna. Luego las nubes grises surcaron los cielos a toda prisa empujadas por un recio viento del nordeste y, cuando anocheció, el firmamento se vio plagado de estrellas. Reinando entre todas ellas brillaba la luna, nívea y gigante, reluciente como los discos de plata que decoraban el torso del extraño jinete. El astro se reflejaba en las aguas crecidas del río que saltaban de roca en roca a toda velocidad produciendo un murmullo constante y plácido.

Noreno no había llegado aún. En la quietud de la noche, Arán oyó aullar a un lobo a lo lejos. Probablemente el animal estuviera saludando a la luna desde algún peñasco. Según decía Noreno, en tiempos de sus abuelos los cántabros habían tenido una relación diferente con aquellos bellos animales que destrozaban rebaños enteros y que, aunque temidos, eran respetados porque atesoraban todas las cualidades del guerrero: lealtad, amor por los suyos, sacrificio, valentía, honor... ¿Y ahora? ¿Qué inspiraban esos animales salvo miedo? ¿Acaso había otra cosa en la aldea que no fuera miedo? Miedo a Roma, miedo a los lobos, miedo al hambre, miedo al frío, a las tormentas, al sol y a la lluvia, miedo a los espíritus de los muertos, a los del bosque, a los del río, miedo a la enfermedad..., miedo..., miedo..., siempre el miedo. Arán estaba harto de tener miedo. Tenía que haber otra forma de vivir, como los lobos. Y Noreno no llegaba. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Acaso él también tenía miedo?

Arán se acercó a la corriente y se sentó en una enorme piedra junto a la orilla. Cogió un puñado de guijarros y empezó a lanzarlos contra el reflejo de la luna en el agua, intentando acertarle en el centro. En realidad el joven aldeano solo le temía a una cosa: a que los días fueran pasando, uno tras otro, a que esos días se convirtieran en años, hasta que, un buen día, la tierra reclamara sus huesos. No le tenía miedo a la muerte, lo que sí le aterraba era lo que veía a su alrededor, entre sus mayores: una vida dedicada a la subsistencia y al miedo, una vida de tedio, un ciclo interminable de labores desde el nacimiento hasta la tumba. Tenía que haber algo más. El imponente jinete que les había hablado a todos desde lo alto de su montura era un destello de ese «algo más». ¿Qué habría vivido aquel hombre? ¿Habría visitado Roma? Doce días de camino hacia el sur no se antojaba tanto. ¿Cómo sería Roma? ¿Por qué entre sus firmes palabras había un poso de tormento y amargura?

—Eh, Arán.

El joven se sobresaltó y giró la cabeza.

—Me has asustado, Noreno. ¿Por qué has tardado tanto?

Noreno se acercó a su amigo y se sentó junto a él. Se agachó para coger un

puñado de guijarros y también intentó hacer blanco en el reflejo de la luna.

—Mi madre.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien?

—Sí. Quería hablar conmigo, eso es todo.

—¿Hablar? —preguntó Arán extrañado. Nunca había mucho de lo que hablar en la aldea—. ¿De qué?

—Del jinete. —Noreno y su amigo dejaron de tirar guijarros al agua y se miraron—. Se ha puesto a llorar.

—¿Por qué? ¿Qué le has dicho?

—Nada. No le he dicho nada. Ha sido ella. Estaba muy enfadada. Era como si supiera lo que estaba pensando.

—¿Y qué estabas pensando?

—Pues lo mismo que tú, ¿no? Julióbriga. Alistarnos. —Arán asintió, volvió a mirar al agua y a lanzar guijarros contra la luna—. ¿En qué estarán pensando los romanos?

—¿A qué te refieres?

—A que tienen que estar desesperados para querer armar a un ejército de jóvenes cántabros. Desesperados y locos. ¿Te imaginas? Ellos mismos nos darían las armas. Cualquiera que se aliste será porque piensa como nosotros. Por lo visto, Julióbriga está a cuatro días de camino hacia el sur. Ocho más y estaríamos en Roma. Podríamos acabar con ellos. ¿Cuántos crees que seríamos?

—No lo sé. Pero no pueden ser tan necios. ¿Y qué te ha dicho tu madre?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada que pueda hacerme cambiar de opinión. Dice que mi padre atendió una llamada similar, que se fue y que jamás volvió a saber nada de él.

—¿Eso lo sabías?

—No. Nunca me lo había dicho. Lo que le pasa es que teme quedarse sola, eso es todo. Pero yo no le hago falta.

—Sí hacemos falta.

Noreno negó con la cabeza.

—Se las arreglará. Además, dentro de un año ya no tendrá que arar la tierra, ni tirar de los animales ni remover boñiga.

—¿Por qué un año?

—¿Estás de broma? ¿Un ejército cántabro? ¿Roma a doce días de camino? Todo volverá a ser como antes, como en tiempos de mi abuelo. Volveremos a levantar el castro y seremos temidos y respetados.

—Como digo, no creo que sean tan necios.

—Solo hay un modo de averiguarlo, ¿no crees?

Arán sonrió.

—Sin duda, amigo mío.

—Tendremos que darnos prisa —dijo Noreno.

—¿Por qué? Aún queda tiempo para que acabe la primavera.

—Lo sé. ¿Pero qué pasa si otros se nos adelantan?

—¿A qué te refieres?

—A que si nos demoramos demasiado quizá no haya sitio para nosotros.

Arán asintió lentamente, ensimismado, pensativo. Luego habló:

—Necesitaremos comida, al menos para cuatro días. Un poco más sería mejor. Y decírselo a los demás. De lo contrario se preocuparían por nosotros y nos buscarían por todas partes.

—No. Mi madre haría todo lo posible por retenerme, y tu padre también a ti. Y el resto. No pueden saber nada.

—Pero no podemos desaparecer sin más.

Noreno lanzó otro guijarro y la luna se desdibujó en el agua. Volvió a oírse el aullido de un lobo a lo lejos.

—Aia. Se lo haré saber a Aia. Cuando pregunten por nosotros, ella les dirá que sabe dónde estamos y que estamos bien. Si salimos cuando todos estén dormidos...

—¿De noche? —preguntó Arán—. Es difícil orientarse de noche. Jamás nos hemos alejado mucho de la aldea. No conocemos los caminos.

—Por eso tenemos que hacerlo cuanto antes, no podemos esperar a que la luna mengüe y a que vuelvan las nubes.

—Quizá convendría esperar unos días, prepararnos bien. Incluso esperar a la siguiente luna llena.

—Jamás tendremos una oportunidad como esta, Arán. ¿Quieres tirar de animales toda tu vida?

—Sabes que no.

—Entonces tenemos que decidirnos. Ya viste al jinete, su caballo, su armadura, su espada...

—¿Crees que era cántabro?

—Claro que lo era.

Los dos amigos se miraron y se hizo entre ellos un silencio reflexivo.

—¿Mañana? —preguntó Arán.

—Mañana. Arriba. En el viejo castro. En el lugar en el que encontramos la

espada.

Arán asintió con firmeza.

5

Claro que fue difícil. Pero no podía haber vuelta atrás. Era nuestra oportunidad, la única.

¿Que si me he arrepentido? Muchas veces. Siempre he pensado que me hubiera gustado vivir ambas vidas, la de la aldea y la que he vivido, para poder comparar una vez llegara el final de mis días. Pero ya se sabe: tomar un camino significa negar todos los demás.

No dormí en toda la noche, y sé que Arán tampoco. Recuerdo la avalancha de sensaciones que me produjo darme cuenta, de repente, de que aquella era la última noche que pasaba en mi aldea. Quería gritar de alegría y, a la vez, llorar de pena. Temblaba de emoción y de angustia. Me decía que mejor la esperanza en lo desconocido que la certeza de lo conocido. Pensaba en mi abuelo, él hubiera estado orgulloso. Además solo sería un año, solo un año, y si no encontraba lo que buscaba siempre podía volver y las cosas seguirían siendo iguales. Una parte de mí quería quedarse, sabía que mi marcha haría que la vida de mi madre fuera más difícil, pero estaba seguro de que el resto de las familias le echarían una mano. Siempre ocurría así cuando una mujer se quedaba viuda y sin hijos. ¿Qué sería de nuestra vaca? ¿Qué sería de la huerta? ¿Y las gallinas? ¿Y la techumbre de la cabaña? ¿Quién la repararía cuando hubiera tormenta? ¿Quién recogería leña? Pero solo era un año, me repetía. Decidí entonces centrarme en otros pensamientos para intentar conciliar el sueño. Cuatro días de marcha con Arán por caminos que jamás habíamos recorrido, cientos de jóvenes como nosotros en Julióbriga, lugar del que había oído hablar y que en mi mente se manifestaba como mi aldea, solo que con más casas. Me habían dicho que allí las casas eran grandes, de piedra, algo que me costaba imaginar. ¿Cómo podían hacerse casas de piedra? ¿Qué sentido tenía? Contaban que algunas de esas casas tenían jardines con flores —«¿para qué plantar flores?», me preguntaba; «¿por qué no plantar verduras?»—. Se me antojaba imposible pensar que alguien pudiera dedicar esfuerzo a algo que no podía comerse. Además, ¿acaso no había flores ya en los campos?

Luego oía la respiración plácida, constante y de agotamiento de mi madre y volvía a pensar en ella, y en los padres de Arán. Ellos también echarían de menos su par de brazos fuertes y jóvenes. Pero volveríamos a la aldea, victoriosos y cargados de riquezas —yo veía entonces las riquezas como algo parecido a la carreta del publicano—, volveríamos convertidos en héroes, yo me casaría con Aia, seríamos hombres importantes... y derrotaríamos a Roma.

Solo sería un año, me repetía, y si no encontraba lo que buscaba siempre podía volver.

¡Pues claro que no era así! Pero ¿qué sabía yo?, un joven necio, un ignorante con más sueños que vivencias. Creía lo que quería creer, como nos ocurre a todos.

Y, de repente, empecé a oír el canto de los pájaros, que, en lo más oscuro de la noche, ya anunciaban la mañana. Me levanté y, como todos los días, azucé el fuego con el espetón. Me quedé absorto observando las brasas, intentando ver en ellas mi futuro como se decía que hacían algunas mujeres en las montañas. «Hoy mataremos una gallina —dijo mi madre en la penumbra, sobresaltándome—. Calienta agua para desplumarla». Esas son las últimas palabras que recuerdo de la pobre mujer. Para ella aquel era un día más, al que seguiría otro, y luego otro, hasta el fin de su triste y monótona existencia.

Quizá te parezca una tontería, pero aquella frase inocente y mundana no sirvió más que para reforzar mi decisión de marcharme. En esa frase se resumía todo lo que ya conocía y no quería, mientras que en la propuesta del jinete yacía todo lo demás.

¿Conoces ese dicho latino? ¿Cómo era? ¡Ah, sí! *Est avis in dextra melior quam quattuor extra*. Ya sabes, mejor un pájaro en la diestra que cuatro fuera. La primera vez que oí esa frase, y que la entendí, se me antojó absurda, aunque solo sea por el hecho de que niega toda oportunidad e invita al inmovilismo, a conformarte con lo que tienes, a no ir más allá. Pero ¿acaso habría llegado Roma a ser lo que es si hubiera hecho caso de proverbios como ese? Resulta curioso; los romanos parecen creer que toda frase que rima esconde una verdad incontestable.

Por mi parte prefiero aquella de *audentes fortuna iuvat*. La fortuna favorece a los audaces. Mira, aquí tengo la frase tatuada, en el antebrazo, como la tenía Lucio Valerio Corvino, el prefecto de nuestra cohorte. La segunda cohorte de cántabros: la Cohors II Cantabrorum.

6

ANTIOQUÍA
PRIMAVERA 65 D. C.

La rutina diluye el tiempo.

Lucio Valerio Corvino, Lucio para sus superiores, Valerio para sus allegados, Fulm para sus amigos y Fulminator para quienes habían estado a sus órdenes en la XII, se despertó con un intenso dolor en las sienes, como si alguien, mientras dormía, se hubiera dedicado a utilizar su cabeza a modo de ariete. Bien era cierto que la única batalla librada la noche anterior había sido contra el caldo rojo al que Panfilio, el tabernero, llamaba vino.

Valerio se incorporó en su lecho. Tenía la lengua pastosa y sed, mucha sed. Balbució un gruñido y una maldición. Esa noche, se juró, no bebería. Miró a su alrededor, a la miserable habitación que alquilaba desde hacía tres años, por cuatro ases al día, en una *insula* a cuatro pasos del centro de la ciudad. La estancia no era muy grande, aunque se trataba de la mejor del edificio. De hecho, había estancias más pequeñas que esa en las que vivían familias enteras. La habitación medía cuatro zancadas por tres, y una pequeña apertura en la pared, todo un lujo, hacía las veces de ventana. Por aquel agujero que daba al mundo se colaban la luz de la mañana y los ruidos y olores de la calle: el trajín de las carretas, el olor a boñiga mezclado con el del pan recién horneado, los aullidos de las prostitutas y el olor a orines rancios por las esquinas, los rebuznos de los burros y los relinchos de los caballos, los cánticos de los borrachos y el hedor de sus vómitos, las peleas, los gritos de los vendedores ambulantes o de los paupérrimos maestros que daban clase en la calle, el olor a caldo de gallina o a cordero asado, los lamentos de los pedigüños...

Tanto la propietaria del edificio como todos los inquilinos trataban a Valerio con el respeto debido al antaño primipilo de la XII Fulminata.

Antioquía era una ciudad bulliciosa y llena de vida en la que florecían el comercio y la cultura. Se trataba de la tercera ciudad del Imperio, después de

Roma y Alejandría. Sus calles, anchas y cuadriculadas, estaban atestadas de gentes de todo tipo y condición; griegos, por supuesto, porque Antioquía era una ciudad griega, pero también había judíos, egipcios, escitas, persas, indios, galos, germanos, hispanos, nubios; y en sus mercados podían encontrarse mercancías de todos los rincones de la ecúmene: sedas de tierras lejanas, incienso de Arabia y hasta *garum* de Hispania.

El viejo centurión era, en realidad, un privilegiado en lo económico, un hombre acaudalado. Sin contar la riqueza acumulada por diversos medios durante años de servicio —cerca de cien mil denarios—, su pensión militar le permitía no solo pagar su habitación, sino también comer caliente todos los días, gastar con despreocupación en vino y pagar los servicios de Eirene, la prostituta a la que frecuentaba. Y aún acababa sobrándole, por lo general, al menos la mitad de la paga, cantidad que confiaba a un comerciante judío para que este se encargara de invertirlo por él en empresas comerciales, préstamos y otras actividades para las que Valerio jamás había servido. A decir verdad, Valerio no sabía qué hacer con tal cantidad de dinero. De los cincuenta y tres años que llevaba respirando, treinta y seis los había dedicado a servir a Roma y a la gloria de los césares; su sangre había regado los bosques de Germania, las praderas de Britania y Panonia, las nevadas cumbres de Armenia...

Y todo para acabar así: en una habitación mugrienta, licenciado con deshonor de la XII, expulsado de lo que había sido su vida. Tres años hacía de ello. Tres años. «No se te ejecutará —le había dicho entonces Cestio Galo, gobernador de la provincia de Siria—. El legado Corbulón ha intercedido por ti ante el emperador: se te licenciará con deshonor para contentar a Peto, pero tendrás derecho a cobrar la pensión y tus bienes no serán confiscados. Eso sí, quédate en Antioquía; puede que te necesite».

Tres años. Tres años esperando a que Cestio Galo le hiciera llamar, tres años despertando cada mañana y preguntándose si ese sería el día en que volvería a incorporarse a su legión, mañana tras mañana sacándole brillo a su cota de malla, limpiando con esmero el casco y atusando la cimera transversal que lo coronaba, dejando el *pugio* reluciente, y el gladio, dos túnicas rojas, limpias y nuevas guardadas con mimo en un baúl para que, cuando llegara el momento, pudiera presentarse ante el gobernador en todo su esplendor: Lucio Valerio Corvino, primipilo de la XII Fulminata, «Fulminator» para sus hombres, al servicio del Imperio y del emperador, para mayor gloria de Roma.

Valerio se puso en pie y se quedó un instante observando la estructura de madera en forma de cruz que sostenía tanto su inmaculada armadura como el

resto de su equipo: una especie de cuerpo vacío, sin alma, incompleta. Su armadura sin él no era nada, él sin ella tampoco. Para estar completos debían estar juntos. Alargó la mano para acariciar una de las relucientes faleras, condecoraciones circulares y plateadas al valor, al mérito, al esfuerzo, esta obtenida en Britania, aquella en Germania, la corona cívica que le fue otorgada en Panonia por haberle salvado la vida a su amigo Numerio. Dos coronas murales por haber sido el primero en ganar las murallas de esta o aquella ciudad, una corona áurea... Nada. Nada. Sin la legión no era nada.

Valerio lamentaba su suerte, más incluso de lo que le hubiera gustado, pero no se arrepentía de lo que había hecho. Había sido un arrebatado provocado por la impotencia y la ira.

Tres años hacía. No había mañana que no recordara el momento en el que su carrera se había truncado para siempre: la XII y la IV, asediadas en las montañas nevadas de Armenia, en Rhandeia, con el campamento a medio levantar, con los persas atacando día y noche, los hombres hambrientos, congelados —«si no tirita es porque está muerto», se decía—, haciendo pedazos los escudos para alimentar unos fuegos endebles, cocinando sandalias y correas de cuero para poder llevarse algo a la boca porque ya se habían comido las mulas y los caballos. El suelo duro de frío, como una roca, el aliento de todos convertido en diminutas nubes de vapor.

Y entonces Lucio Cesenio Peto, aquel hombre cobarde y pusilánime, aquel inepto, aquel legado imperial que jamás había liderado un ejército y que había pretendido acabar la guerra contra Persia él solo, convocó una reunión de Estado Mayor para informar a tribunos y centuriones de que había decidido rendirse a los persas. «La XII no se rinde», había dicho Valerio con rabia, a lo que Peto había ordenado silencio y exigido que acatará las órdenes. «La XII no se rinde», había repetido Valerio indignado, apretando los dientes y el puño al tiempo que daba un paso hacia el legado. Peto había alzado la voz y le había ordenado a Valerio que abandonara la tienda. Y entonces Fulminator, primipilo de la XII, iracundo y fuera de sí, había golpeado al legado. Un puñetazo directo, implacable. El patricio había caído al suelo con la mandíbula rota y ensangrentada, chillando como un cerdo, y Valerio había acabado arrestado. Al día siguiente la XII y la IV se rindieron ante los partos y, aunque a sus hombres se les permitiera vivir y volver a Siria, fueron despojados de sus armas y sus estandartes.

La XII Fulminata: la legión relámpago, reclutada por Julio César hacía más de un siglo para su conquista de la Galia; destructora de los belgas, conquistadora

de Alesia, victoriosa en Farsalia... El padre de Valerio había servido con honores en la XII, así como su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo, este último desde la mismísima fundación de la unidad. La XII le corría por las venas. No había nada más allá de la XII.

El viejo centurión se acercó a la bacinilla con agua limpia que tenía sobre un viejo taburete bajo la ventana, hundió las manos haciendo con ellas un cuenco y bebió. Luego se refrescó la cara y miró por el agujero que daba a la calle. Hacía un buen día, ni cálido ni fresco. Hoy, por primera vez en tres años, no les sacaría brillo ni a la armadura ni a las condecoraciones.

Como todas las mañanas pasaría por el barbero para que le afeitara, luego por el Templo de Júpiter para hacer una ofrenda, después pasearía por el mercado, comería algo mientras veía el mundo pasar e iría a visitar a Eirene. Quizá cuando cayese la tarde fuese a la taberna de Panfilio a beber vino con Teómaco. No, no debía beber. Esa noche no. Volvería pronto a casa y se acostaría.

7

CANTABRIA
PRIMAVERA 65 D. C.

Arán llegó jadeante y a la carrera al punto de encuentro, en lo alto, en el viejo castro. Noreno ya estaba allí. Los dos amigos, bajo la luna llena, se abrazaron nada más verse y no lograron ahogar unas nerviosas carcajadas. Cada uno cargaba con un pequeño morral, el que solían utilizar cuando salían de casa para llevar a pastar a los animales, o a recoger bellotas o leña. Estaban nerviosos. La luna iluminaba la miserable aldea asentada en el valle, las chozas parecían más lejanas que nunca, más plácidas, bellas incluso. Los dos amigos observaron el poblado un instante, ensimismados.

—¿Lo echaremos de menos? —preguntó Arán al fin.

—Seguro que sí, aunque no tanto como hubiéramos echado de menos una vida diferente.

—Supongo.

—¿Qué has traído? —preguntó Noreno señalando el morral de su amigo.

—Un poco de pan de bellota, queso y un odre con agua. Y esto —dijo Arán sacando una pequeña bolsita de cuero del tamaño de un puño.

—¿Qué es? —dijo Noreno intrigado. Arán deshizo el nudo y abrió la bolsa. Noreno miró dentro—. ¿Tierra? —preguntó extrañado.

Arán asintió esbozando una sonrisa. Luego miró a su amigo a los ojos.

—Así nunca estaremos muy lejos de casa. ¿Qué has traído tú?

—También pan y parte de la gallina vieja que matamos esta mañana. Está dura como una piedra, pero es lo que había. Y esto.

Noreno sacó una rama de tejo.

—¿Tejo? —preguntó Arán sorprendido.

—No es que piense suicidarme, pero ya sabes que nuestros guerreros siempre llevaban una encima, por si acaso.

—¿Qué tal con Aia?

Noreno sonrió.

—Lo hará, dirá que sabe dónde estamos, que estamos bien, pero que nos ha prometido no decir nada. Dice que lo más probable es que su padre le dé una paliza y que el resto de los mayores intente obligarla a hablar. Pero también dice que si las cosas se ponen difíciles pensará en mí, que eso le dará fuerzas, que me quiere y que me esperará.

—¿Habéis...? Ya sabes.

—No, no hemos «ya sabes». Nos hemos besado, eso sí. Lo otro lo dejamos para cuando vuelva y estemos casados.

Volvieron a mirar hacia la aldea.

—Espero que se las arreglen sin nosotros —dijo Arán.

—Se las arreglarán, no te preocupes.

—Perros o lobos —dijo Arán en un susurro.

—¿Qué?

—Perros o lobos. ¿No era eso lo que decía tu abuelo? ¿Que los cántabros habíamos sido lobos y que ahora éramos perros?

—Sí.

—Pues eso, tú y yo estamos a punto de dejar de ser perros, Noreno.

—Volveremos siendo lobos —dijo el joven cántabro.

—Vámonos. Cuanto antes dejemos de ver la aldea, mejor. Tenemos una larga noche por delante.

—Sí —dijo Noreno—. Las despedidas deben ser breves.

Los dos amigos dieron media vuelta y se alejaron caminando, hacia el sur. No miraron atrás hasta que ambos supieron que la aldea había desaparecido.

Caminaron toda la noche, a paso constante aunque pausado, sin descanso, sin hablar mucho, cada uno sumido en sus propios pensamientos, en sus miedos y esperanzas, en el remordimiento que les producía saber que habían dejado atrás a sus mayores.

La luna fue recorriendo el firmamento en compañía de las estrellas, poco a poco, sin prisa, hasta que la noche fue cediendo ante el día y los dos jóvenes, desde lo alto de una loma, pudieron ver nacer el nuevo día, tenue al principio; de tonos rosados, encarnados y azules poco después, hasta que el sol, al fin, se asomó entre las cumbres boscosas.

—¿Descansamos un poco y comemos? Tengo hambre —dijo Noreno.

Arán asintió. Los dos jóvenes se sentaron a la sombra de un roble, sobre la hierba fresca, mirando hacia el este, hacia el sol majestuoso, solemne e inmenso que iba dejando atrás con parsimonia, como si se desgajara, un horizonte

infinito, quebrado de montañas verdes hasta donde abarcaba la vista.

—He visto muchos amaneceres —dijo Arán mientras abría su morral—. Ninguno ha sido tan bonito como este. ¿Queso?

—Sí —dijo Noreno.

—Creo que esto es lo que más voy a echar de menos, el queso de mi madre.

No era la primera vez que Noreno probaba ese queso, pero podía decir, sin temor a equivocarse, que sabía diferente, que hoy sabía a libertad. Hoy Noreno era dueño de su destino como no lo había sido nunca.

—Estarán despertando en la aldea —dijo Arán.

—Es mejor no pensar en ello.

—Sí, tienes razón.

Los jóvenes acompañaron el queso con pan de bellota y tragos de agua fresca del odre.

Después de dos noches sin dormir, de un día de trabajo y una caminata nocturna, Noreno y Arán se tumbaron a la plácida sombra del roble y allí se fueron quedando dormidos.

—El primero que se despierte que levante al otro —dijo Arán.

Noreno despertó de repente y sobresaltado. Aún tuvieron que pasar unos latidos antes de que supiera dónde se encontraba: bajo el roble, en lo alto de una loma, a dos palmos de Arán. Había sido un sueño extraño, una pelea entre una docena de lobos y una docena de perros que ladraban, gruñían y se daban dentelladas en un bosque frondoso, a la luz de la luna llena, en una noche clara, sin nubes, pero bajo una intensa tormenta. Había presenciado la batalla con tanto interés como horror, oculto detrás de un árbol, incapaz de apartar la vista del sangriento enfrentamiento, mientras su madre le gritaba que la vaca estaba a punto de parir y su abuelo le decía cosas incomprensibles señalando un cuenco de madera y una hoz como si ambas cosas escondieran el secreto de la vida. Sobre aquellas imágenes se superponían los esqueletos humanos que la lluvia solía desenterrar en el viejo castro. Cuando abrió los ojos, iban ganando los perros.

Decían que los sueños eran mensajes de los dioses, de los antepasados, que podían interpretarse para adivinar el futuro, pero nada de lo que había soñado tenía sentido.

Noreno alargó la mano y sacudió con delicadeza a su amigo para despertarlo. El sol se encontraba en su cénit, ya era mediodía y había que ponerse en marcha.

8

No, nunca supe lo que significaba ese sueño. Lo tuve varias veces, y estaba convencido de que escondía algún secreto. Supongo que todos necesitamos pensar que no estamos solos, que los dioses o los antepasados velan por nosotros, que nos protegen y nos envían señales. Pero no hay nada, ni nadie, no hay dioses, las estrellas no rigen nuestro destino, nuestros ancestros no son más que polvo y huesos. Eso era, al menos, lo que decía Teómaco, y hoy creo que tenía razón.

Sí, era griego y médico, amigo inseparable del prefecto Valerio. Teómaco «el que lucha contra los dioses», ese no era su nombre real, por supuesto, y nunca supe el nombre que le había dado su padre, pero no importa. Teómaco solía decir que si era médico era tan solo para ganarse la vida, que su pasión real era la de derribar a los dioses, la de asaltar el Olimpo, luchar contra la superstición, contra todas las religiones, contra la idea de que seres sobrenaturales regían nuestras vidas. Decía que las religiones encadenaban al ser humano y que no le permitían volar entre otras cosas porque daban todas las respuestas y no dejaban lugar a la duda.

Que no te extrañe que me sonría. Le recuerdo con cariño. Era un hombre peculiar, gordo hasta el punto de medir lo mismo le mirases desde donde le mirases, con una nariz redonda, agrietada y surcada de pequeñas venas. Tenía una pobladísima barba entre blanca y amarillenta, siempre teñida de rojo en las comisuras; era un auténtico borracho, capaz de trasegar en una noche su propio peso en vino. Le resultaba imposible operar o amputar un miembro cuando estaba sereno, necesitaba estar ebrio para hacer bien su trabajo. Quizá no sepas que a los heridos, en campaña, cuando hay que operarlos, se les entrega una ración de vino para que beban y así atenuar el dolor. Pues bien, Teómaco solía decirles que tenían dos opciones: una, darle a él el vino para asegurarse de que no le temblara la mano durante la intervención y así salir de allí con un trabajo bien hecho, o dos, bebérselo ellos para sofocar el dolor de una operación que no solo llevaría más tiempo, sino que además no tenía garantizado el éxito.

Perdóname, me desvíó. Me vienen recuerdos a la mente y... ¿Qué te estaba contando? ¡Ah, sí! Julióbriga.

Fueron tres días de caminata; teníamos los pies destrozados, y no tardamos en darnos cuenta de que la comida que llevábamos encima no era suficiente. Así que tuvimos que contentarnos con recoger frutos por el camino y, aunque hubiéramos decidido no acercarnos a ninguna población hasta llegar a Julióbriga, ya el segundo día nos vimos obligados a ello. Sencillamente no sabíamos ni dónde estábamos ni hacia dónde dirigirnos y teníamos hambre. Sí, la ciudad estaba hacia el sur, a tres o cuatro días de camino de nuestra aldea. Pero la tierra era inmensa. Cada vez que alcanzábamos la cima de una loma o una montaña, solo veíamos más lomas y más montañas, más y más bosques. Fue entonces cuando me pregunté cuán grande sería la tierra, si tenía confines y costados, si había algo más en el mundo que Cantabria y Roma.

La aldea por la que pasamos era igual de miserable que la nuestra: una treintena de cabañas en un valle, junto a un arroyo. Allí, gentes tan humildes como nosotros nos dieron de comer y nos dijeron cómo llegar a Julióbriga. Si nos dirigíamos hacia Poniente, nos dijo un hombre, daríamos tarde o temprano con la calzada, y lo único que teníamos que hacer era seguirla hacia el sur, eso era todo. Le preguntamos extrañados qué era una calzada —yo llegué a pensar que se trataba de un pájaro, o de una mujer, o qué se yo lo que se me pasó por la mente—. Nos dijo que se trataba de un camino de piedra que llevaba a Roma. ¡Un camino de piedra! ¿Un camino de piedra? No tenía pérdida, dijo, porque cruzaba Cantabria de norte a sur, desde Portus Blendium hasta Julióbriga y más allá. Agradecemos su amabilidad y nos fuimos.

Ni Arán ni yo sabíamos qué esperar, pero, cuando horas después, dimos con la calzada, nos quedamos sin habla. Es probable que a ti, que ya has nacido conociendo estos caminos sólidos y robustos, auténticos monumentos del poder de Roma, te sorprenda que a unos muchachos jóvenes les causara tal impresión. Eso es porque son cosas que se dan por sentadas cuando se conocen, pero nosotros nunca habíamos visto nada parecido; como mucho, habíamos recorrido senderos embarrados creados por la costumbre. Imagina la sensación que nos produjo ver ese «camino de piedra». De no haber sabido que lo habían construido manos humanas, habríamos creído que era cosa de gigantes, o de dioses. Fue la primera de muchas maravillas que vimos y a las que poco a poco nos fuimos acostumbrando. Y eso que no era más que una calzada secundaria.

Caminamos durante el resto del día. No había que apartar zarzas, no teníamos que mirar continuamente al suelo, no había trechos difíciles ni lugares donde nos

viéramos obligados a detenernos para buscar un camino alternativo. Las botas no se te hundían en el barro y no tenías que estar preguntándote continuamente dónde estabas, ni mirar hacia el sol para saber si ibas en la dirección correcta.

Hubo trechos en los que nos cruzamos con carretas, caballos y con otros caminantes, y partes que recorrimos prácticamente solos hasta que, al atardecer del cuarto día desde que saliéramos de la aldea, llegamos a Julióbriga.

¿Quieres más vino?

9

ANTIOQUÍA

PRIMAVERA 65 D. C.

—Déjalo —le dijo Valerio a la prostituta—. Déjalo.

La mujer llevaba un buen rato intentando provocarle una erección. Lo había probado todo.

Eirene se hizo la sorda. Atardecía. La luz del sol, perezosa, penetraba en la estancia por el pequeño hueco en la pared que daba a la calle. Se oía el ajetreo habitual de la zona. Dos carreteros discutían sobre quién tenía derecho de paso, un maestro daba clase a voz en grito, un pordiosero pedía limosna alegando ser veterano de las legiones de Corbulón. Se oían las risas de dos borrachos y las llamadas de fruteros y pescaderos, que alardeaban de sus productos frescos, sabrosos y, lo que era más importante, baratos.

Las paredes del cubículo estaban decoradas con toscos frescos de posturas sexuales que a Eirene le servían para que sus clientes extranjeros, aquellos que no hablaban ni griego ni latín, pudieran elegir la que más les apeteciese. Valerio las había probado todas y alguna más.

—Déjalo, Eirene —insistió el viejo centurión. Esta vez alargó las manos y la obligó a detenerse—. Ven. Túmbate aquí conmigo. A mi lado.

—Como quieras —dijo la mujer, solícita.

La prostituta se acurrucó junto a él y empezó a acariciarle el pecho, cubierto de abundante vello grisáceo y ensortijado. Valerio le dio un beso en la frente y se quedó mirando el techo.

Por alguna razón le habían asaltado imágenes de la rendición de Rhandaia, del puñetazo a Peto, de la jaula a la intemperie en la que le habían metido cuando el legado ordenó, balbuciendo y con la mandíbula rota, que le prendiesen y le encerraran. Dos legiones, la XII y la IV, o lo que quedaba de ellas, abandonando sus armas, sus estandartes y, lo que era peor, a sus heridos, en manos de los partos. La vergüenza y el deshonor de ver a sus hombres pasar bajo el yugo, uno

a uno, flanqueados por un ejército enemigo ufano y orgulloso que se burlaba de ellos.

Luego, la larga marcha por la nieve. Miles de buenos legionarios agotados, sin comida, sin un lugar donde guarecerse, despojados de todo. Los hombres desplomándose a derecha e izquierda por culpa del frío, el hambre y el cansancio. Los grilletos congelados mordiendo las muñecas del centurión. El viento gélido, cargado de polvo de nieve, lacerando rostros y agrietando labios.

El veterano sintió un escalofrío.

—¿Qué te pasa? —preguntó Eirene con dulzura.

—Nada —dijo Valerio—. Recuerdos.

—No se puede vivir en el pasado, Fulm.

—Me temo que ya solo tengo pasado.

¿Había llegado el momento de hacerle partícipe a Eirene de una idea que llevaba un par de meses rondándole la cabeza? Quizá no.

El dedo índice de la mujer repasaba en ese momento, con delicadeza, el tatuaje que decoraba el pecho del centurión: un gran relámpago de un negro desgastado sobre el corazón con el número XII en la base. Aunque a Eirene le gustaban más las frases que lucía en el brazo derecho, «*semper fidelis*», e izquierdo, «*audentes fortuna iuvat*».

—He estado pensando... —dijo Valerio.

—Pensar no es algo que se os dé muy bien a los legionarios, menos aún a los que estáis retirados —dijo Eirene con voz traviesa. A Valerio no le importó. No había malicia en sus palabras.

—He estado pensando en volver a Roma. No a la ciudad, demasiado bullicio, pero sí cerca. Tengo dinero suficiente para comprar una casa y unos cuantos esclavos.

—Te echaré de menos —dijo la prostituta con ternura.

—Quizá pudiéramos... tú y yo..., ya sabes.

Eirene se incorporó un poco, apoyó la cabeza en la palma de la mano y le miró fijamente, con esos ojos negros como dardos. No era una mujer joven, rondaba la treintena.

—No. No sé —dijo ella, inquisitiva.

—Ya sabes. Tú y yo. Casarnos, vivir tranquilos. Yo no podría satisfacerte, pero podríamos comprar un joven esclavo que te gustara y te complaciera...

Eirene se echó a reír.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro. Tengo una buena pensión. La casa la podrías elegir tú, a mí me da

igual...

—Quieto ahí, Valerio, detén esa cuadriga —dijo la prostituta ahora con el semblante ceñudo—. No pienso convertirme en tu enfermera. Ni venderte mi libertad. Aquí estoy bien, hago lo que quiero y cuando quiero, gano mi dinero, no tengo que rendirle cuentas a nadie y puedo darles a mis hijos una buena vida.

—No tendrías que rendirme cuentas.

—¡Oh! ¡Claro que tendría que hacerlo! Ahora que quieres convencerme, todo es de color marfil. Pero ¿y una vez allí? No podrías evitarlo, Fulm. Me tratarías como a uno de tus legionarios ¿Y mis hijos? Aquí son felices, lo tienen todo.

—Podría adoptarlos. Serían ciudadanos romanos.

—Ni lo sueñes, Fulm. Ni lo sueñes. No me lo tomes a mal. Te aprecio. Eres mi mejor cliente. Disfruto contigo, eres considerado, amable y generoso. Pero de ahí a ser tu esposa y tu enfermera, a que controles mi vida...

—Olvida lo que he dicho —susurró Valerio apartando la mirada.

—Sí. Será mejor que lo olvidemos.

Sin decir más, el antiguo centurión se incorporó del lecho y se puso la túnica. Luego, el cinturón del que colgaba una bolsa con dinero. Eirene, aún desnuda, se arrodilló para ayudarle con las sandalias mientras él contaba tres denarios. Valerio alargó la mano con las monedas.

—Guárdalo —dijo la mujer con una sonrisa al incorporarse. Luego le acarició la cara y le dio un beso en los labios—. Hoy no lo merezco.

—Siempre lo mereces.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó Eirene al tiempo que cogía el dinero.

—Sí. A la misma hora.

—Procura no pensar demasiado, Valerio. No te hace ningún bien.

—Lo intentaré.

Eirene se puso de puntillas y le regaló otro beso en los labios, le acarició la mejilla de nuevo, le miró a los ojos y sonrió.

—No te merezco, Valerio. No soy la mujer adecuada para ti.

—Eso lo tendré que decidir yo, ¿no crees?

—Al contrario. Arrastras demasiada tristeza como para poder pensar con claridad. ¿Crees que me hubieras propuesto algo parecido cuando estabas en la legión?

—No lo sé.

—Claro que no, Fulm. Lo sabes tan bien como yo.

—Puede que tengas razón.

—Mañana compraré ostras y granadas.

—Nunca he necesitado esas cosas para...

—Tú déjame a mí.

Valerio asintió.

—Hasta mañana, Eirene. Y gracias.

Valerio salió de la estancia y la mujer cerró la puerta tras él. El centurión respiró profundamente antes de empezar a bajar las escaleras que daban a la calle. No había recorrido ni tres peldaños cuando se cruzó con un hombre que subía y que parecía un tanto perdido. Este, de rasgos armenios, detuvo su ascenso y le sonrió afable.

—¿Eirene? —preguntó el sujeto sin más.

Valerio se limitó a señalar con el dedo hacia la puerta de la prostituta y el armenio asintió dos veces a modo de agradecimiento antes de ascender los últimos peldaños. El viejo centurión siguió bajando, oyó que el hombre llamaba a la puerta, que esta se abría y que la dulce voz de Eirene le daba la bienvenida.

La calle, como siempre, estaba repleta de gente que iba y venía. Aún quedaban un par de horas de luz, aunque el sol ya se estaba escondiendo detrás de los edificios. Valerio pasó junto al mendigo que afirmaba, lastimero, haber luchado a las órdenes de Corbulón: le faltaba una pierna y estaba tuerto de un ojo.

—Salve, compañero —dijo el antiguo centurión.

—Una limosna para un veterano de las legiones de Corbulón.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Quinto Sempronio.

—¿Legión?

—La X.

—¿Dónde perdiste la pierna?

—En Armenia.

—Armenia...

Valerio hundió los dedos en la bolsa y dejó caer dos denarios en el cuenco del mendigo.

—Gracias, ciudadano, gracias, que los dioses sepan recompensar tu generosidad.

—Ya es tarde para eso. ¿Acaso a ti te han recompensado por la tuya?

—Yo no tengo dinero con el que ser generoso.

—¿Una pierna y un ojo por Roma? A mí me parece generosidad suficiente. — Valerio se desabrochó la bolsa de cuero en la que llevaba el dinero y la dejó caer íntegra en el cuenco. El mendigo le observó incrédulo—. Nadie que haya

luchado en las legiones merece acabar pidiendo limosna por las calles.

—Gracias, ciudadano. Gracias. Gracias.

—No. Gracias a ti, legionario.

El viejo centurión siguió caminando calle abajo, hacia la taberna de Panfilio. Lo más probable era que Teómaco ya estuviera allí, como todas las noches.

La taberna de Panfilio daba al mercado, y tenía un frente de unas cuatro zancadas de ancho, dos de las cuales las ocupaba un mostrador de ladrillo en forma de ele en el que había incrustadas seis grandes tinajas de las que solo se veía la boca. Dentro de estas Panfilio almacenaba la comida: sopa de pescado, aceitunas, caldo de gallina. El calor del horno que había en el sótano servía para mantener caliente el contenido de las tinajas. Dejando el mostrador a la izquierda, uno podía adentrarse en una sala abovedada, también de ladrillo, que tenía un ojo de buey en lo alto que permitía que entrara la luz del día. Cuando esta se iba desvaneciendo, la hija de Panfilio se encargaba de encender las lámparas de aceite que había en las mesas.

—Buenas tardes, Panfilio —dijo Valerio al entrar en la bulliciosa taberna.

—Buenas tardes, Fulm —dijo el orondo tabernero, que, hasta ese momento, había estado manteniendo una acalorada discusión con dos parroquianos sobre las últimas noticias que llegaban de Roma. El emperador, por lo visto, había ordenado el suicidio de su antiguo maestro, Séneca. Panfilio se secó las manos en el delantal.

—¿Qué tienes hoy? —preguntó el centurión.

—Del horno, cordero o cerdo; de aquí, caldo de gallina.

—Huele bien. Tráeme vino, el mejor que tengas, cordero y pan. Y unas aceitunas.

—Por supuesto.

—¿Ha llegado Teómaco?

—Aún no, pero no creo que tarde. Me han dicho que ha montado un numerito en las letrinas. Ya sabes.

—Algún día acabará mal —dijo Valerio negando con la cabeza.

—Hay dos jóvenes en vuestra mesa habitual. ¿Quieres que me encargue?

—No te preocupes, ya lo hago yo.

—Como quieras.

Valerio dejó el mostrador a la izquierda y se adentró en la sala. Sorteó una docena de mesas de madera y se dirigió a la suya, en la esquina derecha. Le gustaba sentarse allí porque la mesa quedaba un tanto en la penumbra, tenía una pared a la espalda y otra a la izquierda, podía ver perfectamente quién entraba y

quién salía y, en invierno, estaba cerca de la hoguera con la que Panfilio caldeaba la estancia para sus clientes. El centurión se acercó a los dos jóvenes que charlaban y reían en su mesa. Al percibir su presencia, los jóvenes callaron y le miraron.

—Estáis en mi mesa, muchachos —dijo Valerio.

—Piérdete, viejo —dijo el más corpulento de los dos.

—Deberías tener más respeto por tus mayores, muchacho. Vamos, no me hagáis perder el tiempo, buscad otro sitio.

—Vámonos, Fausto —dijo el otro joven haciéndole un gesto con la cabeza a su compañero—. Le ruego que disculpe a mi amigo, señor.

—No pasa nada, chico. Dile a Panfilio que os dé una jarra de vino y que la pago yo.

—Sí, señor —dijo el joven.

Mientras Valerio se acomodaba en su silla y los jóvenes se alejaban, oyó que el que se había disculpado le cuchicheaba algo con gesto de alarma al tal Fausto. Este se dio la vuelta para mirar al viejo centurión antes de esfumarse.

Había bastante gente en la taberna esa tarde, y barullo de voces y risas. Valerio saludó con la mano a otro parroquiano habitual, un anciano barbudo que ya parecía parte del mobiliario. Solía sentarse allí durante horas, se bebía dos o tres jarras de vino mientras miraba al infinito y nunca hablaba.

—El vino y las aceitunas —dijo la voz dulce de la hija de Panfilio—. ¿Te traigo el cordero o esperamos a Teómaco?

—Le esperaremos —dijo Valerio—. Gracias, chiquilla.

—¡Idiotas! —tronó una potente de voz desde la entrada, anunciando la llegada de Teómaco—. ¡Idiotas!

—Me parece que ya está aquí —dijo la muchacha con una sonrisa burlona.

Mientras Valerio servía vino en los dos cuencos de madera que acompañaban la jarra, el cuerpo planetario de Teómaco se abría paso entre las mesas.

—¿Qué miráis? —tronó Teómaco cuando se percató de que se había hecho el silencio y de que todas las miradas se habían posado en él. Al instante volvió a reinar el barullo en la taberna—. ¡Eso es, volved a vuestras absurdas e insulsas conversaciones, idiotas!

—¿Qué te pasa? —dijo Valerio cuando el griego tomó asiento y se bebió de un trago el vino que le había servido. Valerio no dudó en rellenárselo de nuevo.

—¿Que qué me pasa? Maldita sea. Ya no se puede cagar tranquilo. Ni hacer chistes mientras se caga. ¿Conoces al chico que me calienta el asiento en las letrinas antes de ir yo?

—Sí.

—Pues ahora dice que ya no puede calentármelo. Que su padre le ha dicho que se aleje de mí.

—¿Por qué?

—Porque es un idiota.

—El cordero —dijo la hija de Panfilio.

—Gracias, chica. Menos mal que tú me alegras el día —dijo el griego—. ¡Guapa! ¡Si tuviera treinta años menos, tú y yo nos fugaríamos a Alejandría y follaríamos como conejos! —La muchacha soltó una leve carcajada, se sonrojó y se fue a servir otras mesas—. ¡Trae otra de vino, esta va a caer rápido!

—Por cierto —dijo Valerio—. Hoy pagas tú.

—¿Y eso?

—Porque le he dado todo el dinero que llevaba encima a un mendigo.

Teómaco le miró incrédulo.

—¡¿Qué?! ¿Serás idiota? —Y dirigiéndose a la muchacha—: ¡Trae del malo, chica, que pago yo!

—Un antiguo legionario de la X...

—Seguro que era mentira. Y que se lo gastará en vino.

—Que se lo gaste en lo que quiera.

—¡Cuándo acabará este día de mierda! —rugió Teómaco.

—¿Me vas a contar lo que te ha pasado?

—Acabaríamos antes si te contara lo que no me ha pasado. —Teómaco le dio un trago al vino y se sirvió más—. Llego a las letrinas, ya sabes, las que hay un poco más abajo. El chico que me estaba calentando el hueco se levanta, le pago, ya sabes lo mal que me sienta el frío en el culo, me remango la túnica y me pongo a cagar. Como siempre, a mi hora. Estaban allí Lucio, el carnicero, Minos, el de la lavandería, el peletero ese de la calle de arriba y algunos más a los que no conozco. Y se ponen a hablar sobre Séneca.

—He oído que se ha suicidado.

—Por orden del emperador, sí. ¿Y sabes quién me ha dicho que le llevó la orden?

—No.

—Nuestro amigo Numerio. ¿No estaba ahora en la guardia pretoriana?

—Sí.

—Pues eso. Pero no creas que hablaban de ello como suelen, a voz en grito, sino en susurros. Como si en los agujeros de las letrinas hubiera pretorianos escondidos. ¿Te lo quieres creer? Ni que hablar fuera un crimen.

—Depende de lo que se diga —observó Valerio.

—Pues al que no le guste que se tape los oídos, maldita sea. El caso es que de pronto siento el mayor retortijón que haya sentido nunca, hago fuerza y, de aquel lugar de mi cuerpo donde nunca luce el sol, sale el más sonoro pedo que jamás me haya tirado. Y recito: «Diríase que un trueno había restallado bajo la tierra». Y me echo a reír. Porque el chiste es bueno y porque hay que poder decir lo que a uno le venga en gana.

—Pero ¿ese no es uno de los versos del emperador?

—Precisamente —dijo Teómaco esbozando una maliciosa sonrisa.

—Deberías tener más respeto por esas cosas.

—Ya, ya —dijo el griego con desdén.

—¿Y qué ha pasado?

—Los muy imbéciles, en vez de reírse, se han callado, se han pasado el uno al otro la esponja de limpiarse el culo, a toda prisa, y se han ido dejándome solo. Idiotas. Ya sabes que a mí me cuesta, y que me lleva mi tiempo descargar. Pues cuando he salido de las letrinas, me estaban esperando dos idiotas de la guardia urbana que me han afeado la conducta. ¡A mí! ¡El más cívico de los hombres!

—Tienes que tener cuidado, Teómaco. El ambiente está muy caldeado con estas cosas.

—Ese hombre es un matricida, un parricida, un fratricida..., qué digo, un todocida...

—Nerón es nuestro emperador. Tendrá muchos defectos, pero, gracias a su familia, en Roma hay paz. Es un buen muchacho.

—¿Un buen muchacho? ¡Es un maldito monstruo!

—No vayas por ahí, Teómaco. No te lo permito.

—¡Bah! —dijo el griego con desdén—. Los romanos no tenéis sentido del humor. ¿Y tú qué?

Valerio le dio un sorbo al vino.

—He estado con Eirene.

—No me digas que le has preguntado lo que me dijiste el otro día.

—Sí.

Teómaco hundió la cara en las manos y negó con la cabeza.

—Eres un idiota, Fulm. Un idiota. ¿Y qué te ha dicho?

—Que no.

—Te lo dije. Chica lista. Me alegro por ella, contigo sería una desgraciada.

Teómaco rio para sí.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó el centurión.

—Que no hay cosa que cause más satisfacción en este mundo que tener razón y poder decirlo. Es un placer básico y mezquino, como cagar, pero un placer igualmente.

Valerio negó con la cabeza y bebió de nuevo. Cuando bajó el cuenco, percibió por el rabillo del ojo la presencia de dos legionarios armados en la puerta que hablaban con la hija de Panfilio. La muchacha señaló hacia la mesa que ocupaban el griego y el romano, los legionarios dieron las gracias y se dirigieron hacia ellos.

—Vaya —dijo Valerio señalando hacia la puerta con el mentón—. Me temo que vas a tener que dar alguna explicación más.

Teómaco se volvió y, al ver a los legionarios, maldijo. Luego le dio otro trago al vino y se levantó.

—Búscame un buen abogado —dijo el griego.

—Y tú no hagas ninguna tontería —repuso el centurión.

—Yo nunca hago tonterías.

—¿Lucio Valerio Corvino? —preguntó con sumo respeto uno de los legionarios cuando estuvo a la altura de los dos amigos.

—Soy yo —dijo Valerio poniéndose en pie.

—El gobernador desea verte.

10

JULIÓBRIGA
PRIMAVERA 65 D. C.

Noreno y Arán estaban maravillados. Los cielos encapotados y la débil llovizna no le restaban un ápice a la grandiosidad y luminosidad de aquel emplazamiento. Era enorme. ¿Cuántas personas vivían allí? ¿Quinientas? ¿Mil? Era imposible calcularlo con certeza.

El camino que atravesaba el centro no era un mero sendero embarrado creado por innumerables pisadas, sino una calle empedrada que desembocaba en una amplia plaza cuadrada atestada de gente. En aquella plaza había una docena larga de tenderetes al abrigo de una columnata de unos cincuenta pasos de largo y otros tantos de ancho. Bajo los toldos podían verse sandalias, utensilios de cerámica y de hierro, lana, pieles, frutas, carne...

Los edificios eran de piedra, tal y como les habían contado, y eran enormes: cuatro, cinco y hasta diez veces mayores que las chozas más grandes de la aldea. Los dos amigos caminaban con los ojos abiertos al máximo y la mandíbula desencajada. En el centro de la plaza había una piedra con un tubo del que salía agua constantemente y junto a la que un grupo de mujeres hacían cola mientras charlaban. ¿De dónde venía toda esa agua? ¿No había necesidad de bajar al río a cogerla?

Las gentes de Julióbriga no estaban cubiertas de barro y mierda: muchos caminaban sin prisa y algunos llevaban prendas aparatosas. Muchas de las casas, en vez de tener la techumbre de paja o brezo, la tenían cubierta de una especie de cerámica roja o anaranjada.

Noreno tiraba de Arán para señalar a un lado y, acto seguido, Arán tiraba de Noreno para señalar al opuesto.

—¿Te imaginabas algo así? —preguntó Noreno.

—Ni en mis sueños he visto algo parecido.

—¡Mira allí! —dijo Noreno al tiempo que le tiraba a Arán de la tosca túnica.

Los jóvenes cántabros, esquivando a los viandantes, se acercaron a un puesto en el que había cosas brillantes: collares, pendientes, fíbulas de plata y bronce. Se quedaron embobados. La tendera, una mujer madura que vestía una túnica impecable de color azul celeste, que llevaba al cuello un collar enorme y dorado con incrustaciones de piedras de colores y que tenía la cara más pálida que los brazos, frunció el ceño al verlos. La mujer les dijo algo de malos modos mientras agitaba los brazos como si espantara moscas. No entendieron lo que decía; es más, ni siquiera sabían que se estaba dirigiendo a ellos. Los dos amigos, luciendo sendas y bobaliconas sonrisas, siguieron mirando los prodigios que tenían delante: un caballo hecho de metal, un lobo dorado, una serpiente cuyos ojos eran dos piedrecitas verdes... Mientras tanto, los habitantes de Julióbriga pasaban de largo a su espalda.

—He dicho que si no vais a comprar nada os larguéis. Estáis entorpeciendo el paso.

—Perdón —dijo Arán confundido al tiempo que daba un paso atrás.

Una mujer joven y bella, seguida de un hombre mayor y encorvado que la protegía de la llovizna con un parasol, se acercó al puesto y la tendera mudó el rostro de repente a uno más amable y solícito. Empezaron a hablar, pero ni Arán ni Noreno comprendieron una palabra.

—¿En qué hablan? —dijo Noreno en un susurro.

—Debe de ser el idioma de los romanos.

Se alejaron y siguieron caminando entre la gente y los puestos.

—Qué bien huele —dijo Arán cuando pasaron junto a una taberna.

Ambos tenían hambre. Se acercaron al establecimiento, repleto de personas que reían y hablaban en ambos idiomas mientras comían y bebían. El hombre que había detrás del mostrador servía cuencos rebosantes de comida a cambio de los cuales los parroquianos entregaban pequeños objetos redondos de metal.

—Monedas —dijo Noreno sin más.

Tanto Noreno como Arán habían oído hablar de ellas, pero jamás habían visto una. Sin embargo, en Julióbriga, todo el mundo parecía disponer de una cantidad ilimitada.

—¿Tenéis hambre, muchachos? —dijo, afable, el hombre del mostrador al verlos salivar.

—Sí —dijeron los dos amigos al unísono con una sonrisa.

—¿Y tenéis dinero?

Los dos jóvenes negaron con la cabeza como dos idiotas.

—¡Pues ya estáis largándoos! —espetó el tabernero frunciendo el ceño y

haciendo aspavientos con la mano.

Los amigos dieron un paso atrás, sorprendidos por el repentino cambio de actitud del tabernero, y sintieron que las miradas de todos los parroquianos se centraban en ellos.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre sin dirigirse a nadie en particular, sino a su clientela en general—. No hacen más que llegar campesinos hambrientos. Ya van unos cuantos que comen y se van sin pagar.

—¿Y cómo llegaste tú aquí hace veinte años, Aravo? —preguntó con sonrisa burlona un hombre musculoso y de pelo cano que estaba bebiendo en una esquina. Quizá fuera un herrero.

—¡Pero yo vine con ganas de trabajar, Dorulio! ¡Y lo mío me costó! ¡Estos vienen aquí a pedir! En mis tiempos...

—Cállate, Aravo —dijo Dorulio—. Ponles a los chicos un plato de comida caliente y un vaso de vino. Ya pago yo.

A regañadientes, el tal Aravo hundió un cazo en una de las bocas de cerámica que asomaban por el mostrador y sirvió, en sendos cuencos de madera, un caldo de carne de vaca que olía a casa. Noreno y Arán se acercaron a Dorulio.

—Gracias, señor... No queríamos... —dijo Arán.

—No os preocupéis. Aravo es un buen hombre, aunque un poco cascarrabias. ¿Habéis venido buscando trabajo?

—No —dijo Noreno después de darle un sorbo al caldo.

—A alistarnos —completó Arán.

—Salimos de la aldea hace cuatro días —añadió Noreno.

—Ah, sí. Algo he oído. Se están reuniendo en el descampado. ¿Seguro que no preferís trabajar? En la herrería me vendrían bien dos pares de brazos jóvenes y fuertes. Ya no doy abasto en la ciudad.

—No, muchas gracias —dijo Noreno.

—Es una lástima.

—¿Dónde dice que se están reuniendo? —preguntó Arán.

—En el descampado —dijo el herrero señalando hacia el sur—. Docenas de ellos. —Noreno y Arán se miraron—. Si por alguna razón no os aceptan, preguntad por mí y pasad por la forja.

—¿Y por qué no iban a aceptarnos? —dijo Arán un tanto molesto.

—¿Tenéis los dos huevos?

—¿Qué?

—Los huevos —dijo el herrero tocándose el escroto—, que si tenéis los dos. Arán y Noreno se miraron extrañados.

—Pues claro —dijo Noreno.

—Porque esa es una de las cosas que miran. Si no tenéis los dos huevos, no os aceptan. ¿Sabéis nadar?

—Sí.

—Pues eso también lo tienen en cuenta. No os vayáis a creer que cogen a cualquiera. Además, seguro que se marchan en cuanto tengan el cupo completo.

—¿Qué cupo?

—Unos quinientos muchachos.

—¿Y dices que ya han llegado muchos?

—Muchísimos. Es una lástima, toda la sangre nueva alistándose mientras aquí hacen falta manos.

Noreno y Arán se miraron alarmados. Tenían que llegar a tiempo. Se abrasaron los labios y la lengua para acabar a toda prisa con el contenido del cuenco, lo dejaron en el mostrador y, sin más, echaron a correr en la dirección que había señalado el herrero.

—Necios —dijo el hombre para sí en un susurro al verlos desaparecer a la carrera entre el gentío.

Corrieron como dementes, olvidaron el hambre, el cansancio y las ampollas de los pies. Sortearon cuerpos y más cuerpos, fueron increpados por los viandantes, pidieron disculpas una y otra vez... ¿Y si no llegaban a tiempo? ¿Y si todo había sido para nada? ¡Rápido! ¡Rápido!

Dejaron atrás la plaza y la veintena de edificios de piedra y ladrillo que conformaban el centro económico y social de Julióbriga, y llegaron a una zona más humilde de casas de madera entrelazada, barro y brezo. Varios perros les ladraron al pasar, y, cuando dejaron a un lado la última choza, se detuvieron en seco y se llevaron las manos a la cabeza. Allí estaba el amplio descampado del que había hablado el herrero, repleto de jóvenes venidos de todos los rincones, valles y montañas de Cantabria. Eran decenas, cientos, dispersos por la campa, sentados en grupos. Aquí y allá había parejas de legionarios ataviados con armadura, *pilum* y escudo que observaban a los reclutas con gesto aburrido mientras los jóvenes charlaban. El ambiente era casi festivo.

—Mierda —dijo Noreno.

—Mira allí —dijo Arán señalando hacia media docena de tiendas de campaña dispuestas en círculo en torno a una hoguera. Delante de estas había una mesa de madera. A la mesa, sentado, un hombre joven, moreno y menudo y, tras él, un

estandarte rojo que ondeaba al capricho del viento así como dos legionarios fuertemente armados, rectos como varas. Sobre la mesa, un pequeño cofre, rollos y tablillas—. ¡Vamos, quizá aún tengamos una oportunidad!

Recorrieron ese último trecho a toda velocidad, pidiéndoles a sus piernas un último y desesperado esfuerzo.

Al alcanzar la mesa, ambos encorvaron la espalda, jadeantes, y apoyaron las manos sobre las rodillas. El hombre menudo, que estaba rasgando una tablilla de cera con un punzón de metal, alzó la mirada lentamente.

—¿Llegamos a tiempo? —preguntó Noreno sonriendo y entre jadeos.

El joven de la mesa, que no llevaba encima más que una cómoda túnica roja, les hizo una pregunta en el idioma de los romanos. O al menos, por la entonación, parecía una pregunta. El romano habló otra vez, más despacio, y al ver las caras inexpresivas de los muchachos, esbozó un gesto de hastío, se giró hacia el legionario que tenía a su derecha, dijo algo, y este, bastante mayor que él, alzó la voz y gritó un nombre. Al instante, de entre las tiendas de campaña, emergió el jinete que había llevado la noticia del reclutamiento a la aldea. Se acercó. Estaba comiendo una manzana. Por alguna razón, tanto Noreno como Arán, habiendo recuperado el aliento, se alegraron al verle allí. El joven de la mesa se dirigió a él y luego miró a los dos amigos esperando una respuesta.

—El tribuno pregunta que si habéis venido a alistaros.

—Claro —dijo Arán—. ¿Llegamos a tiempo?

—Sí, llegáis a tiempo —dijo el cántabro sin proyectar emoción alguna.

Habló el tribuno.

—¿Sois ciudadanos romanos? —tradujo el cántabro.

Noreno y Arán negaron con la cabeza. El joven tribuno rasgó la tablilla y formuló otra pregunta.

—¿Estáis casados?

—No —dijo Arán.

—Yo tampoco —dijo Noreno—, aunque cuando vuelva me casaré con Aia y...

El soldado cántabro alzó la mano para que no siguiese.

—Solo importa que no estéis casados. Tu vida me trae sin cuidado, chico. —Noreno asintió, acatador—. ¿Sois esclavos?

—No —dijeron los dos al unísono.

—Enseñadme las manos con los dedos extendidos. —Los muchachos obedecieron. El cántabro comprobó que tuvieran todos los dedos, le dijo algo al tribuno y este apuntó en su tablilla—. Levantaos la túnica.

Noreno y Arán obedecieron. El cántabro observó los genitales de ambos,

alargó la mano derecha y palpó primero los de Noreno, luego los de Arán y le dijo algo al tribuno, que, una vez más, apuntó en su tablilla. Luego tomó prestada la jabalina de uno de los legionarios y la colocó en vertical entre ambos.

—Estatura correcta —dijo para sí—. ¿Tenéis carta de recomendación?

—¿Qué es eso? —preguntó Arán.

—Sin carta de recomendación —dijo el soldado en el idioma de los cántabros para, acto seguido, decírselo al tribuno. Este, sencillamente, no apuntó nada.

—También sabemos nadar —dijo Noreno.

—Eso ahora no importa. Bien, sentaos con los demás —dijo el cántabro.

—¿Ya está? —preguntó Arán emocionado.

—¿El qué?

—¿Ya somos soldados?

—Aún no, muchacho. Aún no. Sentaos con los demás.

Esa noche la llovizna se convirtió en todo un aguacero y la campa, en una auténtica ciénaga. Los romanos se refugiaron en sus tiendas de campaña y los reclutas tuvieron que soportar la tormenta a la intemperie, bajo la lluvia intensa e incesante, entre charcos, empapados.

Pero a Noreno y a Arán no les importó. No les importó porque eran felices, porque habían llegado a tiempo, porque se sentían libres. Veían recortadas en la noche las oscuras siluetas de aquellas cabañas que tanto se parecían a las de su aldea y que les recordaban a casa; sabían que bajo las techumbres de paja refulgían las cálidas brasas de los hogares, que burbujaban los caldos, que había paja seca sobre la que dormir y animales que daban calor. Pero no les importaba. Preferían estar allí, tiritando, con las túnicas pegadas al cuerpo y cada vez más pesadas y cargadas de agua, con el pelo chorreando, con las nalgas sentadas en un charco embarrado, sin saber lo que les deparaba el mañana, que sentirse encadenados a un día a día completamente predecible.

11

Sí, querido amigo, estábamos eufóricos. El soldado cántabro había preguntado si éramos esclavos y yo a punto había estado de decirle que, en la aldea, no estábamos muy lejos de serlo.

Mucho tiempo después supe que aquel hombre que tanto respeto infundía se había llamado Candamo, aunque por entonces, y a pesar de no ser ciudadano, ya usaba su nombre romano y se hacía llamar Marcelo. Supe que había conocido a mi padre, que había servido y luchado con él en la Cohors I Cantabrorum, en Moesia, y que era el único superviviente de aquella unidad.

Arán y yo fuimos los últimos reclutas en llegar aquel día, aunque durante las jornadas que siguieron acudieron más y más, hasta que la campa se vio repleta de jóvenes de nuestra edad. Recuerdo haber compartido de nuevo con Arán mi impresión de que los romanos tenían que estar muy desesperados, y ser muy necios, para verse obligados a reclutar y dar armas a tal cantidad de cántabros. Éramos cientos y los romanos no eran más que una cincuentena. Incluso sin armas, pensaba, no nos costaría acabar con ellos, sobre todo si nos abalanzábamos sobre su pequeño campamento en mitad de la noche. Lo único que teníamos que hacer era ponernos todos de acuerdo y, acto seguido, caminar hacia Roma. Arán, aun compartiendo lo que le decía, me convenció para esperar a ver qué iba pasando y me advirtió de que, por el momento, convenía no hablar de ello con nadie.

Por las mañanas llegaban desde Julióbriga dos carretas repletas de pan y vino para que desayunáramos, a mediodía nos traían caldo de pollo o cordero y por las noches, verduras. También nos dieron hachas con las que ir a un bosque cercano a recoger leña para encender hogueras. Tanto me sorprendió la generosidad de los romanos que no pude evitar comentarlo con Arán, y él me dijo que era fácil ser generoso con las cosas de los demás, algo en lo que yo no había reparado. Y era evidente: para que nosotros comiéramos sin producir nada, muchos cántabros tendrían que pasar necesidades. Ya ves qué fácil es olvidar ciertas cosas.

Bien es cierto que, aunque no estuviéramos arando la tierra o cuidando de los animales, estuvimos lejos de permanecer ociosos. Una mañana, dos días después de que llegáramos a Julióbriga, el joven tribuno, ataviado con su brillante panoplia al completo, y con la capa roja ondeando al viento helado que soplaba del norte, nos hizo formar a todos frente a las tiendas de campaña, se subió a la mesa, pidió silencio y nos habló en su idioma. Candamo, o Marcelo, como prefieras llamarle, a lomos de su caballo negro y también completamente armado, fue traduciendo sus palabras a medida que hablaba. La cincuentena de legionarios que los acompañaban, apostados detrás del tribuno, con sus grandes escudos rojos, las armaduras relucientes, los cascos, las lanzas y los estandartes, se me antojaron imponentes y todopoderosos.

Por boca de Marcelo, como digo, oímos hablar al tribuno. Nos daba la bienvenida, aunque con aire hastiado, como si quisiera estar en otra parte. Sin embargo, sus palabras, dichas por Marcelo en su potente voz, parecían transmitir un mensaje bien diferente. Se nos recordaba que estábamos allí por voluntad propia, que no había profesión más honrosa que la de las armas, que como corresponde a toda labor honrosa habría momentos difíciles, pero que aquello que diésemos al servicio del Imperio, el Imperio nos lo devolvería multiplicado por ciento... Palabras y más palabras que, dichas por el tribuno, no hubieran logrado convencer a nadie, pero que, proyectadas por los pulmones de Marcelo, adquirirían el peso de las grandes verdades. No obstante, nos advertía el tribuno, de aquellos que estábamos congregados en la campa no todos tendríamos el honor y el privilegio de formar parte de la Cohors II Cantabrorum. Ese mismo día, decía, darían comienzo las pruebas físicas que determinarían quiénes serían admitidos y quiénes no. Aquellos que las superasen se convertirían en parte de una gran familia cuyo padre amable, compasivo, generoso y siempre atento era el emperador: Nerón Claudio César Augusto Germánico. Esto último lo dijeron, tanto el tribuno como Marcelo, señalando al *imago*, ya sabes, el estandarte de metal en el que aparece la imagen del emperador y que llevan todas las unidades. Aunque entonces ni siquiera sabíamos lo que era.

Creo que no hace falta que te diga que tanto Arán como yo nos esforzamos al máximo durante las pruebas: correr, nadar y, lo más difícil de todo: dos días de marcha interminables, desde el amanecer hasta la noche, cargando con los morrales que habíamos traído repletos de piedras del río y a un paso imposible. Fueron seis días durante los cuales nuestras fuerzas, y sobre todo nuestra determinación, fueron puestas a prueba.

¿Hubo momentos en los que quise abandonar? Por supuesto, en varias

ocasiones. Arán, en cambio, y para mi sorpresa, no flaqueó ni una sola vez. Es más, en una ocasión, fue él quien me recogió del suelo embarrado y me susurró aquella frase que se había convertido en nuestra consigna: «perros o lobos». Perros o lobos.

Muchos se dieron por vencidos, claro que sí, y simplemente se marcharon. Y fueron muchos los expulsados a medida que se iban sucediendo los días y las pruebas: primero los que no sabían nadar, luego los que resultaron ser más lentos que los demás en las carreras de velocidad, después los que se desplomaban durante las largas marchas y eran incapaces de seguir adelante. Al final, de cerca de mil reclutas, fuimos seleccionados cuatrocientos ochenta muchachos.

Puedes imaginar el orgullo que sentimos cuando, al séptimo día, el tribuno se subió a su mesa y nos dirigió unas palabras: éramos los afortunados, los más fuertes de entre la juventud de los cántabros, los más rápidos, los más resistentes... Solo quedaba una cosa por hacer para convertirnos en soldados: el juramento.

El tribuno eligió a uno de los muchachos que hablaba latín y este, ante la imagen del emperador, repitió frase por frase las palabras que aquel decía.

¿Conoces el juramento? Es igual para todos, en cualquier punto del Imperio: «Declaro por los dioses el juramento irrompible de que seguiré a mi comandante allá donde me lleve. Declaro que obedeceré las órdenes con entusiasmo y sin vacilar. Declaro renunciar a la ley civil y reconozco la potestad de mi comandante de matarme sin juicio ya sea por desobediencia o deserción. Juro servir bajo los estandartes durante el período de tiempo establecido y no abandonarlos hasta que mi comandante me releve. Juro servir a Roma con lealtad, aun a costa de mi propia vida, y respetar sus leyes».

Nosotros, por supuesto, no sabíamos lo que estaban diciendo. Entendíamos que se trataba de una especie de ceremonia, pero eso era todo. Cuando el muchacho que había pronunciado el juramento dio un paso atrás, el tribuno le hizo un gesto al siguiente para que diera un paso al frente. Aquel ya no pronunció el juramento al completo, sino que, guiado por Marcelo, se limitó a decir «*Idem in me*», «Yo también». Y así, como una marea, fuimos jurando uno a uno ante la atenta mirada del tribuno y de Marcelo.

Idem in me fueron las primeras palabras que pronuncié en latín. Como ves, no serían las últimas.

12

ANTIOQUÍA
PRIMAVERA 65 D. C.

Valerio, con la armadura impecable, la túnica y las sandalias nuevas y las faleras que lucía en el pecho resplandecientes, caminaba impaciente de un lado a otro.

La última vez que había estado en esa amplia y alargada sala de espera flanqueada por bancos de madera ahora vacíos había sido para acabar licenciado de la legión con deshonor. Un amargo recuerdo. Las paredes de la estancia estaban decoradas con frescos polícromos que representaban una visión panorámica e idealizada de Roma: el foro, el Senado, los templos, los teatros, el panteón, el *Ara Pacis*, arcos triunfales, un acueducto, un anfiteatro... Bellos mosaicos abstractos, de diminutas teselas, cubrían el suelo y, sobre seis pequeñas columnas de mármol rosado y vetas blancas, contemplaban la habitación desde diferentes puntos los rostros congelados y serenos de Julio César, Augusto, Tiberio, Cayo, Claudio y Nerón, la dinastía a la que la familia de Valerio había dedicado toda su vida, los garantes de la paz en el Imperio. Una única ventana iluminaba la sala, y dado que la luz que se filtraba por ella resultaba insuficiente, había una docena de pebeteros de bronce ubicados a diferentes alturas.

El viejo centurión llevaba allí buena parte del día viendo cómo, uno tras otro, mensajeros, suplicantes y dignatarios eran llamados a presencia del hombre que ejercía el poder en nombre y representación del emperador en una de las provincias más importantes, ricas y prestigiosas del mundo romano. El último había sido llamado hacía más de una hora. Aunque Valerio no estaba solo, Teómaco había insistido en acompañarle. No para prestarle ningún tipo de apoyo moral, ni por amistad, sino porque, como bien había dicho el griego, en la sala de espera del gobernador se comía y se bebía bien. Cada poco tiempo se abría la puerta por la que habían entrado y aparecían dos jóvenes esclavos, uno llevando una bandeja con comida y el otro, una jarra de cristal con vino.

Teómaco, de hecho, ya estaba borracho.

—Entra como el terciopelo —dijo el griego, satisfecho—. Nada que ver con esa mierda que nos sirve Panfilio.

Valerio no había probado bocado y solo había bebido agua.

—¿Quieres dejar de moverte?! —rugió Teómaco—. ¡Me estás poniendo nervioso! ¡Pareces un puto perro buscando un lugar en el que mear!

Valerio se detuvo en seco y fue a sentarse junto a su amigo.

—¿Crees que me ofrecerá el reenganche?

—¿Y qué más da? Disfruta de lo que tienes.

—Quizá necesiten gente con experiencia. Ya sabes. Oí hace unos días que el primipilo que me sucedió en la XII fue licenciado el mes pasado. Me gustaría volver a mi antiguo puesto. ¿Será eso?

—¡Pues ya te enterarás, maldita sea!

—¿Por qué crees que me está dejando para el final?

—Igual se ha olvidado de ti. O quizá quiera mandarte a la mierda, como yo.

—Es que no se me ocurre por qué me puede hacer llamar si no es para el reenganche. Espero que sea para eso. —Teómaco resopló aburrido y Valerio sonrió para sí y miró al techo—. ¿Qué habrá sido del bueno de Rufo? ¿Seguirá como siempre? Tengo ganas de volver a estar al frente de mis hombres, de comer gachas con ellos, de que me cuenten qué tal les ha ido estos tres años. Espero que estén todos. Sexto, Tulio, Próculo, Druso... ¿Te acuerdas de Druso?

—Me estás amargando el vino.

—Buen muchacho Druso, valiente, un poco escaso de luces, pero valiente. ¿Recuerdas aquella vez en Armenia cuando...?

Se oyó entonces que la puerta que daba al despacho del gobernador se abría. Valerio se puso en pie como un resorte.

—Lucio Valerio Corvino —proclamó con solemnidad la voz del joven que hasta entonces había dicho uno a uno los nombres de los que aguardaban.

—Yo soy —dijo Valerio.

—Eso seguro que se lo imagina, idiota —dijo Teómaco—. No hay nadie más.

—¿Quieres entrar? —le preguntó el viejo centurión a su amigo.

—Aquí estoy bien.

—Nos vemos luego.

Valerio sacudió los hombros un poco para que la cota de malla volviera a colocarse en su sitio. Se palpó las faleras y la espada para comprobar que todo estaba donde debía estar, y avanzó con paso firme hacia el despacho del gobernador. Las puertas se cerraron a su espalda.

—¡Valerio! —dijo Cestio Galo esbozando una amplia sonrisa.

En un alarde de cercanía el gobernador se levantó de su gran silla y se aproximó al centurión para saludarle. Estrecharon los brazos y Valerio sintió de pronto que volvía a ser el de antes.

—Buenas tardes, señor.

Galo le puso a Valerio la mano en el hombro y juntos caminaron hacia la mesa de trabajo de aquel.

—Lamento haberte hecho esperar tanto tiempo.

—No pasa nada, señor.

—Siéntate, siéntate, por favor. ¿Te apetece un poco de vino? ¿Algo de comer?

—No, muchas gracias, señor. Estoy bien.

Salvo por un cabello ahora cano por completo, Galo no había cambiado mucho en esos tres años. Estaba un poco más delgado, eso sí. Su despacho también estaba igual: los mismos frescos, las mismas estatuas, los mismos bustos. Lo único que había cambiado, quizá, era la mesa, más amplia, con más espacio para más y más misivas, rollos de papiro y tablillas.

—Déjanos, Antonio —le dijo el gobernador al muchacho que hasta entonces se había estado ocupando de abrir la puerta.

—Con su permiso —dijo el joven antes de desaparecer.

—Veo que aún te haces acompañar de ese médico griego. ¿Seguís como siempre?

—Sí, señor, como un matrimonio que no se soporta pero en el que el uno no puede vivir sin el otro.

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor. Solo por curiosidad: ¿desde cuándo lleváis juntos?

—Desde Britania.

—¿Ocho años? ¿Diez?

—Más o menos. ¿Qué tal los muchachos, señor? —preguntó Valerio, deseoso de entrar en materia.

—Bien, supongo. Las cosas con los partos están tranquilas, así que salvo cuestiones rutinarias, labores de patrulla, hacer calzadas y cosas así, no viven mal del todo. Es más, yo muchas veces los envidio. Les haré saber que has preguntado por ellos.

—No entiendo —dijo Valerio, confundido al oír la última frase del gobernador.

—Los muchachos; les diré que has preguntado por ellos —repitió el gobernador.

—Creía, señor, que me había hecho llamar para un posible reenganche.

Galo se quedó mirando al centurión un instante.

—Sí, en cierto modo sí —dijo Galo al fin.

—¿«En cierto modo»?

Cestio Galo se recostó en su gran silla y se llevó el dedo índice a los labios antes de hablar.

—¿Qué sabes de Judea, Valerio?

—No mucho —dijo el centurión, incapaz de ocultar su decepción—. Una tierra árida, por lo que tengo entendido.

—No toda; hay zonas fértiles, como Galilea.

—Y siempre al borde de la revuelta.

—Así es.

—Y los judíos... Sé que no comen cerdo, que veneran a un solo dios que debe de ser algo así como Júpiter, que holgazanean un día de cada siete y que, por algún motivo, se cortan la punta de la... del pene.

—Solo el prepucio —dijo Galo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Verás —dijo el gobernador inclinándose hacia delante y poniendo los codos sobre la mesa—; el año pasado a Judea le fue asignado un nuevo procurador: Gesio Floro.

—No he oído hablar de él.

—Ni tú ni nadie, Valerio. Ni tú ni nadie. Un maldito griego, de Clazomene. Todos estamos en nuestro derecho de medrar como mejor nos parezca, y está claro que gobernar una provincia o, en este caso, una procuraduría, es una magnífica ocasión para enriquecerse. Ya sabes, contratos, favores, regalos... Y yo no me opongo a que un hombre se enriquezca, faltaría más, para eso estamos; lo contrario sería un absurdo, y digno de sospecha. Tampoco me niego a que se haga mediante prácticas..., cómo decir..., poco ortodoxas. Lo que hagan o dejen de hacer en su jurisdicción me trae sin cuidado, siempre y cuando al emperador le lleguen los impuestos y no haya revueltas. Pero lo que sí pido es que, al menos, sean discretos. Y Floro es de todo menos discreto. No solo tiene un afán voraz por el oro y la plata, como todo miserable que se hace con un puesto de cierta responsabilidad, sino que además alardea de ello.

—Entiendo —dijo el centurión.

—Mi cometido aquí es mantener el orden y defender la frontera. Judea es una tierra difícil, en la que hay que tener tacto porque los judíos están trastornados con su dios y sus absurdas supersticiones. Y si, por algún casual, estallara allí una revuelta y me viese obligado a intervenir con las legiones de Siria, la frontera quedaría debilitada y a merced de los partos.

—Me hago cargo, señor. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Qué hace un griego de Clazomene como procurador de Judea? ¿No se puede pedir que se le sustituya?

—Se podría, sin duda. Pero yo no lo voy a hacer. En Roma la situación es complicada.

—Algo he oído.

—Es mejor no hacer demasiado ruido. Máxime teniendo en cuenta que la decisión de colocar a Floro en Judea ha sido deseo expreso del emperador. Decisión que, como comprenderás, no pienso poner en duda.

—¿No hay hombres más... discretos que Floro en Roma? ¿Por qué recurrir a un griego?

—Porque la esposa de Floro, una tal Cleopatra, cualquiera diría que es nombre de arpía, era íntima amiga de la emperatriz.

—Entiendo.

—Así que, en ese sentido, estoy atado de pies y manos. Lo que sí he hecho ha sido solicitar que se refuerce la zona. Y ahí es donde entras tú.

—¿Alguna *vexillatio* de la XII?

—No.

—¿De qué legión?

—De ninguna.

—¿Entonces?

—Voy a ser sincero contigo, Valerio, lo mereces. Si aceptas, ascenderías al rango de prefecto.

—No comprendo, señor.

—Prefecto de cohorte.

—¿Auxiliares? —exclamó Valerio con más indignación de la que hubiera querido mostrar ante su superior.

—Así es.

—No, señor. No puede hacerme esto.

—Necesito que haya alguien al mando de esa cohorte, alguien en quien pueda confiar.

—No puede hacerme esto, señor —repitió el centurión—. No puede.

—Valerio, escúchame: ahora mismo no puedo ofrecerte nada mejor. Peto se me echaría encima. Lo sabes tan bien como yo. Y sé que lo que te ofrezco está muy lejos de ser lo ideal para un hombre de tu experiencia y habilidad. Pero también te digo que si haces un buen trabajo, quizá dentro de un tiempo podamos volver

a incorporarte a la XII.

—¿Soy el primero al que se lo ofrece?

Galo negó con la cabeza.

—Nadie ha querido hacerse cargo. —Valerio asintió—. Pero es mejor esto que nada, ¿no crees? Al menos es mejor que vagar por las calles de Antioquía día sí y día también.

—No sé qué decir, señor. No era lo que esperaba.

—Me harías un gran favor, Valerio. Y estaría en deuda contigo.

Valerio volvió a asentir. Hubo un instante de silencio.

—Está bien —claudicó el viejo centurión al fin—. Está bien.

—Así me gusta. Sabía que podía confiar en ti —dijo Galo, satisfecho—. Verás cómo al final no es tan terrible como te imaginas.

—¿De dónde son? —preguntó Valerio, derrotado.

—Cántabros.

—¿Cántabros?

—Un pueblo indómito del septentrión hispano. Y jóvenes: ardor guerrero, energía...

—¿Con «jóvenes» se refiere a «carentes de experiencia», señor?

—Bueno, sí, pero nadie nace aprendido. Alegra esa cara, Valerio. —El viejo centurión forzó una sonrisa—. Piensa que tú eres el herrero y ellos, el hierro en bruto. Un metal amorfo al que podrás dar forma a tu antojo. —Otro largo silencio—. Por cierto, prefecto, dentro de unos días emprendo viaje a Judea, a Jerusalén concretamente. Quiero ver de primera mano lo que está haciendo ese Floro y me gustaría que me acompañases. Así te irás aclimatando al entorno hasta que lleguen tus hombres.

—Por supuesto.

—Excelente. Puedes retirarte. Estoy en deuda contigo.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo Valerio mientras se ponía en pie. El ahora prefecto dio la espalda al gobernador y se dirigió a la puerta. Antes de llegar volvió la cabeza—. Señor...

—¿Sí?

—He oído decir que el mes pasado fue licenciado el primipilo de la XII.

—Has oído bien.

—¿Puedo preguntar quién le sustituye?

El gobernador volvió a recostarse en su silla.

—Un viejo amigo tuyo —dijo Galo.

—¿Quién?

—Numerio.

—Creía que ese maldito... —Valerio se contuvo—. Creía que Numerio estaba sirviendo en la guardia pretoriana.

—Ha pedido el traslado. Tigelino ha intercedido por él ante el emperador. Lo siento, Valerio. Quizá algún día me cuentes lo que pasó entre vosotros.

—Quizá.

13

JULIÓBRIGA

PRIMAVERA 65 D. C.

—¿Judea? —preguntó Marcelo.

La lluvia y el viento azotaban con rabia la tienda de campaña.

—Me temo que sí —respondió el tribuno.

—Pero si no hace ni dos días que prestaron juramento...

—¿Y a mí qué me cuentas? —dijo el tribuno de malos modos—. Os destinan allí. Tendrás dos meses para adiestrarlos.

—¿De camino?

—De camino.

—Pero Judea es un secarral.

—Eso creo, sí.

—Y una región levantisca —observó Marcelo, haciendo un titánico esfuerzo por sofocar su indignación.

El joven tribuno se encogió de hombros.

—Yo no dicto las órdenes.

—¿Qué hay de las armas, las mulas, las tiendas de campaña?

—Eso no es problema mío. Se te asignará dinero suficiente para la manutención y el transporte hasta que llegues a destino. Supongo que os equiparán allí. También se te asigna una decena de hombres que te acompañarán hasta Tarraco. Allí embarcaréis hasta el puerto de Ostia y de allí, a Cesarea Marítima. Una vez en Cesarea os pondréis al servicio de... —el tribuno revolvió sus documentos— de... Lucio Valerio Corvino. Antiguo primipilo de la XII. Cualquiera sabe cómo han logrado convencer a un veterano para que se haga cargo de toda esta maldita morralla. Eso es vocación de servicio.

—Sigo pensando que...

—Mira, Marcelo, sea lo que sea que me quieras decir, no me importa. Te lo digo muy sinceramente. Nos conocemos desde hace poco más de un mes, yo no

te caigo bien a ti y tú no me caes bien a mí. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Tengo veintitrés años, llevo en esta pocilga seis meses y me quedan otros seis antes de volver a Roma. Si estoy aquí no es por gusto, es porque sin experiencia militar es imposible labrarse un futuro en la administración imperial. Así que límitate a cumplir las órdenes y no me molestes más.

—Sí, señor. ¿Cuándo partimos?

—Cuanto antes. Es más, dado que no tienen que recoger nada, no te será difícil ponerte en marcha. Siempre hay que mirar el lado positivo de las cosas. Y no te olvides de repartir las placas.

—No, señor.

Marcelo salió de la tienda de campaña del tribuno con una maldición en la garganta que murió antes de llegarle a los labios. Sus pies se hundieron en el barro viscoso. La lluvia arreciaba. No, no se olvidaría de las malditas placas.

El mensajero que había llegado con la misiva llevaría ya una hora descansando en Julióbriga, maldiciendo su suerte por una causa u otra, como todos los que formaban parte de aquella «gran familia». La primera mañana de instrucción había quedado interrumpida por su llegada nada más formar a los chicos. Y ahí estaban los muchachos, en pie, en formación, sin moverse, bajo la lluvia, sin hablar, tal y como se les había ordenado, ataviados con sus túnicas raídas de campesino, como perros, mientras media docena de legionarios los observaban.

Marcelo montó en su caballo de un salto y lo espoleó levemente para volver al paso al lugar desde el que había estado dando las órdenes. Observó a los chicos. Le recordaban a él. O más bien a Candamo, el joven idealista que había sido y del que ya no quedaba nada, salvo algún recuerdo desdibujado.

—¡A mi orden! —gritó Marcelo en el idioma de los cántabros—. ¡Derecha! —Y los muchachos giraron noventa grados a la derecha sobre sus talones, sin moverse del sitio, tal y como se les había enseñado. Sus pies abrían pequeños hoyos en el barro que se iban llenando de agua—. ¡Derecha! —dijo de nuevo—. ¡Derecha! —Una vez más—. ¡Derecha! —dijo, esta vez en latín.

Los hubo que giraron y los hubo que miraron a un lado y a otro confundidos. A la tercera todos entendían ya lo que esa voz requería de ellos. Los había más rápidos y los había más lentos. La clave estaba en hacerlo una y otra vez hasta que todos se movieran al unísono.

—¡A mi orden! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda! —Y, acto seguido, en latín—. ¡Izquierda!

Las placas: cuatrocientas ochenta pequeñas planchas de plomo en las que venían escritos cuatrocientos ochenta nombres latinos aleatorios. Una para cada

muchacho junto con una bolsita de cuero en la que meterlas y colgárselas al cuello. Como las que llevaban los esclavos, o los perros. Lápidas diminutas que servían para sepultar el nombre que les habían dado sus padres y para, en su caso, identificar al caído. ¿Cuántos de aquellos muchachos seguirían vivos dentro de un año? ¿Y de dos?

—¡Derecha! —Ya en latín—. ¡Derecha! ¡Derecha! ¡Alto! —dijo Marcelo al ver que uno de los muchachos se detenía y levantaba la mano.

—Tengo ganas de cagar —dijo el chico.

Cuatro o cinco de los muchachos que había alrededor rieron. Marcelo le hizo un gesto con la cabeza a uno de los legionarios que observaban. Este se abrió paso entre los reclutas hasta llegar al que había hablado. Le cogió del brazo, le sacó de la formación y le llevó ante él.

—Veinte latigazos —le dijo Marcelo al legionario sin inmutarse—. En el poste. Delante de todos.

—Sí, señor.

—¡Derecha! —continuó—. ¡Derecha! ¡Derecha!

Entre cuatro legionarios cogieron al muchacho y le ataron al poste. El chico no hacía más que preguntar qué había hecho, confundido primero, luego asustado, horrorizado cuando le rasgaron la túnica, suplicante cuando vio el látigo.

—¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!

El cuero restalló en el aire para acto seguido impactar contra la espalda blanca y sin mácula del joven, que aulló de dolor al sentir el mordisco del látigo. Un segundó restallido abrió una brecha en la carne nívea del joven y del surco empezó a manar la sangre, que al instante se mezcló con la lluvia. Un tercer latigazo y un tercer alarido entre sollozos. Un cuarto.

—¡Derecha! ¡Derecha!

Un quinto. Empezaba a formarse un charco de barro carmesí a los pies del condenado. Un sexto. No era necesario dar explicación alguna, cualquier palabra se hubiera quedado corta. Todos lo entenderían. Disciplina. Disciplina. Y era mejor para ellos que lo comprendieran cuanto antes. También a Marcelo le dolía, cada uno de los latigazos, cada uno de los alaridos de dolor, como puede dolerle a un padre. Y también él tenía la espalda surcada de caminos rosáceos.

—¡Izquierda! ¡Izquierda!

Diecinueve.

Veinte.

Cumplido el castigo, los legionarios desataron al pobre desgraciado que había servido de ejemplo a todos los demás y se lo acercaron a Marcelo. El joven,

tambaleante y con la espalda y la túnica hechas jirones, sollozaba quedamente.

—¡Alto! —ordenó Marcelo en latín.

—Señor —dijo el legionario aguardando órdenes.

—Devolvedle a su sitio.

—Sí, señor.

Dos legionarios se abrieron paso entre la formación con el condenado.

—¡No le miréis a él! ¡Seguid mirando al frente! ¡Por encima de mi cabeza! —ordenó Marcelo.

Una vez llevaron al joven hasta su hueco en la formación, los legionarios volvieron a sus puestos, como perros ovejeros. El chico se mantenía en pie, tambaleante, pero en pie.

—¡Derecha! ¡Derecha!

El joven siguió las órdenes. Era un buen principio.

Un buen principio.

Ya era de noche y había refrescado, pero al menos no llovía. Las nubes habían descargado tal cantidad de agua que los cielos ahora estaban limpios y repletos de estrellas.

Noreno y seis de sus compañeros cenaban en silencio a la luz y al calor de la hoguera. El muchacho que había recibido los latigazos era uno de ellos. Después de haber pasado todo el día a merced del aguacero, girando a derecha e izquierda sobre sus talones, los romanos los habían dividido en grupos de ocho. No se conocían. Después, de cada uno de los grupos, el jinete cántabro había escogido a uno de los muchachos para que le acompañara a la zona de las tiendas de campaña. Del grupo de Noreno el seleccionado había sido Arán, y todavía no había vuelto. El joven empezaba a temer por su amigo. Quiso ahuyentar el silencio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Noreno al compañero que había recibido el castigo. Este alzó lentamente la mirada del cuenco de comida y clavó sus ojos azules en los de Noreno.

Hubo un instante de silencio.

—Vado —dijo aquel sin más. Y volvió a hundir las narices en el cuenco.

—¿De dónde eres? —preguntó Noreno.

—No me apetece hablar.

—¿Te duele?

Vado asintió y apretó los labios, impotente. Parecía estar a punto de llorar.

—Yo me llamo Turenno, de los blendios —dijo uno de ellos, un muchacho algo más menudo que el resto y con la cara picada—. Mi aldea está a un par de días de camino de aquí.

—Yo soy Noreno, de los salaenos.

—Yo me llamo Cantio —dijo otro—. Orgenomescos.

—Urbico, de Julióbriga.

—Viroto.

—Negalo.

—¿Sabéis por qué nos han puesto juntos? —preguntó Noreno.

Todos negaron con la cabeza. Volvió a cundir el silencio y Noreno no insistió. Le hubiera gustado hacerlos partícipes de su idea, desbordar a los romanos, matarlos, hacerse con sus armas y marchar todos juntos hacia Roma. Más aún ahora, después de haber sido testigo de la brutalidad con la que habían tratado a Vado solo por haber dicho que tenía ganas de aliviar las tripas. No le conocía, pero eso era lo de menos.

—Ya estoy aquí —dijo la voz de Arán a su espalda.

Noreno se levantó al oírle, dio media vuelta y sonrió al verle de una pieza.

—¿Te han hecho algo? ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Te he guardado algo de cena.

Arán le dio las gracias y, juntos, se sentaron ante la hoguera.

—¿Qué querían? —dijo Turenno. Era la pregunta que todos tenían en mente.

—No sé por dónde empezar —dijo Arán—. Veamos. Nosotros ocho somos lo que llaman un contubernio, esto es, compañeros de armas y de todo en general. En algún momento nos darán una mula y una tienda de campaña, que serán para los ocho.

—¿Cuándo? —preguntó Viroto.

—No lo sé. Pero Marcelo tampoco.

—¿Quién es Marcelo? —dijo Cantio.

—El jinete. —Todos asintieron—. ¿Os habéis presentado ya? ¿Sabéis vuestros nombres?

—Sí —dijo Noreno.

—Bien. Yo me llamo Arán —dijo el joven dirigiéndose a todos—, y soy, por así decirlo, el responsable del contubernio, el que habla por vosotros ante Marcelo y el que os hace llegar las órdenes.

—¿Por qué tú? —preguntó Urbico.

—No lo sé. Pero no creo que importe.

—¿Entonces mandas tú? —dijo Noreno.

—No exactamente.

—Pues yo no estoy de acuerdo —dijo Urbico.

—Creo que lo que opinemos al respecto les trae sin cuidado —repuso Arán—. La cuestión es la siguiente: mañana por la mañana nos vamos, así que tendremos que estar preparados.

—¿A dónde? —preguntó Turenno.

—No lo sé. Eso sí, tendremos que marchar juntos y permanecer juntos todo el tiempo.

—¿Y qué hay de las armas? —preguntó Viroto.

—No nos han dicho nada de eso.

—¿Y la paga? —dijo Negalo.

—Tampoco.

—Para ser el responsable del grupo no parece saber muchas cosas —dijo Urbico.

—Sé lo que me han dicho y os lo transmito.

—Pues vaya mierda —insistió Urbico.

Arán hizo caso omiso de sus palabras y se dirigió al muchacho que había recibido los latigazos.

—¿Estás bien? ¿Podrás caminar mañana?

—Creo que sí —dijo Vado.

—De acuerdo —dijo Arán, y, dirigiéndose a todos—: Creo que mañana será duro, pero no podemos darles la satisfacción de vernos desfallecer, tenemos que permanecer juntos y estar pendientes los unos de los otros. ¿Alguno de vosotros sabe algo de latín?

—Yo —dijo Urbico—. Y también sé leer. Por eso no entiendo que le hayan dado el mando a un aldeano como tú.

—Yo tampoco lo entiendo, pero eso es lo de menos. Y tampoco es que me hayan dado el mando de nada.

—Pues lo parece. Hablas como si ya estuvieras por encima de nosotros —espetó Urbico.

—Le han elegido a él como podrían haber elegido a cualquiera —dijo Turenno—. Quizá vayamos rotando.

—Puede ser —intervino Arán—. Pero la cuestión no es esa. Toma —le dijo Arán a Urbico al tiempo que le entregaba ocho pequeñas bolsas de cuero—. Me han dado una para cada uno; por lo visto, nos las tenemos que colgar al cuello, y está prohibido quitárselas bajo pena de muerte. Hay algo grabado.

Urbico abrió una de las pequeñas bolsas y sacó una plancha de plomo con una inscripción. La acercó a las llamas para poder leer y todos alargaron el cuello para ver de qué se trataba.

—Ca... ca... —empezó a leer Urbico—, Ca... yo... yo... Cayo...

—¿Cacacayoyocayo? ¿Qué demonios es eso? —protestó Turenno.

—¡Cierra la boca! —dijo Urbico—. ¡Estoy intentando leer!

—Déjale que siga, no debe de ser fácil —dijo Arán.

—Cayo... di... dido... vi... vito. Cayo Dido Vito —concluyó Urbico, triunfal—. Eso pone.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Noreno.

—Es un nombre —explicó Urbico.

—¿Y para qué es? —preguntó Cantio.

—A los romanos les cuesta pronunciar nuestros nombres, así que nos dan uno que sí pueden decir. Creo que es por eso —dijo Viroto.

—¡Ah!

—¿Y qué hago con esto? —dijo Urbico.

—Pues esa para ti —repuso Arán.

Urbico se colgó la bolsita del cuello.

—A ver esta —dijo Urbico algo más animado—. Qui... qui... quin...

—Pareces un gallo —dijo Turenno.

Todos rieron salvo Urbico, que seguía centrado en su lectura.

—Quinto. Lelio. Lucano.

—Esa para mí —dijo Noreno.

—Casio. Calpurnio. Capeno...

14

JERUSALÉN
PASCUA 65 D. C.

Hacía calor y ni siquiera era mediodía. Valerio sintió que una gota de sudor, nacida en la sien, le recorría lentamente la mejilla hasta quedar absorbida por la suciedad acumulada del camino.

En lo alto de la torre soplaba una brisa cálida y desagradable, preñada de partículas de polvo que se le pegaban a la cara, pero desde allí se divisaba la práctica totalidad de la ciudad: un laberíntico entramado de murallas, torres, plazas, edificios y callejuelas estrechas. El viejo centurión no había querido perder el tiempo, ni posponer la visita. Había dejado su petate en la lujosa habitación que le había sido asignada, se había quitado la cota de malla, las faleras y el tahalí para estar más cómodo, se había despedido de Teómaco y había salido a recorrer el recinto palaciego de Herodes el Grande en compañía del anciano judío que había sido puesto a su servicio. Ya tendría tiempo de asearse antes de que llegaran los sacerdotes del templo para entrevistarse con Cestio Galo.

—¿Y dices que esta torre tiene nombre? —le preguntó Valerio al anciano judío.

—Mariamne, señor —dijo el anciano con solícita humildad—. Construida y llamada así por Herodes el Grande, hace casi cien años, en honor a su esposa favorita. Es, como podrá comprobar, la más bella de las torres de la ciudad —concluyó el judío, no sin cierto orgullo, haciendo un gesto con la mano como si pretendiese abarcar todo Jerusalén.

A Valerio le gustaba saber esas cosas. El romano asintió satisfecho y siguió contemplando la urbe que se extendía a sus pies. Salvo por las tejas rojas de algunas viviendas y el resplandor dorado del Templo en el extremo opuesto de la ciudad, todo en Jerusalén era de un color marrón claro, arenoso, casi amarillento, tedioso, recortado contra el cielo azul turquesa de la mañana. No podía

compararse ni en grandiosidad ni en belleza con urbes como Antioquía o Alejandría, mucho menos con Roma, pero no dejaba de ser una ciudad que gozaba de cierto renombre en el mundo entero, aunque solo fuera porque albergaba el único templo que los judíos habían dedicado a su extraño y único dios. También se decía que Jerusalén era aún más antigua que Roma, cosa difícil de creer.

—Por cierto —dijo Valerio—, ¿cómo te llamas?

—Simón, señor.

—Herodes debía de amar mucho a su mujer...

—Sí. Al menos eso dicen. Aunque eso no evitó que ordenara que la ejecutaran. A ella y a los dos hijos que le había dado.

—¿Ah, sí? —dijo Valerio sorprendido—. ¿Cómo puede ser?

—Cosas de mujeres. Peleas de gatas. Salomé, otra de sus esposas, loca de celos, logró convencer al rey de que Mariamne quería envenenarle.

—Entiendo.

—Por algo Dios creó solo una mujer para Adán. Si hubiera sido bueno tener más de una, Yavé hubiera creado más. Pero una es suficiente. A veces incluso demasiado —dijo Simón, que ya empezaba a tomar cierta confianza al percibir el interés que mostraba el romano.

—¿Yavé? ¡Ah!, vuestro dios, una especie de Júpiter. ¿No es así?

—No, señor. Yavé es el único dios. Único y verdadero.

«Nunca discutas con un judío sobre su dios», le había dicho Cestio Galo a Valerio antes de llegar a Jerusalén.

—Ahora entiendo aquello que dijo el Divino Augusto en una ocasión —recordó Valerio—, algo así como que en Judea sale más a cuenta ser un cerdo que el hijo de un rey.

—No entiendo, señor —dijo Simón.

—No importa. Chistes romanos.

«Y carecen de sentido del humor», había añadido Galo. Simón se encogió de hombros y continuó:

—Esa torre de allí, la más grande, se llama Phasael, en honor al hermano de Herodes. Y aquella de allá, Hípico, en honor a un amigo del rey.

La comitiva del gobernador de Siria había llegado de madrugada, y Valerio podía decir que había disfrutado del trayecto desde Antioquía. Habían sido veinte días de marcha tranquila, quince de ellos por la plácida calzada de la costa. Como parte de la comitiva del gobernador de Siria, por fin había podido lucir, una vez más y con orgullo, su armadura y sus faleras, cabalgando al lado

de Cestio Galo y junto a un destacamento de dos cohortes de la IV. Sentir que estaba de nuevo en activo e intercambiar charla distendida con el gobernador le había devuelto a los buenos tiempos. Volvía a ser él. Volvía a ser Lucio Valerio Corvino. Tendría que pasar el mal trago de ponerse al frente de una turba de bárbaros, sí, pero volvería a la XII. Tarde o temprano volvería.

El contingente romano del gobernador había hecho noche en ciudades famosas como Biblos, Berytus o Tiro, localidades de las que Valerio había oído hablar pero que nunca había visto con sus propios ojos. En Tiro había tenido ocasión de recorrer el istmo que unía la antigua ciudad con la costa, un istmo artificial creado hacía cuatrocientos años por Alejandro Magno para rendir una plaza que, hasta su llegada, había sido una isla a media milla de la costa. La naturaleza ya había hecho suya la estructura militar de aquel macedonio que nunca se había detenido ante nada. El istmo de Tiro constituía todo un monumento al tesón y a la renuncia a darse por vencido, a la capacidad del Magno para convertir cada dificultad, por imposible que pareciera, en un reto. Tres días después de dejar Tiro llegaban a Cesarea Marítima, ya en Judea, construida también, según le habían dicho, por aquel Herodes. Cesarea era todo lo contrario de lo que Valerio hubiera esperado encontrar en el país de los judíos: una ciudad trazada íntegramente según los cánones helenísticos, con calles rectas, acueductos, un teatro, un hipódromo, fuentes, un mercado y un suntuoso palacio. Y hasta un bellissimo templo dedicado a Roma y al Divino Augusto donde Valerio hizo una ofrenda por el bien del Imperio.

El paisaje cambió de forma abrupta en cuanto dejaron atrás el mar y se dirigieron hacia el interior. Las fértiles tierras en torno a Cesarea dieron lugar a caminos polvorientos, vegetación dispersa, cardos, colinas pedregosas, aldeas miserables y noches estrelladas amenizadas por el escándalo que provocaban millares de chicharras. Y en medio de aquel inhóspito desierto se alzaba Jerusalén.

Hasta lo alto de Mariamne llegaba el murmullo informe de la ciudad. Había gente por todas partes, gente y más gente que abarrotaba las calles hasta el punto de no poderse ver el suelo. La torre era bella, sin duda; pero también robusta y de grandes sillares, como correspondía a una estructura diseñada con fines militares. Era cuadrada en la base, medía unos ochenta pies de altura, estaba rodeada por una columnata de corte helenístico y coronada por una cúpula de proporciones perfectas que, en ese momento, protegía los cogotes de Valerio y del anciano del sol inclemente. Mariamne formaba parte del entramado defensivo de la ciudadela amurallada que separaba el suntuoso palacio de

Herodes, con sus fuentes, jardines, estatuas de bronce y frescos, del resto de la ciudad. El grosor de los muros evidenciaba que aquel rey había temido a su pueblo.

—¿Y toda esa gente vive aquí? —preguntó Valerio sorprendido.

—No, señor. Es tiempo de celebrar la Pascua.

—Pascua... —repitió Valerio pensativo.

—Tiempo de peregrinaje. Al Templo acude gente de todo el mundo para honrar a Dios y dar gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por haber liberado al pueblo de Israel del yugo del faraón, de la esclavitud, por habernos convertido en un pueblo libre, en su pueblo elegido, por habernos dado su ley, y por habernos conducido hasta aquí, la tierra prometida —dijo Simón—. Una tierra de agua abundante, de fuentes y manantiales, una tierra de trigo, cebada, viñas, higueras y granados, de aceite de oliva y de miel, una tierra donde el pueblo de Israel comería pan sin escasez y donde nada falta...

Valerio miró alrededor. La descripción no parecía ceñirse mucho a lo que estaba viendo. O más bien nada. El romano estuvo a punto de preguntarle al anciano si estaba seguro de que aquel era el lugar del que estaba hablando, pero se abstuvo.

Jerusalén se alzaba sobre dos colinas, siguió explicando Simón, la una frente a la otra, separadas por una depresión que el anciano llamó el valle de los Queseros. Más allá de los muros del palacio, hacia el este y hacia el sur, se extendía la Ciudad Alta, una zona de viviendas grandes y lujosas que ocupaba la primera colina. El valle de los Queseros separaba la Ciudad Alta de la Ciudad Baja; esta última ocupaba la colina, algo más baja que la primera y a la que Simón llamó Acra. Tanto la Ciudad Alta como la Baja constituían la Ciudad Vieja, y estaban rodeadas por una primera muralla. En el extremo este de la ciudad, y al norte de Acra, se extendía la amplísima explanada que albergaba el Templo: el monte de la casa del Señor, lo llamó el judío.

—Ese es el lugar donde Abraham llevó a su hijo para sacrificarlo porque Dios así se lo había ordenado. El rey David decidió que sería allí donde se levantaría el Templo y allí donde se custodiaría el Arca de la Alianza y se alabaría a Dios. Pero Dios le dijo a David que, al haber sido un rey guerrero y dado que tenía las manos manchadas de sangre, no podría llevar a cabo la construcción del Templo, y esta labor fue concluida por su hijo Salomón.

Abraham, David, Salomón..., ¿semidioses, héroes mitológicos? Mejor no preguntar.

—¿Y aquella fortaleza que está pegada al recinto del Templo? —preguntó Valerio señalando a una estructura robusta, impresionante, cuadrada y dotada de cuatro torres casi ciegas que se alzaban imponentes e inexpugnables sobre el Templo.

—La Antonia, construida por Herodes el Grande y llamada así en honor de vuestro general Marco Antonio.

Además de estar pegada al recinto sagrado, de la Antonia nacía una segunda muralla interior que seguía un trazado norte, oeste, sur y cuyo lienzo moría en la torre Hípico. Esta muralla protegía la segunda ciudad o distrito del mercado. Pero además había una tercera muralla que nacía en el vértice noreste de la explanada del Templo y seguía también un trazado hacia el norte, giraba al oeste y luego al sur hasta toparse con la torre llamada Phasael. Aquella tercera muralla abrazaba lo que Simón llamó la Ciudad Nueva, o Bezeta.

—Bezeta significa «casa de los olivos» —explicó el judío.

—Todo un rey constructor ese Herodes —observó Valerio.

—Un asesino y un demente, señor. Y un hombre impío. Solo era medio judío, no era digno de gobernar esta tierra. Fue cruel y despiadado. Un adulator de los *kittim* y de todo lo extranjero.

—He oído que fueron muchos los que lloraron su muerte.

Simón observó a Valerio extrañado.

—Le lloraron los ricos, sí. Y los *kittim*. Y también lloraron muchos a lo largo y ancho de Judea, aunque no por él, pero sí por su culpa, porque había dejado dispuesto que cuando muriera fueran ejecutadas centenares de personas inocentes.

—¿Para qué?

—Para que el pueblo se sintiese afligido. Aún hoy, setenta años después de su muerte, el pueblo de Israel sigue pagando por los pecados de aquel degenerado, por su soberbia y su maldad, aborrecibles a ojos de Dios. Pero Dios no abandonará a su pueblo, está escrito.

—¿Qué es lo que está escrito?

—Que cuando el peso de la aflicción sea insoportable, nos será enviado el Mesías, el Ungido, y con él llegará el fin de los tiempos, y el juicio de Dios. Y el pueblo de Israel volverá a ser libre, los justos irán al Edén y los impíos...

Simón calló; por lo visto, el anciano tenía la sensación de estar hablando más de la cuenta o de estar a punto de decir algo inapropiado. Ungido, Mesías. Ungido, «Cristo» en griego.

—Tengo entendido que hay ciertos judíos que dicen que ese libertador ya ha

llegado.

—¿Los cristianos? —dijo Simón con desprecio.

—Sí, eso es, los cristianos.

—Los que se hacen llamar cristianos se han apartado de la ley de Dios; la mayoría son gentiles e incircuncisos. Cuando llegue el Mesías no habrá ninguna duda de que es él. Yo fui a escuchar a ese Yeshúa bar Yosef, y él jamás dijo ser el Mesías. Fue un hombre bueno, piadoso y temeroso de Dios, pero no era el Mesías.

—¿Un hombre bueno? Creía que había sido un revolucionario y un rebelde y que fue crucificado precisamente por eso.

—No, lo que pasó fue que vino en peregrinaje al Templo durante la pascua y los *kittim* temieron que pudiera causar problemas. Se había corrido la voz entre la gente de que, efectivamente, él era el Mesías, que era descendiente del rey David... Hablaba de que el fin de los tiempos estaba cerca, de que Dios no tardaría en manifestarse y en juzgar a los impíos. Oírle resultaba hipnótico. Pero no era el Mesías.

Oyendo a Simón, Valerio entendió perfectamente los miedos de Cestio Galo. Si algo temían las autoridades romanas eran las grandes concentraciones de gente en un mismo punto e intoxicadas por una misma idea. Simón, un hombre en apariencia completamente normal, hablaba de una verdad revelada que, por lo visto, toda esa gente compartía. Si todos en Jerusalén estaban tan trastornados con ese dios suyo como parecía estarlo aquel judío, y si estaban convencidos de que estaba por llegar un libertador, la gente que abarrotaba la ciudad era como leña seca en espera de una chispa que la hiciese arder. Una vez más Valerio prefirió cambiar de tema.

—Hay muchísimas torres a lo largo de las murallas. ¿Sabes cuántas hay exactamente?

—Por supuesto —dijo Simón, orgulloso de sus conocimientos—. La muralla vieja, la primera, la que envuelve la Ciudad Alta, y la Ciudad Baja cuenta con sesenta. La segunda con cuarenta y la tercera con noventa. Eso sin contar estas tres y la Antonia.

Valerio silbó impresionado.

—Por cierto, ¿quiénes son los *kittim* de los que tanto hablas? —preguntó Valerio.

—Es como os llamamos a los extranjeros, señor.

«A ningún extranjero se le permite estar dentro de la balaustrada y del terraplén en torno al santuario. Quien se encuentre será personalmente responsable de su propia muerte».

La advertencia estaba escrita tanto en latín como en griego a lo largo de todo el recinto.

—Pues vaya —dijo Teómaco de mal humor al leerlo.

Llegar hasta el Templo desde el palacio de Herodes el Grande le había llevado más de dos horas. Había tenido que detenerse varias veces y en varias tabernas para refrescar el gaznate. Había recibido pisotones y empujones en las calles atestadas, había tenido que sortear burros y cabras, había pisado boñigas y charcos de orín. El ambiente era festivo y ruidoso, pero muy molesto. Todo el mundo, hombres, mujeres y niños, caminaban en una misma dirección, hacia el Templo, cargados con cestas de trigo y cebada, con dátiles, tirando de cabras tercas y ovejas asustadas, llevando jaulas de madera en las que solo se veían plumas. Y ahora, después de tanto sufrimiento, resultaba que no podía entrar en el Templo por ser extranjero. Eso no se lo habían dicho.

La explanada que rodeaba el Templo era inmensa, plana y diáfana, y también estaba repleta de gente que hablaba en lenguas diversas. Había vendedores de animales, estos últimos destinados al sacrificio, había cambistas, mendigos, predicadores intentando hacerse oír por encima del barullo, ricos y pobres, corros de hombres de pie o sentados discutiendo acaloradamente, colas de personas que esperaban pacientes su turno para acceder al recinto interior del Templo, reservado este último a los judíos, del que surgían columnas de humo.

Teómaco leyó la inscripción una vez más. De acuerdo, él era extranjero, pero también parecían serlo muchos de los que accedían al siguiente patio, separado del resto de la explanada por un muro que le llegaba al cuello y que disponía de aperturas a intervalos regulares de unos veinte pasos. El médico miró a derecha e izquierda, empezó a pasear sorteando cuerpos y animales y aguzó el oído. Tarde o temprano escucharía a alguien hablando en griego o en latín.

Así fue. Dos hombres de mediana edad charlaban en griego y en voz alta para poderse entender en medio de aquella tormenta de voces y balidos. La conversación tenía algo que ver con el precio del trigo en Alejandría.

—Buenos días —dijo Teómaco—. ¿Qué hay que hacer para entrar ahí?

Los dos hombres dejaron de hablar y se miraron.

—No ser extranjero, está bien claro —dijo uno de ellos.

—¿Y vosotros?

—¿Estás circuncidado? —preguntó el otro.

—¿Yo? —dijo Teómaco como si le hubieran insultado—. ¡Por las pelotas de Sócrates, claro que no!

—Entonces eres extranjero.

—¿Qué pasa? ¿Te miran la polla al entrar o qué?

—No. No te miran nada.

—¿Entonces?

—Este es el Atrio de los Gentiles, aquí puede estar cualquiera. Puedes pasear e incluso puedes pedirle a uno de los sacerdotes que haga un sacrificio a Dios en tu nombre, pero no puedes pasar de este muro.

—¿Y por qué no?

—Porque eres extranjero y, por lo tanto, impuro.

—¿Impuro yo? —dijo Teómaco, molesto.

—Sí, impuro.

—¡Menuda idiotez!

Teómaco dio media vuelta y se alejó de aquellos dos imbéciles. ¿Por qué siempre le tenía que tocar a él la gente desagradable? El griego se abrió paso entre la masa de cuerpos que se agolpaba en el Atrio de los Gentiles y buscó una zona algo menos atestada. Se dirigió hacia la extensa columnata que bordeaba el atrio y allí, a la sombra, malhumorado, observó el templo desde la distancia. Todo era oro y mármol, mármol de todos los colores imaginables, columnas y más columnas. Quienquiera que lo hubiese levantado o era muy rico o todo un tirano.

Era increíble que una superstición como aquella atrajese a tanto idiota. Como todas las supersticiones, supuso Teómaco, como los misterios eleusinos, como los adivinos y brujos que abarrotaban las calles de Atenas, Roma, Alejandría o Antioquía. Por alguna razón, los seres humanos necesitaban creer que su miserable existencia tenía sentido, que su futuro podía leerse en las estrellas y en las palmas de las manos, que los conjuros eran capaces de propiciar el favor de los dioses, que el vuelo de los pájaros escondía mensajes. Demócrito ya había establecido que ni las tormentas ni los terremotos eran producto de la intervención divina. Tales de Mileto había predicho el día exacto en el que tendría lugar un eclipse. Epicuro había renegado de los dioses. Todo estaba compuesto por átomos y vacío. Los dioses no eran más que construcciones humanas y los sacrificios, un intento por parte de los seres humanos de controlar todo aquello que no comprendían. Y de explicarlo. Era evidente. Idiotas.

Teómaco siguió paseando bajo la columnata, a resguardo del sol. Por todas partes había hombres subidos en mesas y cajas dando discursos ante pequeñas

audiencias, a cada cual más airado. La mayoría hablaba en el idioma de los judíos, algunos en latín, pero el médico se detuvo a escuchar a un hombre que declamaba en griego para beneficio de dos docenas de judíos alejandrinos o antioquenos. El sujeto estaba cubierto de mugre, vestía una túnica raída y era muy delgado.

—¡Prestad oído a la ley de Dios! ¿Qué importa la multitud de vuestros sacrificios? Dice el Señor: «¡Estoy harto de holocaustos, de carneros y de grasas de becerros! ¡La sangre de corderos y machos cabríos me hastía! ¡Dejad de hollar mis atrios con ofrendas vanas! ¡Cuando extendéis las manos al cielo aparto mis ojos de vosotros! ¡He dejado de escuchar vuestras plegarias!». Dice el Señor: «¡Porque son vuestros pecados y aquiescencia con los pecadores lo que os ha traído la dominación! ¡Porque Asiria es la vara de mi cólera, el bastón que blande mi furor, enviado contra una nación malvada, contra un pueblo que me ha irritado, para robarlo, saquearlo y pisotearlo como el lodo de las calles! ¡Pero no temas, pueblo mío, porque si te apoyas con lealtad en el Señor de Israel mi furor aniquilará a los que te ofenden!». ¡Tales son las palabras de Dios! ¿Acaso no fue así en Egipto? ¿No cayó Babilonia? ¿No cayó Asiria? ¡Pues no es el Señor quien nos abandona, sino nosotros quienes abandonamos al Señor, al Dios de Israel!

—¿Cómo lo sabes?! —gritó Teómaco.

Media docena de cabezas se volvieron para observar al griego de arriba abajo.

—¿Qué? —dijo Teómaco, retador.

Todos volvieron a centrar la mirada en el orador.

—¡Castigo de Dios! ¡Castigo por ser un pueblo impío! ¡Pero como padre bondadoso que es, el Señor de Israel nos dice que si volvemos a la senda prescrita habrá de sacudirnos el yugo que tanto nos pesa y nos aflige!

—He preguntado que cómo lo sabes —insistió Teómaco.

La audiencia al completo se volvió para ver quién importunaba al orador y este, que presentía que el recién llegado no le iba a dejar continuar, decidió responderle.

—¿Que cómo sé el qué? —dijo al fin el sujeto.

—Que cómo sabes que eso es lo que dice el dios ese tuyo.

—Porque está escrito —respondió el judío. Luego continuó—: ¡Pero no será fácil, porque al igual que el cuerpo poluto, Israel deberá ser purificado y...!

—¿Escrito dónde? —insistió el griego.

—En los libros sagrados. Así es como habló Isaías inspirado por el Señor. ¡El fuego y el agua! ¡La espada...!

—¡Menuda tontería!

La audiencia al completo giró la cabeza para mirar a Teómaco. Todos le observaron con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿No veis que es una tontería? ¿Cómo va a enojarse un dios? Es imposible.

—Se enoja por nuestros pecados. Porque obviamos la Ley.

—¿Y esa Ley está escrita?

—Por supuesto.

—Entonces es interpretable, como cualquier texto. E imperfecta, como cualquier texto. Es más, solo un humano puede tener un concepto de justicia, dado que la justicia depende de la capacidad de elegir entre opciones que se presentan, de hacer juicios morales. Un dios, por naturaleza, ha de ser perfecto y, por lo tanto, no tendrá capacidad para elegir entre lo justo y lo injusto. Lo injusto ni siquiera podría ocurrírsele. Lo que significa que sería incapaz de emitir juicios morales, y eso implica irracionalidad. Del mismo modo, la perfección implica inmutabilidad y felicidad plena y absoluta. Si tu dios tiene la capacidad de enojarse, quiere decir que es también capaz de sentir dolor, que es vulnerable y que, por consiguiente, está sujeto a deterioro. Así que lo que estás diciendo es una tontería.

—¡Esto es exactamente de lo que hablo! —dijo el sujeto—. ¡Los gentiles vienen aquí con su veneno a sembrar discordia entre el pueblo elegido por el Dios único y verdadero! ¡Cuidaos de la serpiente y de los falsos profetas!

—¿Será imbécil? —dijo Teómaco mirando a un lado y a otro mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué pueblo elegido? ¿Una recua de analfabetos en medio del desierto es el pueblo elegido? ¡Por las pelotas de Sócrates! ¡No me hagas reír!

Cuando Teómaco despertó le dolía todo el cuerpo. Intentó incorporarse, pero fue incapaz: un dolor lacerante en el costado se lo impidió. Abrió los ojos, los tenía hinchados. Se sintió desorientado. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Giró la cabeza hacia la derecha. Era de noche y todo estaba en silencio. Dos pebeteros de bronce iluminaban la lujosa estancia de columnas de mármol rosa y frescos de escenas bucólicas. Gruñó. Ya sabía dónde se encontraba. Era la habitación que compartía con Valerio en el palacio de Herodes.

—Maldita sea —dijo el griego entre dientes.

Oyó entonces el claqueteo de unas sandalias que se acercaban y sintió el peso de un cuerpo sentándose a su lado en el lecho.

—¿Te lo has pasado bien? —dijo la voz de Valerio.

—¿Qué ha ocurrido?

—Dímelo tú. Te traje hace unas horas la guardia del Templo en una litera. Han hecho falta cuatro hombres fornidos para cargar contigo por las calles de Jerusalén.

Teómaco recordó. Por alguna razón aquellos imbéciles se habían abalanzado sobre él y habían empezado a golpearle.

—¿Hay vino? —preguntó el griego.

El romano asintió y le acercó a los labios un odre. Teómaco bebió con ansia.

—¿Qué demonios hacías allí?

—¿Y a ti qué te importa?

—Te recuerdo que en estos momentos no te puedes valer por ti mismo y que tu ingesta de vino depende exclusivamente de mí.

—Eres un malnacido, Valerio. Y un mal amigo.

—¿Qué hacías allí?

—Qué sé yo. Visitar el Templo.

—¿Y cómo es que has acabado así? Según me han dicho los guardias del Templo, te hubieran matado si no llegan a quitártelos de encima.

—Una jauría de imbéciles. Incapaces de debatir de forma civilizada.

—¿Debatir sobre qué?

—Sobre las idioteces que dicen.

—Ya —dijo Valerio no muy convencido—. Verás, dentro de unos días partimos hacia Cesarea Marítima. Allí esperaremos a la cohorte de la que me tengo que hacer cargo. Estamos en Judea y vamos a pasar aquí un tiempo. Convendría que aprendieses a mantener la lengua en su sitio: no estás ni en Atenas, ni en Éfeso ni en Mileto. Esta gente se ofende muy fácilmente con según qué cosas.

—¿Se ofenden? Pues que se ofendan. A mí también me ofende la estupidez y, mira, la soporto.

—Te lo voy a explicar de otra manera, Teómaco. Esta tarde Galo se ha entrevistado con el sumo sacerdote del Templo y con otras personalidades del consejo de la ciudad. Los ánimos están muy caldeados. Están preocupados, se quejan de Floro, el procurador de Judea, se quejan de sus excesos y de que los extorsiona. Esos hombres, además de ser sacerdotes, son hombres ricos, tienen tierras e intereses comerciales, y cada vez que Floro aumenta sus exigencias ellos a su vez se ven obligados a exprimir más al pueblo. Son precisamente esos hombres lo único que nos separa de una revuelta que solo los dioses saben en

qué podría desembocar. Y Galo les ha prometido que, a partir de ahora, Floro se va a comportar.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso, maldita sea?

—Ninguna. Pero a partir de este momento, y como prefecto, la paz en Judea tiene algo que ver conmigo. ¿Comprendes?

—¡Pues no, no comprendo!

Valerio apartó la mano con la que sostenía el odre para alejarlo del griego.

—¿Comprendes?

—¿Pero qué demonios tengo que comprender? ¿Que están mal de la cabeza?

—Que durante el tiempo que pasemos aquí tienes que ponerle a tu lengua unos grilletes.

Teómaco alargó la mano hacia el odre y Valerio la apartó un poco más.

—¿Comprendes? —volvió a preguntar Valerio.

—¡Por las pelotas de Sócrates! ¡Sí! ¡Lo comprendo! ¡Lo comprendo!

15

Emprendimos la marcha desde Julióbriga antes de que saliera el sol, en columna de a cuatro, envueltos en una niebla espesa y húmeda que se pegaba a la ropa y a los huesos.

¿Marchábamos felices? Yo creo que sí. Al fin y al cabo todo era nuevo y todos estábamos allí por decisión propia. Éramos cuatrocientos ochenta muchachos, divididos en seis centurias de ochenta hombres cada una, las cuales estaban divididas en diez contubernios de ocho. Cuatrocientos ochenta cuerpos jóvenes, con tanta energía como ignorancia.

Las centurias estaban numeradas de la uno a la seis y cada contubernio, del uno al diez. La primera centuria marchaba encabezada por el primer contubernio de la centuria, a este le seguía el segundo y así sucesivamente hasta llegar al décimo contubernio de la sexta centuria. Se nos indicó que, como contubernio, siempre debíamos marchar en el mismo orden con respecto a todos los demás. Y dentro del contubernio también. Así, Arán ocupaba el primer puesto a la derecha; yo caminaba a su izquierda. A mi izquierda marchaba Turenno y detrás de mí, Vado.

¿Mi centuria? La tercera. El contubernio, el quinto.

No tardamos más que un par de días en saber qué posición ocupar durante la marcha, el tiempo que nos llevó llegar de Julióbriga a Dessobriga. Al principio todo era caótico, pero una vez que nos acostumbramos, éramos capaces de formar, a la carrera, y en cuestión de instantes. Aún no teníamos ningún instrumento para recibir las órdenes como tubas o cuernos, así que Marcelo y la media docena de romanos que le acompañaban nos despertaban a gritos por las mañanas. Dormíamos a la intemperie, a un lado de la calzada.

Una vez en Dessobriga dejamos de dirigirnos al sur y tomamos la calzada que llevaba al este.

Las marchas eran agotadoras. Se suponía que teníamos que recorrer entre veinte y veinticinco millas al día. Aunque entonces yo no sabía nada de distancias. Lo único que sabía era que caminábamos mucho, que me dolían los pies, que mis botas, ya viejas y deshechas, empezaban a ser más un incordio que

una ayuda. Hubo muchos, yo entre ellos, que guardaron su calzado en los zurrones que habíamos traído de nuestras casas y decidieron seguir adelante descalzos.

Marchábamos tal y como nos habían enseñado. Una vez que todos estábamos formados y en nuestros puestos, Marcelo gritaba una orden y todos empezábamos a caminar con el pie derecho, todos a la vez, a un ritmo uniforme y constante. Marcelo, a caballo, recorría la formación continuamente, nos observaba, y cuando alguno de nosotros perdía el ritmo o se rezagaba, ordenaba el alto y le aplicaba un castigo dependiendo de la falta cometida. Los castigos eran variados: una queja podía costarte las raciones de un día o una guardia obligada por la noche, perder el paso suponía correr una o dos veces alrededor de la cohorte mientras esta marchaba, romper la formación podía costarte entre cinco y diez latigazos. En ocasiones el castigo lo compartía tanto el infractor como el encargado del contubernio, a veces el contubernio al completo. De este modo, marchar al compás del resto se convertía en el menor de los males, y animar a tus compañeros a mantener el ritmo se volvía casi una obligación.

Después de seis días de marcha ininterrumpida, y cerca de una población llamada Virovesca, Marcelo decidió darnos un día de descanso. Todos teníamos heridas y sabañones en los pies renegridos. Algunos cojeábamos; muchos, al calor de las hogueras, lamentábamos nuestra suerte. No así Arán. Él jamás flaqueó.

¿Odio? Yo ya odiaba a Roma. Pero supongo que sí, supongo que los castigos continuos servían para alimentar ese odio. Máxime viendo que el brazo ejecutor era un cántabro. Creo que todos odiábamos a Marcelo, pero le teníamos demasiado miedo.

Fue entonces cuando empecé a admirar a mi amigo Arán, su resistencia, su ademán impasible, sus ánimos continuos. Había pasado muy poco tiempo desde que saliéramos de la aldea, pero ya no éramos iguales. No sé cómo explicarlo. Él tenía algo de lo que yo carecía: fuerza interior, capacidad de resistencia..., no lo sé, pero sí sé que le admiraba y que daba gracias a los dioses por tenerle como amigo.

«Paciencia», me dijo con una sonrisa cuando volví a plantearle la posibilidad de acabar con Marcelo y sus romanos. «Paciencia —repitió—. Aprendamos de ellos. Soportemos lo que haya que soportar. Paciencia».

Cuatro días después llegábamos a un lugar llamado Calagurris y, de allí, tardamos seis o siete en alcanzar Caesaraugusta.

Que no te extrañe que me ría. Cuando vi la extensión de aquella ciudad, sus

murallas y acueductos, los caminos que confluían en ella, la cantidad de carros y carretas con los que nos cruzábamos por la calzada, por los dioses..., pensé que... pensé que era Roma. Fue la primera vez que el proyecto silencioso de revuelta, libertad y grandeza del que tanto habíamos hablado Arán y yo, y con el que tanto habíamos soñado, se me antojó imposible. Y creo que fue Urbico el que, riéndose de mí, me hizo saber que aquel extraordinario lugar no era Roma, que Roma estaba a meses de camino, que para llegar a Roma había que cruzar mares y montañas y que aquella ciudad que teníamos delante no era sino una pequeña urbe.

Puedes imaginar cómo me sentí. Maravillado ante lo que veían mis ojos, pero hundido al saber que nada de lo que había creído era cierto. Fue como... como si mi corazón se convirtiera en arcilla de repente, arcilla seca, y como si las palabras de Urbico fueran el martillo que lo hiciera añicos.

Nunca atravesamos sus muros, pero Caesaragusta me impactó en más de un sentido.

Habíamos llegado al mediar el día y acampamos a una milla de distancia de la ciudad, junto a la calzada, bajo una arboleda que bebía del río inmenso que atraviesa la urbe. Ya sabes, el Iber, nacido en Cantabria, como nosotros. Hacía mucho calor, pero se nos permitió descansar y disfrutar del agua. Nadamos, chapoteamos y reímos toda la tarde y, cuando caía el sol, llegaron de la ciudad varias carretas con comida y lo que quizá fuera más importante: cáligas para nuestros pies maltrechos. Dos pares para cada uno. «Cortesía del emperador», dijo Marcelo.

Todos dormimos como osos en invierno, junto a las hogueras, con la tripa llena, con las cáligas puestas y con la certeza de que, al día siguiente, y gracias a nuestro nuevo calzado, la marcha no sería tan dura.

Cuando la voz de Marcelo y de sus romanos nos despertó, corrimos a formar, como siempre y, como siempre, antes de dar la orden de emprender la marcha, el cántabro recorrió las líneas a lomos de su caballo. Y..., bueno, no sé si ahorrarte lo que ocurrió después.

¿No? ¿Quieres saberlo?

¿Recuerdas que te he hablado de Vado? ¿El muchacho de nuestro contubernio que por querer aliviar las tripas recibió varios latigazos? ¿El joven que caminaba detrás de mí en la formación? No estaba. Había desaparecido. Arán me preguntó por él, le preguntó a Urbico, preguntó a Turenno. Nadie le había visto. Cuando Marcelo detuvo su montura junto a nosotros y, con el ceño fruncido, observó el hueco en el que debía estar el muchacho, todos temimos por nuestra vida.

No me extenderé mucho. Marcelo le ordenó a Arán que fuera a buscarle, creyendo que quizá se habría quedado dormido. Cuando Arán volvió diciendo que parecía haberse esfumado, Marcelo ofreció una recompensa de diez denarios a quien le encontrase. Dijo que no seguiríamos adelante hasta haber dado con él, y así fue.

Dos días después le encontró un contubernio de la segunda centuria, a pocas millas de camino, en una cueva, asustado y hambriento. Arán, como responsable del contubernio del que formaba parte Vado, recibió veinte latigazos. El resto de nosotros, diez cada uno.

Y Vado fue crucificado. Tal era la pena por deserción para quien no fuera ciudadano romano. El muchacho agonizó atado en la cruz, a merced del sol y de las moscas, durante tres días, gritando y pidiendo clemencia al principio, sollozando después, hasta que las fuerzas le fueron abandonando. Marcelo nos obligó a presenciar el castigo en formación, a contemplar la muerte lenta y dolorosa del que, durante unos días, había sido nuestro compañero. Al concluir el tercer día, estando Vado aún vivo, nuestro superior decidió acabar con su sufrimiento hundiéndole una jabalina en el costado.

Con la espalda ajada, la túnica empapada en sangre y la imagen de Vado en la cruz, reanudamos la marcha.

Ozca, Ilerda y, por fin, Tarraco. Para entonces había pasado un mes desde que saliéramos de Julióbriga. Los pies ya no nos dolían, en vez de veinte millas éramos capaces de recorrer veinticinco, ya fuese bajo el sol, bajo la lluvia o contra el viento. La formación ya nunca se desgajaba, caminábamos como uno, comíamos como uno, dormíamos como uno.

16

ROMA

VERANO 65 D .C.

Decían los marinos que era fácil saber cuándo un barco había empezado a hundirse porque las ratas eran las primeras en abandonarlo.

Servir en la guardia pretoriana le había dado a Numerio no pocas satisfacciones, entre ellas la de ser testigo de excepción de la muerte de la persona que, en su opinión, más daño le había hecho al Imperio: Séneca, aquel maldito filósofo hispano que en sus escritos abjuraba del poder y las riquezas pero que en su vida diaria no había hecho más que buscar el uno y las otras.

Buena paga —cuatro veces más que la de cualquier centurión legionario—, prestigio, comodidades..., eso era lo que significaba formar parte de la guardia personal del emperador. Sin embargo, la situación en Roma resultaba asfixiante. Y llevaba siéndolo un tiempo. La espiral de desconfianza que había culminado con el descubrimiento de la conjura de Pisón empezaba a alcanzar cotas desconocidas hasta entonces. Cualquiera hubiera pensado que las revueltas aguas de la política en la capital del mundo se habrían calmado después de una purga de tal magnitud, pero había ocurrido lo contrario: Nerón César Augusto ahora veía conjuras por todas partes. La desconfianza entre emperador y Senado había desembocado en represión, la represión había provocado más desconfianza que, a su vez, había conducido a más represión, hasta el punto de que ser senador se había convertido en una actividad de riesgo. Al menos en las legiones la probabilidad de morir en batalla estaba en un cuatro contra cien; en cambio, ser miembro de la curia, por tu mera condición, no garantizaba que fueras a ver un nuevo día. Una palabra a destiempo, un gesto mal interpretado, un paso en falso, no asistir a las reuniones del Senado, asistir con demasiada frecuencia, reunirse con otros senadores con asiduidad, no hacerlo, adular en exceso al emperador, no adularle lo suficiente... Cualquiera de las anteriores opciones provocaba recelo en el hombre joven, obsesionado con las artes y los juegos, que vestía la púrpura

y que debía ser la guía y la luz del mundo.

A Numerio no le importaba torturar a alguien de vez en cuando. Es más, en ocasiones disfrutaba haciéndolo. Y podía decir que le costaba más torturar a mujeres que a hombres. Pero el hecho de que la tortura se hubiera convertido en parte casi integral de su labor ya no le gustaba tanto. Tampoco el haberse convertido en el brazo ejecutor de los maniáticos caprichos del emperador.

—¿Estás seguro? —le había dicho en su despacho Tigelino, prefecto de la guardia y ya único hombre de confianza del emperador.

—Estoy seguro, señor —había aseverado Numerio—. Siempre quise ser primipilo de la XII, y esta parece ser una buena ocasión.

—Legionarios... —había dicho Tigelino negando con la cabeza—, mucho corazón, muchas pelotas, pero poca cabeza.

Sí, era cierto; durante los años de servicio Numerio había soñado con ser primipilo de la XII Fulminata, su legión, en la que había llegado a ascender al rango de centurión, solo por debajo del primipilo Lucio Valerio Corvino y siempre a su sombra. Valerio, Fulminator para los... amigos. Y habían sido amigos, habían luchado codo con codo en Britania y en Germania, en Dacia, en Armenia. Mujeres, siempre las mujeres. El veneno del mundo. El hecho de no haber ocultado nunca su vieja aspiración le confería a su solicitud para el primipilato de la XII una perfecta pátina de veracidad, aunque, si debía ser sincero consigo mismo, tenía que reconocer que lo que quería realmente era poner tierra y mar entre Roma y él. La XII estaba acantonada en Siria. Eso estaba bien, Siria estaba lejos. Y es que su olfato le decía que tanto Tigelino como Nerón empezaban a oler a podrido, a carroña, y ese mismo olfato le hacía percibir que, desde los cuatro puntos cardinales del Imperio, llegaba hasta Roma un particular olor a quemado.

—Sea, pues —había concluido Tigelino mientras sellaba la carta de recomendación para el puesto solicitado—. Te echaremos de menos, Numerio. Ahora los hombres como tú son más necesarios que nunca.

—Roma dispone de hombres mejores.

—Te admiro, Numerio. Admiro tu modestia, es tan...

—¿Romana, señor?

—Sí. Eso es. Romana. ¿Vendrás a la inauguración?

—Por supuesto.

—Al emperador le apena tu marcha, ¿sabes? Quiere despedirse de ti en persona.

—Más razón aún para asistir, señor —había dicho Numerio antes de

marcharse.

Y allí estaba Numerio, días después, esperando al emperador a la entrada de la *Domus Aurea*, la Casa Dorada, vestido con una sencilla túnica militar, incómodo, inquieto, rodeado de senadores togados y personas principales detrás de cuyas sonrisas se escondían hombres temerosos y, por tanto, peligrosos; conspiradores en potencia. Numerio, ahora un invitado más, respiró profundamente y decidió relajarse. La labor de identificar posibles peligros ya no tenía nada que ver con él: esa responsabilidad recaía ahora sobre los dos centenares de pretorianos que observaban a los asistentes. Los togados hablaban entre ellos de cuestiones insustanciales. Numerio callaba. El que pronto sería primipilo de la XII —una carta de recomendación del mismísimo Tigelino constituía un nombramiento en toda regla— miró a su derecha. Allí estaba Decio, el hombre que le había sustituido al mando de la centuria. Ambos cruzaron miradas y asintieron a modo de reconocimiento. Decio era una buena elección para el puesto: no era excesivamente inteligente y jamás ponía en duda una orden.

Poco más de un año después del gran incendio que había asolado la ciudad, Roma seguía siendo, en gran parte, un solar en construcción. Aún podían verse las ruinas negras de algunos edificios. Todo eran andamios, carpinteros y albañiles. Pero en medio de la desolación que era Roma, se alzaba el nuevo y deslumbrante proyecto de Nerón, aquella *Domus Aurea* que, hasta el momento, tan solo quienes habían trabajado en ella habían tenido el honor de contemplar. Nada se sabía de lo que había más allá de sus muros, porque tanto trabajadores como arquitectos estaban amenazados de muerte si desvelaban uno solo de sus secretos. El nuevo palacio del emperador ocupaba prácticamente una cuarta parte de lo que había sido Roma, y las maravillas que escondía eran objeto de especulación constante. La colosal obra no estaba acabada del todo, pero Nerón ardía en deseos de recibir la aprobación, por otro lado garantizada, de sus invitados. Lo que sí podía verse desde donde se encontraba Numerio, más allá de los muros, era el torso resplandeciente de un coloso de bronce, de cuerpo y porte apolíneos, que blandía una lira y que miraba a los cielos con la boca abierta como si estuviera buscando inspiración. El rostro del coloso no era otro que el de Nerón.

De pronto el murmullo de voces murió y fue sustituido por aplausos y por un intenso clamor. Numerio se volvió justo a tiempo de ver aparecer al emperador en una magnífica cuadriga en blanco y oro, tirada por cuatro imponentes caballos blancos. Era el propio dueño del mundo, con la corona de laurel ceñida y las ropas púrpuras, quien llevaba las riendas. Con él llegaban Tigelino y un

centenar de pretorianos a caballo.

El cuerpo de Nerón, un hombre aún joven, de veintiocho años, pero tendente a la obesidad, acusaba el efecto de los banquetes. El aliento siempre le olía a gato muerto, a queso podrido, y, cuando sudaba, apestaba a camello; sufría también una extraña afección en la piel: la cara se le ponía roja a ronchas y luego se le pelaba. Además, era un tanto corto de vista.

Al llegar ante el gentío, Nerón tiró de las riendas para detener la cuadriga, alzó la mano a modo de saludo y le sonrió a la multitud. Todos redoblaron sus vítores y aplausos.

—¡Cántanos algo! —dijo una voz a cuatro cabezas de distancia de Numerio.

—¡Sí! ¡Cántanos algo! —corearon otras.

El emperador pidió calma con las manos. Era cierto que Tigelino tenía contratadas a unas cinco mil personas cuya única labor era aplaudir con pasión cada vez que actuaba el emperador, pero a todos aquellos senadores y hombres ricos no hacía falta pagarles para que adularan las dotes poéticas de Nerón. El miedo bastaba.

—¡Por favor! —le dijo el emperador a su público—. ¡Por favor! Hoy no estamos aquí para deleite de vuestros oídos, ni soy yo quien debe ser homenajeado. Hoy estamos aquí para deleitar el alma a través de la vista, del olfato y del gusto y para honrar... ¿Dónde están? —dijo Nerón poniéndose de puntillas y buscando con los ojos entre la multitud—. ¡Ah! ¡Allí! ¡Céler y Severo, acercaos! —Los dos aludidos, hombres de mediana edad, se aproximaron al emperador abriéndose paso entre la gente—. Venid, venid conmigo a la cuadriga —dijo el emperador sonriente. Avergonzados, los dos hombres subieron al improvisado escenario en que se había convertido el vehículo—. Estamos aquí para honrar a estos dos magníficos arquitectos, dos hombres que han hecho posible las maravillas que estáis a punto de contemplar. Yo no he querido ver nada, solo vi los planos, así que estoy tan virgen como vosotros, queridos amigos.

Los invitados rieron. Había que reír cuando el emperador contaba algo parecido a un chiste. No así Numerio.

Nerón bajó de la cuadriga y el centenar largo de togados abrió un pasillo humano para que el emperador accediera a su nuevo palacio. Tigelino, Severo y Céler, así como una decena de pretorianos, se unieron a él.

—¡Me dicen que la obra aún no está terminada, pero la paciencia no se cuenta entre mis virtudes! —dijo Nerón en alto, y todos rieron—. ¡Soy humano, después de todo! —De nuevo hubo risas—. ¡Espero tardar en convertirme en un

dios!

—¡Larga vida al César! —dijo una voz.

—¡Larga vida! —corearon otras.

Al pasar junto a Numerio, Tigelino le susurró algo al emperador y señaló al centurión. Nerón se detuvo, miró a Numerio a los ojos y abrió los brazos.

—A mí, querido amigo —dijo afable el dueño del mundo.

Numerio dio cuatro pasos y se abrazó al emperador. Este le envolvió con sus brazos y su hedor, luego le besó en las mejillas, se las enmarcó con las manos, le miró a los ojos y le dijo, con ese fétido aliento:

—Gracias. Gracias por tantos años de leal servicio... Esto... —Tigelino se inclinó y le susurró algo—. Eso, Numerio.

—No merezco agradecimiento por cumplir con mi deber, César.

Nerón asintió satisfecho y le palmeó la mejilla. Luego, en voz baja, le dijo al oído:

—Si todos estos malnacidos fueran la mitad de leales que tú, Roma sería un lugar luminoso.

—Ellos son las nubes que no permiten que luzca el sol como debiera, César.

Nerón le observó un instante y sonrió.

—Ahora comprendo por qué Tigelino te tiene en tanta estima. Ven con nosotros, acompáñanos.

—No soy digno, César.

—Lo eres más que cualquiera, querido amigo. Ven. Vamos.

Numerio, acatador, hizo una ligera reverencia y se unió a la selecta comitiva, pero maldijo para sí. Siempre era peligroso estar junto al emperador, y no necesariamente debido a las amenazas externas. Aunque más peligroso era negarse a aceptar un honor tal. Caminaron hasta las enormes puertas de entrada y Severo, el arquitecto, le hizo un gesto al capataz de media docena de esclavos nubios que esperaban cabizbajos ante ellas. El capataz dio un grito y los esclavos empujaron las pesadas puertas, que se abrieron lentamente dejando entrever una amplísima explanada verde flanqueada por una inmensa columnata rectangular que casi se perdía a lo lejos. En el centro, rodeado de hierba y árboles, se alzaba el pedestal sobre el que se erguía el gran coloso de bronce de... «¿Nerón Apolo?».

—Insuperable —dijo el emperador al ver la estatua—. Insuperable. Tigelino, recuerda que debemos darle la enhorabuena a Zenodoro. Ese hombre es un verdadero artista.

—Sí, César —dijo Tigelino.

—¿Y esta es la entrada, Céler? —preguntó Nerón.

—Sí, César. Grandiosa como Roma misma.

—No puedo esperar a ver qué hay más allá —dijo Nerón entusiasmado.

El emperador apretó el paso; tras él, la selecta comitiva, una decena de pretorianos y, detrás, el resto de los invitados compitiendo por que se oyeran sus alabanzas y asombro. Había mármoles de todo tipo y color, mosaicos, fuentes..., y solo se trataba de la entrada. ¿Cuánto dinero habría costado todo aquello?

Nada hubiera podido preparar a Numerio para lo que vino después. Si la entrada ya era en sí un magnífico y gigantesco palacio, pasada la columnata vio ante él el espacio abierto más grande que jamás hubiera habido en una ciudad: un lago artificial con barcas de recreo, árboles de toda condición y procedencia, bosques, pequeñas casas en torno al lago que recordaban a las que había en la bahía de Neápolis, caminos rectos y senderos curvos. Parecía mentira que aquel espacio, herboso e inabarcable a la vista, ocupara el centro de la ciudad de Roma. La simetría se mezclaba con la rusticidad, la elegancia y el lujo. Había miles de estatuas de mármol, algunas coloreadas, otras por colorear y hasta rebaños de ovejas guiados por pastores. Los pájaros ya habían hecho suyas las copas de los árboles y cantaban al sol del atardecer.

—También hay animales salvajes..., ciervos, gamos y conejos —dijo Severo.

—El lago es una reproducción idealizada del *mare Nostrum*, César. Y la vegetación responde en cada orilla a la que puede encontrarse en el Imperio. La estructura de las casas también atiende a diferentes estilos constructivos —dijo Céler.

—Las estatuas han sido traídas de Atenas, Corinto, Lesbos, Samotracia... Son todas originales —añadió Severo.

—Es fabuloso, amigos —dijo Nerón—. Fabuloso. Sencillez, elegancia y armonía. Sencillamente fabuloso.

—Aún queda mucho por hacer, César, pero dentro de un año podremos dar la obra por concluida.

—Al fin... —dijo Nerón mirando a su alrededor—, al fin podré vivir como un ser humano.

17

TARRACO
VERANO 65 D. C.

Arán y Noreno se miraron de reojo cuando Marcelo, a caballo, ordenó silencio. La cohorte al completo, en perfecta formación, y a menos de media milla de la puerta principal de la ciudad, calló al instante. Las heridas causadas por los latigazos recibidos hacía casi veinte días ya apenas escocían, y las sandalias que les dieran en Caesaragusta habían sido una bendición para los pies.

El ambiente olía a sal y, aunque ahora quedaba oculto por las murallas de Tarraco, todos habían divisado desde lo alto de una colina la sobrecogedora inmensidad del azul del mar, moteada de destellos plateados. Acostumbrados a los valles finitos y abarcables a la vista y a estar rodeados de montañas verdes que no permitían que la mirada se perdiese a lo lejos, recorrer las planicies interminables de Hispania había sido para muchos de los jóvenes cántabros una experiencia inquietante. Tal cantidad de espacio abierto por todas partes producía en el alma una especie de congoja difícil de explicar. Allí, las nubes, en vez de ser grises y espesas, en vez de flotar cercanas y entre montañas, eran blancas como la lana limpia, lejanas, pequeñas y dispersas. Sin embargo, la llanura que era el mar había provocado aún más sorpresa que la tierra interminable. Salvo por algunos muchachos que procedían de Portus Blendium y Portus Victoriae, pocos eran los que habían visto el océano alguna vez. Desde aquella colina, además del mar, también habían podido divisar, a lo lejos, la ciudad de Tarraco. Inmensa, de calles rectas y perfectamente trazadas, los templos, el hipódromo, el teatro, el anfiteatro, edificios que desafiaban la imaginación de todos ellos y de los que Urbico, el muchacho de Julióbriga, había oído hablar.

—¡Soldados! —dijo Marcelo con su potente voz—. ¡Cántabros! ¡Estoy orgulloso de vosotros! La marcha ha sido dura, pero habéis respondido al reto con firmeza y presencia de ánimo.

Sin saber por qué, Arán sintió una intensa oleada de deleite en el corazón,

sonrió y volvió a mirar a Noreno de reojo. En realidad no habían tenido más opción que obedecer y seguir el ritmo. Sin embargo, sentir que tanto él como su contubernio habían cumplido con lo que se exigía de ellos, saber que Marcelo estaba satisfecho, le hizo sentir capaz de cualquier cosa. Arán se preguntó si Noreno estaba pensando lo mismo. Marcelo continuó:

—Aún pasaremos aquí varios días. Acamparemos en aquella arboleda para estar al resguardo del sol. A lo largo de estos días se os permitirá acceder a la ciudad en pequeños grupos, por contubernio. Se os proporcionará dinero, que será descontado de vuestras pagas, para que podáis comer, beber y, si así os place, disfrutar de la compañía de una mujer. No creo que sea necesario deciros que cualquier conducta incívica, cualquier alboroto, cualquier hecho denunciado por parte de las autoridades de Tarraco resultará en castigos ejemplares para los infractores. Y una cosa más: mientras estemos acampados no se encenderán hogueras. Descansad.

La cohorte se dispersó y buscó acomodo entre los árboles.

Arán, seguido de sus contubernales, no tardó en comprender la última orden de Marcelo. En aquel lugar la tierra estaba seca y agrietada, y no había hierba suave y mullida, sino plantas ásperas. Las hojas de los árboles no eran anchas y blandas, sino largas, duras y puntiagudas. De hecho, toda la vegetación parecía diseñada para pincharse en el cuerpo y pegarse a la ropa.

—Nos pondremos aquí —dijo Arán cuando llegaron a la arboleda—. Tendremos sombra todo el día.

Los contubernales, agotados, se desplomaron en el suelo. Hasta la arboleda, un tanto elevada, llegaba una bienvenida brisa salada que, sumada a la sombra de los árboles, supuso todo un alivio para los cuerpos sudorosos de los muchachos. A lo lejos se veía el mar.

—¿Por qué no podemos encender una hoguera? —dijo Urbico.

—¿Acaso tienes frío? —preguntó Arán.

—Pues no, pero ¿y si refresca por la noche? —insistió el juliobriguense.

—Pues tendremos que fastidiarnos —dijo Arán—. Está todo muy seco; si encendemos una hoguera, podríamos salir todos ardiendo.

—¿Y cómo vamos a calentar la comida? —preguntó Turenno.

—Tendremos que comer frío.

—Pues menuda mierda —protestó Urbico.

Envueltos en el natural barullo provocado por cinco centenares de jóvenes, Arán miró a Noreno. Su amigo tenía la mirada perdida en el horizonte.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —dijo Noreno un instante después, aunque había preocupación en su voz—. ¿Crees que tendremos que subir en uno de esos?

Arán supo perfectamente a lo que se refería. Lo que le inquietaba a su amigo eran aquellas frágiles cáscaras de nuez que moteaban el mar, algunas lejanas, otras cercanas, algunas que abandonaban el puerto de Tarraco, otras que lo ganaban.

—Puede ser —dijo Arán.

—Pues yo lo que quiero saber es cuándo nos darán las armas —intervino Viroto—. Yo me alisté para llevar armas, no para pasear.

—¿Y hubieras preferido pasear cargando con todo lo que lleva Marcelo encima?

Viroto negó con la cabeza.

—Menudo hijo de puta ese Marcelo —dijo Urbico.

—Solo hace lo que le mandan. Está tan a merced de otros como lo estamos nosotros de él.

—¿Por qué demonios te muestras tan conforme con todo? —le preguntó Urbico a Arán de mal humor—. ¿Acaso eres su mascota?

—¿Crees que sirve de algo no estar conforme? —repuso Arán.

—Podrías quejarte un poco, ¿no? ¿O qué pasa, que todo está bien? ¿No te duelen los pies? ¿No te escocieron los latigazos? ¿No tienes grabada en los ojos la muerte de Vado? ¿No te roza los tobillos y los muslos esta mierda de... de hierba, o de lo que sea?

—No, no está todo bien. Pero tomamos la decisión de alistarnos, y no sirve de nada quejarse.

—Eres un imbécil —concluyó Urbico.

Arán miró fijamente a su compañero.

—Soy una persona tranquila, Urbico, pero si vuelves a insultarme no volverás a hablar con la dentadura intacta.

Se sostuvieron las miradas.

—Vamos, vamos —terció Turenno—. Calmaos los dos.

—Yo no quiero subirme a una de esas cosas —dijo Noreno ensimismado mientras observaba el lento ir y venir de las embarcaciones.

—Ya tuvo que hablar el otro aldeano —dijo Urbico.

—Urbico, te lo advierto una vez más, y es la última —dijo Arán entre dientes.

—¿Creéis que es posible derrotar a Roma? —preguntó Noreno, completamente ajeno a lo que ocurría a su espalda.

—¿Derrotar a Roma? —preguntó Negalo, extrañado.

Noreno se volvió hacia sus compañeros.

—Sí, derrotarla. Somos muchos. Todos hemos sufrido a manos de ellos, nuestros padres, nuestros abuelos. Hubo un tiempo en el que los cántabros fuimos libres. Podríamos volver a serlo. Cantabria entera se alzaría. Solo sería necesario que nos uniéramos.

—No sigas, Noreno —dijo Arán.

—¿Por qué no? Llevamos juntos un mes. Hemos marchado, comido, cagado y meado juntos. Deberían conocer nuestros planes. Además, yo no quiero subir a una de esas cosas. Me niego.

Urbico soltó una carcajada de desprecio.

—¿Planes? ¿Dos aldeanos planeando derribar Roma?

—Podría ser —dijo Viroto—. Siempre y cuando tuviésemos armas.

—No entendéis nada, ¿verdad? —dijo el juliobriguense—. Roma domina el mundo entero. Y lo que llevamos recorrido no es más que una minúscula parte del mundo. Diminuta. Insignificante.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Noreno.

—Porque lo he estudiado. Porque en Julióbriga el maestro que me enseñó latín, a mí y a mis hermanos, nos lo explicó un día. Por eso lo sé. Y porque llevo un mes caminando y viendo ciudades amuralladas y ni siquiera hemos salido de Hispania aún.

—¿Qué es Hispania? —preguntó Noreno.

—Esto es Hispania —dijo Urbico haciendo un gesto con el brazo que lo abarcaba todo—. Cien o doscientas veces Cantabria, o más. Una provincia de las cien o doscientas que hay en el mundo. —Todos escuchaban ahora a Urbico con atención—. Te lo dije en Caesaragusta: Roma es una ciudad mil veces más grande que Julióbriga, y tendríamos que recorrer mares, montañas y desiertos como este antes de llegar allí.

—Pero... pero eso no puede ser, el mundo no puede ser tan grande —dijo Noreno.

—Pues lo es —zanjó Urbico.

—Yo no quiero subirme a una de esas cosas —insistió Noreno.

—Pues si te lo ordenan, lo tendrás que hacer. Hoy, y mañana, y pasado mañana, y el año que viene, y al siguiente, y al otro.

—Pues renunciaré. Hablaré con Marcelo y volveré a Cantabria.

Urbico volvió a soltar una carcajada.

—¿Renunciar? ¿Tú qué te crees? ¿Que te puedes ir cuando quieras? ¿Como Vado?

—Vado desertó —dijo Noreno—. Yo se lo diría a Marcelo, renunciaría a mi paga y... Yo no quiero subir ahí.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —dijo el juliobriguense negando con la cabeza—. Veinticinco años, aldeano. Alistarse supone veinticinco años de servicio, sin condiciones, sin «es que yo no me quiero subir ahí». Veinticinco años.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arán, extrañado.

—¿Sois todos tontos u os estáis riendo de mí?

—¿A qué te refieres con que son veinticinco años?

—A que después del primero vendrá el segundo y después el tercero y así hasta veinticinco. A eso me refiero.

—Pero eso es mucho tiempo —dijo Negalo—. ¿No se puede renunciar como dice Noreno?

—No.

—Pero eso no puede ser —dijo Turenno—. Nos lo habrían dicho.

—¿Y si te lo hubieran dicho te habrías alistado?

—¡Claro que no! —dijo Turenno.

—Pues eso. Aunque puedes hacer como Arán y mirar el lado bueno. Ya has cumplido un mes. Solo te quedan... No sé cuánto te queda, pero menos que cuando empezamos, eso es seguro.

Se hizo un silencio espeso y los contubernales no pudieron evitar mirarse los unos a los otros confiando en que alguien dijera algo que pusiera en duda las palabras del juliobriguense.

—A mí sí que me lo dijeron. —Esta vez habló Cantio, el más callado de todos—. Pero no me importa, porque no tengo nada.

—Pero... —dijo Noreno incrédulo y abatido—. No puede ser. Yo no quiero...

—Subir en una de esas cosas —completó Urbico—. Ya lo sabemos

—¿Y tú por qué te alistaste? —preguntó Viroto cuando logró articular palabra.

—Porque después de veinticinco años de servicio te conviertes en ciudadano romano. Y porque, idiota de mí, creí que saber latín y saber leer y escribir me garantizaría un puesto de importancia... y aquí estoy, a las órdenes de un aldeano.

Arán no tuvo el ánimo de advertirle de nuevo. Veinticinco años. Tan solo llevaba vivo diecisiete. Veinticinco años. Un abismo. Vértigo. Un precipicio. Una eternidad. La aldea, sus padres, sus animales. No podía ser cierto.

Veinticinco años.

18

Puedes imaginar lo que supuso para nosotros la revelación de Urbico. Fue como si me hubieran dado un puñetazo, o golpeado con una roca. De repente sentí un mareo, la cabeza me empezó a dar vueltas, me apoyé contra un árbol y vomité. Sé que Arán debió de sentir algo parecido, lo que no sé es de dónde logró sacar las fuerzas y la calma necesarias para acercarse a mí y decirme al oído que, aunque fuera cierto, habría algún modo de volver. Que aún no sabíamos nada de cómo funcionaba todo aquello, que no podíamos estar seguros, que mantuviese la calma y la paciencia. Desde aquel día siempre quise volver. Siempre. Y aquí estoy. Veinticinco años después. Volviendo. Y sin saber ya a dónde pertenezco: cántabro entre los romanos, romano entre los cántabros. De dos mundos y por tanto de ninguno. O quién sabe si de uno nuevo.

Dos días después Arán y yo nos emborrachamos por primera vez en nuestras vidas, en Tarraco. Todo el dinero que nos dieron, que no fue mucho, lo gastamos en vino malo. Reímos al hablar de nuestros contubernales, lloramos al recordar nuestra aldea. Nos abrazamos. Meamos y vomitamos por las calles de Tarraco. Y juramos, mediante pacto de sangre, que, ocurriese lo que ocurriese, nunca nos abandonaríamos, que siempre seríamos el sostén del otro y que volveríamos juntos.

¿Que en qué consistió nuestro pacto? En cortarnos la palma de la mano derecha hasta que saliera sangre y en juntarlas para convertirnos en hermanos. Mi sangre y la suya. Los dos unidos por el lazo irrompible del dolor y la amistad.

Pasaron días hasta que Marcelo logró que embarcáramos, y nuestro contubernio aún pudo visitar Tarraco un par de veces más. Entrábamos en la ciudad por la mañana, cuando se abrían las puertas. Arán y yo paseábamos y bebíamos; Urbico, Turenno y Cantio preferían pagar por pasar tiempo con mujeres, mientras que Viroto y Negalo preferían no gastar el dinero que se nos entregaba y se quedaban en la arboleda. Cada día le tocaba a una centuria ir a la ciudad, por contubernios. Por las mañanas, Marcelo y los romanos desplegaban una mesa en un extremo de la arboleda, sacaban de un arcón dinero, rollos de

papiro y tablillas y hacíamos cola. Nos pedían nuestro nombre, esto es, el que venía en las placas de plomo que llevábamos al cuello, y apuntaban el dinero que se nos entregaba. No tardé en acostumbrarme al nuevo nombre de Arán: Casio. Ni al mío: Quinto.

Un día, en la cola, cuando me llegó el turno, Marcelo se me quedó mirando y me preguntó mi nombre. Cuando dije «Quinto Lelio Lucano», Marcelo negó con la cabeza y me dijo que se refería a mi nombre cántabro. «Noreno», dije. «¿Tu padre, por casualidad, se llamaba como tú?», me preguntó. «Sí», dije. Marcelo fijó la mirada en mí un instante, luego apuntó algo en su tablilla, me dio unas monedas y, sin decir más, hizo que pasara el siguiente.

Te aseguro, querido amigo, que les pedí a todos los dioses que conocía que evitaran como fuera que tuviera que embarcar. Y claro que pensé en desertar, pero nunca lo compartí con nadie, ni siquiera con Arán. No era capaz de enfrentarme a la muerte que había sufrido Vado.

Arán se afanaba en explicarme que mi miedo al mar y a los barcos era irracional. En dos ocasiones caminamos hasta el puerto de Tarraco y vimos llegar y zarpar naves que venían e iban a lugares de los que jamás habíamos oído hablar. Había gente de todo tipo y color que hablaban miles de lenguas diferentes, había mercancías y animales. Veíamos los mástiles desaparecer a lo lejos, como engullidos por las aguas, oíamos cantar a los marineros cuando llegaban a puerto. Y cantar cuando zarpaban. Pero nada de eso sirvió para someter mi miedo. Terror más bien.

Hoy en día soy capaz de controlarlo, soy capaz de subir en un barco sin que nadie note que estoy aterrado.

Pero llegó el día, el día temido. Como llega todo. Cuando Marcelo nos informó de que marcharíamos al puerto por la calle principal de la ciudad y que embarcaríamos en cuatro naves diferentes, me empezó a temblar el cuerpo, empecé a sudar, e incluso, querido amigo, me oriné encima. Puedo asegurar que no fui el único. Sin embargo, y a pesar del casi incontrolable impulso de salir corriendo, logré subir la pasarela, aunque solo fuera porque sabía que Arán estaba detrás de mí y habíamos hecho un pacto. «Piensa en Aia —me había dicho—, tú piensa en ella, piensa en cosas bonitas y cierra los ojos cuando estés a bordo». Chillaban las gaviotas y los marineros, la madera de la nave crujía y el suelo parecía bambolearse. Y yo temblaba y sudaba como si estuviera poseído por las fiebres. Me acurrugué en una esquina del barco, cerré los ojos y pensé en Aia, en mis montes verdes, en mi río, en el viejo castro, en mi abuelo, en mi madre. Luego oí gritar aún más a los marineros, oí caer la vela y sentí que su

sombra me cubría del sol como una manta.

Y entonces Arán me dijo que ya habíamos zarpado, que nos alejábamos de la costa, que mirara, que no me perdiera el espectáculo que era aquello de ver cómo, poco a poco, la tierra iba desapareciendo, las casas se iban haciendo más pequeñas, el bullicio del puerto se iba quedando a lo lejos, cada vez más tenue, más difuso.

Cuando, tambaleante, logré ponerme en pie y mirar hacia el oeste, solo pude identificar la leve línea marrón que separaba el azul del mar del azul del cielo. Y, poco a poco, todo se fue convirtiendo en mar. Se mirase a donde se mirase. Agua, agua y más agua, olas y alguna otra vela. Era sobrecogedor. Espantoso. Bello, pero espantoso. Al menos a mis ojos.

Todas mis certezas, todo lo que había creído hasta entonces se había hecho añicos, mis sueños yacían esparcidos como la morralla en las aguas del puerto de Tarraco, a merced de las voraces gaviotas. Y Cantabria, mi Cantabria, cada vez estaba más lejos.

Les pedí a los dioses que el trayecto fuera corto. Lo que no sabía era que la travesía duraría un mes y medio y que, durante ese tiempo, aquellos tablones de madera serían nuestra única morada y el firmamento inabarcable y plagado de estrellas, nuestro único techo.

19

CESAREA MARÍTIMA
OTOÑO 65 D. C.

El Ánfora Verde era, en opinión de Valerio, la mejor taberna del puerto de Cesarea: buen vino, buena comida —en particular el cordero asado— y no demasiado cara. Teómaco estaba de acuerdo, y si de algo sabía el griego era, precisamente, de tabernas. El propietario, un hombre de unos cincuenta años llamado Zacarías, aunque judío, vivía ajeno a todo lo que no tuviera que ver con su negocio. Según decía, había sido un hombre muy religioso, hasta que unas fiebres se habían cobrado la vida de su mujer, su hijo y sus tres hijas.

Bajo el toldo del establecimiento, Zacarías tenía un par de mesas de madera, muy agradables, donde se podía comer y beber a resguardo del sol mientras se disfrutaba de la agradable brisa que llegaba del mar. El puerto de Cesarea era bullicioso, como la mayoría de los puertos, y el más importante de Judea. Un magnífico puerto artificial que se adentraba varios estadios en el mar y que estaba protegido por una colosal muralla, una docena de torres y un faro. Los carreteros se cruzaban con las prostitutas, los marinos con los pasajeros, las mercancías que llegaban con las que salían.

El Ánfora Verde era el lugar perfecto para sentarse y ver pasar el mundo.

—¿Os apetece más vino? —preguntó Zacarías.

—Tú no preguntes —dijo Teómaco—. Tráelo y ya te diremos cuándo parar.

Zacarías asintió y entró en el establecimiento.

—Deberían haber llegado ya —dijo Valerio.

—¿Quiénes?

—Mis hombres. Los hispanos.

Valerio se recostó, cogió su cuenco y le dio un trago al vino. Entre los cuerpos y carretas que pasaban ante él podía verse la entrada del puerto. En ese momento hacía su aparición una nave pequeña, de pescadores probablemente. La que esperaba ver el romano debía de ser mucho más grande. Miró a la izquierda, a lo

lejos. Allí, sentado en el muelle, estaba el muchacho al que pagaba tres ases al día por mantener los ojos bien abiertos y avisarle en cuanto viera venir un barco no ya repleto de mercancías, sino de hombres. Luego volvió a mirar a la entrada del puerto. Nada.

—Cuando aparezcan, lamentarás que hayan venido —dijo Teómaco.

—Lo sé —asintió Valerio—. ¿Qué les habrá ocurrido?

—¿Para qué pagas a ese chico si ya estás tú aquí como un búho?

Valerio se encogió de hombros. Como prefecto sin cohorte, el romano llevaba dos meses en Cesarea, paseando por las calles, conociendo a sus gentes y acudiendo a los pródigos banquetes que, con demasiada frecuencia, ofrecía Gesio Floro en su residencia: el exuberante palacio de Herodes el Grande, erigido sobre un idílico promontorio rocoso al sur de la ciudad, junto al hipódromo, con jardines, fuentes y estanques. Allí Floro, un hombre de origen humilde, vivía rodeado de lujos vulgares y de una pequeña corte de aduladores que le despreciaban tanto como él a ellos. Su esposa, Cleopatra, era una mujer vulgar a la que el dinero y el poder tan solo habían cubierto de sedas y joyas. Una mujer mezquina, malhablada, altiva, intransigente y cruel con sus esclavos. «Quien nunca lo tuvo siempre se lo está mirando», recordaba haberle oído decir Valerio a su difunta abuela. Qué gran verdad.

La capital administrativa de la procuraduría de Judea era una ciudad cómoda, ni muy grande ni muy pequeña, de calles amplias y casas grandes, con su hipódromo, teatro y un gran templo dedicado a Roma y al Divino Augusto que dominaba el puerto y cuyo tejado rojo a dos aguas podía verse desde prácticamente cualquier punto de la urbe.

Cesarea, nombrada así en honor de César Augusto, era una ciudad de nuevo cuño, diseñada y concebida atendiendo a los cánones urbanos helenísticos. La fiebre constructora del rey Herodes parecía no haber conocido límites, como tampoco parecían haberlos tenido ni su amor por lo griego ni su aparente devoción por el Divino Augusto. A lo largo de los dos meses que llevaba allí, Valerio había tenido ocasión de hablar en plazas y tabernas con mucha gente: tenderos, comerciantes y trabajadores tanto griegos como judíos, gente principal y gente llana. Y había aprendido mucho sobre el entorno en el que habría de ejercer su labor.

Curiosamente, y en términos generales, Herodes era recordado con desprecio por los judíos y alabado por los griegos. Aquel rey, omnipresente en la memoria de todos a pesar de llevar setenta años bajo tierra, a pesar de haber reconstruido el Templo del dios judío hasta convertirlo en un monumento cuya fama

alcanzaba todos los rincones del Imperio, a pesar de haber dado rienda suelta a una desbocada actividad constructora que se había materializado en fortalezas, palacios y ciudades a lo largo y ancho de su reino, a pesar de haber dado con ello trabajo a miles de familias, era recordado por los judíos como un hombre impío. La cuestión no era tanto que Herodes hubiera sido un monarca sanguinario, represivo y cruel, implacable con sus enemigos o con aquellos que pudieran suponer un peligro para su poder. Eso, curiosamente, era lo de menos. ¿Poco edificante? Sí. ¿Deleznable? También. Y censurable, por supuesto, pero era lo de menos. Por alguna extraña razón, para los judíos, el amor a su dios estaba por encima de todo. Era, por así decirlo, lo primero, e incluso lo único. Teómaco, que se había dedicado durante ese tiempo a estudiar los libros sagrados de esas gentes, decía que todo se basaba en diez preceptos totalmente demenciales, y que el primero de todos ellos era algo así como «amarás a Dios sobre todas las cosas». Según Teómaco, y tenía razón, el amor no era algo que pudiera ordenarse. Decía el griego que con preceptos tan absurdos como aquel, elevados al rango de ley, no le extrañaba que estuvieran todos locos. Pero es que ahí, precisamente, radicaba el mal recuerdo de Herodes. Muchos consideraban que el hecho de estar ahora sometidos a los romanos tenía mucho que ver con los actos impíos de aquel rey que había alabado a dioses extranjeros, que había traído a Judea el teatro, los juegos gladiatorios y las carreras de caballos; una perversidad a ojos de su dios y contrario a su ley. Más aún, Herodes solo había sido mitad judío. Estos creían, por tanto, la absurdez de que sus males eran producto de la ira divina y que solo la piedad volvería a hacerlos merecedores de la aquiescencia de su dios exclusivo y excluyente. Además, en sus libros se hablaba de épocas pasadas y doradas: su dios los había liberado de la esclavitud en Egipto, había derrotado y expulsado a los asirios y a los babilonios y había sido él quien había vencido y humillado a los seléucidas, pero eso solo había ocurrido cuando su pueblo —elegido, eso sí— se había mostrado digno. Cuando su dios se enfurecía, por lo visto, enviaba a algún pueblo a someterlos. Nada ocurría, por tanto, si no era voluntad de Dios, y en todo aquel devenir histórico, absurdez de absurdeces, había un plan oculto que solo la divinidad conocía.

Al igual que un mal jefe, el dios de los judíos parecía ser, a la vez que exigente, muy ambiguo en sus exigencias. Exigía que se le tuviera por bueno, a pesar de ser cruel, y que se le alabara. Sí, los dioses romanos eran caprichosos, volubles, pero un romano no le llamaba «amor» al miedo. El miedo era una cosa y el amor, otra bien distinta. Si se hacían sacrificios a Neptuno antes de emprender una travesía, era porque se trataba de un dios iracundo al que había que aplacar,

pero no se le adulaba. En resumen, los judíos estaban obligados a amar a un ser al que temían.

A esta locura se añadía otra que también estaba íntimamente relacionada con la anterior. Durante décadas, los proyectos de Herodes habían alimentado a millares de familias que, a su vez, habían tenido hijos al calor del despilfarro. Y esos hijos habían tenido hijos. Entonces, muerto ya Herodes, concluidos los proyectos y acabados el Templo, las ciudades, las fortalezas y los palacios, la situación, de repente, se volvió precaria para una población que había crecido demasiado. No solo dejó de haber trabajo en las ciudades, sino que Herodes había tenido que exprimir tanto a sus súbditos para financiar sus grandes proyectos que el campo estaba arruinado y envejecido. No solo por los impuestos, sino porque los jóvenes habían preferido abandonar la tierra de sus padres para ganarse la vida de otro modo en las ciudades. De acuerdo a la ley del dios de los judíos, los pudientes estaban obligados a ser caritativos. Sin embargo, en el mundo griego y romano la caridad no existía como tal: era raro dar sin esperar recibir nada a cambio. En algunas ocasiones el donante se conformaba con la mera gratitud, pero dar al necesitado era más un modo de establecer una relación clientelar que otra cosa. En Roma, las entregas de trigo gratuito servían para mantener al pueblo tranquilo y leal, los favores se cobraban, las dádivas, tarde o temprano, de un modo u otro, eran reclamadas. En Roma un pobre desagradecido no vivía mucho tiempo. No así en el mundo judío. En ese mundo la ley obligaba a la caridad, pero el beneficiario, curiosamente, no estaba obligado a nada: el pobre podía seguir despreciando al rico y mostrar su desprecio públicamente. La pobreza, de algún modo incomprensible, era sinónimo de virtud, mientras que la riqueza lo era de pecado y corrupción. Era una noción perversa que fomentaba y alimentaba el descontento.

Pero había más. El aborto, el abandono de los hijos con malformaciones o de aquellos a los que sencillamente los padres no podían mantener, incluso la venta de esos hijos como esclavos, prácticas comunes en Roma, estaban prohibidos por la demencial ley del dios judío. Esto suponía que el crecimiento de la población no estaba sujeto a control alguno y que la caridad prescrita por la ley mantenía a esa población desagradecida a este lado de la muerte. El suicidio era un atentado contra su dios, así que esa tampoco era una salida. Y era precisamente esa población cada vez más numerosa, hambrienta y desagradecida la que escuchaba todos los días que habría de llegar un salvador, un mesías, que habría de acabar con tanta injusticia. Ahora Valerio comprendía perfectamente por qué Judea tenía fama de levantisca. Eran demasiados ingredientes en una

olla demasiado pequeña y sometida a demasiadas llamas.

Cesarea era una ciudad griega en Judea, habitada tanto por griegos como judíos. Los griegos despreciaban a los judíos y sus absurdas supersticiones, y los judíos consideraban que los griegos mancillaban, corrompían y pervertían con su mera presencia una tierra sagrada que era suya por derecho divino.

Pero los judíos estaban unidos por una idea que, aun siendo irracional, resultaba poderosa. Estuvieran donde estuvieran, eran un solo pueblo, y todos tenían el Templo como punto de referencia. El contraste con Roma no podía ser mayor. La sociedad de Roma se basaba en el «nosotros y ellos», en una división continua que recorría la sociedad de arriba abajo, y esa era, curiosamente, la argamasa que la mantenía unida. El pobre podía estar enfrentado al rico, pero para el pobre otros pobres eran una amenaza mayor que el rico. El rico le temía más al rico que al pobre. Un ciudadano romano, aunque pobre, miraba por encima del hombro a un no ciudadano. Ser romano era mejor que ser griego, ser griego era mejor que ser galo y ser galo, mejor que ser germano. El que vivía en la ciudad despreciaba al que vivía en el campo. Ser comerciante era mejor que ser artesano y ser artesano, mejor que ser jornalero. Ser libre, mejor que ser liberto. Ser liberto, mejor que ser esclavo. Y así sucesivamente. Había tantas divisiones como personas, y eso era precisamente lo que hacía que el control por parte de las autoridades imperiales fuera efectivo.

Pero para griegos y romanos Judea era, como había dicho alguien en una ocasión de una tierra que no era aquella, un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma. Un intricado nudo gordiano que, quizá, como hiciera Alejandro Magno, solo pudiera deshacer la espada.

—¿Qué piensas? —preguntó Teómaco.

—En Alejandro Magno y el nudo gordiano —dijo Valerio ensimismado.

—El vino —dijo Zacarías dejando una jarra de barro sobre la mesa y retirando la que ya estaba vacía.

—Zacarías —dijo Teómaco con una sonrisa—, eres el único judío al que soporto.

Y Floro no era el hombre idóneo para gobernar Judea. En realidad quizá fuera el menos apropiado de todos.

Valerio alargó el cuello al ver que una nueva nave entraba en puerto. Pequeña. No eran los cántabros.

—¿Sabes cuál es el problema de la gente que no tiene vicios? —dijo Teómaco.

—¿Cuál?

—Que sus virtudes suelen ser insoportables.

Pasaron horas en El Ánfora Verde y Teómaco se dedicó a trasegar una jarra de vino tras otra, mientras hablaba y hablaba sobre lo absurda que era la religión en su conjunto. Según el griego, todas las religiones no eran más que elaboradas supersticiones, y quienes rogaban a los dioses no hacían más que perder el tiempo. Adivinos, curanderos, sacerdotes..., todo era la misma mierda, solo que con distinto nombre. El ser humano estaba solo, decía, y eso era mucho mejor que estar mal acompañado por entes celestiales y caprichosos.

Entraron y salieron de puerto una veintena de barcos. El muchacho al que Valerio pagaba por estar atento a la llegada de los cántabros seguía allí. El sol ya planeaba sobre el mar, a lo lejos, anaranjado, grande y privado de fuerza. No tardaría en hundirse en las aguas y en dejar paso a la noche.

—... y Epicuro, y Demócrito, incluso Sócrates. Ninguno de ellos creía que hubiera dioses. Y tenían buena razón para ello. Incluso Aristóteles, aunque para él la causa primera fuera un ente distante y completamente ajeno a las preocupaciones de los hombres. Indiferente, ya sabes. Cualquier afirmación debe estar sustentada por pruebas, y cuanto más extraordinaria sea esa afirmación, más pruebas se necesitan. ¿Y qué pruebas hay de que los dioses existen? ¿Eh? ¡Ninguna! ¡Nada! En cambio todo el mundo lo afirma. Bueno, todo el mundo no, solo los idiotas. Que no son pocos.

Teómaco se sirvió otro cuenco de vino y dio un trago.

—Yo tengo una prueba irrefutable de que los dioses existen —dijo Valerio.

—¿Cuál?

—Que solo el hecho de que me hayan castigado puede explicar que tenga que aguantarte.

—¡Serás idiota! ¿Sabes el problema que tenéis los romanos? Que no os preocupan las ideas. Lo vuestro son los puentes y los acueductos y las calzadas y toda esa mierda. Lo práctico no sirve para nada, maldita sea. Lo que de verdad sirve es todo aquello que no tiene utilidad alguna. Y eso sois incapaces de entenderlo. ¡Zacarías! ¡Otra jarra!

Valerio levantó la mano y negó con la cabeza.

—Empiezas a desvariar más de lo habitual, Teómaco. Nos vamos a casa.

—¿A casa?

—A casa.

El griego aceptó a regañadientes. La silla sobre la que había estado sentado crujió al levantarse tambaleante. Tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. Dio

una arcada.

—Creo que me ha sentado mal el cordero —dijo Teómaco llevándose las manos a la tripa.

—Sí, ha debido de ser eso. Vamos.

Los dos caminaron por las calles ya casi desiertas de Cesarea hacia la lujosa casa que había sido puesta a disposición del ahora prefecto. Cuando llegaron empezaba a anochecer. Floro también se había encargado de enviarle una esclava siria, entrada en carnes y de cierta edad, que se ocupaba de la limpieza y la comida, así como un viejo esclavo griego, encorvado y arrugado, que atendía al egregio nombre de Pirro y que prácticamente vivía junto a la entrada.

Valerio llamó a la puerta con los nudillos.

—Necesito mi cama —dijo Teómaco—. Ese maldito cordero...

El romano volvió a llamar.

—¿Quién es? —dijo al otro lado la voz ajada del viejo.

—Soy yo, Pirro. Abre.

Se oyeron los cerrojos y chirriaron los goznes.

—Buenas noches, señor —dijo Pirro.

—Buenas noches. ¿Alguna novedad?

—Sí, señor —dijo Pirro con humildad mirando al suelo.

—¿Otro banquete con Floro?

—No, señor. Una mujer. Ha venido preguntando por el prefecto. Ya le dije que no estaba y que no sabía cuándo volvería. No parecía ser una mujer... decente.

—¿Te ha dado un nombre?

—Sí, señor. Eirene.

Teómaco rompió a reír.

—¿Eirene? ¿Y qué quería?

—Me dijo que se lo había pensado mejor y que aceptaba la oferta. No quiso decirme a qué oferta se refería, pero sí que el prefecto sabría de qué estaba hablando. Se aloja en la casa de huéspedes que hay junto al teatro, con dos muchachos jóvenes.

Valerio tragó saliva y Teómaco empezó a reír, a toser, a ahogarse, hasta que acabó vomitando a la puerta de casa.

Valerio ni siquiera atravesó el umbral. Tuvo un momento de duda: quedarse en casa o irse en busca de Eirene. Supo al instante que debía ser la segunda opción, porque no habría dejado de dar vueltas preguntándose qué hacía allí la antioquena. ¿Eirene aceptaba la oferta de casarse con él e irse a vivir a Roma? Las cosas habían cambiado, ahora Valerio tenía una importante responsabilidad,

un deber para con el Imperio y el emperador. Una tarea compleja en una tierra compleja.

El romano recorrió las calles de Cesarea a grandes zancadas de camino a la casa de huéspedes donde se alojaba Eirene, en una zona acomodada de la ciudad.

—¿Quién llama? —dijo la voz de un joven cuando Valerio llamó a la puerta.

—El prefecto Lucio Valerio Corvino —informó el romano con voz autoritaria.

La puerta se abrió al instante. Todo el mundo en Cesarea, como mínimo, había oído hablar del nuevo prefecto romano.

—Buenas noches, señor —dijo el joven—. ¿En qué puedo ser de utilidad?

—¿Se aloja aquí desde hoy una mujer que atiende al nombre de Eirene?

—Sí... sí, señor —dijo el joven, nervioso.

—¿Está aquí?

—No..., quiero decir, sí. No hemos hecho nada malo, solo alquilamos habitaciones, señor. Llegó esta mañana, nosotros no sabíamos... Pero ya me imaginaba yo que... Se lo dije a mi padre, y mi madre pensaba lo mismo que yo, pero nos pagó un mes por adelantado y mi padre...

Valerio levantó la mano para que el joven callara.

—Avísala. Que venga.

—Sí, señor. Enseguida.

De pronto, ante las puertas abiertas y vacías de la casa de huéspedes, Valerio se puso nervioso. Él, Fulminator, un hombre capaz de mantener la calma en la formación ante miles de bárbaros enloquecidos, o de pasear con templanza por delante de una cohorte instantes antes de que esta recibiera la embestida de la temida caballería parta, se sentía ahora desarmado e impotente. Sencillamente, no estaba preparado para enfrentarse a una mujer a la que creía amar para decirle que, efectivamente, había tenido razón cuando le dijo que todo cambiaría si se reenganchaba. Hacía falta más coraje para eso que para cualquier otra cosa.

Y ahí estaba, caminando hacia él con el muchacho a la zaga, bella, parsimoniosa, enigmática a la tenue luz de los pebeteros que iluminaban el vestíbulo, elegante aunque solo vistiera una sencilla túnica blanca no demasiado ceñida, con el cabello suelto, natural, sin maquillaje, sin ungüentos, delicada, luciendo esa sonrisa diáfana y sincera, cálida, intensa y despreocupada, descalza sobre los adoquines frescos que llevaban al atrio. Valerio fue incapaz de articular palabra; solo ahora se daba cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

Al llegar a su altura, Eirene le acarició la mejilla, se puso de puntillas y le besó en los labios.

—Buenas noches, Valerio.

—Hola. ¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Cómo es que has venido?

—Me lo he pensado mejor.

—¿El qué?

—Tu oferta. Casarnos, vivir a las afueras de Roma, que mis hijos sean ciudadanos romanos, cuidarte y dedicarme a ti.

—Pero... —dijo Valerio—. Pero...

—¿Pero qué, Valerio? —El rostro de Eirene cambió la sonrisa por un ceño fruncido.

—Ya sabes que me han concedido el mando de una cohorte, aquí en Judea, y que me he comprometido con Cestio Galo a hacerme cargo de ella.

—Lo sé, pero puedes renunciar, ¿no es así?

—Podría, sí. Pero esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

—Que he dado mi palabra, que...

—Dilo. Quiero oírlo.

—¿El qué?

—Vamos, dilo. Di que tenía razón, que el servicio a Roma es lo primero y que yo no era más que una segunda opción con la que conformarte.

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Valerio —dijo Eirene como si le estuviera afeando la conducta a un chiquillo.

El prefecto asintió y agachó la cabeza.

—Tenías razón.

—Sigue, no te quedes ahí —dijo Eirene satisfecha y sonriendo de nuevo.

—Tenías razón; servir a Roma es lo primero, y tú no eras más que una segunda opción con la que conformarme. Lo lamento. Lo siento.

Eirene rompió a reír, genuinamente divertida. El romano la observó confundido.

—Te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo, Valerio. No temas: sigo sin querer casarme ni contigo ni con nadie. Solo quería ver tu reacción y reírme un poco.

—¿Has venido desde Antioquía para gastarme una broma?

—No —dijo Eirene coqueta, con la mirada fija en sus ojos—. Te echaba de menos, eso es todo. Ven, entra. El jardín es muy agradable. Cuéntamelo todo.

El peristilo de la casa de huéspedes era amplio. Una fuente central confundía las conversaciones de media docena de huéspedes tumbados en divanes bajo las estrellas. Eirene y Valerio se acomodaron juntos en uno de ellos. Una muchacha

joven les acercó vino y unas uvas. Charlaron. Y Valerio se lo contó todo. El viaje desde Antioquía, la visita con Cestio Galo a Jerusalén, su preocupación por los cántabros, Floro y su mujer, la paliza que había recibido Teómaco... Poco a poco los huéspedes se fueron yendo a sus habitaciones no sin antes desearle al resto las buenas noches. Y poco a poco Valerio y Eirene se fueron quedando solos.

—No cambiarás nunca —dijo Eirene con ternura—. Es tarde. ¿Me acompañas a la habitación?

—No tengo dinero —dijo Valerio.

—¿Acaso ya no sabes cómo insultarme? Estoy aquí por ti, porque te echaba de menos, porque quería verte y oírte. No he venido por... negocios. He venido por placer. ¿Me acompañas o no?

—Te ruego que me disculpes.

—No. No te disculpo. No tengo ganas. Me apetece otra cosa, y quizá te entregues más si te sientes un poco culpable.

Valerio se entregó por completo, con pasión y delicadeza, como solía. Sus manos ásperas, grandes y poderosas recorrieron cada palmo de piel sedosa de la mujer. Jugaron, se besaron y cayeron rendidos, el uno junto al otro, abrazados, entrelazados, cuando empezaba a amanecer.

El romano despertó al oír que alguien llamaba a la puerta.

—¿Señor? —decía la voz insistente del muchacho que le había abierto la puerta de la casa de huéspedes la noche anterior—. ¿Señor?

Valerio se levantó sobresaltado despertando a Eirene. La mujer se incorporó aletargada.

—¿Señor?

El romano se enfundó la túnica y, aún con los ojos a media asta, se dirigió a la puerta y abrió lentamente.

—¿Qué ocurre?

—Lamento despertarle, señor. Hay un chiquillo en la entrada que pregunta por el prefecto.

—¿Un chiquillo? —preguntó Valerio sin comprender.

—Sí, señor, dice que es urgente.

Valerio despertó de repente.

—¿Qué hora es?

—Pasa del mediodía, señor.

—¡Maldita sea!

El romano volvió al lecho y se calzó las sandalias a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eirene.

—Mis hombres. Han llegado mis hombres.

El prefecto se puso en pie de un salto, se plantó en la puerta de dos zancadas, apartó al muchacho de un manotazo y, sin despedirse de la mujer, bajó de dos en dos las escaleras.

—¿Están aquí? —le preguntó al chiquillo al verlo.

—Eso creo, señor. No parecen un ejército, pero son muchos.

—Te sigo —dijo Valerio.

Recorrieron las calles de Cesarea a toda prisa. Torcieron a la derecha, luego a la izquierda, una vez más a la derecha y otra vez a la izquierda, sortearon cuerpos y más cuerpos hasta desembocar en el puerto.

De cuatro naves desvencijadas y con las velas maltrechas bajaban por una estrecha pasarela, y en fila de a uno, centenares de hombres que iban formando en el muelle. Tenían los cabellos largos y descuidados, estaban sucios, llevaban las túnicas pardas ajadas y parecían tambalearse al pisar tierra. Algunos caían de rodillas, otros ayudaban a caminar a sus compañeros. Todos eran jóvenes, de tez pálida, enrojecida por el sol del mar y castigada por la sal, con los labios agrietados, cubiertos de suciedad. Más parecían náufragos que soldados, pero solo unos soldados hubieran formado nada más desembarcar.

—Son ellos —dijo Valerio con cierto desánimo—. Tengo que ir a vestirme en condiciones; averigua quién está al mando y dile que me esperen en el puerto, que no tardaré.

—Sí, señor.

20

CESAREA MARÍTIMA
OTOÑO 65 D. C.

Arán recogió a Noreno de la cubierta de la nave.

—Turenno —dijo el joven—. Ocúpate de Urbico.

Habían sido dos meses de travesía. Dos meses en aquella cáscara de nuez. Sobre aguas tranquilas que luego se tornaban bravías, bajo cielos azules que, de pronto, se enfurecían, bajo un sol inclemente del que era imposible esconderse. Comiendo pescado salado, racionando el agua fresca cuando la nave se quedaba inmóvil en medio de la nada porque no había ni una brizna de aire que hinchara sus velas. Ociosos durante días, y días, y días interminables, con los pensamientos como única compañía. Hacinados en la cubierta porque en las bodegas viajaban la comida, el agua y las mercancías que el capitán del barco se había comprometido a llevar hasta el otro extremo del mundo. Había habido momentos, cada vez más frecuentes, durante el día, en los que nadie había hablado, en los que tan solo podía oírse el crujir aislado de la madera. El bamboleo de la nave, los labios agrietados, la sal del mar pegada a una piel abrasada que podía arrancarse a tiras, ampollas en la cara, melenas apelmazadas, sucias y desaliñadas, barbas lacias, irregulares y jóvenes, de pelo fino.

Noreno estaba débil, como muchos otros. Su estómago no admitía comida desde hacía días, solo pequeños tragos de agua. Todos estaban muy delgados, sus cuerpos parecían flotar bajo las túnicas ajadas y renegridas. Arán tiró de su amigo, le aferró la cintura con el brazo derecho y se colgó el brazo izquierdo de Noreno del hombro.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí —dijo el joven en un susurro y con los ojos entreabiertos—. ¿Hemos llegado?

—Sí.

Noreno abrió un poco más los ojos y sonrió. Ante ellos se extendía una ciudad

blanca y roja, presidida por un inmenso edificio que se parecía mucho a los templos de Tarraco.

—Nos toca —dijo Arán.

Primero se descargaron las valiosísimas mercancías, y ahora les llegaba el turno a los cántabros. En fila de a uno fueron descendiendo por una pasarela de madera, con cuidado de no tropezar y caer al agua.

—¿Se bambolea la tierra? —dijo Noreno cuando pusieron pie en el muelle.

—Lo parece —dijo Arán con una sonrisa—. Incluso más que el barco.

El joven cántabro miró a su espalda para comprobar que el resto de su contubernio le seguía. Turenno cargaba con Urbico y tras ellos venían Viroto, Negalo y Cantio. Un poco más allá, la fila de a uno iba convirtiéndose en la formación que ya era parte de sus vidas. La gente que pasaba por allí se detenía a verlos. Era evidente que tal cantidad de jóvenes despertaba el interés de la multitud de hombres, mujeres y niños que trabajaban en el puerto o que simplemente merodeaban por allí.

—Ya estamos —dijo Arán cuando encontraron su lugar en la centuria y en relación al resto de la cohorte—. ¿Puedes tenerte en pie?

Noreno asintió y, aunque tambaleante, logró mantener el equilibrio cuando Arán le soltó.

Aunque algo más delgado, el único que no parecía haber sufrido los rigores del viaje era Marcelo; no así su caballo, que había tenido que ser sacrificado cuando una tormenta azotó el mar. El animal había enloquecido en la bodega del barco y se había puesto a dar coces poniendo en peligro la nave. Al menos entonces todos habían podido comer carne fresca a bordo.

Marcelo, indestructible, imparable, con la panoplia al completo, caminaba de un lado a otro comprobando la lamentable formación.

Arán miró alrededor. Estaban todos en pésimas condiciones, pero estaban. A su espalda seguían llegando los integrantes de la cohorte ocupando su lugar en la formación. Si algo bueno podía sacarse de aquel viaje era que, a instancia de Arán, y sin nada mejor que hacer, Urbico les había enseñado los rudimentos de la lengua de los romanos y Arán había insistido en que, entre ellos, procurasen hablar todo lo posible en latín, lo que pudiesen, lo que supiesen.

Cada vez se agolpaba más gente en el puerto. La gente dejaba lo que estaba haciendo, los miraba y cuchicheaba.

—Tengo sed —dijo Noreno.

Arán no respondió. También él tenía los labios y la garganta resecos. El sol crudo de aquella tierra tampoco ayudaba. Un chiquillo se acercó corriendo a

Marcelo, le dijo algo, Marcelo asintió y el niño se esfumó.

Poco a poco todos fueron ocupando su puesto hasta que la cohorte formó al completo. Luego, un grupo de esclavos se encargó de bajar por la pasarela los dos arcones que jamás se separaban de Marcelo, el uno con dinero, el otro con los documentos relativos al contingente: nombres, paga, castigos, recomendaciones, rasgos físicos..., todo.

Y pasaba el tiempo. Y Marcelo no decía nada, tan solo iba de un lado a otro, mirando hacia la multitud como si esperara a alguien. Una pequeña nube cubrió el sol un instante concediendo a los cántabros un repentino y bienvenido alivio que no duró mucho.

Entonces, de entre la muchedumbre, surgieron dos hombres. Ambos de cierta edad, uno de ellos gordo y barbudo, vestido con una simple túnica parda, el otro con cota de malla, espada, condecoraciones y un pintoresco casco con cresta transversal. Se acercaron a Marcelo. El hombre de la armadura, que debía de ser romano, habló con él un instante. El cántabro señaló los cofres y a la cohorte. El romano no parecía satisfecho, más bien al contrario. Se encaramó a uno de los cofres, le hizo un gesto a Marcelo para que se pusiera a su lado y observó a los cántabros con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

Entonces su voz tronó como la de un dios iracundo.

—¿Me oís bien?! —gritó el romano. Marcelo tradujo con idéntico ímpetu.

Un murmullo quedo, de unánime asentimiento, recorrió la cohorte.

—¡Maldita sea! —protestó—. ¡He dicho que si me oís bien!

Otro murmullo unánime, un poco más alto.

—¡Sí, prefecto! —aulló el romano—. ¡Se dice «sí, prefecto»! ¡Y se dice con furor, con entusiasmo, con ganas! ¡Se dice desde lo más profundo del alma y del corazón! ¿Me oís bien?!

Hubo un instante de espera mientras Marcelo traducía, aunque Arán ya había entendido lo que quería decir el romano.

—¡Sí, prefecto! —surgió el grito unísono, ronco y reseco de los cántabros.

—¡Me llamo Lucio Valerio Corvino, prefecto de esta cohorte! ¡Estamos al servicio de Roma y del glorioso emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico! ¡Roma es ahora vuestra madre y el emperador, vuestro padre, y como tal deberéis amarlos por encima de todo! ¡Si así lo hacéis, lo demás llegará por sí solo!

Marcelo tradujo. Arán comprobó que, además de hablarles a ellos, el prefecto también quería hacerse oír por todos los curiosos que se agolpaban a sus espaldas, en el puerto, y que cada vez eran más. La llegada de los cántabros no

pasaría desapercibida. Valerio alzó el brazo, extendió la mano, convertida en puño, y levantó el pulgar.

—Disciplina —dijo el romano. Esperó a que Marcelo tradujera y extendió el índice, al que siguieron, a medida que hablaba, el medio, el anular y el meñique, para continuar con los dedos de la otra mano hasta sumar diez—: Valor. Tesón. Lealtad. Compañerismo. Presencia de ánimo. Dignidad. Honestidad. Respeto. Orgullo. Eso es lo que he de pedir os todos los días, desde la mañana hasta la noche.

»Disciplina: mis órdenes se cumplen siempre, de forma inmediata, sin preguntas y con pasión. Valor: el miedo es inevitable, no os pediré que no tengáis miedo, pero sí que os enfrentéis a él. Tesón: decisión y perseverancia en todo aquello que hagáis o se os encomiende. Lealtad: a Roma, al emperador, a nuestros colores. Compañerismo: sois hermanos, sois lo único que tenéis en este mundo, os debéis los unos a los otros; la vida del hombre que forma a vuestra izquierda, a vuestra derecha o en el otro extremo de la formación es más importante que la propia, el panal es más importante que la abeja, porque sin el panal la abeja no es nada; todos dependéis ahora de todos; si uno falla, pondrá en peligro a los demás. Presencia de ánimo: serenidad ante lo adverso, sufrid lo que debáis sufrir en silencio, pero compartid continuamente lo bueno; no caigáis en la autocompasión ni la aceptéis de vuestros compañeros. Dignidad: decoro en nuestro comportamiento. Honestidad: si algo no soporto es la mentira. Respeto: tanto hacia vosotros mismos como hacia vuestros compañeros y superiores. Orgullo: todos y cada uno de vosotros sois aquí representantes del emperador; sentíos orgullosos de lo que hacéis, porque la vuestra es la labor que mantiene intacto el complejo tejido del Imperio.

»Nuestro cometido aquí es mantener el orden y la paz. Eso es todo. No permitiré violaciones, robos, hurtos ni abusos de ningún tipo, bajo pena máxima. Somos la primera y la única línea de defensa entre el orden y el caos.

El prefecto observó a Marcelo mientras este traducía y, cuando el cántabro concluyó, volvió a mirar hacia la cohorte.

—Formar parte del ejército imperial —añadió— supone ser capaz de ponerse a prueba cada día, no solo como soldado, sino como persona. Supone ser capaz de alzarse sobre uno mismo, de vencerse a uno mismo, de doblarse, para poder así resurgir de las cenizas de lo que hemos sido y convertirnos en lo que podemos llegar a ser. ¿Me habéis entendido con claridad?

—¡Sí, prefecto! —dijo Arán con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones cuando Marcelo acabó de traducir.

Arán, por alguna razón que hubiera sido incapaz de explicar, sintió que las palabras del prefecto se le incrustaban en el alma, que el pecho se le hinchaba, que el vello se le erizaba. A pesar de la sed, del hambre, de estar lejos de casa y en una tierra extraña, el cántabro sintió por primera vez en su vida que pertenecía a algo a lo que merecía la pena pertenecer.

—Esta noche acamparéis a las afueras de la ciudad. Comeréis, beberéis y os recuperaréis del viaje —dijo el prefecto—. Columna de a cuatro, Marcelo. Seguidme.

—¡Izquierda! —gritó Marcelo en latín, y la cohorte al completo giró noventa grados sobre sus talones—. ¡Columna de a cuatro! ¡En marcha!

—¿Estás bien, Urbico? —preguntó Arán. El juliobriguense asintió—. ¿Noreno?

—Sí.

Como siempre, el primer contubernio de la primera centuria encabezó la marcha siguiendo al prefecto, y al primero le siguieron el segundo, el tercero y así sucesivamente hasta que la columna al completo se puso en camino.

—¡Cohorte! —gritó el prefecto—. ¡La cabeza alta!

—¡La cabeza alta! —repitió a voz en cuello Marcelo en el idioma de los cántabros.

—¡El paso firme! —gritó el prefecto.

—¡El paso firme! —tradujo Marcelo.

—¡Mirada al frente!

—¡Mirada al frente!

El gentío se apartó ante ellos sin dudar.

La cohorte de cántabros dejó a la derecha el magnífico templo que dominaba el puerto y la columna serpenteó por las calles. La cabeza de Arán no se movía, no así sus ávidos ojos azules, que no cesaban de mirar a izquierda y derecha. Todo el mundo se apartaba al paso de la cohorte, todos se detenían a mirarlos. Las ventanas y las puertas de las casas se abrían y por ellas asomaban las cabezas de hombres, mujeres y niños. Algunos los observaban con recelo, otros con indiferencia. Tenderos, compradores y viandantes callaban y dejaban lo que estaban haciendo para verlos pasar.

—¡La cabeza alta! —volvió a decir el prefecto desde el frente de la columna sin mirar atrás. Marcelo, una vez más, se hizo eco de sus palabras.

Las puertas del despacho del procurador de Judea se abrieron y Valerio,

enfundado en su panoplia, con el ceño fruncido y sin siquiera haberse quitado el casco, entró en la estancia como un huracán y avanzó hacia la mesa de Floro a grandes zancadas. El procurador, que se estaba levantando de la silla con una amplia y falsa sonrisa para recibirle, vio en los ojos del prefecto un extraño fulgor asesino. Su sonrisa se desdibujó, sintió que las piernas le flaqueaban, y tuvo que dejarse caer de nuevo en el asiento.

—¡Lamentable! —dijo Valerio, iracundo, al tiempo que golpeaba la mesa del procurador de Judea con el puño—. ¡Hemos dado un espectáculo lamentable!

—No permitiré que un subordinado... —empezó a decir Floro, aunque se percató de que su tono de voz carecía de firmeza. Prefirió entonces callar y tomarse unos instantes para recuperarse de la repentina e inesperada conmoción. Ni siquiera sabía lo que estaba pasando.

—¡Esta noche Cesarea al completo sabrá que las tropas de las que tanto lleva hablándose son un puñado de muchachos andrajosos que parecen rescatados de una mina!

—¿Qué? ¿A qué...?

—¡Y pasado mañana lo sabrá Judea entera!

—Pero... ¿Qué ocurre?

—No tienen armas, no tienen armaduras, no tienen mulas, tienen las túnicas destrozadas, y las sandalias, no tienen tiendas de campaña... ¡No tienen nada! ¿Cómo se supone que he de mantener así el orden? ¿A escupitajos?

—Tranquilízate, Valerio —dijo el procurador, esta vez a modo de súplica y confiando en que no se le notase el temblor de las cuerdas vocales.

El prefecto miró al procurador a los ojos, resopló como un caballo y tomó asiento. Luego se inclinó hacia delante para encararse con Floro.

—He estado en la armería —dijo Valerio con rabia contenida.

Floro tragó saliva y se recostó intentando adoptar una pose digna.

—¿Y? —dijo el procurador un instante después.

—Me dicen que sí, que les llegó equipo suficiente para armar a una cohorte al completo hace un mes, pero que hasta que el destino de esas armas no se conozca, no pueden dármelas. Y que sin una orden expresa del procurador permanecerán en custodia.

—¡Ah! —exclamó Floro—. ¡Esas armas!

—Sí, esas armas.

—¿Y qué te hace pensar que son para vosotros?

—¿Para quién podrían ser si no?

—Quizá sean para la cohorte de sirios... —aventuró Floro.

—Los sirios ya tienen armas.

—Sí, es cierto —dijo Floro—. No sé. Dame unos días para comprobarlo.

—No. Tiene que ser ahora.

—No voy a tolerar que un subordinado se dirija a mí en ese tono —dijo Floro ahora que se iba recuperando del sobresalto inicial.

—Ni yo voy a tolerar que mis hombres acampen y vivan en un territorio hostil sin armas.

—Vamos, Valerio, solo son hispanos... Astures, ¿no?

—Cántabros. Y sean de donde sean, ahora son mis hombres. Sus vidas dependen de mí. ¿Cuándo llegaron esas armas?

—No lo recuerdo bien.

—¿Por qué no se me ha informado de que estaban aquí?

—Porque la administración de la procuraduría es cosa mía, y porque tú debes limitarte a cumplir órdenes. Te recuerdo que tu orgullo e indisciplina ya te salieron caros la última vez que te enfrentaste a un superior. ¿Cómo crees que sentaría en tu historial un nuevo desacato?

Esta vez fue Valerio el que se recostó y tragó saliva.

—Con las armas tiene que haber un documento que especifique a quién corresponden —dijo Valerio—, señor.

—Eso está mucho mejor —dijo Floro, satisfecho de volver a estar al mando de la situación.

—¿Puedo ver ese documento, señor?

—No sé dónde está. Lo buscaré. Puedes retirarte.

—¿Señor?

—He dicho que puedes retirarte. Recibirás noticias mías en estos días. Soy un hombre ocupado.

Prefecto y procurador se observaron un instante valorando el daño que el uno podía hacerle al otro.

—Sí, señor —dijo Valerio al fin, derrotado. No podía permitirse otra mancha en su historial.

El romano se incorporó, se cuadró ante el procurador de Judea, giró ciento ochenta grados sobre sus talones y se dirigió lentamente hacia la puerta por la que había entrado. Floro hizo ademán de volver a centrarse en sus papiros y tablillas. Aún le temblaban las manos. Pero antes de alcanzar el umbral, el prefecto dio media vuelta.

—¿Señor?

Floro alzó la mirada.

—¿Sí, prefecto?

Valerio respiró profundamente antes de hablar. Sencillamente no podía dejar que las cosas quedaran así.

—Con el debido respeto, y como comandante de una de las dos cohortes estacionadas en la procuraduría de Judea, me veo en la obligación de informar de que, sin armas, la seguridad e integridad física tanto del procurador como de su familia no están garantizadas.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Floro con el ceño fruncido.

—¿Es necesario que lo haga? —preguntó Valerio.

21

Acampamos a las afueras de Cesarea, en una zona repleta de olivos y junto a un arroyo de agua fresca. Veíamos el mar a lo lejos, las gaviotas, las naves, y oíamos el quedo murmullo de nuestros compañeros mientras contemplábamos cómo, poco a poco, el sol se iba hundiendo en el mar inmenso que habíamos atravesado. Arán, a mi lado, sonriente, señalaba el astro y los vivos colores del ocaso mientras hablaba de belleza, pero yo solo era capaz de pensar en lo lejos que estábamos de casa, en el abismo de mar, tierra y tiempo que nos separaba de nuestras montañas verdes y nuestros cielos grises.

Recuerdo aquel anochecer. Mi madre estaría metiendo las gallinas en casa, pensé. Y quizá Aia estuviera pensando en mí, igual que yo estaba pensando en ella. ¿Volvería a verlas?, me preguntaba. ¿Cuánto dolor había causado? ¿Cuántas lágrimas habría derramado mi madre? ¿Cuántas le quedaban aún por derramar a la pobre mujer que me había traído al mundo? Y las derramaría día tras día, sin saber qué había sido de su hijo.

Quizá siga viva. No lo sé. Si lo está, supongo que será una anciana que, por mi culpa, solo habrá conocido una vida de trabajo y amargura.

Y mientras yo miraba al pasado, Arán miraba al futuro. Mientras yo cargaba con la losa del recuerdo, mi amigo, mi hermano, observaba el mundo con perplejidad y asombro, expectante, esperanzado incluso. Los olivos le fascinaban, como le fascinaban las ciudades, los barcos, las hormigas, las cucarachas, los sabores, los olores, las ropas de la gente... No había cosa que no despertara su curiosidad. «¿Te das cuenta, Noreno? —me decía—. De habernos quedado en la aldea, jamás habríamos visto nada de esto».

Cuando anocheció llegaron de la ciudad carretas repletas de vino y comida: había cordero, pan, uvas... Comimos y bebimos como lobos, muchos vomitaron porque sus estómagos, acostumbrados ya a las privaciones, no soportaron tal cantidad de alimento. Y dormimos como osos en invierno.

Puedo decir que, al día siguiente, cuando despertamos a la sombra de los olivos, sintiendo la caricia de una leve brisa marina y oyendo el plácido canto de

los pájaros, todos creímos haber revivido, resucitado después de haber atravesado las aguas. Nuestros miembros volvían a responder con firmeza, nuestras cabezas ya no parecían estar constantemente dando vueltas y nuestras tripas volvieron a rugir pidiendo alimento.

Esa mañana todos los barberos de Cesarea acudieron al campamento liderados por el prefecto. Si algo no soportaba Valerio era ver que sus hombres descuidaran su aspecto. Quería las túnicas limpias, los rostros rasurados y el cabello bajo control. A lo largo de los años le vimos castigar muy severamente a compañeros cuyas armaduras, cascos y espadas no estuvieran impolutos. El viejo decía que el respeto hacia uno mismo comenzaba por el atuendo, que si uno no se respetaba a sí mismo, no podía pretender que los demás lo hicieran. Aunque había una excepción: el combate. Más te valía llevar encima todo el barro, el sudor, la sangre y la mugre del mundo después de un combate o, en caso contrario, tener una excusa a prueba de catapulta.

En los días que siguieron recibimos dos túnicas nuevas cada uno, una blanca y una roja, sandalias y una especie de bufanda que debíamos ponernos cuando llegaran nuestras armaduras para, según nos dijeron, evitar que el metal nos rozara el cuello. Nos dieron una manta a cada uno, una capa parda con capucha, un sombrero de ala ancha hecho de paja, un morral de cuero, cantimplora, un zapapico, un cuenco, una pequeña olla de metal y una cruz de madera llamada *furca* en la que Marcelo nos enseñó a colgar todo lo anterior. Cada día nos llegaba algo nuevo, y cada día nos maravillábamos ante la generosidad de Roma. Y el artífice de todo fue nuestro prefecto. Sé que tuvo varios encuentros desagradables con el procurador de Judea para que se nos proveyese de todo lo necesario.

Creo que ya te he hablado de Teómaco, el griego que acompañaba a Valerio a todas partes y que resultó ser nuestro médico. El aliento siempre le apestaba a vino, y si no estaba borracho era porque estaba durmiendo o porque estaba empezando a emborracharse. Pues bien, uno a uno, desnudos, pasamos todos por manos del griego. Entre trago y trago hizo que sacáramos la lengua, que abriéramos la boca para examinar nuestra dentadura como si fuéramos caballos, que corriéramos en el sitio durante unos instantes para luego acercarnos la oreja al pecho.

Y entrenábamos. Desde el amanecer hasta la noche corríamos en formación, girábamos a derecha e izquierda. A una orden la cohorte se desplegaba o se contraía; por contubernio, por centuria; cuatro hombres de ancho, veinte de fondo; veinte hombres de ancho, cuatro de fondo; despliegue disperso y

formación de escaramuza; formación cerrada, formación en cuadrado; paso ligero, carga, alto; media vuelta, derecha, atrás, relevo, al suelo, arriba, carrera, carga, alto, rodilla en tierra, en columna, en fila, carga... Las jornadas eran agotadoras, pero día a día notábamos cómo nuestros miembros se iban fortaleciendo, cómo cada vez podíamos correr más rápido y marchar más lejos. Las órdenes ya no se daban en nuestro idioma, solo en latín, y entre nosotros, en el contubernio, a instancias de Arán, procurábamos comunicarnos en la lengua de los romanos.

Por fin, un mes después de haber desembarcado en Cesarea llegaron nuestras armas en una veintena de pesadas carretas tiradas por bueyes: espadas y armaduras nuevas y relucientes, escudos rojos y ovalados, cascos, lanzas, estandartes carmesíes, uno por centuria, con «CIIC», las letras y el número de la centuria, bordado en blanco, así como un *imago*, un disco de metal que representaba el rostro del emperador. Valerio, con absoluta solemnidad, nos hizo postrarnos ante la imagen, tal y como hiciéramos en Julióbriga al alistarnos. Nos dijo que aquellos estandartes eran lo que nos definía como grupo, como soldados y como personas. Que el espíritu del emperador y de sus predecesores nos guiaría y cuidaría en la adversidad, que debíamos rezar a nuestros dioses por su bienestar y larga vida. Que jamás esos estandartes debían caer en manos del enemigo, si es que alguna vez lo había, que por esa imagen y por aquellos pendones de tela debíamos dar la vida sin dudarlo porque eran nuestra alma y porque sin ellos no éramos nada.

Valerio era un ferviente defensor de la dinastía reinante, los Julio-Claudios. Creo que había sido su tatarabuelo el primero en alistarse en las legiones de Julio César y, desde entonces, todos los descendientes de aquel hombre habían derramado su sangre y dado su vida por unos gobernantes que, al morir, se convertían en dioses, que nos observaban y protegían día y noche desde el cielo.

Puedes imaginar lo que algo así suponía para nosotros. En Cantabria había dioses, por supuesto: estaban en las fuentes, en los ríos, en los árboles y en los animales; los espíritus de nuestros antepasados nos protegían y mi abuelo me había hablado alguna vez de un dios de la guerra cuyo nombre no debía ser pronunciado. Pero la mera idea de un hombre convirtiéndose en un dios a su muerte nos era completamente ajena. Algo que, por un lado, me produjo pavor y, por otro, cierta sensación de alivio. Pavor por la incomodidad de sentirme observado y juzgado continuamente, alivio por crearme protegido por algo más poderoso que yo.

¿Sabes? La primera vez que hice un sacrificio fue en Cesarea, en el colosal

templo de Roma y Augusto. ¿Y sabes qué le pedí al genio del emperador? Volver pronto a casa. Sí. Volver pronto a casa. Gasté mi asignación en comprar un par de palomas para sacrificar en el templo en vez de usar el dinero para irme a un lupanar con Urbico y Turenno. El espíritu de Augusto nunca atendió ese ruego, supongo que yo le hacía más falta al Imperio allí que en otro lugar, pero al salir del templo me invadió una extraña sensación de paz, la convicción de que había hecho lo correcto. No sé por qué.

El peso que llevábamos encima era inhumano: la armadura, la espada, la *furca*, el casco, la espada, el cinturón, la lanza, el escudo... Pero al fin parecíamos un ejército.

La primera vez cuesta ataviarse con todo: las armaduras tienen correas por todas partes, y tuvimos que ayudarnos entre nosotros y seguir muy de cerca las instrucciones de Marcelo. Hubo risas, sí, muchas risas. Marcelo nos hizo quitarnos la armadura y volvérnosla a poner una y otra vez hasta que el proceso se convirtió en algo tan natural como enfundarse una túnica. ¿Y sabes lo que me dijo Arán? Me dijo: «¿Recuerdas a los soldados que acompañaban al publicano cuando estábamos en la aldea? —Asentí—. Pues mírate ahora».

Le echo de menos. Le echo mucho de menos. Pero nada es eterno. Nada. Discúlpame... A veces... Bueno, dejemos eso.

Después vino lo más duro que habíamos hecho hasta la fecha, vivir durante tres días con la armadura puesta, marchar, comer, dormir, mear y cagar con ella encima. Te aseguro que pasados esos tres días, cuando al fin nos la quitamos, en vez de sentir alivio parecía que nos faltaba algo.

Lo primero que ordenó Valerio cuando estuvimos completamente equipados fue que marcháramos por las calles de Cesarea para que todo el mundo nos viera. ¿Por qué? No lo sé, supongo que quería lavar la pésima imagen que habíamos dado al llegar.

Y por fin sentí orgullo de ser aquello en lo que me había convertido. He de admitir que no era más que un orgullo mezquino y absurdo, el orgullo que da el respeto que percibe un hombre armado. Aunque tanto el respeto como el recelo son extremos que se tocan.

Ya sabes, en todo respeto hay algo de temor.

SEGUNDA PARTE

REVUELTA

22

CESAREA MARÍTIMA
PRIMAVERA 66 D. C.

Una vez más, Gesio Floro había convocado a toda la oligarquía griega de la ciudad a un pródigo banquete en su residencia: el suntuoso palacio de Herodes el Grande. Por lo visto, tenía una importante y feliz noticia que dar a los hombres principales de la urbe.

Como siempre, antes de pasar al gran salón en el que habría de servirse vino y comida sin medida, los invitados accedían a los preciosos jardines interiores del palacio, rodeados por una bella columnata, repletos de flores, fuentes y estatuas de bronce y mármol que representaban deidades griegas y romanas. El murmullo de docenas de voces, algunas risas, el constante fluir del agua; el grupo de músicos al fondo, con flautas, liras y tambores; el sordo rumor de las olas del mar rompiendo parsimoniosas a los pies del promontorio sobre el que se alzaba el palacio; la noche plácida y agradable; la luna gobernando el cielo en cuarto menguante; los hombres principales ataviados con sus mejores galas y las mujeres de estos vestidas con sedas de diversos colores, collares de oro y perlas y peinados enrevesados le daban al lugar un extraño aire de feliz inmortalidad casi divina. Aquel era un mundo de sofisticación y buen gusto al que Valerio aún no se había acostumbrado, en el que Teómaco no parecía percatarse de que estaba fuera de lugar y en el que Eirene se desenvolvía con absoluta naturaleza. La antioquena se colgó del brazo de Valerio y le susurró al oído:

—Tú sonrío, asiente y no hables demasiado. Ya me encargo yo del resto.

—¿Vino? —le preguntó al trío uno de los esclavos de Floro.

El muchacho, ataviado con una túnica blanca y una corona de flores amarillas, llevaba una bandeja de plata con una docena de cálices de cristal verde decorados con incrustaciones de oro y jaspe. La delicada mano de Eirene cogió uno de los cálices y Valerio hizo lo propio. Teómaco frunció el ceño y miró al muchacho.

—Están medio vacíos —protestó el griego.

—Tres dedos, señor —dijo el muchacho—. Es lo que requiere la etiqueta con este tipo de vino.

—Chorradas, ahí cabe al menos el triple —dijo Teómaco—. Acércate —ordenó.

El muchacho dio un paso al frente y asistió incrédulo a lo que siguió. El griego cogió uno de los cálices con la mano izquierda y vertió en él el contenido de otro; acto seguido dejó el cáliz vacío en la bandeja, cogió otro y repitió la operación hasta que el recipiente que tenía en la mano izquierda quedó lleno a rebosar. Luego posó este en la bandeja, cogió otro y repitió el proceso hasta tener dos cálices repletos de vino. Aferró uno de ellos con la mano derecha, el otro con la izquierda y observó satisfecho su creación.

—Eso está mucho mejor —dijo el griego—. No tardes en volver.

El muchacho, con la bandeja repleta de cálices vacíos, hizo una reverencia y volvió por donde había venido.

—No tienes remedio, Teómaco —dijo Eirene.

—¿Que yo no tengo remedio? El que no tiene remedio es el que piensa que poco es mejor que mucho. Ese es el que no tiene remedio.

Eirene se llevó el cáliz a los labios y observó su alrededor con aparente candidez. Todo el mundo conocía ya, de vista o de oídas, al prefecto Lucio Valerio Corvino y muchos, al verle, inclinaban ligeramente la cabeza a modo de cordial saludo.

—Recuerda —le dijo Eirene en un susurro y al oído— que eres lo único que se interpone entre ellos y sus propiedades y una masa airada de judíos. Déjate querer.

—Pero... —quiso intervenir Valerio: se sentía incómodo con la mera idea de deber favores.

—Te he dicho que me lo dejes a mí —interrumpió Eirene—. ¿Qué más te hacía falta?

—Tiendas de campaña y mulas —dijo Valerio.

La antioquena asintió y volvió a mirar alrededor. Un mes en Cesarea, tres banquetes en el palacio del procurador, una docena de desayunos y paseos con las esposas de muchos de los hombres principales de la ciudad y Eirene ya parecía conocer a todo el mundo, incluida Cleopatra, la mujer del procurador. De pronto la antioquena alzó la mano y saludó. La dama a la que iba dirigido el saludo sonrió con deleite al verla.

—Sígueme —le dijo Eirene a Valerio.

La pareja dejó atrás a Teómaco y esquivó a varios invitados hasta llegar al grupo de personas en el que estaba la dama.

—¡Antígona, querida!

—¡Eirene!

Las dos mujeres se abrazaron y se besaron en las mejillas.

—Estás radiante —dijo Eirene—. ¿Ves cómo te sienta mejor el azul que el verde?

—Tenías razón, querida amiga, toda la razón —dijo Antígona encantada—. Creo que no conocías a mi marido Neocles.

—No, no he tenido el placer —dijo Eirene con una sonrisa.

—Neocles, querido —le dijo Antígona a un hombre de unos cincuenta años que charlaba con otro y que lucía una barba poblada y bien cuidada—. Te presento a Eirene, la mujer de la que te hablé, la amiga del prefecto.

El rostro de Neocles se iluminó al instante.

—Es un honor —dijo el griego—. ¡Prefecto! —exclamó Neocles al percatarse de la presencia de Valerio. El hombre se apresuró a ofrecerle la mano para estrechársela—. ¡Al fin tenemos la ocasión de cruzar unas palabras!

Eirene cogió a Antígona del brazo, le dijo algo al oído, ambas rieron y desaparecieron entre el gentío.

—Lo siento —dijo Valerio—. No quisiera parecer irrespetuoso, ¿nos conocemos?

—De vista, solo de vista. De todas formas supongo que hablarás con tanta gente al cabo del día que no puedes pretender acordarte de todos.

—Agradezco la comprensión.

—No hay nada que agradecer. Permite que te presente a Polixeno. Importador y tratante en cuero.

—Un placer —dijo Valerio.

—El placer es mío —dijo Polixeno—. Confío en que los morrales se ajustasen a vuestras necesidades.

—¿Los...? ¡Ah!, los morrales. Sí, muchísimas gracias. Una excelente calidad. Muy buen género.

—¿Los estandartes y las mantas os han servido? —preguntó Neocles.

—Perfectos, sí.

—En cuanto mi mujer me comentó las necesidades que teníais, me puse manos a la obra. Hicimos un gran esfuerzo en los telares para tenerlo todo a tiempo —dijo Neocles—. Es importante que los chicos estén bien equipados.

—Así es —admitió Valerio.

—Y más ahora que los campos están infestados de bandidos —añadió Polixeno— y que en ciudades como esta no hay día que no haya algún altercado con los judíos.

—Cadena corta y palo largo, eso es lo que hace falta con esos cerdos —dijo Neocles.

—Agradezco mucho la contribución desinteresada de ambos —dijo Valerio.

—Desinteresada, sí. Yo te rasco, tú me rascas, ya sabes cómo va esto —dijo Neocles con una sonrisa.

—Supongo, Valerio, que no te temblará la mano si hay que poner orden —aventuró Polixeno.

—Ese es, precisamente, mi cometido —dijo Valerio.

—Yo no sé mucho de cuestiones militares —intervino Neocles—, pero ¿cree el prefecto que dos cohortes son suficientes para mantener la paz en Judea? A veces me da la sensación de que estamos un tanto desamparados.

—Debería ser suficiente —explicó Valerio—; al fin y al cabo, el gobernador de Siria está a tan solo quince días de camino y dispone de cuatro legiones completas.

—¿Y dónde se encuentra ahora el resto de tus hombres? ¿Cuántos hay acantonados en Cesarea? ¿Un centenar escaso?

—Sí —dijo Valerio—. Un centenar, más o menos. El resto está disperso por las diversas aldeas que hay en un radio de diez millas de la ciudad.

—¿Y eso? —preguntó Polixeno.

—El procurador dice no poder destinar recursos a su manutención, así que han sido alojados en casas particulares donde se les da de comer. También, de ese modo, hacemos sentir nuestra presencia en esta parte de la procuraduría. Si hubiera problemas en Cesarea, la cohorte al completo podría estar aquí en cuestión de horas. No hay de qué preocuparse.

—Eso está muy bien —dijo Neocles—. Entre el asunto de los derechos de ciudadanía y el problema que hay con la sinagoga, los ánimos están muy tensos.

Valerio era consciente de ambos problemas, y de muchos otros. Los judíos de Cesarea llevaban años reclamando el estatus de ciudadano, y hasta la fecha les había sido denegado. Según le habían contado, hacía unos años la situación había desembocado en enfrentamientos callejeros entre griegos y judíos. Y es que ser ciudadano implicaba una serie de derechos políticos que la oligarquía griega no estaba dispuesta a ceder a sus antagonistas. Si los judíos afirmaban que Cesarea estaba en Judea y que por tanto tenían derecho a reclamar la ciudadanía, los griegos sostenían que, fuera como fuese, Cesarea era una ciudad griega.

Ambos grupos tenían razón, y, por tanto, llegar a un entendimiento resultaba imposible. En cuanto a la sinagoga de la urbe, la cuestión también era delicada; el terreno sobre el que estaba construida pertenecía a un griego, y este había empezado a construir viviendas a su alrededor restringiendo el acceso a ella y llevando a cabo los trabajos más molestos cuando llegaba el *sabbat* y los judíos se congregaban para leer y discutir sus textos. Ya se habían dado enfrentamientos entre jóvenes judíos y los trabajadores de la obra: algunas peleas de poca importancia, insultos y amenazas. La ciudad vivía una calma tensa que se había acentuado cuando un judío acaudalado le había ofrecido al propietario una indecente cantidad de dinero por el terreno y este la había rechazado.

—Todo les ofende —dijo Neocles—. Las carreras de caballos, los gladiadores, el teatro, las estatuas, los templos, el cerdo, el marisco, *La Ilíada*, la filosofía... Todo. Si hablas de su dios, se ofenden; si no hablas, se ofenden. En cambio a nosotros nos exigen respeto y comprensión. Muchos de ellos incluso se niegan a tratar con gentiles porque dicen que somos impuros. ¡Impuros! Es una locura.

—¿Sabes lo último que ha ocurrido con el asunto de la sinagoga? —le preguntó Polixeno a Neocles.

—No.

—Por lo visto, el judío que se ofreció a comprarle el terreno a Filodemo le hizo una visita el otro día a Floro y le entregó diez mil denarios para que mediase en la situación.

—Bonita suma —dijo Neocles—. ¿Y qué dijo Floro?

—Que contase con ello, por supuesto.

—No —dijo Neocles sorprendido.

—Sí. Pero no te preocupes, conoces a Floro. Se quedará con el dinero y no hará nada.

—Eso espero.

Valerio se había convertido en testigo mudo de la conversación entre los dos griegos. De pronto, en la balconada que había sobre sus cabezas, apareció Floro acompañado de su esposa. Ambos lucían sus mejores ropas y una amplia sonrisa. El procurador de Judea alzó las manos y pidió silencio.

—¡Amigos! ¡Amigos! —dijo Floro desde la balconada.

Todos los invitados se fueron girando hacia él y poco a poco se hizo el silencio. La última voz que oyó Valerio fue la de Teómaco, a lo lejos, pidiendo más vino.

—¡Amigos! —dijo Floro de nuevo—. ¡Tengo magníficas noticias! ¡El

emperador no solo ha exculpado a mi predecesor Marco Antonio Félix de los altercados que tuvieron lugar en Cesarea durante su mandato, sino que además ha desestimado definitivamente la reclamación de ciudadanía presentada por la delegación judía que partió hacia Roma tres meses atrás!

Un vítor de aprobación y alegría surgió de las gargantas de todos los presentes y al vítor le siguieron intensos aplausos.

—¡Ya era hora! —dijo Polixeno con entusiasmo.

—¡Larga vida al emperador! —gritó alguien.

—¡Larga vida al emperador! —coreó la muchedumbre.

23

BETH ZAAANAN

A CINCO MILLAS DE CESAREA MARÍTIMA

PRIMAVERA 66 D. C.

¡Qué tarde era!

Ruth se cubrió el cabello, como hacía siempre antes de salir de casa, pues así lo dictaban el decoro, la modestia y la humildad, los tres tesoros de toda mujer. Cogió el cántaro que tenía junto a la puerta y salió a la calle. Había molido el trigo, había remendado la túnica de su padre y sus sandalias, había limpiado la casa y ya tenía la cena al fuego. Iría a la fuente a coger agua y luego pasaría por casa de Esther a ver si tenía huevos. Hoy las gallinas no habían puesto, y tanto su padre como el *kittim* que el publicano les había obligado a alojar en casa llegarían con hambre. Su padre, después de un duro día de trabajo en la tierra; el *kittim*, por su sola juventud.

Beth Zaanán era una aldea pequeña, rodeada de campos de labor que hacía tiempo que ya no pertenecían a sus moradores sino a hombres ricos que vivían en Sebaste, Cesarea o Jerusalén. No había más que medio centenar de modestas viviendas cuadradas y todos sus habitantes, ya fuera por una rama familiar u otra, eran parientes. Esther, por ejemplo, era la hija de una prima de su padre, mientras que el marido de esta era tío de la difunta madre de Ruth.

La muchacha, de tan solo dieciséis años, echaba mucho de menos a su madre. Todo había cambiado desde su muerte seis meses atrás: su padre se había hundido en la tristeza, y su hermano Emmanuel, harto ya de una tierra desagradecida y un publicano voraz, se había ido a Jerusalén en busca de trabajo. También a él le echaba de menos. Echaba de menos sus bromas, sus sustos, echaba de menos hablar con él, las tardes de *sabbat* cuando volvían de la sinagoga y subían a la azotea de casa a ver atardecer.

Aunque hoy Ruth, cargando con el cántaro y de camino a la fuente, sonreía.

—¡Cuidado! —les gritó Ruth a dos chiquillos que pasaron corriendo y riendo

junto a ella sin mirar por dónde iban. Eran los hijos de Rebeca, la esposa del alfarero.

La muchacha saludó al viejo Yoshua, que a esa hora solía salir a tomar el fresco a la puerta de su casa. También se cruzó con Simón, el carpintero, un muchacho de veinte años que se había casado con su prima y amiga Sara y que debía de estar de camino a ver a su abuela, la vieja Judith, hermana a su vez de la abuela de Ruth. A la puerta de la modesta sinagoga charlaba un grupo de hombres entre los que estaba el tío Nehemías, hermano de su madre, y más allá, esperando su turno junto a la fuente, había media docena de mujeres.

—*Shalom* —saludó Ruth.

—*Shalom* —respondieron las mujeres casi al tiempo.

—Acabo de ver a tus hijos —le dijo Ruth a Rebeca mientras dejaba descansar el cántaro en el suelo.

—Esos dos desgraciados van a acabar conmigo —dijo Rebeca.

—Solo son niños —dijo Ruth.

—Ya me dirás cuando los tengas tú.

Ruth sonrió. Jamás había pensado en tener hijos. Era curioso: todas decían que era lo más maravilloso del mundo, pero todas se quejaban de ellos continuamente.

—¿Qué tal tu *kittim*? —preguntó Rebeca—. ¿Come mucho?

—Bastante, sí —dijo Ruth.

—Los impuestos, el arrendamiento de las tierras, la contribución al Templo... y ahora esto. ¡Con lo que comen esos desgraciados! ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Quitárselo a nuestros hijos?

—Yo creo que no son romanos —aventuró Ruth.

—¿Y eso qué tiene que ver? —protestó Rebeca—. Son gentiles. Lo mismo da.

Ruth se encogió de hombros. Sí, comían mucho, como su hermano, como todos los hombres de esa edad, pero lo cierto era que la presencia del *kittim* en su casa no le incomodaba. Más aún, le agradaba. Aunque se guardaba mucho de no decírselo a nadie. El *kittim* era alto, tenía unos preciosos ojos azules, como el cielo en primavera, el pelo claro y unas facciones angulosas. Ruth no había conocido a muchos muchachos, tan solo a los de la aldea y a algún otro cuando iba a Jerusalén con su padre en tiempo de Pascua. Pero ninguno de ellos le había hecho sentir un nudo en el estómago cada vez que la miraba y la sonreía. A Ruth le daba la sensación de que el *kittim* y ella se entendían solo con los ojos.

Se llamaba Arán, se lo había dicho el primer día con un gesto de la mano y una sonrisa.

—¿Aarón? —le había preguntado Ruth—. ¿Como el profeta? ¿Como el hermano de Moisés?

Arán se había encogido de hombros y había esbozado un gesto de incompreensión y disculpa. ¿Podía un *kittim* tener un nombre judío?

Cuando el *kittim* llegó a Beth Zaanán, junto con otros seis soldados que parecían estar a sus órdenes, lo hizo acompañando al publicano. Este seleccionó a las siete familias que menos impuestos pagaban y les informó del deber de alojarlos en sus casas. El padre de Ruth protestó con vehemencia: no podía permitir que en su casa, bajo el mismo techo que su joven hija, viviera un hombre que no fuera un familiar. Máxime, un incircunciso.

—Esto es un insulto —había protestado el padre de Ruth.

—No lo hagas más difícil de lo que es, Jacob —le había dicho el publicano—. Y no me busques problemas o te aseguro que tanto tu hija como tú lo lamentaréis.

—Eres un maldito cerdo, Uzziel —había respondido Jacob entre dientes.

—Haré como que no te he oído —había concluido el publicano.

Pero Arán, o Aarón, debió de comprender lo que ocurría. Ruth pudo verlo en sus ojos inteligentes y en cómo actuó la primera noche. Cenaron en casa, por supuesto. Jacob no se dignó en ningún momento a mirar al *kittim* y hundió la nariz en el cuenco mientras comía. Ruth y Arán cruzaron miradas y sonrisas cómplices. Y cuando el joven acabó de cenar, se despidió, dijo unas palabras que debían de ser de agradecimiento, salió de casa, subió por la escala que llevaba a la azotea y allí, bajo las estrellas, pasó la noche.

—Ruth, chiquilla, ¿me estás escuchando? —dijo Rebeca.

—¿Qué?

—Que mi marido se va a Cesarea mañana, que si necesitáis algo.

—No. No. Creo que no —dijo Ruth—. Muchas gracias.

—Estás en las nubes, chiquilla. Vamos, te toca.

—¿El qué? —preguntó Ruth confundida.

—¿A qué has venido a la fuente?

—A por agua.

—Pues eso.

—¡Ah! Gracias... Estaba... pensando en mi madre.

Rebeca la miró entonces con comprensiva ternura y le acarició la mejilla.

—Nos vemos mañana —dijo Rebeca.

Ruth asintió y lamentó haberse escudado en su madre, pero no dijo nada. Cogió el cántaro del suelo y lo acercó al chorro constante de agua fresca que

salía de un tubo incrustado en la roca. Cuando oyó que el cántaro se llenaba, lo cogió de las dos asas y se lo llevó al pecho para poder cargar mejor con él.

—*Shalom* —dijo la voz de Arán a su espalda.

Ruth tembló, sintió que la cara le ardía y temió de pronto que el cántaro se le cayera. Pero logró recomponerse, dio la vuelta y sonrió.

—*Shalom* —dijo la muchacha.

Arán, ataviado con su armadura, su casco y su espada, alargó los brazos para que le diera el cántaro. Ruth se aferró al recipiente con fuerza y negó con la cabeza. Entonces el *kittim* insistió y Ruth fue incapaz de negarse.

Caminaron juntos hasta casa, Ruth delante y Arán unos pasos por detrás, cargando con el pesado recipiente. La muchacha no pudo evitar mirar hacia atrás, por encima del hombro, un par de veces. Se sonrieron.

Cuando llegaron a casa la puerta estaba abierta y la vieja mula de su padre, atada fuera. Ruth acarició al buen animal y cruzó el umbral.

—¿Padre? —dijo Ruth.

A su espalda oyó que Arán dejaba el cántaro en su sitio.

—¿Padre? —preguntó de nuevo.

Fue todo muy repentino. Un alarido. Un sobresalto paralizante. El grito de Ruth. Su hermano Emmanuel apareciendo de pronto detrás de la puerta. El siseo de la espada de Arán al ser desenvainada. Pero al susto le siguió la alegría desbocada.

—¡Emmanuel! —dijo Ruth corriendo hacia su hermano.

—¡Hermanita! —dijo Emmanuel.

La muchacha saltó sobre él y se enroscó a su hermano con brazos y piernas.

—¿Dónde está padre? —preguntó Ruth.

—Ha ido a casa de Zacarías a por vino.

Ambos rieron y disfrutaron del reencuentro, hasta que la sonrisa de Emmanuel se desdibujó por completo al reparar en el intruso. Arán, recuperado, volvió a envainar.

—¿Quién es ese? —preguntó Emmanuel con absoluto desprecio.

—Es un *kittim*.

—Eso ya lo veo. ¿Qué hace aquí?

—El publicano ha obligado a siete familias a alojarlos durante una temporada.

Emmanuel apartó a su hermana y se aproximó al soldado hasta estar a un palmo de su cara. Los dos hombres se miraron a los ojos, el uno furioso, el otro impasible. Ruth se acercó a su hermano y le cogió del brazo.

—Es un buen muchacho, Emmanuel.

—El único *kittim* bueno es el que sirve de abono para los campos.

—No hagas ninguna tontería, hermano. Te lo suplico. Es un buen muchacho. Me ha ayudado a traer el agua.

Emmanuel giró la cabeza lentamente para mirar a su hermana.

—¿Y tú te has dejado?

—¿Por qué no?

—¡Porque mancillan todo lo que tocan! ¡Porque son sucios e impuros! —dijo Emmanuel fuera de sí. El joven judío alzó la mano como si fuera a golpear a su hermana, aunque se detuvo—. ¡Te prohíbo que te dejes ayudar por ellos! ¡Te prohíbo...!

Ruth empezó a llorar y, de pronto, a Emmanuel se le cortó la respiración cuando Arán le cogió del cuello de la túnica y le empujó contra la puerta dejando caer sobre él todo el peso de su cuerpo y su armadura.

—*Shalom* —le dijo Arán entre dientes. Luego señaló a Ruth, miró a Emmanuel y repitió—: *Shalom*.

Entonces Emmanuel se revolvió. Arán le soltó y se fue.

—¿Y qué quiere decir «*Shalom*»? —preguntó Noreno a la sombra de un olivo.

—«Paz». Quiere decir «paz». No se me ocurrió nada más que decir. Ya sé decir agua, pan, vino..., pero no pude soportar que le hablara así, no sé por qué. Fue como si me clavaran un puñal en el corazón. Parecían tan felices al verse... Y luego, de pronto, cuando me vio a mí, parecía querer matarme, y en vez de comprender que había ayudado a su hermana y que procuro no molestar, el muy necio se me encara —dijo Arán.

—Muchas veces nos dieron ganas en casa, ¿recuerdas?

—¿De qué?

—De acabar con los soldados. Yo a veces sigo pensándolo.

—¿Sigues pensando en conquistar Roma?

Noreno rio sin ganas.

—No. Ya no. Pero de ahí a apreciarlos...

—Las cosas se ven diferentes desde el otro lado, ¿no crees? —dijo Arán.

—No sé qué decirte. Al menos deberías entender lo que sienten porque tú sentías lo mismo. Imagina que además de las exigencias del publicano te hubieran obligado a tener a un legionario en casa. Con tu hermana.

—Sí, puede ser.

Los dos amigos se quedaron observando la pequeña aldea desde lo alto de la

colina pedregosa. Marcelo les había dado instrucciones de salir temprano por las mañanas a patrullar por la zona y de informar si veían movimientos sospechosos. Por lo que decían, Judea estaba plagada de pequeños grupos de bandidos. Cada tres días tenían que presentarse en Cesarea para formar, entrenar e informar de lo que estuviera ocurriendo en la aldea que tenían asignada. Solían tardar poco más de una hora en llegar caminando a la ciudad portuaria.

Hoy, después de seis horas recorriendo senderos polvorientos, Arán había decidido dar un descanso a sus compañeros. Urbico roncaba bajo uno de los olivos mientras que Cantio, Turenno, Negalo y Viroto jugaban a los dados. Habían aprendido a jugar hacía un mes; habían empezado apostando piedras y ya empezaban a apostar dinero.

—Parece mentira que la gente pueda vivir aquí —dijo Noreno después de darle un trago a su cantimplora.

Arán metió la mano en el morral y sacó un trozo de tela que desenvolvió para dejar al descubierto una torta de pan.

—¿Quieres? Me lo he encontrado esta mañana en la azotea, donde duermo —dijo Arán—. Me lo ha debido de dejar Ruth. Hace el mejor pan que haya probado nunca.

—Tienes suerte. A mí me dejan la comida en la mesa, se van y se encierran en una habitación contigua hasta que acabo. Sé que me observan por entre las grietas de la puerta porque cuando me retiro al cubículo, que antes debía de ser la despensa, vuelven a aparecer. La verdad es que da un poco de miedo. A veces me dan ganas de dormir con la armadura. Y siempre tengo la espada a mano.

—Pues yo no me preocuparía tanto. Al fin y al cabo, si quisieran, podrían envenenarnos.

—¿Eso me lo dices para tranquilizarme? —preguntó Noreno.

Arán se encogió de hombros.

—¿Sabes? Creo que estoy enamorado de Ruth.

—¿Qué?

—Me fascina. Me fascina su sonrisa, tiene unas manos delicadas, un poco ajadas por el trabajo, pero muy bonitas. No sé, sus gestos, sus ojos..., sí, sobre todo sus ojos, negros como la noche. Nos entendemos con la mirada, es como si no hicieran falta palabras, como un hechizo, un embrujo.

—No llevamos aquí ni un mes...

—¿Y qué? Cuando la tengo cerca siento... siento como un relámpago aquí —dijo colocándose la mano en el pecho—. Y... ¿recuerdas la sensación del barco?

—No me hables de la travesía.

—Pues algo parecido, solo que agradable.

Se hizo el silencio.

—Te está sentando mal el sol de esta tierra.

—Puede ser. Pero si he de ser sincero, no es un mal que quiera que se me pase. Los romanos tienen una diosa del amor, ¿no es así?

—Sí, tiene un templo en Cesarea.

—Pues la próxima vez que vayamos, creo que haré un sacrificio. ¿Escucharán los dioses romanos a los suplicantes cántabros?

—No lo sé. A mí todavía no me han hecho mucho caso.

—Bueno. No se pierde nada por intentarlo.

—No. No se pierde nada.

No se estaba mal allí, bajo el olivo, con aquella tierra extraña y misteriosa a sus pies, bebiendo agua y comiendo pan, charlando de amor.

—Creo que dentro de unos días hay carreras de caballos en el hipódromo de Cesarea —dijo Noreno—. Y gladiadores. Estaría bien poder ir un día.

—Sí, estaría bien —dijo Arán con el gesto ausente—. Por cierto, come bien esta noche y guarda algo para mañana.

—¿Por qué?

—Porque celebran el día de descanso.

—Es verdad... ¿Sabbeth?

—*Sabbat* —corrigió Arán.

Ruth se había asegurado de que Arán comiera bien aquella tarde y se había apresurado a colocar la mesa para la celebración del *sabbat* antes de que el sol desapareciera en el horizonte, tal y como estaba escrito, pues desde que el sol se ponía hasta que se veían las tres estrellas nocturnas al día siguiente, nadie podía llevar a cabo trabajo alguno, so pena de muerte por lapidación, tal y como había ordenado el Señor.

Sería un *sabbat* diferente, y feliz, porque era el primero en seis meses que compartía con Emmanuel. Los últimos habían sido tristes y solitarios porque su padre se limitaba a recitar los rezos y luego se acostaba. Bien era cierto que aquella noche Emmanuel y ella no subirían a la azotea a contemplar las estrellas porque allí dormía Arán. Y Emmanuel se negaría. Pero al menos podría, después de tanto tiempo, disfrutar de su hermano esa noche. Emmanuel contaría alguna historia, algún chiste, y cuando su padre se acostara, reirían juntos, como siempre.

Ruth echó un último vistazo a la mesa: pan, aceite, cordero y vino. No había mucho, pero había un poco de todo. Ella comería lo justo; de ese modo Emmanuel y su padre podrían comer un poco más después de un duro día de trabajo en el campo. Su padre se habría alegrado de tener dos brazos más para ayudarlo, pero ¿habrían discutido como siempre? Su madre siempre sirvió de barrera entre ambos, calmando a uno y haciendo recapacitar al otro. Sin ella, la relación entre Jacob y Emmanuel se había agriado rápidamente y su hermano se había ido muchísimo antes.

—*Shalom* —dijo su padre con el semblante serio al entrar en la vivienda.

—*Shalom* —dijo su hermano un instante después.

Emmanuel venía dos pasos por detrás de su padre. Habían discutido, se les veía en la cara, en los gestos. Emmanuel no llevaba ni un día entero en casa y ya estaban los dos otra vez enfadados.

Jacob y Emmanuel se sentaron a la mesa, y el uno y el otro se cubrieron la cabeza con su *talit*, la prenda de lana blanca con rayas azules o negras y flecos que los hombres usaban, como símbolo de respeto y humildad, para rezar. El sol se había ocultado. Las lámparas de aceite iluminaban la estancia. Y Ruth no podía dejar de pensar en Arán.

—Alabado seas, Yavé, nuestro Dios, rey del universo —empezó a recitar su padre como todos los *sabbat*, como hiciera su padre, y el padre de su padre, desde siempre. Las mismas palabras, la misma entonación, siempre lo mismo—, tú creaste el fruto de la viña. Alabado seas, tú que nos has santificado con tus mandamientos y has encontrado satisfacción en nosotros. En amor y favor, tú nos has dado tu santo *sabbat* como herencia en recuerdo de la creación, en recuerdo de la partida de Egipto. Tú nos has elegido y nos has santificado por encima de todas las naciones.

»Dios es mi liberación, mi confianza segura es él; Yavé es mi fuerza, mi canto, mi liberación.

»Gozosamente beberás de la fuente de la liberación. Yavé rescatará y bendecirá a su pueblo.

»Yavé está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestra fortaleza. Feliz es el hombre que confía en ti. Yavé y rey, contesta a nuestra llamada y rescátanos.

»Concédenos las bendiciones de la luz, del contento y el honor.

»Levanto la copa de la liberación, yo invoco a Yavé. Alabado seas, tú que creaste el fruto de la viña y la fragancia de las especias, que has dotado a la creación toda con distintas cualidades y que diferencias luz de tinieblas, lo sagrado de lo profano, Israel de las demás naciones, y el séptimo día de los

demás días.

»Gracias, Yavé, por haberme hecho hombre y no mujer, gentil o esclavo.

—Gracias, Yavé, por haberme hecho hombre y no mujer, ni gentil, ni esclavo
—repitió Emmanuel.

Ruth miró a su hermano y le dedicó una cálida sonrisa. Emmanuel no solo no le devolvió la sonrisa, sino que le rehuyó la mirada. Su padre empezó a comer sin decir nada, luego Emmanuel y, por fin, Ruth, que cogió un poco de pan y un pequeño trozo de cordero.

—¿Qué tal en Jerusalén? —preguntó Ruth para intentar quebrar el incómodo silencio.

—Mal —dijo Emmanuel—. Ya no hay trabajo, las calles están repletas de mendigos y los ricos hacen ostentación de su riqueza.

—¿Por eso has vuelto?

Emmanuel se limitó a asentir.

—¿Y el primo Zadok? —insistió Ruth—. ¿Sigue como siempre?

—Sí —dijo Emmanuel secamente.

—¿Has conocido a alguna chica? —dijo Ruth.

—Cállate, niña —ordenó su padre.

Ruth obedeció y apretó los dientes, impotente.

—¿Es eso lo único que sabes decir, padre? —espetó Emmanuel.

—Cuando se trata de sandeces, sí —dijo Jacob.

—«Tú nos has bendecido y santificado por encima de todas las naciones —recitó Emmanuel—. Gozosamente beberás de la fuente de la liberación. Yavé rescatará y bendecirá a su pueblo». Por lo visto, padre considera que las palabras que recita todos los *sabbat* están huecas. Como los saduceos. —Jacob miró a su hijo con rabia, pero Emmanuel decidió ignorarle—. En Jerusalén se habla de revolución, hermana. Porque la situación es insostenible y porque así lo ordena Dios. Porque los sacerdotes del Templo les lamen los pies a los *kittim* y son su brazo ejecutor contra el pueblo al que deben guiar y proteger.

—Cállate, Emmanuel —dijo su padre.

—¿Por qué? ¿Por qué he de callar? Los *kittim* mancillan nuestra tierra y Dios nos castiga por permitirlo.

—No se hablará de revolución bajo este techo.

—¿De qué tienes miedo, padre? ¿Qué es lo que temes? ¿Perder unas tierras que ya no son tuyas? ¿Una casa que está contaminada por la presencia de un *kittim*? ¿Trabajar de sol a sol para alimentar a los parásitos de las ciudades? ¿Para dar de comer a quienes nos asfixian? ¿Es eso? Esta tierra nos fue dada por

Dios, y como tal debemos defenderla como la defendieron otros, con el nombre de Yavé en los labios.

—Sabes perfectamente lo que le pasó al hijo de Azarías: los *kittim* le crucificaron aquí mismo, ante nuestros ojos, por desafiar al publicano y golpear a un legionario.

—Al menos tuvo el valor de hacerlo. ¿Qué más podemos perder, padre? ¿Las cadenas? ¿Tienes miedo a perder las cadenas que nos imponen los gentiles?

La bofetada que Jacob le dio a su hijo resonó en los cuatro muros de la vivienda. Ruth hundió la cara en las manos y empezó a llorar desconsolada. Emmanuel se levantó de repente y, por un instante, pareció que iba a golpear a su padre.

—Abandona ahora mismo esta casa —ordenó Jacob.

Emmanuel salió dando un portazo. Jacob golpeó la mesa con el puño cerrado y, sin decir palabra, dejó de cenar y se fue a acostar.

Y allí quedó Ruth, sola, llorando en silencio, contemplando una comida escasa que ya nadie comería. Sintióse culpable por haber provocado aquella situación con sus estúpidas preguntas. Echando de menos a su madre y sintiendo la extraña necesidad de trepar hasta la azotea para abrazarse a Arán y llorar sobre su pecho. Estaba segura de que el *kittim* le habría podido dar el consuelo que necesitaba. Pero era imposible.

Al día siguiente, como todos los *sabbat* por la mañana, la aldea entera se dio cita en la sinagoga. Ruth acudió con su padre, saludó a Rebeca y al resto de las mujeres y vio a su hermano hablando con Simón, el carpintero, y media docena de hombres de su edad. Todo el mundo se acercaba a Emmanuel, le daba la más efusiva bienvenida y le preguntaba si había venido para quedarse o si solo estaba de visita. Emmanuel decía que aún no lo sabía. Era curioso comprobar cómo, salvo por su padre, todo el mundo parecía encantado de hablar con él. Siempre había sido muy querido y respetado.

Hacía unas horas que los siete *kittim*, con Arán a la cabeza, habían partido a toda prisa hacia Cesarea atendiendo a las órdenes de un jinete que había llegado al galope con lo que parecían ser noticias urgentes. Una mirada tuvo que bastar entre Ruth y Arán como despedida. Y Ruth se sintió vacía. ¿Habría sentido él lo mismo?

La sinagoga de Beth Zaanán no era más que un modesto edificio rectangular, diáfano y de adobe, con taburetes de madera, huecos en las paredes por donde

entraba la luz y el aire, una mesa al fondo que servía para extender los rollos en los que estaba escrita la palabra de Dios y unos cestos de mimbre en los que se guardaban estos últimos. Como todas las sinagogas, estaba orientada al Templo de Jerusalén.

Primero entraron los hombres, con las cabezas cubiertas por sus *talit*, y tomaron asiento delante. Luego las mujeres, que se ubicaron detrás. Josué, el más anciano de los habitantes de la aldea, se acercó al altar renqueante y, una vez allí y de espaldas a todos, hizo un gesto para que los presentes se pusieran en pie. Empezó entonces a recitar la *Amidá* y a inclinarse hacia delante, hacia atrás, a derecha e izquierda según requería la oración y cada una de las dieciocho bendiciones que todos recitaban una vez por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche: Dios, el poder de Dios, santificación del nombre de Dios, petición a Dios de sabiduría y comprensión, petición a Dios para que su pueblo supiera seguir el camino de la Torá, petición de perdón, de redención, de salud, de bendición, petición a Dios para que todos los judíos de la diáspora vuelvan a Israel, petición a Dios para que se restablezca la justicia, petición a Dios para que destruya a los herejes, petición de misericordia para con los justos, petición para que Dios restablezca el reino de David, petición a Dios para que envíe pronto al Mesías, petición para que acepte las plegarias de su pueblo elegido y sea compasivo, petición para que mantenga en pie el Templo y, por último, gracias por la vida, el alma y los milagros que se ven a diario.

Concluida la extensa plegaria, Josué dio media vuelta, hizo un gesto para que todos se sentaran y habló con la solemnidad que le caracterizaba:

—Ayer volvió a casa nuestro querido Emmanuel bar Jacob, así que me he tomado la libertad de invitarle a hacer la lectura de hoy. ¿Os parece bien? —Los hombres murmuraron respuestas afirmativas—. ¿Qué quieres leer, Emmanuel?

—Levítico.

—Ven, acércate —dijo el anciano con una amable sonrisa.

Josué se aproximó a uno de los cestos, rebuscó entre los rollos y sacó uno de ellos, lo extendió sobre la mesa, le dio una palmada en la espalda a Emmanuel y se sentó con el resto. Emmanuel se aclaró la garganta, enrolló parte del papiro buscando la lectura deseada y cuando la encontró observó con gravedad a los congregados, que guardaban silencio. Luego hundió los ojos en el papiro y comenzó a leer.

—«Bendiciones de la obediencia —dijo con solemnidad—. Si observáis mis decretos y guardáis mis mandamientos, y los ponéis por obra, yo os daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra y los árboles darán fruto. La trilla se prolongará

hasta la vendimia, y la vendimia hasta la siembra, y comeréis vuestro pan hasta saciaros, y habitaréis seguros en vuestra tierra. Y yo os daré paz y dormiréis tranquilos; y haré quitar de vuestra tierra las alimañas, y la espada enemiga no pasará por vuestro país. Y perseguiréis a vuestros enemigos. Cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a filo de espada delante de vosotros. Porque yo me volveré a vosotros, y os haré crecer, y os multiplicaré, y afirmaré mi pacto con vosotros y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo, Yavé, vuestro Dios, os saqué de la tierra de Egipto para que no fueseis sus siervos, y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar con el rostro erguido.

»Pero si no me escucháis —continuó Emmanuel con más pasión que hasta el momento— y desdeñáis mis mandamientos, enviaré sobre vosotros terror y extenuación para que se os consuman los ojos y os atormenten el alma; y sembraréis en vano vuestra semilla, porque vuestros enemigos la comerán. Pondré mi rostro contra vosotros, y seréis heridos delante de vuestros enemigos; y los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros, y huiréis sin que haya quien os persiga. Y si aun con estas cosas no me oyereis, yo volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados. Y quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como el hierro, y vuestra tierra como el bronce. Y vuestra fuerza se consumirá en vano —Emmanuel alzó un instante la mirada, luego continuó con renovada fuerza y rabia—, porque ni la tierra ni los árboles darán fruto.

»Y si persistís, añadiré sobre vosotros siete veces más plagas según vuestros pecados. Enviaré también contra vosotros bestias fieras que os arrebaten vuestros hijos y destruyan vuestro ganado, y os reduzcan en número, y vuestros caminos se convertirán en desiertos. Y traeré sobre vosotros espada vengadora, en vindicación del pacto; y si buscareis refugio en vuestras ciudades, yo enviaré pestilencia entre vosotros, y seréis entregados en mano del enemigo. Y comeréis la carne de vuestros hijos, y comeréis la carne de vuestras hijas. Haré desiertas vuestras ciudades, y asolaré vuestros santuarios, y no oleré la fragancia de vuestro suave perfume. Y a vosotros os esparciré entre las naciones.

»Y a los que queden de vosotros infundiré en sus corazones tal cobardía, en la tierra de sus enemigos, que el sonido de una hoja que se mueva los perseguirá, y huirán como ante la espada, y caerán sin que nadie los persiga. Y no podréis resistir delante de vuestros enemigos. Y pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá. Y los que queden de vosotros decaerán en

las tierras de vuestros enemigos por su iniquidad; y por la iniquidad de sus padres, decaerán con ellos.

»Y entonces confesarán su iniquidad, y la de sus padres, y humillarán su corazón y el castigo quedará satisfecho. Y yo recordaré el pacto con Jacob, con Isaac y con Abraham» —concluyó Emmanuel.

—El Señor es misericordioso —dijo Josué al oír la última palabra del joven.

Ruth sintió un escalofrío; jamás había visto tal odio en los ojos de su hermano.

—¿Y qué te evoca esa lectura, Emmanuel? —preguntó Josué.

—Que solo cumpliendo la Ley hallaremos bendiciones.

—Cierto, muchacho, muy cierto —dijo Josué con una sonrisa.

—Y que si ahora sufrimos la espada y la codicia de nuestros enemigos es porque hemos pecado, porque el pueblo de Israel le ha dado la espalda a la Ley. Sí, nos reunimos aquí y leemos los textos. Y los sacerdotes hacen los sacrificios en el Templo. Pero todo está vacío. Todo está vacío porque no tenemos el valor de creer. Nada mejora nunca, la tierra cada vez da menos fruto, los impuestos son cada vez más altos, las calles de Jerusalén están repletas de mendigos, los montes llenos de hombres que ya no pueden alimentar a sus familias y se dedican al bandidaje. Nuestras mujeres se casan con incircuncisos. Los jóvenes abandonan la tierra de sus padres para buscar sustento en tierras lejanas. Estas son las maldiciones de las que habla el Señor, en este mismo libro que acabo de leer. Y nada, nada ocurre si no es su voluntad. Sé que no soy el único que piensa así. Los ancianos hablan de un tiempo en el que hubo abundancia, aún hay gente que recuerda eso. Y fue antes de que inclináramos la cabeza ante los *kittim*. ¿Qué nos han traído sino hambre y miseria? Es hora ya de que el pueblo de Israel vuelva a hacerse con las riendas de su destino. Hora es ya de decir basta. Nada es imposible si cumplimos la Ley. Los *kittim* son la plaga que envía Yavé. Nada más. Como lo fueron los babilonios, los asirios y los griegos. Y será él quien los haga desaparecer si tan solo tenemos el valor de ser fieles a nosotros mismos.

24

CESAREA MARÍTIMA
PRIMAVERA 66 D. C.

Algo olía mal en Cesarea. La noticia sobre la decisión del emperador de negarles la ciudadanía a los judíos había incendiado aún más unos ánimos ya crispados. Los griegos de la ciudad, sabiendo ahora que disfrutaban del apoyo incondicional del emperador, habían celebrado la decisión con provocaciones e insultos. Se produjeron varias peleas en el mercado y en las calles, y el asunto de las obras en torno a la sinagoga no estaba sirviendo para calmar la situación.

Pero quizá lo peor fuera que, sin aviso previo y de un modo un tanto apresurado, Gesio Floro se había ido de Cesarea en visita oficial a Sebaste, una ciudad griega de Samaria. Y eso solo podía significar que Floro sabía algo que no había compartido con Valerio.

Así que, aquella mañana, el prefecto le había ordenado a Marcelo que convocara de inmediato a todos sus hombres, dispersos por las diferentes aldeas de la zona, y que acampasen a las afueras de la ciudad completamente armados, y listos para intervenir. Por suerte era *sabbat*, y eso significaba que los judíos no abrirían sus comercios ni saldrían de sus casas a hacer compras, con lo que, al menos en el mercado, la tranquilidad estaba asegurada. Justo antes del mediodía Marcelo estaba llamando a la puerta del prefecto para informar. Valerio se encontraba en el peristilo, almorzando con Eirene. Hasta allí llegaban los ronquidos de Teómaco, dormido y resacoso después de una larga noche de charla filosófica, y no tan filosófica, con otros griegos en el Ánfora Verde. El médico, que ya prácticamente había logrado leer entera la traducción griega de los textos judíos, había estado dando una charla a los parroquianos sobre los absurdos ritos de aquellos, entre ellos uno que le había hecho mucha gracia: por lo visto, para hacer que desapareciera la lepra de una casa, o de cualquier lugar, había que matar un ave en una vasija de arcilla llena de agua corriente. Y había cosas parecidas para las úlceras, las quemaduras, la calvicie. Las mujeres, por ejemplo,

eran consideradas impuras durante el período menstrual, así como todo lo que tocaban. Los chistes del griego al respecto no tenían fin.

Llamaron a la puerta.

Al ver entrar a su subordinado, el prefecto le invitó a sentarse.

—No es necesario, señor —dijo el cántabro.

—Insisto, acompáñanos. Es una orden. Come algo.

—Gracias, señor —dijo Marcelo tomando asiento.

—¿Están todos?

—Casi todos, señor.

—Bien. Dudo que hoy haya problemas, pero más vale estar alerta.

—Estoy completamente de acuerdo.

Hubo una pausa. Y entonces Valerio miró a su subordinado.

—Nunca hemos tenido ocasión de charlar, Marcelo. ¿Cuánto tiempo llevas alistado?

—Este es mi decimoctavo año, señor.

—¿Dónde serviste?

—En Dacia.

—Temibles guerreros los dacios.

—Mucho, señor.

—¿Y dónde está tu unidad ahora?

—Digamos, señor, que yo soy mi unidad.

—¿Licenciada?

—Muerta. Todos. Fui el único superviviente. Nos dejaron solos, al otro lado del río, para cubrir la retirada de los legionarios. Solo éramos...

—¿Cántabros?

—Sí, señor. La Cohors I Cantabrorum.

—He estado leyendo acerca de tu pueblo, recordaba algo, pero quería refrescar la memoria. Guerreros indómitos, duros, implacables, fieros hasta la demencia. Fue una guerra agotadora para las armas romanas. Ocho legiones y el mismísimo Augusto. Por lo visto la I Augusta fue diezmada y le fue retirado el apelativo «Augusta» por cobardía. Aun crucificados se atrevieron a cantar himnos de victoria; vuestras mujeres mataron a sus hijos para que no fueran esclavos. ¿Queda algo de ese ardor entre los vuestros, Marcelo?

—Eso fue hace mucho tiempo, señor. Mucho tiempo. Los cántabros no son ahora más que campesinos.

Un momento de silencio.

—¿Amas a Roma, Marcelo?

—No tengo más opción que amarla, señor. Ya no me queda otra cosa. Llevo más años a su servicio que fuera de él.

—Perdiste a muchos amigos, supongo.

—Sí. A muchos. Y el hijo de uno de ellos sirve ahora en la cohorte.

—¿Cómo se llama?

—Noreno, señor. Tercera centuria, quinto contubernio.

—¿Su nombre romano?

—Quinto Lelio Lucano.

Valerio asintió.

—Si le favoreces en algo —dijo el prefecto—, procura que yo no me entere. Y si no se entera él tampoco, mucho mejor.

—No pensaba favorecerle.

—Puede que ahora no, pero llegará el momento en que lo hagas, como todo. ¿Sabe que luchaste con su padre?

—No.

—Bien. Que siga siendo así.

Se oyeron entonces tres golpes en la puerta. Luego otros tres. Urgentes, casi desesperados.

—Ve a ver, Pirro —le dijo Valerio al viejo sirviente.

Cuando Pirro abrió la puerta, un joven con el rostro desencajado corrió desbocado hacia el peristilo.

—¡La sinagoga, señor! ¡Los judíos!

Valerio y Marcelo, alarmados, se pusieron en pie como un resorte.

—No salgas de casa —le dijo Valerio a Eirene.

La cohorte formaba en silencio ante las puertas abiertas de Cesarea. La ciudad parecía estar en calma, pero era una calma extraña, demasiado silenciosa. Nadie entraba ni salía de la urbe, y la calle recta que se adentraba en ella, y que tenían a la vista, también estaba desierta.

—Qué raro —dijo Arán.

—No tanto —dijo Urbico a su espalda—. Los judíos estarán holgazaneando y los griegos, en las carreras.

El sol del mediodía calentaba los cascos y las armaduras de los muchachos. La brisa era leve, los estandartes apenas se movían. Arán, como todos los demás, había plantado el escudo en el suelo y apoyaba en él la mano izquierda. En la derecha, también como todos, llevaba una lanza. No podía dejar de pensar en

Ruth.

—Tengo ganas de ver las carreras. He oído que es muy emocionante —dijo Negalo.

—Yo, las luchas de gladiadores —dijo Viroto—. ¿Os imagináis? Dos hombres obligados a luchar hasta la muerte rodeados de gente que los jalea.

—A ver si el prefecto se anima y nos permite ir un día —dijo Noreno.

—Callad —ordenó Arán—. Ahí vienen.

Por la calle desierta vieron correr hacia ellos dos siluetas que reconocieron al instante: Marcelo y Valerio. Marcelo iba ataviado con su panoplia completa. Valerio, en cambio, solo vestía su túnica.

—Pasa algo y es urgente —dijo Turenno, expresando en alto lo que todos se temían.

Casi a un tiempo, todos los cántabros echaron mano a los escudos y adoptaron la posición de firmes.

—¡Soldados! —dijo Valerio cuando estuvo ante ellos. Marcelo tradujo—. ¡Se han desencadenado disturbios en la zona de la sinagoga! ¡Nuestro cometido es dispersar a los alborotadores! ¡Dejad las lanzas en el suelo, utilizad el escudo para separarlos a empujones y si os veis obligados a desenvainar, golpead con el plano de la espada y no con el filo! ¡No quiero sangre! ¿Entendido?

—¡Sí, prefecto!

—¡Marcharemos en dos columnas! ¡Primera, segunda y tercera centuria, conmigo! ¡Cuarta, quinta y sexta, con Marcelo! ¡Columna de a cuatro! ¡Paso ligero! ¡En marcha!

Las tres centurias que seguían a Valerio cruzaron las puertas primero, acompañadas por el sordo eco acompasado de las tachuelas sobre los adoquines y por el tintineo de armas y armaduras. Arán miró a un lado y a otro. Las ventanas y las puertas de las casas estaban cerradas, también los comercios, y no había nadie por las calles, que, de derecha e izquierda, desembocaban en la avenida principal. Y entonces lo oyó, leve al principio, como las olas lejanas de un mar bravío, como la lluvia intensa sobre un tejado, solo que eran voces, y gritos, que aumentaban en intensidad a medida que se acercaban y que poco a poco iban ahogando el sonido del metal y de la respiración de los dos centenares de hombres que seguían al prefecto. Pasaron por el mercado: estaba vacío. Torcieron a la derecha, hacia la sinagoga, y vieron el tumulto. Cuerpos y más cuerpos enzarzados, cabezas, brazos, griterío, puñetazos, palos y piedras volando de un lado a otro. Ni Arán ni ninguno de los cántabros habían visto nunca nada parecido. Valerio se detuvo y ordenó el alto: quizá confiara en que la mera

presencia de la cohorte sirviese para detener el altercado, o quizá estuviera esperando a ver aparecer a Marcelo y el resto de la tropa en el extremo opuesto.

Arán estaba nervioso, el corazón le galopaba en el pecho. Miró a derecha e izquierda una vez más y comprobó que todos estaban tan confundidos como él. La sola idea de adentrarse en aquel tumulto y de tener que separar a cientos de personas que parecían querer matarse le hizo temblar. No tenía nada que ver con ellos, no sabía lo que estaba ocurriendo, no entendía del todo lo que tenía que hacer.

—¿Qué está pasando? —dijo Noreno con voz temblorosa a su lado.

Arán no respondió. De pronto vieron los estandartes de la cuarta, quinta y sexta centurias desplegándose al otro lado de la sinagoga y entre las obras que la rodeaban.

—¡A mi orden! —gritó Valerio alzando el brazo. No hizo falta traducción. El prefecto esperó un instante y señaló al frente—. ¡Escudos! ¡Formación cerrada! ¡Al paso!

Tiempo atrás, puede que los cántabros hubieran dudado. No así ahora. Los muchachos apretaron las filas, solaparon los escudos y avanzaron hacia el gentío, que parecía luchar cada vez con más fiereza. Los actos de los cántabros se habían vuelto mecánicos después de meses de entrenamiento y repetición, después de haber oído las diversas órdenes gritadas por el prefecto y por Marcelo una y otra vez. De hecho, aunque en algún recóndito lugar de su mente Arán sintiera que lo que estaba haciendo no era lo correcto, realmente no sabía por qué. Es más, su cuerpo mismo se hubiera rebelado contra su mente de haber dudado al oír la orden.

—¿No queríamos ser lobos? —dijo Noreno a su lado mientras avanzaban—. Pues ya lo somos.

—O perros —susurró Arán para sí.

Pasaron junto a Valerio.

—¡Empujad y separadlos! —gritaba el prefecto—. ¡No quiero sangre! ¡No quiero sangre!

Las centurias de Valerio siguieron adelante, desde el extremo opuesto avanzaban las de Marcelo. Pero los alborotadores no cejaban en su empeño de causarse daño. Se rasgaban las ropas, se mordían, se daban puñetazos; un carnicero griego hundió un gran cuchillo en las tripas de un judío y este cayó desplomado al suelo sobre un charco carmesí.

El escudo de Arán hizo contacto con el primero de los alborotadores, un judío, y el cántabro empujó con todas sus fuerzas. Sintió el tintineo de una pedrada en

el casco y de otra en la armadura, y siguió empujando. Apoyó el hombro contra el escudo, tal y como le habían enseñado a hacer, y empezó a dar golpes secos con la defensa a los cuerpos que tenía delante. Pisó un charco de sangre y orín. La resistencia se hizo más dura, pero entonces Negalo, detrás de él, echó sobre su espalda todo el peso de su cuerpo y de su escudo, y Arán volvió a avanzar. Todo a su alrededor eran gritos, chillidos y alaridos, pero logró oír la potente voz de Valerio:

—¡Alto! —Arán se detuvo—. ¡Por centurias! ¡Formación en cuña!

Los líderes de cada contubernio se hicieron eco de la orden y en un instante las tres centurias, que hasta entonces habían presentado un frente común, se convirtieron en tres triángulos perfectos.

—¡Empujad!

Varios empellones más con el escudo, y la centuria se fue abriendo paso hasta acabar prácticamente rodeada por la turba que ahora ejercía presión por todas partes. Por encima de los cántabros volaban palos y piedras. La resistencia aflojó un tanto cuando el vértice de la tercera centuria hizo contacto con el vértice de una de las de Marcelo, la cuarta, a juzgar por el estandarte.

—¡Columna de a dos! —Esta vez la orden fue transmitida a voz en grito por los propios muchachos. Ya era imposible oír al prefecto—. ¡Fila derecha, sobre los talones, derecha! ¡Fila izquierda, sobre los talones, izquierda! ¡Empujad! ¡Alto!

Se acababan de formar tres pasillos de soldados que habían dividido a la muchedumbre en cuatro. Judíos en un extremo, griegos en otro y en las dos secciones centrales, mezclas de ambos.

—¡Desenvainad! —gritó Valerio, y la orden recorrió las centurias.

Cuatro centenares de espadas sisearon en cascada al ser desnudadas. Y, como por arte de magia, el alboroto, ya bastante quebrado, se tornó en silencio.

Valerio, con su sencilla túnica roja y el ceño fruncido, parecía aún más temible que ataviado con su casco y armadura. El prefecto se adentró por el pasillo que había abierto la tercera centuria hasta llegar al centro.

—¡Justicia! —gritó un judío—. ¡Justicia! —corearon otros.

—¡Al infierno con vosotros, cerdos! —gritó un griego desde el otro extremo.

Por un instante los gritos, amenazas y abucheos revivieron, pero en cuanto el prefecto levantó las manos, volvieron a morir. Tanto griegos como judíos empezaban a pedir calma a los suyos. Sabían que, a una orden, los soldados no dudarían en avanzar. Y esta vez con el acero desenvainado.

—Tú —le dijo Valerio a uno de los griegos que se agolpaban contra los

escudos de sus hombres—. Ven aquí. Vosotros, dejadle pasar. Tú —le dijo a un judío de mediana edad—. Aproxímate.

En medio del pasillo creado por los legionarios, griego y judío se sostuvieron la mirada.

—Tú —le dijo Valerio al judío—. ¿Qué ha ocurrido?

—Es *sabbat*. Y los griegos estaban sacrificando aves en una vasija de arcilla con agua delante de la sinagoga.

—¿Y qué tiene eso que ver con...? —Entonces Valerio recordó: era el sortilegio que hacían los judíos para ahuyentar la lepra. Incluso sin darse cuenta, Teómaco lograba crear problemas allá donde iba.

—¡Es un insulto! ¡Un ultraje! —protestó el judío—. Nos están llamando leprosos, apestados. Solo queremos orar en paz. Y ellos, al hacer eso, han profanado el lugar y lo han convertido en impuro.

—¿En paz? —dijo el griego—. De lo único que habláis ahí dentro es de cómo acabar con nosotros. Esto es una ciudad griega. Si no te gusta, vete al campo. O a Jerusalén, con el resto de los pollascortadas.

—¡Esto es tierra judía, entregada por Dios al pueblo de Israel! ¡Y vosotros la mancilláis con vuestra presencia!

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está ese Dios ahora? ¿En el coño de la puta de tu madre?

El judío, iracundo, se abalanzó sobre el griego dispuesto a matarle y volvieron a oírse gritos, ánimos, maldiciones e imprecaciones entre los alborotadores. Valerio no dudó en apartarlos propinándole al judío un puñetazo en la mandíbula y otro al griego en el estómago. Ambos antagonistas dieron con los huesos en el suelo. Y volvieron a callar las voces.

—¡Escuchadme bien, y escuchadme todos! —dijo Valerio con los brazos en jarras—. ¡Volved a vuestras casas y tranquilizaos! ¡Mañana quiero paz en las calles!

—¡Y nosotros queremos justicia! ¡Lo que han hecho es blasfemia! —gritó uno de los judíos, y a este le corearon otros.

—¿Qué justicia? —dijo el prefecto—. ¿Por matar un maldito pollo en una vasija con agua?

—¡Es blasfemia!

Valerio se llevó el dedo índice y el pulgar al puente de la nariz y cerró los ojos. ¿Cómo podían un pollo y una vasija causar una situación así? Y sabiendo cómo eran los judíos con esas sandeces, ¿cómo se les ocurría a los griegos insultarlos de ese modo? ¡Y Teómaco! ¡Teómaco! ¡No era culpa suya, pero le iba a arrancar la lengua!

De pronto el prefecto estalló:
—¡Volved todos a vuestras casas!

25

¡Oh, sí! La multitud se dispersó, como hojas al viento. Te aseguro que ver a Valerio enfadado era aterrador.

Durante días y noches estuvimos patrullando las calles. El prefecto hizo saber que cualquier altercado sería castigado con la crucifixión. Pero les debía demasiados favores a hombres como Neocles y Polixeno y sabía que, en caso de crucificar a alguien, ese alguien tendría que ser judío.

Y, sinceramente te digo, nosotros no entendíamos nada. Piensa que no solo éramos jóvenes, sino que habíamos nacido y vivido en un lugar en el que no había grandes ciudades, ni conflictos que hundieran sus raíces en tiempos remotísimos. No entendíamos su lengua, no entendíamos sus costumbres. No entendíamos nada. Éramos extranjeros y ajenos a todo, pero teníamos órdenes y debíamos cumplirlas. Nuestra tierra era verde, la suya marrón, nuestro cielo gris, el suyo azul, nuestros dioses incontables, el de ellos solo uno. Y nuestros únicos puntos de referencia, como cohorte, eran Roma y el prefecto. Yo mismo pasé de odiar a Roma a..., no, a amarla no, pero sí a necesitarla. Y ya sabes que de la necesidad al amor el camino puede ser largo, pero es recto. Creo que todos sufrimos un proceso parecido durante aquellos días.

Hasta ese momento jamás habíamos ejercido la violencia, y eso que nos limitamos a empujar a una muchedumbre alborotada con los escudos. Pero solo eso cambió muchas cosas en nosotros. Para empezar, nos dimos cuenta de lo necesaria que había sido la instrucción a la que nos habían sometido Valerio y Marcelo. Por otro lado, sirvió para despertar en nosotros, como contubernio, centuria y cohorte, algo que quizá se pueda llamar espíritu de pertenencia. Estábamos nosotros, como grupo, y estaban todos los demás. La enhorabuena de Valerio por haber seguido sus órdenes al instante y por no habernos dejado llevar por la violencia sirvió también para que nos sintiéramos orgullosos de nosotros mismos. Y en cuanto a orgullo, Negalo, que había sufrido un corte en la mejilla, alardeaba de herida de guerra. En realidad no habíamos hecho nada especial, nada espectacular, pero no dejábamos de hablar de ello entre nosotros, de cómo

nos habíamos enfrentado a la situación, de cómo Viroto se había meado encima, cosa que era mentira, pero que, dado que le molestaba, hacíamos sangre con ello. Solo Arán dijo haber tenido un instante de duda sobre si lo que estábamos haciendo era lo correcto, pero también dijo luego que esa sensación se había desvanecido tan rápido como había llegado. El instinto y el entrenamiento se adueñan de tu cuerpo cuando estás en una situación como esa y, sencillamente, dejas de pensar. Todo te viene dado a base de impulsos. Además, éramos nosotros los que teníamos las armas y, por tanto, el poder. Y eso es algo que se te mete en los huesos.

Al final las cosas en Cesarea se calmaron, aunque de un modo un tanto artificial. Por lo visto, en las ciudades de mayoría griega había veces que una chispa hacía estallar una oleada de violencia cuyo objetivo eran los judíos. Mientras que en las ciudades de mayoría judía ocurría lo mismo, solo que eran los griegos los que sufrían las consecuencias. Cuando ocurría algo así, ya fueran los unos o los otros, irrumpían en las casas de sus víctimas, saqueaban, mataban, incendiaban y violaban. Así que, temiendo que pudiera ocurrir algo parecido, los judíos de la ciudad tapiaron sus casas con tablones y clavos, recogieron sus pertenencias más valiosas y abandonaron Cesarea con la intención de pasar alejados un tiempo. Algunos se alojaron con familiares, en las aldeas cercanas, otros se fueron a Jerusalén —todos los judíos tenían un pariente en Jerusalén—, y otros se embarcaron rumbo a otros lugares del Imperio donde vivir en paz.

Pasada la tormenta, nos enviaron de vuelta a las aldeas y nosotros volvimos a Beth Zaanán. Eso sí, antes de partir tuve que acompañar a Arán al templo de Afrodita, ya sabes, la diosa griega del amor, Venus para los romanos, a hacer una ofrenda, un sacrificio y una promesa.

La ofrenda fueron unas monedas de cobre de su paga, el sacrificio una paloma blanca y la promesa no me la dijo. Lo cierto es que Ruth, la muchacha judía de la que se había enamorado como un imbécil, o mejor dicho, como nos enamoramos todos, no tenía nada especial. O al menos yo no se lo vi jamás. Era una muchacha de aldea, como Aia, supongo, como nosotros. Ignorante, sencilla. ¿Bella? Yo hubiera dicho que no. Era menuda, las ropas que llevaba no dejaban adivinar su figura, y siempre llevaba el cabello tapado. Pero ya sabes cómo son las cosas del amor, un enamorado ve cosas que los demás son incapaces de apreciar. ¿Acaso no se representa siempre a Cupido como un niño juguetón, que asaetea a sus víctimas sin contemplación alguna? ¿Sin avisar?

También te digo, yo nunca fui capaz de amar como él. Ni creo que lo sea jamás. Entre otras cosas, porque siempre que he creído estar enamorado me he

preguntado si podría hacer por una mujer, la que fuera, lo que hizo Arán por Ruth. Supongo que hay gente que está hecha para amar y gente que parece que ama. Y supongo también que al final todo se reduce a una pregunta que nadie se hace pero que todos deberíamos hacernos: ¿qué serías capaz de hacer por amor? ¿A qué serías capaz de renunciar? ¿A todo?

Yo creo que, más que de ella, Arán estaba enamorado del misterio que la envolvía por ser parte de un mundo que para nosotros era extraño. Aquella tierra, que a mí me horrorizó, a él resultó embaucarle desde el primer momento. Cómo podía ser, me preguntaba, que Judea nos evocara cosas tan diferentes. Arán quería saberlo todo, le fascinaban los judíos, le fascinaban sus ritos y su dios. Donde yo veía miseria, él veía dignidad, donde yo veía obsesión, él veía devoción y grandeza ante la adversidad.

No sé, diría que entre ellos existía algo más perfecto que ellos mismos, producto de esa mezcla peligrosa que es la juventud, el misterio y lo prohibido. Lograron crear un mundo entre los dos, basado en la mirada, que les era ajeno a todos los demás. Un universo propio, único y exclusivo.

Las noticias de los altercados de Cesarea llegaron a Beth Zaanán antes incluso que nosotros. Lo supimos, o más bien nos lo imaginamos, porque si hasta ese momento los habitantes de la aldea nos habían mirado con recelo, ahora nos miraban con odio. Algo había cambiado y, de hecho, todo estaba a punto de cambiar aún más.

No, en aquel momento no llegamos a temer por nuestras vidas. Pero solo porque éramos unos insensatos que tuvieron suerte y que creían que la amenaza de la crucifixión era suficiente para alejar de la mente de cualquiera la sola idea de atacar a un soldado del Imperio.

Y las cosas empeoraron. Al poco tiempo nos enteramos de que los judíos de Cesarea habían enviado una legación de ancianos a la ciudad de Sebaste para suplicarle a Floro que interviniese en su favor, que recordase el pago sustancial que se le había hecho para mediar en el asunto de la sinagoga, y para decirle que aún le habían traído más dinero, que quizá así todo fuera más fácil. Ya me entiendes.

Los hombres como Floro, sumisos y solícitos ante el poderoso, mezquinos y altivos con el débil, son la plaga de este mundo. El procurador de Judea no solo se quedó con el dinero, sino que, además, ordenó encarcelar a los ancianos judíos por el crimen de haberse llevado consigo, para ponerlos a salvo, los libros sagrados de la sinagoga de Cesarea. Una excusa absurda que no creo que nadie comprendiera.

Aquel atropello, tan injusto como irracional, corrió de boca en boca por toda Judea.

26

BETH ZAAANAN
PRIMAVERA 66 D. C.

Cuando vio aparecer a los *kittim* por el camino de Cesarea, y a Arán en cabeza, con su armadura, su paso firme, el escudo, la lanza y aquella cruz que se colgaban al hombro y en la que llevaban tantas cosas, Ruth tuvo que reprimir el instinto de correr hacia él.

—Cerdos —dijo Rebeca a su lado antes de escupir al suelo.

Al oír las noticias de Cesarea, la muchacha había temido por la vida de Arán. Se decía que la violencia se había apoderado de las calles, que había habido muertes y que los *kittim* habían actuado contra los judíos con la brutalidad que los caracterizaba. Por suerte, la muchacha había podido camuflar su preocupación por Arán entre la rabia y la impotencia que sentían los demás después de lo ocurrido. No se hablaba de otra cosa, las mujeres no hablaban de otra cosa, su hermano no hablaba de otra cosa. Y ella solo podía pensar en volver a verle, en que estuviera bien, en que volviera a casa para poder hacerle de comer. Y le pedía a Dios que mirase por él, a pesar de ser un gentil, a pesar de ser un soldado, a pesar de ser impuro. Sabía que pensando así traicionaba a su pueblo, a su padre y a su hermano, lo sabía, y había intentado luchar contra ello, había intentado no pensar en él, pero, cuanto más lo intentaba, más le visitaban su imagen, sus ojos azules e intensos, su rostro bello, su pelo claro, su sonrisa sincera.

«Perdóname, Adonai, perdóname, Señor».

Al día siguiente de llegar los *kittim*, y antes del alba, Emmanuel se despidió de su hermana, le dio un beso en la frente y le dijo, con rabia y lágrimas en los ojos, que no podía soportar por más tiempo vivir cerca de ellos.

—¿A dónde irás? —preguntó Ruth con tristeza.

—Es mejor que no lo sepas, hermana —dijo Emmanuel—. Es mejor que no lo sepas —repitió—. Reza por mí. Y por el pueblo de Israel.

A pesar de que estaban siempre discutiendo, su padre se encerró aún más en sí mismo y en su amargura cuando supo que su hijo se había ido de nuevo. No se soportaban, pero sufrían estando separados. Su padre dejó de hablar casi por completo. Cuando salía por las mañanas a trabajar la tierra, lo hacía mirando al suelo, sin despedirse siquiera. Y cuando volvía, al atardecer, se limitaba a cenar y a acostarse. Ruth le oía llorar por las noches.

El silencio en casa era desquiciante y triste. Igual que lo era tener que fingir desprecio por Arán cuando se cruzaba con él, porque nadie en la aldea hubiera entendido una mirada cómplice o una sonrisa. Igual que lo era dejarle la comida en la puerta cubierta con un trapo, saber que dormía en la azotea, que estaba tan cerca y la vez tan lejos, con las estrellas por compañeras y la luna por confidente. ¿Pensaba en ella por las noches?

—... y ten piedad de tu pueblo, Señor. Y protege a Emmanuel allá donde esté. Y protege a Arán —rogó Ruth después de sus rezos matinales.

Su padre ya se había ido y Ruth tenía mucho que hacer. Tenía que remendar un par de túnicas, tenía que moler trigo y preparar el pan, matar un pollo, limpiar la casa, preparar la comida para Arán, ir a la fuente a por agua... La muchacha se cubrió la espesa melena negra con su paño de lana, de color azul gastado, cogió el cántaro y salió de casa.

Dos de los compañeros de Arán charlaban, reían y jugaban a los dados junto a la sinagoga. Ruth miró a su alrededor y saludó al viejo Josué y a Simón el carpintero, pero lo que en realidad quería era saber si Arán estaba cerca. No le vio.

—*Shalom* —dijo Ruth al llegar a la fuente y ver allí a Rebeca y a la anciana Judith.

—*Shalom* —respondieron ambas.

—Míralos —dijo Rebeca señalando a los *kittim* con el mentón—. Les tenemos que dar de comer y de beber, se dedican a charlar y a jugar a los dados y de vez en cuando nos apalean. Son como garrapatas.

Ruth acercó el cántaro al chorro constante de agua cristalina y clavó la mirada en el abismo negro del fondo del recipiente mientras oía cómo mudaba el sonido a medida que se iba llenando.

—¿Y tu hermano, niña? —preguntó la vieja Judith—. ¿Ha vuelto a Jerusalén?

—No lo sé —dijo Ruth—. No me dijo adónde iba.

—Ya volverá —dijo Rebeca—. Tu padre y él no pueden estar mucho tiempo sin gritarse.

Ruth no dijo nada.

—¿Te pasa algo, niña? —preguntó Rebeca—. Últimamente sonríes poco.

—No. Estoy bien. Un poco cansada. Eso es todo.

—¿Cansada? —dijo la vieja Judith—. Bobadas. Yo sé lo que te pasa —afirmó la vieja con una pícara sonrisa mientras le señalaba con el dedo índice torcido y nudoso. Ruth sintió un escalofrío—. No es bueno que una niña guapa como tú, y a tu edad, todavía no esté casada. Lo que necesitas es un hombre y empezar ya a tener chiquillos. Eso es lo que te pasa, ¿a que sí?

Ruth se encogió de hombros, impotente, incapaz de afirmar ni rebatir.

—Tampoco te pierdes nada —dijo Rebeca.

—¿Cómo que no? —protestó Judith—. El calor entre las piernas, eso es lo que se pierde.

—¡Abuela! —la amonestó Rebeca.

—¿Qué? ¡A ver si a mi edad no voy a poder decir lo que me plazca!

—La chiquilla está triste. No creo que esas cosas...

—A ver si te crees que yo no he sido joven. A su edad lo único que yo quería era casarme. Como tú. Y bien que te va con mi nieto. A ver si te piensas que no le pregunto.

—¡Abuela!

—Mira, niña —dijo Judith—. Habla con tu padre, dile que te busque un marido y verás cómo eso que tienes dentro se te pasa.

—No, no es eso —dijo Ruth.

—¿Lo ves cómo no es eso, abuela?

—¿Y qué es? —insistió Judith.

—No lo sé —dijo la muchacha.

—¿Lo ves? Tengo razón —dijo Judith—. Sabe perfectamente que es eso. Si fuera otra cosa, no tendría inconveniente en decírnoslo.

El cántaro solo estaba medio lleno, pero la muchacha se vio incapaz de seguir allí por más tiempo. Ya volvería luego a por más. Se inclinó para recoger el cántaro.

—*Shalom* —dijo a su espalda la voz cálida de Arán.

Percibió su olor y su aliento, su extraño y exótico acento la envolvió por completo y se le clavó en el corazón como un cuchillo. Sintió que el cuerpo entero le temblaba. El dolor la obligó a cerrar los ojos.

—¡Dios misericordioso! —le oyó decir a Rebeca, que parecía haberse percatado de algo horrible.

La mujer del carpintero le envolvió los hombros con el brazo a toda velocidad, la obligó a apartarse del *kittim* y de la fuente y se alejó con ella a toda prisa

seguida de la vieja Judith. Ruth oyó que el cántaro abandonado empezaba a rebosar y el agua a derramarse. No pudo mirar atrás. Una tormenta de tristeza le oprimía el corazón y los pulmones.

Rebeca y Judith la llevaron hasta casa y cerraron la puerta tras ellas.

—Siéntate, Ruth, preciosa —dijo Rebeca con ternura y pena señalando uno de los modestos taburetes—. ¿Qué te ha pasado?

La muchacha temblaba y sollozaba quedamente. Las dos mujeres, preocupadas, tomaron asiento frente a ella y Rebeca alargó la mano para acariciarle la mejilla. Ruth, al sentir que Rebeca retiraba la mano, se lo impidió con la suya.

—Pobre niña. Pobre chiquilla —dijo Rebeca mientras se incorporaba y se sentaba junto a Ruth para abrazarla.

Al sentir el calor de la mujer, la muchacha hundió la cabeza en el pecho maternal de Rebeca y rompió a llorar.

—No respetan nada —dijo Judith—. Ni lo más sagrado.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Rebeca comprensiva—. ¿Te ha forzado? ¿Es eso? ¿Te ha forzado?

Ruth lloraba y negaba con la cabeza mientras Rebeca le acariciaba el cabello.

—¿Lo ha intentado? —preguntó Judith.

Ruth volvió a negar con la cabeza.

—Yo... —logró articular la muchacha—. Él...

—Dilo, chiquilla, dilo. ¿Qué ha ocurrido? —dijo Judith.

—Nada —dijo Ruth apartándose del abrazo de Rebeca y secándose las lágrimas con las manos—. Nada.

Las dos mujeres se miraron extrañadas.

—Bueno. Si no quieres contárnoslo, no importa —dijo Judith—. ¿Quieres que nos quedemos aquí contigo un rato?

Ruth esbozó una triste sonrisa y asintió.

—Muy bien. Tú no te preocupes. Sea lo que sea, no te preocupes. Cuando nos lo quieras decir, nos lo dices. ¿De acuerdo?

La muchacha volvió a asentir.

Esa noche, en el plato de comida que Ruth le dejó a Arán en la puerta de casa cubierto con un trapo, había una pequeña flor.

27

CESAREA MARÍTIMA.
PRIMAVERA 66 D. C.

El eructo de Teómaco fue prodigioso. Sonoro, profundo y prolongado. Por suerte, estaban almorzando en el jardín de la casa de Valerio. De haber ocurrido en un espacio cerrado, las paredes se habrían resquebrajado y la estancia habría quedado envuelta en olor a cordero a medio digerir y a vino malo de la noche anterior. Valerio cerró los ojos y le pidió entereza a Hestia, la diosa de la paciencia y la soledad. Eirene rio como una chiquilla.

—Tendría que haber olimpiadas de eructos —dijo el griego. Se secó las barbas grasientas con miga de pan y siguió hablando—. Si los textos no fueran trágicos, serían cómicos.

—¿A qué te refieres?

—A la versión griega de los textos judíos. ¿Sabes por qué llaman Septuaginta a esa versión? —Eirene negó con la cabeza—. Por lo visto, Ptolomeo II Filadelfo pidió una traducción de ellos a setenta y dos sabios judíos, de ahí su nombre, que significa setenta. Cada uno de ellos trabajó durante años. La idea era comparar las traducciones una vez concluidas. ¿Y sabes qué pasó?

—No.

—Que, oh, milagro, eran todas idénticas.

—Pero eso es imposible —dijo Eirene.

—Exacto. Imposible. Pero ellos se lo creen.

El viejo Pirro se acercó a Valerio, se inclinó y le susurró algo al oído.

—Dile que pase —dijo Valerio.

—Sí, señor.

—Claro —prosiguió Teómaco—, hay muchas comunidades judías dispersas por el Imperio, y dado que la mayoría han olvidado su lengua original, esa es la versión que utilizan. Y para ellos es una especie de guía moral. Pero, claro, qué guía moral puedes esperar de un texto que se basa en que un tipo, llamado

Abraham, por cierto, oye una voz que le dice que sacrifique a su hijo para probar su devoción y al sujeto no se le ocurre más que obedecer. ¿Qué habrías hecho tú?

—Decirle a la voz que se buscara a otra —dijo Eirene.

—Exacto.

—Pero la tradición griega está repleta de cosas parecidas: Agamenón sacrificando a Ifigenia...

—¡Pero no lo tomamos como una guía moral!

—Eso es cierto.

—Y si no, esta otra: un tal Lot, en una ciudad llamada Sodoma, en la que los habitantes no hacen más que darse por el culo. Que ya me dirás tú qué hay de malo en darse por el culo. Pues el dios judío, al que esas cosas por lo visto no le gustan, envía a dos *daimones* para impartir justicia y Lot los aloja en su casa. Los hombres de Sodoma, que ya habían probado todos los culos disponibles, al saber que hay culos nuevos en el vecindario, van a casa de Lot y le dicen que quieren conocer a los recién llegados... Ya sabes, conocer —dijo Teómaco haciendo un círculo con el índice y el pulgar de la mano izquierda e insertando en él el índice de la mano derecha.

—Vaya.

—Y Lot, hombre piadoso, virtuoso, único hombre justo de la ciudad y ejemplo a seguir, les dice a los quebrantaculos que el decoro le impide entregar a sus invitados. Pero, y aquí viene la mejor parte, les dice que tiene dos hijas vírgenes en edad, que se las entregará y que pueden hacer con ellas lo que les venga en gana. ¿Qué te parece?

—Una barbaridad.

—Pues eso.

—Buenos días, señor —dijo Marcelo cuadrándose ante Valerio.

—Buenos días, Marcelo. ¿Están ya listos?

—En formación y a las afueras de la ciudad para proseguir con los entrenamientos.

—Bien. Voy a vestirme —dijo Valerio levantándose en la mesa.

—Pero me temo que tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Faltan dos contubernios de la sexta.

—¿Completo?

—Sí, señor. Dieciséis hombres.

—¿Crees que pueden haberse retrasado por algún motivo?

—No, señor. Las aldeas en las que estaban destacados están a seis y siete

millas de distancia, respectivamente. Ya deberían estar aquí.

—¿Deserción?

—No es descartable, pero lo dudo.

—Entiendo —dijo Valerio con el ceño fruncido—. ¿En qué dirección están esas aldeas?

—Al norte.

—Marcharemos hacia allí.

—Sí, señor.

Las tachuelas de cientos de sandalias repiqueteaban sobre el firme de la calzada que unía Cesarea con Antioquía. Marchaban en columna de a cuatro. En cabeza, el portaestandarte de la cohorte, el muchacho más alto y fuerte de entre todos los cántabros. Tras él avanzaban Valerio, con la panoplia al completo, y, a su lado, Marcelo. A estos los seguía la primera centuria, separada de la segunda por un hueco de unos diez pasos, luego la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta.

El prefecto había ordenado que marcharan con la armadura puesta, aunque en la cabeza se les había permitido llevar el sombrero de paja y de ala ancha en vez del casco. Todo un alivio en aquellos días soleados a los que muchos creían no ser capaces de acostumbrarse nunca. Un leve viento del norte hacía que se levantara el polvo y se les pegara al sudor de la cara.

—Me deja flores en el plato por la mañana, ¿sabes? —dijo Arán con el rostro iluminado.

—¿Pero no te estaba ignorando?

—Eso creía yo. Imagino que no quiere dar a entender a los demás que piensa en mí como yo pienso en ella.

—¿Y tú qué haces?

—Como no tengo otra cosa, le devuelvo el plato con un guijarro.

—¿Un guijarro? —preguntó Noreno extrañado.

—Sí, fue lo primero que encontré, y se ha convertido en un mensaje. Ella me pone una flor y yo a ella, un guijarro.

—¿Y qué significa?

—Nada. Y todo. Es una forma de decirnos que estamos ahí.

—Estás mal de la cabeza, Arán. Muy mal de la cabeza.

Arán sonrió.

—¿Alguna vez has visto a un cuerdo feliz? A mí me sirve. Y a ella también. No quiero que pueda tener problemas por mi culpa. Y lo más curioso es que en

vez de desvanecerse, la llama cada vez arde con más fuerza. A veces la veo salir por la mañana, desde la azotea. Ella lo sabe. Y alguna vez se ha vuelto y me ha sonreído.

—¿Sonreído? —dijo Viroto a su espalda—. Vente un día con Urbico y conmigo al lupanar de Cesarea y verás sonrisas de verdad. Pero verticales. —Urbico y Turenno rieron—. Lo que te hace falta es una buena... ¿Cómo era eso de que se la meten en la boca?

—*Fellatio* —dijo Negalo—. Es *Fellatio*.

—Pues eso —dijo Viroto.

—Huele a quemado —observó Noreno.

Nada más decirlo se oyó la orden de alto. La cohorte se detuvo al instante con un seco pisotón en el suelo y se hizo el silencio, quebrado únicamente por el canto de los pájaros y el zumbido de las cigarras. Negalo se puso de puntillas.

—Es una aldea. Se ve humo negro.

—¡Despliegue al frente! ¡Por centurias! —tronó la voz de Marcelo.

Volvieron a tintinear las armas al correr los cántabros a ocupar sus posiciones de despliegue frontal. Primera centuria en el centro, segunda a la derecha de esta, tercera a la izquierda, y así sucesivamente. Una vez en posición, volvió a hacerse el silencio. Ahora Arán y sus compañeros pudieron ver la escena con más claridad, sin que la distancia y cientos de sombreros de paja les estorbaran. La aldea se parecía mucho a Beth Zaanán: medio centenar de viviendas cuadradas y de adobe rodeadas de caminos polvorientos, sinagoga, carpintería, herrería... Pero no había nadie. Del centro de la aldea surgía una columna de humo.

—¡Casco! —gritó Valerio—. ¡*Furcas* al suelo! ¡Sexta y cuarta, posición al este y al norte de la población! ¡Quinta, al oeste! ¡Primera y segunda, en su sitio! ¡Tercera, conmigo!

La cohorte se desplegó alrededor de la aldea a toda prisa y con absoluta precisión. La tercera centuria se adentró entre las casas siguiendo al prefecto.

Un mal presentimiento se apoderó de todos. La aldea no solo estaba desierta, sino que parecía haber sido abandonada a toda prisa. Olía a carne de cerdo chamuscada. El zumbido de las chicharras quedó ahogado por el de las moscas. Algunas de las puertas de las casas estaban abiertas, otras cerradas. Arán sintió un escalofrío. Todos guardaban silencio. Cuando llegaron al espacio abierto que marcaba el centro de la aldea, Valerio dio el alto. Había miles de moscas y olía a muerte.

—Mierda —dijo Urbico sin más.

No era cerdo chamuscado, sino el cuerpo de un hombre, calcinado, negro,

consumido, agarrotado y con gesto de intenso sufrimiento. Los rescoldos de la hoguera eran los que daban lugar a la pequeña columna de humo. A su lado, en lo alto de una pica, la cabeza cubierta de moscas de un joven con los ojos en blanco, la boca abierta y sus propios genitales asomando por ella. A sus pies, el resto de sus miembros desnudos y descuartizados. Más allá, otros dos muchachos crucificados y ya muertos. Otro de ellos empalado. Otro atado a un poste y con las tripas esparcidas a su alrededor.

—Ese es... —dijo Urbico conmocionado— ese es Tedo.

Se oyeron arcadas. Quien más quien menos reconocía, aunque fuera de vista, a alguno de los ejecutados.

—¡Al primero que vomite, veinte latigazos! —rugió Valerio. Todos comprendieron la amenaza.

El prefecto caminó alrededor de los cuerpos, se arrodilló junto a uno de ellos y lo examinó. Luego se acercó a los crucificados.

—¡Vosotros! —dijo el prefecto señalando al contubernio de Arán—. Cavad una fosa ahí mismo. Vosotros —dijo señalando a otro de los contubernios—. Bajad a estos de ahí. El resto, registradlo todo.

La centuria se dispersó por la aldea y empezó a derribar puertas, a entrar en las viviendas desiertas, en la sinagoga, en la herrería, en la carpintería.

Mientras tanto, Arán y los suyos cavaban en la tierra seca y apelmazada y el otro contubernio iba depositando cuerpos, cabezas y vísceras a su lado. Urbico lloraba quedamente.

—¿Le conocías? —preguntó Arán entre una palada y otra.

—Jugábamos juntos cuando éramos niños. En Julióbriga.

Arán, comprensivo, le puso la mano derecha en el hombro y le miró a los ojos.

—¡Vamos! —dijo Valerio—. ¡Con brío, maldita sea!

Negalo no pudo soportarlo más y acabó vomitando.

Caía la tarde cuando una pequeña montaña de tierra extraña acabó por cubrir los cuerpos, las vísceras y las cabezas de un puñado de jóvenes cántabros que jamás volverían a ver sus bosques.

La cohorte acampó a las afueras de la aldea. Valerio ordenó que se estableciera un perímetro de centinelas que serían relevados a medianoche y ordenó también que no se encendieran hogueras. Nadie reía aquella noche. Y eran pocos los que hablaban. Aquel joven del quinto contubernio de la tercera centuria que había vomitado recibió el castigo prometido de manos de Marcelo.

—¿Cómo se llama el chico? —le preguntó Valerio cuando Marcelo volvió de cumplir su cometido.

—Negalo, señor.

—El nombre romano, el de la placa.

—Servio Vatinio Celato.

—Bien. Acuérdate de apuntar el castigo en su historial cuando volvamos.

—Por supuesto.

—No están preparados para esto.

—Es una cuestión de costumbre, señor.

—Lo sé —dijo Valerio pensativo—. Lo sé. Y me temo que se van a acostumbrar rápido. —El prefecto hizo una pausa. Luego prosiguió—: Tenemos que encontrar a quien ha hecho esto. Los aldeanos no pueden estar muy lejos.

—Puede que hayan sido los bandidos, señor. Sabemos que operan en esta zona.

—Y por toda Judea. El problema con los bandidos en esta tierra, Marcelo, es que no solo son salteadores de caminos. Su pueblo los considera libertadores, y eso es peligroso. Bandidos o no, los responsables de esta atrocidad contra tropas imperiales quieren enviar un mensaje y quieren provocar una reacción que a su vez desencadene otra. Tenemos que actuar de manera firme y contundente si no queremos que esto se extienda como una mancha de aceite.

—Entiendo.

—¿Dónde está la aldea más cercana?

—Cuatro millas al oeste, señor.

—Bien. La quinta y la sexta permanecerán aquí. Marcharemos con el resto hasta ese poblado que dices y allí... preguntaremos. Selecciona a un grupo para que vaya a la herrería a coger clavos y martillos. Y a otro a la carpintería a por tablones. Saldremos dos horas antes del alba, rodearemos la aldea antes de que amanezca y la ocuparemos.

—A la orden.

Los cántabros entraron en la aldea de madrugada. Más de trescientos hombres completamente armados en una diminuta población de poco más de dos centenares de almas. Los lugareños ni siquiera se habían levantado cuando las tropas, siguiendo órdenes del prefecto, irrumpieron en las casas derribando las puertas a patadas y sacando de sus lechos a hombres, mujeres y niños. Los perros ladraban enloquecidos. Uno de los animales probó el frío acero de Cantio cuando atacó al cántabro para evitar que se llevaran a su amo y a toda su familia.

Todo eran gritos, chillidos, llantos, órdenes, ladridos. Y muchos de los cántabros, que aún tenían grabadas en la mente las imágenes de sus compañeros y amigos descuartizados, obviaron cualquier tipo de delicadeza. Cuando Urbico le propinó un empujón en la espalda a una mujer que llevaba en brazos un bebé, Arán le agarró del hombro e hizo que se volviera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Arán entre dientes.

—Cumplir las órdenes del prefecto —dijo Urbico, desafiante.

—No hace falta hacerlo así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo quieres que lo hagamos?

—Con un poco más de...

—¿De qué? ¿Con flores y guijarros? ¡Estos malditos hijos de puta han ejecutado a amigos nuestros!

—No sabes si han sido ellos.

—¿Qué más da si han sido ellos o no? ¡Son todos lo mismo! ¡Y si no lo son, lo serán mañana!

—¡Casio Calpurnio Capeno! —le gritó el prefecto a Arán a veinte pasos de distancia.

—¡Sí, prefecto! —dijo el cántabro.

—¡Haced y callad!

Urbico sonrió de medio lado al ver que el prefecto desautorizaba a Arán.

Continuó el torbellino. A punta de espada, a empujones de escudo, como ovejas, todos los judíos de la aldea fueron llevados a la sinagoga y encerrados dentro. Una vez hacinados entre cuatro paredes, los gritos y los chillidos fueron muriendo hasta ser sustituidos por un informe murmullo de llantos quedos.

Valerio ordenó construir cinco cruces con los tablones recogidos en la carpintería que fueron amontonadas en el centro del poblado, la una sobre la otra. Luego hizo que los hombres formaran con sus escudos un círculo y un pasillo que llevaba del círculo a la sinagoga. Acto seguido abrió la puerta de esta.

—¿Quién habla latín o griego? —preguntó Valerio. Seis personas alzaron la mano—. Tú —le dijo Valerio al más joven—. ¿Latín o griego?

—Cualquiera, señor.

—Traduce lo siguiente: Ayer o antes de ayer, alguien asesinó a dieciséis de mis hombres. Creo que no es necesario que explique lo que eso significa. No soy una persona cruel, pero mi cometido aquí es mantener el orden y cuidar de mis hombres. Lo diré de forma sencilla para que no haya dudas. Primero: tenéis media hora para decirme quién lo ha hecho, o quién sospecháis que puede

haberlo hecho. Segundo: la respuesta deberá ser completa y veraz, de lo contrario empezaré a ordenar crucifixiones. Espero haberme explicado con claridad.

El joven acabó de traducir y Valerio cerró la puerta.

—Marcelo.

—¿Señor?

—Traedles agua y algo de comida. El día puede ser largo y caluroso. Y ahí dentro se van a asfixiar.

—Sí, señor.

Desde fuera, el prefecto oyó discutir con vehemencia a los aldeanos. Prueba suficiente para él de que sabían algo. Mientras tanto, valoró a quién crucificaría primero si se negaban a hablar. Siempre le había revuelto las tripas la sola idea de ejecutar a mujeres; a veces resultaba lo más efectivo de cara a los demás, aunque también era cierto que, si algo había aprendido en años de servicio y brutalidad sistemática en Britania, Germania y Armenia, era que, por regla general, las mujeres soportaban mejor el dolor en carne propia que los hombres, pero que solían derrumbarse cuando el dolor le era infligido a un ser querido. Así que tendría que ser un hombre. Los ancianos no servían del todo: muchos morían nada más ser clavados a la cruz y, de todos modos, ya habían vivido lo suficiente como para no lamentar demasiado el fin de sus días. Lo ideal en aquellas circunstancias era un muchacho de entre doce y catorce años, un joven que jamás hubiera experimentado ni el dolor insoportable ni la idea de la muerte inminente. Aquellos solían gritar y suplicar hasta desgarrar el alma de los demás. Más aún, la mayoría de quienes le hubieran visto crecer todavía verían en él a un niño, y no a un hombre y, de igual modo, la promesa abstracta del futuro luminoso robado. Y eso hacía que el dolor de la comunidad fuera más profundo si cabe, particularmente si los padres se encontraban entre los presentes.

Para Valerio no era motivo de orgullo recurrir a esa práctica, pero el tiempo apremiaba, y, a veces, cobrarse un puñado de vidas inocentes a tiempo ahorraba muchos sinsabores. Además los muchachos de la cohorte tenían que sentir que se impartía justicia, que su prefecto sufría con ellos la muerte de sus compañeros. Porque ahora, les gustase o no, eran uno. El problema también tenía otra dimensión de la que Valerio era plenamente consciente. Aquellos aldeanos se encontraban en una situación poco envidiable. Como cualquier aldeano, la mayor aspiración de esas gentes era poder vivir sus vidas miserables en paz. No solo se veían obligados a luchar contra la tierra y los elementos con sus manos desnudas y sus aperos, además, solían encontrarse entre dos espadas y la

decisión nunca era fácil: traidores a Roma o traidores a quienes habían osado levantar la mano contra Roma. Fuera como fuese, la venganza, ya fuera por parte de unos o por parte de otros, estaba garantizada.

Pasada la media hora, Valerio volvió a abrir la puerta de la sinagoga y observó con el ceño fruncido a toda aquella recua de desgraciados.

—¿Y bien? —dijo el prefecto sin más.

Y los aldeanos hablaron. Los responsables de la matanza se ocultaban en Har HaKarmel, unos montes que estaban ubicados al norte de allí, repletos de cavidades rocosas, cuevas y grutas. Eran medio centenar de hombres jóvenes provenientes de Galilea y Samaria, hombres desposeídos de sus tierras a los que, como a tantos otros, los impuestos y las malas cosechas habían empujado a una vida de bandidaje.

—Espero por vuestro bien que todo sea cierto —dijo el prefecto.

Valerio volvió a cerrar la puerta.

—¡Marcelo!

—¿Señor?

—Dejaremos aquí a la cuarta custodiando a esta gente. Deja claro que no toleraré atropello alguno contra los judíos. Que les den de comer y de beber hasta que volvamos. Tú y yo marchamos al norte con la primera, la segunda y la tercera. Pregunta y selecciona a cualquiera de esas tres centurias que sepa seguir un rastro. Y haced acopio de agua y comida.

—Sí, señor.

Turenno había sido cazador en los montes de Cantabria, había perseguido corzos, jabalíes y lobos en un terreno difícil y escabroso, repleto de bosques, ríos y barrancos. Así que, tanto para él como para la otra docena de muchachos elegidos para seguir el rastro de medio centenar de hombres a pie, la labor resultó ser harto sencilla. Tal y como les había ordenado Marcelo, Arán y el resto de sus contubernales se dividieron el peso del equipo de Turenno —la armadura, la espada, el escudo, la *furca*— para que este pudiera correr más ligero, ataviado solo con la túnica y un puñal.

Dos días después de haber abandonado la última aldea, los cántabros ya habían dado con la guarida de los bandidos.

—¿Estás seguro de que están allí? —le preguntó Marcelo a Turenno.

—Son ellos, señor. No hay duda.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque algunos llevan espadas y cascos como los nuestros.

—¿Te han visto?

—No.

—¿Tienen puestos de guardia?

—No. Parecen estar muy tranquilos.

—Idiotas —dijo Marcelo—. Buen trabajo.

Valerio recompensó a Turenno con cinco denarios de plata y, por la noche, las centurias se desplegaron alrededor de las cuevas, entre la maleza.

Turenno volvió con sus compañeros, se vistió la armadura y se colgó el tahalí con la espada. Desde su posición, arrodillados y tumbados entre los matorrales espinosos, podían ver una decena de cuevas, grandes y pequeñas, en la pendiente rocosa. En todas ellas brillaba el fuego de alguna hoguera. Se oían también, lejanas, las risas y la charla de los bandidos. Una mujer cantaba.

—¿Qué te ha dicho Marcelo? —le preguntó Cantio a Arán.

—Que nos quedemos aquí y que estemos atentos a los movimientos del prefecto. No habrá orden. Tenemos que movernos en cuanto se muevan ellos. Supongo que Valerio querrá sorprenderlos.

—¿Y qué hay que hacer?

—Si es posible, prisioneros para ejecutarlos en Cesarea. Si no, matarlos. Y asegurarnos de registrar bien las cuevas para que no quede ni uno.

—Yo nunca he matado a un hombre —dijo Noreno en un susurro.

—Ni tú ni ninguno de los que estamos aquí —respondió Negalo.

—Pues a mí no me va a costar, os lo aseguro —dijo Urbico—. Es más, lo estoy deseando.

—Al fin teñiremos la espada —dijo Viroto—. No creeríais que nos habíamos alistado para aprender a marchar y a girar en el sitio sobre los talones. Hemos venido a esto.

—Lo sé —dijo Noreno—. Pero me cuesta creerlo. No sé si seré capaz.

—Pues piensa en Tedo y en los otros y en lo que les han hecho y verás cómo se te pasa —dijo Urbico.

Las estrellas fueron recorriendo lentamente el firmamento, las hogueras fueron perdiendo brío hasta convertirse en rescoldos, al igual que las charlas y las risas. Por fin, lo único que se oía eran los grillos.

—Atentos —dijo Arán—. Creo que el prefecto se ha puesto en marcha. Sí. Vamos.

Los cántabros aferraron los escudos, se pusieron en pie y las espadas sisearon al ser desenvainadas. Las tres centurias recorrieron lentamente los doscientos

pasos que las separaban de las grutas, desplegadas en un amplio abanico disperso. Piedras, ramas y arbustos crujían bajo sus sandalias al recibir el peso de sus cuerpos. Cien pasos eternos y todavía no se había oído ninguna voz de alarma. Ciento cincuenta. Ya casi podían olerlos, ya escuchaban sus ronquidos. Oyeron también los gemidos de placer de una mujer: no todos los bandidos estaban dormidos. Veinticinco pasos restantes.

—¡A por ellos! —El grito de Valerio rasgó la noche como un trueno.

Y las tres centurias emprendieron la carrera hacia las cuevas gritando como locos. Había sed de venganza en aquellos gritos, pensó Arán.

Chillidos de alarma, llamadas a las armas, carreras, hombres sorprendidos y aterrados incapaces de moverse. Cundieron el pánico y la confusión en las cuevas. Varios hombres salieron de ellas dispuestos a enfrentarse a lo que fuera que la noche escupía contra ellos. A pesar de verse obligados a remontar la pendiente, los cántabros estaban bien armados, superaban a los defensores en proporción de cinco a uno y tenían la sorpresa de su lado. Los judíos no tenían ninguna oportunidad. Pero muchos lucharon, y lo hicieron con más pasión que destreza.

Restallaron los metales en la noche. Las espadas hicieron suyo el fulgor de las brasas moribundas. Matar era sencillo. Arán detuvo una estocada con el escudo y hundió la espada en el pecho de su contrincante, un hombre de unos treinta años. Un alarido de dolor, un chorro húmedo de líquido viscoso y el judío cayó desplomado. El entrenamiento ante los postes había servido para que sus movimientos fueran mecánicos. Una mujer desnuda emergió chillando de una de las cuevas y Urbico, cegado, no dudó en hacerle probar su acero. Noreno también humedeció la espada, y Viroto. Y en cuestión de instantes una treintena de hombres y una mujer yacían sin vida en el suelo mientras que otro puñado se arrodillaba y alzaba las manos como símbolo de rendición.

—¡Buscad por las cuevas! —gritó Marcelo—. ¡Sacadlos a todos!

Arán se agachó junto al hombre al que había matado, le arrancó parte de la túnica, luego se acercó a una de las hogueras moribundas, cogió uno de los palos que le servían de alimento, enrolló la tela al extremo chamuscado del palo y volvió a hundirlo en las brasas.

—Urbico, Negalo y Cantio, quedaos aquí por si sale alguien. Viroto y Turenno, revisad la de al lado.

La tela, seca y vieja, no tardó en prender, y el cántabro, seguido de Noreno, se adentró en la cavidad que tenía delante con su improvisada antorcha. Las llamas ahuyentaron la oscuridad.

Se oyeron gritos en el exterior a medida que los soldados iban sacando gente de las cavidades, mujeres y niños entre ellos. Gritos cada vez más lejanos y amortiguados cuanto más se adentraban los dos amigos en la cueva. Arán con la antorcha en una mano y la espada en la otra, Noreno con la espada y el escudo.

—¡Limpio! —oyeron a lo lejos. Alguien había acabado de inspeccionar una de las grutas.

—Huele a aceite quemado —dijo Noreno.

Arán movió la antorcha a derecha e izquierda. En el suelo había una lámpara de aceite apagada. El muchacho se arrodilló y la tocó. Aún quemaba. Arán se llevó el dedo índice a los labios pidiendo silencio. Siguieron avanzando.

—¡Limpio! —oyeron decir a alguien más en el exterior.

Noreno aferró el brazo de Arán para que se detuviera y se llevó el índice al oído.

—¡Limpio! —dijo otra voz a lo lejos.

—Allí —susurró Noreno mientras señalaba con el mentón hacia la oscuridad más profunda de la cueva.

Arán aguzó el oído. Era la cadencia entrecortada y casi imperceptible de una respiración agitada. El cántabro giró su antorcha en esa dirección y, al fondo, las llamas iluminaron el cuerpo tembloroso de un joven aterrado.

—¡Limpio! —dijo la voz de Turenno.

Al percibir la luz, el joven alzó la cabeza y miró a Arán a los ojos.

—Emmanuel —dijo el cántabro en un susurro.

28

«Limpio», amigo mío.

Eso fue lo que dijo Arán al salir de la cueva: «Limpio». Y allí quedó aquel muchacho, imagino que agradeciéndole a su dios que hubiera sido Arán, y no otro, el que dio con él. Y sí, las casualidades existen. Yo diría que son ese tipo de casualidades las que pueden hacer que una persona crea y confíe en los dioses.

En ese momento no comprendí por qué lo hizo, y jamás llegamos a hablar de ello. Fue nuestro secreto, uno de tantos. Un secreto que bien podría habernos costado la cruz a ambos.

Emmanuel y Ruth se parecían, al fin y al cabo eran hermanos. La frente, la forma de los ojos, los labios... Yo creo que fue eso lo que le pasó. Que vio a Ruth. Aunque nunca lo sabré. Y, a decir verdad, tampoco es que importe.

Descendimos de Ha HaKarmel cuando ya amanecía. Habían sido días agotadores, tanto para el cuerpo como para el alma: las marchas, los compañeros descuartizados, nuestro primer combate —si es que aquella desigual escaramuza podía llamarse así—. Por un lado nos sentíamos victoriosos, pero también vulnerables. Ya sabes que cuando el miedo se mezcla con la ignorancia, surge la violencia. Nosotros teníamos miedo, miedo de volver a las aldeas en las que nos habían apostado y miedo de acabar como Tedo y los otros. Sobre todo porque no comprendíamos la brutalidad con la que los judíos habían asesinado a aquellos muchachos en cuyos rostros horrorizados, congelados en una última mueca de dolor, nos veíamos a nosotros mismos. Porque no se habían limitado a matarlos, se habían asegurado de que su muerte fuera dolorosa y terrible. Y recordé mi odio a Roma, cuando el publicano pasaba por la aldea y nos lo quitaba prácticamente todo. Recordé que, hacía menos de un año, yo también quería matar romanos. Sin embargo, después de lo ocurrido, me di cuenta de que aquello que yo había sentido no era odio porque, al igual que el amor, el odio es un sentimiento completo y excluyente. Me di cuenta entonces de que yo no había sentido odio jamás; rencor, sí, impotencia, también, pero no odio. Odio era lo que habíamos visto en la aldea abandonada. Lo mío era una mera chiquillería

alimentada a su vez por las palabras de un anciano ignorante al que amaba con toda mi alma.

Pasamos por las dos aldeas en las que Valerio había dejado al resto de la cohorte y volvimos a Cesarea con nuestros prisioneros: una docena de hombres, cuatro o cinco mujeres y siete niños. Una vez en Cesarea, Valerio ordenó crucificar a los hombres a las puertas de la ciudad como castigo y advertencia y organizó la venta de las mujeres y los niños con un comerciante de esclavos. El dinero obtenido fue repartido entre todos los integrantes de la unidad.

Para las crucifixiones se nos hizo formar ante los condenados y el prefecto dio un discurso sobre la ley y el orden, sobre la justicia de Roma y sobre cómo nuestros compañeros, mediante ese acto, iban a ser vengados. Porque la justicia no era sino venganza. Recuerdo mirar hacia las murallas de la ciudad y verlas abarrotadas de gente dispuesta a presenciar el espectáculo que se les brindaba. Muchos se habían traído algo de comer y de beber, como cuando acudían a las carreras o al anfiteatro, e increpaban a los desgraciados que iban a sufrir tormento. Entonces Marcelo pidió voluntarios para llevar a cabo el castigo y, para mi sorpresa, no faltaron manos alzadas en la cohorte.

La muchedumbre de las murallas protestó indignada cuando Valerio ordenó que los reos recibieran primero cincuenta latigazos cada uno. Todo un acto de clemencia diseñado para drenar las fuerzas de los condenados y para que, una vez en la cruz, su tormento no durara más que unas horas. Ataron a los judíos, desnudos, a un poste y Urbico, que se había presentado voluntario para impartir la pena, azotó con saña al hombre que le había sido asignado mientras le insultaba en nuestra lengua con toda la rabia y el rencor que llevaba dentro. Al recibir el mordisco del látigo, la carne se abrió y parte de la sangre caía chorreando al suelo formando un charco. Pero parte de ella también salía despedida en pequeñas partículas que quedaban suspendidas en el aire. En un día como aquel, a los pies de la muralla y sin una brizna de aire y a cincuenta latigazos por reo, tanto víctimas como verdugos no tardaron en verse envueltos por una extraña nube de color carmesí. Luego, ya prácticamente muertos, los voluntarios tumbaron a los reos sobre las cruces, les clavaron tobillos y muñecas a la madera y, con cuerdas, tiraron de las cruces para dejarlos en posición vertical. Para entonces habían cesado los gritos de todos ellos y solo se oían leves lamentos sin fuerza. Al atardecer ya estaban muertos, los indignados espectadores se retiraron y nosotros acampamos a las afueras de Cesarea.

No sé si fue al día siguiente, o pocos días después, que recibimos la paga. Lo recuerdo porque los cuerpos de los bandidos aún estaban clavados a las cruces;

no olían aún, pero sus caras estaban repletas de moscas verdes y negras. Sé que a Arán le afectó profundamente recibir un puñado de monedas por haber formado parte de algo de lo que no se sentía orgulloso. Valerio y Marcelo colocaron una mesa en el descampado, cerca de las puertas de la muralla, y allí todos hicimos cola por centuria y contubernio. Cuando te llegaba el turno, dabas tu nombre romano, se te decía lo que tenías acumulado después de gastos —en comida y equipo— y te preguntaban que cuánto querías. El resto quedaba anotado para cuando lo necesitaras. Poco después nos enteramos de que, como auxiliares, nos correspondía tan solo un tercio de lo que cobraba un legionario romano, pero en ese momento, a nosotros, muchachos de aldea, nos parecía una fortuna que nos abría las puertas de las tabernas y las piernas de las prostitutas.

El prefecto nos concedió varios días de asueto en Cesarea. Y vaya si los disfrutamos: carreras de carros, combates de gladiadores, mi primera y desastrosa visita a un lupanar, borracheras... Los habitantes de la ciudad nos tenían por héroes, e incluso en una taberna el propietario se negó a cobrarnos dos jarras de vino. Nos sentíamos importantes. Alardeábamos entre nosotros, fanfarroneábamos, alzábamos nuestros cuencos en las tabernas y bebíamos por la Cohors II Cantabrorum. «El terror de Judea», dijo Turenno en una ocasión, y adoptamos la frase como nuestra. Ya sabes, fanfarronear es el mejor modo de ocultar frente a los demás, y de cara a ti mismo, tus propias debilidades. Y de algún modo acabas creyéndotelo.

Arán hacía lo posible por no estar fuera de lugar y, salvo por el lupanar, los siete lo hicimos todo juntos. Pero en el corazón de mi amigo había estallado una tormenta. Aunque nadie se lo notaba salvo yo. Echaba de menos a Ruth, se lo veía en los ojos. Y deseaba volver a Beth Zaanán. De hecho, llegó a hablar con Marcelo y le pidió permiso para visitar la aldea, pero este se lo prohibió. No era seguro, afirmó. Además, era probable que dentro de poco tuviéramos que volver a ponernos en marcha.

Creo que ya te he dicho que Beth Zaanán estaba a unas cinco millas de Cesarea, poco más de una hora de camino, que Arán habría podido recorrer con los ojos cerrados. Y así lo hizo durante siete noches. Cuando todos dormíamos, mi amigo desaparecía y, arriesgando la vida, volvía dos o tres horas después.

¿Para qué? Para dejar un guijarro en la puerta de Ruth. Solo para eso. «Un pensamiento —decía—. Solo necesito que sepa que pienso en ella».

El corazón no entiende de cruces, amigo mío; es su propia cruz.

29

ROMA

PRIMAVERA 66 D. C.

Tigelino, prefecto de la guardia pretoriana, entró en los aposentos del emperador.

—Dejadnos —les dijo el pretoriano a las cuatro esclavas que, arrodilladas en torno a la oronda figura, daban los últimos retoques al nuevo atuendo del César.

Nerón se volvió mientras las muchachas, cabizbajas y descalzas, abandonaban la amplia estancia de techos altos y suelos de mármol rosa. Las puertas se cerraron tras ellas.

—¿Qué tal me ves así, Tigelino? —dijo el emperador con una esperanzada sonrisa.

—Radiante, César. Sencillamente radiante.

Nerón se miró de nuevo en el gran espejo de bronce bruñido y giró sobre sí mismo con la escasa elegancia que su porte le permitía. Capa de seda púrpura, túnica blanca, sencilla, con bordados de oro, una corona de laurel natural y sandalias blancas con alas en los tobillos. De pronto la sonrisa del emperador se desdibujó.

—Echo de menos a Petronio —dijo—. Él habría sabido asesorarme en materia de gusto. Siempre dijo que lo sublime radica en la sencillez. Y que lo sencillo es lo opuesto de lo simple.

—Petronio era un traidor, César.

—Lo sé —repuso el emperador—. Lo sé. Pero gracias a él desapareció la vulgaridad de la corte.

—Soy un hombre de armas, César... No entiendo de buen gusto.

—Pero no me mentirías —dijo Nerón sonriendo de nuevo.

—Eso nunca, César.

—¿Crees que le gustará?

—No me cabe la menor duda.

—Aborrecería parecer ordinario en mi noche de bodas.

—Podrás ser muchas cosas, César, pero ordinario jamás.

Nerón soltó una risilla de niño travieso.

—¿Está todo listo entonces?

—Sí. Veinte días de juegos gladiatorios para celebrar el enlace, en los que se darán cita las mejores escuelas de Italia. También habrá fieras, leones, osos, hipopótamos...

—Qué vulgaridad —dijo el emperador—. Aunque supongo que hay que darle al pueblo lo que quiere.

—Así es, César.

—¿Y mi actuación?

—Para el día siguiente a los esponsales, en el anfiteatro del Campo de Marte.

—Espero que la voz me responda. Siempre me pongo un poco nervioso antes de empezar. Y los romanos no dejan de ser un público exigente pero poco dado a las artes. Pienso recitar mi composición sobre la guerra de Troya. ¿Qué te parece?

—Magnífico. Les gustará.

—Eso espero. Mira —dijo mostrándole su brazo a Tigelino—, se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

—Todo irá bien, César.

—Tengo ganas de ir a Grecia, allí sí sabrán apreciar mi arte.

—Con suerte, el año que viene.

—Por cierto, Tigelino, ¿qué hay de aquello que hablamos sobre los premios? Al pueblo le suelen gustar esas cosas.

—Ya está todo pensado. Doscientos mil rollos de papiro sellados que serán entregados a los asistentes a la entrada del anfiteatro y del circo. Uno por asistente. En cada uno de ellos habrá obsequios de oro, plata, esclavos... Hemos incluido dos fincas, una *insula* y muchas cosas más. La mitad de los papiros tienen premio y la otra mitad no.

—Eso les gustará.

—Sin duda. En total se ha calculado que el gasto ascenderá a los cinco millones de denarios.

—¿No será mucho? —dijo Nerón.

—Nada es mucho cuando se trata de celebrar la dicha del César.

—Tienes razón, Tigelino. Tienes razón.

—Quizá convendría también entregar un estipendio extraordinario a la guardia —dijo Tigelino.

—Sí, no lo había pensado. ¿Cuánto crees que deberíamos darles?

—Con quinientos denarios para cada uno debería ser suficiente.

—Me parece bien. Encárgate de ello. Además, después de haber gastado casi trece millones de denarios en los últimos retoques de la *Domus Aurea*, me daría vergüenza no hacerles partícipes.

—Sabias palabras como siempre, César.

Nerón esbozó una mueca de tristeza e inclinó la cabeza hacia delante. Luego volvió a mirar a Tigelino.

—¿Crees que se molestará?

—¿Quién, César?

—Popea.

—Por supuesto que no; se sentirá honrada de que tu dolor por su pérdida haya dado lugar a un acto de tal devoción por ella.

—Ven, vamos a verla.

Nerón cogió a Tigelino del brazo y le llevó hasta el otro extremo de la estancia. Allí, sobre un lecho de mármol y rodeado de incienso que humeaba noche y día, yacía el cuerpo momificado de Popea Sabina, la esposa a la que tanto había amado y a la que no hacía ni un año y en un ataque de ira había matado a patadas en el vientre estando embarazada.

—Bellísima como siempre, César.

—¿Verdad que sí? A veces me habla, ¿sabes?

—¿Y qué dice?

—Que merezco ser feliz —dijo el emperador con la voz quebrada.

—Y lo serás. Espero es un joven sumiso e inteligente. Sabrá ocupar su lugar como esposa y apreciar tu arte como hacía la emperatriz.

—¿Le han castrado ya?

—Sí, César.

Nerón suspiró.

—Se parece tanto a ella... —dijo el emperador.

30

EMAÚS

A VEINTE MILLAS DE JERUSALÉN

PRIMAVERA 66 D. C.

Calor, sudor y polvo: los tres «irremediables» de marchar por Judea a finales de la primavera.

La serpiente de hombres y acero que atravesaba la población de Emaús, a menos de un día de marcha de Jerusalén, estaba compuesta por cerca de un millar de tropas. En vanguardia marchaban los cántabros de Valerio; justo detrás de ellos, la comitiva del procurador de Judea: medio centenar de esclavos y funcionarios, los primeros a pie, los segundos en literas o a caballo. Y cerrando el orden de marcha, la cohorte de sirios.

Valerio había recomendado bordear Emaús, pero Floro se había negado. El procurador quería pasar por todas y cada una de las poblaciones que había entre Cesarea y Jerusalén:

—Para que estos cerdos sepan que no bromeo.

En Emaús, al igual que cuando pasaron por Lydda, las calles estaban desiertas y las puertas y ventanas de las casas, cerradas. Pero los habitantes estaban ahí, Valerio lo sabía, observándolos por entre las grietas de la madera, viéndolos pasar de camino a su ciudad sagrada. Se habrían encerrado al ver que se aproximaba la columna de polvo que levantaban las tropas a lo lejos y solo saldrían cuando vieran la última espalda del último soldado a una milla de distancia.

El rumor sordo de los pasos acompasados de la tropa y del tintineo de las armas era lo único que quebraba el silencio pesado y espeso que los envolvía. Eso y la voz de Teómaco, a lomos de un mulo viejo que había comprado para el viaje y al que había llamado Bucéfalo, igual que el caballo de Alejandro Magno. Borracho y con un odre en la mano, el médico cantaba una antigua canción griega de campaña que él decía que se había compuesto para las tropas del gran

macedonio.

Teómaco cabalgaba a la cabeza de la columna, al lado de Valerio y Marcelo, que iban a pie. De pronto, el médico volvió la cabeza y les gritó a los cántabros:

—¡Adelante, mis valientes! ¡Recordad que de los actos de cada uno depende el destino de todos! —dijo con guasa parafraseando al invencible macedonio—. ¡El mundo no es suficiente! ¡Al igual que no hay en el cielo lugar para dos soles, no puede haber en la Tierra lugar para Darío y Alejandro!

—¡Cierra la boca! —ordenó Valerio.

Teómaco, aturdido por el alarido del prefecto, calló al instante. La cadencia constante de la marcha volvió a apoderarse de todo.

Valerio tenía un mal presentimiento, por eso le había pedido al médico que los acompañara. «César necesita dinero». Esas habían sido las palabras de Floro. Diecisiete talentos, una fortuna exorbitante imposible de recaudar en una tierra empobrecida y ya exprimida al máximo. Pero el procurador sabía dónde obtener esa descomunal cantidad: en el Templo de Jerusalén.

Y es que cuando César necesitaba dinero, las tropas acababan necesitando médicos.

Desde tiempo inmemorial los judíos enviaban al Templo sus ofrendas: el primer fruto del año, medio *shekel* por judío mayor de veinte años, oro, plata, incienso. Las ofrendas llegaban al Templo desde todos los rincones del Imperio, desde todas las comunidades judías, desde Alejandría, desde Roma, Massalia, Corduba, Antioquía, Éfeso, Corinto e incluso desde más allá, desde lugares como Ecbatana, Ctesifonte y Susa, ya en territorio parto. El Templo había sido saqueado en dos ocasiones: por Pompeyo el Grande y, más tarde, por Marco Licinio Craso para pagar la desastrosa campaña de Carrhae. Y Poncio Pilato también había hecho uso de las ofrendas para construir un acueducto. En las tres ocasiones el resultado había sido un baño de sangre. Robarle a la gente era una cosa; robarle a su dios era algo muy diferente.

—Pues a mí me hace más falta —había dicho el procurador de Judea, intransigente, cuando los sacerdotes del Templo se presentaron en Cesarea para suplicarle que desistiera de su empeño.

Pero además Floro se sentía insultado. Según se decía, grupos de jóvenes judíos armados con cestas habían recorrido Jerusalén pidiendo limosna para «el pobre Floro», para «Floro el desposeído», para «Floro el indigente». Y eso era algo que su soberbia no podía soportar.

Por eso marchaba a Jerusalén aquel pequeño ejército: para llevarse el dinero y para apresar a los jóvenes que con tal descaro habían osado injuriar al

representante del emperador en Judea.

Acamparon a diez millas al oeste de Jerusalén. Y a la mañana siguiente reemprendieron la marcha.

Divisaron la imponente ciudad justo antes del mediodía: las colosales murallas, las innumerables torres recortadas contra el cielo azul, los senderos y las calzadas repletos de caminantes y la puerta por la que debían acceder bloqueada por una masa informe de gente que al ver la vanguardia de la comitiva empezó a gritar improperios. Valerio levantó el brazo para dar el alto y avanzó unos pasos.

—Esto no es buena idea, Marcelo.

—No parece que estén armados —dijo el cántabro.

—Eso es lo de menos. Están indignados. Con eso basta. Jerusalén es como un montón de leña seca. Y nosotros somos la chispa.

Valerio, preocupado, frunció el ceño.

—¡Oh! —dijo Teómaco al ver a la muchedumbre—. ¡Qué calurosa bienvenida! ¿Seré yo?

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo Valerio, molesto.

—«¡Salta de júbilo, hija de Sión —recitó el griego—, alégrate, hija de Jerusalén, porque llega el mesías, justo y victorioso, humilde, montado en un asno!». —Teómaco le dio un trago al vino—. Es lo que dice en sus libros. Puede que sea yo.

—Deja de decir sandeces, Teómaco, te lo pido por favor. No es momento de tonterías.

—¿Y me lo dices tú?

—¡Valerio! —Era la voz de Floro, que llegaba al trote desde el centro de la columna, sobre su magnífico caballo blanco, vestido con una elaborada coraza plateada, capa color marfil y casco con penacho también blanco—. ¿Por qué te detienes?

—Creo que no es buena idea...

—¡Cuando quiera una opinión, prefecto, me encargaré de pedirla! ¿Está claro?

—Meridiano, señor.

—Bien. Que tus hombres abran paso para el procurador de Judea. No me voy a dejar amedrentar por un puñado de andrajosos.

—Sí, señor. ¡Cohorte, preparada para avanzar! —gritó Valerio, y oyó a su espalda cómo los hombres dejaban las *furcas* en el suelo, se calaban los cascos y retiraban la protección de cuero de los escudos—. Señor —le dijo Valerio a Floro—, las *furcas*...

—¡Olvídate de eso, prefecto, las recogerán los sirios!

Valerio asintió y se dio la vuelta para dirigirse a sus hombres.

—¡Abriremos paso entre la muchedumbre para la comitiva! ¡Solo eso! ¡No quiero sangre! ¿Entendido?

—¡Sí, prefecto! —respondieron los cántabros al unísono.

—¡Columna de a cuatro! ¡Paso ligero! ¡En marcha!

A medida que se acercaban, los gritos de la turba se volvían más intensos y desafiantes. Pero Valerio sabía diferenciar entre una muchedumbre dispuesta a todo y una masa temerosa que solo quería hacerse oír. Por suerte, se trataba de la segunda. Y, aunque con cierta dificultad, los cántabros lograron abrirse paso hasta la puerta de la ciudad a base de empujones y formaron un pasillo con los escudos lo bastante amplio como para que Floro, sus funcionarios, sus esclavos y la cohorte de sirios pudieran llegar hasta el palacio de Herodes, donde se alojarían. Valerio sabía también que en una situación como aquella cualquier insulto, un empujón, una piedra lanzada por alguno de los descontentos podía dar lugar a una espiral de violencia difícilmente controlable, así que el prefecto se dedicó a recorrer el pasillo pidiendo calma ante los gritos de indignación, los insultos y los empujones.

—¡No desenvainéis! —gritaban Marcelo y él—. ¡Mantened la calma! ¡Calma, muchachos! ¡Calma!

De lo que no se libró Floro fue de los abucheos. El pequeño trecho que llevaba desde la puerta oeste hasta el palacio de Herodes estaba repleto de gente, gente a ambos lados de la calle, gente en las azoteas planas, en las murallas, gente en las ventanas... Jerusalén entera parecía haberse dado cita allí para protestar, chillar e insultar al procurador. Floro llegó al palacio sano y salvo, al igual que el resto de la partida, pero furioso y desencajado.

Una vez en el recinto amurallado del palacio, se cerraron las puertas y Valerio organizó las guardias, luego inspeccionó las murallas y las torres junto con el prefecto de la cohorte de sirios, un tal Publio, a quien aún no había tenido ocasión de conocer. Con sus hombres dispuestos a lo largo de las murallas, Valerio subió a lo alto de Mariamne, la torre más bella de Jerusalén, y observó la urbe: el Templo a lo lejos, a su lado la inexpugnable cuadratura de la fortaleza Antonia y desde el palacio hasta allí, las callejuelas estrechas y tortuosas. Miles de personas rodeaban el palacio y seguían gritando.

—¿Hay tropas en la Antonia? —le preguntó Valerio a Publio.

—Trescientos hombres. Y aquí contamos con otro centenar de la guardia de Herodes Agripa, rey de..., bueno, rey de muchos sitios pero de ninguno. Gobierna en Galilea, Idumea y Perea. Vamos, en todos los lugares del antiguo

reino de Herodes que no pertenecen a la procuraduría. Y además es él quien elige al sumo sacerdote del Templo.

—Herodes Agripa —dijo Valerio—. Bisnieto de Herodes el Grande, ¿no es así? Y leal a Roma.

—Muy leal. Se crio en la corte del Divino Claudio.

—Sí —dijo Valerio—. Algo había oído.

—Y su padre fue íntimo amigo de Calígula.

Valerio asintió.

—Esperemos que la recepción de mañana con los sacerdotes del Templo vaya bien —dijo Valerio.

—Esperemos —respondió Publio.

31

BETH ZAAANAN
PRIMAVERA 66 D. C.

Hacía días que al salir de casa Ruth no se encontraba un guijarro en la puerta. Los tenía todos guardados en un viejo cuenco de madera.

Quizá fuera absurdo, pero esos guijarros le alegraban el alma y la vida. Saber que Arán, por las noches, recorría el camino de Cesarea solo para dejárselos en el lugar en el que ella le había dejado siempre la comida, saber que el *kittim* le robaba horas al sueño con tal de recordarle que pensaba en ella... era lo más bonito que le hubiera sucedido nunca. Aunque también, y de algún modo, le recordaba lo que podía ocurrirle si respondía a la llamada del corazón: la muerte por lapidación.

Cuando dejaron de aparecer los guijarros, Ruth llegó a pensar que Arán se había olvidado de ella, pero pronto llegaron noticias de que los *kittim* habían partido hacia Jerusalén.

¿Cómo sería una vida con él? Si le hubieran dejado, si hubiera podido, la muchacha habría seguido a Arán a cualquier lugar del mundo. Quería tenerle cerca, quería sentirle, quería... besarle. Mientras esperaba a su padre, con la mesa preparada para la cena, Ruth cogió el cuenco de los guijarros y hundió la mano en ellos. Había una docena en total; doce noches, doce suspiros, doce pensamientos, doce... Una noche, la última, Ruth había esperado en la azotea porque quería verle, aunque solo fuera su silueta recortada en la oscuridad. Y le vio. El perro de Rebeca ladró cuando olió que se acercaba. Arán no se detuvo; llegó hasta la puerta, dejó su guijarro y se fue. Él nunca supo que Ruth estaba allí, y la muchacha deseó con todas sus fuerzas bajar por la escala y abrazarse a él. Pero el miedo se lo impidió. ¿Y si aparecía alguien? ¿Y si la veían? ¿Y si hacían ruido? ¿Y si, una vez abrazada a él, no había fuerza en el mundo que pudiera separarlos?

El miedo. Siempre el miedo. Miedo a su padre, miedo a su madre, miedo a los

romanos, miedo a Dios, al publicano, a la cosecha, a la lluvia. Siempre el miedo.

—*Shalom* —dijo su padre al entrar en la vivienda.

—*Shalom* —dijo Ruth con una sonrisa.

La muchacha dejó el cuenco de los guijarros y se apresuró al hogar para remover la comida y servirle a su padre. Jacob tomó asiento y la observó como si no la hubiera visto antes.

—Deja eso un momento, hija, y ven, siéntate.

—¿No quieres cenar, padre?

—Sí, pero luego. Tengo algo que decirte.

Ruth se secó las manos en el delantal y se sentó con su padre. Hacía mucho tiempo que Jacob no sonreía, y dio la sensación de que le costaba, como si los músculos de su cara, agarrotados en la amargura, ya no estuvieran acostumbrados a hacerlo. Pero Jacob sonrió. También hacía mucho que no la llamaba «hija».

—¿De qué se trata?

—El otro día estuve hablando con la abuela Judith —dijo. Hizo una pausa y se restregó la cara con las manos callosas—. Me dijo... que... —Jacob negó con la cabeza—. Bueno, no importa...

—¿Qué ocurre, padre?

—Han sido años muy duros, hija. Lo sabes. Y quizá he descuidado mis deberes como padre.

—No —dijo Ruth mientras le posaba la mano en el brazo—. No has descuidado nada.

—Aunque también puede que simplemente me negara a ver que estabas creciendo. Y..., bueno, ya eres toda una mujer. Y muy bella, por cierto.

—Eso lo dices porque eres mi padre. —Ruth sonrió—. Todos los animales encuentran preciosos a sus cachorros.

—¿Recuerdas al primo Zadok? ¿De Jerusalén?

—¡Claro! Jugábamos mucho de niños.

—Es un buen muchacho. Tiene un pequeño comercio de aceite en la ciudad y solo tiene cuatro años más que tú. Es perfecto.

—No te entiendo, padre. ¿Perfecto para qué?

—Toda mujer necesita un marido para estar completa. Y tener hijos, y poder cuidar de un hombre que no sea su padre.

—Yo no necesito nada, padre. Aquí estoy muy bien.

—Zadok me ha hecho llegar la *ketubah*, el contrato de matrimonio. Y ha sido muy generoso. Ofrece trescientos *shekels* por ti.

—¿Qué? —Ruth dio un respingo y se puso en pie.
—Es un buen muchacho, ya le conoces.
—Pero... pero ¿cuándo...? ¿Cuándo habéis hablado de ello?
—Me lo propuso cuando cumpliste los trece, y desde entonces ha insistido varias veces. El otro día, hablando con Judith, decidí aceptar su oferta.
—Pero..., padre, yo... no...
—Debería de estar en camino. Traeré el dinero, te presentará un cáliz con vino como marca la tradición y, a partir del momento en el que bebas del cáliz, estarás prometida a él. Ya sabes. La boda tendrá lugar en Jerusalén.
—¿Y si no quiero beber? ¿Y si no quiero casarme?
—¿Y por qué no ibas a querer? —preguntó Jacob desconcertado.
—¿Y si no quiero dejar Beth Zaanán?
—Los cambios siempre son difíciles, hija. Pero ahora lo que necesitas es un marido que te proteja.
—Pero te tengo a ti para eso.
—Yo ya estoy viejo. Necesitas tener hijos, una cocina que sea tuya. Quizá hasta cuentas con algún sirviente.
—¡No! ¡No quiero ir a Jerusalén! ¿Quién te cuidará?
—Eso ya lo tiene pensado Judith: Raquel y Rebeca se encargarán de mí.
—¡Pero esta es mi casa! ¡Yo no quiero irme!
—Ya está decidido, hija. Es lo mejor para todos. Yo necesito el dinero y tú necesitas un marido. Así que beberás del cáliz que te presente Zadok, porque de lo contrario te repudiaré como hija y te echaré de esta casa.
—¡Pero, padre!
—Como digo, está decidido. No me avergüences.

32

JERUSALÉN
PRIMAVERA 66 D. C.

Todo estaba listo en los fastuosos jardines del palacio de Herodes el Grande para recibir a la legación judía del Templo. Floro había ordenado levantar una tarima en el centro y había hecho que colocaran allí el viejo trono del odiado rey. Ordenó también a sus funcionarios que vistieran sus mejores galas y que ante cada columna hubiera apostado un soldado. El procurador de Judea quería intimidar a sus invitados.

Floro, vestido con su coraza plateada, túnica, capa y sandalias blancas, sentado en el trono de Herodes, más parecía un monarca a punto de recibir el tributo de un pueblo sometido que un mero procurador de provincias. Entre los funcionarios se encontraba Valerio, con su panoplia al completo, esperando a esa legación de judíos principales y sacerdotes.

Hasta los jardines llegaba el murmullo deforme de la protesta que estaba teniendo lugar a las puertas del palacio. El viejo centurión había recorrido las murallas antes de presentarse ante Floro. Los muchachos allí apostados estaban nerviosos, y Valerio no los culpaba. Desde las almenas se veía la masa de cuerpos y cabezas que abarrotaba las calles, los puños en alto, las consignas, los insultos. Nada hay más terrorífico que una turba alterada. Alguien tenía que entrar en razón, fuera quien fuese.

Los gritos de la muchedumbre ganaron en intensidad de repente y, poco después, se abrieron las puertas del palacio. A los jardines accedieron veinte hombres ricamente vestidos. Diecinueve de ellos llevaban ropas blancas y aparatosas ceñidas a la cintura con una fina faja de color rojo; tenían unas barbas magníficamente cuidadas, algunas blancas y otras negras, perfectamente recortadas y brillantes de aceites. Sobre la cabeza lucían una especie de turbante, también blanco. El hombre que caminaba al frente de todos ellos hubiera parecido ridículo de no haber caminado hacia el procurador con absoluta

solemnidad. Al igual que los otros diecinueve, tenía la cabeza cubierta con una especie de turbante blanco de lino fino, pero además llevaba ceñida una corona de oro. Sobre las aparatosas ropas blancas vestía una túnica azul y sobre estas una extraña prenda multicolor con bordados azules, púrpura y oro. Más aún, sobre el pecho llevaba un peto cuadrado, de oro, con doce piedras preciosas de diferentes colores: esmeraldas, zafiros, diamantes, rubíes... Se trataba del sumo sacerdote del Templo, máximo responsable de hacer que se observaran los ritos debidos a su dios en la tierra y única persona a la que le era permitido entrar en el sanctasantórum: la morada de ese mismo dios.

Al llegar ante la tarima, desde la que el procurador de Judea le observaba con una media sonrisa de autosuficiencia, el sumo sacerdote se llevó las manos al pecho e inclinó la cabeza. Su séquito imitó el gesto.

—Dios te dé salud y sea misericordioso contigo, Gesio Floro —dijo el judío con solemnidad.

—No necesito ni salud ni misericordia —espetó Floro—. Lo que necesito es que me entreguéis el dinero y a quienes me han insultado.

—No sabemos quiénes son, señor. Ni tenemos forma de saberlo. En cuanto al dinero, no podemos entregarlo, no es nuestro para entregar, sino de Dios. De lo contrario sabes bien que haríamos lo posible por atender tus deseos.

—¿De qué me servís entonces, Matthias? ¿Eh? ¿De qué? Vuestra labor es mantener el orden y asegurarnos de que los impuestos se pagan en tiempo y forma. Solo eso. A cambio disfrutáis de influencia, poder, riquezas y protección. ¿Acaso no es suficiente?

—Hay mucha tensión en las calles, señor. Cualquier intento de detener a cualquier sospechoso podría incendiar los ánimos más aún. Y nuestro pueblo no entendería que rindiésemos las riquezas de Dios.

—Vended vuestras propiedades entonces. Tú tienes tierras a lo largo y ancho de Judea, y en Galilea, y en Perea, y esos también —dijo Floro señalando al resto de sacerdotes.

—Lo haríamos con gusto si pudiéramos que íbamos a alcanzar la suma requerida y a tiempo.

—Mentira. Eres un mentiroso, Matthias.

—Danos tiempo para acumular el dinero, olvida a quienes te han insultado y retira las tropas, te lo suplicamos. De lo contrario nos enfrentamos a una revuelta de proporciones colosales.

—¿Te atreves a amenazarme, Matthias? —dijo Floro enfurecido.

—No son amenazas, señor. Es la realidad.

—¡Cómo osas hablar de realidad! Tenéis más poder del que os imagináis. Decidles que vuestro dios os ha ordenado entregar el dinero y a los malhechores. Decidles, como soléis hacer, que si no cumplen su voluntad, caerán sobre ellos males inenarrables..., algo que, por otro lado, te aseguro que es cierto. Solo que esos males no vendrán de ningún dios. ¡Necesito ese dinero, maldita sea!

—Tiempo, señor. Necesitamos tiempo. Y necesitamos también, te lo rogamos, que retires a las tropas.

Uno de los funcionarios de Floro subió a la tarima por la parte trasera, se acercó al procurador e inclinó la cabeza para susurrarle algo al oído. Floro escuchó atentamente, sonrió, se volvió hacia el funcionario y preguntó:

—¿Estás seguro?

—Completamente, señor. Hombres jóvenes, de entre quince y veinticinco años, en el mercado. Con tablones pintados en los que piden limosna para el procurador de Judea. Llevan cestos para recaudar el dinero.

Floro, enfurecido, se puso en pie.

—¡Valerio! ¡Publio! —Los dos prefectos subieron a la tarima—. Están en el mercado. Salid con las tropas y traedlos aquí. Son hombres jóvenes.

—Señor —dijo Publio—, en cuanto nos acerquemos se ocultarán.

—En ese caso buscadlos.

—¿Pero cómo sabremos quiénes son?

Floro observó a Publio con desgana, como si estuviera harto de explicar las cosas a la recua de incompetentes que le rodeaba.

—Detened a todos los jóvenes que encontréis, entrad en las casas, barred las calles. Así de sencillo. ¡Y vosotros —dijo dirigiéndose a los sacerdotes del Templo—, desapareced de mi vista!

Cántabros y sirios aguardaban en formación compacta a que se abrieran las enormes puertas del palacio.

Arán estaba nervioso. Giró la cabeza a la izquierda un instante para cruzar miradas con Noreno. También había preocupación en los ojos de su amigo. Luego volvieron la vista al frente: cascos y más cascos hasta llegar a las robustas puertas de maderas nobles, hierro y oro que los separaban de una turba que no dejaba de jalear consignas. Arán cerró los ojos, respiró profundamente y procuró calmarse. Había visto a la muchedumbre desde las almenas. Eran miles las personas que abarrotaban las calles: hombres, mujeres e incluso niños. Arán aflojó un poco la mano con la que sostenía el mango del escudo e intentó mover

los dedos agarrotados y empapados en sudor.

—Perros o lobos —dijo Noreno a su lado para tranquilizarse e intentar tranquilizar a su amigo—. Para esto vinimos, ¿no?

—Esto no está bien —dijo Arán—. No está bien.

—¡Silencio en la cohorte! —rugió Marcelo.

Las instrucciones eran claras. Tenían que abrirse paso hasta el mercado y, una vez allí, detener a todos los hombres jóvenes que encontrasen. Además, el procurador les había dado permiso para saquear a placer. Pero lo más preocupante era que ni Valerio ni Marcelo habían dicho aquello de «no quiero sangre».

—¡Desenvainad! —gritó Valerio.

Un millar de espadas sisearon al tiempo y las imponentes puertas del palacio empezaron a abrirse lentamente, como la boca de un monstruo. Hubo un instante en el que las consignas de la muchedumbre murieron por completo y la turba quedó en silencio, pero fue solo un instante, un latido, un destello.

—¡Cohorte! ¡A mi orden! ¡Paso ligero!

En Cantabria, cuando una manada de lobos descendía de las montañas y atacaba los rebaños, las ovejas se dispersaban y huían como y hacia donde podían.

Los descontentos, aterrados al ver surgir del palacio amurallado a las tropas plateadas del procurador de Judea, emprendieron una desbandada por las calles gritando, chillando, atropellándose entre ellos, empujándose. Muchos caían al suelo y eran pisoteados por quienes venían detrás. En medio del caos la gente se amontonaba a la entrada de los callejones, miraba hacia atrás horrorizada, llamaba a las puertas de las casas para que se les abriera y así poder huir de la marea de acero plateado que pasó a sustituir los mantos negros y pardos de los judíos como la riada de agua limpia que barre el lodo de las calles.

Pero las tropas se dirigían al mercado. Quienes habían huido en otra dirección pronto comprobaron con alivio que nadie los seguía. Sin embargo, aquellos que habían optado por correr por la calle que llevaba a la plaza pronto se vieron alcanzados por los soldados.

La cohorte, a la carrera, ocupaba todo el ancho de la calle. Arán no pudo evitar pisar con sus sandalias el cuerpo de un caído. No supo si se trataba de un hombre o una mujer. Luego pisó otro. Fueran quienes fueran morirían aplastados bajo las tachuelas de los soldados. Arán no podía detenerse, no podía mirar al suelo ni podía mirar atrás, pues corría el riesgo de tropezar, caer y correr la misma suerte que aquellos desgraciados. Solo podía mirar al frente, hacia el embudo que

desembocaba en la plaza del mercado y que era demasiado estrecho como para permitir que pasara toda la gente que huía de ellos. Cuando las tropas chocaron contra la gente amontonada se oyeron los primeros alaridos de dolor y muerte. Y las juntas de los adoquines empezaron a convertirse en pequeños riachuelos de sangre.

Desde su posición, Arán pudo comprobar que, quince o veinte cascos más allá, las primeras líneas se veían obligadas a superar un obstáculo antes de volver a descender sobre la plaza del mercado y desparramarse entre los puestos. El joven cántabro siguió corriendo por la calle estrecha y, antes de desembocar en la amplia plaza, tuvo que superar él mismo aquel obstáculo: una treintena de cuerpos amontonados.

La ciudad entera parecía chillar a su alrededor.

En el centro de la plaza Valerio, Marcelo y el prefecto de los sirios, con las espadas desenvainadas, señalaban a un lado y a otro indicando hacia dónde debían dirigirse los diferentes contubernios.

Arán miró a su alrededor y se detuvo en seco. Noreno y los demás se detuvieron con él. Le faltaba el aire. Había cuerpos tendidos en el suelo cuya sangre se mezclaba con el vino derramado, rodaba la fruta de los puestos derribados, corrían ríos de aceite, sirios y cántabros entraban en las casas a patadas, sacaban de ellas a sus moradores, todo eran gritos y confusión.

—¡Vosotros, a la derecha! —le gritó Marcelo a Arán.

El joven cántabro no reaccionó. A su espalda seguían llegando más y más tropas que se dispersaban a derecha e izquierda.

—¡Arán, maldita sea! —dijo Urbico a su espalda—. ¡¿Qué demonios te pasa?!

—Esto no está bien —dijo Arán.

—¡Casio Calpurnio Capeno! ¡A la derecha! —volvió a gritar Marcelo.

—¡Esto no está bien! —le gritó el cántabro a su superior con impotencia y rabia en los ojos.

—¡Arán! —volvió a decir Urbico—. ¡Se lo llevarán todo antes de que nos dé tiempo a saquear nada!

—¡Reacciona! —dijo a su lado Viroto.

En medio del caos, y de cuatro zancadas, Marcelo se plantó ante el líder del contubernio inmóvil.

—¡Casio Calpurnio Capeno! —le gritó Marcelo a Arán a un palmo de la cara—. ¡A la derecha!

Arán se desabrochó el casco y lo tiró al suelo.

—¡Esto no está bien! —repitió fuera de sí.

Fue lo último que dijo antes de recibir un puñetazo de Marcelo y caer al suelo desplomado, y con la nariz rota.

—Cayo Dido Vito —le dijo Marcelo a Urbico—. A partir de ahora estás al mando del contubernio. ¡A la derecha!

—¡Sí, señor! —dijo Urbico satisfecho—. ¡Seguidme!

Noreno dudó un instante entre arrodillarse y asistir a su amigo o seguir a Urbico, pero los ojos de Marcelo se clavaron en los del joven.

—Haz lo que se te ordena, Noreno —le dijo Marcelo—. Por favor.

Marcelo jamás pedía nada por favor, no tenía por qué hacerlo, pero a Noreno se lo dijo casi a modo de súplica. Más aún, no utilizó su nombre romano como solía, sino el nombre que le había dado su madre. ¿Por qué?

El contubernio siguió a Urbico y, por orden de este, echaron abajo una puerta y entraron en una vivienda.

—Tú —le dijo Marcelo a Arán—, levanta y ven conmigo.

Aquella locura sin sentido duró varias horas. La plaza del mercado se empezó a llenar de hombres jóvenes a los que cántabros y sirios llevaban hasta allí a empujones. Algunos intentaban resistirse, otros sencillamente aceptaban su destino. Concluidas las capturas del día —unos doscientos jóvenes— y con la ciudad hundida en el silencio, las tropas volvieron al palacio. Tras ellos quedaba una estela de destrucción, cuerpos sin vida, charcos de sangre y llantos.

En el palacio, sobre su tarima, esperaba Floro. El procurador de Judea, sin dudarlo, y haciendo oídos sordos a los ruegos de clemencia de unos reos apresados completamente al azar, ordenó que fueran crucificados a lo largo de las almenas del palacio como castigo y advertencia al resto de la ciudad. Y para esa labor fueron seleccionados aquellos que, al igual que Arán y por una u otra razón, no habían actuado como se esperaba de ellos a lo largo de la jornada.

Esa noche, a la luz de las antorchas, con el rostro cubierto de sangre seca y la nariz y el alma rotas, con lágrimas de impotencia en los ojos y los músculos agarrotados, Arán ayudó a clavar cuatro docenas de clavos, en dos docenas de tobillos y en dos docenas de muñecas contra una docena de cruces. El primer golpe del primer clavo fue el más difícil. El condenado, un muchacho de unos quince años, con los brazos atados a los tablones, miró a Arán suplicante cuando este se arrodilló junto a él con el martillo y el clavo, y le dijo algo en la lengua de Ruth:

—Por favor —susurró el muchacho aterrorizado y con las palabras pegadas a la garganta—. Por favor.

Arán conocía esas palabras.

—Perdóname —dijo el cántabro en su idioma natal.

Y vio los cielos grises de su tierra, y los prados verdes, y la aldea humilde de la que jamás debería haber salido. No le estaba pidiendo perdón al muchacho, se lo estaba pidiendo al hombre que estaba a punto de dejar de ser y a todo lo que amaba o había amado alguna vez.

Cuando descargó el primer martillazo sobre la cabeza plana de la punta de hierro, y esta se hundió entre los huesos del joven, Arán sintió un fogonazo en el corazón. El muchacho empezó a dar alaridos y Arán a gritar de impotencia y a clavar a toda prisa. Los chillidos de dolor del judío y los gritos de rabia del cántabro a cada martillazo se entrelazaron hasta casi convertirse en uno mismo. Y Arán se odió. Se odió por no tener el valor de decir que no, porque sabía que si se negaba sería él el condenado. Era un cobarde.

—Nunca más —se dijo cuando concluyó la aciaga noche y al fin pudo deshacerse del martillo—. Nunca más.

Finalizadas las crucifixiones, Floro decidió dar un paseo por las almenas, en ropa de noche, para comprobar la culminación de su obra: doscientas cruces a lo largo de las murallas del palacio mirando hacia la ciudad.

—Así aprenderán —dijo el procurador de Judea—. Mañana marcharemos hasta el templo, cogeremos el dinero y volveremos a Cesarea. Odio esta ciudad.

Floro se acostó aquella noche pensando que había dado una merecida lección a los judíos. Mientras tanto los sacerdotes y los hombres influyentes de Jerusalén recorrían las calles pidiendo calma a las masas, pidiendo no provocar aún más la ira de Floro. Pero la gente ya no escuchaba, ya no tenía nada que perder. En cambio, para aquellos hombres ricos sí había mucho en juego: tierras, ingresos, riquezas, estatus..., todo ello garantizado por el poder de Roma. A ojos del pueblo los sacerdotes ya no eran más que los perros del emperador, atados a él con cadenas de oro y piedras preciosas.

Pasaba de largo la medianoche cuando Arán llegó a lo alto de la torre a la que había sido destinado su contubernio para hacer guardia. Al calor de la hoguera dormían Urbico, Negalo, Turenno y Viroto. En las almenas, y en tarea de vigilancia, observaban la ciudad silenciosa Cantio y Noreno.

Noreno se dio la vuelta al oír pasos y vio el rostro desencajado y las manos ensangrentadas de su amigo. Arán se echó a sus brazos y lloró en su hombro

como un niño.

A la mañana siguiente, con la ciudad completamente en silencio y desierta, las cohortes volvieron a formar y a salir del palacio, esta vez dispuestos a llegar al Templo y a hacerse con parte de sus tesoros.

—Arán —dijo Urbico con seriedad—. No quiero tonterías.

Arán no respondió.

La ciudad estaba desierta, pero se sentían observados. Había sombras que se movían por las azoteas, ventanas cerrándose de golpe. Solo se oía el firme claqueteo de las tachuelas de hierro sobre los adoquines y el tintineo de las armas. Estaban ahí. Lo sabían.

Noreno marchaba con miedo, el miedo que produce el silencio a plena luz del día y en una ciudad, aunque no era el único. Sin embargo, hacía lo posible por convencerse de que los judíos no se atreverían a desafiar de nuevo al procurador. Noreno miró a su derecha, Arán tenía la mirada fija en el frente.

—Tranquilos —dijo la voz de Urbico. El juliobriguense parecía tener la necesidad de ejercer su nueva autoridad de algún modo.

Habían visto el templo a lo lejos desde las murallas del palacio. Era un edificio impresionante, más aún por la mañana, cuando el sol naciente le arrancaba destellos dorados, y por la tarde, cuando lo teñía de rojo. Irían allí, recogerían lo que fuera y volverían a Cesarea. Con suerte no tendrían que volver jamás a aquella ciudad maldita.

—¡Alto! —dijo la voz potente de Valerio desde la cabeza de la columna.

Noreno volvió a mirar a Arán, pero este no le devolvió el gesto.

—Parece que hay una barricada cortando el paso —dijo Urbico.

Noreno se puso de puntillas y, entre los cascos de sus compañeros, pudo ver a lo lejos una montaña de muebles apilados que impedían el progreso de la formación.

Valerio ordenó a los hombres de la primera centuria que despejaran el camino y poco después las cohortes reemprendieron la marcha, solo para detenerse de nuevo un poco más allá.

Fue entonces cuando se desató el infierno. Miles de cabezas surgieron de pronto de las azoteas, miles de brazos empezaron a descargar sobre cántabros y sirios piedras, adoquines, ánforas, flechas.

—¡Testudo! —gritó la voz de Valerio a lo lejos

—¡Testudo! —resonó el eco por la calle estrecha.

Alzaron los escudos a toda velocidad y los proyectiles repiquetearon sobre la madera de las defensas a lo largo y ancho de la columna.

—¡Mierda! —gritó Urbico.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Cantio, alcanzado en la cabeza por un adoquín, cayó al suelo con el casco abollado. Una riada de sangre le cubrió la cara y empezó a extenderse por el suelo.

—¡Cantio! —gritó Turenno.

—¡No rompas la formación, Turenno! —aulló Urbico.

Más piedras haciendo que los escudos se bamboleasen de un lado a otro. Más impactos. Crujir de madera. Más hombres abatidos.

—¿¿Qué hacemos?! —gritó Urbico—. ¿¿Qué demonios hacemos?!

—¡Atrás! ¡Atrás! —se oyó la orden repetida desde la vanguardia.

—¡Atrás! —coreó Urbico a voz en cuello.

Poco a poco, paso a paso, cántabros y sirios retrocedieron dejando una veintena de cuerpos por el camino.

33

Parece que refresca. ¿Tienes frío? ¿No?

La retirada por las callejuelas fue eterna. En un momento dado, entre gritos y pedradas, Valerio ordenó entrar en las casas para poder acceder a las azoteas. Pero, por mucho que intentamos echar las puertas abajo, nos fue imposible; los judíos habían previsto el camino que tomaríamos y las habían tapiado todas por dentro.

Puedes imaginar la tensión, el miedo, el sudor, las voces ya roncas de los oficiales, los gritos y lamentos de los compañeros abatidos, las peticiones de ayuda, la agonía de sentirse atrapado en una calle estrecha rodeado de un odio que llueve desde las azoteas en forma de proyectiles, de piedras, de flechas; la angustia de mirar a un lado y a otro bajo el escudo y no ver salida alguna; el sufrimiento del alma al dejar atrás el cuerpo sin vida de un joven con el que, hasta entonces, quizá no hubieras cruzado muchas palabras, pero con quien habías compartido calor junto a la hoguera, penurias en los entrenamientos, miseria, vino y algunas risas. Pensar que, solo gracias al azar, el cuerpo ahí tendido no es el tuyo.

Por suerte para nosotros los judíos estaban mal armados y, aunque a duras penas, logramos abrirnos paso.

Cuando las puertas del palacio de Herodes se cerraron a nuestra espalda, una vez a salvo tras las ciclópeas murallas, oímos un escalofriante alarido de victoria que recorrió toda la ciudad. Arán y yo entramos cargando con Negalo. Una flecha le había alcanzado el muslo y le impedía caminar. Tenía la pierna empapada en sangre, la cara pálida, perlada de sudor, e iba dejando en el suelo un rastro carmesí.

En una de las lujosas y amplísimas estancias del palacio, se habilitó a toda prisa una enfermería en la que el borracho de nuestro médico, Teómaco, atendía a los heridos. Hasta allí llevamos a nuestro compañero. Recuerdo horrorizado dejar a Negalo tendido en una ostentosa mesa de madera, mirar alrededor y ver a una treintena de hombres, entre cántabros y sirios, gimiendo y lamentándose, y a

Teómaco con la barba, el delantal, las manos y hasta la frente cubiertos de sangre fresca y viscosa, acercándose a nosotros con una cesta repleta de cuchillos, punzones y vendas de todo tipo. Nos preguntó si nos habían dado vino y cuando le dijimos que sí, nos hizo un gesto con la mano para que se lo entregáramos. Así lo hicimos y, para nuestra sorpresa, en vez de acercar el odre a los labios del herido, fue él quien le dio un trago. Luego roció la herida con el líquido, y le dio otro trago. «¿No es para él?», le preguntó Arán. «Tonterías», dijo el médico sin más.

Fueron días de combates callejeros, de luchas por las azoteas, por el interior de las casas, por callejuelas repletas de barricadas defendidas por hombres con palos, cuchillos, hondas y aperos. Días de angustia en los que murieron muchos judíos; dicen que matamos a más de tres mil quinientas personas. Y aunque nuestras bajas no fueran excesivas, cada día lográbamos avanzar un poco menos y sentíamos cómo se iba estrechando el cerco en torno al palacio. A lo lejos, por las noches, desde la muralla, veíamos cómo la fortaleza Antonia era asaltada por masas enfebrecidas una y otra vez. Y sabíamos que cuando acabaran allí, vendrían a por nosotros.

Floro, por su parte, recorría el palacio completamente desencajado, furioso, y ordenaba una y otra vez que saliéramos de nuevo. Pero ¿qué podíamos hacer un millar de hombres en una ciudad que no conocíamos contra decenas de miles que sí?

Aunque, si te soy sincero, a lo largo de esos días de combate, pudimos poner en práctica todo lo aprendido durante más de un año de entrenamiento y afianzar nuestro espíritu de grupo. Es curiosa la velocidad a la que tanto el cuerpo como la mente se adaptan a las circunstancias; al cansancio, a la tensión, incluso a la violencia y a la sangre. La piel y el alma se van endureciendo. Uno no se percata de ello hasta que echa la vista atrás y empieza a darse cuenta de que el niño va dando lugar al hombre, de que el hierro endeble e impuro que todos llevamos dentro se va convirtiendo en acero cuando es sometido al fuego de la fragua y al constante martilleo del herrero. Y superas límites que hasta entonces creías imposibles.

Valerio era un gran líder y nunca pedía que hiciéramos nada que él no estuviera dispuesto a hacer. Cuando había peligro, él era el primero en exponerse. Marcelo y él hacían una temible pareja en combate. Se comprendían con solo mirarse. Y creo que fue entonces cuando entre ellos empezó a afianzarse una estrecha relación que trascendía la mera simbiosis entre superior y subordinado.

En cuanto a Arán... Arán había cambiado. Se encerró en un mundo propio y

sombrío al que, por primera vez, me era imposible acceder. Fue allí, en Jerusalén, donde obtuvo su primera condecoración, la primera que se recibiera en la cohorte. Por valor y arrojo. Salvó la vida de muchos de los nuestros y se salvó la de muchos judíos. ¿Cómo explicarlo...? El fragor de la lucha produce a veces una especie de enajenación o de furia en el soldado, una furia ardiente que surge de pronto, de las entrañas. Sin embargo la furia de Arán era gélida, precisa, silenciosa e inmisericorde. Mi abuelo me había contado en alguna ocasión que los grandes guerreros de antaño, en combate, se veían poseídos por espíritus de animales: el jabalí, terrible cuando resultaba herido; el oso, directo e implacable; el zorro, astuto y comedido; el lobo, certero y frío. Todos creían, Urbico el primero, que en realidad lo que quería mi amigo era recuperar su puesto como líder del contubernio. Y eso provocó que Urbico mismo luchara con más ahínco y brutalidad por las calles.

Pero no era eso lo que le ocurría a Arán. Yo lo sabía. Más de una noche, con Jerusalén a nuestros pies, oí llorar a mi amigo.

Al fin Floro, después de culpar a los sacerdotes por no haber logrado calmar a las masas, a Valerio y a Publio por no haber actuado con más brío y decisión por las calles, a sus funcionarios por no haberle avisado de lo que podía ocurrir y a los judíos de estar locos, ordenó que abandonáramos la ciudad.

En Jerusalén, en el palacio de Herodes, permanecieron Publio y sus sirios con orden de resistir hasta que Floro volviera con más tropas para encauzar la situación. Abandonar la ciudad sin dejar cierta presencia armada hubiera sido lo mismo que aceptar la derrota. Y Floro prefería poner en peligro la vida de quinientos hombres antes que admitir que se había visto superado por los acontecimientos.

Ya en Cesarea el procurador de Judea, aterrado, envió mensajeros a Antioquía suplicando la intervención armada de Cestio Galo, el gobernador de Siria.

Y empezaron a llegar noticias de todos los rincones de la procuraduría. La chispa prendida por la necedad y soberbia de Floro en Jerusalén se extendió por todas partes en cuestión de días y se contagió también por Galilea, Perea e Idumea, territorios gobernados por el rey Herodes Agripa. En las ciudades y en los campos se desató una espiral de violencia; en aquellas de mayoría judía, los judíos asesinaron a los griegos e incendiaron sus casas, mientras que en aquellas de mayoría griega, fueron los judíos los que sufrieron esa suerte.

Fue entonces cuando el rey Herodes Agripa, siguiendo órdenes de Galo, partió rauda a Jerusalén con parte de su ejército. El joven rey, bisnieto de Herodes el Grande, era muy respetado en la ciudad, aunque no ejerciera un control directo

sobre ella y no fuera más que un hombre de paja en manos de Roma. Pero convocó al pueblo en el gran gimnasio de Jerusalén para que le escucharan e intentar así calmar a las masas.

No sé si habrás leído las crónicas de un tal Flavio Josefo sobre la guerra de Judea. Yo tuve ocasión de leerlas hace un par de años. Digo esto porque el propio Josefo plasmó el discurso del rey en papiro. No recuerdo bien las palabras exactas, pero procuraré ser fiel a ellas. Imagínatelo: miles de personas congregadas y en silencio, expectantes, Herodes Agripa arropado por los sacerdotes y los ricos que temían que la revuelta los devorase, porque sabían que solo Roma era garante de su posición y sus riquezas, porque eran los perros guardianes de aquel rebaño de ovejas que había sufrido demasiado y durante demasiado tiempo. El rey, alzando la voz, dijo que comprendía a su pueblo, afirmó que Floro era el único responsable de todo lo ocurrido, que él mismo intervendría ante el emperador para que sustituyese a aquel hombre malvado en sus funciones, pero que no debían dejarse llevar al abismo por los desmanes de una sola persona porque ¿acaso no dominaba Roma el mundo? Y, dado que era así, ¿acaso no significaba que contaba con la aquiescencia divina? ¿No disponía el Imperio de recursos sin cuento? ¿No había derrotado Roma a los cartagineses de Aníbal? ¿A los macedonios descendientes de Alejandro? ¿A Esparta? ¿A Atenas? ¿A los galos? ¿A los germanos? ¿A los britanos? ¿Quiénes eran ellos, armados con palos y hoces, para enfrentarse a Roma si ni siquiera los cántabros, el pueblo más fiero del mundo, había sido capaz de resistir a las legiones y cargaba ahora con el yugo del Imperio? ¿Acaso querían poner en peligro el futuro de sus hijos y la ciudad sagrada?

Sintiendo que las masas empezaban a percatarse de la enormidad de lo ocurrido, Agripa siguió adelante. Se recaudaría la cantidad que se le adeudaba al César y todo quedaría en un mero altercado entre un procurador incompetente y un pueblo cuyo orgullo había sido herido. El emperador lo comprendería, aseguró el rey. Todo volvería a la normalidad. Pero entonces Agripa fue demasiado lejos. Quizá hubiera que soportar a Floro un tiempo más, hasta que el emperador encontrara al hombre adecuado. La tormenta que poco a poco el rey había ido calmando hasta llevarla al borde de la calma, estalló de nuevo con más virulencia al escuchar el nombre del procurador. Los insultos, los gritos de indignación y los abucheos, dieron lugar a una lluvia de piedras sobre unos hombres bien vestidos que decían servir a su pueblo pero a los que les traían sin cuidado las torturas, las muertes, las crucifixiones y la vida de miseria a las que se les había sometido. Y venían a ellos con mentiras, con palabras diseñadas para

que aceptaran lo inaceptable solo para defender sus tierras, sus intereses, sus privilegios y sus vidas de despilfarro, lujo y pecado.

Agripa huyó de Jerusalén en el acto, seguido de muchos otros, y las masas desbocadas dieron rienda suelta a su frustración, se dispersaron por la Ciudad Alta, asaltaron las casas de los ricos e incendiaron los archivos públicos, símbolo de la opresión de los ricos sobre los pobres al ser el lugar en el que se guardaban los documentos de préstamo de toda Judea. Las tropas de Agripa buscaron refugio en el palacio de Herodes y resistieron a la turba junto con los hombres de Publio durante días. Pero Jerusalén se había convertido en el imán de los desposeídos. Todos los días llegaban jóvenes a la ciudad dispuestos a empuñar las armas contra el invasor y sus secuaces. Hombres en otro tiempo prófugos de la ley, bandidos y salteadores de caminos, acostumbrados a las penurias y a la lucha, sumaron sus fuerzas a lo que ya era una rebelión declarada. El fin de los tiempos se aproximaba, decían los profetas, la virtud habría de derrotar al vicio, los pobres a los ricos, el campo a la ciudad, la luz a la oscuridad, Dios a Belial...

Escalofriante, ¿verdad?

Días después supimos que Publio y sus sirios, asediados por la turba, sin comida, sin agua y sin esperanza de ser rescatados, se habían rendido a las masas bajo la promesa de que las vidas de sus hombres se respetarían. Sin embargo, cuando los sirios dejaron las armas y salieron del palacio fueron masacrados. Puedes imaginar cómo nos sentimos los cántabros al conocer la suerte de aquellos hombres con quienes habíamos compartido sudor y sangre por las calles de Jerusalén.

Fue entonces cuando llegó un emisario con un mensaje de Antioquía: Cestio Galo, gobernador de Siria, había emprendido la marcha a la cabeza de sus legiones.

34

CESAREA MARÍTIMA
VERANO 66 D. C.

—¡Y entonces le dije «eso sí que es un milagro que merece la pena»! —rugió Teómaco—. ¡Convertir el agua en vino! ¡Yo lo que he conocido es a taberneros que hacen exactamente lo contrario, convertir el vino en agua!

Eirene rio. No así Valerio, encerrado como estaba en sus pensamientos. El romano apenas había desayunado, tenía la mirada perdida en las bolitas de miga de pan que llevaba haciendo un buen rato y que había empezado a disponer en filas y columnas. Aquella mañana había llovido un poco. Era el último día del verano y el calor sofocante de la estación se batía en retirada.

—¿Es cierto que los cristianos comen carne humana y beben sangre en sus reuniones? —preguntó Eirene.

—No lo sé —dijo Teómaco—. Pero tampoco me extrañaría. Parece ser que hay dos tipos de cristianos, los que se cortan el prepucio y los que no. Están convencidos de que el fin de los tiempos está cerca y de que el hombre al que seguían resucitó de entre los muertos, que volverá y que juzgará a buenos y malos. Por lo visto era un criminal que pretendía levantar a las masas de Jerusalén contra Roma. Fue crucificado y sus seguidores empezaron a desvariar y a mezclar dioses. Ya sabes, lo típico de los dioses: que si nació de una virgen, que si fue inseminado por un dios, que si huyó de una matanza de inocentes, que si tenía poderes mágicos... Lo de siempre y lo de todos. El rito de la carne y de la sangre es el mismo que el de Dioniso, o al menos se le parece sospechosamente.

—¿Y lo de «cristiano» de dónde viene?

—Una traducción. Los judíos creen que algún día llegará un salvador al que llaman mesías. Mesías significaría «ungido», «Cristo» en griego. Lo que no sé es cómo van a diferenciar los judíos al verdadero mesías cuando llegue.

—¿Por qué?

—Porque esta tierra está llena de ellos. Hay mesías por todas partes, cualquier predicador, cualquier bandido tiene a alguien detrás que se cree que es el salvador. Y claro, pasa lo que pasa.

Eirene miró a Valerio.

—¿Qué te ocurre, Valerio?

—Nada —suspiró el romano—. Nada.

—Yo sé lo que le pasa —dijo Teómaco—. Está nervioso como una doncella porque mañana a estas horas llegarán aquí las tropas de Cestio Galo, y con ellas la XII. Y no sabe cómo enfrentarse al hecho de que ya no son sus hombres y de que está al mando de una triste cohorte de bárbaros. ¿A que sí, Fulm?

—Eres un imbécil, Teómaco.

—¿Lo ves? —le dijo el griego a la mujer—. No hay satisfacción más grande en este mundo que la de tener razón. ¿Y quién está ahora ocupando el puesto que ocupaba el bueno de Fulminator? ¡Numerio! —dijo Teómaco triunfal—. Numerio, el viejo amigo de Fulm, con quien luchó espalda con espalda en Britania y en Germania, con quien compartió vino, hoguera, tienda de campaña, compañeros y enemigos.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó la mujer.

—¿Que qué ocurrió? Pues lo de siempre —dijo Teómaco—: mujeres. Y, a partir de ahí, la lucha encarnizada entre ambos por el puesto de primipilo en la XII.

—Nunca me lo habías contado —le dijo Eirene a Valerio con cierto toque de coqueta indignación.

Valerio guardó silencio.

—¡Claro que no te lo ha contado! ¡Porque no es algo de lo que sentirse orgulloso! Todo el mundo tiene sus secretillos inconfesables. Que por otro lado son los más jugosos.

—¿Tú también? —le preguntó Eirene al griego.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! ¡Yo soy la virtud hecha hombre!

—Creíamos que Numerio había muerto —dijo Valerio.

—¿Lo creísteis u os convencisteis de ello? —preguntó Teómaco con malicia.

—Fueron dos meses —dijo Valerio—. Estuvo desaparecido dos meses. Su centuria al completo había sido aniquilada. Buscamos por todas partes, encontré su espada...

—Pero no encontrasteis el cuerpo —completó Teómaco.

—No.

—También te digo, Fulm —apuntó el griego para acto seguido señalar a Eirene

—. Si tú desaparecieras, aunque fuera un par de horas, yo no respondería de mis actos con esta belleza. Y te aseguro que saltan centellas entre ambos cuando te vas. ¿A que sí, Eirene?

—¿Pero qué pasó? —preguntó la mujer intrigada—. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba?

—¡Ah! ¡La insaciable curiosidad felina de las féminas! —exclamó el griego.

—Una muchacha britana —dijo Valerio—. Hija de reyes, capturada entre los silures durante las campañas de Aulo Didio Galo. Numerio la compró y no tardó en enamorarse de ella.

—Cuéntalo todo —dijo Teómaco—. Tú tampoco tardaste.

—Cierto. Pero me debía a mi amigo.

—Además, ella te prefería a ti.

—Eso no lo sé.

—Puede que tú no, pero yo sí.

—Lo mismo da, Teómaco. Y ya no importa. Era suya, y Numerio me hizo prometer que me haría cargo de ella si a él le pasaba algo. Quería manumitirla y, cuando llegara el momento y le licenciaran, casarse con ella.

»Y le pasó algo. Numerio y toda su centuria desaparecieron en tarea de patrulla. Batimos los montes en su busca, bajo la lluvia constante, y encontramos los restos de una pequeña batalla en un bosque. Una emboscada. Tanto ella como yo lloramos su pérdida y el intenso dolor nos unió. Dos meses después aparecía Numerio en el campamento, delgado, con la túnica hecha jirones, con el cuerpo surcado de heridas y la cara hinchada por las constantes palizas que había sufrido durante su cautiverio. Nunca supe los detalles exactos del tiempo que pasó entre los salvajes porque fue entonces cuando nuestra amistad se hizo añicos. Me dijo que ella había sido lo que le había mantenido con vida, dijo que yo le había traicionado... —Valerio hizo una mueca de dolor al recordar y agachó la cabeza—. Que los dos le habíamos traicionado. Incapaz de contener su furia, Numerio empezó a darle puñetazos a la que aún era su esclava, y yo no pude hacer nada para evitarlo, precisamente porque era de su propiedad. Le supliqué, le pedí perdón, le ofrecí comprársela por todo lo que tenía... Pero fue inútil. Cuando, agotado, fue incapaz de golpearla más, decidió alquilársela a los legionarios más depravados de la unidad. Eirinn murió dos días después y Numerio echó el cuerpo a los cerdos.

—¿Eirinn? —dijo Eirene conmovida por la historia.

—Sí, Eirinn.

—No —dijo Teómaco—, no es una feliz coincidencia. Tu nombre le recuerda a

ella.

—Y poco después empezó nuestra pugna por el primipilato de la XII —concluyó Valerio.

—Cuando le concedieron el puesto a Valerio, Numerio pidió el traslado a Roma y se unió a la guardia pretoriana —continuó el griego—. Y ahora está de camino hacia aquí con Galo. Convertido por fin en primipilo de la XII.

—Estoy... —dijo Eirene—. No sé qué decir...

—No digas nada —zanjó Valerio—. Te lo ruego.

Al día siguiente, poco después del amanecer, ya se divisaba desde Cesarea la gigantesca nube de polvo que levantaban las tropas de Galo a su paso. La ciudad entera se encaramó a las murallas y a las torres para contemplar el prodigioso espectáculo que suponía ver acercarse poco a poco a un ejército compuesto por más de treinta mil hombres entre legionarios, jinetes, arqueros y auxiliares.

Por primera vez desde que llegara Floro de Jerusalén, las puertas de Cesarea se abrieron. La ciudad había vivido desde entonces en un estado de práctico sitio, aunque sin enemigos a la vista. Ciudades como Ascalón habían sufrido ataques, los campos estaban infestados de rebeldes y el procurador se negaba a dejar nada al azar. Ahora, la llegada de las tropas del gobernador de Siria no solo presagiaba el fin de días y días de miedos y aislamiento, sino también la destrucción inminente de aquella raza que había osado levantarse contra Roma. Los habitantes de Cesarea, jubilosos, recibieron a las tropas como habrían recibido a unos libertadores. Y mientras los legionarios iban llegando y levantando el campamento a media milla de la ciudad, mientras cavaban el foso y alzaban los terraplenes, las gentes los jaleaban y vitoreaban desde las murallas y las muchachas más atrevidas salían a llevarles flores y vino.

Esa noche Cesarea dormiría tranquila.

A media tarde, con el campamento dispuesto en perfecta cuadrícula, Galo entró en la ciudad a caballo y a la cabeza de una veintena de tribunos y centuriones para alojarse en el palacio de Herodes, ahora residencia del procurador de Judea, y para entrevistarse con Floro y con los hombres principales de Cesarea. Antes de que cayera la noche, Galo convocó a Valerio.

La sala donde el gobernador de Siria había establecido su despacho era amplia y lujosa, decorada con bellos frescos de escenas bucólicas, pebeteros de bronce y suelos cubiertos de mármol y mosaicos. Sin embargo, la presencia de una veintena de oficiales y la mesa repleta de documentos entre los que reinaba un

mapa de Judea extendido en el centro, le daban a la estancia ese aire marcial tan bienvenido del que hasta entonces había carecido el palacio.

Galo se puso en pie y esbozó una amplia y sincera sonrisa cuando vio a entrar a Valerio.

—Adelante, Valerio, pasa —dijo el gobernador—. Permite que te presente a mis tribunos: Décimo —el aludido inclinó la cabeza y estrechó el brazo del prefecto de la Cohors II Cantabrorum—, Cesenio, Neapolitano, Cayo, Cneo, Quinto, Paulo, Aurelio... y tengo entendido que ya conoces al primipilo de la XII, Numerio.

Los dos antiguos amigos se miraron a los ojos un instante. Valerio le ofreció la mano al antiguo pretoriano, pero este mantuvo las suyas entrelazadas a la espalda.

—Las manos —ordenó Galo con firmeza—. No toleraré que vuestras disputas personales se mezclen en esto.

—Por supuesto, señor —dijo Numerio—. Ha sido la alegría de ver de nuevo a mi viejo compañero.

El antiguo pretoriano, con una media y maliciosa sonrisa, alargó la mano gruesa, callosa y poderosa, y ambos hombres se las estrecharon con fuerza mientras se miraban a los ojos.

—¿Qué tal ese amigo griego tuyo? —preguntó Numerio—. ¿Sigue dándote por el culo?

—¡Centurión! —amonestó Galo.

—Mera charla entre amigos, señor —dijo Numerio con absoluta parsimonia.

—Vamos a lo que nos ocupa —sentenció Galo. Valerio y Numerio por fin se soltaron las manos—. Tengo intención de emprender la marcha hacia Jerusalén mañana. En condiciones normales deberíamos tardar unos cinco días, pero la maquinaria de asedio nos retrasará. ¿Decio?

—Diez días a lo sumo, señor.

—Bien —dijo Galo—. Harán falta al menos otros diez para tomar la ciudad al asalto. Mientras tanto, como de costumbre, fuego y destrucción: aldeas, cultivos, vides, olivos, todo. Hay que obligar a esos campesinos a bajar de los montes y plantar cara, y no hay mejor forma que haciéndoles saber que no tendrán nada para comer cuando llegue el invierno. También, con suerte, muchos huirán a Jerusalén. De ser así, cualesquiera reservas de comida que pueda haber en la ciudad se acabarán pronto. —Galo hizo una pausa antes de proseguir—. Sea como sea, la situación política que vive la ciudad es de absoluta confusión. Durante los disturbios que tuvieron lugar después de la intervención del rey

Herodes Agripa, la élite judía se dividió en dos; una parte liderada por el sumo sacerdote Anás, en favor de una solución negociada, y la otra liderada por su hijo Eleazar, que decidió pactar con los sicarios de un tal Menahem, responsable del asalto y la captura de la fortaleza de Masada. Hace unos quince días, derrotadas las fuerzas de Herodes Agripa en Jerusalén, encontraron a Anás oculto en las cloacas y fue ejecutado por orden de su hijo. Y hace unos días, por alguna razón, Eleazar capturó, torturó y ejecutó a su aliado Menahem y a muchos de los suyos. Con lo que Jerusalén misma se encuentra en un estado de guerra civil. Con suerte, cuando llegemos, se habrán matado entre ellos.

Tribunos y centuriones rieron entre dientes.

Siguieron entonces varias explicaciones sobre el estado de los suministros y el orden de marcha. Los auxiliares de la Cohors II Cantabrorum se unirían al avance, al fin y al cabo eran las únicas tropas que tenían algo de experiencia en la lucha por las calles de Jerusalén, y eso resultaría útil si los combates se prolongaban. Los cántabros de Valerio marcharían junto a la XII Fulminata como parte de las tropas destinadas al apoyo directo de esa legión. Valerio sabía bien lo que significaba aquello: en según qué situaciones, antes de arriesgar la vida de buenos soldados y ciudadanos romanos, eran los auxiliares los que se encargaban de desgastar al enemigo y de allanar el camino, pavimentándolo, generalmente, con sus cuerpos y su sangre. Una práctica que hasta ese momento Valerio había visto como natural y que hoy se le antojaba grotesca. Porque aquellos muchachos ya no eran para él una unidad desconocida proveniente de algún lugar lejano y de escaso valor militar. Eran sus muchachos. *Sus muchachos.*

—Partimos mañana antes del amanecer —sentenció Galo.

Cesarea, silenciosa y bajo el manto negro de la noche estrellada, aún dormía cuando la Cohors II Cantabrorum formó en columna de a cuatro en el ágora de la ciudad.

—Todo listo, señor —le dijo Marcelo a Valerio.

El prefecto respiró profundamente antes de dar la orden de marcha y observó a sus chicos: sus armaduras relucientes, sus estandartes, que más parecían trapos rojos que auténticas enseñas guerreras, sus rostros jóvenes, sus caras de sueño.

—Las guerras deberían librarse después del mediodía —protestó Teómaco a su lado a grupas de su viejo mulo.

Valerio dio media vuelta sobre sus talones y alzó el brazo.

—¡En marcha! —gritó el viejo centurión.

La cohorte recorrió la calle principal de Cesarea hacia el extremo norte y, una vez allí, Valerio ordenó a los centinelas que abrieran las puertas.

Los cántabros emergieron de la ciudad para unirse a las tropas de Galo. Muchas de las unidades ya estaban en camino, avanzando hacia el este. Se oía el inconfundible y ubicuo crujir del suelo bajo miles de sandalias, carretas y cascos de caballo y sus siluetas se veían recortadas contra un horizonte aserrado de colinas que empezaba a iluminarse tenuemente.

Otras unidades, aún inmóviles, formaban para la marcha después de haber recogido las tiendas de campaña y las estacas de la empalizada y haberlas cargado en las mulas. Una mula por contubernio, tiendas de campaña, estacas... A pesar de los esfuerzos de Eirene, de las promesas de Floro y de las buenas intenciones de los hombres principales de Cesarea, los cántabros aún no tenían nada de eso.

A Valerio se le erizó el vello cuando, a la luz de las antorchas, vio que se alzaba ante la primera centuria de la primera cohorte de la XII el águila de la legión, acompañada de estandartes rojos, mecidos por la suave brisa marina, que lucían las letras «XII FULMINATA» bordadas en oro, con el emblema del rayo; el mismo que Valerio llevaba tatuado en el pecho, sobre el corazón. Cuántas veces había marchado bajo esos mismos pendones, cuánto había hecho por el honor de la XII, la legión de su padre y de su abuelo, la vencedora de Alesia, la...

—¿Fulm? —dijo una voz desde las líneas—. ¡Fulm! ¡Eh, es el viejo Fulm! —les dijo el legionario a sus compañeros de formación al tiempo que, emocionado, señalaba a Valerio con el dedo.

Surgió un vítor entre las tropas que quebró el silencio marcial de la espera. El antiguo primipilo de la XII no recordaba cuándo había sido la última vez que los ojos se le habían llenado de lágrimas.

Un *optio*, con el casco coronado por un penacho y sendas plumas a los lados, se abrió paso entre los legionarios.

—¿Qué demonios es este jaleo?! —rugió la voz potente del suboficial.

—¡Es Fulm, señor! —dijo el legionario que había sido el primero en identificar a su antiguo primipilo.

El *optio* miró a Valerio y se acercó a él a grandes zancadas luciendo una enorme sonrisa.

—Fabio —dijo Valerio mientras asentía.

—¡Valerio! ¡Maldito hijo de puta!

Y las armaduras de ambos hombres chocaron al fundirse estos en un abrazo.

—¿Te han hecho *optio*? —preguntó Valerio.

—Ya ves —dijo Fabio señalándose el casco y alzando el bastón.

—No podrían haber elegido a nadie mejor —dijo Valerio—. ¿Y esa condecoración?

—Por lo de Rhandeia, con Corbulón. Les dimos a los partos mucho metal que comer una vez que el general se hizo cargo de la situación.

—Me lo contaron.

—Y se te echó en falta. ¿Cuánto hace?

—Cuatro años ya.

—Por Saturno, cómo pasa el tiempo.

—¿Qué tal están los hombres?

—Bien. Deseando poner en su sitio a los sin prepucio. Me contaron que te habían asignado una cohorte de auxiliares. ¿Son esos? —dijo Fabio señalando a los cántabros con el mentón.

—Sí.

—¿Qué tal son?

—Jóvenes, pero van aprendiendo.

—¿De dónde?

—Cántabros. —Fabio los observó de nuevo y asintió—. ¿Qué fue de Peto? ¿Sabes algo? —preguntó Valerio.

—Todavía debe de tener la mandíbula rota después del puñetazo que le diste. Volvió a Roma con el rabo entre las piernas. Ya no hemos sabido nada más de él. Todavía se habla de aquello entre la tropa —dijo Fabio riendo.

—¡*Optio*! —Era Numerio.

—Mierda —dijo Fabio entre dientes antes de dar media vuelta y cuadrarse—. ¡Señor!

—¡Vuelve a la formación!

Sin una palabra Fabio volvió corriendo a sus filas mientras Numerio se acercaba lentamente a Valerio.

—Vaya —dijo el primipilo de la XII cuando se detuvo a un paso del prefecto—. Esos muñequitos tuyos hasta parecen tropas de verdad. Ya se sabe, de noche y borracho hasta la mujer más fea parece una Venus.

—¡Pero si es el porquero de Britania! —gritó Teómaco veinte pasos más atrás—. ¡Qué alegría! ¿Has conseguido ya doblarte entero para chupártela o sigues intentándolo?

—Ese amigo tuyo un día va a sufrir un desafortunado accidente —dijo Numerio sin dejar de sonreír—. Me voy a permitir el lujo de darte un consejo,

Fulm. No te encariñes mucho con esos muchachos. Ya sabes lo que pasa con los auxiliares cuando hay que tomar murallas al asalto. —Valerio guardó silencio mientras le sostenía la mirada—. De nada —concluyó el primipilo antes de dar media vuelta y volver con sus hombres.

35

CERCA DE BETH ZAAANAN
OTOÑO 66 D. C.

Aún tardaron una hora en salir de Cesarea. La Cohors II Cantabrorum ocupó su puesto en el orden de marcha, justo detrás de la XII y delante de un contingente de arqueros. Los cántabros eran incapaces de salir de su asombro, ninguno de ellos había visto jamás nada parecido. Miraran hacia el frente o hacia su espalda, todo eran soldados, una columna interminable de tropas, mulas, caballos, bueyes enormes y lentos uncidos a las carretas, grandes y pequeñas, que transportaban la maquinaria de asedio y los suministros.

El sol ya se había despegado de las montañas del este y reinaba solitario en el cielo azul e inmenso. Por suerte, el astro ya no calentaba tanto como la última vez que recorrieron ese mismo camino.

—Volvemos a Jerusalén —dijo Urbico con una amplia sonrisa después de que Marcelo le revelara el destino del ejército—. Y esta vez será todo muy diferente.

—Con este ejército se podría conquistar el mundo entero —dijo Turenno.

—Precisamente —dijo Urbico. Luego, el líder del contubernio miró a Noreno—. Y pensar que algunos querían conquistar Roma con un puñado de jóvenes...

—¿Cómo iba a saber yo que el mundo era tan grande? —dijo Noreno a la defensiva.

—Al menos ya se te han pasado esas tonterías —dijo Urbico—. Lo que no sé es cómo los judíos se han atrevido a hacer lo que han hecho.

—A veces es mejor morir por un sueño que vivir en una realidad que no te permite soñar —dijo Arán.

—¡Vaya! ¡Pero si el héroe de Jerusalén tiene lengua! —exclamó Urbico.

—Nuestros abuelos lucharon hasta el final —intervino Noreno—. Jamás se rindieron.

—Y fueron unos idiotas —repuso Urbico—. Esto que tenemos alrededor es la realidad, y no se puede luchar contra ella.

—Sin soñadores no podría cambiarse la realidad —dijo Arán.

—Estupendo —dijo Urbico con cara de hastío—. Nos ha salido un filósofo.

—¿Filósofo? —preguntó Turenno.

—Gente que se dedica a pensar y a no hacer nada —explicó el líder del contubernio.

Siguieron caminando tras la estela de polvo que iban levantando las tropas que tenían delante. Hasta ellos empezaron a llegar las voces firmes y jubilosas de la XII entonando una canción y a esas voces se unieron las de Valerio y Teómaco.

—¿Qué dicen? —preguntó Viroto.

Urbico se encogió de hombros y aguzó el oído.

—Nombres de cosas... o de lugares «desde Alesia hasta Rhandeia y pasando por Farsalia» —dijo el juliobriguense—. Y... ¿A ver? «No llores, niña bonita, porque me vaya con otra, pues la quiero más que a ti. Supiste desde el principio dónde está mi corazón, mi corazón es el rayo y mi alma la legión, mis compañeros hermanos, y el águila mi pasión. Porque primero es la enseña, la enseña de la legión, luego quiero a mis hermanos, pues con ellos sudo y sangro, después adoro a mi espada, que es el filo de mi alma, que besa a mis enemigos en las tripas y en la cara, y luego ya vienes tú, niña querida y amada, así que no me preguntes si eres tú lo que más quiero, porque la respuesta es no, porque si tu diosa es Venus, es Marte mi valedor y es mi corazón que late sirviendo al emperador. Y si las Moiras lo quieren, y así lo deseo yo, corten el hilo sobrante, a la sombra del estandarte, de la decimosegunda legión».

—Deberíamos pensar en algo nosotros, para la cohorte —dijo Turenno entusiasmado mientras los legionarios seguían cantando.

—¿Como qué? —preguntó Urbico—. ¿«Cuatro necios se alistaron en una montaña verde»?

—No, eso no, algo que nos inspire —dijo Turenno.

Urbico, desdeñoso, resopló como un caballo.

—Huele a quemado —dijo Noreno.

Todos miraron a un lado y a otro y olfatearon el aire como hubiera hecho un perro.

—Es cierto —dijo Viroto.

—Mirad.

A lo lejos se veía una columna de humo negro que, a falta de viento, se alzaba impasible hacia los cielos hasta llegar a oscurecer el sol.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó Turenno.

Arán sintió un pinchazo en el corazón.

—Creo que es Beth Zaanán —dijo Urbico—. Le habrán prendido fuego.

—Mirad —dijo Negalo apuntando hacia la derecha—. Otra. Y allí parece que hay fuego.

—¿Dónde?

—En los trigales.

Vieron entonces que se desgajaba del ejército un destacamento de caballería armado con antorchas que se dirigía al norte al galope. Al rato vieron otro de esos destacamentos, galopando hacia el sur, y poco después más columnas de humo.

La XII seguía entonando cánticos mientras marchaba.

—Lo están quemando todo —dijo Turenno.

—Precisamente lo que deberíamos haber hecho nosotros hace tiempo —repuso Urbico.

Un joven jinete, ataviado con una bellísima coraza plateada, yelmo con penacho negro y capa roja, llegó entonces al trote hasta el frente de la cohorte y se detuvo ante Valerio. Hablaron un instante, el uno desde lo alto de su magnífica montura blanca, señalando hacia el noreste, mientras el otro asentía. Luego el jinete espoléó de nuevo su caballo y siguió adelante. Valerio alzó la mano y gritó:

—¡Cohorte! ¡Izquierda! ¡Paso ligero! ¡Conmigo!

Los cántabros siguieron a su prefecto y se alejaron de la lenta e interminable columna de tropas que seguía inmutable su parsimonioso avance hacia el este. A su espalda se fue difuminando el sonido de los cánticos de la XII hasta convertirse en un lejano murmullo y luego en silencio.

Remontaron una colina pedregosa repleta de olivos bellos, nudosos y viejos. Era la colina y eran los olivos bajo los que Arán y los suyos se habían refugiado del sol en las ocasiones en que habían salido de patrulla cuando vivían en Beth Zaanán. Desde lo alto se divisaba la serpiente acorazada, brillante y plateada que era el ejército de Galo y que parecía querer hacer suyos todos los rayos del sol, una especie de río de acero cuyo cauce era la calzada. Valerio dio el alto y empezó a ladrar órdenes. Los hombres dejaron los petates en el suelo, y empuñaron los zapapicos. Todos menos Arán, que contemplaba absorto e incrédulo la bola de fuego que estaba devorando Beth Zaanán y las llamas que estaban reduciendo a cenizas campos de labor que al comienzo de la primavera habían sido como lagos verdes en medio de aquella tierra ingrata.

—¡Casio Calpurnio Capeno! —rugió Marcelo autoritario.

Arán, inmóvil, ensimismado, no respondió.

—¡Casio Calpurnio Capeno! —dijo Marcelo de nuevo, esta vez gritándole al oído.

Arán despertó de su letargo.

—Sí... sí, señor.

—Suelta las cosas, coge el zapapico y empieza a talar olivos.

—¿Señor? —dijo Arán confundido.

—¡Maldita sea, Capeno! ¡El zapapico y a por los olivos! ¡No hay tiempo que perder!

—Pero... son árboles, señor.

Ya empezaban a oírse los primeros golpes del metal hiriendo la madera viva.

—¿Crees que no lo sé?

—Pero ¿por qué?

—Eres un hombre valiente, Capeno. Y te aprecio porque aprecio la valentía. Pero no abuses. Cumple la orden y no hagas preguntas.

—Sí, señor.

—No vuelvas a hacer preguntas.

Cuando, a media tarde, la cohorte, ya exhausta, emprendió de nuevo el camino hacia la columna, dejando tras de sí centenares de tocones en lo que había sido un bello bosque de olivos, los cántabros pasaron junto a las ruinas aún humeantes de Beth Zaanán. A lo lejos se veía la retaguardia del ejército de Galo.

—¡Señor! —gritó Arán angustiado dirigiéndose a Marcelo—. ¡Señor!

Marcelo, al oírle, dio media vuelta y caminó a lo largo de la cohorte en marcha hasta llegar junto al quinto contubernio de la tercera centuria.

—¿Qué ocurre, Capeno? —preguntó sin dejar de caminar.

—Esa es la aldea en la que estábamos apostados.

—¿Y?

—Permiso para ir a echar un vistazo, señor.

—¿Qué? —preguntó Marcelo molesto.

—Se encariñó de una judía, señor —dijo Urbico con sorna—. Querrá ir a ver si queda algo de ella.

Arán miró a Urbico con odio. Marcelo resopló y negó con la cabeza.

—Dos horas, Capeno, dos horas —dijo Marcelo—. Si dentro de dos horas no estás en tu puesto, te juro por la sangre de mis antepasados que te arrancaré las pelotas y te las haré comer. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Permiso para acompañarle —dijo Noreno.

—Sí —respondió Marcelo—. Será mejor que vayas con él. —Arán y Noreno echaron a correr hacia Beth Zaanán—. ¡Dos horas! —gritó Marcelo.

Lo que había sido una aldea ya no era más que una mancha negra y silenciosa en medio del paisaje. Arán y Noreno llegaron corriendo hasta la fuente. Todavía fluía el agua de la roca y aún se oía el crepitar de algunas vigas. Tosieron al respirar el humo.

De las humildes viviendas solo quedaban los muros chamuscados, y la sinagoga había sido arrasada hasta los cimientos. Oyeron un repentino crujir y el muro de una de las casas se vino abajo con estruendo.

—Esa era la casa del carpintero —dijo Noreno para romper el silencio.

No sirvió de nada. Arán, conmocionado, no pudo decir palabra. Caminaron lentamente en medio de la desolación.

—¿Es esto en lo que nos hemos convertido? —preguntó Arán.

Esta vez fue Noreno el que no dijo nada.

Se acercaron a lo que quedaba de la casa de Ruth y Arán recordó lo que ahora se le antojaban tiempos felices. Ya no había azotea, ya no había plato en la puerta, ya no había olor a pan recién hecho por las manos de Ruth...

—Arán —dijo Noreno señalando hacia su derecha—. Allí.

Eran una veintena de cuerpos, ejecutados a sangre fría después de haber sido obligados a abandonar sus hogares. Dos lágrimas, una de rabia y otra de impotencia, surcaron las mejillas cubiertas de sudor seco y polvo de Arán. Los jóvenes cántabros se acercaron a los cadáveres.

—Mira, la vieja que solía charlar junto a la fuente... —dijo Noreno.

Arán se arrodilló junto a otro de los cuerpos, el de una mujer, y le retiró el trozo de tela empapado en sangre que le cubría el rostro. Era la muchacha con la que Ruth solía hablar, tenía el rostro congelado en el horror. Un poco más allá estaba el padre de Ruth, y el carpintero. Y el viejo al que todos escuchaban en la sinagoga. Inspeccionaron todos los cuerpos. Pero no había ni rastro de Ruth.

—Puede que huyesen a tiempo —dijo Noreno.

—O que los hayan capturado y que ahora estén de camino a algún mercado de esclavos.

—No creo, se hubieran llevado al herrero, y a esos dos niños de ahí. No, han matado a todo el que han encontrado. Puede que hayan huido a los montes, o a las cuevas. Mi abuelo me contaba que fueron muchos los que huyeron a las

montañas durante la Gran Guerra, aunque siempre había quienes se negaban a abandonar sus casas.

Arán miró a su alrededor, a la desolación, a la tristeza.

—No quiero esto, Noreno. No lo quiero.

—Yo tampoco, pero ¿qué quieres que hagamos?

—No somos lobos, Noreno. Somos perros. Perros al servicio de un amo inmisericorde. Eso es lo que somos.

—¿Acaso podemos elegir?

—Siempre se puede elegir.

—Tenemos que aceptar lo que somos ahora. Además, nada de esto habría ocurrido si no se hubieran rebelado.

Arán miró a su amigo como si no le conociera.

—Hablas como ellos.

—No —dijo Noreno horrorizado—. No. A mí tampoco me gusta esto, pero ¿qué opción tenemos? ¿Desertar?

—Puede ser —dijo Arán con esa voz gélida con la que hablaba cuando sus ojos se perdían en el horizonte—. Puede ser —repitió ensimismado.

—No. Eso no. Nunca. No me arriesgaré a acabar clavado en una cruz. Y menos aún a verte a ti clavado en una. ¡Olvídate de ello! ¿Me oyes? ¡Olvídate! Dentro de unos días estaremos luchando en Jerusalén al lado de un ejército invencible. Tú lo has visto como yo. Pasaremos por ello como podamos, sobreviviremos, y a partir de entonces todo será paz. Nos destinarán a Cesarea, veremos carreras de carros, combates de gladiadores, nos iremos de putas y beberemos vino. Y dentro de veinticuatro años volveremos a casa convertidos en ciudadanos romanos, yo me casaré con Aia y tú... Tú con quien tú quieras.

—Con Ruth.

—Pues cuando acabemos en Jerusalén buscaremos a Ruth, te lo prometo. La buscaremos juntos.

—¿Y si no la encontramos? ¿Y si está muerta?

—Pues entonces dentro de un año te habrás olvidado de ella.

—¿Como tú de Aia?

Noreno miró a su amigo a los ojos.

—¿Recuerdas para qué nos alistamos, Noreno? —preguntó Arán.

—Perfectamente. Porque odiábamos a los romanos, porque nos robaban y porque en cuestión de un año conquistaríamos Roma. Pero éramos unos ignorantes, yo el primero.

Un instante de silencio.

—¿Y si estamos en el bando equivocado? —dijo Arán.

—No —dijo Noreno—. No. No sigas por ese camino. Puede que estemos en el bando equivocado, pero estamos en el bando vencedor.

—Pero solo es el bando vencedor porque todo el mundo piensa que lo es. También nuestros antepasados estuvieron en el bando perdedor. Y lo sabían. Y lucharon hasta el final, porque también sabían que si se sometían se estarían negando a sí mismos. ¿Con quién hubieras luchado tú?

—No pienso escucharte, Arán. —Noreno dio la vuelta y se alejó unos pasos—. No pienso escucharte. Estás perdiendo la cabeza. Olvídate de todo eso, ¿de acuerdo? No lo pienses más. Te lo suplico.

—No merece la pena vivir para esto.

—Deja de decir sandeces. Lo que merece la pena es poder volver a casa. Y poder hacerlo juntos.

—No. Ni siquiera eso merece la pena.

—Ya basta, Arán. Ya basta. Volvamos con los nuestros.

Oscurecía cuando los dos jóvenes cántabros llegaron al campamento que habían levantado los legionarios de Galo. Buscaron su cohorte y vieron a Urbico y a los demás cenando al calor de una de las miles de hogueras. Al verlos, Turenno se levantó de repente y sonrió.

—Vamos —los animó—, vamos, venid. Os estábamos esperando.

—¿Para qué? —dijo Noreno.

—Ahora además de un filósofo contamos con un poeta —informó Urbico con desdén—. Por lo visto lleva dándole vueltas todo el día a lo de la canción para la cohorte.

—Vamos, Urbico, démosle una oportunidad, a ver qué se le ha ocurrido —intervino Negalo.

—Sentaos, sentaos —dijo Turenno emocionado—. A ver qué tal me sale.

En pie, Turenno se aclaró la garganta y observó a sus compañeros. Noreno, Viroto y Negalo, sentados, le miraban expectantes. Urbico, tumbado boca abajo, miraba al suelo y jugueteaba con una rama. Arán tenía la vista perdida en las llamas.

—Allá va, estoy un poco nervioso, no creáis...

—Venga, acaba ya con esta tortura —dijo Urbico.

*Como sé de dónde vengo, no me importa adónde voy.
Vengo de la tierra verde, de las montañas nevadas,*

de los árboles robustos y de las fuentes sagradas.

—¡Por los huevos de Marte! —exclamó Urbico riéndose—. ¿Qué es eso?
—Deja que siga, Urbico —dijo Arán autoritario—. Empieza otra vez, Turenno.
Turenno volvió a aclararse la garganta:

*Como sé de dónde vengo, no me importa adónde voy.
Vengo de la tierra verde, de las montañas nevadas,
de los árboles robustos y de las fuentes sagradas.*

*Fluye en mis venas la sangre de los guerreros de antaño,
hombres rudos, hombres nobles, hombres de fuste y redaños
cuyas gestas nos cantaron a la luz de las hogueras,
donde nacen las pasiones y se forjan las leyendas.*

*Ellos supieron morir, porque supieron amar.
Que la vida nada vale si no hay por lo que luchar.*

*Y murieron en la cruz, sin lamentos, sin pesar,
entonando viejos himnos de valor y lealtad.*

*Hoy viven con las estrellas, hoy nos oyen caminar.
Hoy nos dicen «adelante», hoy van a vernos luchar.*

*No los ves, no los escuchas, no los sientes al hablar;
pero están aquí, conmigo, ellos me sostienen hoy.
No me rindo, no me arrugo, no me inclino, no me doy.
Porque cántabro nací, y a ellos debo lo que soy.*

*Tengo la fuerza del oso, ruge el lobo en mis entrañas,
tiene mi brazo la fuerza de todas esas batallas.
Soy el roble, soy la mar, soy la roca, soy la sal.*

*Hiere en vano el enemigo cuando ataca al corazón,
porque no está aquí, en el pecho, y te daré la razón:
yace tendido en mi tierra, paciente, bajo la lluvia,
esperando mi retorno, porque allí debo morir.*

*Vengo de la tierra verde, de las montañas nevadas,
de los árboles robustos y de las fuentes sagradas.*

*¿Me dices qué hago tan lejos?
¿Me dices que a dónde voy?
No me importa, no lo niego,
porque Cantabria soy yo.*

Se hizo el silencio entre los contubernales y entre los cántabros de las hogueras cercanas.

—¿Qué tal? ¿Qué os ha parecido? —preguntó Turenno impaciente.

—Una mierda —dijo Urbico.

—Me encanta —dijo Noreno.

—¿Arán? ¿Qué opinas tú? —preguntó Turenno.

—¿Sinceramente?

—Claro.

—Creo que has resumido en muy pocas palabras lo que sentimos todos.

Turenno sonrió.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Eh, Turenno! —dijo un muchacho del cuarto contubernio—. ¿Qué es eso que has cantado?

—Algo que se me ha ocurrido para la cohorte.

Al día siguiente Jerusalén estaba más cerca. Ardían los campos y las aldeas, caían los olivos y las vides bajo los zapapicos.

La XII entonaba sus cánticos.

La Cohors II Cantabrorum, el suyo.

36

ROMA

OTOÑO 66 D. C.

Nerón apartó ligeramente una de las cortinas del teatro que, entre columnas, separaban el escenario de los vestuarios, lo justo para poder ver a su público, que ya empezaba a ocupar el auditorio. Se oía el murmullo de las charlas sobre las bancadas de piedra, la gente se levantaba para dejar paso a quienes iban llegando. Abajo, en las primeras localidades, donde la bancada de piedra abrazaba la orquesta, se iban acomodando los senadores, con sus cojines blancos, azules o dorados. Tras ellos los ciudadanos del orden ecuestre, hombres acaudalados, aunque no lo bastante como para acceder a los puestos senatoriales. Más allá, el pueblo llano.

El emperador dejó caer la cortina y agitó las manos para destensar los músculos. Luego emitió con la garganta una nota grave y otra aguda.

—¿Crees que les gustará, Tigelino? —preguntó Nerón como un niño avergonzado.

—No me cabe la menor duda, César —dijo el prefecto de la guardia pretoriana.

Tigelino sabía bien lo que decía, porque hacía tiempo que había reclutado toda una legión de jaleadores y aplaudidores que acudían a todas las representaciones del emperador. Legión porque eran cerca de cinco mil jóvenes, organizados en cohortes y centurias, con sus líderes de sección, jerarquía y sueldos, entrenados en los tres tipos de aplauso: bombo, teja y castañuela y distribuidos estratégicamente entre el público para mayor efecto.

—¿Qué tal estoy así, Popea, amor mío? —le preguntó el emperador a Esporo, el joven castrado con el que Nerón había contraído matrimonio y que ahora se maquillaba como una mujer y se vestía con las ropas de la fallecida emperatriz.

Inspirado por las imágenes de guerreros helenos que decoraban la cerámica griega que abundaba en palacio, Nerón lucía un aparatoso casco corintio con un enorme penacho blanco de plumas y de cuatro palmos de alzada. Una coraza de

bronce oprimía la oronda figura del Julio-Claudio, que estaba desnudo de cintura para abajo y calzaba sandalias blancas. En el hombro cargaba con un muñeco de trapo relleno de plumas de ganso en forma de hombre anciano, a tamaño real, y confeccionado para la ocasión. El emperador tenía los genitales y el pequeño pene encogidos por el frío.

—Eres el mismísimo Eneas, querido —dijo Esporo con una sonrisa.

—Me molesta un poco la coraza —dijo Nerón, resignado, enclaustrado su torso obeso entre metales.

—Que no quiera ser artista el que no sabe sufrir —ofreció Esporo.

El emperador le dio a Esporo un apasionado beso en los labios. Luego le enmarcó las mejillas con las manos y le miró fijamente.

—Siempre supiste darme fuerza, Popea —dijo el emperador—. No es fácil para el artista abrirle su alma al público.

—Llevas meses componiendo y ensayando, mi amor —dijo Esporo—. Todo saldrá bien. Te lo aseguro.

Nerón cerró los ojos, respiró profundamente, sacudió las manos de nuevo, luego las piernas, emitió una vez más una nota aguda y otra grave y alargó la mano.

—Mi lira —dijo el emperador.

Un solícito esclavo, cuya única labor era cuidar de aquella lira de oro y marfil, se la entregó al instante. Nerón tocó unas notas y se volvió a Esporo.

—Qué nervioso estoy —dijo.

—El mismísimo Apolo te ha guiado hasta aquí, no creo que vaya a abandonarte ahora —dijo el castrado.

—Pero es que Roma no sabe apreciar estas cosas, Popea. No ha sabido nunca. Temo hacer el ridículo, temo parecer ordinario...

—No podrías ser ordinario aunque le pusieses todo tu empeño, querido. Además, tómate esto como otro ensayo: el año que viene estaremos en Grecia, recorriendo los teatros en los que Sófocles, Aristófanes y Eurípides presentaron sus obras ante un público expectante y muy exigente. ¿Crees que ellos no estaban nerviosos?

—Sí, claro que lo estarían —admitió Nerón—. Los griegos sabrán apreciar mi contribución al arte.

—Por supuesto que sí.

Más allá de las cortinas el murmullo incesante de voces fue cediendo poco a poco al silencio. Tigelino apartó un poco la tela, observó el auditorio y la dejó caer de nuevo.

—Ya no cabe nadie más, César.

—Por Apolo, qué nervios.

Se acercó entonces un hombre vestido con una larga túnica blanca, peluca y una máscara que simbolizaba la tragedia.

—César —dijo el hombre inclinándose ante el emperador.

Nerón volvió a respirar profundamente y asintió.

—Adelante, Poliodoro —dijo el César con firmeza.

Entonces el actor hizo una reverencia, desapareció tras las cortinas y emergió al escenario. Al instante se oyeron los aplausos del público.

—Están ansiosos —dijo Esporo.

—Espero no decepcionarlos —repuso Nerón.

Los aplausos fueron muriendo y entonces se oyó la voz afectada, potente y lastimera de Poliodoro.

—Triste, triste Troya. ¿No la veis allí? ¿No la veis arder? Contemplad cómo las llamas envuelven los templos altivos y las mansiones doradas de la ciudad gloriosa, ved cómo se reflejan las llamas hambrientas e inmisericordes en el río Escamandro. ¡Triste! ¡Triste Troya! ¿Dónde están ahora tus tesoros? ¿Dónde tus hombres valientes? Cayeron. ¡Oh, Troya! Cayeron todos, víctimas de la furia del pélida Aquiles, del bronce indomable de Áyax el telamónida y de la mente perversa del ingenioso Odiseo. ¡Arde Troya! ¿No oís los lamentos de sus mujeres? ¿Los gritos de sus niños? ¿No oís cómo se hunde el bronce de los aqueos en los cuerpos indefensos? ¡Triste Troya! —Poliodoro hizo un pronunciado gesto hacia las cortinas y se llevó la mano derecha al oído—. Pero aguardad un instante... ¡Oigo pasos! ¿Quién viene? ¿Ha sobrevivido alguien a la matanza? ¿Hay esperanza en este mundo de odio y maldad? —Las cortinas se abrieron y emergió Nerón, con su coraza, su casco, desnudo de cintura para abajo, blandiendo su lira y con el muñeco de trapo al hombro. El público rugió y aplaudió con entusiasmo hasta el punto de ahogar las palabras de Poliodoro, que esperó un instante antes de proseguir—: ¿Es él? ¿Puede ser, amigos míos? ¡Sí! ¡Es Eneas! ¡Hijo del dardanio Anquises, a quien lleva a cuestas, y de la mismísima Afrodita!

Poliodoro corrió hacia las cortinas y desapareció, dejando al emperador con su lira ante miles de espectadores que, ahora, guardaron silencio. Nerón cerró los ojos y acarició las cuerdas de la lira con los dedos hasta arrancar de ella la melodía que había compuesto. Tenía que sentir tristeza para interpretar la pieza, así que hizo lo posible por convocar a su mente recuerdos dolorosos de su niñez: su padre, irascible y brutal, muerto cuando él tenía tres años; su madre,

dominante y sin escrúpulos, exiliada por Calígula a una isla remota; la confiscación de los bienes de su familia; su tía Domicia Lépida, intransigente y severa; las palizas de sus maestros, las burlas de los otros niños que le decían que era gordo y que olía mal, los asesinatos, la locura... Aquel niño solo había querido amar y ser amado, solo eso, pero los dioses habían decidido que sus hombros soportasen el peso del mundo, que fuera un Atlas en vez de un Apolo. Y entonces sintió que las lágrimas le inundaban los ojos, que le recorrían las mejillas hasta los labios, y saboreó la sal amarga del llanto que tan presente había estado en su vida.

—¡Triste Troya! —entonó al compás de su lira—. ¿Pero qué puedo hacer yo? Ahora que todo está perdido. ¿Adónde he de dirigir mis pasos ahora que lo que fui ya no existe? ¿Quién ha de guiarme? ¡Padre! ¿Lo sabes tú? —le dijo al muñeco que le colgaba del hombro—. ¡Ah! ¡Lamento de lamentos! ¡Tristeza de tristezas! —Más acordes de lira—. ¡Afrodita, madre y protectora! ¿Qué me dices? No te oigo. ¿Surcar el mar? ¡No te entiendo! ¿Hacia dónde? ¿Con qué objeto? ¿Hacia el oeste, dices? ¿Hacia donde se hunde el sol? ¿Qué he de encontrar allí? ¿Una nueva tierra? ¿Un lugar donde vuelva a alzarse Troya? ¿Invencible? ¿Poderosa? ¿Dominadora del mundo? ¿Vengadora de injusticias? ¿Dónde, madre amada? ¿Dónde? ¿Roma, dices? ¿Es así como ha de llamarse?

El público, bien adoctrinado, permanecía en silencio, el lamento de Eneas trepaba por las gradas. El emperador, entregado, modulaba su voz tal y como le habían enseñado sus maestros griegos de canto y, a cada verso, iba adquiriendo más confianza en sí mismo. Sentía cómo la pieza le manaba del alma; tristeza y esperanza enlazadas la una con la otra para crear una trenza de desgarradora tragedia. Ni siquiera en los ensayos le había salido tan bien.

—¡No! ¡No le temo al mar bravío que surcaron los aqueos! ¡No le temo a la inmensidad de la líquida llanura que...!

El emperador se detuvo de repente y dejó de tocar. ¿Había oído un ronquido? Lentamente Nerón bajó la lira y, horrorizado, abrió los ojos y observó a los asistentes. En la segunda fila, entre los senadores, había un hombre de unos cincuenta años, de brazos cruzados, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Roncaba. ¡Estaba roncando!

Miles de miradas se posaron en el rostro del senador, y quienes estaban a su lado se apartaron de él dando lugar a gradas vacías a su alrededor. La mano del emperador, sin fuerza, dejó caer la lira, que, al impactar contra el escenario, emitió dos acordes cacofónicos.

—¡Detenedle! —estalló el emperador señalando al infractor con un dedo

índice que hasta entonces había marcado las delicadas notas de su instrumento —. ¡Detenedle!

Cuatro de los pretorianos que custodiaban las entradas del teatro corrieron hacia el senador, que, en ese momento, despertaba sobresaltado. En cuestión de instantes, y a pesar de las protestas del hombre, los soldados se lo llevaron de allí.

—¡Fuera todo el mundo! —gritó Nerón desde el escenario—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

Hubo revuelo en las gradas y una estampida hacia los accesos. Tigelino salió corriendo al escenario.

—¿Qué ocurre, César?

—¡Que se vayan todos! ¡Fuera!

Poco después, con el teatro vacío, Nerón se dejó caer de nalgas al suelo, se abrazó las rodillas y empezó a sollozar como un niño. Al instante apareció Esporo.

—Estaba roncando —dijo el emperador completamente angustiado—. Estaba roncando.

—¿Quién, César?

—Tito Flavio Vespasiano —dijo Nerón—. Roncando.

37

JERUSALÉN
OTOÑO 66 D. C.

Se oyó una orden y, al momento, el chasquido de las cuerdas y el crujir de la madera. Luego el silbar de la gran roca alejándose por los aires y, al fin, el sordo impacto contra las murallas de la ciudad acompañado del estremecimiento de sillares y cimientos. Si se estaba atento, podía sentirse la reverberación del golpe en las plantas de los pies.

La veintena de piezas de artillería que tanto había costado llevar hasta Jerusalén llevaban dos días sometiendo al muro norte de la ciudad a un constante bombardeo, los artilleros afirmaban que estaba a punto de venirse abajo. En cuanto lo hiciera, le tocaría actuar a la infantería. Tres veces habían intentado los judíos salir en tromba desde sus defensas para atacar e incendiar los dañinos artefactos, y las tres habían sido rechazados por una tormenta de flechas y cargas de caballería. Era poco probable que lo intentaran una cuarta. Seguramente estarían esperando a que cayera el muro para recibir, en las entrañas de la Ciudad Nueva, el inminente asalto romano.

Cestio Galo había decidido atacar ese punto de la ciudad por ser el más vulnerable. Con suerte, una brecha en las murallas y un avance decidido provocaría el desmoronamiento de toda resistencia. Aunque, de no ser así, las tropas del gobernador de Siria aún tendrían que asaltar la segunda muralla, más robusta que la anterior, y que separaba la Ciudad Nueva del barrio del Tiropeón, el barrio del mercado, en el extremo del cual se alzaba la imponente fortaleza Antonia. Superada esa, aún quedaba el obstáculo de la primera muralla, que era la que abrazaba la Ciudad Vieja. Al este, lindando con las tres secciones de la ciudad, se extendía la inmensa explanada del Templo, del que se veían emerger constantes columnas de humo, prueba evidente de que los judíos estaban llevando a cabo sacrificios a su dios de forma continua, pidiéndole, sin duda, que interviniese en su favor y los asistiese en la batalla que se avecinaba.

Las tropas romanas formaban dispuestas a recibir la orden de avance, que llegaría en el momento en que parte del lienzo de la muralla se derrumbase. Como de costumbre, en primera línea estaban desplegadas las unidades auxiliares. Serían estas las primeras en entablar combate con el enemigo para debilitarlo y abrir camino, luego avanzaría la XII siguiendo la estela de aquellas para barrer por completo a los defensores.

—¿Queda claro? —dijo Galo en su amplia tienda de campaña, rodeado de tribunos y centuriones.

—Sí, señor —dijeron los presentes al unísono, entre ellos Valerio.

Un espléndido busto de mármol del emperador los observaba desde una esquina.

—No es necesario que os recuerde que la victoria ha de ser rápida —dijo Galo—. Bien, a vuestros puestos. Que Marte os acompañe. ¡Por el César!

—¡Por el César! —corearon todos.

Centuriones, tribunos y prefectos empezaron a salir del pretorio y a encaminarse a sus unidades.

—Suerte, Fulm —dijo Numerio una vez fuera—. Espero que tus chicos no se caguen encima antes de que lleguemos.

—Harán lo que se espera de ellos —repuso Valerio.

—Seguro que sí —dijo Numerio condescendiente.

El primipilo de la XII rio entre dientes. Sin más, Valerio dio media vuelta y se alejó de él.

Galo necesitaba una victoria rápida, y a nadie se le escapaba el porqué. El avance desde Cesarea, sencillo y casi triunfal al principio, se había topado con más y más resistencia a medida que el ejército se iba acercando a Jerusalén. La táctica de tierra quemada había provocado que pastores y campesinos se echaran a los montes y hostigaran a las legiones con el único modo de lucha a su alcance: ataques rápidos en los puntos más débiles de la inmensa columna, antorchas que surcaban la noche para prender en las tiendas de campaña y asustar a los animales, ataques con hondas, piedras y palos desde los riscos. Aparecían y desaparecían. Al principio no habían supuesto un problema, pero se estaban organizando. Cada vez eran más y los bandidos que durante años habían infestado aquella tierra, acostumbrados ya al liderazgo, organizados aunque fuera de forma rudimentaria, y dotados de armas algo más mortíferas que las que empuñaban los campesinos, habían empezado a articular la resistencia de los aldeanos y a convertirla en algo más coherente. No obstante, el mayor problema al que se enfrentaba el ejército de Galo era que, precisamente debido a esa masa

dispersa de campesinos, las comunicaciones y las líneas de suministro con Cesarea estaban cortadas. Y las legiones tan solo disponían de comida para diez días, quince a lo sumo. Más aún, el otoño parecía llegar crudo.

Valerio se dirigió a la amplia explanada, donde se había habilitado un espacio con mesas repletas de instrumentos quirúrgicos, cestos y cubos de agua. Allí, con su delantal amarillento, junto a una de las mesas destinadas a depositar los cuerpos de los heridos, estaba Teómaco y, un poco más allá, una veintena de médicos más que charlaban entre ellos. Al griego le temblaban el cuerpo y las manos, y no parecía contento de ver a Valerio.

—¿Preparado? —preguntó el romano poniéndole la mano a su amigo en el hombro.

—Que te den por el culo —gruñó Teómaco.

—Toma, te he traído esto —dijo Valerio entregándole un odre con vino.

Teómaco, de malas maneras, se lo arrebató de las manos, se lo llevó a la boca y bebió como un camello en un oasis. Luego se secó las barbas con el dorso de la mano y se percató de que Valerio le observaba esbozando una cálida pero triste sonrisa.

—¡No me mires así, no te la pienso chupar! —rugió el médico.

—Siempre te pasa esto antes del combate. Eres el mejor médico que conozco. Y mi mejor amigo.

Los ojos de Teómaco se humedecieron.

—No te pongas sentimental, Fulm. No me gusta cuando te pones así.

—Quiero que me prometas...

—¡Maldita sea! ¡No te va a pasar nada, romano asqueroso! ¡Y si te pasara, pues casi mejor, así no tendré que aguantar esa cara de cloaca!

—Eirene —dijo Valerio sin prestar atención al griego—. Prométeme que cuidarás de ella.

Teómaco asintió y Valerio decidió emprender el camino hacia su cohorte. De pronto el griego empezó a gritar improperios a su espalda.

—¡Eres un imbécil, Valerio, un imbécil! ¡Asegúrate de volver, porque si no lo haces te aseguro que me follaré a Eirene todos los días! ¡Boca arriba y boca abajo! ¡Por delante y por detrás! ¡No habrá un orificio de su cuerpo que no le explore con la polla! ¡Te lo advierto, Valerio! ¡Te lo advierto! ¡Y me mearé y me cagaré en tu tumba! ¿Me oyes? ¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Espero que te saquen los ojos por el culo!

Otra enorme piedra impactó contra la muralla. Y luego otra, y otra. Hubo un temblor, un estremecimiento. Por un instante dio la sensación de que el muro fuera a resistir para siempre, pero, al cabo, y sin necesidad de otro impacto, se desmoronó con estrépito abriendo un boquete pavimentado de sillares. Acto seguido se levantó una intensa nube de polvo que llegó flotando hasta las líneas romanas.

Noreno tosió. También Negalo.

—Creo que esto va a empezar —dijo Urbico.

Entre los cascos de sus compañeros, Arán podía ver el penacho transversal de Valerio recorriendo con parsimonia el frente de la cohorte. Observó los estandartes y los mil pasos que los separaban del boquete abierto en la muralla, luego alzó la vista al cielo azul y después agachó la cabeza para observar la tierra seca y resquebrajada. Les tocaba a los cántabros penetrar por la apertura. A derecha e izquierda había otras unidades provistas de escalas, cuyo cometido sería trepar a lo alto y llevar la lucha a las almenas.

El joven cántabro sintió el sudor en las sienes, el peso de la armadura, del tahalí sobre el hombro izquierdo, del escudo. Habían dejado las lanzas en el campamento, hoy matarían a espada. Todos estaban nerviosos, podía sentirlo a su alrededor. Todos menos él.

—Te echaré de menos, Noreno —dijo en un susurro sin dejar de mirar al frente.

—¿Qué? —preguntó su amigo extrañado.

—Pase lo que pase, siempre seremos hermanos.

Antes de que Noreno pudiera responder a las enigmáticas palabras de Arán, la voz del prefecto, potente como siempre, se alzó sobre los murmullos de la tropa.

—¡Cántabros! —empezó a decir Valerio—. Nunca se me han dado bien las palabras, pero Marcelo me ha traducido vuestra canción, y os puedo decir que me gusta. Me gusta porque todos tenemos a alguien que nos mira desde las estrellas y ante quien queremos mostrarnos dignos. Si estáis aquí, hoy, conmigo, es porque todos vosotros, un día, de algún modo u otro, estabais hartos de ser lo que erais. Porque sabíais que si seguíais haciendo lo que siempre habíais hecho, seguiríais siendo lo que siempre habíais sido y os quedaríais donde siempre estuvisteis.

»Si estáis aquí es porque tuvisteis el valor de enfrentaros a lo desconocido. Todo el mundo tiene sueños cuando se alista y, al igual que en la vida, todos esos sueños empiezan a desmoronarse ante la realidad en cuanto entran en contacto con ella, como aquella muralla, como el hielo cuando sale el sol.

»Pero nada de eso importa. Hoy no importa lo que sois, sino lo que queréis ser, lo que podéis ser, porque el campo de batalla no está tras esas murallas, está en vuestros corazones, siempre estará en vuestros corazones. Nadie, nunca, jamás, fue derrotado por el enemigo. La derrota está aquí dentro, en el pecho. El infierno no son los demás, no son las llamas, ni el combate, no son los gritos, ni las hojas enemigas, el infierno somos nosotros mismos.

»Solo muere de verdad quien evita la lucha. Solo cae derrotado quien se rinde. Hay pasión en vosotros. Lo veo, lo siento. Y sabéis tan bien como yo, porque se ha dicho siempre, que el cobarde muere muchas veces a lo largo de su vida, pero el valiente solo una.

»Este, cántabros, es vuestro momento. Olvidaos de todo, aplastad vuestros miedos y haced que se sienta orgulloso quien os observa desde las estrellas, sea quien sea. Luchad por ser lo que queréis ser.

Hubo silencio entre las tropas, un silencio aún más revelador que cualquier vítor o rugido.

Sonaron las tubas a lo largo de las líneas. Se agitaron los estandartes. Era la orden. Todo estaba dispuesto. Valerio desenvainó y alzó la espada.

—¡Adelante!

Casi al tiempo que la Cohors II Cantabrorum, siguiendo al prefecto, se ponía en marcha, al paso, lo hacían también el resto de unidades auxiliares que conformaban la primera línea. A su espalda, los arqueros empezaron a disparar flechas hacia las murallas para cubrir el avance: una nube de madera, plumas y metal silbó surcando los cielos. Pasados unos instantes, otra. Luego otra.

Todo parecía tranquilo en las almenas y más allá de la brecha por la que debían penetrar los cántabros. Alguien, en la segunda centuria, empezó a entonar el canto de Turenno para ahuyentar el miedo, y a este, poco a poco, le fueron siguiendo los demás hasta acabar por apoderarse de todas las voces de la cohorte. Crujía el suelo bajo sus pies. La muralla crecía ante ellos a derecha e izquierda a medida que se iban acercando al inmenso boquete abierto por la artillería. Tendrían que trepar por los escombros y sillares antes de acceder a la ciudad. Algunas flechas chocaban y se partían contra los muros, otras caían sobre las almenas y aun otras se adentraban más allá. Y ni rastro del enemigo. Silencio y calma. Solo pasos, respiración, tintineo, murmullos quedos en la formación. Otra lluvia de flechas. Repiqueteo del metal contra la piedra. Y la muralla más y más cerca. Inmensa, ciclópea.

Cuando se encontraban a cincuenta pasos de la apertura, los arqueros, a su espalda, dejaron de disparar para no dañar a sus propias tropas. Y entonces,

como si hubiera escampado tras una intensa tormenta, las almenas se poblaron de cabezas que gritaban y de brazos que lanzaban piedras y saetas, mientras que, más allá de los escombros y del polvo aún suspendido sobre ellos, centellearon espadas, lanzas y cascos tras cientos de escudos pardos pequeños y redondos.

—¡A la carga! —gritó Valerio emprendiendo una carrera desbocada seguido de su cohorte.

*Tengo la fuerza del oso, ruge el lobo en mis entrañas,
tiene mi brazo la fuerza de todas esas batallas.
Soy el roble, soy la mar, soy la roca, soy la sal.*

Un alarido escalofriante se extendió por las líneas romanas, a lo largo de dos mil pasos de frente, a las faldas de la muralla norte de Jerusalén, mil a un lado y mil al otro de la apertura. Cinco millares de gargantas, diez millares de brazos alzando cientos de escalas al tiempo que la Cohors II Cantabrorum, siguiendo a su prefecto, superaba los escombros y se adentraba en la Ciudad Nueva para chocar contra un enemigo que parecía resuelto a hacerles frente.

La formación cántabra impactó con estrépito contra la masa de escudos y cuerpos judíos. Crujieron las defensas y restallaron los metales. La fuerza de la carga logró desplazar unos pasos a los defensores y, a partir de ese momento, la lucha se tornó confusa y encarnizada. El mundo entero parecía envuelto en gritos de esfuerzo, chillidos de agonía, alaridos de dolor, órdenes, peticiones de ayuda. Marcelo y Valerio, juntos, y con quirúrgica precisión, abatían un enemigo tras otro en el centro, apoyados por la primera y la segunda centurias. La tercera y la cuarta se desplegaron hacia la derecha, mientras que la quinta y la sexta lo hicieron hacia la izquierda.

Los judíos habían adoptado una especie de formación de media luna. Muchos de ellos llevaban los cascos, los escudos, las espadas y las armaduras de los sirios derrotados de Publio y de los hombres asesinados en la fortaleza Antonia. Otros luchaban con lo que tenían: lanzas, aperos de labranza, hoces, martillos de herrero, cuchillos de carnicero... Desde lo alto de las murallas, enfrascados sus defensores en el combate contra las unidades que trepaban por las escalas, no caían proyectiles, sino cuerpos que estallaban al impactar contra el suelo.

Arán, con el escudo protegiéndole desde la nariz hasta la rodilla y la espada sobresaliendo un palmo por el costado, observaba al judío que tenía delante; era un hombre joven y corpulento que blandía un pequeño escudo de fabricación casera con la mano izquierda y una lanza con la derecha. El judío golpeaba con la lanza la defensa de Arán al tiempo que gritaba para darles fuerza a las estocadas, intentando que el cántabro perdiera el equilibrio. El judío apuntó a los

ojos del cántabro y Arán subió el escudo, lo giró ligeramente a la izquierda para desviar el golpe, dio un decidido paso al frente y alzó la espada para lanzar sobre su antagonista una estocada descendente. La hoja hizo carne en el pecho del judío, brotó un chorro de sangre y el hombre cayó desplomado al suelo.

«Ni un paso atrás —pensó Arán—, ni un paso atrás». El cántabro, en su mundo frío, oía a sus compañeros gritar a su alrededor. Oía a Urbico dando órdenes, a Viroto chillar de dolor en el suelo. A Noreno diciendo su nombre. Los gruñidos de Negalo y Turenno. Los oía, pero no los escuchaba. Seguían ahí, a su lado. Tenía que avanzar más. El siguiente hombre que se enfrentó a él llevaba un escudo romano, casco y espada. Arán observó a su siguiente víctima, sus movimientos, su rostro, sus ojos. No parecía tan arrojado como el anterior, hacia tientos con la espada y se protegía el cuerpo con el escudo. Los ojos azules de Arán se clavaron en los ojos negros del judío. Entonces el cántabro usó el escudo como arma, proyectando el brazo hacia delante con todas sus fuerzas. El judío se tambaleó y Arán aprovechó para hundirle la hoja en el costado. Un paso más. Dos pasos más.

—¡Arán! ¡Dos pasos atrás! ¡Vuelve a la formación! —oyó decir a Urbico—. ¡A la formación!

Arán ignoró al líder del contubernio y cargó contra el siguiente judío, alejándose así un poco más de sus compañeros y adentrándose en las filas enemigas.

—¡Maldita sea, Arán! —gritó Urbico de nuevo—. ¡Atrás!

Ahora tenía enemigos a derecha e izquierda, pero no le importaba, tenía sus ojos gélidos clavados en el frente. Giró el escudo a la izquierda, por instinto, y la defensa recibió el golpe brutal de un martillo. La madera se estremeció. Con el pecho al descubierto, aunque protegido por la armadura, Arán desvió una estocada que le venía por la derecha y, haciendo uso de la inercia que llevaba su brazo, clavó la hoja en la pierna de otro enemigo, luego volvió a colocar el escudo en posición frontal, y lanzó un tajo a la derecha abriéndole las tripas a uno más. Todo era instinto, instinto y entrenamiento. No sentía cansancio en los miembros, no aullaba al atacar o al defender, no le aterraban los gritos, era como si ya lo hubiera vivido todo antes. Como si su cuerpo supiera de antemano lo que iba a ocurrir o de dónde iba a surgir el próximo tajo, la próxima estocada. Le picaban los ojos, era el sudor.

—¡Arán! —se desgañitaba Noreno a lo lejos, a su espalda—. ¡Arán!

—¡Atrás! —decía Urbico—. ¡Atrás! ¡Son demasiados!

Desde su posición, justo delante de la artillería, con la XII a su espalda lista para entrar en acción a una orden suya, estaba Numerio. Había sido él quien le había sugerido a Galo que fueran los cántabros de Valerio los que penetraran por el boquete de la muralla. Al fin y al cabo, ellos ya habían luchado por las calles de Jerusalén.

Valerio llevaba allí dentro, con aquella recua de bárbaros, más de una hora. Y seguían luchando. El viejo Fulm había sabido, de algún modo, insuflar valor en aquellos salvajes.

—Señor —dijo Fabio a su lado—. Si no actuamos ya, los van a masacrar.

—Silencio, *optio*. Aún no es el momento —dijo Numerio saboreando la situación.

No podían ver lo que pasaba más allá del boquete, pero en lo alto de las murallas la lucha era enconada. Los judíos, aunque mal armados, eran miles. Y, corriendo por las almenas, a lo lejos, podía verse que cada vez eran más los que se unían a la refriega.

—Señor, debo insistir, las órdenes del gobernador han sido claras, no debemos dejar que se cierre la brecha —dijo Fabio arriesgándose a ser amonestado por su superior.

—Sí, tienes razón —dijo Numerio para sorpresa del *optio*—. Da la orden. Vamos allá.

El primipilo estaba disfrutando tanto pensando en el sufrimiento que le estaba ocasionando a Valerio que se había olvidado por completo de que si el viejo Fulm caía abatido, dejaría de sufrir. Y eso era algo que Numerio no quería. Al menos aún no.

—¡Decimosegunda! —gritó Fabio—. ¡Adelante! ¡Y con brío! ¡No hace falta que os recuerde que el viejo Fulm está allí, ni todo lo que hizo siempre por vosotros!

Numerio sintió un pinchazo de rabia al oír las palabras de su subordinado. Lo lógico hubiera sido apelar al emperador, a Roma y al botín con el que sin duda se harían al concluir la jornada. Valerio no era más que un maldito encantador de serpientes.

—¡Formación cerrada! —gritó Valerio mientras retrocedía ante la presión ejercida por una masa ingente de hombres dispuestos a morir—. ¡Atrás! ¡Formación cerrada! ¡Proteged la apertura!

—¡Formación cerrada! —coreó Marcelo.

—¡Atrás! —gritó Urbico.

Mientras Turenno tiraba de Viroto y Negalo los protegía a ambos con su escudo, Noreno intentaba abrirse paso hacia Arán. Su amigo había avanzado demasiado, estaba rodeado de enemigos, pero se batía como un oso acorralado.

—¡Arán! —Noreno dio un paso atrás, con los demás, para que sus flancos no quedaran desprotegidos. Alzó el escudo para detener una estocada—. ¡Arán! —gritó desencajado en medio de los gritos.

Otro paso atrás.

Mientras tanto, Arán daba una zancada al frente y barría su alrededor con la espada dando lugar a un círculo vacío de hombres que no osaban acercarse a él. Noreno, jadeante, miró a su espalda. La cohorte estaba formando en media luna, intentando proteger la apertura de la muralla. Valerio y Marcelo se desgañitaban, mientras sus compañeros hacían lo posible por arrastrar a los heridos al abrigo de los escudos.

Cuando volvió a mirar al frente, el hueco que había creado Arán a su alrededor ya no existía.

—¡Arán! —bramó Noreno.

38

Sí, son recuerdos dolorosos. Punzones, clavos y astillas que se van incrustando en el alma, que duelen siempre, aunque te acostumbres al dolor, y que duelen aún más cuando los tocas y los mueves.

El tiempo no lo cura todo, si acaso te ayuda a soportar las heridas. Pero es una cuestión de costumbre. Algunas cicatrizan, sí, algunas apenas dejan marca, algunas te hacen más fuerte y otras te debilitan, pero las hay... las hay que se infectan, que supuran y se gangrenan y que pueden llegar a roer el corazón hasta volverlo negro, insensible y frío.

Arán dejó en mí un vacío que nunca nadie ha logrado llenar. Cayeron en combate una cincuentena de cántabros, y otros tantos resultaron heridos. Nuestras armaduras, cascos y escudos, cubiertos de sangre rebelde, polvo y sudor, fueron los garantes de nuestras vidas. Pero estábamos agotados. Éramos tres centenares de hombres en condiciones de seguir luchando, solo que con los brazos y las piernas doloridas de asestar golpes y recibirlos. Con las gargantas reseca, con la voz ronca y afónica de gritar, formando una media luna de escudos en torno a los estandartes de la cohorte para proteger a nuestros heridos y el boquete de la muralla por donde debía entrar la XII para rematar la tarea. Los judíos se abalanzaban sobre nosotros como dementes, con esa fuerza y ese ímpetu que da el odio y que se suma a la sensación de victoria que produce ver al enemigo agotado arrastrando a sus heridos y pasando a la defensiva después de haber sido incapaz de quebrar tu espíritu. He de decirte que sentí un repentino latigazo de admiración por los hombres a los que nos enfrentábamos, por su valentía y su tesón.

Creo que todos llegamos a pensar que íbamos a morir, pero, y debo ser sincero, en ningún momento se me pasó por la mente la idea de darle la espalda al enemigo y de correr en dirección opuesta. Y no se trata de valentía, porque no fue una reacción consciente, no es que pensara «no debo huir», simplemente no se te ocurre. Ocupas la línea con tus compañeros, a la sombra de tus enseñas, oyes las órdenes de tus superiores... Supongo que si alguno de nosotros hubiera

emprendido la huida, muchos le habríamos seguido, pero no ocurrió nada parecido.

Al oír las tubas de la XII a nuestra espalda y ver que, casi al instante, los judíos primero se retiraban unos pasos y luego huían por las calles dándonos la espalda, ofrecimos a los cielos un ronco rugido de victoria. Valerio y Marcelo empezaron entonces a ordenar que recogiéramos a los heridos y nos apartásemos a un lado.

Los cerca de cinco millares de hombres de la XII entraron en tromba en la Ciudad Nueva y todos los jaleamos mientras se dispersaban por las calles en persecución de los defensores. De pronto ya no estábamos en el epicentro del combate, sino que este cada vez se oía más y más lejano y difuso. Las risas de alivio y los abrazos se mezclaron con los lamentos de nuestros heridos y Valerio ordenó que volviéramos al campamento porque nuestra labor había concluido.

¿Conoces esa sensación, cuando algo te supera por completo, de sentirte completamente ajeno a lo que te rodea? ¿Como si vieses y oyeses el mundo con la cabeza sumergida en el agua? Pues así es como observé la devastación que habíamos causado, los cuerpos de nuestros enemigos tendidos en el suelo, las calles desiertas... Y así es como oí los gritos de júbilo de mis compañeros a mi espalda. Gritos a los que me fue imposible unirme porque me faltaba una mitad. Envainé la espada ensangrentada y di unos pasos al frente resuelto a buscar a Arán, pero un brazo poderoso me lo impidió. Era Marcelo. «No vas a encontrarle —me dijo—. Y si le encuentras, jamás volverás a ser el mismo. Es mejor albergar la esperanza de que sigue vivo. Vamos. Volvamos al campamento». Mi superior me habló en mi lengua con algo parecido a la ternura, con un cariño del que jamás creí que fuera capaz, como si supiera exactamente lo que me pasaba, como si ya hubiera estado ahí. Y, simplemente, le hice caso.

Marcelo y yo fuimos los últimos de la cohorte en salir de la ciudad. «No mires atrás», me dijo.

Ya en el campamento, se nos proporcionó comida y vino y vimos arder la Ciudad Nueva. Antes de que se ocultara el sol, fue la XII la que emprendió el camino de vuelta.

Las llamas iluminaron la noche y la Ciudad Nueva siguió ardiendo hasta la tarde del día siguiente, momento en el que no quedaron más que columnas de humo negro. Los cántabros jamás habíamos visto nada que pudiera igualar aquel espectáculo tan impresionante como trágico.

Y yo... Yo solo lo había visto en mi mente, en las imágenes creadas por las historias de mi abuelo cuando me contaba cómo, cuando era niño, los romanos

habían abierto la brecha en las murallas del castro y se había luchado por las calles hasta el final. Cómo, más tarde, las tropas del emperador lo habían incendiado todo. Recordé los huesos humanos que desenterraba con Arán cuando éramos unos chiquillos, los trozos de hierro, las piedras renegridas recuerdo del fuego, los vestigios de una lucha feroz y a muerte. En los judíos contra los que habíamos luchado había algo de lo que habíamos sido los cántabros. Y, en nosotros, en la Cohors II Cantabrorum, crecía algo cada vez más grande de aquella Roma que nos había derrotado y de la que ya éramos parte.

Galo contaba con que la brecha en las murallas de la Ciudad Nueva y su destrucción provocasen el desmoronamiento de toda resistencia, pero no fue así. Los judíos, desafiantes, se negaron a rendirse. Dos días después, el gobernador de Siria ordenó asaltar la segunda muralla, pero sin éxito. Y, al día siguiente, el sector este de las murallas, donde se alzaba el Templo del dios de los judíos. Nuestra unidad había sufrido tantos daños que no tomamos parte en ninguna de las dos acciones, pero sí fuimos testigo de su cruento desarrollo.

Y entonces ocurrió lo que jamás pensamos que pudiera ocurrir. Galo ordenó la retirada y emprendimos el camino de vuelta a Cesarea. Un camino que no tardaría en desembocar en desastre para las armas romanas. Recuerdo que, cuando nos dijeron que volvíamos a Cesarea, mi alma les deseó suerte a los judíos.

¿Que por qué nos retiramos, preguntas?

No sabría decirte. Nunca quedó claro. Galo simplemente tomó la decisión y dio la orden. Es cierto que ya se cernía el invierno sobre nosotros, que las noches eran frías y los días menos cálidos. Creo que fue una cuestión de suministros, aunque no puedo asegurarlo. Lo digo porque poco antes de asaltar el Templo se había empezado a racionar la comida. Y ya sabes que un ejército marcha y lucha al ritmo que le marca el estómago.

No habíamos perdido de vista Jerusalén cuando los judíos empezaron a hostigarnos. Los primeros ataques contra nuestra retaguardia partieron de la misma ciudad. Golpes rápidos llevados a cabo por hombres armados a la ligera a los que era imposible alcanzar. Los arqueros no podían estar en todas partes y los caballos acababan agotados de perseguir fantasmas. La marcha fue lenta; no solo acarreábamos a cientos de heridos, sino que también avanzábamos al ritmo que marcaban las enormes carretas de bueyes que cargaban con las máquinas de asedio que habían abierto brecha en la muralla. Los judíos aparecían, dispersos

sobre los montes, atacaban los puntos débiles, se retiraban. Y cuando emprendíamos alguna persecución, huían. Aquellos que nos seguían desde la ciudad lo hacían armados con las espadas y las armaduras de los hombres que habían caído durante los días de lucha.

Y a medida que avanzábamos, más penosa se volvía la marcha, más dura y decidida la resistencia. Atacaban día y noche. A la falta de comida y a la incapacidad de darles caza, se unía la falta de sueño, el cansancio de la marcha, los heridos que se acumulaban. Si el primer día logramos recorrer cinco millas, al segundo fueron tres y al tercero solo una. Y Cesarea, aunque estuviese más cerca, parecía quedar cada vez más lejos. Las hondas resultaban mortíferas en manos de aquellos pastores y campesinos acostumbrados a su uso y, así como nuestros arqueros tenían la munición limitada a las flechas que habían traído consigo, los proyectiles para las hondas, las piedras, estaban por todas partes en aquella tierra yerma. Yo mismo recibí el impacto de una de esas rocas en la cabeza que me abolló el casco y me dejó inconsciente durante cerca de una hora. Fue Marcelo quien cargó conmigo, porque cualquiera que se quedara atrás en medio de la confusión corría el riesgo de caer en manos rebeldes. Eran como un enjambre de abejas atacando a un elefante.

Solo podíamos defendernos. Los heridos se iban acumulando, y cada vez avanzábamos menos, y cada vez eran más nuestros atacantes y cada vez se arriesgaban y se acercaban más. Empezó a escasear el agua, los hombres más corpulentos empezaron a caer exhaustos.

Entonces Galo decidió abandonar las carretas con los bagajes, avanzamos hasta Gibeón y allí establecimos un campamento con foso, terraplén y empalizadas. Permanecimos en aquel lugar dos días; allí había fuentes y agua, pero ante la escasez de comida recibimos la orden de sacrificar a los animales de carga: bueyes, mulas, caballos... Todos salvo aquellos que debían transportar la maquinaria de asedio.

Después de dos días a cubierto, descansados y con las fuerzas recuperadas gracias a la comida, emprendimos de nuevo la penosa marcha por un paso del que, sin duda, habrás oído hablar: Beth Horón.

Durante el tiempo que habíamos permanecido en Gibeón, los judíos no solo se habían organizado, sino que, además, había dado tiempo a que muchos otros, venidos de lugares distantes, como los buitres al olor de la sangre, se unieran a nuestros atormentadores. Eran decenas de miles, por todas partes, atacando, retirándose, encaramados a riscos inalcanzables que no podíamos atacar porque cualquier partida se veía rodeada y abatida al instante. Los valles por los que

discurría la calzada que seguíamos eran cada vez más profundos, más estrechos, y los riscos más altos. Se apoderó de todos nosotros una terrible sensación de impotencia cuando la columna se detuvo. Judíos bien armados bloqueaban nuestro avance y, mientras la XII intentaba abrirse camino, el resto éramos sometidos a una lluvia constante y cada vez más intensa de piedras, flechas y proyectiles contra las que solo podíamos luchar alzando nuestros escudos sobre la cabeza.

No podíamos movernos. Todo eran gritos desesperados, oficiales desgañitándose, hombres abatidos, tensión, miedo, sudor, sangre, polvo, impotencia. Al atardecer la XII había logrado por fin abrir camino y nos refugiamos en una población cercana. Y cayó la noche.

Estoy convencido de que hubiéramos perecido todos de no haber sido porque, entre susurros y de boca en boca, se nos dio la orden de abandonar Beth Horón al abrigo de la oscuridad, dejando atrás todo lo que no pudiéramos llevar con nosotros, incluidas las preciadas máquinas de asedio. Galo seleccionó a cuatrocientos hombres para que, desde las azoteas, se gritaran los unos a los otros eso de «sin novedad» y que así pareciera que el ejército al completo seguía allí.

Y el gran ejército del gobernador de Siria, o lo que quedaba de él, huyó como pudo aquella noche hacia Cesarea. La retirada se convirtió en desbandada y en el paso quedaron miles de cuerpos.

Negalo y Viroto murieron en Beth Horón, al igual que otro centenar de muchachos de la Cohors II Cantabrorum. Y eso que nuestra unidad no fue la que más sufrió: las hubo que desaparecieron por completo y para siempre. La XII quedó convertida en una sombra de lo que había sido.

Días después, habiendo salvado lo que había podido de su ejército, Cestio Galo se suicidó. Y nosotros, abandonando Judea, nos dirigimos a Siria.

TERCERA PARTE

REVOLUCIÓN

39

JERUSALÉN
INVIERNO 66 D. C.

Cantaban jubilosos:

*Dios es conocido en Judá;
su nombre es famoso en Israel.
Su Templo está sobre el monte Sión,
en Jerusalén;
allí rompió las armas de guerra:
escudos, espadas, arcos y flechas.
¡Tú eres glorioso, oh, Dios!*

Las murallas estaban abarrotadas de gente; ancianos, mujeres y niños jaleaban a sus jóvenes victoriosos. Una vez más, David había derrotado a Goliat, la honda al hierro forjado, el valor y la inteligencia al gigante invencible. Y la cabeza de Goliat eran las máquinas de asedio arrebatadas a los romanos.

*¡Eres más grandioso que las montañas eternas!
Los más valientes fueron despojados,
los más fuertes nada pudieron hacer;
¡durmieron su último sueño!
Ni aun moverse pueden el carro y el caballo
cuando tú, Dios de Jacob, los amenazas.*

Las puertas de la ciudad sagrada, la ciudad de David, abiertas de par de en par, flores lloviendo desde las almenas, muchedumbres extasiadas. Felicidad. El débil se había alzado sobre el fuerte, el desposeído sobre el poderoso, el pobre sobre el rico, la luz sobre la oscuridad, la fe sobre la impiedad, los justos sobre los malvados, el bien sobre el mal.

*¡Tú eres terrible!
¿Quién puede estar en pie delante de ti
cuando se enciende tu furor?
Desde el cielo das a conocer tu juicio;
la tierra tiene miedo y se queda quieta,*

*oh, Dios,
cuando te levantas para hacer justicia
y salvar a todos los oprimidos de este mundo.*

Emmanuel, a la cabeza de una treintena de sus hombres, estaba exultante; llevaba un casco romano en la cabeza, una bellísima espada colgada del tahalí y llegaba montado a lomos de un caballo blanco arrebatado a un oficial romano al que había matado con sus propias manos en Beth Horón.

*El enojo del hombre se convierte en tu alabanza;
¡aun su más mínimo enojo se convierte en tu corona!
Haced promesas al Señor; vuestro Dios,
pero cumplidlas.
Vosotros, que rodeáis al que es digno de temor,
¡traedle ofrendas!
Pues él quita la vida a los gobernantes
y causa temor a los reyes del mundo.*

Jerusalén vibraba, cantaba. Los lamentos se habían convertido en alegría, la desesperación en esperanza, el hambre en abundancia. Y todos alababan al Señor porque él había mostrado su poder, porque había liberado a su pueblo del yugo extranjero una vez más. Porque los hijos de Israel habían tenido fe.

—¡Victoria! —gritaba Emmanuel hasta la afonía—. ¡Victoria!

Siempre lo había sabido. Siempre. Dios no los había abandonado, habían sido ellos, el pueblo de Israel, los que le habían abandonado a él. Pero ya no más. ¿Quién podría dudar ahora del poder de Dios? ¿Quién habría ahora que le dijera que sus palabras, que exhortaban al combate y a la fe, en la sinagoga y en el Templo, eran palabras huecas?

—¡Victoria! ¡Victoria!

Apenas podía oír el eco de los cascos de su caballo sobre los adoquines, tal era el júbilo, tales el jaleo, la alegría, los cánticos. Había estado a punto de morir en aquella cueva, pero el *kittim*, por alguna razón, se había apiadado de él. Dios había escuchado sus plegarias. Fue entonces, días después, al emerger de su escondrijo, cuando supo que jamás volvería a tener miedo, que su labor no había hecho más que empezar. Y fue a Jerusalén, a casa de su primo Zadok, y empezó a hablar en el Templo, y en las calles, a recitar las escrituras, a animar a los descontentos a que tuvieran fe, a contar su experiencia milagrosa, a hablar contra Floro y contra Roma.

Había luchado por las calles contra los *kittim* cuando Floro quiso arrebatarse a Dios sus tesoros. Y no había tenido miedo. Y había logrado incendiar las almas de otros hombres con las llamas de sus palabras, nacidas del fuego frío que le

ardía en el corazón.

—¡Victoria! ¡Victoria!

Primero había sido uno, Joazar. A Joazar se había unido Judas, a Judas le siguieron Yair y Gurión y, a estos, muchos otros hasta sumar una treintena. Y con ellos había luchado contra las tropas de Galo en las murallas de la Ciudad Nueva, y en el Templo. Y, convertidos en la mano vengadora de Dios, habían perseguido a los *kittim* junto con miles y miles de judíos en cuyas almas ardían las mismas llamas, alimentadas por la leña acumulada de décadas de injusticia y avivadas por el aliento recobrado de la fe.

—¡Victoria!

Jerusalén volvía a ser libre, y el magnífico animal sobre el que cabalgaba le sería ofrecido a Dios en holocausto y en su templo. Porque así debía ser. Y el primo Zadok tendría que comerse sus palabras.

Solo en Pascua estaba Jerusalén tan repleta de gente. Emmanuel se volvió hacia los suyos. Tuvo que alzar la voz al máximo para hacerse oír por encima del griterío.

—¡Nos vemos mañana, en el Templo!

Joazar asintió y levantó la mano a modo de despedida. Hoy era un día de gozo sin límite. Al día siguiente se le dedicarían sacrificios al Señor. Pasado mañana seguiría la lucha.

Emmanuel torció a la derecha a lomos de su caballo blanco, abriéndose paso entre el gentío que se agolpaba en las calles, y cabalgó hasta llegar a la puerta de la casa de su primo Zadok, en la Ciudad Baja. Descabalgó de un salto, ató al caballo a una arandela de hierro que había en la entrada y aporreó la puerta.

—¡Abridle a un guerrero victorioso! —gritó Emmanuel.

La puerta se abrió casi al instante. Era Ruth.

—¡Emmanuel! —dijo su hermana, incapaz de resistir el impulso de abrazarle.

—¡Victoria, hermana, victoria! —dijo Emmanuel—. ¡Las hordas de Belial huyen despavoridas y diezmadas hacia Siria! ¿Por qué no estás celebrándolo en las calles?

—Me da miedo la gente —dijo Ruth.

Emmanuel rio y entró en la casa. Era una vivienda lujosa comparada con las moradas que uno podía encontrarse en una aldea, aunque humilde si se la comparaba con otras de la ciudad: tres habitaciones, cocina, despensa y unas escaleras interiores que llevaban a la azotea.

—¡Zadok! —dijo Emmanuel al ver a su primo en la cocina—. ¿Qué te dije? ¡Fe y pasión!

Zadok estaba comiendo. Se limitó a alzar la cabeza, miró a su primo y volvió a hundir la vista en su cuenco sin mostrar un ápice de entusiasmo. Emmanuel se sentó a la mesa, delante de él, y dio un puñetazo en la madera fruto de la exaltación.

—¡Victoria, primo! ¿Qué te dije? —volvió a preguntar Emmanuel.

Zadok permaneció en silencio.

—¿Tienes hambre, hermano? —preguntó Ruth con dulzura.

—¿Hambre? ¡Comería hasta estallar!

Ruth llevaba allí dos meses y ya se había hecho dueña de la cocina. Dentro de otros dos, Zadok y ella contraerían matrimonio.

—Cordero —dijo Ruth al tiempo que colocaba ante su hermano un modesto cuenco de arcilla repleto de carne en caldo.

Emmanuel hundió la cuchara en el recipiente y sorbió.

—Los *kittim* huyen hacia Siria —dijo Emmanuel—. Despavoridos, quebrados. Dejaron a cuatrocientos hombres en Beth Horón para que creyésemos que seguían allí. Masacramos a la mitad, el resto morirá en la cruz, junto con los cautivos que hicimos durante el asedio de Galo. «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura» —recitó Emmanuel.

Ruth observaba a su hermano como si fuera la zarza ardiendo. No entendía de guerra, ni de venganza, pero hacía tiempo que no veía a Emmanuel tan feliz.

—Eres un necio, Emmanuel —dijo Zadok sin apartar la vista de su plato—. Tú y todos los que te siguen. Y aquellos a los que seguís también. Zelotes, sicarios...

—¿Qué has dicho? —preguntó Emmanuel, molesto.

—Me has oído perfectamente.

El rostro de Emmanuel tornó de entusiasmo a ira.

—Dijiste que era imposible, primo. Y mira.

—Pero volverán. Quizá no este año, quizá no el que viene. Pero los *kittim* volverán. Y si derrotáis a esos, al año siguiente vendrán más. Hasta que ya no quede nada.

—Hablas como un saduceo.

—Hablo como me place porque estoy en mi casa.

—¿Qué demonios te pasa, primo? —dijo Emmanuel indignado—. ¿Te cuesta reconocer que tenía razón?

Zadok miró a Emmanuel a los ojos.

—Tu hermana pronto será mi esposa y entonces tú y yo seremos hermanos. Y

como hermano te hablo. Habéis condenado a Jerusalén, a Judea y a todo el pueblo de Israel al fuego y a la espada. Cometí el error de quedarme aquí pensando que cuando vierais aparecer a las legiones os olvidaríais de esta locura. Pero ahora ya no habrá clemencia.

—Solo Dios es clemente.

—No, primo. A Dios no le importamos.

—¿Cómo puedes decir eso?

Se hizo un espeso silencio. Y Zadok volvió a hundir la mirada en su cuenco.

—Me voy a Alejandría —dijo Zadok al fin—. Conozco gente allí. Es una ciudad próspera y no nos será difícil salir adelante a tu hermana y a mí y empezar de nuevo.

—¿Alejandría? —dijo Ruth.

—¡No! —protestó Emmanuel—. ¡No lo permitiré!

—Me temo, primo, que no está en tu mano permitirlo o no. Se celebrarán los esponsales, tu padre aceptó el *mohar* de trescientos *shekels*, así que tu hermana, a falta de ceremonia, ya es mía. Jacob nos dará su bendición y nos iremos a Alejandría. Tú puedes quedarte en Jerusalén a seguir con tus locuras. Y cuando hayas visto suficiente muerte, terror y destrucción, si sobrevives, allí te esperaremos.

—No pienso permitirlo —dijo Emmanuel, desafiante—. Alejandría es una ciudad griega, inmersa en el pecado.

—Como digo, me temo que no está en tu mano permitirlo o no.

—Pues yo, primo, me temo que sí. El destino de mi hermana es ahora cosa mía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zadok.

Emmanuel miró a Ruth. Los ojos negros y profundos de su hermana pedían, humildemente, una explicación.

—Jacob ha muerto —dijo Emmanuel.

—¿Padre ha muerto? —exclamó Ruth.

—Sí. Él y todos. Los *kittim* arrasaron la aldea en su camino hacia aquí.

—¿Qué?

—Me lo dijo Yair.

—Pero... —dijo Ruth, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Beth Zaanán ya no existe.

—¿Desde cuándo sabes eso? —preguntó Zadok.

—Desde hace un mes.

—¿Y por qué no nos lo has dicho? —preguntó Zadok.

—Quería evitarle dolor a mi hermana.

Ruth empezó a llorar. Puede que Jacob no hubiera sido el mejor de los padres, pero era su padre.

—Sea como sea —dijo Zadok—, tienes obligación de hacer valer la *ketubah* que suscribí con tu padre. Como heredero suyo eres garante de ese contrato.

Sonaron dos golpes en la puerta.

—Ve a ver, Ruth —dijo Zadok—. Será Isaac con el aceite.

De camino a la puerta, la muchacha intentó secarse las lágrimas con las manos, luego con el delantal, pero estas se negaban a abandonarla. Cuando abrió no había más que un borrón ante sus ojos. Volvió a secarse las lágrimas. No era Isaac, era Yair, uno de los seguidores de su hermano.

—¿Está Emmanuel?

Ruth asintió. Incapaz de hablar, hizo un gesto para que el joven esperara y volvió a la cocina.

—Es —dijo Ruth entre sollozos—... es uno de los tuyos.

Emmanuel se puso en pie y fue hacia la puerta.

—Zelotes —dijo Zadok entre dientes y con desprecio.

—*Shalom* —saludó Yair al ver que Emmanuel se acercaba.

—¿Qué ocurre, Yair?

—Vengo de la fortaleza Antonia. Uno de los *kittim*, de los que fueron capturados en la Ciudad Nueva, no deja de decir tu nombre.

—Hay muchos Emmanuel.

—Sí, pero Emmanuel bar Jacob no hay tantos.

—También hay muchos.

—Pero es que también dice el nombre de tu hermana.

40

JERUSALÉN
INVIERNO 66 D. C.

Yosef ben Matthias llegó a casa de su padre, en la Ciudad Alta, cuando anochecía. Tenía veintiocho años, vestía con la elegancia y sencillez propias de los jóvenes de su clase social; hablaba, además de su arameo natal, hebreo, griego y latín y conocía bien los textos sagrados. Hacía dos años había viajado a Roma como parte de una delegación cuyo objetivo era la puesta en libertad de un grupo de sacerdotes judíos que habían sido arrestados durante unos disturbios. Allí había conocido a la finada emperatriz Popea y al mismísimo emperador, a quien había tenido ocasión de oír cantar y recitar.

—Aguardad aquí —les dijo a sus dos guardaespaldas.

Estos, hombres bien armados y de probada pericia con las armas, hicieron una reverencia y se dispusieron a esperar. Yosef llamó a la gran puerta de entrada. Hacía dos años que no pasaba por allí. Matthias, su padre, descendiente de la estirpe de Yehoyariv y cabeza de una de las veinticuatro divisiones sacerdotales, era un hombre eternamente ocupado, y si le había hecho llamar era porque tenía algo muy importante que decirle.

—*Shalom* —dijo el hombre corpulento y armado que le abrió la puerta. El sujeto le miró de arriba abajo.

—*Shalom* —respondió el joven—. Soy Yosef ben Matthias. Mi padre me espera.

—Pasa —dijo el hombre secamente. Luego cerró la puerta y con un gesto de la mano le indicó que le siguiese.

La casa de Matthias era una de las más grandes de la Ciudad Alta. De hecho, quizá ahora fuese la más grande, después de que muchas de ellas hubieran sido pasto de las llamas durante los disturbios que habían tenido lugar después de que el rey Herodes Agripa pronunciara su discurso. Tenía tres alturas, un gran salón con cabida para una cincuentena de personas, cerca de treinta dormitorios, una

cisterna propia, baños rituales, almacenes y un amplio jardín en el centro. Estaba decorada con frescos y mosaicos. Yosef tenía pocos recuerdos de niñez en aquella casa. La conocía, y la conocía bien, pero no recordaba haber llenado sus estancias de risas, carreras y travesuras. Probablemente porque nunca lo había hecho, ni él ni su hermano mayor. Allí siempre habían reinado el silencio y la sobriedad.

—Espera un momento —dijo el hombre al que seguía cuando llegaron ante las puertas del despacho de su padre.

El hombre abrió, entró en el despacho y cerró a su espalda dejando a Yosef fuera. Nada nuevo. El hijo de Matthias era una visita más, como cualquier otro. En eso su padre nunca había hecho distinciones.

El joven tomó asiento en una de las sillas de tijera que había dispuestas a ambos lados de la puerta y observó el fresco que tenía delante. Había ido perdiendo color con el tiempo, pero mantenía la fuerza de siempre: una imagen de las murallas de Jerusalén con el Templo al fondo iluminado por un potente haz de luz. El dedo de Dios era el nombre que, desde niño, Yosef le había dado a esa imagen.

Admiraba a su padre. Fuera cual fuera la tormenta política que se cerniera sobre ellos, Matthias siempre encontraba la forma de adaptarse, sobrevivir y salir fortalecido. Y los últimos acontecimientos eran buena prueba de ello. Aunque eso no era óbice para que Yosef, en gran medida, se sintiera una simple pieza en el complejo tablero de juego de su padre.

Se abrió la puerta.

—Puedes pasar —dijo el hombre.

Yosef se puso en pie y entró en el despacho. La puerta se cerró a su espalda. Siempre se ponía nervioso cuando tenía que ver a Matthias porque siempre se sabía juzgado; juzgado por sus ropas, por sus gestos, por sus palabras, por lo que alguien hubiera podido decirle de él. Cualquier mínima expresión, cualquier muestra de desacuerdo, podía provocar el desprecio de aquel hombre sabio y poderoso que había dedicado su vida a leer a los demás y que se sabía infalible.

—Pasa, Yosef —dijo Matthias sin levantarse, sin mirarle siquiera.

—*Shalom*, padre —saludó el joven mientras tomaba asiento ante la gran mesa de cedro y marfil de su padre. Parecía cansado.

—¿Qué tal estás? —preguntó Matthias.

—Bien, padre. Gracias por preguntar.

—¿Acudiste hoy al Templo?

—Sí. Te vi allí, con el resto del sanedrín.

—Con lo que queda de él —puntualizó Matthias.

La multitudinaria reunión que se había convocado en el Templo había tenido por objeto la creación de un gobierno. La maniobra política había sido orquestada por hombres como Matthias, que habían aupado a Ananías ben Ananías al sumo sacerdocio del Templo. Ananías era un hombre respetable que ya había ocupado el puesto en otra ocasión pero que había sido depuesto por Herodes Agripa, algo que, a ojos del pueblo, suponía toda una carta de recomendación. Aquella mañana, poseída Jerusalén por el ambiente festivo de la victoria, lo que quedaba en la ciudad de la aristocracia judía se había puesto al servicio de las masas. Al menos en apariencia.

—Habrás visto a todos esos zelotes, mesías y exaltados —dijo Matthias.

—Sí —respondió Yosef—. Algo grotesco.

—Grotesco. Tú lo has dicho. Por suerte hemos actuado a tiempo y el pueblo aún mantiene cierto respeto por nosotros. Prefieren, aunque solo sea por inercia y por costumbre, estar en manos de hombres que tienen experiencia en las tareas de gobierno antes que entregarse a una turba de zelotes enfebrecidos que hablan del fin de los tiempos, de una justicia que solo ellos comprenden y del retorno de Melquisedec con un ejército de ángeles enviados por Dios.

—Es natural.

—Lo es por ahora. Pero solo por ahora. Por eso tenemos que actuar rápido y hacerlo bien. Puedes suponer lo que significaría para nosotros que esos iluminados se hicieran con el poder.

—El caos.

—Y el fin. Hablan de confiscar tierras y riquezas para repartir entre el pueblo. Hablan de establecer el reino de Dios en la tierra, y en ese reino de Dios, tal y como ellos lo ven, no hay lugar para los ricos. Y para ellos un rico es, prácticamente, todo aquel que no se muere de hambre. Por suerte, aunque sean muchos, ellos mismos están divididos en grupúsculos más o menos pequeños, de treinta, cuarenta, cincuenta seguidores. Eso nos beneficia. Al menos hasta que no haya una cabeza visible.

—Comprendo.

—Quiero que veas una cosa —dijo Matthias al tiempo que abría un pequeño cofre que tenía sobre la mesa y lo deslizaba hacia su hijo.

—¿Monedas? —preguntó Yosef.

—Sí.

Yosef alargó la mano y cogió una de ellas. Eran de plata. En el anverso podía distinguirse la forma de un cáliz; en el reverso, un manojo con tres granadas,

símbolo de la fertilidad y la abundancia, así como una serie de caracteres en hebreo.

—«*Shekel* de Israel» —leyó Yosef—. «Sagrada Jerusalén. Año uno».

—Eso es.

—No comprendo. ¿De dónde han salido estas monedas?

—Empezaron a acuñarse hace poco menos de un mes.

—¿Quién?

—Nosotros. Acuñar moneda es el primer símbolo de legitimidad de un gobierno. Los exaltados tienen armas y nosotros, dinero y acceso al tesoro del Templo. El objetivo es organizar a toda esa turba exaltada en unidades militares más o menos regulares para que su lealtad resida en la paga y no necesariamente en sus líderes.

—Entiendo.

—Los más prominentes de los exaltados han sido apartados del gobierno, entre ellos Eleazar ben Simón y Simón bar Giora. Sin embargo, se les han ofrecido puestos en el nuevo ejército de Israel a radicales menos destacados. Ha sido cuestión de dar cargos militares y cierta pátina de legitimidad a hombres que hasta ahora no eran más que bandidos y salteadores de caminos.

—Dividiendo así a los zelotes en legítimos e ilegítimos.

—Y protegiendo nuestro patrimonio e intereses, que es, al fin y al cabo, de lo que se trata. Pero, como digo, el equilibrio ahora mismo es delicado. No podemos pactar abiertamente con Roma, porque se nos tacharía de traidores. Pero tarde o temprano Roma volverá, y para entonces debemos estar en posición de negociar.

—¿Y qué papel desempeño yo en esto? —preguntó Yosef. Sabía que si su padre le había hecho llamar era porque, como pieza que era en su tablero, tenía una labor pensada para él.

—El gobierno ha dividido Israel en siete distritos militares, entre ellos Galilea. He conseguido que se te nombre gobernador militar plenipotenciario del distrito en cuestión —dijo Matthias entregándole a su hijo un papiro enrollado.

—Pero..., padre..., yo...

—Tu labor, en principio, consiste en preparar la defensa de Galilea contra los romanos. Para ello deberás también restablecer el orden y amalgamar a todos los grupúsculos de bandidos y radicales que campan a sus anchas por la región para hacer de ellos un ejército leal al gobierno legítimo de Jerusalén. Se te proporcionará dinero y algunas tropas. No te costará adivinar que si he insistido en Galilea es porque allí están la mayoría de nuestras tierras.

—Pero yo no sé nada de estrategia militar, padre.

—Mandar a muchos es lo mismo que mandar a pocos. Es cuestión de organización. Además, siempre has leído todo lo que ha caído en tus manos sobre historia. De algo te servirá.

—Pero, padre...

—Sales mañana por la mañana.

Un silencio.

—Sí, padre —dijo Yosef al fin.

41

CORINTO

PRIMAVERA 67 D. C.

El teatro estalló en aplausos y en vivas. El emperador abrió los brazos, cerró los ojos y saboreó su éxito: la oleada de cariño y admiración de un pueblo acostumbrado a las artes y que sabía apreciar el talento.

Por fin. Por fin había actuado ante una audiencia digna de su voz y de sus poemas. Por fin se abría ante él la única inmortalidad que merecía la pena; la de las obras sublimes que dejan su impronta en el devenir de los siglos y que arrancan lágrimas y suspiros a quienes las leen, contemplan o escuchan.

Una lluvia de pétalos cayó sobre el emperador.

—¡Popea! —dijo Nerón volviéndose hacia las cortinas—. ¡Popea, mi amor! ¡Ven! ¡Comparte conmigo este momento!

Espero salió corriendo de los vestuarios y se unió a su marido.

—¡Me adoran! ¡Me adoran!

Más aplausos, más vivas, intensos, interminables. El emperador no quería que aquello acabara nunca, hubiera encerrado ese instante en un ánfora para poder revivirlo de vez en cuando.

—Esta es la vida que siempre se me había negado, Popea —dijo Nerón conmovido.

Llevaban tres meses recorriendo Grecia. Los Juegos Olímpicos se habían pospuesto un año para que el emperador pudiera asistir. Nerón había ganado todas y cada una de las competiciones en las que había participado: lucha, lanzamiento de disco y de jabalina, carreras de carros. Había cantado en Atenas y había actuado en tragedias y comedias. Acumulaba ya mil ochocientos ocho trofeos, eso sin contar las coronas obtenidas en las competiciones musicales.

De pronto el emperador tuvo una idea. Tenía que devolverle a Grecia, cuna de la cultura, algo del cariño y de la devoción que había recibido. Alzó entonces los brazos y agitó las manos pidiendo silencio. Los vítores y aplausos fueron

perdiendo fuerza hasta morir por completo.

—¡Pueblo de Grecia! —dijo Nerón—. Le habéis dado al mundo la luz de las artes y de la filosofía. ¿Qué sería del hombre sin la tragedia, sin la comedia, sin la escultura y la pintura? La tierra sería un lugar vacío por el que el ser humano se arrastraría como una serpiente hacia una muerte cierta y sin consuelo. Sois el sol que hace crecer la hierba fresca de la poesía. Sois la columna sobre la que se asienta lo bello y lo bueno del ser humano. ¡Por eso, amigos, hermanos, he decidido liberar Grecia! ¡Para que florezcáis como es vuestro destino! ¡Y para que recordéis siempre a este humilde poeta como recordáis a Pericles, a Leónidas, a Temístocles o a Demóstenes!

El teatro volvió a estallar en aplausos y todos los asistentes se pusieron de pie. Nerón volvió a pedir silencio con las manos.

—Es con dolor de corazón y pesar en el alma que abandono esta tierra que es la que debería haberme visto nacer. He de volver a Roma, así lo exige la pesada carga que me fue legada por mis antepasados. Pero regresaré, queridos amigos, regresaré.

De nuevo gritos, vivas y aplausos. Nerón le hizo a su público una reverencia y desapareció del escenario caminando lentamente de espaldas acompañado de Esporo.

Ya en los vestuarios y con el clamor de Corinto aún en el ambiente, el emperador se acercó a Tigelino.

—¿Qué te ha parecido, querido amigo?

—Sublime, César. Sublime.

—Se acabaron los impuestos para los griegos —dijo Nerón—. Deben ser libres para crear.

—Pero nos veremos obligados a incrementar los tributos en el resto del Imperio, César.

—¿Y qué? ¿De qué sirve el dinero sin las artes? El Imperio jamás será capaz de devolverle a Grecia todo lo que Grecia ha hecho por el Imperio.

—Cierto, César. Muy cierto. —Tigelino hizo una pausa, miró al suelo y luego, de nuevo, al emperador—. Conviene tomar una decisión respecto a Judea.

—¿Por qué me molestas con minucias en el día de mi triunfo, Tigelino?! —protestó el emperador—. ¡¿Acaso no me es permitido un día de gloria?!

—Lo lamento, César. Pero las noticias son alarmantes. Hay que actuar de inmediato. Las tropas de Cestio Galo han sufrido una terrible derrota y toda Judea se ha levantado en armas, incluidas Galilea, Perea e Idumea.

—¡Eso ya lo sé! ¡No dejas de repetirlo! ¡Y estoy harto! ¡Harto!

—Lo sé, César, pero hay que encontrar a alguien que se haga cargo de la situación.

Esporo se inclinó para susurrarle al emperador algo al oído. Nerón suspiró y pareció calmarse.

—Muy bien, Tigelino —dijo el poeta al fin—. ¿A quién propones?

—Sin duda el mejor general posible sería Cneo Domicio Corbulón; por experiencia, capacidad de mando y el respeto y el cariño que le tienen las tropas. Pero no conviene que se alce con más victorias. El pueblo y el Senado le aprecian... demasiado. Es peligroso.

—No. Él no —dijo Nerón categórico.

—El problema es que nadie comprendería que el mando de esa campaña no le fuera entregado.

Nerón asintió.

—Bien es cierto que si... ¿cómo decirlo? Si desapareciese, la labor de elegir a un sustituto para Galo sería más sencilla.

—¿Ejecutarle?

—No. Ni el pueblo ni el Senado lo entenderían. Siempre ha sido un hombre leal y jamás ha hablado o actuado contra ti.

—¿Entonces?

—Es complicado —dijo Tigelino con resignación.

Los aplausos del teatro no cesaban. Nerón se recostó, cerró los ojos y se llevó el índice y el pulgar al puente de la nariz.

—¿Me ama? —dijo el emperador al fin.

—No comprendo, César.

—Que si Corbulón me ama —repitió Nerón.

—Eso dice.

—En ese caso, y por el bien del Imperio, que se suicide.

—Pero...

—Si muere por su propia mano, nadie podrá reprocharme nada.

—Sí, César.

—¿Quién más puede hacerse cargo de Judea?

—El otro candidato podría ser Tito Flavio Vespasiano.

—¿Ese bruto de provincias?! —estalló Nerón.

—Es inofensivo, y por lo tanto perfecto. Origen humilde, senador nuevo, cincuenta y ocho años, servil, relativamente desconocido para el pueblo y no del todo aceptado por la vieja aristocracia y el Senado. Ha ostentado el consulado en una ocasión, con lo que cumpliría ese requisito. Además, lleva un año apartado

de la corte después del bochornoso episodio...

—No me lo recuerdes —protestó Nerón—. ¿Tiene experiencia militar?

—Luchó en Britania, a las órdenes de Aulo Plaucio y al mando de la Legio II Augusta cuando el Divino Claudio, tu padre, invadió la isla.

—¿Pero es competente? —preguntó Nerón.

—Al menos no es un incompetente.

—Sea —dijo Nerón, zanjando el asunto antes de volver a salir al escenario para regalarse otra tormenta de aplausos.

42

JERUSALÉN
PRIMAVERA 67 D. C.

En la habitación más pequeña de la casa de Zadok, junto a la cocina, tendido en un lecho y a la luz de una lámpara de aceite cuya llama se mantenía erguida e imperturbable, descansaba por fin Arán.

Emmanuel y Yair le habían traído al caer la noche, unos días atrás. Desnudo, delirante, magullado, con heridas y moratones por todas partes, con los ojos hinchados y rodeados de un arcoíris entre morado y amarillento. Pero ahora el *kittim* dormía, y su sueño parecía plácido.

Por orden de su hermano, y con absoluto mimo, Ruth se había encargado de limpiarle las heridas y la suciedad con agua y con un paño, y luego le había vendado las brechas que aún le sangraban. El *kittim* decía cosas en sueños, muchas cosas, y de vez en cuando decía el nombre de la muchacha. Lo decía con delicadeza, con una cadencia de voz amable y sincera que hacía que a Ruth le diera la sensación de que el corazón se le fuera a deshacer como la mantequilla al fuego. Durante aquellos días las manos de Ruth habían recorrido sin impedimento todo el cuerpo pálido y musculoso del *kittim*, y la muchacha había sentido llamas en las entrañas. En una ocasión le había besado en los labios inertes y había sentido tal latigazo en el pecho, tal galope en el corazón, que había decidido no hacerlo más.

—¿Qué tal está? —preguntó Emmanuel mientras cenaban. El joven acababa de volver de una de sus interminables reuniones con sus compañeros, y con otros grupos que pensaban igual que ellos, con los que se reunían en la explanada del templo.

—Bien —dijo Ruth—. Al menos ya no delira. Y no tiene fiebre.

—¿Y dónde está Zadok?

—Preparando el viaje a Alejandría.

—Cobarde —dijo Emmanuel con desprecio.

Un silencio.

—No quiero irme con Zadok —dijo la muchacha—. No quiero casarme con él.

—Pero si hace días me lo estabas suplicando.

—Lo sé. Tenía miedo. Pero ya no lo tengo. Y quiero... quiero quedarme contigo.

—No hay quien entienda a las mujeres —dijo Emmanuel, y suspiró—. Pero no puedo hacer nada: Zadok pagó el precio estipulado, padre dio su palabra y yo tengo que honrarla. Lo sabes tan bien como yo. Además, dudo que pudiera casarte con nadie más, y empiezas a no estar en edad.

—¿Y no podría quedarme soltera?

—¿Y quién te iba a mantener? Toda mujer necesita un marido, y puedes imaginar cómo reaccionaría Zadok, nos echaría de su casa. Necesitamos un techo. Y, sencillamente, no puedes negarte. La *ketubah* es un contrato que hay que honrar. Bebiste del cáliz que te ofreció, aceptaste.

—Solo porque padre me obligó.

—Eso no importa.

—Pero yo no quiero irme a Alejandría, quiero quedarme contigo.

—Una vez seas su esposa, yo ya no tendré derecho alguno sobre ti. Ni siquiera ahora lo tengo.

—Pero...

—No insistas —zanjó Emmanuel.

Ruth, apesadumbrada, siguió comiendo.

—Tendrías que haberlo visto cuando le encontramos —dijo Emmanuel cambiando de tema.

—¿A quién?

—Al *kittim*. Le tenían en la fortaleza Antonia, con el resto. Les daban palizas todos los días. Eleazar ha tenido que intervenir para que dejen de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario estarán demasiado débiles y morirán en la cruz en cuestión de horas. Y tienen que estar ahí arriba al menos cinco días. Sufriendo. Pero a él... —dijo Emmanuel señalando hacia la pequeña habitación en la que dormía Arán—, a él tenía que sacarlo de allí.

—Yo creía que le odiabas.

—Y le odiaba. ¿Recuerdas lo que te conté de la cueva? ¿De cuando vinieron los *kittim* a por nosotros?

—Claro.

—Fue él.

—¿Arán? —dijo Ruth sorprendida.

—Sí. Fue él el que me vio y salió sin delatarme. Le envió Dios, hermana, atendiendo a mis plegarias. No sé cómo, ni para qué, ni por qué. Pero sé que es así.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Emmanuel se encogió de hombros y la miró a los ojos.

—Es una señal —dijo el zelote—. El fin de los tiempos se acerca, Ruth, y con él el juicio final que ha de traer paz a los justos y sufrimiento a los impíos. Lo presiento. Y no soy el único.

Oyeron un gemido y ambos hermanos volvieron la cabeza al instante. Era el *kittim*. Soltaron los cuencos y las cucharas y corrieron hacia la habitación. Al abrir la puerta el herido los miró extrañado. Por fin había despertado.

—Voy a por Yair —dijo Emmanuel—. Él habla su lengua. Procura que no se duerma —le ordenó a su hermana con urgencia.

Arán despertó sobresaltado. Apenas podía abrir los ojos, le dolía todo el cuerpo. Una lámpara de aceite iluminaba tenuemente las cuatro paredes de la estancia. Reinaba el silencio. Gimió de dolor y, casi de inmediato, se abrió la puerta. Aparecieron dos siluetas, un hombre y una mujer a los que, en un primer momento, no fue capaz de distinguir. El hombre dijo algo y salió corriendo, pero la mujer se acercó y se sentó en el lecho, a su lado.

—Ruth —dijo Arán en un susurro. Intentó sonreír, pero el dolor se lo impidió.

—*Shalom*, Arán —dijo la dulce voz de la muchacha.

—*Shalom* —logró articular el cántabro.

Ruth le cogió la mano y se la acercó a la mejilla. Los dedos de Arán palparon la piel suave de la joven y sintió en ellos las lágrimas que le nacían a la muchacha de esos ojos negros como pozos. Luego los labios de Ruth le besaron la mano. Y fue feliz como jamás lo había sido.

—*Shalom* —volvió a repetir Ruth.

—*Shalom* —repitió Arán.

Le hubiera dicho tantas cosas, pero solo conocía un puñado de palabras en su lengua y no podía empezar ahora a decir cosas como pan, comida, sol, piedra y olivo. Además, *Shalom* lo resumía todo, porque era precisamente lo que sentía: paz. Le quería decir que no había dejado de pensar en ella, que había visto arder Beth Zaanán, que había hecho cosas horribles contra su pueblo y que, no soportándolo más, había decidido avanzar durante la batalla por la Ciudad Nueva

hasta caer prisionero porque era el único modo de huir del horror. Que había preferido abrazarse a la esperanza. Y que allí estaba, con ella, que los dioses habían intercedido por él. Que había estado desesperado. Pero que todo merecía la pena, que ahora podía morir tranquilo, pero que ya no quería morir porque estaba donde debía estar.

—*Shalom* —volvió a decir Arán mientras con el pulgar acariciaba la mejilla de Ruth.

La muchacha, mirándole a los ojos, le regaló una sonrisa.

Se oyó la puerta y, acto seguido, las voces de dos hombres. Ruth, nerviosa, soltó la mano de Arán y se puso en pie de inmediato. Eran Emmanuel y otro joven. Hablaron entre ellos y le preguntaron algo a Ruth. Luego el muchacho que acompañaba a Emmanuel cogió un taburete de madera y se sentó al lado del cántabro.

—Me llamo Yair —dijo el joven en latín.

—Yo, Arán —repuso el herido en un susurro.

—¿Eres romano? —Arán negó con la cabeza—. ¿De dónde?

—Cantabria.

Yair miró a Emmanuel y ambos se encogieron de hombros.

—¿Te envía Yavé? —preguntó Yair.

—¿Yavé? —dijo Arán extrañado.

—Dios. ¿Te envía Dios?

—No entiendo lo que me quieres decir —dijo Arán.

—Conoces a Emmanuel, ¿verdad? —Arán asintió—. ¿Por qué le salvaste en la cueva?

—No lo sé.

Yair volvió a mirar a Emmanuel y ambos sonrieron y asintieron satisfechos.

—Verás —dijo Yair—, te vamos a cuidar hasta que te pongas bien. Y entonces te devolveremos con los tuyos.

—No —protestó Arán.

—¿No?

—No. No volveré a luchar en el bando equivocado.

Yair se volvió a Emmanuel y tradujo para él. Emmanuel observó al cántabro asombrado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Luché y avancé y dejé atrás a mis compañeros para rendirme y unirme a vosotros. Para luchar contra Roma. No volveré a alzar la espada por el bando equivocado.

43

A todos nos llega ese momento en el que tienes que elegir entre aceptar lo que eres, aquello en lo que te ha convertido la vida, o renunciar a ello por completo. La mayoría de nosotros vivimos continuamente en un limbo entre ambas realidades, ni aceptamos, ni renunciamos. Y es porque tanto para lo uno como para lo otro hace falta valor y coraje, hace falta decir basta, hace falta decir «ni un día más». De lo contrario ese limbo oscuro te carcome hasta que son los acontecimientos los que deciden lo que eres, y llega un momento en que miras atrás y ya no hay remedio.

Arán renunció a aquello en lo que nos habíamos convertido y yo acepté. Aunque también podría decirse que él aceptó lo que nunca había dejado de ser y yo renuncié. Cada uno por sus razones, cada uno a su modo. Él porque seguía creyendo en otro mundo, yo porque me había convencido de que ese mundo no podía ser.

Arán había muerto, o eso creía yo. El mundo de mi abuelo ya no existía ni podría existir jamás. Por eso Noreno fue dejando paso rápidamente a Quinto Lelio Lucano, el nombre que se me había dado y con el que nunca me había identificado hasta entonces.

Los poco más de doscientos hombres que quedábamos en la cohorte después de la masacre de Beth Horón ya no éramos los muchachos que dos años atrás se alistaron en Julióbriga. Nuestros cuerpos eran más fuertes y, bajo nuestras armaduras, la piel y el corazón se habían fortalecido. Habíamos visto suficiente sangre, muerte y desesperación como para considerarlas algo casi natural. Habíamos temido tanto y tantas veces por nuestras vidas que ya no teníamos miedo. Hay venenos que tomados de forma habitual y en pequeñas cantidades te inmunizan contra sus efectos, bien es cierto que tal inmunidad conlleva un precio, y es que la salud al completo se va debilitando poco a poco.

Pero aceptas: el sol sale por Oriente, las noches son oscuras, la miel es dulce, la gente muere y el mundo es un lugar despiadado y terrible.

Si hay una forma de describirlo, sería la siguiente: éramos veteranos y

servíamos al emperador y a nuestras enseñanzas.

Y aunque no fuera mi caso, o al menos no hasta el punto del odio, creo que casi todos mis compañeros habían desarrollado un particular resentimiento hacia nuestro enemigo. Al fin y al cabo, aquel conflicto que no comprendíamos se había llevado la vida de muchos de nuestros amigos. Había ánimo de revancha, queríamos venganza y no podíamos esperar a ponernos de nuevo en camino. Estábamos juntos en esa guerra. El Imperio proveía y nosotros, a la luz de las hogueras, recordábamos a todos aquellos que habían caído a lo largo de esos dos años, recordábamos no solo que podríamos haber sido nosotros, sino que en muchos casos habían dado sus vidas por el resto, como sin duda haríamos cualquiera de los integrantes de la Cohors II Cantabrorum por el resto de nuestros compañeros.

Las pequeñas diferencias y rencillas, siempre presentes, se quedaban en nada si se comparaban con el espíritu de camaradería y solidaridad que habíamos desarrollado a lo largo del tiempo y a la sombra de nuestro estandarte. El cariño y el respeto que sentíamos por Valerio, por Marcelo y por nuestro médico Teómaco. Éramos un organismo vivo, unido y complejo. Y, a pesar de la derrota de Beth Horón, empezábamos a sentirnos orgullosos de ser lo que éramos.

Durante los meses que pasamos en Antioquía disfrutamos de todo aquello que ofrecía la tercera ciudad más grande del Imperio. Carreras, gladiadores, tabernas y prostitutas. Y cantábamos borrachos por las calles, tanto nuestra canción como otras, y nos sentíamos parte de algo más grande que nosotros mismos. La sangre de todos nosotros se había mezclado en charcos en el suelo. Éramos más que hermanos. Pero además, teníamos algo que demostrar, tanto a otros como a nosotros mismos.

Te contaré un secreto. ¿Sabes por qué los soldados somos unos fanfarrones? Porque en algún lugar de tu mente sabes que lo que dices en la taberna luego lo tendrás que demostrar en el campo de batalla.

En Antioquía se concentró un ejército el doble de grande de aquel con el que marchara Galo. A lo que quedaba de las tropas que habían combatido en Jerusalén y Beth Horón, se unieron la V Macedonica, la X Fretensis y, más tarde, desde Alejandría, la XV Apollinaris, así como contingentes de otros muchos lugares. Y, a la cabeza de todas ellas, nuestro nuevo comandante: Tito Flavio Vespasiano, un hombre corpulento y, por lo que pude comprobar en alguna ocasión, cercano.

Si el ejército de Galo se nos antojó invencible, en el de Vespasiano nuestra Cohors II Cantabrorum era una simple gota de agua en el mar. Pero, si he de

serte sincero, ya no nos sentíamos inferiores, porque habíamos visto a la todopoderosa XII sucumbir a las mismas armas que nosotros. Cobrábamos menos, se nos encargaban las tareas más desagradables y, en ocasiones, las más peligrosas. Pero así surgió entre nosotros el dicho: «No envíes a un legionario a hacer lo que solo puede hacer un cántabro». Fanfarronería, sí. Humor, también. Pero nosotros nos lo creíamos.

La columna entera, de principio a fin, debía de medir al menos veinte millas, un día completo de marcha desde la cabeza hasta la cola.

Desde Antioquía marchamos por la costa hasta Ptolemais, una ciudad fenicia, y desde allí hacia el interior, hacia Galilea.

Se nos ordenó una vez más, tal y como hiciera Galo, quemarlo y destruirlo todo a nuestro paso, cegamos fuentes y pozos, ardieron cosechas y aldeas. Confiscamos rebaños enteros. Y todo ello ya sin remordimiento, sabiendo que eso era exactamente lo que se esperaba de nosotros y lo que debíamos hacer para acabar con aquella guerra cuanto antes.

¿Has oído hablar de Gabara?

Era la primera gran población de Galilea, a unas quince millas de Ptolemais. Ya no existe. Vespasiano ordenó tomarla al asalto, masacrar a toda la población, hombres, mujeres y niños, e incendiarlo todo. He de decir que los legionarios se entregaron a la labor con mucho más celo que nosotros.

El objetivo, por supuesto, era enviar un mensaje de terror a los judíos. Nada quedaría en pie a nuestro paso: sumisión o exterminio, esas eran las únicas opciones abiertas a los rebeldes. Exactamente lo que me había contado mi abuelo tantas y tantas veces cuando era niño, cuando mi madre se dormía.

Supongo que muchos judíos huyeron, pero otros, los más resueltos, decidieron resistir en un lugar llamado Jotapata a las órdenes de un joven aristócrata, un hombre llamado Yosef ben Matthias, al que, por avatares del destino, la historia acabaría conociendo como Tito Flavio Josefo. Creo que aún vive, en Roma. Y si él estuviera aquí podría contarte, mucho mejor de lo que pueda hacerlo yo, todo lo que ocurrió en esos años y, sobre todo, en la ciudad amurallada que defendió hasta el final y donde habría de decidirse la suerte de Galilea.

44

JOTAPATA
PRIMAVERA 67 D. C.

Yosef tiró de las riendas con fuerza y detuvo el galope de su montura en lo alto de una colina. El caballo relinchó, se encabritó y sus cascos abrieron un surco en el suelo al sentir repentinamente la presión del bocado. Tras él se detuvieron los cuatrocientos jinetes que formaban parte de su escolta personal.

Llevaban cabalgando desde antes del amanecer y ya anochecía. Los caballos estaban agotados. A lo lejos podía verse la ciudad de Jotapata, encaramada a una colina de difícil acceso y de escarpadas pendientes al este, al sur y al oeste, y abrazada por las robustas murallas que Yosef había ordenado reforzar. Más allá, a unas cuatro millas de distancia, se divisaban miles de hogueras: el ejército del general Vespasiano.

Habían llegado a tiempo. Al día siguiente los romanos sitiarían la ciudad, de eso no había duda.

Yosef espoléó su caballo pidiéndole un último esfuerzo: tenía que llegar cuanto antes y hacerse cargo de la situación. De lo contrario, si los defensores de la ciudad se sentían abandonados, no tardarían en capitular.

Las noticias de la masacre de Gabara habían sacudido Galilea como un terremoto. Y si Jotapata caía y acababa corriendo la misma suerte que Gabara, Galilea entera estaría perdida sin siquiera haber dado comienzo la campaña.

Después de meses intentando crear algo parecido a un ejército, de reforzar las defensas de las ciudades, de intentar no zozobrar en las revueltas aguas de la política entre insurrectos, caudillos populares, mesías, griegos, romanófilos y los intereses del gobierno al que representaba, después de haber escapado indemne a varios intentos de asesinato, Yosef no podía permitirse fracasar sin al menos haber luchado. Su padre nunca se lo habría perdonado. Y él a sí mismo tampoco.

Según los informes, el ejército al que se enfrentaban sumaba cerca de sesenta mil hombres, cuatro legiones, unidades auxiliares, máquinas de asedio. Soldados

profesionales, implacables, bien armados y mejor entrenados. Yosef disponía de unas murallas y de los tres mil hombres que había apostado allí al saber del avance de Vespasiano y que, a pesar de su fervor, no eran más que campesinos.

Yosef remontó el escarpado sendero pedregoso que llevaba a la ciudad por su ladera norte. No tuvo más que alzar la voz para que las puertas se abrieran ante él y sus cuatrocientos leales. Había terror en los ojos de la gente.

El joven aristócrata desmontó de un salto.

—Buscad a Joel —le dijo a uno de sus hombres—. Y que venga de inmediato a la muralla.

Yosef subió a toda prisa las escaleras que llevaban a lo alto de una de las torres. Allí se encontró a una docena de hombres nerviosos. Había anochecido, ya no quedaba ni rastro del sol en el horizonte, pero a lo lejos seguían viéndose las hogueras del campamento romano.

—*Shalom* —les dijo a los defensores—. ¿Cuándo llegaron?

Los centinelas observaron al joven que les hablaba; llevaba un casco cónico con penacho blanco, coraza de lino prensado y una bella espada cuya empuñadura representaba un león y que no parecía haber sido utilizada jamás. Le reconocieron al instante.

—Hace unos días tan solo varios destacamentos de caballería e infantería. Solicitaron nuestra rendición. Joel se negó, y llevaron a cabo un asalto tentativo. Pero lo rechazamos —explicó el joven que había tomado la iniciativa de hablar.

Lo dijo con cierto orgullo. Tenía la piel curtida por el sol. Las manos callosas con las que sostenía una lanza casera hablaban de una dura vida de trabajo en unas tierras desagradecidas.

—Bien hecho —dijo Yosef—. Tenemos que resistir a toda costa.

—Lo sabemos —dijo el joven—. Dios está con nosotros.

—Sí —dijo Yosef—. Por supuesto.

Si eso era lo que necesitaban creer para mantenerse firmes en una situación imposible, no sería él quien les llevase la contraria. Pero Yosef empezaba a sospechar que, como decía su padre, a Dios no le interesaban los asuntos de los mortales.

—¿Me has hecho llamar? —dijo la voz jadeante de Joel a su espalda.

—Sí. Selecciona a los hombres mejor armados y que cuenten con armadura, que vengan todos y que pasen la noche detrás de las puertas. Organiza a la población, a todo el que sea capaz de tirar piedras, de empuñar un cuchillo, a todo el mundo, jóvenes, ancianos, todos. Que traigan cualquier cosa que pueda parecerse a un escudo. Ellos ocuparán las murallas. Las defenderemos a toda

costa. En cuanto a los hombres mejor armados, que estén dispuestos por la mañana a salir en tromba en cuanto yo dé la orden para que se abran las puertas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—A ello.

Joel desapareció escaleras abajo y empezó a dar órdenes. Yosef volvió a mirar a lo lejos, a las hogueras. Todos los tratados militares que había leído recomendaban efectuar salidas continuas en caso de asedio. Era el momento de poner en práctica todo lo que había leído.

—¿Ganaremos, señor? —dijo el joven a su lado sin poder ocultar su nerviosismo.

—Si no lo intentamos, no —dijo Yosef—. Descansad.

Lo que no dijo Yosef fue que solo un milagro podía salvarlos y que, si luchaban con tesón y ahínco, probablemente Jotapata lograra mantenerse desafiante unos días, que pronto todo aquello que los rodeaba y que amaban no sería más que un montón de escombros humeantes, que sus mujeres serían violadas y asesinadas y sus hijos, si tenían suerte, vendidos en algún mercado de esclavos.

DÍA 1

Al amanecer, siguiendo las instrucciones del joven comandante en jefe, las murallas de Jotapata se vieron repletas de hombres de todas las edades empuñando armas de todo tipo, mientras que las tropas mejor pertrechadas aguardaban en formación para salir de la ciudad a una orden suya. Yosef se encaramó una vez más a la muralla y miró hacia el norte. El ejército de Vespasiano estaba en marcha tal y como delataba la gigantesca columna de polvo que levantaba a su paso.

Una hora después ya podían distinguirse los estandartes, los destellos plateados de las armaduras, el rojo de los escudos. El ejército romano empezó a desplegarse en la llanura, a una milla de distancia, cuadrículas perfectas de carne, madera y acero. Se oían sonar las tubas a lo lejos. Luego llegó un instante de quietud. El polvo volvió a asentarse en el suelo. Y, de nuevo, sonaron las tubas. Las inmensas y monolíticas columnas de Roma se pusieron en marcha, avanzando lentamente hacia Jotapata.

—Adonai —dijo Yosef—. Ten piedad de nosotros.

El joven miró a un lado y a otro y se preguntó si aquellos campesinos serían capaces de soportar la marea de fuego y metal que se cernía sobre ellos. ¿Y él mismo? ¿Cómo reaccionaría? Lo sabría a su debido momento.

Tubas, pasos acompasados, crujir del suelo, tintineo de armas. Cada vez más cerca. Era aterrador. Desde algún punto de la muralla un hombre empezó a cantar un salmo y a su voz se unieron otras.

A doscientos pasos de la muralla, la primera línea de las tropas de Vespasiano se detuvo, y tras esta todas las demás, dando lugar a un silencio aún más aterrador sobre el que se alzaba el cántico de los defensores. Los romanos llevaban escalas. Tras la primera línea había formaciones de arqueros y, tras estos, más y más rectángulos rojos y perfectos que se perdían más allá de la colina que tenían a la espalda.

—¡Aguardad mi orden! —gritó Yosef desde la muralla a los hombres que esperaban abajo.

Volviéron a sonar las tubas y se agitaron los estandartes. Los romanos desenvainaron y empezaron a golpear los umbos de los escudos con sus hojas mortíferas. Un horrísono alarido uniforme ahogó los salmos que se cantaban en las murallas.

Y el monstruo plateado cargó aullando contra las murallas de Jotapata al tiempo que el sol quedaba oculto tras una nube de flechas.

DÍA 6

Legados, tribunos, prefectos y primipilos fueron convocados al pretorio del general Vespasiano, en el centro del inmenso campamento romano, a dos millas de la ciudad.

Hacía calor allí dentro, así que el general había permitido a sus subordinados acudir a la reunión vistiendo tan solo sus túnicas militares. No obstante, la atestada tienda de campaña olía a sudor acumulado y el sol del mediodía no dejaba de castigar las lonas.

Valerio tenía las axilas empapadas, como todos. Numerio, como primipilo de lo que quedaba de la XII, también estaba allí.

Las tropas de Vespasiano llevaban cinco días asaltando las murallas de Jotapata, las bajas se acumulaban y hasta ahora no había habido resultados. Lo lógico hubiera sido que la moral de los defensores se hubiera venido abajo a la primera embestida, pero quienquiera que estuviera al mando de la plaza sabía lo

que hacía: salidas continuas desde los diferentes accesos de la ciudad y perfectamente calculadas para causar el mayor daño posible, relevo constante de los defensores de las murallas, lluvia escalonada de proyectiles sobre los asaltantes...

—Resulta evidente que he juzgado mal la situación —le confesó Vespasiano a los presentes—. Mi hijo me anima a suspender los asaltos frontales y a recurrir a un asedio convencional. Pero tampoco me gustaría verme atascado aquí durante días. El emperador me cortaría las pelotas y se haría un collar con ellas.

—Creo que Tito tiene razón —dijo Marco Ulpio Trajano, el hispano que estaba al mando de la X Fretensis—. Las murallas son robustas y la defensa parece firme. Si hemos de cometer errores, que sean errores nuevos.

—Cierto —dijo Vespasiano y luego, dirigiéndose a su hijo—: Tito, ¿quieres exponer el plan de acción?

—Será un placer, padre.

A sus veintiocho años, el joven Tito era un muchacho lleno de energía, firme y valiente. Mientras que el padre desprendía bonachona cercanía provinciana, el hijo era todo un aristócrata, tanto en porte como en flema, aunque también disfrutaba de los placeres mundanos que tanto le gustaban a la tropa: el vino, las mujeres y los combates de gladiadores.

—En primer lugar es importante establecer de inmediato puntos de guardia en torno a la ciudad para cerrar el cerco por completo y para que nadie pueda salir ni entrar —dijo Tito—. En segundo lugar, debemos empezar a trabajar en una rampa que nos lleve hasta las almenas, de unos cuarenta o cincuenta pasos de ancho. Tendremos que trabajar rápido. Necesitaremos madera, tierra y piedra en cantidades ingentes para la estructura. He planteado la cuestión a los ingenieros de la XV y consideran que la rampa podría estar lista en diez días. Como es lógico, tendremos que proteger a los hombres que lleven a cabo los trabajos, dispondremos unidades de arqueros y honderos a derecha e izquierda para evitar, en la medida de lo posible, que las labores se entorpezcan desde las murallas. Y unidades de infantería y caballería listas para intervenir en caso de que los judíos decidan efectuar más salidas.

—¿Alguna objeción? ¿Alguna pregunta? —preguntó Vespasiano cuando su hijo dejó de hablar. Se oyó una común negativa—. Bien, manos a la obra.

DÍA 11

Carretas repletas de madera, otras de piedra, otras de tierra, yendo y viniendo,

cadenas humanas de cientos de hombres, el constante repiqueteo de picos y palas bajo el sol inmisericorde de Galilea. El calor, el sudor, las moscas, los aguadores recorriendo las filas de hombres vestidos con túnicas blancas y cubiertas sus cabezas con sombreros de ala ancha hechos de paja. Los ingenieros, bajo sus toldos observando las murallas, haciendo cálculos sobre la pendiente y los ángulos. El polvo en la cara, piedrecillas en las sandalias, las manos empapadas en sudor.

Noreno dejó de picar un instante para retomar el aliento, secarse las manos y frotárselas con algo de polvo para mejorar el agarre de la herramienta. Se apoyó sobre el pico y levantó la mano para que el aguador, un muchacho más joven que él, se aproximase. Bebió con ganas, aunque el agua que quedaba en el odre ya estaba caliente.

—Dicen que el agua caliente calma mejor la sed —dijo el muchacho casi a modo de disculpa.

Noreno sonrió y le dio las gracias. Ya había oído eso antes, aunque dudaba que fuera cierto. El cántabro volvió a empuñar el pico y empezó a descargar golpes. La rampa avanzaba un poco cada día. Los judíos habían intentado desbaratar los trabajos en varias ocasiones, pero la caballería y los arqueros lograban mantenerlos a raya, aunque desde que tenía lugar el ataque hasta que volvían al trabajo solían pasar una o dos horas. Como era de esperar, las labores más desagradables y peligrosas las llevaban a cabo los auxiliares y, a pesar de que se habían construido unas grandes mamparas de madera y mimbre que los protegían de las flechas enemigas y que iban avanzando a medida que progresaba la obra, desde las torres caían proyectiles que abatían a los trabajadores despistados.

En varias ocasiones, los judíos habían salido armados con antorchas para incendiar las mamparas y entorpecer las labores. Era imposible prever cuándo tendría lugar un ataque, a veces ocurrían de madrugada, otras al caer la tarde y otras a medianoche. A veces salían en tromba, cientos de ellos, a la carrera, otras en pequeños grupos silenciosos.

Pero la rampa avanzaba, cada vez un poco más larga, cada vez un poco más alta, directa a las almenas de Jotapata. Y cuanto más se aproximaba a las murallas y más altura adquiría, más peligroso se hacía trabajar.

Después de cinco días extenuantes, Noreno, al igual que todos los hombres destinados a la rampa, recibió la orden de trabajar vistiendo la armadura al completo, incluido el casco. Llegados a ese punto, con los flancos expuestos a las torres laterales, el peligro de ser alcanzado era mucho mayor y se hacía

necesario estar protegido: pero trabajar bajo el sol, bajo el peso de la armadura y con el casco convertido en un horno puso a prueba la resistencia de muchos, que acabaron desplomados, sofocados y llevados a la enfermería.

DÍA 13

Yosef observaba los trabajos desde una de las torres, procurando no llamar la atención de los arqueros sirios al servicio de los romanos, pues estos aguardaban pacientes a que algún incauto asomara la cabeza, igual que hacían los arqueros y honderos judíos.

Los romanos llevaban siete días trabajando en su rampa, parecían hormigas. Y aunque Yosef hubiera intentado retrasar el progreso todo lo posible, había llegado el momento de hacer algo diferente. La rampa acabaría llegando a las almenas tarde o temprano y, cuando lo hiciera, los legionarios podrían ascender cómodamente, lentamente, en sus temidos e impenetrables cuadrados de escudos, en masa; una profunda columna contra la que los judíos solo podrían anteponer una delgada línea, sobre la muralla, de tres o cuatro hombres de fondo. La columna de escudos rojos quebraría la línea parda con facilidad y entonces sería el fin.

—Reúne a los canteros y albañiles de la ciudad, quiero hablar con ellos —le dijo Yosef a Joel—. Que todo el mundo se ponga a recoger piedra, grandes sillares. Si hay que dismantelar casas enteras, que se haga.

—¿Para qué? —preguntó Joel.

—Para que estos siete días de duro trabajo no les hayan servido de nada a los romanos.

DÍA 14

La rampa estaría lista en un par de días, así que Vespasiano había vuelto a convocar a sus oficiales al pretorio. El general se había levantado de muy buen humor aquella mañana.

—Trajano —le dijo el general al hispano—, en los días que faltan quiero que tu X descanse. Serán ellos los que lleven el peso del primer asalto. Una vez que la rampa llegue a las almenas, avanzarás en orden cerrado, en formación de testudo. Te apoyarán varias unidades de arqueros. La XV quedará en reserva

para relevarte si las cosas se ponen feas, pero dudo que vayáis a tener problemas. En cuanto os hayáis hecho con las murallas, tendrás que destinar a un puñado de hombres para que abran las puertas. Una vez dentro, al igual que en Gabara, no habrá piedad. El mensaje tiene que llegar a todos los rincones de Judea.

—Sí, señor —dijo Trajano.

—Con Jotapata en nuestras manos, Galilea entera debería quedar a nuestra merced.

Se abrieron las lonas de la tienda y el ingeniero jefe de la XV asomó la cabeza. Todos los oficiales se volvieron para observar al intruso.

—Señor... —dijo el ingeniero.

—¿Qué ocurre, Marco? —preguntó Vespasiano.

—Me temo que tenemos un problema con la rampa.

El general se puso en pie y salió de la tienda de campaña.

—¿De qué se trata?

—Será mejor que lo vea por sí mismo.

General e ingeniero salieron al galope del campamento seguidos de la escolta personal del primero. Sortearon un auténtico hormiguero de carretas y hombres hasta llegar a los toldos desde los que se supervisaba el progreso de la obra.

Vespasiano miró a su alrededor: no había hombres en la rampa, estaban todos dispersos en pequeños grupos, observando la muralla desde la distancia, charlando.

—¿Por qué se han detenido los trabajos? —preguntó el general.

—Es inútil seguir adelante, señor —dijo el ingeniero señalando el sector de la muralla destinado a recibir el extremo final de la rampa.

Al principio Vespasiano no comprendió lo que le estaba intentando decir su subordinado, pero no tardó en percatarse de que en ese punto en concreto, a lo largo de las almenas y entre las dos torres que las flanqueaban, los muros parecían haber crecido varios palmos. Se veían docenas de cabezas y se oía el lejano e inconfundible rumor de miles de herramientas chocando contra la piedra.

—Deben de haber estado trabajando toda la noche —dijo el ingeniero—. Los oíamos, pero no podíamos imaginar que estuvieran alzando el muro.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Vespasiano.

—La pendiente de la rampa está diseñada para llegar hasta las almenas teniendo en cuenta su altura actual. Si las almenas se alzan, pongamos, por ejemplo, lo que un hombre —dijo el ingeniero llevándose una mano a la cabeza para que el general comprendiera el problema al que se enfrentaban—, habría

que rediseñarla entera y, o bien hacer la pendiente más pronunciada o bien extenderla en proporción de varios centenares de pasos más. En cualquiera de los dos casos, necesitaríamos más madera, más piedras, más tierra y muchos más días de trabajo. Si el muro creciera lo que dos hombres, la rampa tendría que ser más larga aún, y a juzgar por la rapidez con la que trabajan, si disponen de buenos artesanos, no les será difícil alcanzar la altura misma de las torres. Y si algo no les falta, señor, es piedra.

Vespasiano, consciente ahora de la magnitud del problema al que se enfrentaba, maldijo entre dientes. Quienquiera que estuviera al mando de la defensa de la ciudad sabía lo que hacía y, peor aún, sabía cómo ganar tiempo.

—¿Seguimos con los trabajos, señor? —preguntó el ingeniero a su lado.

—No —dijo el general—. No tiene sentido. ¡Decio!

Al instante uno de los hombres de su guardia personal se cuadró ante él.

—¿Señor?

—Vuelve al pretorio y dile a Tito que se han suspendido los trabajos en la rampa, que informe a los demás. Y que vamos a someter la plaza a un asedio convencional.

—Sí, señor.

Vespasiano no había querido recurrir a un sitio estático que retrasara la campaña y que dependiera de las reservas de comida y agua de que dispusieran los defensores. Un asedio así podía durar meses, y ni siquiera había avanzado una treintena de millas desde Ptolemais. Sencillamente no podía permitirse que el otoño le sorprendiera sin obtener resultados. Y tampoco podía pasar de largo. Si lo hacía, su reputación se vería comprometida y la moral de los rebeldes recibiría un espaldarazo. Además, si seguía avanzando sin tomar la plaza, su línea de suministros quedaría amenazada, tal y como le había ocurrido a Galo.

Bien era cierto que en una ciudad como Jotapata, repleta de defensores y refugiados, las reservas de comida desaparecerían a toda velocidad. Pero un hombre podía vivir meses si los alimentos se racionaban con cabeza. El agua, esa era la clave. Tres o cuatro días sin agua suponían la muerte. Y si algo había averiguado sobre Jotapata era que la ciudad no disponía de una fuente de agua, sino que dependía de las cisternas que había en lo alto de las casas y dispersas por la ciudad y que solían llenarse en invierno cuando llegaban las lluvias.

Vespasiano miró al cielo: azul, ni una nube, el sol castigando la tierra desde lo alto. La sed sería su aliada. Lo que el general no sabía era qué reservas del preciado líquido tenían los defensores, pero sí sabía que miles de hombres, mujeres y niños tenían que beber de ellas.

DÍA 18

Yosef estaba satisfecho. Canteros y albañiles, ayudados por cientos de hombres, habían hecho una labor encomiable. El nuevo muro se alzaba a una altura de tres hombres sobre las almenas de la muralla norte y contaba con un parapeto. Prueba de lo efectivo de la estratagema era que los romanos habían abandonado los trabajos de la rampa y habían adoptado una actitud pasiva hasta el tedio. Solo el zumbido de las moscas y el canto de las chicharras perturbaba el silencio anodino que los rodeaba.

Los días habían pasado uno tras otro sin asaltos, sin movimientos dignos de mención. Los romanos observaban a los judíos y los judíos, a los romanos. De vez en cuando se veían patrullas en las colinas circundantes, particularmente a media tarde, cuando se formaban las colas para el racionamiento de agua y comida.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Joel mientras observaban las posiciones enemigas desde lo alto del nuevo muro.

—No lo sé —dijo Yosef pensativo—. Quizá estén esperando a algo.

—¿A qué?

—No lo sé.

—Pues que esperen —dijo Joel con desprecio—. Tal y como se han organizado los racionamientos, tenemos comida para tres meses. Algo más si matamos a los caballos. Y aún podríamos reducir la cantidad por persona si fuera necesario.

—Cierto —dijo Yosef sonriendo—. ¿Sabes, Joel? Hace diecinueve días, cuando llegué, pensé que no duraríamos ni uno. Y míranos ahora, desafiando al ejército más poderoso que jamás haya visto o vaya a ver el mundo.

—Un diluvio. Eso es lo que hace falta. Que Dios haga llover hasta que se ahogue el último *kittim*.

—Con que enviara lluvia suficiente para llenar las cisternas, me conformaría —dijo Yosef de buen humor. Luego volvió a mirar hacia las líneas romanas y al cielo azul y arrugó la frente—. Lo saben —dijo en un susurro sin mirar a Joel—. Lo saben —repitió alarmado cuando se percató de lo que estaba ocurriendo.

—¿El qué? ¿Quién?

—Los romanos —dijo Yosef mirando alarmado hacia un lado y otro—. Saben que dependemos de las cisternas. Eso es a lo que están esperando, a que se nos acabe el agua. Por eso envían patrullas a las colinas a la hora del racionamiento,

para calcular lo que nos queda.

Joel abrió los ojos al máximo. No había peor muerte que la provocada por la sed.

—Tenemos que hacer algo —dijo Yosef como si hablase consigo mismo.

—No se puede sacar agua de las piedras —repuso Joel.

—No. No se puede. Pero eso ellos no lo saben.

—Eso lo sabe todo el mundo —protestó el lugarteniente.

Yosef dio media vuelta, se sentó en el parapeto, apoyó la espalda en el muro y cerró los ojos. Joel se acuclilló junto a él y le observó con preocupación.

—Un asedio es una cuestión de moral. Eso es lo que dicen todos los tratados de estrategia.

—De poco sirve la moral si se acaba el agua.

—Comida, agua, fe en la victoria, confianza en tu comandante, todos ellos son factores que suman o restan al deseo de seguir adelante, a la moral. De nada sirve el agua si los hombres se saben condenados. Y el tedio es el peor enemigo de la moral, porque el tedio te hace pensar. Cada pequeña victoria cuenta. Ahora mismo los romanos, después de días picando piedra bajo el sol, se han visto obligados a abandonar los trabajos en la rampa y durante cinco días estuvieron asaltando las murallas. ¿Cómo crees que se sienten?

—¿Frustrados?

—Exacto. ¿Y qué ves a tu alrededor, en los hombres?

—Deseo de seguir luchando.

—Eso es. Pero ¿qué pasaría si dentro de quince días los romanos siguen ahí, inmóviles, y se empieza a correr la voz de que se nos está acabando el agua? Quince días en las almenas, bajo el sol, sin hacer nada... ¿Te imaginas todo lo que se puede llegar a pensar? —Joel asintió apesadumbrado—. Necesitamos una pequeña victoria.

—¿Otra salida?

—No. Ya has visto las posiciones defensivas de los romanos, sería una masacre. No. Me refiero a una pequeña victoria. Tienen que ser ellos los que ataquen.

—¿Y cómo piensas provocarlos?

—No lo sé —dijo Yosef pensativo—. No lo sé.

Las murallas de Jotapata estaban repletas de túnicas recién lavadas tendidas al sol. El agua chorreaba por los muros y teñía la piedra de negro. Las patrullas que vigilaban la ciudad desde las colinas circundantes informaban de que los judíos debían de estar celebrando alguna de sus absurdas y descerebradas fiestas religiosas. El ambiente en la ciudad, decían, era festivo. No solo se estaban dando un banquete a base de cordero, el olor del cual llegaba hasta el campamento romano, sino que, además, la festividad debía de tener algo que ver con el agua, porque habían llenado barreños enteros, los habían dispersado por las calles y los hombres, con el torso desnudo, jugaban, reían y chapoteaban como chiquillos.

Vespasiano escuchó el informe en su tienda de campaña, rodeado de sus oficiales y, después de un instante de silencio, golpeó la mesa con el puño, con fuerza. Papiros y tablillas saltaron al recibir el impacto.

—Deben de disponer de reservas de agua suficientes, señor. No hay otra explicación —dijo el tribuno.

Vespasiano asintió.

—Reanudaremos los asaltos —ordenó el general.

45

JERUSALÉN
PRIMAVERA 67 D. C.

Arán despertó al olor de pan recién horneado. Tenía hambre. Tenía mucha hambre. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero ya iba siendo hora de abandonar esas cuatro paredes.

Se quitó la manta de encima y, al hacerlo, sintió un leve dolor en el costado. Nada en comparación con las invalidantes punzadas que le habían recorrido el cuerpo días atrás. Aún estaba débil y, cuando se incorporó y puso los pies en el suelo, sintió un mareo. Estaba desnudo. Lo único que le quedaba de toda su indumentaria era el cordón de cuero que llevaba al cuello y del que pendía su nombre romano: Casio Calpurnio Capeno, la persona que nunca había sido y que ya, por suerte, jamás sería.

Tomó aire y se puso en pie lentamente. Le temblaban las piernas. Después de tanto tiempo tumbado, su cuerpo parecía haberse olvidado de lo que era adoptar una postura vertical. Le recordó un poco a la sensación que había tenido al poner pie en tierra después de la travesía desde Tarraco.

Pero estaba bien, se sentía en paz. Estaba donde quería estar, los fantasmas se habían ido y Ruth estaba cerca, la oía canturrear en la cocina. Cerró los ojos un instante y disfrutó del momento: paz, pan, amor. Luego dio dos pasos hasta la puerta y la abrió ligeramente, una pulgada, lo justo para ver sin ser visto. Allí estaba Ruth, de espaldas, junto al fuego, tarareando y moviéndose hacia delante y hacia atrás, probablemente estuviera moliendo trigo para hacer el pan. Por primera vez, Arán contemplaba una espesa melena negra, brillante y ondulada que siempre había quedado oculta bajo el tocado. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué tenía que llevar siempre una tela en la cabeza? ¿Por qué lo hacían todas?

Pensó en Noreno. Hubiera querido hacerle partícipe de la felicidad que sentía. ¿Qué habría sido de él? ¿Habría sobrevivido a la batalla por la Ciudad Nueva? Seguramente sí, porque Noreno tenía un espíritu que cuidaba de él. ¿Qué estaría

haciendo ahora? Sintió una pena repentina. Siempre había que renunciar a algo, pero era importante luchar para no verse obligado a renunciar a uno mismo. ¿Volvería a verle? Los dioses decidirían.

Arán abrió más la puerta y los goznes chirriaron. Ruth volvió la cabeza al oírlo y chilló al verle. A punto estuvo de dar con las nalgas en el suelo al perder el equilibrio sobre el taburete. La muchacha alargó la mano a toda prisa y se puso el pañuelo en la cabeza. Luego, aún temblando del susto, se tapó los ojos con la mano izquierda y con la derecha hizo un gesto de urgencia para que Arán volviera a meterse en la habitación. El cántabro, confundido, cerró la puerta de golpe. ¿Qué había pasado?

A través de los tablones oyó la risa nerviosa de Ruth que se alejaba y, casi al instante, la oyó volver, todavía riendo. La puerta se entreabrió un poco y por la ranura aparecieron las manos de la muchacha, que dejaron varias prendas en el suelo, incluidas unas sandalias. La puerta volvió a cerrarse. Arán se agachó a recoger la ropa. Se puso la túnica parda de lino, que se ciñó a la cintura con una faja de color verde apagado, se calzó las sandalias, un poco pequeñas e incómodas, y se colocó sobre los hombros un manto verde. Había visto cómo vestían allí los hombres, así que no le costó demasiado hacerse una idea de su propio aspecto. Se llevó la mano al mentón para rascarse. También le había crecido la barba. Por un instante se sobresaltó, pero recuperó la compostura al saber que ni Valerio ni Marcelo estaban allí para afearle la conducta y para decretar unos cuantos latigazos por no haberse afeitado. Se tocó el pelo: volvía a ser la maraña castaña y acaracolada que fuera en Cantabria.

Cuando abrió la puerta, Ruth estaba allí, esperando, sonriendo, a varios pasos de distancia. Hizo un gesto con el dedo y Arán comprendió que quería que diera una vuelta sobre sí mismo para verle. El cántabro obedeció y Ruth volvió a reír como una chiquilla. Arán sonrió.

—*Shalom* —dijo el muchacho.

—*Shalom* —dijo ella en un susurro, mirándole a los ojos con ternura.

Ruth señaló a la mesa. Allí, junto al fuego, había un plato con pan, aceitunas, garbanzos y un puñado de almendras, así como un cuenco repleto de vino. Pero Arán tenía más ganas de abrazarla y de besarla que de comer. Se acercó a ella. Ruth, temblorosa, dio un paso atrás y miró al suelo. Arán le colocó a la muchacha el dedo índice bajo el mentón, hizo que le mirara a los ojos y la besó. Los labios solo se tocaron un instante porque Ruth, con las mejillas ardiendo y sonrosadas, dio otro paso atrás.

—No —dijo la muchacha en su lengua.

—¿No? —preguntó Arán.

—No.

Ruth dijo algo más, apesadumbrada, señaló a la mesa e hizo un gesto de llevarse comida a la boca. Arán comprendió, quería que comiera. Pero ¿por qué le había negado un beso? Junto al plato había una flor, parecida a las que solía dejarle en Beth Zaanán cuando comía en la azotea.

El cántabro se sentó a comer. Ella se sentó delante de él, a contemplarle. Ruth le cogió la mano y se la acarició mientras le miraba. Y le dijo algo.

—Sé que no me entiendes, amor mío —le dijo la muchacha al *kittim*, que la miraba como si estuviese contemplando una aparición—. Pero no puedo. Y te aseguro que quiero. Quiero besarte hasta que me escuezan los labios, quiero acariciarte, quiero tumbarme desnuda contigo en la cama, quiero pasar toda mi vida contigo..., pero no puedo. Y no podré nunca. No puedo besarte porque sé que me ardería el vientre y no quiero hacer nada de lo que los dos vayamos a arrepentirnos. —Arán hizo una mueca de incompreensión y negó con la cabeza—. No sé cómo serán las cosas en el lugar de donde vienes, pero aquí una mujer no puede hacer según qué cosas. Si alguien se enterase, me matarían a pedradas y a ti, amor mío..., a ti no sé lo que te harían. Lo que me pueda pasar a mí no me importa tanto. Lo segundo sí. Además, estoy prometida. Pronto seré la esposa de otro hombre, porque así lo quiso mi padre y así lo quiere mi hermano. —Hubo una pausa. Ruth señaló la comida—. ¿Te gusta?

—¿Gusta?

—¿Bueno? —dijo la muchacha.

—Bueno, sí —dijo Arán.

Ruth asintió.

—Sé que murió mi padre, que le mataron los tuyos. Y sé que Beth Zaanán ya no existe.

—Beth Zaanán —repitió el cántabro al oír algo que comprendía.

—Vine a Jerusalén a casarme con mi primo Zadok. Yo no quiero casarme, pero las cosas aquí son así. Esta es su casa.

—Casa —repitió Arán.

—Sí, casa. Mi hermano y él no se llevan bien, y Zadok quiere irse a Alejandría. Mi hermano ha intentado convencerle para que se quede, pero Zadok se niega, y aunque ahora que mi padre ha muerto es mi hermano el que ha de tomar la decisión, no puede quebrantar la palabra que dio Jacob.

Arán dejó de comer, la miró con tristeza y le apretó la mano.

—Jacob, Beth Zaanán. —Y señaló al fuego.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

Arán se llevó la mano al pecho y esbozó un gesto de dolor, dando a entender que compartía su desconsuelo.

—Lo sé. No fue culpa tuya. —Ruth suspiró—. Verás, cuando dejé la aldea para venir aquí, pensé que jamás volvería a verte, aunque te aseguro que me costó mucho hacerme a la idea. Me invadió una profunda tristeza que, por suerte, todo el mundo confundió con la pena que estaba obligada a sentir por dejar a mi padre. Llegué a pensar en matarme, pero el suicidio le es aborrecible a Dios y, de todos modos, no creo que hubiese tenido valor para hacerlo. Al final acepté que nadie lleva la vida que quiere vivir, que habías sido un espejismo, y casi llegué a desear casarme con Zadok. —Arán se encogió de hombros sin comprender—. Y de pronto apareces tú, herido, al borde de la muerte y mi hermano diciendo que eres un enviado de Dios... Y yo empiezo a pensar que lo eres de Belial, el que tienta a los mortales para que se desvíen del amor a Dios. Pero ¿sabes una cosa? Lo que siento por ti no puede ser obra de Belial... —continuó Ruth con dulce tristeza, y negó con la cabeza—. Así que me estoy volviendo loca. A veces sueño que huimos juntos y que, dado que nos persiguen tanto los tuyos como los míos, acabamos viviendo en un Edén..., un Edén nuestro. Y ahora estás aquí y me pierdo en tus ojos azules y tengo la sensación de que una rata hambrienta me roe las entrañas, pero... no tengo valor para rebelarme contra todo. No sé, dicen que todo lo que ocurre ocurre por una razón, que Dios no juega con nosotros. Pero si esto no es un juego, ¿qué es?

»Sea como sea, ahora que te tengo delante es cuando me doy cuenta de que mi vida no es mía, y debo aceptarlo —dijo Ruth apartando la mano de la del *kittim* y agachando la cabeza.

Fuera lo que fuese lo que Ruth le estaba diciendo, le surgía del alma. Había ternura en sus ojos, en sus labios, en la cadencia de sus palabras. Había eternidad.

—Según mi padre —dijo el cántabro en el idioma de su tierra—, todo lo que ocurre ocurre por alguna razón. Cada paso que di desde que salí de Cantabria me ha guiado hasta aquí. Cada horror, cada sueño roto, cada amigo perdido, todo me ha traído hasta aquí, y no desearía estar en ningún otro lugar. Vivía una vida que no era mía, que estaba a merced de todos los demás y, sinceramente, prefiero morir a ser la herramienta de algo que he llegado a odiar. No sé por qué, pero algo me dice que mi lugar está aquí.

Ruth suspiró, se encogió de hombros, se puso en pie y cogió una cesta y una bolsita de cuero con dinero. Dijo algo. Por sus gestos el cántabro comprendió que se dirigía al mercado. La puerta se cerró tras ella y Arán se quedó solo con sus pensamientos. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que le había dicho y por qué guardaba esa cálida y extraña distancia.

Cuando acabó de desayunar el cántabro se levantó, se acercó al hogar y, ensimismado, observó las llamas. Se arrancó entonces el cordón de cuero que llevaba al cuello y lanzó a Casio Calpurnio Capeno a las llamas.

El cuero prendió enseguida. La placa de plomo tardaría un poco más en derretirse y desaparecer.

46

JOTAPATA
PRIMAVERA 67 D. C.

DÍA 30

Anochecía. Todo estaba listo.

La Cohors II Cantabrorum volvía al campamento para descansar después haber hecho el último turno y después de que los ingenieros confirmaran que su labor había concluido.

Por alguna razón que a Noreno se le escapaba, después de días de tedio bajo el sol, el general había ordenado que se reanudaran los asaltos y, más tarde, que se volviera a trabajar en la rampa, pero esta vez sin descanso, día y noche, auxiliares y legionarios; todo el mundo, por turnos. Y no solo en la antigua estructura, sino también en otras dos que ahora corrían paralelas a aquella y hacia diferentes puntos de la muralla norte.

Noreno volvió la cabeza para ver la obra completa. Habían sido nueve días agotadores, picando piedra, cargando con cestas de tierra seca para nivelar el acceso, clavando estacas en los flancos de la estructura para dotarla de solidez. Habían trabajado bajo un sol rabioso, a la luz de la luna y las antorchas, de amanecer a amanecer, protegidos por unas armaduras que más parecían una maldición, bajo la constante lluvia de piedras y flechas del enemigo, a merced de sus certeros honderos, capaces de matar a un hombre a treinta pasos de distancia. Y mientras una sexta parte del ejército, casi diez mil hombres, trabajaba sin descanso, otro grupo del mismo tamaño se ocupaba de proteger a los trabajadores con los escudos a la vez que otros disparaban contra los parapetos de Jotapata con pequeñas piezas de artillería. Secciones enteras de arqueros procuraban mantener a raya a los defensores cuando aparecían en las almenas. Las bajas fueron incrementando a medida que se acercaban a la muralla mientras que los judíos, ya fuera de día o de noche, a media tarde o al amanecer,

efectuaban salidas en tromba para desbaratar los trabajos y hacer huir a los trabajadores y a los arqueros, solo para recibir una carga de caballería y verse obligados a volver a encerrarse tras las murallas.

La tensión durante los trabajos había sido absoluta. Mientras que los defensores tenían una visión privilegiada de todos y cada uno de los movimientos de sus asaltantes, los romanos estaban ciegos. Eso les confería a los judíos una notable ventaja: la de poder atacar cuando juzgaban que el daño sería mayor o que los romanos habían bajado un poco la guardia. Podía darse un ataque en cualquier momento, ya fuera de día o de noche, a media mañana o al atardecer, así que cuando tocaba subir a las rampas para trabajar, los nervios se crispaban y los miembros se agarrotaban.

Los defensores no estaban bien armados, pero precisamente gracias a eso habían podido hacer incursiones vertiginosas, atacar y retirarse a toda velocidad.

Había sido una locura, una labor titánica, agotadora y en ocasiones desquiciante, pero las rampas estaban acabadas, aunque daban a morir en el punto en el que habían estado las almenas antes de que los judíos se dedicaran a elevar sobre ellas el segundo muro.

Al día siguiente, diez días después de haber reanudado las obras, el ejército al completo formaría para el que, según les había dicho Valerio, habría de ser el asalto final. Por las rampas subirían los arietes, cuya labor consistía en derribar unos muros que, a la fuerza, debían de ser más débiles que los originales. A la zaga de los arietes marcharían las tropas de la XV en formación cerrada. En el momento en el que el muro se derrumbara, una primera oleada de legionarios inundaría Jotapata, y a estos los seguirían las unidades auxiliares.

No habría piedad. Esas eran las órdenes.

DÍA 31

El sol se asomaba por Oriente iluminando, a lo lejos, la interminable formación romana: un mar inmóvil de rojo y plata dispuesto en cuadrícula. Delante de esta, tres sólidas columnas de diez hombres de frente por unos cien de fondo a cuya cabeza, cual punta de lanza, había tres arietes dispuestos a remontar las rampas que llevaban a Jotapata.

—¿Todo listo? —preguntó Yosef.

—Tal y como has ordenado —dijo Joel.

Se oyeron las tubas a lo lejos y el monstruo que amenazaba con devorarlos se

puso en marcha. Yosef respiró profundamente.

Los enormes arietes comenzaron su lento pero inexorable avance. El joven comandante jamás había visto uno de esos artilugios, pero había leído descripciones y sabía perfectamente cómo funcionaban. Eran como grandes tiendas de campaña móviles, con sólidas ruedas de madera, que daban protección a la veintena de hombres que se encargaban de empujarlos hasta la muralla. En el interior del perverso artefacto, suspendida del vértice de la estructura mediante cuerdas, y dotada de una cabeza de hierro, había una gran viga de madera. Una vez que las máquinas hicieran contacto con la muralla, la tripulación empezaría a balancear la viga y a golpear los muros hasta que se vinieran abajo.

—¿Y si los incendiamos? —sugirió Joel.

—No. Suelen empapar las pieles que lo cubren con agua. Además, el fuego podría volverse contra nosotros. Haced lo que he dicho.

Ya se oía el chirriar de las ruedas. Ya ascendían por las rampas y, tras ellos, avanzaban los legionarios. Varios grupos de arqueros avanzaron para flanquear las rampas y disparar contra las almenas en cuanto se asomara algún defensor.

—Todo el mundo tranquilo —dijo Yosef.

—Es fácil decirlo —repuso Joel agazapado, como todos, tras el muro.

Yosef asomó la cabeza para ver el progreso de los arietes. Todas las mujeres de la ciudad llevaban dos días cosiendo. El joven comandante confiaba en que no hubiera sido en vano.

—Ya está ahí, empezad a bajarlos —dijo Yosef—. Con cuidado.

Vespasiano, a caballo y rodeado de su Estado Mayor, observaba el lento avance de los arietes en la distancia.

—Ya falta poco —dijo el general—. Pero me extraña que estén tan tranquilos.

—Puede que ya se hayan dado por vencidos —observó Trajano.

—Puede —repuso Vespasiano sin mucho convencimiento—. Sea como sea, cuando hayamos tomado la ciudad, procurad capturar con vida al responsable de tantos desvelos. Tengo curiosidad.

—Quizá sea un poco tarde para hacer circular la orden, señor.

Hubo risas entre los oficiales. Los arietes progresaban rampa arriba.

—¿Qué es eso? —preguntó el general extrañado.

—Parecen sacos —dijo uno de los tribunos.

—Sacos gigantes —observó Tito.

Justo antes de que los arietes alcanzaran el muro, los judíos habían empezado a descolgar, poco a poco, unos enormes fardos pardos que quedaron suspendidos entre la muralla y las máquinas de asedio.

Vespasiano miró a izquierda y derecha esperando una explicación al tiempo que los arietes comenzaban su labor. Solo que, en vez de golpear el muro, las cabezas de hierro se toparon con los sacos. En vez del golpe seco que podía esperarse del vigoroso impacto contra la piedra rígida, el metal se hundió en un obstáculo mullido que absorbió el golpe sin dañar la muralla.

—¿¡Qué...!?! —Vespasiano no pudo decir más.

DÍA 33

Medianoche y continuaban los combates. No había habido tregua ni descanso desde que los arietes alcanzaran los muros. Y estos, por fin, impactaban rítmicamente contra los sillares. Los romanos habían diseñado unas pértigas en cuyo extremo se habían colocado una especie de hoces afiladas. Con ellas se cortaron las cuerdas de las que pendían los inmensos sacos, que resultaron estar repletos de paja.

Cada golpe de ariete hacía temblar las defensas. De las almenas caían piedras, lanzas y flechas al tiempo que eran el blanco constante de los arqueros y la artillería romana. No cesaban los gritos, la muerte recorría las murallas y las faldas de esta. Los cuerpos se precipitaban al vacío, los proyectiles de las hondas volaban certeros hacia los puntos donde había antorchas para abatir a sus portadores.

Los judíos habían efectuado dos salidas desesperadas que habían sido desbaratadas por la caballería, y el ejército esperaba para avanzar en cuanto colapsase cualquiera de los puntos críticos.

Los defensores también habían recurrido a grandes piedras que dejaban caer sobre las cabezas de los arietes cuando estos impactaban. Ya eran dos las puntas de hierro que habían logrado quebrar de esta manera, retrasando aún más el ya inminente colapso de la muralla.

La X relevó a la XV, y aquella fue relevada a su vez por la V. Por fin, al amanecer, se vieron grietas en los sillares, y los defensores, presintiendo que pronto se abriría el vacío bajo sus pies, abandonaron los parapetos dañados. Poco después el muro que se alzaba desafiante ante la primera rampa se derrumbó con estrépito levantando una gran nube de polvo. Un alarido de victoria recorrió las

líneas romanas. Muchas de las piedras que habían formado parte de él cayeron rodando por la pendiente dañando el ariete. Cuando el polvo se asentó, quedó a la vista una brecha de casi diez pasos de ancho: una montaña de escombros entre dos lienzos de muralla con forma de V.

Vespasiano no tardó en dar la orden de ataque, y cuando los legionarios de la XV, en formación de testudo, empezaron a remontar la rampa, cayeron también los otros dos puntos en liza. La X y la V se pusieron en marcha mientras los auxiliares recibían la orden de trepar por todas partes con escalas para que los defensores tuvieran que dividir sus esfuerzos.

Contra el lento avance de la formación romana, los judíos se lanzaron a la carga sirviéndose de la brecha, y con sus tropas mejor armadas, muchas de ellas con armamento arrebatado al enemigo. La lucha por la rampa se volvió feroz. Parecía absurdo lanzarse al ataque contra una columna tan espesa y nutrida compuesta por hombres curtidos, disciplinados y bien armados. Pero los judíos luchaban, con saña, con valor e incluso con desprecio por sus propias vidas, y, durante unos instantes dio la sensación de que los legionarios no avanzaban. Pero fue un espejismo.

A una orden que parecía bien calculada, los defensores se retiraron otra vez hacia las murallas y las legiones siguieron adelante. Desde los parapetos seguían cayendo proyectiles, pero la formación asaltante era demasiado sólida, sin grietas, sin fisuras.

Después de más de un mes, el camino hacia el interior de Jotapata parecía abierto. Pero cuando los legionarios alcanzaron la brecha y los primeros se adentraron por ella, empezó a caer de lo alto aceite hirviendo. Eran pocas las piedras y las flechas que lograban penetrar por los pequeños y escasos huecos entre escudos de la compacta formación romana, pero el aceite abrasador no tenía tal impedimento.

La cabeza de la columna no tardó en verse desbaratada. Cientos de hombres rudos y valientes, veteranos de las legiones, acostumbrados al sufrimiento, las fatigas y el dolor, no podían hacer nada contra la locura que se apoderaba de un cuerpo cuando este recibía la lluvia incandescente del espeso líquido que se filtraba por todas partes. Con la piel ardiendo, cegados y completamente enajenados, muchos intentaban escapar del dolor precipitándose por los costados de las rampas o intentando abrirse paso entre sus compañeros. Los chillidos de centenares de hombres que habían sido alcanzados crispaban la piel. Las columnas se detuvieron y los judíos le aullaron a la victoria.

—¡Adelante! ¡Adelante! —les gritaban los centuriones a las tropas

conmocionadas.

Y los legionarios, ahora temerosos, volvieron a ascender. Había una actividad frenética en las almenas y detrás de los escombros de la brecha. Los judíos empezaron a lanzar sobre las rampas odres enormes que estallaban al chocar contra el suelo y de los que salía un líquido de un blanco verdoso.

—¡Adelante! —se desgañitaban los centuriones.

Pero los legionarios eran incapaces de avanzar. Al pisar el líquido viscoso, las tachuelas de hierro de sus sandalias perdían agarre y los hombres resbalaban por decenas abriendo huecos en las líneas que los arqueros y honderos enemigos aprovechaban para disparar a sus víctimas.

—Ordena la retirada —le dijo Vespasiano al hombre que tenía al lado.

Mediaba la tarde cuando las tubas sonaron a repliegue.

Jotapata seguía en manos de los rebeldes.

JERUSALÉN
VERANO 67 D. C.

Era extraño caminar por las calles de una ciudad en la que había combatido siguiendo a un joven al que quizá se hubiera enfrentado.

—Mi casa no es gran cosa, pero estaremos cómodos —dijo Yair en latín—. Como hace calor, ahora suelo dormir en la azotea.

Las calles estaban abarrotadas de gente y de puestos de frutas, verduras, telas y cerámicas. Parecían reinar la paz y la armonía. Había tal cantidad de personas que en ocasiones se hacía difícil avanzar. Todo eran voces y cuerpos. Nadie hubiera dicho que los judíos estaban en guerra.

—¿Por qué me tengo que ir de allí? —preguntó Arán.

—¿De veras no lo sabes? —dijo Yair con una media sonrisa. Y Arán negó con la cabeza—. Porque a Zadok no le gusta cómo miras a Ruth.

—¿Y qué le importa a él cómo la mire?

—No te enteras de nada, ¿verdad?

—¿Enterarme de qué?

—Zadok y Ruth se van a casar dentro de unos días. Y, si te soy sincero, creo que a él tampoco le gusta cómo te mira ella.

—¿Pero ella se quiere casar con él?

—Eso no importa, amigo mío.

—¿Por qué no importa?

—Mira, no sé cómo son las cosas en el lugar de donde tú vienes, pero aquí una mujer hace lo que le dice su padre hasta que se casa. Y a partir de entonces hace lo que le dice su marido. Así de sencillo.

—¿Y ella no puede negarse?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Yair sin darle más importancia al asunto—. Espera un momento —dijo el joven judío deteniéndose de súbito y mirando a Arán a los ojos—. ¿Tú y Ruth?

—No —negó Arán sacudiendo la cabeza y alzando las manos—. No. Solo es que me parece extraño. En mi tierra una mujer siempre puede, al menos, negarse.

—Estáis locos —dijo Yair.

Siguieron caminando por las callejuelas de la Ciudad Baja. Yair se detuvo a comprar algo de pan, queso, vino y un par de granadas. Así que era eso: Ruth se casaba y su futuro marido no soportaba la presencia del cántabro en su casa. Aunque doloroso, era comprensible.

La casa de Yair era pequeña. Una puerta de madera vieja, a la que había que dar una patada para entrar, daba paso a cuatro paredes irregulares que albergaban un hogar repleto de cenizas frías, una mesa, unos taburetes y un par de jergones de paja. Una escala de madera llevaba a una trampilla por la que se accedía a la azotea. El joven judío invitó al cántabro a subir con él y, sobre una estera, desplegó todo lo que había comprado. Se sentaron a comer. Hasta ellos llegaba el murmullo incesante de una ciudad viva y libre. A lo lejos se veían los destellos de blanco y oro del Templo.

—¿Sabes lo que está ocurriendo? —preguntó Arán.

—¿A qué te refieres?

—A la guerra.

—Sé que los romanos están sitiando Jotapata, una ciudad de Galilea. Y sé que les está costando doblegarla. Pero eso es todo.

Yair cortó un poco de queso y se lo ofreció al cántabro.

—¿Y cuándo combatiremos? —preguntó Arán.

—¿Combatir?

—Sí.

—Pero ¿por qué te incluyes?

—Porque quiero luchar con vosotros. Contra Roma.

—¿Tú? —dijo Yair al borde de la carcajada.

—¿Qué problema hay? Tengo experiencia, conozco el modo de lucha de los romanos, fui condecorado y he matado a muchos hombres.

—No puedes —dijo Yair.

—¿Por qué no puedo?

—Porque eres un *kittim*.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Eres impuro. No puedes empuñar las armas con nosotros. Puedes quedarte aquí si quieres, pero no puedes luchar.

—¿Y quién dice que soy impuro?

—Lo dice la Ley de Dios. Solo quienes forman parte del pueblo de Israel son puros.

Arán lo barruntó un instante y bebió un trago de vino.

—¿Cómo pasa alguien a formar parte del pueblo de Israel? —preguntó el cántabro al fin.

—¿Hablas en serio? —dijo el judío.

—No he venido hasta aquí para comer y beber, Yair. He venido a luchar contra Roma porque así lo hicieron mis abuelos... y por otras razones que me reservo. Si ahora me dices que no puedo empuñar las armas porque soy impuro, todo deja de tener sentido.

Cántabro y judío se miraron un instante.

—Pero es que no puedes... —dijo Yair—. A no ser que...

—¿Que qué?

—Podrías optar por la conversión.

—¿Y qué es eso?

—Tendrías que aceptar al Dios de Israel.

—Muy bien —dijo Arán abriendo los brazos—. Lo acepto.

—No es tan fácil. Tendrías que renegar también de todos los falsos dioses a los que has adorado.

—Nunca me han hecho mucho caso —dijo Arán.

—Pero eso es solo el principio —dijo Yair—. Primero tendrías que aprender la Ley y conocer nuestros textos; eso puede llevar meses, incluso años. Luego tendríamos que encontrar a un sacerdote que quiera hacerse cargo de ti y que esté dispuesto a hablar en tu favor ante los demás. Después, con su recomendación, tendrías que presentarte ante el *Beit Din*, una especie de tribunal que te haría preguntas para saber si eres apto o no. Después llega el *Brit Milah*, la circuncisión.

—¿Qué es eso?

—Te cortan la piel que le sobra al..., ya sabes..., al pene.

—¿Para qué?

—Es una muestra de nuestro pacto con Dios.

—¿Y esas cosas le importan?

—Le importan, créeme.

—¿Y qué más?

—¿Quieres que siga? —preguntó Yair. Arán asintió—. Luego tendrías que recibir un nombre judío.

—¿Tendría que renunciar a mi nombre real?

—Eso no lo sé.

—Sigue. ¿Qué más?

—El baño ritual. Tendrías que sumergirte en agua por completo. A partir de entonces se te consideraría uno más entre nosotros. Como ves, no es algo que pueda hacerse en una tarde. Y es una cuestión muy seria. Además tendrías que renunciar a muchas de las cosas que hacéis los *kittim*, como comer cerdo, o cualquier animal marino que no tenga aletas y escamas. Tampoco podrás comer camello o conejo... y muchas otras cosas.

—¿Por qué?

—Porque son animales impuros.

El sol empezaba a ocultarse a lo lejos.

—Muy bien —dijo Arán—. Empecemos.

—¿Qué?

—Empecemos. Dices que lo primero es conocer la Ley. Adelante, háblame de ella.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—No sé por dónde empezar... —dijo Yair.

—Prueba con el principio.

Yair miró al cántabro un instante y sonrió animado.

—Muy bien —dijo el judío—, escucha atentamente: Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo; y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas...

La caravana de mulas, carretas y peregrinos había salido de Jerusalén antes del alba con destino a Alejandría. El viaje duraría algo más de cuarenta días.

Mediaba el día. Ruth, montada en una mula que cargaba con todos los enseres de su marido, miró a su espalda. A lo lejos, Jerusalén parecía diminuta y pronto, cuando remontaran la colina que tenían delante, desaparecería por completo y quizá para siempre.

48

JOTAPATA
VERANO 67 D. C.

DÍA 46

El sol se ocultaba en Occidente y el último asalto había sido un fracaso. Los ingenieros habían estado trabajando en tres torres de asedio, recubiertas de placas de metal, que habían permitido a los romanos acercarse a las murallas de la ciudad y, al menos, poder hostigar a los defensores desde lo alto, aunque tampoco había servido de nada.

En el pretorio la situación era tensa.

—Hace dos meses que abandonamos Ptolemais —dijo Vespasiano—. ¡Dos meses! ¡Y sesenta mil hombres con sus ingenieros y maquinaria de asedio son incapaces de tomar una maldita colina amurallada! ¿Qué mensaje les estamos enviando a los rebeldes? ¿Y qué será lo siguiente? Hay que acabar con esto ya.

—Quizá deberíamos poner fin al asedio, señor, y buscar otras frutas más maduras —dijo uno de los tribunos.

—Haré como que no te he oído, Quinto —dijo Vespasiano—. ¿Alguien tiene alguna idea?

Centuriones, tribunos y legados se miraron entre sí.

—Ofrecerles una salida honrosa, señor —dijo alguien.

—No. Eso se tomaría como una derrota y, además, no haría más que animar a otros rebeldes a resistir. Todo el mundo debe saber que responderemos ante cualquier desafío con sangre, fuego y destrucción. ¿Alguien más?

Valerio dio un paso al frente.

—¿Nombre? —preguntó Vespasiano.

—Lucio Valerio Corvino, señor.

—¿Rango y unidad?

Valerio no estaba acostumbrado a no ser conocido, pero ese era el producto de

estar al mando de una pequeña unidad de auxiliares en un ejército enorme.

—Prefecto. Cohors II Cantabrorum.

—Habla, prefecto.

—En Britania, durante la campaña contra los silures, nos topamos con una situación parecida.

—¿Serviste en Britania?

—Sí, señor.

—¿Conmigo?

—No, con Didio Galo.

—Sigue, perdona —se disculpó Vespasiano.

—Era una de esas fortificaciones típicas de los britanos, en lo alto de una colina. Llevábamos días de asedio y corríamos el riesgo de que la población de los alrededores se alzara contra nosotros, así que había que actuar rápido.

—Me temo que es un poco tarde para actuar rápido —dijo Vespasiano—. ¿Y qué hicisteis?

—Aproximarnos de noche, un par de centurias, trepar la muralla, degollar a los centinelas y abrir las puertas.

—¿Así de sencillo? —preguntó Vespasiano.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, sin duda, pero a grandes rasgos eso es todo. Después de tantos días de asedio el cansancio se acumula detrás de las murallas, señor. Y los defensores suelen relajar la guardia si no hay alerta. La clave está en no hacer ruido. No llevaríamos armaduras, usaríamos el hollín de las hogueras para cubrirnos la piel de negro y avanzaríamos descalzos. Solo necesitaríamos dos escalas y las espadas. Y estas últimas las llevaríamos cubiertas con trapos pardos para evitar destellos.

—¿Qué opinas, Tito? —le preguntó Vespasiano a su hijo.

—Podría funcionar.

—Permiso para hablar, señor —dijo la voz de Numerio.

—Adelante.

—Yo también serví en Britania y tomé parte en esa misma acción.

—¿Y bien?

—Éramos legionarios, señor, veteranos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que los hombres de la Cohors II Cantabrorum son muchachos sin experiencia. Auxiliares.

—Llevan casi tres años combatiendo en Judea —intervino Valerio, que no lograba comprender lo que pretendía Numerio oponiéndose—. Tiempo

suficiente.

—Sea como sea, señor —continuó el primipilo de la XII—, no basta. Una operación de tal calado e importancia no le debería ser confiada a un puñado de jóvenes semibárbaros. Más aún, sería un tanto grotesco que lo que no han logrado las armas romanas lo consiguiese esa caterva de inútiles. Muy válidos para picar piedra y crucificar a civiles, pero poco aptos para lo que se propone.

Ahora lo comprendía. Si Valerio y sus cántabros tenían éxito, el prefecto de la Cohors II Cantabrorum dejaría de ser un mero cuerpo entre las decenas de prefectos de los auxiliares.

—Combatieron en Jerusalén, a las órdenes de Galo... —dijo Valerio.

—Y así nos fue —contraatacó Numerio—. Además, no se les puede negar a los legionarios la gloria de un éxito así.

También era eso, la gloria.

—¿Y si fracasaran? —preguntó Vespasiano.

—En ese caso, nadie podría decir que yo no tenía razón.

—¿Por qué?

—Porque allí donde fracasa un legionario nadie más puede tener éxito.

—¿Y a quién propondrías, centurión?

—A hombres de la XII que yo seleccionaría personalmente atendiendo a sus habilidades.

Vespasiano y Tito se miraron. Valerio y Numerio también.

Entonces el prefecto de la Cohors II Cantabrorum hizo un último intento.

—Sería absurdo arriesgar las vidas de buenos romanos en algo así.

—Dadnos un instante —dijo Vespasiano alzando la mano.

Acto seguido el general envolvió los hombros de su hijo con el brazo y ambos dieron media vuelta para intercambiar impresiones entre susurros. Numerio se acercó a su antiguo amigo.

—Nunca volverás a ser primipilo de la XII, Fulm —dijo Numerio en un susurro—. Nunca. Ni de cualquier otra. Te hundirás poco a poco en el fango del olvido y nadie visitará tu tumba, si es que llegas a tener una.

—No es momento de airear rencillas, Numerio.

—¿Rencillas, dices? Siempre fuiste un maestro del eufemismo. ¿Cómo llamabas a la enfermería? ¿Carnicería? «¿Dónde está Publio?». —Numerio fingió adoptar la voz del prefecto—. «Ha ido a la carnicería a que le hagan unos filetes». ¿Recuerdas?

—Eso fue hace mucho tiempo.

—No, si tenía su gracia, no te lo voy a negar. Seguro que los huesos de Publio

aún se están riendo en el cenagal aquel en el que le abandonaste.

—No podíamos cargar con él y lo sabes.

Vespasiano y su hijo se dieron la vuelta.

—Numerio.

—¿Señor?

—Seleccionarás a un centenar de hombres de la XII, los mejores.

—Será un honor.

—No he terminado, centurión —dijo Vespasiano con severidad—. Tus hombres irán completamente armados y cubiertos con mantos negros. Avanzaréis con sigilo hasta encontraros a trescientos pasos de las puertas, allí os agazaparéis y esperaréis. Serán los hombres de Valerio los que se adentren en la ciudad. Si tienen éxito y logran abrir las puertas, tendréis que ser vosotros los que la alcancéis a la carrera, y tendréis que aguantar allí hasta que llegue la caballería. A esta le seguirá la X de Trajano.

Numerio y Valerio se miraron.

—De vosotros depende la suerte de la campaña —concluyó Tito.

DÍA 47

Pasaba la medianoche. Valerio, de pie ante la hoguera, descalzo y con un taparrabos por toda indumentaria, observaba las llamas ensimismado mientras Teómaco le embadurnaba de hollín. A su alrededor Marcelo y los muchachos se preparaban de igual modo. Reían, eso era buena señal.

—No alcanzo a comprender cómo eres tan idiota —dijo Teómaco fuera de sí—. ¿No quería ir él? Pues que hubiera ido él, maldita sea.

—Fui yo quien lo propuso.

—¿Y eso qué más da?

—Es una cuestión de honor. No se puede proponer una acción arriesgada y luego señalar a otro para que la lleve a cabo.

—Tonterías, Fulm. Tonterías. ¿Acaso no es precisamente a eso a lo que se dedican los generales?

—La labor de los generales es otra.

—No cambiarás nunca, Fulm. Nunca. Ese cerdo te abandonará a tu suerte.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no me quiere muerto. Me quiere hundido. Me quiere viejo y

hundido.

—Me temo que para lo primero ya llega tarde.

—Pero sobre todo porque de él depende que, una vez abramos las puertas, pueda caer Jotapata.

—No subestimes a un necio.

—Numerio no es ningún necio.

—Pues lo disimula a la perfección.

—Pareces mi madre, Teómaco.

—¿Tu madre? ¡Parezco tu maldita esposa!

Con las manos negras, Teómaco recogió un odre de vino del suelo y le dio un trago. Luego se apartó unos pasos para observar su creación.

—¿Qué tal así? —preguntó Valerio.

Teómaco miró al cielo con expresión afectada y alzó los brazos.

—¿Quién me habla? ¡Por los dioses! ¿Eres tú, padre? ¡Te oigo, pero no te veo!

—El griego dio otro trago mientras reía su propia gracia.

—Todo listo, señor —dijo Marcelo.

Valerio observó a sus hombres, doscientas sombras, cuatrocientos ojos flotando en la oscuridad haciendo suyo el fulgor de las llamas. El prefecto recogió del suelo la tela parda en la que estaba envuelta su espada.

—Vamos.

Recorrieron el campamento hacia la puerta sur, a grandes zancadas, con firmeza. Valerio sentía la expectación a su alrededor, entre tiendas y hogueras. Los legionarios callaban a su paso, se ponían en pie para observar aquel desfile de sombras. Y cuchicheaban, aunque Valerio era incapaz de comprender lo que decían.

«Son los cántabros de Fulminator, el antiguo primipilo de la XII. Un hombre duro. ¿Cántabros, dices? ¿Hispanos? Sí, de las montañas del norte. Sedientos de sangre. He oído hablar de ese pueblo. Yo también. Pero no son más que muchachos. Eso no importa, no sienten dolor, ni frío, ni hambre. Mi bisabuelo luchó contra ellos. Terribles. Implacables. ¿Y Fulminator? Es el tipo de hombre que todo el mundo quiere tener al lado y que nadie querría tener enfrente».

A las puertas del campamento esperaban los hombres de la XII, cubiertos de pies a cabeza con mantos negros. Numerio, con la capucha bajada, hablaba con Tito. Valerio alzó la mano para saludar a sus antiguos compañeros de armas mientras se dirigía a donde estaban el hijo del general y el primipilo de la XII. Aquellos le devolvieron el gesto.

—¿Todo listo, Valerio? —preguntó Tito.

El prefecto asintió. Se oía el resoplido de los caballos ocultos en la penumbra y el ahogado tintineo de las armas de los jinetes. Olía a boñiga. A lo lejos, a una milla de distancia, se divisaba la silueta negra de Jotapata.

—Bien —dijo Tito—. Tanto la caballería como la X están listas para intervenir. Fineo os acompañará —añadió el hijo del general señalando a un arquero sirio que estaba con los hombres de la XII—. En cuanto las puertas estén abiertas, disparará una flecha en llamas. Entonces cargaremos. Tendréis que aguantar hasta entonces. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijeron Valerio y Numerio al tiempo.

Prefecto y primipilo se miraron al oír sus voces entrelazadas ante la orden de un superior. A ambos los visitó un destello de días lejanos y mejores. De un tiempo en el que se hubieran abrazado hasta partirse los huesos y se hubieran deseado suerte desde lo más profundo del alma.

—En marcha —ordenó Tito—. Y suerte.

—Gracias, señor —dijeron Valerio y Numerio al tiempo, una vez más.

A pesar del callo que todos habían desarrollado en los pies, caminar descalzos por una zona pedregosa, y de noche, no dejaba de ser incómodo. Marcelo había hecho que los hombres se metieran en la boca unas bolas de trapo para ahogar cualquier grito de dolor involuntario.

Resultaba extraño recorrer prácticamente desnudos el trecho que separaba el campamento romano de las murallas de Jotapata. Aunque, después de más de mes y medio allí, hubieran podido hacerlo con los ojos cerrados. La silueta recortada de la ciudad, más oscura que la noche, ocultaba las estrellas y cada vez estaba más cerca. Los hombres de la XII se agazaparon a doscientos pasos de las puertas y los cántabros siguieron adelante, envueltos en el canto continuo de las chicharras.

A cien pasos de la sombra gris de la primera rampa, Valerio ordenó el alto.

Todos sabían lo que debían hacer. Valerio iría el primero, con Marcelo y otros diez cántabros, entre ellos Noreno. Correrían encorvados hasta las faldas de la muralla, entre la primera rampa y las puertas. Aguzarían entonces el oído para adivinar qué parte de las almenas estaba peor guarecida. El resto de la cohorte se iría uniendo a ellos poco a poco, de diez en diez. Entonces Valerio seleccionaría el lugar contra el que apoyar las escalas y treparían.

—No te alejes de mí —le dijo Marcelo a Noreno después de quitarse el trapo de la boca.

Valerio agitó la mano para que le siguieran y otros diez de sus hombres corrieron hasta la muralla. No hubo voz de alarma. Unos pasos a la derecha se oían los ronquidos estruendosos de algún centinela y, algo más allá, una conversación murmurada entre dos hombres. Llegaron otros diez cántabros a la carrera mientras Marcelo y Valerio recorrían las faldas de la muralla. Lo más probable era que la brecha estuviera fuertemente custodiada. Poco a poco se fueron uniendo a ellos el resto de los cántabros. Al rato llegaron las escalas y Valerio señaló a la izquierda, hacia el lugar desde el que se oían los ronquidos. Allí se apoyó la primera, con sumo cuidado. La segunda se colocó a diez pasos a la derecha. Esperaron un instante. Seguía sin haber grito de alarma.

Comenzaron entonces el ascenso. Valerio por la primera escala y Marcelo por la segunda. Cerca ya de las almenas Noreno miró hacia abajo, podía adivinar las siluetas silenciosas de sus compañeros. Unos peldaños más arriba Marcelo asomaba la cabeza sobre las almenas y, de un salto, caía al otro lado del muro. Noreno oyó el siseo de una espada, el fin de los ronquidos y un ahogado murmullo de agonía. Acto seguido vio aparecer la mano ensangrentada de Marcelo que le indicaba que subiera. Noreno se apresuró a cumplir la orden muda, escaló los cinco peldaños que le separaban de su superior y cayó agazapado al otro lado. A su izquierda, el cuerpo de un judío con la garganta abierta convulsionaba sobre un charco de sangre negra. Noreno se retiró entonces el trapo de la boca. A su espalda iban accediendo el resto de sus compañeros. Diez pasos más allá lo hacían Valerio y los otros. También allí había un cuerpo tendido en el suelo.

—Toma —le dijo Marcelo a Noreno en un susurro mientras le entregaba el escudo pequeño y redondo del caído—. Vamos.

El veterano señaló hacia su izquierda. A diez pasos podía distinguirse la silueta de otro hombre con la espalda apoyada contra el muro. También aquel debía de estar dormido. Noreno asintió y se acercó al judío con sigilo. Le observó un instante, le tapó la boca con la mano y le hundió la espada en las tripas. El hombre abrió los ojos al instante, había terror en ellos, e intentó gritar. Acto seguido el cántabro le rebanó el cuello y el judío murió entre espasmos. Sintió una palmada en la espalda. Era Valerio, que pasaba junto a él agazapado. El lienzo de la muralla que separaba la brecha de las puertas ya estaba repleto de sombras.

Corrieron.

Dos centinelas que charlaban callaron al percibir movimiento. Petrificados, al ver a una manada de espectros corriendo hacia ellos, fueron incapaces de alzar la

voz y murieron atravesados por las espadas de Valerio y Marcelo, que recogieron sus escudos y siguieron adelante. Veinte pasos más allá, a su izquierda, junto a la torre, la cohorte se topó con las escaleras que llevaban a la ciudad. Jotapata dormía tranquila. Se oía ladrar un perro a lo lejos y una conversación en lo alto de la torre.

A una señal del prefecto, los cántabros, en fila de a dos, descendieron sigilosos las escaleras de piedra que corrían paralelas a la torre y se detuvieron, con las espaldas pegadas al muro, antes de bajar el último peldaño. Ya podían ver en el suelo pedregoso el lago de luz que desprendían las antorchas de la entrada y oír los pasos constantes de los centinelas que hacían guardia. Noreno vio que Valerio aguzaba el oído para, acto seguido, indicar con los dedos la presencia de entre seis y ocho hombres. El tiempo de sigilo había concluido, ahora tocaba moverse a toda velocidad y sin misericordia.

El prefecto, empuñando su espada con la diestra y un pequeño escudo circular con la siniestra, bajó el último escalón de un salto seguido de sus hombres.

Estallaron entonces los gritos, las llamadas de alarma, el chocar de metales y la confusión. Por un instante Noreno se vio cegado por el fulgor de las llamas, lo justo para no ser testigo, más que de oído, de cómo Valerio detenía la estocada de una lanza con el escudo y descargaba un tajo que abatía a uno de los centinelas, se agachaba para evitar otra estocada y se volvía a poner en pie para acabar con su atacante.

Los centinelas que hacían guardia bajo el arco de piedra que daba al exterior y que protegía las robustas puertas de madera de cedro se vieron superados a la velocidad del relámpago, y a ese relámpago le siguió la tormenta de voces que llamaban a las armas.

—¡Vosotros veinte, conmigo! —dijo Valerio señalando al grupo de hombres que tenía más cerca—. ¡Marcelo, proteged el acceso!

—¡Formación cerrada! —gritó Marcelo—. ¡Los que tengáis escudos, al frente! ¡El resto, detrás!

Con los flancos protegidos por los muros de piedra, los cántabros se dispusieron a resistir. Mientras tanto, aquellos que Valerio había seleccionado se dirigían a la viga de madera que mantenía las puertas cerradas.

Las calles de Jotapata empezaron a verse pobladas de hombres armados y con antorchas que salían de todas partes atendiendo a las llamadas de alarma, gritando, desconcertados, intentando organizarse. La delgada línea negra de intrusos se preparó para hacer frente a una masa enfebrecida de defensores.

Numerio oyó los gritos. Las puertas no se habían abierto aún, pero era el momento de pasar a la acción.

—Fineo, la señal —le dijo el primipilo al arquero.

Mientras el sirio encendía una llama con un chisquero sobre paja seca, Numerio se puso en pie y se retiró el manto negro. Sus hombres siguieron su ejemplo y un centenar de cascos y armaduras plateadas centellearon en la noche. Luego, las espadas al ser desenvainadas.

—Vamos allá —ordenó Numerio.

Una flecha en llamas surcó la oscuridad hacia ninguna parte.

Los mejores legionarios de la XII emprendieron la carrera detrás de su primipilo con los aceros desnudos y los grandes escudos rojos, decorados con los rayos de Júpiter y las alas de la victoria, asidos con fuerza. Las puertas empezaban a abrirse. La pequeña franja de luz que desprendían las antorchas del interior se iba haciendo cada vez más grande.

Cincuenta pasos los separaban de las puertas. Bajo el arco de piedra la lucha era salvaje, los cántabros aguantaban como podían el embate de una masa enfebrecida de judíos. Numerio pudo distinguir la silueta de su antiguo amigo observando la carrera de los hombres de la XII. Incluso pudo percibir su sonrisa de alivio. Necio.

«Sabía que no me dejarías solo», pensó Valerio para sí al ver los escudos de la XII aproximándose a toda velocidad. Sus cántabros, a diez pasos a su espalda, serían incapaces de resistir mucho más.

El primero en llegar fue Numerio, que pasó a su lado sin siquiera mirarle, seguido de Fabio, Quinto, Decio, Opio, Camilo, Aurelio.

—¡Proteged las puertas! —gritó Numerio señalando a un lado y a otro con la espada—. ¡Trabad defensas, de pared a pared!

Los legionarios formaron la línea defensiva a toda prisa y con absoluta precisión: un muro inquebrantable de escudos cinco pasos detrás de los cántabros.

Valerio dejó de sonreír.

Noreno se agachó para evitar la estocada de una lanza, la desvió con el escudo y lanzó un tajo que se hundió en la clavícula de su atacante. Urbico, a su lado,

recibía en ese momento el impacto de una piedra lanzada por una honda. El juliobriguense, aturdido, bajó la defensa y recibió una flecha en el ojo. Noreno no pudo hacer nada. Miró hacia su espalda: habían llegado los legionarios.

—¡Atrás! —gritó Marcelo—. ¡Atrás!

Los cántabros retrocedieron un paso, luego otro. Una veintena de compañeros yacían en el suelo, junto con un número parecido de judíos. Pero la presión era demasiada. De pronto Noreno sintió un impacto en el hombro izquierdo y se vio salpicado por un chorro de su propia sangre. La fuerza del golpe hizo que se tambalease y, al instante, sintió un dolor lacerante. Se miró el hombro. Tenía una flecha alojada en él. Las fuerzas le abandonaban, no pudo sostener el escudo y este cayó al suelo.

—¡Atrás! —gritó Marcelo de nuevo.

Pero no podían retroceder más. Contra sus espaldas hacían fuerza los escudos de los legionarios. Noreno sintió que se desvanecía, que los alaridos y la confusión que le rodeaban iban perdiendo intensidad, como si se estuvieran alejando. Luego sintió un brazo que le sostenía.

—¡Atrás! —gritó una vez más la voz de Marcelo a su lado, aunque lejana.

—¡Aguantad! —gritó Numerio—. ¡No abráis la formación o nos veremos desbordados!

—¿Qué estás haciendo?! —aulló Valerio—. ¡Los van a masacrar!

—Mi cometido es mantener las puertas abiertas hasta que llegue la caballería —dijo Numerio fríamente.

—¡Déjalos pasar!

—Si se abre la formación, nos desbordarán.

—¡Son mis muchachos!

—Son auxiliares, la escoria del ejército imperial.

Los cántabros luchaban desesperados, incapaces de comprender lo que estaba ocurriendo. Las bajas empezaban a acumularse en el suelo.

—¡Ordena abrir!

—¡No! ¡Estos son mis hombres ahora y harán lo que yo les diga! ¡No pondré en peligro ni su vida ni la suerte de la acción por un puñado de bárbaros!

—¡Maldita sea, Numerio, lo que tengas contra mí, descárgalo sobre mí, no sobre mis muchachos!

—¡Aguantad! —gritó Numerio ya sin prestarle atención a su antiguo amigo—. ¡Aguantad!

El primipilo sintió la punta del frío acero de Valerio en la garganta.

—Ordena que abran la formación —dijo el prefecto.

—Hazlo —le retó Numerio mirándole a los ojos—. Hazlo. Lo estoy deseando. ¿Tantas ganas tienes de ser expulsado para siempre?

—¡Fabio! —ordenó Valerio—. ¡Dejad pasar a los cántabros!

—¡*Optio*, mantened la formación! —ordenó Numerio—. Te lo dije, Fulm, no te encariñes demasiado.

Más allá de los escudos restallaban los metales. Los alaridos de esfuerzo y dolor rebotaban en el arco de piedra que había sobre sus cabezas.

El suelo tembló bajo los pies de los legionarios. Prefecto y primipilo miraron hacia la oscuridad de la noche.

La caballería estaba en camino.

DÍA 50

La cueva era oscura y húmeda. Se accedía a ella por una profunda cisterna en la que ya no había agua. Las tenues llamas de seis lámparas de aceite iluminaban los rostros demacrados y aterrados de una cuarentena de personas. Había víveres para varios días y, si no los descubrían, quizá pudieran salir cuando todo hubiera pasado.

Desde allí, Yosef llevaba tres días con sus noches oyendo cómo moría la ciudad que tanto había hecho por defender. Había oído los gritos de las mujeres al ser violadas, de los niños al ser pasados por las armas, los llantos de los bebés arrancados del regazo de sus madres y lanzados al vacío, como diversión, para que sus pequeños cuerpos estallaran al impactar contra el suelo, los alaridos de los hombres torturados. Las risas de los legionarios. El saqueo, las llamas.

Tendría que haberlo supuesto: un ataque nocturno. Aunque, si debía ser sincero consigo mismo, ya no hubieran sido capaces de resistir mucho más. El agua prácticamente se había agotado y los defensores estaban al límite de sus fuerzas, como lo estaba él.

Los romanos le estaban buscando, lo sabía. Había oído su nombre pronunciado por los legionarios.

Le estaban mirando. Las mujeres y los hombres que había ocultos con él, acurrucados en una esquina, intentando no hacer ruido, le estaban mirando. Algunos con odio, otros como si le pidieran una clemencia que no estaba en sus manos conceder. Un anciano se bamboleaba hacia delante y hacia atrás recitando una queda plegaria a Dios.

Yosef hundió la cara en las manos. Quería salir de allí. Había dado lo mejor de

sí. Había hecho todo lo que decían sus tratados de estrategia. Pero había sido imposible. Había otra cosa que decían esos tratados, aunque fuera entre líneas: que toda batalla está ganada, o perdida, de antemano, antes incluso de librarse. Y ese había sido el caso de Jotapata, como lo era el de la guerra que los judíos se empeñaban en librar contra Roma. Todo era inútil. Tal desafío solo traería consigo sangre y sufrimiento. Hubiera sido mejor morir en las murallas, atravesado por la espada de algún legionario o aplastado por los cascos de los caballos.

¿Qué le esperaba ahora sino una muerte lenta y dolorosa? ¿La cruz? No podía soportar la idea de la cruz. El joven desenvainó su espada lentamente y la observó como si no la hubiera visto nunca, bella y reluciente. Jamás había sido teñida de sangre. Nunca había mordido la carne de nadie. Quizá ya fuera hora, aunque se tratase de la suya propia. No. Volvió a envainarla. No tenía valor para quitarse la vida. Además, el suicidio le era aborrecible a Dios. El todopoderoso prefería que los mortales cargaran con todo el sufrimiento que él tenía a bien enviarles como castigo por haber nacido. Pero no quería morir. Vida y esperanza siempre habían caminado de la mano.

Yosef, sin darse cuenta, se fue quedando dormido arropado por los horrisonos y lejanos gritos de una ciudad moribunda.

Soñó que escribía, frenéticamente, porque tenía la necesidad de contarlo todo, porque sabía que no le iba a dar tiempo a plasmar todo lo que tenía en la cabeza en el poco tiempo disponible. Pliegos y pliegos de papiro se amontonaban en una mesa cada vez más grande. Escribía. Escribía a toda prisa.

—Yosef —oyó—. Yosef. Yosef ben Matthias.

Despertó sobresaltado. La gente que había con él en la cueva le observaba aterrada y todos se habían acurrucado más al fondo. Los hombres, temblorosos, empuñaban las armas.

—Yosef ben Matthias —dijo la voz de nuevo, descolgándose y vibrando cisterna abajo—. Sabemos que estás ahí. —El joven comandante en jefe guardó silencio—. Soy yo, Nicanor. ¿Te acuerdas de mí? Estudiamos juntos en Jerusalén. Te voy a ser sincero, cuando me han dicho que habías sido tú el que había organizado la defensa de la ciudad, no sé por qué, pero no me ha extrañado. Tienes al general en vilo. Le has dado mucho que hacer y que pensar en estos dos meses. —Hubo una pausa—. ¿Me oyes, Yosef? —Silencio—. Mira, tengo aquí a un centenar de legionarios rabiosos dispuestos a llenar la cisterna de leña y prenderos fuego. Os asfixiaréis ahí abajo. ¿Yosef? ¿Me oyes?

Yosef miró a los demás. ¿Qué podía perder ya?

—Yosef, ¿me oyes?

—¿Cómo me habéis encontrado? —respondió el joven al fin.

—Ha sido una muchacha. La hemos capturado hace un rato y nos lo ha dicho todo. Por lo visto había salido de ahí abajo.

Yosef recordaba a la chica. Tenía quince años, puede que dieciséis. Había decidido abandonar la cueva la noche anterior.

—¿Qué le ha pasado a la muchacha?

—¿Tú qué crees? —Hubo una pausa—. Yosef, necesito saber si vas a salir o no. El general quiere conocerte. De hecho, asegura que te perdonará la vida si sales.

—¿Qué garantías tengo?

—Ninguna. Pero Vespasiano es un hombre práctico. Siente curiosidad por ti, y aunque eso no es una garantía en sí, creo que si sabes mostrarte útil quizá llegue a ser generoso.

—¿Y qué haces tú con los romanos?

—Me suele gustar estar del lado vencedor. No estoy hecho para ser mártir. —Hubo otro silencio. —Necesito una respuesta, Yosef —dijo Nicanor.

Yosef percibió movimiento. Los hombres de la cueva, empuñando sus espadas, se acercaban a él amenazantes.

—¿Te vas a entregar a los romanos? —dijo uno de ellos en un susurro apuntándole con la espada.

—No lo permitiremos —añadió otro.

—Yo... no... —titubeó Yosef—. Quizá pueda obtener clemencia.

—Para ti, puede. Pero ¿qué hay de nosotros? ¿Y nuestras familias? Con nosotros no va a haber piedad. Lo sabes bien.

—Si vamos a morir —dijo el otro—, moriremos todos. Y tú morirás con honor, por tu propia mano y como general nuestro. O a nuestras manos y como traidor.

—Yo no soy ningún traidor —protestó Yosef.

—Nos alegra oírlo. —Los hombres bajaron las armas—. Hemos estado hablando de esto, de qué pasaría si nos encontraban. Y hemos decidido quitarnos la vida. Ni nosotros ni nuestras familias caerán en manos de esos cerdos.

Los demás asintieron.

—Pero... no podemos suicidarnos.

—¿Por qué no?

—Porque es contrario a la ley de Dios. —Los hombres se miraron entre ellos, no parecían haber reparado en ese detalle—. Lo sabéis tan bien como yo. Nos estaremos condenando para toda la eternidad. No me niego a morir, pero no será

por mi mano.

—¿Entonces?

Yosef pensó un instante.

—Nos ayudaremos los unos a los otros. Sortearemos las parejas. El hombre que haya de matarnos tendrá el honor de matar también a nuestras familias.

—Tú no tienes familia aquí.

—Es una forma de hablar.

—¿Cómo lo hacemos?

Yosef sacó una moneda, de aquellas acuñadas por el gobierno de Jerusalén.

—Yosef, estoy esperando. Los legionarios se están poniendo nerviosos aquí arriba —dijo la voz de Nicanor desde el exterior.

—¡Dame un momento! —gritó Yosef.

—Sin trucos —advirtió uno de los hombres de la cueva.

—¿Qué truco podría haber en esto? —preguntó Yosef.

—No lo sé. Pero sin trucos.

—Sigo siendo vuestro comandante —dijo Yosef con firmeza—. Y no soy ningún traidor. Haremos lo siguiente. Lanzaré esta moneda al aire. Uno de vosotros levantará la mano. Si sale el racimo de granadas, ese hombre se colocará a la izquierda. Si sale el cáliz, a la derecha. Haremos dos filas; el hombre que nos toque enfrente será quien dé muerte a nuestras familias y luego a nosotros mismos. Empujaremos las espadas a la vez en el vientre de quien nos toque en suerte. ¿Conformes?

Los últimos defensores de Jotapata se miraron entre ellos y asintieron.

—Conformes —dijeron todos al unísono.

—¿Quién va primero?

—Yo mismo —dijo sin titubeos el más corpulento y decidido de todos.

Yosef lanzó la moneda al aire, la recogió con el dorso de la mano izquierda y la tapó con la palma de la derecha. Había hecho eso miles de veces y sabía cómo obtener el resultado deseado sin que nadie lo notara.

—Cáliz. A la derecha. ¿Siguiente? —Otro de ellos alzó la mano y Yosef lanzó la moneda al aire—. Granadas. A la izquierda.

Tal y como esperaba Yosef, los más valientes y decididos fueron los primeros en alzar la mano. Se fueron formando las dos líneas organizadas por Yosef sin que los suicidas se dieran cuenta. El joven comandante había sabido desde el principio a quién se asignaría: un muchacho de unos dieciocho años que parecía superado por las circunstancias.

Tal y como estaba pactado, los hombres dieron muerte a las familias de sus

compañeros de viaje: tres mujeres, cinco ancianos, dos niños de ocho y diez años, una muchacha de unos catorce y dos bebés. Luego volvieron a sus posiciones en las dos filas para el abrazo final.

—Ha sido un honor combatir con vosotros —dijo Yosef a modo de despedida cuando todos tenían las puntas de sus espadas apuntando al vientre del hombre con el que habrían de iniciar su viaje al paraíso.

Yosef desenvainó su arma y presionó la punta contra las tripas del joven quien, con la mano temblorosa, imitó el gesto de su comandante. Luego ambos pusieron las manos izquierdas sobre el hombro el otro y se miraron a los ojos. El muchacho estaba al borde del llanto. Empezaron a oír los primeros gruñidos de dolor y el húmedo murmullo de las hojas abriéndose camino en las tripas. Yosef miró al muchacho que tenía delante y dibujó con los labios la palabra «espera», como si fuera una orden, y vio esperanza en sus ojos.

En cuestión de instantes el suelo de la cueva estaba repleto de cuerpos agonizantes tendidos sobre un charco de tripas y sangre. Algunos aún tardarían horas en morir, para otros el fin había sido más inmediato. Todo dependía de los órganos atravesados.

Yosef bajó la espada y el muchacho le imitó.

—Vamos —dijo Yosef haciendo un seco gesto de cabeza hacia la boca de la cisterna. El muchacho asintió aliviado.

—¡Traidor! —gritó con su postrero y ronco aliento uno de los últimos defensores de Jotapata.

49

¿Curiosa historia, verdad?

Lo de la cueva lo cuenta el propio Josefo en sus escritos. Y debe de ser cierto, porque ¿quién se acusaría a sí mismo de ser un traidor en una obra destinada a surcar los mares del tiempo? ¿Quién? Aunque, sinceramente, yo lo comprendo. Había hecho todo lo posible por defender Jotapata, con tesón y valentía y, en el último momento, debió de considerar que quería una segunda oportunidad, que merecía vivir. Era joven aún. Puso su ingenio a prueba y le salió bien. ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Morir con el resto? El honor no siempre es buen consejero.

Le vi alguna vez, a Josefo, por el campamento, acompañando a Vespasiano y a su hijo Tito. De algún modo logró convencer al general no solo de que le era más útil vivo que muerto, sino también de que había visto en un sueño que Vespasiano llegaría a ser emperador. Se ganó su favor y el de su hijo, y es por eso que hoy se hace llamar Tito Flavio Josefo y no Yosef ben Matthias.

Perdimos a muchos en Jotapata, casi medio centenar. Si la caballería se hubiera retrasado un poco más, hubiéramos perecido todos entre los escudos de los legionarios y la avalancha de judíos. ¿Por qué lo hicieron? Al parecer, el primipilo de la XII y Valerio tenían cuentas pendientes y nosotros éramos parte de la deuda que el primero pretendía cobrarse. Teómaco, nuestro médico, me lo contó mientras convalecía de mi herida de flecha en el hombro. Establecí muy buena relación con aquel borracho durante el tiempo que estuvo cuidando de mis heridas y de las de mis compañeros.

Vespasiano ordenó entonces someter a la ciudad a tres días de saqueo inmisericorde. Desgraciadamente, y debido a nuestro estado, no pudimos beneficiarnos. Pero el mismísimo general nos visitó, acompañado de todo su Estado Mayor, y no solo nos condecoró a todos con la corona mural, algo insólito, pues solo se concedía al primer hombre en alcanzar lo alto de una muralla, sino que nos recompensó con cien denarios a cada uno.

A partir de entonces todo el mundo nos miraba de forma diferente, la Cohors II Cantabrorum ya no era una unidad de auxiliares más. Todo el mundo empezó a

referirse a nosotros como «los cántabros de Valerio» o «los cántabros de Fulminator». Y eso, como podrás imaginar, nos llenaba de orgullo. Supuso para nosotros todo un reconocimiento, y supongo que para el primipilo de la XII, toda una derrota.

Jotapata fue arrasada y Vespasiano ordenó retroceder y establecer la base de operaciones en Cesarea. La ciudad recibió a las legiones como héroes y nosotros pusimos nuestro dinero a buen uso en tabernas y burdeles. Cuando la muerte te visita tan de cerca y tan de continuo, no puedes evitar ver en el dinero un medio con el que procurarte placeres físicos e inmediatos. El futuro, sencillamente, no existe como tal; procuras reír, divertirte, aprovechar el momento y, sobre todo, procuras no hacer planes, porque una parte de ti ya ha empezado a interiorizar que están condenados a no cumplirse jamás. Más aún, por las noches cualquier sueño puede convertirse en pesadilla; te visitan los muertos, propios y ajenos, desarrollas rencor y orgullo, dos sensaciones que se entrelazan y alimentan entre ellas; el miedo adquiere otra dimensión y aprendes a convivir con él.

El mejor antídoto para tanto mal no deja de ser la bebida: caer desplomado en el lecho o en alguna esquina de la ciudad para no soñar. Y llega un momento en el que los placeres de la ciudad no son suficientes y deseas con todas tus fuerzas que el ejército vuelva a ponerse en marcha, porque se ha convertido en tu vida. Porque solo así te sientes completo, porque lo demás empieza a serte ajeno.

En Cesarea nos enteramos de que Floro había sido destituido y reemplazado en el cargo de procurador por un hombre llamado Marco Antonio Juliano. No sé qué suerte corrió Floro, pero lo más probable es que acabara viviendo una existencia tranquila y opulenta. Había robado y extorsionado lo suficiente como para poder permitírselo.

¿Por qué prosperan los malvados y sufren los justos? Para esa pregunta Teómaco tenía una respuesta clara, la de siempre: porque los dioses no existen.

Establecida su base de operaciones en Cesarea, Vespasiano marchó a la cabeza de la XV para someter la ciudad costera de Joppa, que no tardó en caer. Días después volvíamos a ponernos en camino hacia el norte. La ciudad de Tiberíades, junto al mar de Galilea, no opuso resistencia y recibió con júbilo a las legiones.

A Tiberíades le siguió Tarichaea, plaza cuyas murallas habían sido reforzadas por Josefo y en la que los judíos decidieron resistir. El mar de Galilea no es más que un lago grande y las aldeas que lo circundan viven, en su mayoría, de la pesca. En Tarichaea fuimos testigos de una insólita batalla naval. La ciudad estaba amuralla por tres de sus cuatro costados, el cuarto daba al gran lago. Allí

los judíos habían reunido una extraña flota compuesta de lanchas, botes y barcos de pescadores, no solo para proteger el acceso por el lago y hostigar a los romanos desde la distancia tripulándolos con arqueros, sino también para huir por las aguas en caso de que ocupáramos la ciudad. Vespasiano ordenó que se construyeran balsas a toda velocidad y cuando la ciudad cayó, los legionarios persiguieron en ellas a los judíos que huían en sus barcos de pesca. La batalla que se desencadenó, como digo, fue todo un espectáculo: con los romanos abordando las embarcaciones judías y aquellos intentando hacer zozobrar las balsas romanas. Los legionarios que caían al agua se veían arrastrados al fondo por el peso de sus armaduras, pero al final la victoria cayó del lado de Vespasiano. La toma de Tarichaea trajo consigo la capitulación de toda Galilea, salvo por los enclaves de Gamala y Giscala.

Gamala era una ciudad encaramada a los altos del Golán y construida sobre terrazas en una cumbre que tenía el aspecto de una joroba de camello. Los accesos eran empinadísimos y el único modo de atacarla era por el este. Josefo, durante el tiempo que había sido comandante de la zona, había ordenado que se reforzaran sus murallas y se cavaran trincheras y, al contrario que Jotapata, Gamala sí contaba con una fuente de agua. Al igual que en Jotapata, se levantaron rampas de asalto, se sometió a las defensas a continuo fuego y artillería y los arietes pronto abrieron brecha en las murallas. Una vez más, la población fue arrasada.

Después le tocó el turno a Giscala.

Y así, con el invierno en ciernes, Galilea entera cayó en nuestras manos. Miles de rebeldes fueron ejecutados y miles de mujeres y niños, vendidos como esclavos.

Mi abuelo me había contado que durante la Gran Guerra, en Cantabria, a medida que los romanos avanzaban y tomaban un castro tras otro, a medida que los débiles caían, a medida que los traidores, o aquellos cansados de luchar, se entregaban, lo que iba quedando eran hombres cada vez más resueltos y firmes en su propósito. Es, por decirlo de algún modo, como si la resistencia sufriera un proceso de destilado en el que, poco a poco, se van drenando las impurezas dando lugar a algo más fuerte y concentrado.

Miles de supervivientes, dispuestos a resistir y a defender su ciudad sagrada marchaban hacia Jerusalén desde la arrasada Galilea.

50

JERUSALÉN
INVIERNO 67 D. C.

Empezaba a refrescar por las noches. Los días pasaban anodinos en casa de Yair y por las calles de Jerusalén en compañía de Emmanuel y de los hombres que le seguían. Arán había tenido ocasión de visitar el Templo, aunque, como *kittim*, no le estaba permitido pasar del Atrio de los Gentiles.

Había algo mágico en aquel lugar en el que los judíos le dedicaban sacrificios a su dios.

Allí solían reunirse Emmanuel y los suyos para hablar. Luego Yair, de vuelta a casa, le contaba a Arán lo que habían hablado. Solía tener que ver con la marcha de la guerra en Galilea y con el creciente descontento que se estaba apoderando de Jerusalén contra el gobierno de Ananías ben Ananías. Todos los días llegaban refugiados a la ciudad que relataban las masacres, los asedios, las crucifixiones. Galilea, una región próspera, se había convertido en un solar arrasado y negro. Los *kittim* no hacían prisioneros salvo para venderlos como esclavos.

Sin embargo, toda esa marea de refugiados, en su mayoría hombres armados y de origen humilde, no llegaba con ánimo de inclinar la cerviz ante el invasor. Quizá hubieran sufrido la amargura de la derrota, pero de ningún modo se sentían vencidos. Más aún, llegaban a la ciudad sagrada resueltos a seguir luchando y convencidos de que habían sido traicionados por unos aristócratas que solo querían salvaguardar sus privilegios.

—... y además esta mañana ha llegado a la ciudad Yohanan ben Levi a la cabeza de sus galileos —dijo Yair—. Esto podría estallar en cualquier momento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arán.

—Ya sabes que desde que se instauró el gobierno de Ananías, Eleazar ben Simón y sus *kanaim* dominan el recinto del Templo con sus milicias.

—Zelotes, ¿no? —intentó aclarar Arán.

—Sí, así es como se dice en griego: hombres celosos de Dios, como nosotros.

—¿Somos zelotes? —preguntó Arán.

—Tú eres un *kittim*, al menos por el momento. Y nosotros somos partidarios de un Israel libre del yugo extranjero, temeroso de Dios y fiel a su ley. De un Israel en el que reine la justicia y la paz, en el que todos tengamos un trozo de tierra que cultivar, tal y como está escrito, libre de deudas y diezmos. Y estamos dispuestos a luchar por ello. Si eso nos convierte en zelotes, entonces lo somos.

—¿Y quién es Yohanan ben Levi? —preguntó Arán.

—Un galileo, el que de verdad debería haber ostentado el mando allí, en vez de ese traidor de Yosef ben Matthias. Eleazar y Yohanan han estado hablando de derrocar a Ananías. Así que podría pasar cualquier cosa.

—¿Lucharíais entre vosotros?

—Los hombres que forman el gobierno no son «nosotros». Les preocupan más sus riquezas que la voluntad de Dios. Son saduceos en su mayoría, cumplen con los ritos prescritos, pero son como cáscaras sin huevo. Pactarían con los romanos y hasta con el mismísimo Belial con tal de preservar sus privilegios a costa de todos nosotros.

—Entiendo —dijo Arán.

Llegaron a casa cuando ya anochecía y allí Yair encendió un fuego para calentar las cuatro paredes. Luego sacó algo de cordero y unas uvas que había comprado de camino hacia allí. Se sentaron a la mesa.

—Tendrías que haber conocido a mi madre —dijo Yair—. Hacía el mejor cordero del mundo.

—Mi madre cocinaba muy bien el cerdo —ofreció Arán—. Creo que es lo que más voy a echar de menos.

—Dicen que sabe a carne humana.

—Nunca me he comido a una persona —rio Arán—, pero es cierto que el olor a carne chamuscada es el mismo. Recuerdo una vez, en una aldea cerca de aquí que habíamos entregado a las llamas, que se me abrió el apetito al oler lo que me pareció era un estofado de cerdo. Vomité cuando supe que, en realidad, eran personas.... —El cántabro calló al percatarse de que había dicho algo inapropiado con total naturalidad.

—Por algo lo prohíbe Dios —dijo Yair sin más.

—Supongo que sí.

Yair encendió una pequeña lámpara de aceite y la acercó a un rollo de papiro en el que había una serie de caracteres escritos.

—Antes de seguir —dijo el judío—, ¿qué se conmemora en *Hanukkah*?

—La expulsión de los griegos... ¿seléucidas? —dijo Arán, y Yair asintió—. Y

la dedicación del Templo a Dios.

—¿Por qué hubo que limpiarlo, purificarlo y dedicarlo de nuevo? —preguntó Yair.

—Porque los griegos habían construido un altar a su ídolo Zeus y habían sacrificado cerdos.

—Eso es. ¿Y el milagro?

—Al encender la *menorah* solo había aceite para que las llamas ardiesen un día, pero ardieron durante ocho, tiempo suficiente para que llegase más aceite del campo.

—¿Y qué es la *menorah*?

—Un candelabro gigante de siete brazos.

—Muy bien. Hoy vamos a empezar con el lenguaje de los textos, tienes que aprender a leer nuestros caracteres. Luego irás formando palabras. Este de aquí es *aleph*, se lee como un suspiro. Este es *beth*, se lee «*bæ*».

—*Beth*. ¿Como «casa»?

—Eso es. Pero el idioma que hablábamos y el de los textos es diferente. Este es *gimmel*, «camello», se lee «*gæ*». Este es *daleth*; se lee «*dæ*». Al contrario de lo que ocurre con el alfabeto latino, no hay vocales, solo consonantes, así que hay que rellenar los huecos.

—No sé leer, ni latín ni nada.

—Mejor, así no te confundirás.

—¿Dónde aprendiste tú?

—Nací en Roma y viví allí, con mis padres, hasta los cinco años, hasta que el emperador Claudio expulsó a los judíos, hace ya quince. Mi padre siguió enseñándome aquí, creía que algún día me sería de utilidad. Y ya ves.

Sonaron dos golpes en la puerta y Yair se incorporó para ir a abrir. Arán estaba fascinado con todo lo que iba aprendiendo acerca del Dios judío: cómo se había creado el mundo, la caída en desgracia del primer hombre, Abraham y el abortado sacrificio de su hijo, el Gran Diluvio... En aquellos textos parecía residir la respuesta a todo. Aquel Dios era celoso, vengativo, injusto en muchas ocasiones, retorcido... En resumen: todo lo que podía esperarse de quienquiera que hubiera creado el mundo tal y como era. Pero, de vez en cuando, su ira podía ser aplacada mediante sacrificios y siguiendo escrupulosamente una serie de ritos. Según Yair, el fin de los tiempos estaba muy cercano, prueba de ello era que la maldad y la injusticia se habían apoderado de toda la tierra, las señales estaban por todas partes. En gran medida, los malvados eran los ricos y los poderosos mientras que los pobres eran la virtud encarnada. Dios no tardaría en

enviar a un Mesías, un elegido, para liderar al pueblo de Israel. Entonces se abrirían los cielos y Dios separaría a las ovejas de las cabras, a los justos de los malvados. Los primeros heredarían la tierra y los segundos morirían para siempre. Pero eso solo ocurriría si su pueblo se mostraba digno y firme como Abraham y como Job.

Yair le dio varios tirones a la puerta para abrirla. Era Emmanuel. Una única antorcha iluminaba la calle y recortaba la silueta de una veintena de hombres que aguardaban en la penumbra.

—Ha llegado el momento, Yair —dijo Emmanuel con el semblante serio.

El *kittim* se puso en pie. No entendió lo que se decían.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Yair.

—Han interceptado una carta de Ananías destinada a Vespasiano diciendo que le abriría las puertas de Jerusalén. Vamos a la Ciudad Alta a detener a los miembros de su gobierno.

—¿Quiénes?

—Todos. Eleazar y Yohanan se han puesto de acuerdo. Ya toca acabar con esta farsa. Saca las armas.

Yair asintió y volvió al interior. La casa se vio repleta de jóvenes en un instante; Arán ya conocía a la mayoría de ellos. Yair levantó uno de los jergones del suelo y dejó al descubierto una trampilla que chirrió al abrirse y que el cántabro no había visto hasta entonces. Emmanuel iluminó el interior arrancándole a la oscuridad el destello inconfundible del acero. Yair se agachó y empezó a sacar espadas, escudos, cascos y cuchillos que los jóvenes se fueron pasando de mano en mano. Las espadas eran romanas en su mayoría. También los cascos.

Cuando todos estuvieron armados, Yair volvió a cerrar la trampilla y a colocar el jergón encima.

—¿Y él? —preguntó Yair señalando a Arán.

—Aún no —dijo Emmanuel tajante—. Vamos.

Los jóvenes judíos salieron de la casa de Yair a toda prisa y Arán se quedó solo. El cántabro no pudo evitar apartar el jergón y subir la trampilla. Se agachó e iluminó el interior con la lámpara de aceite. Yair guardaba allí un auténtico arsenal: cascos, armaduras, escudos, puñales, espadas, lanzas, la mayoría arrebatadas a los romanos.

Arán volvió a dejarlo todo como estaba y trepó a toda prisa por la escala que daba a la azotea. Jerusalén parecía tranquila, salvo por los cientos de antorchas silenciosas que se dirigían, al abrigo de la noche, hacia la Ciudad Alta.

No tardaron en oírse gritos a lo lejos.

51

CESAREA
INVIERNO 67/68 D. C.

El Ánfora Verde estaba repleta de legionarios, como lo estaba toda la ciudad, engordando la bolsa de taberneros y burdeles, pero el puerto de Cesarea yacía aletargado. Ninguna nave se aventuraba a hacerse a la mar durante el invierno, y parecían abandonadas en sus atraques, bamboleándose de un lado a otro como cáscaras abandonadas.

Más allá de los rompeolas las aguas estaban crispadas. Y hacía frío. Por eso Valerio esperaba a Teómaco en el interior de la taberna, en una esquina, junto al fuego, y releía a la luz de una lámpara de aceite la carta que Eirene le había dejado antes de marcharse. A su alrededor todo eran cánticos y fanfarronería militar, legionarios ataviados únicamente con sus túnicas rojas y las bolsas repletas de dinero gracias a las pagas recientes y al botín obtenido en Galilea. Zacarías, el tabernero, que debía de ser el único judío que quedaba en la ciudad, era incapaz de dar abasto. Las muchachas que le ayudaban a atender la taberna, media docena de ellas, pasaban entre las mesas y soportaban estoicas los manoseos inmisericordes de los soldados.

El invierno era así. Cuando llegara la primavera todos volverían a ponerse en marcha, pero hasta entonces las tropas dilapidarían su dinero en placeres mundanos.

—¡Ya estoy aquí! —rugió a su lado la voz del griego—. Está la calle llena de borrachos —dijo al sentarse—. Da gusto ver a la juventud aprovechando el tiempo y la vida. Eso sí, en el teatro estaba yo solo y una pareja que no dejaba de magrearse. Debe de ser el lugar más íntimo de la ciudad.

Teómaco se sirvió vino y dio un buen trago.

—¿Has ido a ver a los gladiadores? —preguntó Valerio.

—¿Yo? ¡Eso son cosas de bárbaros! Además, no soporto la sangre. Lo sabes. No hay nada como una buena comedia.

—¿Qué has visto?

—*Lisístrata*. Muy apropiado. Ya sabes, huelga de sexo entre las mujeres para acabar con la guerra entre Atenas y Esparta. Me encanta el juramento: «Aunque venga a mí en condiciones lamentables, permaneceré intocable en mi casa, con mi más sutil seda azafrañada, y haré que me desee, y no me entregaré, y si me fuerza permaneceré fría como el hielo y no me moveré» —recitó Teómaco soltando una carcajada.

—Creo que dentro de unos días representan algo de Plauto —dijo Valerio.

—Bazofia romana para legionarios —despreció Teómaco—. Risa fácil y argumento insustancial. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—Una carta de Eirene. Se ha ido. Ha vuelto a Antioquía.

—¿Y te extraña? Chica lista.

—No, no me extraña. Dice que me echará de menos, pero que para no verme prefiere estar en su ciudad. Me gustaría...

Teómaco levantó la mano.

—No lo quiero oír. Ya sabes lo que dicen: el amor es el pedo del alma, duele cuando uno se lo guarda cerca del corazón, pero apesta a los demás cuando se suelta.

—Quizá cuando acabe esta guerra vuelva con ella. En los términos que ella dicte.

—Eso lo dices ahora, pero en cuanto acabe esta guerra, si sigues vivo, habrá otra.

—No lo sé. De todos modos, es probable que esta no dure mucho.

—¿Por qué?

—Parece ser que en Jerusalén se están matando entre ellos. Los zelotes de un tal Eleazar, ayudados por todos aquellos que llegaron refugiados de Galilea, han intentado derrocar al gobierno, hay enfrentamientos por las calles y dicen que la ciudad es un auténtico caos.

—Pues así nos ahorran el trabajo.

—Eso dice Vespasiano.

Valerio hablaba con pesar.

—¿A qué demonios viene esa cara? —protestó Teómaco—. ¿Me quieres avinagrar el vino?

—No sé. Es como si nada tuviera sentido —dijo Valerio.

—¡Menudo descubrimiento! —exclamó el griego con fastidio—. ¡Pues claro que nada tiene sentido, imbécil!

—Me refiero a la vida, al amor, al sufrimiento.

—¿Y a qué te crees que me refiero yo? Somos un capricho de la naturaleza, un insignificante destello de luz entre dos eternidades negras. El mundo existía antes de existir nosotros y seguirá existiendo después, y nada de lo que hagamos servirá para nada.

—Pero no puede ser... —dijo Valerio.

—¡Por las pelotas de Sócrates, Fulm! No te pongas a filosofar, no se te da bien. Ni a ti ni a ningún romano. Además, aceptar que nada tiene sentido libera el alma.

Los dos amigos bebieron. Valerio ya estaba bastante borracho, casi tanto como Teómaco. La taberna entera vibraba con los cánticos étlicos de los legionarios, canciones dedicadas a una mujer, a alguno de los comandantes, a la vida del soldado... Los cuencos de tosca cerámica golpeaban las mesas de madera marcando el ritmo de las tonadas.

—Recuerdo cuando era como ellos —dijo Valerio—. Cuando las cosas tenían sentido, cuando nos comíamos la vida porque temíamos que la vida nos comiera a nosotros.

—¿Quieres dejar de sentir lástima por ti mismo? —dijo Teómaco.

Había un grupo de hombres de la XV y otro de la X. Los de la una intentaban superar a los de la otra en voz, fanfarronería y versos soeces. Reían. Gritaban. Manoseaban a las muchachas.

Teómaco, con una amplia sonrisa, empezó a dar palmas y a mover la cabeza al ritmo de una de las canciones. El griego rio con estrépito al oír uno de los versos, entonado por un joven legionario de buen porte:

*Eres una, eres dos, eres tres, eres cuarenta.
Eres el templo mayor donde todo el mundo entra.*

Hubo estruendosas carcajadas.

—¡Eh, vosotros, los de la XV! —gritó uno de los hombres de la X—. ¿Os han crecido ya los cojones u os los dejasteis en Jotapata?

Siempre se llegaba a eso. Cuando había hombres de dos unidades diferentes, tarde o temprano empezaban a volar insultos y pullas. Dentro de una misma centuria ocurría entre contubernios, si eran de la misma cohorte, entre centurias y así hasta llegar a la mayor rivalidad de todas, aquella que había entre legiones. Los insultos solían ser bienintencionados y tan habituales que siempre se convertían en una competición a ver quién decía la barbaridad más grande. Aunque a veces sí podían desencadenarse peleas.

—Voy a mear —dijo Valerio.

El viejo centurión se puso en pie y dio unos pasos hacia la salida intentando

abrirse camino entre los legionarios, pasó de costado entre dos de ellos que reían a carcajadas, esquivó a una de las muchachas y cuando giró la cabeza para dirigirse a la puerta, esta se abrió y apareció empujándola la imponente figura de Numerio seguido de un puñado de hombres de la XII. Llegaban riendo, vistiendo tan solo sus túnicas, como correspondía a los legionarios en sus días de asueto. Numerio dejó de reír en cuanto reparó en la presencia de Valerio. Se sostuvieron las miradas. A su alrededor seguía el jolgorio.

Los hombres de la XII adelantaron a su primipilo y avanzaron pidiendo vino y comida a gritos. Valerio siguió caminando hacia la puerta, donde Numerio se había detenido, pero el primipilo no hizo amago de apartarse.

—Aparta, Numerio, tengo que salir a mear —dijo el prefecto de la Cohors II Cantabrorum.

—Pues mea aquí —respondió el primipilo desafiante.

—Aparta, Numerio, no quiero problemas.

—Haz que me aparte.

—¿Cómo pudiste volverte tan imbécil? —dijo Valerio.

—¿Qué tal tus muchachos? —preguntó Numerio—. Si la caballería hubiera tardado un poco más en llegar, ya no quedaría ni uno. —Valerio apretó el puño hasta que los nudillos se le tornaron blancos—. ¿Me vas a dar un puñetazo, Fulm? Adelante. Lo estoy deseando.

—He dicho que te apartes.

—Y yo he dicho que si tantas ganas tienes de mear, lo hagas aquí dentro.

Los legionarios de la XV y la X que tenían al lado dejaron de reír y de cantar y se apartaron expectantes. Una buena pelea tabernaria siempre era motivo de júbilo, más aún cuando tenía lugar entre veteranos. El silencio se fue extendiendo por la taberna poco a poco, como ondas en el agua, hasta apoderarse de todo. Las cabezas se giraban y se movían intentando averiguar qué estaba ocurriendo. Algunos legionarios se encaramaron a las sillas y los taburetes para ver mejor.

Valerio, alertado por el silencio, miró a su alrededor. Su vejiga ya no podía aguantar más. El prefecto, y antiguo primipilo de la XII, borracho como hacía tiempo que no lo estaba, se remangó la túnica, se apartó a un lado el taparrabos, se sacó el pene y empezó a orinarle a Numerio en la pierna. Ambos veteranos se miraron mientras el chorro cálido, humeante y amarillento que surgía de las entrañas de Valerio recorría las piernas peludas del primipilo e iba formando un charco a sus pies.

Se oyeron las primeras risas ahogadas.

—Tenías razón, Numerio. Mejor aliviarse aquí —dijo Valerio mientras se sacudía las últimas gotas.

El primipilo de la XII se miró la pierna y el charco de orín. Si todos esperaban una reacción inmediata y violenta por parte del primipilo, estaban muy equivocados. Numerio sonrió y fijó la vista en Fulminator.

—Yo diría que con esto vale —susurró el primipilo con absoluta tranquilidad—. Además, tenemos unos cuantos testigos. Dudo que el general vea con buenos ojos que un prefectillo de cohorte le mee encima a un primipilo delante de tanta gente. Es toda una falta de respeto, ¿no crees, Fulm? Así que vete pensando dónde pasarás el resto de tu lamentable existencia.

—Eres un imbécil, Numerio.

Valerio y Numerio se miraron fijamente, pero al no producirse la pelea que todos esperaban, los legionarios empezaron a murmurar.

—¡Vaya! —gritó uno de los hombres de la XV—. ¡Ahora entiendo por qué la XII recibió tal paliza en Beth Horón!

Risas.

—¡La XII nunca retrocede! ¡Da media vuelta y sigue avanzando! —dijo otro de la X.

Más carcajadas.

Teómaco decidió entonces que quizá fuera mejor aferrar la jarra de vino y meterse debajo de la mesa. Aunque las chanzas entraran dentro del habitual jolgorio de taberna, había ciertas cuerdas en esa lira que no era sensato hacer vibrar, y Beth Horón era una de ellas.

—¡XII Urinata! —dijo otro legionario de la XV burlándose del apelativo «Fulminata».

Más carcajadas.

Numerio y Valerio dejaron de mirarse y giraron lentamente la cabeza hacia el lugar de donde provenían los insultos a su amada legión, aquella a la que habían dedicado una vida y a la que habían visto desintegrarse en Beth Horón.

—Atrévete a repetir eso —dijeron al tiempo prefecto y primipilo.

—¡XII Urinata! —dijo el legionario desafiante—. ¿Qué? ¿No se puede hacer una broma?

—Como esa no —dijo Fulminator.

El legionario, un joven corpulento y con la nariz rota, bajó de la mesa a la que se había encaramado para ver el espectáculo y tiró al suelo el cuenco de barro del que había estado bebiendo. El recipiente se hizo añicos.

—¡No! ¡No! —chillaba Zacarías como un loco—. ¡No!

Los legionarios de la XV siguieron a su compañero, en total una treintena, y lo mismo hicieron los de la X. Valerio y Numerio percibieron que tras ellos se agolpaban los hombres de la XII.

—XII U-ri-na-ta —dijo el joven a un palmo del rostro de Valerio envolviéndole en su aliento etílico.

Fulminator giró la cabeza, miró a Numerio, a su lado, y este, parsimonioso, se encogió de hombros como si el desenlace fuera inevitable. Ambos pudieron leer en los ojos del otro que sus diferencias bien podían quedar en suspenso una noche.

—XII U-ri-na...

El poderoso gancho de Valerio impactó directamente contra la mandíbula del joven, que, antes de caer inconsciente, sintió cómo los pies se le despegaban una pulgada del suelo. Numerio, por su parte, no dudó en cargar contra el hombre de la X que tenía enfrente.

Empezaron a volar puñetazos, sillas, mesas y jarras. La taberna se sumió en el caos. Las muchachas gritaban. Zacarías, en un rincón, se llevaba las manos a la cabeza.

Valerio se agachó para evitar un puñetazo; el joven que se lo había intentado propinar perdió el equilibrio y el prefecto lanzó su derecha contra las tripas del desgraciado, que, acto seguido, recibió el impacto de un taburete en la cabeza. Numerio agarró del cuello de la túnica al legionario que tenía delante y le partió la nariz de un cabezazo. Primpipilo y prefecto avanzaron juntos, como en los viejos tiempos, mientras los hombres de la X, la XII y la XV se abalanzaban los unos sobre los otros.

—¡No! —gritaba Zacarías—. ¡No!

Vespasiano dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó de la silla como un resorte.

—¡Inaceptable! ¿Me oís? ¡Inaceptable!

El primipilo de la XII y el prefecto de la Cohors II Cantabrorum, en posición de firmes ante el general, lucían varias heridas y moratones en la cara. A Valerio le dolía todo el cuerpo, pero hacía tiempo que no se encontraba tan bien. No había nada como una buena pelea de taberna para olvidarse de que la vida no tenía sentido. Se había vuelto a sentir joven.

—¡Una docena de hombres de la XV en la enfermería! ¡Y otros tantos de la X!
¡El propietario de la taberna quejándose de los destrozos que, por supuesto, se

pagarán con cargo a vuestras asignaciones! ¡El primipilo de la XV exigiendo que seáis relevados de vuestros respectivos mandos! ¡Se supone que deberíais evitar altercados, no provocarlos! ¡Sois veteranos, maldita sea! ¡Los hombres os respetan y os admiran! ¿Es este el ejemplo que queréis darles? ¡¿En qué demonios estabais pensando?!

—Insultaron el honor de la XII, señor —dijo Numerio.

—¡Como si insultan a la puta de tu madre, centurión! —espetó Vespasiano—. ¡Deberíais estar por encima de esas cosas!

—Sí, señor —dijeron ambos a la vez.

—¡Si no fuera porque necesito hombres como vosotros, seríais licenciados de inmediato y con deshonor! ¡Y os advierto que aún no lo he descartado del todo, así que no tentéis a la fortuna! —Luego, más calmado, Vespasiano continuó—: Tengo entendido que sois amigos. Pues bien, a partir de ahora os quiero lejos al uno del otro. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Una de las puertas laterales del despacho del general se abrió y entró en la estancia un joven tribuno. El muchacho, con el rostro desencajado, llevaba un rollo de papiro en la mano. Vespasiano, fuera de sí, golpeó la mesa de nuevo.

—¡He dicho que no se me moleste salvo que el asunto sea de la máxima urgencia, Marco!

—Sí, señor —dijo el tribuno con la voz temblorosa—. Creo que este lo es.

Vespasiano volvió a sentarse en su silla y resopló.

—Aproxímate, Marco. Espero por tu bien que no sea otra de esas cartas exigiendo el ascenso del hijo de un senador o algo por estilo.

—No lo es, señor —aseguró el joven mientras le entregaba la misiva a su superior.

Vespasiano desenrolló el papiro y leyó, al principio con fastidio, luego con interés, después con alarma. El general apretó el papiro con fuerza y miró al joven tribuno.

—¿Cuándo? —preguntó Vespasiano sin más.

—Ha debido de ser hace quince días, veinte a lo sumo. ¿Qué hacemos, señor?

—Nada. Por ahora nada. Ve a buscar a Trajano, a Tito y a Pescenio. Que vengan enseguida.

El joven tribuno salió de la estancia a toda prisa mientras Vespasiano se llevaba el papiro a los labios y miraba al infinito. Pasados unos instantes de silencio en los que el general parecía haberse olvidado del primipilo y del prefecto, Numerio carraspeó. Entonces Vespasiano pareció despertar de su letargo y observó a sus

dos oficiales como si no supiera lo que estaban haciendo allí.

—Volved con vuestras unidades —dijo el general—. No tomaré represalias, pero la próxima vez no seré tan clemente.

—Sí, señor —dijeron al unísono Numerio y Valerio.

Ambos oficiales dieron media vuelta y se dirigieron a la puerta principal, pero antes de llegar a ella Vespasiano habló:

—Esperad un momento. —Numerio y Valerio se giraron—. Quiero haceros una pregunta, y quiero sinceridad. Si un general se levantara en armas contra el César, ¿de qué lado creéis que estaríais?

—Del osado general, señor —dijo el primipilo sin dudarlo.

—Del legítimo *princeps* —contestó categórico el prefecto casi al tiempo que Numerio.

—Entiendo —dijo Vespasiano pensativo—. Podéis retiraros.

52

Seguro que has oído hablar de él. Intenta hacer memoria. Se llamaba Cayo Julio Vindex y era gobernador de la Galia Lugdunense. Fue el primero en declararse abiertamente en rebeldía contra Nerón, quien, en ese momento, volvía de su gira artística por Grecia.

Lo cierto es que la situación que se vivía en Judea no era única, aunque fuera la más virulenta. El descontento en las provincias, debido a la voracidad recaudadora de Roma, era generalizado y aunque, en gran medida, las legiones siguieran siendo leales al emperador, la clase senatorial vivía atemorizada y se sentía perseguida. Y todos sabemos que no hay animal más peligroso que el que está acorralado.

Vindex, por lo que tengo entendido, no quería la púrpura para sí, pero estaba dispuesto a levantar el estandarte de la rebelión con tal de acabar con los desmanes, la extorsión y el despilfarro de Nerón. Era de origen galo, y aunque fuera senador, no gozaba del peso político que desde siempre dio en Roma pertenecer a una familia de abolengo. Nadie le hubiera apoyado. Además, lo que Vindex pretendía era algo inaudito: acabar con la dinastía que había nacido con César Augusto. Nerón se había asegurado, a lo largo de su reinado, de acabar con todo aquel que pudiera afirmar tener una gota de sangre Julio-Claudia en las venas. Al fin y al cabo, ¿quién si no un descendiente de esa casa tendría legitimidad para ostentar la púrpura?

Pero Vindex lo veía de otro modo, y no era el único. Solo era necesario que alguien dijera abiertamente que el Imperio merecía a alguien mejor. Y así lo hizo, declarándose partidario de que fuera Servio Sulpicio Galba quien sustituyese a Nerón.

Galba, un hombre de setenta años, era, a la sazón, gobernador de la Hispania Tarraconense. Por lo que dicen, debía de ser un individuo carente por completo de imaginación y de sentido del humor, amante de la disciplina y de los viejos valores romanos, sean estos los que sean. Pero pertenecía a la más arcaica aristocracia romana. Enjuto, huesudo y ya falto de energía, Galba en un principio

titubeó y, de hecho, en vez de marchar con sus tropas en apoyo del hombre que le había propuesto para tomar las riendas del Imperio, decidió retirarse a lo más profundo de su provincia.

Y allí ocurrió un prodigio que volvió a llevar el nombre de mi tierra a todos los rincones del Imperio como en tiempos de la Gran Guerra. Por lo visto, durante una tormenta, un rayo cayó en un lago de Cantabria y allí se descubrieron doce grandes hachas, símbolo, tanto las armas como el mismo número de ellas, de la máxima dignidad senatorial. Galba, teniendo ese prodigio por un mensaje de los dioses, decidió dirigirse a Roma al mando de sus tropas. Aunque ya era tarde para Vindex. Las legiones del Rin habían dado cuenta del rebelde derrotándole en batalla, y este había optado por el suicidio.

Recuerdo el revuelo que se montó en la cohorte cuando oímos el nombre de Cantabria unido al del destino del Imperio. Doce hachas en un lago señaladas por el dedo del mismísimo Júpiter, decían los legionarios. Pero lo cierto es que mi abuelo me había contado que los guerreros de antaño solían hacer ofrendas de ese tipo en lagos, ríos y fuentes, para que los dioses les fueran propicios en la batalla o para agradecer que lo hubieran sido. ¿Casualidad? ¿Una oportuna invención para revestir de legitimidad la aspiración de Galba? Para los hombres de la Cohors II Cantabrorum eso era lo de menos, no éramos los únicos que hablábamos ahora de nuestra tierra.

Así que ya ves, no solo los judíos se estaban matando entre ellos en Jerusalén, ahora también iban a empezar a hacerlo los mismos romanos. Nosotros éramos completamente ajenos al nerviosismo de los demás, pero la tropa estaba dividida y temerosa de una guerra civil que ya estaba declarada y que amenazaba con despedazar el Imperio si no se resolvía rápidamente.

El único que pareció no perder los nervios fue precisamente nuestro comandante en jefe, Vespasiano, que era precisamente, en todo el Imperio, el hombre que más tropas tenía a su mando.

Sé, porque así nos lo habían hecho saber Marcelo y Valerio, que dada la situación que se vivía en Jerusalén, el general había estado planeando a lo largo del invierno la ofensiva final contra la ciudad sagrada de los judíos. Si Jerusalén caía, la guerra concluiría. Pero al recibir las noticias de la rebelión de Vindex y del avance de Galba contra Roma, Vespasiano decidió tomarse las cosas con calma y dedicarse a operaciones de poco calado y escasa entidad a la espera de lo que pudiera pasar en Roma. Después de todo, el fin de la guerra en Judea hubiera supuesto también el fin de su cargo como comandante en jefe de las legiones de Oriente; lo mismo daba quién emergiera victorioso de la contienda

entre el joven poeta que ocupaba el trono y el viejo aristócrata que pretendía usurparlo.

Se había puesto de manifiesto que no resultaba necesario estar en Roma para ser proclamado emperador, y que tampoco lo era ser descendiente del Divino Augusto. Bastaba con el apoyo de las legiones.

Y Vespasiano no iba a renunciar a ellas.

ROMA

PRIMAVERA 68 D. C.

Si algo odiaba el emperador era asistir a las reuniones del Senado. Por un instante echó de menos a Séneca. El viejo hispano siempre se había entendido bien con los togados, sabía aplacarlos, convencerlos.

No podía dejar de morderse las uñas. Sus piernas parecían tener vida propia y se movían nerviosas. Estaba sudando. Le dolía la cabeza. Se sentía desnudo sin su lira. Quería silencio, quería paz. Pero los senadores hablaban y hablaban. Murmuraban. Le estaban volviendo loco.

El uno decía que la lealtad de las legiones del Rin estaba en entredicho, el otro que también la de las tropas del Danubio. Aquel se preguntaba por las legiones de Oriente y el de más allá reclamaba que se hiciera algo con urgencia para aplastar la reciente revuelta que se había declarado en la provincia de África y que amenazaba con poner en peligro el suministro de trigo de la ciudad.

—... y por si fuera poco, Galba está a un mes de camino —dijo otro de los senadores—. ¿Qué medidas va a adoptar el *princeps*? No es necesario que le recuerde a la curia que Servio Sulpicio Galba fue declarado enemigo del pueblo de Roma hace menos de un mes y que si no se hace nada, todas nuestras cabezas corren peligro.

—¡Basta! —estalló Nerón mientras cerraba los ojos y se tapaba los oídos—. ¡Basta! ¡Dejad de hablar de ese vejestorio desagradable de Galba! ¡Callaos! ¡Basta!

Cuando Nerón volvió a abrir los ojos y a destaparse los oídos, todos los senadores guardaban silencio. Solo uno de ellos estaba de pie, esperando paciente a que el *princeps* se dignara a escucharle.

—César —dijo el senador—, tan solo queremos saber si existe un plan de acción. Eso es todo.

El emperador, sentado en la silla de tijera desde la que presidía las reuniones de

la curia como *princeps senatus*, miró a su alrededor. Ahora era el silencio lo que le atormentaba. Estar rodeado de hombres callados que esperaban a que dijera algo era, sin duda, mucho peor que oírles hablar como mujeres en un mercado. Todos esos ojos inquisitivos, todas esas miradas posadas sobre él. Todos esos rostros en silencio. Jamás debería haber vuelto de Grecia. Cuervos vestidos de blanco. Si al menos hubiera tenido su lira... su lira... Grecia, esa era la respuesta.

—¿César? —insistió el senador al ver que Nerón los observaba pero no reaccionaba.

Nerón alzó la mano con firmeza y, con un gesto, obligó al senador a sentarse. Luego respiró profundamente. Había llegado el momento de tomar la iniciativa y ahora sabía perfectamente cómo hacerlo. Había sido un destello, una repentina iluminación. Un plan magnífico digno de un poema épico. El emperador se puso en pie con solemnidad.

—Senadores, amigos —dijo Nerón seguro de sí—. Séneca, mi amado maestro, decía que debe vivirse en armonía con la naturaleza, que no podemos negar lo que somos, pero que sí podemos y debemos luchar para superarnos. Que somos como un bloque de mármol en bruto del que nosotros mismos somos los escultores. Que enfrentarnos a nuestra propia naturaleza provoca dolor y angustia.

»Comprendo vuestro pesar, amigos míos, sé que nace de vuestro amor por este pobre mortal que os ama. Y sé también que en estos momentos difíciles venís a mí en busca de guía y sosiego. Pues bien, he de daros ambas, como hijo vuestro por edad y como vuestro padre por dignidad, posición y honores.

»He decidido que, en los próximos días, me pondré de camino hacia la Galia para enfrentarme a Galba y necesitaré, por tanto, que me concedáis el cargo de cónsul.

Aplausos.

Nerón alzó las manos pidiendo calma. Uno de los senadores se puso en pie para pedir la palabra.

—César, la única legión disponible en estos momentos es la I Itálica, y fue reclutada hace escasos meses. Carecen de experiencia. En cambio Galba marcha con tropas curtidas...

—No he acabado, Emiliano —dijo autoritario el emperador. El interpelado volvió a sentarse y regresó el silencio a la curia—. Puede que Roma conquistara Grecia con las armas, pero ¿acaso no ha sido Roma conquistada por Grecia en todo lo demás? ¿No han sido las artes las que han vencido a la espada? ¿La

ternura a la barbarie? ¿El amor al odio? No, no derrotaré a Galba con las armas, sino con las artes. Con mi arte.

»En los días que vienen compondré la canción más desgarradora y tierna que jamás haya nacido de alma alguna. Cuando esté lista, cabalgaré al encuentro de mi enemigo y me presentaré ante las tropas armado únicamente con mi lira. Mis versos se enredarán en sus corazones como la hiedra fresca, y las legiones llorarán conmigo... Y ya sin tropas, Galba no tendrá más remedio que entregarse.

Silencio. Nerón, abrumado, desbordado por su propia visión, sonrió y se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal de la curia gritando:

—¡El tiempo apremia! ¡Tengo que componer! ¡Tengo que componer!

Había sido una tarde frenética y agotadora. Igual que lo había sido la noche. Palabras, palabras, versos, palabras, aflicción, angustia, esperanza, dolor. Palabras. Palabras.

Con la cabeza sobre su escritorio y el cálamo en la mano, el emperador dormía. La amplia mesa de trabajo estaba repleta de pliegos de papiro en los que había más borrones que letras. La lira descansaba a su lado. Nerón había hurgado en lo más profundo del pozo de su congoja y su zozobra, de sus recuerdos, de sus pasiones, pero no había palabras suficientes que llegaran a transmitir con la fuerza deseada todo aquello que sentía y que quería que sintieran los hombres a los que iba dirigido. A su espalda, en el lecho, roncaba Esporo. Pero no quería conformarse, quería elevarse por encima de sí mismo. Solo en la oscuridad brillan las estrellas.

Sintió una mano en el hombro que le sacudía con delicadeza.

—César —susurró a su lado la voz de Epafrodito, su secretario personal—. César.

Nerón despertó sobresaltado, desorientado. Miró a su secretario con los ojos abiertos al máximo, luego al escritorio. Todo estaba muy oscuro, las únicas luces que iluminaban la estancia eran las llamas del pebetero de bronce que refulgía día y noche junto al cuerpo momificado de Popea y la de la pequeña lámpara de aceite que portaba Epafrodito.

—Me he quedado dormido —dijo Nerón alarmado, y empezó a revolver entre sus pliegos de papiro—. Enciéndeme las lámparas. Tengo que seguir. Tengo que...

—César —dijo el secretario sin alzar la voz—, no hay tiempo para eso.

Debemos abandonar el palacio de inmediato. He traído ropa de calle.

—¿Qué? ¿Por qué?

—El Senado te ha declarado enemigo del pueblo de Roma y han proclamado emperador a Galba.

—¿Qué? ¡No pueden hacer eso! —rugió Nerón indignado y horrorizado.

—César, por los dioses, no alces la voz.

Nerón se puso en pie de pronto.

—Llama a Tigelino, que vengan los pretorianos... —ordenó imperativo.

—Tigelino ha huido, César. Y Galba ha ofrecido un suculento estipendio a los pretorianos por medio de uno de los senadores.

—Pero... no pueden hacer eso —repitió Nerón.

—No hay tiempo que perder —insistió Epafrodito—. Hay cuatro caballos esperando, Acte se ha encargado de reunirlos. Tenemos que abandonar Roma.

—¡No! —dijo Nerón horrorizado.

—Si te encuentran aquí no tendrán piedad, César. Te lo ruego.

—¡Pero no entiendo por qué!

—Eso ahora no importa.

—Pero ¿adónde iremos?

—Faón nos espera en su villa. Allí pensaremos qué hacer.

Con lágrimas en los ojos Nerón empezó a vestirse a toda prisa con la ropa ajada que le había traído Epafrodito mientras el secretario despertaba a Esporo. Una vez vestido, el poeta empezó a recoger frenéticamente sus pliegos de papiro. En este había una frase rodeada de borrones, en aquel tan solo una palabra, en el otro cuatro versos reescritos seis veces.

—César, no podemos llevarnos todo eso —dijo Epafrodito.

—Eso a lo que llamas «eso» es mi alma —protestó Nerón como un niño al borde del llanto.

—No podemos —dijo Epafrodito.

—Mi lira...

El secretario se limitó a negar con la cabeza.

Con el corazón hecho añicos y vestido como un campesino, Nerón salió de sus aposentos como un fugitivo siguiendo a su secretario y a Esporo. El palacio estaba tan tranquilo que al César se le antojó lúgubre.

Salieron al exterior por una pequeña puerta de servicio. Allí esperaba Acte, una de las concubinas del emperador, con los caballos: cuatro jamelgos huesudos. Epafrodito y Esporo ayudaron a montar al orondo emperador.

—Iremos al paso para no levantar sospechas —dijo el secretario.

Las calles de Roma estaban repletas de gente con antorchas que gritaban «vivas» a Galba y «muera» a Nerón. La turba pedía noticias del monstruo y clamaba venganza.

—¿Por qué? —sollozaba el César abrumado por tal marea de odio—. ¿Por qué? Les he dedicado mi vida. Se lo he dado todo.

El amanecer sorprendió a los fugitivos en el camino que llevaba a la villa del liberto Faón. Solo se oía el acompasado caminar de los caballos y el alegre canto de los pájaros. Las ramas de los árboles que flanqueaban el camino se mecían acariciadas por la leve brisa de la mañana.

—Cuánta belleza —dijo Nerón con tristeza mirando a su alrededor—. Una imperfecta copia de la naturaleza, eso es el arte.

—Seguiremos a pie —dijo Epafrodito deteniendo su montura—. No podemos dejar huellas.

Arrearon a sus caballos para que galopasen en dirección opuesta y se desviaron atravesando un bosque repleto de maleza. Nerón estaba exhausto, los cardos y las ramas le mordían la piel y la pena el corazón. Conocía muy bien el dolor del alma, no así el del cuerpo. Los versos se le agolpaban en la cabeza, uno tras otro, mientras apartaba ramas y esquivaba ortigas. Dio dos veces con las rodillas en el suelo, y sus compañeros de fuga le ayudaron a ponerse en pie.

Al fin alcanzaron la tapia de la villa de Faón y la recorrieron hasta toparse con una pequeña puerta lateral. Epafrodito dio tres golpes y la puerta se abrió.

Cuando Faón vio a los prófugos en el patio de su villa, cayó de rodillas ante el emperador y se abrazó a sus piernas.

—César —lloró el liberto—. César.

—Levanta, Faón, mi fiel amigo —ordenó Nerón magnánimo.

—Están por todas partes, César —dijo el liberto, desesperado.

—¿Quién?

—Los pretorianos. Es cuestión de tiempo que también registren esta casa, y si te encuentran aquí...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Epafrodito.

—No podéis quedaros aquí —dijo Faón desencajado—. Nos matarán a todos. Los fugitivos se miraron entre ellos.

—¿Tienes caballos? —preguntó Epafrodito.

—Sí, están listos, cuatro, los mejores que tengo.

—Bien, vamos —dijo el secretario.

Epafrdito dio un paso apresurado, pero Nerón le detuvo.

—No, amigo mío. No. No quiero seguir huyendo. Estoy cansado.

—Pero, César...

—No. Mis ojos no verán un nuevo amanecer. Solo espero... —dijo Nerón pensativo—. Solo espero que no haya nada al otro lado. Me aterra la sola idea de volver a ver a mi madre. Buscad un lugar bonito y sencillo y cavadme una tumba.

—César...

—No hagas las cosas más difíciles, Epafrdito. Te lo ruego.

Cuatro de los esclavos de Faón cavaron una fosa ante la atenta mirada del último Julio-Claudio. Era un lugar precioso, a la sombra de unos chopos, de cara a una hermosa campiña verde y en flor. A lo lejos se veían unas colinas boscosas.

Nerón sollozaba.

—César —dijo Faón a su lado—. La daga.

El liberto le entregó al emperador un bello puñal con el mango de oro e incrustaciones de piedras preciosas. El poeta cogió el arma por el mango y la observó a la luz del sol. Brillaba. Le temblaba la mano. Esporo y Acte le miraban sumidos en el desasosiego. Nerón se llevó la punzante hoja al pecho, tal y como había visto representar tantas veces en el teatro. En sus manos el puñal más parecía una anguila viva que una fría lámina de acero muerta.

—Es mejor de abajo arriba, César —dijo Epafrdito—, justo debajo del esternón y directo al corazón.

Nerón miró a su secretario con los ojos inundados de lágrimas e inyectados en sangre.

—No... no puedo... —dijo el emperador derrotado—. Ayúdame, amigo mío. Te lo suplico.

Epafrdito se acercó al indeciso suicida y este le entregó el arma.

—Coloca tus manos sobre mis hombros, César. —Nerón obedeció—. Cierra los ojos.

El emperador sintió la punta de la daga apoyándose en el punto preciso. En las firmes manos de Epafrdito el arma ya no bailaba, ni titubeaba. El emperador tragó saliva.

—¿Será rápido, amigo mío?

—Sí, César.

—¡Qué artista muere conmigo! —aulló Nerón desde lo más profundo de su

alma quebrada.

El acero se hundió entonces en el cuerpo del último Julio-Claudio. Nerón abrió los ojos al máximo al sentir un calambre por todo el cuerpo. Dolor. Dolor. Dolor que no dejaba lugar a la pena.

Luego nada.

JERUSALÉN
VERANO 68 D. C.

Durante más de un mes, Arán había estado contemplando, desde la azotea, una ciudad sumida en el caos. Los combates, al principio, se habían localizado en la Ciudad Alta, en torno a las mansiones de los ricos y al palacio de Herodes el Grande. Había habido jornadas enteras de calma tensa y días de lucha por callejuelas y tejados. En cada calle había barricadas. Las fuerzas leales a Ananías y a su gobierno, conscientes de que a la ciudad cada vez llegaban más desposeídos y refugiados con esperanzas mesiánicas, se habían preparado para el estallido de una revuelta popular, y esta no los había cogido por sorpresa.

Ni los zelotes de Eleazar ni los galileos de Yohanan habían sido capaces de hacerse con la Ciudad Alta, y las tropas del gobierno, mejor armadas y preparadas, habían ido recuperando, palmo a palmo, secciones enteras de Jerusalén a lo largo de los meses. Tanto la Ciudad Nueva como el mercado ya estaban en manos de Ananías y los suyos. Tan solo la Ciudad Baja y el templo permanecían en manos de los zelotes y los galileos.

«No hay nada más grotesco que ver a un pobre luchando por los privilegios de los ricos», le había dicho Yair. El joven judío pasaba por casa cada dos o tres días, a recoger comida o armas para llevar de vuelta a las barricadas y los tejados. Su casa parecía ser el lugar en el que la pequeña milicia de Emmanuel tenía, por llamarlo de algún modo, su punto de suministro. A veces Yair venía solo y otras acompañado. En ocasiones dormía en casa, solo para irse a la mañana siguiente y seguir luchando en un conflicto que Arán no comprendía del todo pero que, por lo que decía Yair, parecía justo y noble. Según decían, Ananías, el sumo sacerdote, estaba dispuesto a vender Jerusalén a los romanos, y los hombres de Emmanuel querían devolverle al pueblo lo que era suyo por derecho divino: la tierra.

—¿Cuándo podré luchar con vosotros? —preguntaba Arán cada vez que Yair

aparecía por casa.

—Lo sabes bien —contestaba siempre Yair—. Cuando formes parte del pueblo de Israel.

Anochecía. Los gritos cada vez se oían más cerca.

En los últimos días los combates callejeros se habían recrudecido. Arán, en casa de Yair, y a la luz de una lámpara de aceite, intentaba leer los textos sagrados aunque no supiera lo que significaban. Conocía los sonidos, pero poco más. Al menos sí había logrado identificar algunas palabras, como «Yhwh», que por lo visto era como se referían los judíos a su Dios, aunque para muchos la palabra no debía pronunciarse y preferían términos como Adonai, El, Elohim o simplemente Jah. Bien era cierto que Arán no hubiera sido capaz de pronunciar Yhwh si no le hubieran dicho cómo. ¿Era «Yihwah»? ¿«Yuhwuh»? ¿«Yahwe»? Lo mismo daba.

De pronto Arán apartó la mirada del texto y alzó la cabeza. Por la callejuela a la que daba la puerta de la casa oyó pasar a la carrera a un grupo de hombres que gritaban alarmados. El cántabro se puso en pie y se acercó al jergón bajo el que dormían las armas. Oyó el chocar de metales, aún lejano, pero acercándose. Alaridos de hombres, chillidos de mujeres. Sin dudar, Arán retiró el jergón y abrió la trampilla, se tumbó en el suelo, alargó la mano y cogió una espada de legionario, una armadura idéntica a la que había llevado cuando formaba parte de la cohorte y un escudo rojo de legionario, grande, rectangular, atejado y decorado con las alas de la victoria, los rayos de Júpiter y el número XII. No se había incorporado aún cuando oyó una patada en la puerta y el chirriar de los goznes. El cántabro empuñó la espada y aferró el escudo dispuesto a luchar contra los intrusos.

Solo que no eran intrusos.

El primero en entrar fue Yair, que apartó la puerta para que entraran los demás, una docena de hombres sucios, cansados y magullados. Emmanuel llevaba una espada romana en la mano derecha y cargaba con uno de sus compañeros, que parecía estar desangrándose por una herida recibida en el vientre. Cuando estuvieron todos dentro, Yair cerró la puerta y Emmanuel, después de dejar al herido sobre el otro jergón, instó a los demás a guardar silencio.

Los hombres jadeaban y el herido se retorció mientras su sangre empapaba el jergón y otro de los compañeros de Emmanuel intentaba taponar la herida y reconfortarle. Emmanuel tenía un corte en el brazo.

Se oyeron entonces, en la calle, más pasos acelerados y el tintineo inconfundible de tropas armadas a la carrera. Yair y Emmanuel se pusieron a hablar en susurros, aunque con vehemencia. Arán no lograba entender lo que decían.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Emmanuel—. Tenemos que salir e intentar llegar al Templo.

—Deberíamos esperar unas horas al menos —dijo Yair—. Mira cómo está Joazar, no puede valerse por sí mismo.

—Dentro de unas horas la Ciudad Baja estará en manos de las tropas de Ananías. Tenemos que intentarlo.

—Descansemos un poco al menos, bebamos agua, cojamos todas las armas y la comida que podamos llevar con nosotros.

Emmanuel dudó un instante y luego asintió. Se miró el corte del brazo.

—¿Tienes algo con lo que vendarme la herida? —preguntó el hermano de Ruth.

—Tendríamos que haberlo sabido —dijo Yair mientras con un retal de túnica le cubría la brecha—. El pueblo no quiere enfrentarse a Ananías.

—Pues tendrán que hacerlo tarde o temprano. Si todo el mundo se levanta, ya no podrán pararnos.

—Tienen miedo.

—¿De qué, maldita sea? ¿De qué?

—De lo desconocido.

—Hablabamos con Eleazar. Nos haremos fuertes con él en el Templo. El pueblo no puede estar tan ciego.

—Necesitaremos todos los brazos disponibles —dijo Yair.

—¿A qué te refieres?

—Al *kittim*.

—¿Está preparado?

—Creo que ahora mismo eso es lo de menos. Ha sido legionario, sabe utilizar un arma y hemos perdido a muchos.

—¿Pero está preparado?

—Está muy predispuesto y sabe lo suficiente —dijo Yair.

—No sé... —dijo Emmanuel después de mirar al *kittim*.

—Tú mismo dijiste que le había enviado Dios. Él quiere unirse a nosotros. ¿Para qué? Para luchar contra Roma. ¿Realmente hace falta más?

—¿Conoce la Ley de Moisés?

—Sí. Todavía no sabe entender los textos, pero aprende rápido.

Emmanuel volvió a mirar al *kittim*.

—Y tampoco podemos dejarle aquí. Se lo debes.

—¿Quién puede hacerlo? —preguntó Emmanuel.

—Yoshua es levita y *kohen*. Yoshua, Gurión y tú mismo podéis hacer las veces de tribunal.

—¿Y el baño ritual?

—Arriba, en la cisterna de la azotea.

Emmanuel dudó un instante.

—Está bien —dijo Emmanuel al fin—. Yo hablaré con Yoshua y con Gurión. Habla tú con el *kittim*. Tendrás que traducir para todos.

—No te preocupes por eso.

Yair se acercó a Arán. El cántabro observaba inquisitivo a los zelotes derrotados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Arán cuando Yair estuvo a su lado.

—El pueblo no se ha levantado y los hombres de Ananías nos han barrido. Pero nos estamos replegando todos hacia el Templo. Allí resistiremos y pediremos ayuda a Dios y al exterior.

—¿A quién? —preguntó Arán.

—A los idumeos de Simón bar Giora —explicó Yair—. Escucha, Arán. ¿Sigues queriendo luchar con nosotros?

—Por supuesto.

—Sigues convencido de que quieres pasar a formar parte del pueblo de Israel.

—Sí.

—Bien —asintió Yair—. Esta es tu oportunidad. Yoshua es *kohen*, esto es, sacerdote. Emmanuel, Gurión y él formarán el tribunal y te harán preguntas. Yo traduciré las preguntas y luego tú me darás una respuesta que yo a su vez les transmitiré a ellos.

—¿Pero y si...?

—No te preocupes. Tú háblame, di lo que sea, y ya me encargaré yo de vestir tu respuesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué hay de la circuncisión? —dijo Arán con cierta aversión.

—De eso se encarga Yoshua. Te dolerá, sangrarás y existe la posibilidad de que se te infecte, pero es un requisito indispensable.

—Eso lo sé.

—¿Estás preparado?

—Sí —afirmó Arán.

El cántabro había sido herido en combate, había sufrido coces de animales en

la aldea; le había mordido un perro, había sido capaz de avanzar sin dar un paso atrás durante el asalto de Galo a Jerusalén; había visto y había llevado a cabo crucifixiones; tenía la espalda surcada de latigazos. Pero por alguna razón la mera idea de que un hombre manoseara sus genitales con un cuchillo y le mutilara una parte le aterraba.

Yair le dio una palmada en la espalda.

—Piensa que si la tienes lo bastante grande quizá te puedas hacer un bonito brazalete de cuero —dijo el judío logrando así arrancarle al cántabro una sonrisa.

Emmanuel habló con Yoshua y con Gurión y estos ya estaban sentados a la tosca mesa de madera. El resto de los seguidores de Emmanuel, como testigos, estaban sentados a un lado, en el suelo. Sobre el jergón empapado temblaba y gruñía de dolor el muchacho herido.

Arán se aproximó al tribunal y adoptó, por instinto, la posición de firmes, tal y como hubiera hecho ante Valerio o Marcelo. El tal Yoshua, un joven alto, delgado y con barba, miró a Arán de arriba abajo. Ya se habían visto en alguna ocasión, pero la ceremonia requería solemnidad. El *kohen* dijo algo y Yair tradujo.

—¿Por qué quieres convertirte? ¿Acaso no sabes que el pueblo de Israel vive perseguido, oprimido, acosado, despreciado y abrumado por la aflicción?

—Precisamente por eso —repuso Arán sin más.

El tribunal comentó la respuesta entre susurros aprobatorios.

—Vaya —le dijo Yair al oído—. ¿La tenías preparada?

Era cierto que el judío le había dicho que la Ley establecía que esa debía ser la primera pregunta del *Beit Din*, también que Arán había pensado mucho en la respuesta sin llegar a conclusión alguna. Y ahora, ante el tribunal, las palabras habían surgido directas y sinceras, sin siquiera pensarlas. El siguiente en hablar fue Gurión.

—Esta es complicada —advirtió Yair antes de traducir—. ¿Cómo resumirías la Torá?

El cántabro pensó un instante.

—Amarás a Dios sobre todas las cosas —repuso Arán.

—¿Por qué? —tradujo Yair.

—El resto no son más que las ramas que emanan de ese tronco —dijo Arán.

—¿Y qué hay de amar al prójimo como a uno mismo? —tradujo Yair. Gurión lo estaba poniendo difícil.

—Es imposible amar al prójimo si no se ama a Dios —contestó Arán.

—¿Y quién es el prójimo?

—Cualquier hombre del pueblo de Israel.

El tribunal comentó las respuestas. Le tocaba hablar a Emmanuel.

—¿Qué es lo que más te atrae de la Ley? —tradujo Yair.

—La idea de justicia e igualdad entre los hombres.

Emmanuel asintió y se dirigió a sus compañeros de tribunal.

—¿Qué dicen? —le preguntó Arán a Yair.

—Emmanuel está intentando convencerlos de que es suficiente. Gurión dice que no, que no se puede decidir algo de tal importancia en tan poco tiempo. Que es necesario hacerte más preguntas. —Habló entonces Yoshua—. El *kohen* dice que él se da por satisfecho. Que no tenemos tiempo de más, que tenemos que irnos, y que ya aprenderás el resto.

Yair sonrió.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Arán.

—Dicen que sí.

—¿No se supone que me tienen que rechazar tres veces?

Yair asintió y se encogió de hombros. Luego le propinó a Arán una afectuosa palmada en la espalda.

Yoshua se puso en pie, desenvainó un pequeño cuchillo curvo y muy afilado, se acercó a Arán y señaló al jergón de la trampilla.

—Túmbate y quítate el taparrabos —dijo Yair.

El cántabro obedeció, se remangó la túnica, se retiró el taparrabos y se tumbó sobre el jergón. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Percibió la sombra de Yoshua mientras se arrodillaba. Sintió la mano izquierda del *kohen* tocándole el pene y presionando sobre el prepucio para que el glande retrocediese, después la fría hoja afilada posándose sobre la piel. Y el primer pinchazo, la hoja mordiendo, deslizándose, segando. Empezó a brotar la sangre. Arán gruñó de dolor. Sintió cómo la mano firme del *kohen* guiaba el hierro e iba desgajando poco a poco y con cuidado el trozo de su ser que lo delataba como gentil. Dolía, escocía, fluía la sangre, pero Arán se había prometido a sí mismo que no emitiría ni un solo alarido. Y así lo hizo.

Cuando el cántabro sintió el último corte, abrió los ojos. Yoshua, con las manos rojas y el prepucio en la mano, murmuraba una plegaria. Arán se miró el pene, empapado de sangre y viscoso. Yoshua le dijo algo.

—¿Qué nombre has elegido? —tradujo Yair.

—Aarón —respondió el cántabro.

—Ahora desnúdate y sube a la cisterna —dijo Yair—. Creo que cabes entero. Sumérgete y, cuando salgas, ya serás uno de los nuestros.

Arán, mareado, se incorporó, se retiró la túnica y, dolorido y aún chorreando sangre por la entrepierna, trepó la escala que llevaba a la azotea. Una vez allí se dirigió a la cisterna en la que Yair recogía el agua de lluvia que caía en invierno y a principios de la primavera. Después de días de sol el agua estaba cálida. Desde allí, se oían los combates que estaban teniendo lugar en torno al Templo y se veía cómo bailaban las antorchas a lo lejos. Sería difícil llegar hasta allí, más aún con un herido. Pero, por alguna razón, ahora Arán se sentía capaz de cualquier cosa.

El cántabro, desnudo y ensangrentado, subió los dos escalones que llevaban a la cisterna y se metió en el depósito lentamente. El líquido purificador le cubría hasta la mitad del muslo, así que se puso en cuclillas, sintió aún más escozor en el pene, tomó aire, cerró los ojos y se sumergió por completo tal y como le había indicado Yair. Sintió flotar el cabello. Y sintió paz, felicidad y propósito.

Arán, el cántabro, pertenecía ahora al pueblo de Israel.

Desnudo, chorreando agua y sangre, descendió la escala y volvió a bajar a casa de Yair. Allí, en semicírculo, le esperaban todos. Emmanuel le abrazó con una fuerza y una ternura que jamás hubiera creído posible en él y le dio un beso en cada mejilla. Luego Yair.

—Bienvenido, hermano —dijo el joven que hasta entonces le había alojado en su casa.

Uno a uno, todos los integrantes de la partida de Emmanuel abrazaron al cántabro y le besaron las mejillas. Arán tuvo la sensación de que el muro invisible e infranqueable que hasta entonces le había separado de aquellos hombres ya no existía, y que ese muro nada tenía que ver con las palabras ni con la capacidad de comunicarse. Era algo mucho más profundo, mucho más espiritual. Habló Emmanuel.

—Dice que nos tenemos que poner en marcha cuanto antes —tradujo Yair—. Coge las armas que quieras.

Arán se caló la túnica parda, una mancha oscura de un palmo se le extendió por la entrepierna. Se puso la armadura, un casco de legionario, se colgó el tahalí con la espada y aferró el escudo de la XII. De no haber sido por la barba y por la túnica parda en vez de roja, cualquiera le hubiera confundido con un soldado romano.

Volvieron a cubrir la trampilla con el jergón. Gurión se encargó de coger al herido y Emmanuel se acercó a la puerta. El hermano de Ruth pidió silencio y aguzó el oído. Luego asintió y abrió. La calle parecía tranquila.

—Vamos —dijo Yair.

Yoshua, armado con una espada y un pequeño escudo redondo, fue el primero en salir, luego otro par de judíos de los que Arán no sabía el nombre. Luego Yair, luego él y así hasta que todos estuvieron fuera con las espaldas pegadas a los muros de los edificios. Emmanuel cerró la puerta, se puso en cabeza y corrió hasta uno de los callejones. Se asomó y agitó la mano para que el resto le siguiera. El grupo, con Gurión y el herido a la zaga, torció a la izquierda. En otro de los callejones, Emmanuel volvió a detenerse y asomarse. El camino estaba libre.

Siguieron adelante, callejeando hacia el Templo, procurando no hacer ruido. Deteniéndose aquí y allá, cruzando las calles de uno en uno, buscando el abrigo de las sombras.

Ocultos, vieron pasar a una patrulla de tropas leales a Ananías y todos contuvieron la respiración. Ya estaban cerca.

Torcieron a la derecha. Luego otra vez a la izquierda. Las puertas y las ventanas de las casas estaban cerradas. Salvo por las antorchas que iluminaban el Templo, todo parecía estar tranquilo. Antes de torcer por la siguiente callejuela, oyeron voces. Emmanuel volvió a detenerse y a asomar la cabeza. Luego se retiró e hizo un gesto para que Yair y Yoshua se acercaran y miraran.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arán.

—Una veintena de los hombres de Ananías levantando una barricada. El Templo está al final de la calle. Solo cuando lleguemos allí estaremos a salvo.

Arán se retiró el casco para evitar destellos y se asomó. Emmanuel y Yoshua discutían en susurros qué hacer. El primero parecía indeciso mientras que el segundo parecía estar abogando por buscar un camino alternativo.

—¿Cómo se llama el herido? —preguntó Arán.

—Joazar —dijo Yair.

—No podemos estar dando vueltas sin sentido, o morirá —dijo Arán—. Necesitamos abrirnos paso por aquí. Si están levantando una barricada en este punto es porque las están levantando por todas partes para aislar el Templo.

—¿Qué propones?

—Avanzaré solo. Voy bien armado, mejor que ellos. La calle es estrecha, les costará flanquearme. Doce hombres contra veinte darían lugar a demasiado revuelo y no tardaríamos en vernos envueltos por otras patrullas. Pero solo uno...

—Es demasiado arriesgado —dijo Yair.

—Créeme, amigo mío, he estado en situaciones peores. Además ¿no está Dios con nosotros?

—Sí, pero...

—En cuanto veáis que flaqueo, y solo si flaqueo o si acude otro grupo de soldados por cualquier punto, cargad en mi apoyo. No hay más que cien pasos hasta el Templo.

—Tengo que consultarlo con Emmanuel.

Yair habló con el cabecilla y este, dubitativo al principio, asintió.

—Suerte, hermano —dijo Yair.

—Estad listos —dijo Arán—. Por cierto, deberíais llevar armadura.

—Lo hemos intentado, pero son demasiado incómodas.

—Y vuestros escudos son demasiado pequeños.

—Y el tuyo demasiado grande.

Arán se encogió de hombros.

El cántabro se caló el yelmo, se abrochó la correa de cuero bajo el mentón, aferró el escudo, desenvainó lentamente y accedió al callejón. No tenía miedo. El escozor en la entrepierna era cada vez más intenso.

El grupo de soldados de Ananías estaba en ese momento vaciando de muebles y enseres una de las casas para levantar la barricada. Uno de ellos dejó de hablar y codeó al compañero que tenía al lado cuando vio la silueta solitaria de un legionario avanzando y en guardia. Desenvainaron y alzaron la voz para prevenir al resto. Todos dejaron lo que estaban haciendo y miraron al espectro plateado que se acercaba. Los dos primeros dieron un paso atrás. Había confusión en sus ojos.

Un hombre, desde lo alto de la barricada, dijo algo en el idioma de los judíos. Luego, al comprobar que el espectro no se detenía, recurrió al latín.

—¡Alto ahí!

Arán siguió adelante.

—¡Alto!

Arán se detuvo a diez pasos y se acuclilló tras el escudo. El soldado que le había dado el alto en latín bajó de la barricada y desenvainó. Debía de ser el oficial al mando. Los demás le siguieron.

—¿Quién eres?

El cántabro guardó silencio y el oficial hizo un gesto para que sus hombres se desplegaran. Se acercaron a él con cuidado, paso a paso, mirándose los unos a los otros. Con el cuerpo protegido por el inmenso escudo hasta la nariz y la punta de la espada asomando por el costado derecho, los fríos ojos de Arán observaban a sus antagonistas. A cuatro pasos del espectro, el oficial alzó la mano para que sus hombres se detuvieran y le habló a Arán una vez más en

arameo. Luego volvió a recurrir al latín.

—Habla —ordenó el oficial—, o me veré obligado a ordenar que te prendan.
Silencio.

Entonces el oficial hizo un movimiento seco con la cabeza y sus hombres, cautelosos, reanudaron su avance. Ese fue el momento que Arán escogió para cargar. El cántabro se puso en pie de repente y, con un alarido de furia que heló por un instante a sus adversarios, embistió con la defensa contra el hombre que tenía delante mientras con la espada derribaba de un tajo al soldado que había a su derecha. Movi6 el escudo a la izquierda para golpear a otro con el umbo en el rostro, sintió crujir los huesos del desgraciado, lanzó una estocada al vientre de otro soldado que le amenazaba por la derecha, se arrodilló para evitar una estocada y sintió un poderoso golpe en el escudo. Giró sobre sí mismo, como le había enseñado Marcelo, para derribar a uno más. Detuvo un tajo con la espada y atacó con el escudo.

En cuestión de instantes una decena de hombres yacían en el suelo, muertos o moribundos, y el resto, aterrados, soltaban las armas y se daban a la fuga. Jadeante, Arán observó su obra. La calle era suya y la barricada estaba desierta. El camino hacia el Templo había quedado expedito. Miró a su espalda. Emmanuel y los suyos caminaban hacia él con gesto de asombro.

—Vamos —dijo Arán.

ALEJANDRÍA
OTOÑO 68 D. C.

El distrito del Delta, al noreste de la ciudad, era conocido como el barrio judío. En Alejandría vivía la mayor comunidad judía de la diáspora, aunque aquella no era más que una de las tantas que había dispersas por todo el Mediterráneo, e incluso más allá. En lugares como Ctesifonte, por ejemplo, en pleno imperio parto, existía también, y desde hacía siglos, una floreciente comunidad hebrea.

Al igual que había ocurrido en otros enclaves del mundo romano, la situación que se vivía en Judea había provocado en la ciudad algunos brotes de violencia y altercados entre griegos y judíos. Bien era cierto que, por el momento, las autoridades lograban mantener el orden y la vida transcurría en los márgenes de la normalidad.

No obstante, allí eran pocos los judíos que hablaban arameo. La mayoría de ellos, después de generaciones viviendo en la más gloriosa de las ciudades que fundara Alejandro Magno, se comunicaban en griego y habían olvidado la lengua de sus antepasados. Y Ruth se sentía extranjera en la tierra de Egipto. Extranjera, cautiva y esclava. ¿Cuánto hacía desde que viera por última vez las murallas de Jerusalén? ¿Un año? Parecía una eternidad. Y, sin embargo, también parecía que hubiera sido ayer.

Ruth se puso el pañuelo en la cabeza, recogió la cesta en la que se acumulaba la ropa sucia y salió de casa para ir al lavadero. La casa estaba limpia y la comida lista, solo hacía falta calentarla un poco. Con suerte, Zadok llegaría tarde y cansado. Con suerte le habrían ido bien los negocios. Con suerte la comida estaría a su gusto.

Hacía tiempo que Ruth no lloraba. Mucho tiempo.

—*Shalom* —dijo la muchacha al llegar al lavadero.

—*Shalom* —respondieron algunas de las mujeres.

Ruth encontró un hueco junto a Jezabel, una mujer de unos cuarenta años que

había venido de Jerusalén cuando tenía su edad. Hablaba arameo, aunque con un marcado acento griego, y llevaba tanto tiempo allí que a veces le costaba encontrar las palabras adecuadas. ¿Era eso lo que le esperaba a ella? Ruth dejó la cesta en el suelo y se arrodilló junto al agua. Las mujeres charlaban entre ellas, pero la muchacha no entendía nada. Y ya había dejado de intentarlo.

—¿Qué te ha pasado, chica? —le preguntó Jezabel mientras frotaba y frotaba una de las túnicas de su marido.

—Nada —dijo Ruth.

—Pues ese nada casi te abre la cabeza —dijo Jezabel al contemplar el ojo amoratado de la muchacha y la brecha que tenía en la frente.

—Casi —dijo Ruth sin más mientras cogía una de las prendas de la cesta y la metía en el agua—. No me lo tomes a mal, Jezabel, pero no me apetece hablar.

—Como quieras —dijo la mujer—. ¿Puedo al menos darte un consejo?

—Siempre y cuando no me cueste dinero... —repuso Ruth sin dejar de frotar y sin mirarla siquiera.

—Tienes suerte de tener un marido como Zadok. No lo eches a perder y no le enfurezcas.

Ruth dejó de frotar y miró a Jezabel con absoluto desprecio. Estuvo a punto de decir algo, pero decidió no hacerlo. Recogió la prenda empapada, la volvió a colocar en la cesta, encima de la ropa sucia, se puso en pie y buscó otro lugar en el que seguir con su tarea, rodeada de mujeres a las que no entendía y a las que solo conocía de vista.

Cuando acabó la colada la muchacha volvió a casa y tendió la ropa al sol de la tarde, en la azotea. En Alejandría, por culpa de la humedad, las prendas tardaban más en secar.

Bajó de nuevo a la cocina, encendió el fuego y puso la comida a calentar. Se quedó ensimismada observando las llamas bailarinas y vio imágenes de su vida pasada. Se llevó la mano al cuello y acarició el guijarro que le pendía de un cordón de cuero. Ella misma se había hecho aquel tosco colgante para no olvidar jamás aquello que nunca había tenido. Le había dicho a Zadok que era un guijarro de Beth Zaanán y no le había mentado. Aunque no fuera toda la verdad.

Oyó que la puerta se abría. No se molestó en darse la vuelta.

—*Shalom* —dijo Zadok al entrar—. ¿Qué hay de cenar?

—Cordero —dijo Ruth sin volverse.

Zadok se sentó a la mesa y esperó a ser servido.

—A ver si cambias un poco —dijo el hombre—. Llevamos días comiendo cordero.

Ruth no contestó. Se limitó a servirle el plato de comida a su esposo y se sentó en el lado opuesto a remendar una sandalia.

—¿Tú no quieres nada? —preguntó Zadok.

—No tengo hambre —dijo Ruth sin apartar la vista de la sandalia.

El judío asintió y empezó a comer.

—Hay noticias de Jerusalén. —Ruth alzó la mirada—. Por lo visto las tropas de Ananías cercaron el Templo y los zelotes y los galileos se hicieron fuertes en él. Luego, zelotes y galileos empezaron a luchar entre ellos, luego volvieron a ponerse de acuerdo y pidieron ayuda a los bárbaros de Simón bar Giora, los idumeos. Estos entraron en la ciudad y todos juntos han derrotado a Ananías y le han ejecutado. ¿Y sabes lo que ha hecho Simón bar Giora?

—No, pero presiento que estás a punto de decírmelo.

Zadok observó a su esposa con rabia contenida ante una respuesta tan poco respetuosa. Respiró profundamente y decidió seguir adelante.

—Ha declarado la libertad de todos los esclavos, el reparto de tierras entre los desposeídos y la cancelación de todas las deudas. Están todos locos.

—Al menos luchan por lo que consideran justo.

—¿Justo? Si yo presto dinero, lo menos que puedo esperar es que me lo devuelvan.

—Hay gente que piensa en otras cosas más que en el dinero.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Zadok.

—Nada —dijo Ruth volviendo a su tarea—. Nada.

—Tu hermano, y otros como él, nos están poniendo a todos en peligro con sus aspiraciones mesiánicas. Y pensar que aún hay gente que está planeando viajar a Jerusalén para la Pascua, como si no pasara nada... Son todos unos inconscientes y unos necios.

—Debe de ser horrible vivir siempre atemorizado. Créeme, sé de lo que hablo.

—¿Qué?

—Nada.

Zadok dio un golpe en la mesa.

—Te saqué de la miseria —dijo el hombre con desprecio—, y te he sacado de una ciudad en guerra. Lo mínimo que deberías hacer sería mostrar un poco de respeto por tu marido y un poco de agradecimiento. ¡Maldita sea, ni siquiera has sido capaz de darme hijos! ¡Te tumbas ahí y te abres de piernas, es como fornicar con un tronco! —«Pues bien que babeas», pensó Ruth con asco—. ¡No sabes más que cocinar cordero! ¡La casa es un asqueroso desastre! ¡Y tú! ¡Tú! ¡Mírate! ¡Ni una sonrisa! ¡Me paso el día trabajando para traer dinero a casa y tú te pasas

el día aquí, rascándote la barriga y hablando con esas zorras del lavadero!

Ruth, con absoluta calma, dejó la sandalia en la mesa y miró a su esposo a los ojos.

—No sabes cuánto te compadezco, Zadok.

El hombre pareció tardar un instante en asimilar las palabras de la muchacha mientras su rostro se iba encendiendo de ira. Con la mano derecha golpeó el cuenco que tenía delante y este salió despedido hacia el hogar. El hombre se puso en pie, empujó la mesa a un lado, agarró a Ruth por los pelos y la zarandó antes de propinarle un puñetazo en la cara.

—¡Solo te pido respeto! —gritó Zadok.

Otro puñetazo. Ruth cayó desplomada al suelo y Zadok le dio una patada en el vientre. La muchacha se dobló de dolor y se tapó la cara cuando el hombre se abalanzó sobre ella y empezó a golpearla de nuevo con los puños.

—¡Respeto! —gritó de nuevo—. ¡Y un poco de cariño!

Otro golpe. Y otro más. Zadok, iracundo, jadeaba. Aferró la túnica ya ensangrentada de Ruth y tiró de ella hasta tenerla a un palmo de la cara.

—¡Respeto! —volvió a gritar el hombre.

Ruth, completamente aturdida por la salvaje paliza, escupió sangre. Había sabido muy bien a lo que se exponía, pero lo cierto era que había perdido el miedo, que ya le daba igual vivir que morir. De hecho, había querido provocarle precisamente porque ya no aguantaba más, porque estaba harta de recibirle todas las noches en sus entrañas y de tenerle encima babeando como un cerdo. Estaba harta de los golpes por un cordero poco hecho, o muy hecho, o por una túnica mal lavada. Estaba harta de todo, y si debía morir, que así fuese. La muchacha habló en un susurro.

—Si vuelves a pegarme —dijo Ruth escupiendo sangre de nuevo—, asegúrate de que me matas, porque de lo contrario no volverás a dormir tranquilo.

—¿Me estás amenazando? —dijo Zadok fuera de sí.

—Es lo que mejor funciona con los cobardes —consiguió articular Ruth.

Zadok se incorporó y, gritando como un demente, empezó a darle patadas a la muchacha, que yacía tendida en el suelo, inerte.

Ruth perdió el conocimiento. Ya no sentía nada.

56

No sé quién dijo que ser amado te da fuerza y que amar te da valor. Bonita frase, ¿verdad? ¿La habías oído alguna vez?

Sí, amigo mío, el valor es la base, la esencia de todas las virtudes, porque sin valor es imposible lograr nada. La vida misma parece diseñada para acobardarte. Y es que, si admiramos el valor en los demás, es porque nuestra propia naturaleza nos invita a ser cobardes.

No, no me refiero al coraje en batalla, ese probablemente sea el más sobrevalorado de todos, me refiero a tener el valor de seguir adelante cuando todo parece perdido, el valor de tomar un camino difícil, el valor de hacer lo correcto, lo justo. El mundo es lo que es porque somos unos cobardes y porque los justos callan. Aunque esto último... No sé, si callas es porque no estás entre los justos, sino entre los cobardes. Y la cobardía nunca fue justicia, del mismo modo que la inacción no se puede tildar de bondad. Bondad y valentía son virtudes activas. Hay quien dice que tal o cual persona es buena porque nunca ha hecho nada malo, cuando lo más probable es que, si no has hecho nada malo, lo más seguro es que tampoco hayas hecho nada bueno.

Y sí, como decía mi abuelo: las tumbas están llenas de valientes, a lo que yo añado que en realidad los cobardes no llegan a vivir nunca y que mueren un poco cada día a medida que se van traicionando y se ven domados por la vida y el entorno.

Discúlpame, otra vez me pongo a filosofar como un idiota. ¿Qué me habías preguntado? ¿El año de los cuatro emperadores? No, no fue ese. Fue el siguiente, aunque, si he de serte sincero, para nosotros no supuso cambio alguno, salvo por el hecho de que, como ya he comentado, el general Vespasiano ordenó pequeñas operaciones y actuó con suma cautela. No quería acabar la guerra, aún no. No mientras tuviera a su disposición el contingente de tropas más poderoso del Imperio.

Valerio, nuestro prefecto, no se tomó bien la noticia de la muerte de Nerón. Su familia llevaba sirviendo a la estirpe de Julio César desde tiempos de su

bisabuelo. Fulm temía por el Imperio y le unía a esa dinastía un lazo irrompible de respeto y lealtad. Y no era el único. En Roma, el pueblo, siempre voluble, empezaba a llorar al hombre que lo había malcriado y a resentir las políticas austeras de un viejo que se había encontrado unas arcas vacías. De hecho, aquellos que se negaban a aceptar que Nerón hubiera muerto cayeron presa de la leyenda de que, en realidad, el último Julio-Claudio había huido y se había ocultado y que, tarde o temprano, volvería a reclamar lo que era suyo. Hoy en día aún hay quien lo cree. ¿Te suena de algo?

Es curioso cómo los seres humanos nos dejamos llevar por esa especie de rumores y leyendas, cómo estamos predispuestos a creer lo que queremos creer. Ya te conté que en Cantabria existía una leyenda parecida, ya sabes, esa de que un día llegaría un gran guerrero que levantaría a todos los cántabros contra Roma y restablecería la paz y la justicia. Lo mismo ocurre, de hecho, entre los cristianos, esa secta extraña que desde hace tiempo se extiende como una plaga. Ellos también se negaron a aceptar la muerte de su líder, un tal Yoshua bar Yosef, y dicen que volverá para juzgar a buenos y malos.

Bien es cierto que el prefecto jamás fue dado a creer tales mitos. Pero si hay algo que aterra a los romanos desde siempre es el fantasma de la guerra civil, y para Valerio, mejor o peor, la familia Julio-Claudia llevaba más de un siglo manteniendo alejado ese espectro. El prefecto había dedicado su vida a algo que ahora estaba muerto, y eso le llenó de amargura. Como digo, Valerio temía por el Imperio. Y no le faltaba razón. Galba había sido proclamado emperador, pero ¿qué le diferenciaba del resto de los senadores? Nada. ¿Y qué era lo que mejor sabían hacer los senadores? Luchar entre ellos para alzarse con el poder.

Sea como fuera, en un acto solemne, todas las tropas juramos lealtad a Galba. Todas menos, que yo sepa, Valerio, que ni siquiera asistió a la ceremonia, aunque Vespasiano no se lo tuvo en cuenta ni le obligó a hacerlo.

Sé que días después el general envió a su hijo a Roma para que presentara sus respetos al nuevo emperador y para pedir instrucciones en lo relativo a la guerra de Judea. Pero Tito ni siquiera llegó a embarcar, porque, a principios de año, recibimos la noticia de que Galba había sido asesinado por Otón, uno de sus antiguos partidarios, y que este se había hecho con el poder. Galba tan solo había ostentado la púrpura durante siete meses.

Ya sabes cómo son estas cosas. Junto al fuego, por las noches, corren rumores de todo tipo, más aún en invierno, cuando los soldados están ociosos. Había, como es lógico, comunicados oficiales cuando llegaba alguna nueva de importancia, y estos servían para confirmar o desmentir esos rumores, aunque

todos sabemos cómo se manipulan y se destilan esos comunicados para crear una opinión entre la tropa.

De pronto el Imperio parecía estar resquebrajándose. Llegaban noticias de lugares y pueblos de los que jamás habíamos oído hablar: una revuelta en Britania, otra en África, una más en Germania, donde habían sido aniquiladas dos legiones completas. En Mauritania, el gobernador de la provincia había sido asesinado. En la montañosa Córcega había habido disturbios. También en Roma, a cuenta de la interrupción del suministro de trigo desde África. Tales legiones se negaban a jurar lealtad al nuevo emperador, tales otras lo aclamaban. Y nosotros, en Cesarea, volvimos a formar para jurar lealtad a un segundo emperador: Otón. Valerio, una vez más, se abstuvo de hacerlo y Vespasiano, de nuevo, no se lo tuvo en cuenta.

Sin embargo, esa primavera, antes incluso de que nos pusiéramos en marcha para continuar con la devastación de Judea, supimos que un nuevo emperador, un tal Aulo Vitelio, apoyado por las legiones del Rin, había derrotado a Otón en una sangrienta batalla. Otón, tras noventa y cinco días de reinado, se había suicidado y Vitelio se había hecho con el poder.

Si había rivalidad entre las cohortes de una misma legión y entre las legiones de un mismo ejército, puedes imaginar la que había entre diferentes ejércitos. Existían entonces, como existen hoy, tres grandes agrupaciones de tropas en las tres grandes fronteras: una en el Rin, otra en el Danubio y otra en Oriente. Vitelio, a la cabeza de las legiones del Rin, había derrotado a Otón, a quien apoyaban las fuerzas estacionadas en el Danubio. Era evidente que Vitelio se mostraría generoso con aquellos que le habían aupado al poder y resentido con quienes no. Solo Vespasiano, nuestro general, podía inclinar la balanza. Y así lo hizo.

Nuestro general fue proclamado César por el prefecto de Egipto, Tiberio Alejandro, y, una vez más, nosotros nos vimos obligados a jurar lealtad a un cuarto emperador en menos de un año. Con una diferencia: a aquel le conocíamos.

Vespasiano fue generoso. Era habitual recompensar la lealtad de las tropas con dinero. Lo que nunca he sabido es en qué se diferencia recompensar la lealtad con comprarla.

Jurar lealtad no es algo que cueste demasiado, particularmente cuando no comprendes qué es lo que está ocurriendo y te ponen en la mano un puñado de denarios para gastar en vino y putas. Como cabía esperar, las legiones del Danubio se declararon a favor de Vespasiano y marcharon hacia Roma desde la

frontera para disputarle el trono a Vitelio.

Nuestro general, el nuevo César, embarcó hacia Italia para hacerse cargo de la situación dejando el mando de la guerra en Judea a su hijo Tito.

Aquel verano recorrimos Judea una vez más, tomamos la antigua ciudad de Jericó y llegamos a ver las murallas de Jerusalén a lo lejos. Pero la situación en Roma seguía dictando que las tropas de Oriente actuáramos de manera cautelosa hasta que las procelosas aguas de la política no se calmaran. Habían pasado tres años desde que asaltáramos las murallas con Galo, aunque todos sabíamos que el momento de la batalla final por Jerusalén llegaría tarde o temprano.

En invierno de aquel año, Vitelio fue decapitado y su cuerpo lanzado al Tíber. Y las legiones de todo el Imperio aceptaron como emperador a Vespasiano, el hombre de origen humilde famoso por haberse quedado dormido durante un recital de Nerón.

CESAREA
OTOÑO 69 D. C.

Tito miró a Valerio esperando una respuesta. Estaban solos en el despacho del joven comandante en jefe de las legiones de Oriente. Las llamas de un pebetero iluminaban el busto en mármol del padre del muchacho, el nuevo emperador.

—¿Y bien? —preguntó Tito de nuevo.

Valerio, en posición de firmes, guardó silencio.

—Puedo entender —dijo Tito— que te negases a jurarles lealtad a Galba, y a Otón, y a Vitelio. Puedo entender incluso que te niegues a jurarle lealtad a mi padre. El problema es que no puedo permitirlo. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente, señor.

—¿Entonces?

—¿Puedo preguntar quién...? —dijo Valerio.

—Numerio, el primipilo de la XII. Creo que os conocéis. Verás, Valerio, ¿o puedo llamarte Fulm?

—Valerio, por favor.

—Muy bien. Valerio entonces. —Tito hizo una pausa—. Tienes que aceptar que la estirpe del Divino Augusto ya no existe y que, aunque existiera, necesito saber que todos mis oficiales están conmigo y con mi padre. Los dos sabemos que en cualquier edificio una pequeña fisura, una pequeña grieta, corre el peligro de hacerse cada vez más grande. Y no puedo permitirlo. Tus cántabros me dan igual, pero hay muchos hombres de la XII que te admiran. En un principio no me había preocupado demasiado, pero Numerio me ha advertido de ello y tiene razón.

—Soy leal a Roma y les soy leal a las legiones, y a ti como comandante en jefe. Con eso debería bastar, señor.

—Pero no basta, prefecto. No basta. De hecho, sin juramento, me vería obligado a relevarte de tu mando y a licenciarte. Probablemente con deshonor.

—¿Por qué? —preguntó Valerio indignado.

—Creo que lo he dejado bastante claro.

—Las palabras importan, señor. La mía al menos.

—En ese caso, acabas de confirmar que necesito que prestes juramento. Me hacen falta hombres como tú, Valerio. En primavera marcharemos a Jerusalén, y tomarla no va a ser fácil. Pero me temo que todo se reduce a lo de siempre, ya sabes: o estás conmigo o estás contra mí.

—Señor, no puedo traicionar lo que siempre he sido.

—Todos nos traicionamos un poco de vez cuando, prefecto. Tienes hasta mañana por la mañana para pensarlo. Puedes retirarte.

Valerio salió del palacio de Cesarea resoplando como un toro. Iba a matar a Numerio. Había tenido suficiente.

Recorrió las calles de la ciudad sin mirar a los lados. La gente se apartaba a su paso y le observaba atemorizada. Su rostro lo decía todo. Llegó a la casa que tenía asignada desde hacía cuatro inviernos y entró como un huracán, dispuesto a acabar con todo aquel asunto. En el atrio desayunaba Teómaco. El griego ya estaba borracho.

—¡Solo los imbéciles se levantan pronto! —gritó el médico de buen humor desde la mesa.

Valerio, con el ceño fruncido, pasó junto a él sin siquiera mirarle a la cara, directo a su cuarto, donde tenía su panoplia y, lo más importante de todo, su espada. Buscaría a Numerio por las calles, las tabernas y los burdeles y le mataría. Teómaco siguió a su amigo con la mirada y, alarmado, se puso en pie. El prefecto entró en su habitación y salió colgándose el tahalí del que pendía su espada.

—¿Adónde te crees que vas? —dijo Teómaco interponiéndose en su camino.

—Voy a matar a Numerio. Aparta.

—¿Qué ha hecho ahora ese hijo de mil padres?

—Qué no ha hecho.

Valerio dio un paso a un lado para seguir adelante, y Teómaco se lo impidió imitándole.

—Aparta.

—¿Se trata de Eirene?

Valerio miró a Teómaco. No había reparado en la mujer.

—¿Eirene? —preguntó el prefecto.

—No se me ocurre otra razón por la que quieras matarle.

—No. No se trata de ella. Aparta.

Al nombrar a Eirene el gesto iracundo del prefecto se desdibujó ligeramente. Pero Valerio no tardó en volver a arrugar la frente y dio otro paso lateral, solo para verse imitado de nuevo por la oronda figura del griego.

—¿Entonces?

—Tito me amenaza con licenciarme con deshonor si no le juro lealtad a su padre.

—¿Y qué tiene que ver Numerio con eso?

—Él es quien le ha convencido de que no puede permitir algo así. Aparta.

—Por las pelotas de Sócrates. Parecéis dos niños.

—No va a parar hasta verme hundido en la más absoluta de las miserias. Prefiero acabar con esto ahora.

—Muy inteligente.

—Aparta.

—No pienso apartarme. No sé si es la edad o si siempre has sido tan imbécil. Me estás diciendo que como te niegas a aceptar la nueva realidad política de Roma y dado que no quieres que te licencien, vas a matar a un primipilo, para que te ejecuten. ¿Es eso?

—Precisamente. Eso es. Aparta.

—Te aseguro, querido amigo, que si mi propio bienestar no dependiese de ti, me apartaría sin dudarle y dejaría que cometieras las locuras que te viniesen en gana. Pero no es así. Si quiero seguir comiendo y bebiendo a tu costa, tengo que impedirte que salgas por esa puerta. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Que sea rápida.

—¿Crees que si no matas a Numerio hoy seguirá vivo mañana?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque también le podrías matar mañana, ¿no?

—La sangre la tengo caliente ahora.

—Precisamente. Hagamos una cosa. Charlemos un momento y luego, si sigues con la idea de acabar con él, te acompañaré. Así, mientras le ensartas, yo podré insultarle. ¿Te parece? —Teómaco logró arrancarle a Valerio una media sonrisa.

Luego el griego rodeó los hombros de su amigo con el brazo derecho y juntos se dirigieron a la mesa. Teómaco sirvió un poco de vino en dos cuencos y le entregó uno a Valerio. Ambos dieron un trago.

—¿De qué serviría? —preguntó el griego.

—Estoy harto de él. Y no sé qué puede ser lo siguiente.

—La verdad es que debe de estar disfrutándolo como un cerdo en un lodazal. Pero, repito, ¿serviría de algo? Matas a Numerio, si es que puedes...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que, sinceramente, si fuerais gladiadores apostaríais por él.

—Sí, en eso tienes razón.

—En eso y en todo —dijo Teómaco—. Así que tu plan, en el mejor de los casos, se desarrollaría como sigue: matas a Numerio, te ejecutan y... Bueno, y eso es todo. Estarás conmigo en que no parece muy elaborado.

—Cierto.

—A mí me dejarías huérfano, a los muchachos también, y es probable que Eirene te llorase. Aunque de esto último no estoy muy seguro. Y todo porque tu bisabuelo luchó junto a Julio César. Es una idiotez.

—Sí. Es una idiotez —aceptó Valerio después de darle otro trago al vino.

—Gracias.

—¿Y qué hago?

—Jurar lealtad a Vespasiano y a quien se te ponga por delante. Y luego, joder a Numerio del modo que menos pueda esperarse.

—No se me ocurre cómo.

Teómaco asintió y sonrió.

—Alguna vez hemos hablado de esos dementes... Los cristianos, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pues dicen una cosa muy curiosa, que no deja de ser una memez, pero que tiene su punto retorcido. Su líder, por lo visto, los instó a amar a sus enemigos.

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

—No tengo ni idea, pero quizá merezca la pena intentarlo.

—Es lo más absurdo que has dicho en tu vida. Y mira que dices idioteces al cabo del día —repuso Valerio más calmado y con una sonrisa.

—Mira, Fulm, es la hipocresía lo que engrasa la sociedad. Sin hipocresía nos estaríamos matando entre nosotros.

—¿No era el comercio?

—Es la misma mierda. Tronco y rama. ¿Imaginas lo que pasaría si todo el mundo dijera todo el tiempo lo que opina?

—¿Como tú? —preguntó Valerio.

—Exacto.

—No habría civilización.

—Eso es. Y sin civilización no habría vino. —Teómaco le dio un trago al caldo—. Uno de los problemas de la sinceridad es que mucha gente es sincera sin

tener ni idea de lo que está diciendo. Y eso siempre es peligroso.

Valerio inclinó un poco su cuenco y dejó caer al suelo un pequeño chorro de vino.

—Por la hipocresía —dijo el romano.

—Por la hipocresía —repitió el griego—. ¿Sabes? He estado pensando... y creo que ya sé lo que quiero que ponga en mi lápida.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Teómaco con firmeza—. Quiero que ponga «Os lo dije».

Valerio no pudo evitar soltar una carcajada.

ALEJANDRÍA
OTOÑO 69 D. C.

Había tardado casi un mes en recuperarse de la última paliza y aún cojeaba un poco. Pero estaba resuelta a hacerlo. Y tenía que ser esa noche. Al día siguiente, antes del amanecer, una caravana de judíos alejandrinos partía hacia Jerusalén para celebrar la *Sukkot*, la fiesta de la cosecha en la que también se conmemoraba el Éxodo y durante la cual los israelitas tenían la obligación de vivir en tiendas de campaña para recordar cómo habían vivido sus antepasados al huir de Egipto.

Lo tenía todo preparado: un pequeño petate con ropa, sandalias y algo de comida, y un puñal bien afilado debajo del jergón sobre el que Zadok y ella dormían.

Ruth sabía perfectamente a lo que se enfrentaba: muerte por lapidación. Un fin doloroso y terrible. Pero lo prefería a quedarse allí, muriendo poco a poco, día a día, a base de golpes y desprecio; llevando una vida de dolor, trabajos y angustia; recibiendo en su interior, todas las noches, una semilla que no quería, mientras se preguntaba si Arán seguía en Jerusalén.

¿Por qué odiaba Dios a las mujeres? ¿Por qué tenían que pagar todas el pecado de Eva? «No es bueno que el hombre esté solo, le daré una ayuda apropiada». ¿Por qué? «Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Con dolor parirás a tus hijos. Tu deseo solo será para tu marido, y él te dominará». Así había hablado Dios. ¿Por qué?

Según la Ley, la mujer era impura tras el parto, pero más impura aún si daba a luz a una hija en vez de a un hijo. Una promesa hecha por una mujer podía ser anulada por su padre o su marido. La mujer era impura durante la menstruación y volvía impuro a quien la tocara. Una mujer que resultara no ser virgen en su noche de bodas debía ser lapidada. «¿Quién puede esperar ser puro si nace de algo impuro?», decía Job. La desobediencia era castigada por Dios con la

violación... ¿Por qué?

La mujer representaba todo lo malo, la impureza, la lascivia, la tentación. Era objeto y vasija, medio y no fin. En los textos a los hombres cobardes Dios los llamaba «mujeres», a las ciudades impías las llamaba «putas», los pecados del pueblo de Israel le eran tan aborrecibles como la menstruación. Y todo estaba escrito. Todo estaba escrito. Dios odiaba a la mujer y le hacía pagar por ello. Pero ¿por qué?

Ruth sabía que no debía hacerse esas preguntas. Que debía aceptar, soportar y callar. Pero no podía evitarlo. Y no podía dejar de preguntarse por qué. ¿Era esa la maldición del árbol prohibido del Edén? ¿Por eso estaba prohibido el fruto del bien y del mal? ¿Porque Dios no quería que el ser humano hiciera preguntas y tuviera criterio propio?

Habían sido necesarias todas las palizas de Zadok para plantearse esas cosas. Siempre la habían prevenido contra las preguntas porque estas le eran aborrecibles a Dios y porque, al igual que las malas hierbas, en cuanto una de ellas germinaba, no dejaban de brotar. Pero lo había decidido y no le temblaría la mano. O eso creía.

Si algo había aprendido en su corta vida era que aquel mundo no era para los justos, porque los justos y los humildes morían a manos del malvado y el poderoso.

Ruth había decidido que tenía que actuar como la esposa sumisa y arrepentida que debía ser hasta que llegara el momento, pero no por ello dejó Zadok de golpearla por cualquier motivo y de descargar sobre ella sus frustraciones. Y así pasaron los días, y los meses, alimentando y cuidando a la única persona a la que había odiado de verdad en toda su vida, soportando sus embestidas en el lecho y deseando que el tiempo pasara pronto.

No le mataría cuando estuviera dormido. Tampoco el veneno era una opción. Quería que la última imagen que vieran los ojos de ese hombre fuera la del rostro sereno no ya de su asesina, sino de su ejecutora. Porque Zadok era culpable y Ruth había dictado sentencia. Y porque había descubierto que ella no solo no era una cobarde, sino que no quería serlo.

—*Shalom* —dijo Zadok al entrar por la puerta.

—*Shalom* —respondió Ruth con una estudiada sonrisa que parecía sincera—. ¿Qué tal te ha ido hoy? —preguntó la muchacha mientras le servía comida en un cuenco.

—Mal —dijo Zadok al tiempo que se sentaba—. Esos griegos malnacidos... ¿Qué has hecho hoy?

—Cordero.

—¿Otra vez cordero? —dijo Zadok hastiado.

—Sí, pero hoy es especial. ¿Recuerdas cómo te gustó el que probaste un día en casa de Jezabel? —Zadok asintió—. Le he pedido la receta.

El hombre hundió la cuchara en el cuenco y probó el plato.

—Se parece lo suficiente —dijo Zadok sin entusiasmo. Pero Ruth pudo ver que lo disfrutaba.

—¿Quieres pan? —dijo la muchacha solícita.

Zadok gruñó, afirmativo, y después de un par de cucharadas y de mojar pan en la salsa, habló:

—Quiero decirte una cosa, Ruth. Sé que en ocasiones soy severo contigo, pero veo que no ha sido en vano. Toda mujer tiene que aprender cuál es su lugar.

—Lo comprendo, esposo.

—Sabes que te aprecio. Desde que éramos niños, cuando jugábamos en Beth Zaanan. Y que todo lo que haya hecho ha sido por tu bien.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

Era cierto, se lo agradecía. Si Zadok no hubiera resultado ser un hombre violento, amargado y brutal, si hubiera sido un hombre relativamente comedido, puede que Ruth se hubiera conformado con la triste existencia que se le proporcionaba, y puede también que jamás hubiera llegado a ser consciente de la fuerza que latía en su interior.

—Me alegra que así sea —zanjó el hombre. Cuando Zadok acabó de comer eructó satisfecho y se puso en pie—. Vamos a la cama.

Ruth asintió, sabía que eso sería lo siguiente, como todas las noches. La muchacha cogió una lámpara de aceite, se dirigió a la habitación, posó la lámpara sobre un taburete y se quitó la túnica para quedarse desnuda. Zadok, como siempre, la observó con ojos lascivos y le manoseó los pechos.

—Túmbate —dijo el hombre mientras se desvestía.

Ruth, dócil, obedeció, se tumbó, cerró los ojos y separó las piernas para recibirle. Casi al instante sintió que el lecho se hundía debajo de ella y cómo el torso peludo y sudoroso de su marido le oprimía el pecho mientras este alargaba el brazo hacia abajo para ayudarse a penetrarla. Sintió la barba grasienta del hombre en la mejilla, su aliento a cordero sin digerir en las fosas nasales y el desagradable pinchazo en las entrañas. Luego comenzó el bamboleo. La muchacha abrió los ojos. Zadok los tenía cerrados y jadeaba y babeaba como un cerdo. Ruth alargó la mano y palpó el jergón hasta dar con el cuchillo afilado que había escondido allí esa misma mañana. Al aferrar la empuñadura se percató de

que estaba tranquila, mucho más de lo que hubiera podido imaginar. El hombre abrió los ojos y sonrió como solía cuando estaba a punto de derramarse. Al menos Dios no había sido tan cruel como para obligarla a parir a sus hijos.

Era el momento, y era tal y como lo había soñado despierta. De hecho, incomprensiblemente, y por primera vez en su vida, Ruth se sentía sexualmente excitada por lo que estaba a punto de hacer.

Zadok empezó a gruñir de placer, la muchacha percibió una riada en las entrañas y entonces sacó el cuchillo. La hoja plateada emitió un destello anaranjado antes de hundirse en la espalda del hombre. Ruth chilló para dar fuerza a la estocada y el gruñido de placer de Zadok se tornó en alarido de dolor cuando el hierro le perforó el pulmón. Antes de que supiera lo que le estaba ocurriendo, el hombre recibió otra puñalada, y otra, y otra, todas ellas asestadas por una mujer serena. La sangre manaba rabiosa de las heridas y empapaba el cuerpo desnudo de la mujer, que era incapaz de detener las certeras estocadas mientras él, en un acto reflejo, se llevaba las manos a la espalda para intentar defenderse. En los ojos del hombre Ruth pudo adivinar el horror y el miedo. Zadok emitió un húmedo gorgoteo y escupió sangre empapando el rostro de la muchacha. Entonces el cuerpo peludo del hombre se desplomó sobre ella, casi asfixiando a Ruth, y esta asestó una última puñalada.

Acto seguido la mujer tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para empujar el cuerpo y quitárselo de encima. Zadok, ya inerte, cayó al suelo boca arriba emitiendo un golpe sordo y húmedo. Aún lucía un gesto de dolor y terror. Ruth, empapada en sangre ajena de cintura a cabeza, se puso en pie y observó su obra mientras la sangre de su marido le fluía en pequeños ríos piernas abajo hasta llegar al suelo.

Y se sintió poderosa. Capaz de todo.

59

JERUSALÉN
OTOÑO 69 D. C.

Era de noche y todo parecía estar tranquilo en el Templo.

Arán, en turno de guardia, observaba atento desde las almenas de la muralla que abrazaba y protegía el Atrio de los Israelitas. Cada tres pasos había un hombre. Eleazar ben Simón, el líder de los zelotes, no quería correr riesgos.

Desde su pequeño trecho de muralla el cántabro podía ver parte de la inmensísima explanada adoquinada que se conocía como Atrio de los Gentiles. Desde allí, los galileos de Yohanan ben Levi, a resguardo tras sus barricadas y al calor de las hogueras, los observaban a ellos y, más allá, en la ciudad, rodeando los colosales muros del Templo, estaban las barricadas de los idumeos de Simón bar Giora vigilando a los galileos. Arán, sencillamente, no entendía muy bien lo que estaba pasando, pero al menos tenía la sensación de estar haciendo lo correcto.

Los acontecimientos se habían desarrollado de manera un tanto confusa desde la noche en que Emmanuel y los suyos se habían abierto paso entre las tropas y las barricadas para llegar al Templo. Una vez allí, los zelotes de Eleazar ben Simón y los galileos de Yohanan ben Levi se habían visto sitiados por los soldados de Ananías. Estos últimos habían intentado asaltar el Templo en innumerables ocasiones, aunque sin éxito. La inmensa estructura, protegida por grandes muros de piedra, constituía una colosal e inexpugnable posición defensiva.

Asediados en el Templo, Eleazar y Yohanan se habían visto obligados a pedir ayuda a Simón bar Giora, el caudillo de los idumeos. Y Simón había atendido a la llamada marchando a la cabeza de sus hombres para liberar Jerusalén del yugo de la facción cuyo objetivo era entregar la ciudad a los romanos. Juntos, idumeos, zelotes y galileos, habían logrado derrotar a Ananías y a sus seguidores y se había ejecutado a la mayor parte de su gobierno. No obstante, el júbilo por la victoria había durado poco.

Simón bar Giora, líder ahora del mayor contingente de la ciudad y aclamado por muchos como el Mesías, intentó entonces hacerse con el control de Jerusalén, algo que ni Eleazar el zelote ni Yohanan el galileo estaban dispuestos a permitir. Así que, una vez más, las calles de Jerusalén se vieron sacudidas por la violencia y atestadas de barricadas. Pero zelotes y galileos no tardaron en verse superados en las luchas callejeras por los hombres de Simón, y acabaron, una vez más, refugiándose en el Templo.

Asediados de nuevo tras los grandiosos muros que albergaban la casa de Dios, galileos y zelotes resistieron los asaltos de los idumeos de Simón durante días. Y luego, por alguna razón que Arán no llegaba a comprender, zelotes y galileos se habían enfrentado en la explanada del Templo. Los zelotes, superados en número, se vieron obligados a encerrarse tras las murallas del atrio central. Así que, en ese momento, los idumeos de Simón asediaban a los galileos mientras los galileos sitiaban a los zelotes.

Aquel verano, a lo lejos y desde la muralla, pudo avistarse parte del ejército romano, aunque estos, por alguna razón, habían pasado de largo en dirección a Cesarea y a sus cuarteles de invierno. Hubiera sido asombroso que los romanos hubieran sitiado Jerusalén, pues habría resultado en cuatro asedios en uno. Se decía que Dios había infundido el temor en los *kittim*, como hiciera con los asirios, y que Jerusalén era invencible. De hecho, todos los días llegaban a la ciudad refugiados de las zonas arrasadas y peregrinos dispuestos a seguir celebrando sus fiestas religiosas.

¿Una locura? Quizá sí, pero Yair y Emmanuel lo tenían claro: Simón bar Giora no era el Mesías. No podía serlo porque, entre otras cosas, no era descendiente de la casa de David. Mientras que Yohanan el galileo no era más que un oportunista dispuesto a cualquier cosa por hacerse con el poder. Solo ellos, los zelotes, unos dos mil cuatrocientos hombres en total, hacinados en el atrio central con sus mujeres e hijos, mantenían viva la llama de la Ley de Dios. Ellos eran los justos.

Y lo cierto era que Arán se sentía en casa. Desde su conversión nadie había puesto en duda ni su procedencia ni sus motivos. Una vez abrazada la fe de Israel, Arán era uno más. No había escalones, ni pruebas, ni preguntas, ni años de servicio para obtener la ciudadanía.

Quizá lo más difícil de todo fuese acostumbrarse a las oraciones mañana, tarde y noche. Al bamboleo hacia delante, hacia un lado, hacia el otro o hacia atrás, dependiendo de lo que se estuviera recitando, aunque solía imitar a Yair, de quien apenas se separaba. Según Emmanuel, era importante llevar a cabo todos y

cada uno de los ritos y los rezos tal y como estaba prescrito por la Ley y la costumbre. Arán tenía ya su propio *talit*, una especie de bufanda con la que debía cubrirse la cabeza cuando oraba. Había aprendido a leer todos los caracteres hebreos y, aunque no sabía lo que significaban muchas palabras, era capaz de recitar. Además, mal que bien, ya chapurreaba la lengua de Yair y Emmanuel y lo comprendía casi todo.

Si había un precepto que al cántabro le resultaba extremadamente evocador era que los judíos tenían prohibido postrarse ante nadie salvo Dios. Y si de algo hablaban siempre sus compañeros era de la inminencia del fin de los tiempos. Varios de sus textos, redactados por inspiración divina y por hombres denominados profetas, hablaban de la hecatombe que se avecinaba. Según Yair, uno de ellos, Daniel, describía exactamente lo que estaba ocurriendo:

«Luego el macho cabrío se hizo extraordinariamente poderoso; pero cuando estaba en la cúspide de su poder, su gran cuerno se partió y, en su lugar, despuntaron otros cuatro bien visibles, hacia los cuatro vientos del cielo. De uno de ellos, el más pequeño, salió además otro cuerno que creció enormemente en dirección del mediodía, del Oriente y de la tierra santa. Se elevó hasta las milicias del cielo e hizo caer a tierra muchas estrellas y las pisoteó con los pies, suprimió el sacrificio y derribó el santuario. ¿Hasta cuándo durará lo que anuncia la visión: el sacrificio cotidiano, la perversidad desoladora, el santuario y las milicias pisoteadas? Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; después será restablecido el santuario. Había observado también que ese cuerno hacía la guerra contra los santos y los vencía, hasta que vino el anciano y se hizo justicia a los santos del altísimo, llegando finalmente el tiempo en que los santos tomaron posesión del reino».

Los cuatro cuernos, a juicio de Yair y Emmanuel, eran los cuatro emperadores romanos sobre los que se había alzado el más pequeño. La lucha final entre las fuerzas del bien y del mal, entre los soldados de la luz y los de la oscuridad, estaba próxima. Serían días de sufrimiento y dolor, y solo aquel que se mantuviera firme sería digno de sentarse a la derecha del padre porque, en el último momento, Dios se presentaría y haría valer su poder. Entonces, los pocos justos que quedaran heredarían la tierra.

Los zelotes, sencillamente, no podían esperar a que llegara el fin del mundo y estaban dispuestos a hacer todo lo que estuviese en su mano para acelerar su venida. Arán también quería justicia y paz, y sabía que debía luchar por ella, y sabía quién era el enemigo... Aunque de ahí a desear el fin de los tiempos había algún paso que otro.

El cántabro miró hacia Oriente. La oscuridad empezaba a batirse en retirada ante el vigor del sol. El horizonte, quebrado por una cordillera negra y aserrada, se teñía de rosa y azul grisáceo. Luego miró a su espalda, al glorioso, imponente y mágico Templo de mármol, piedra y oro que era la morada del Dios celoso de los judíos. A esa hora de la mañana, cuando el sol le arrancaba al edificio

destellos dorados antes incluso de asomarse por las montañas, era cuando más bello estaba. Era difícil, imposible incluso, estar allí y no verse envuelto por el halo de grandeza que desprendía. Era imposible estar allí y no creer todo lo que decían los textos sagrados.

El joven se cubrió la cabeza y recitó su oración: «Te doy gracias, Señor, rey vivo y eterno...».

—*Shalom* —dijo Emmanuel a su espalda cuando vio que el cántabro había concluido su oración.

—*Shalom* —respondió Arán.

—¿Qué tal se ha dado la noche, hermano?

—Bien. Los galileos no se han movido. Empiezan a despertar, se oyen sus rezos.

—Ve a descansar un par de horas y come algo —dijo Emmanuel—. Te relevaré yo.

—De acuerdo.

—Estos días van a ser ajetreados —dijo Emmanuel.

—¿Por la *Sukkot*?

—Sí, empiezan a llegar peregrinos de todas partes y no podemos negarles la entrada al Templo. La Ley lo exige.

—Lo sé.

—La gente tiene que hacer sus sacrificios. Pero habrá que registrarlos bien, Eleazar no se fía de los galileos. Podrían intentar colar a alguno de los suyos.

—De acuerdo.

Emmanuel y Arán se dieron una palmada en la espalda.

—Por cierto —dijo Emmanuel—, quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—El otro día, en las barricadas...

—No es necesario —dijo Arán—. Nos debemos los unos a los otros.

—Cierto, pero ya sabes, es la gratitud la que nos hace humanos. Mi padre decía que Dios habita en tres lugares: en el cielo, en el Templo y el corazón de los hombres agradecidos.

El cántabro sonrió.

—Mi prefecto decía que cuando no luchamos juntos morimos separados. Buena guardia, hermano.

Arán descendió las escaleras que llevaban al Atrio de los Israelitas. Los zelotes, dispersos por todas partes, empezaban a desperezarse y los sacerdotes, con sus ricas galas blancas, saludaban al sol naciente y se afanaban en encender

una gran hoguera que recibiera los sacrificios del día y de todos aquellos peregrinos que ya se agolpaban a las puertas del Templo. Era asombroso cómo, a pesar de todo, miles de judíos venidos de todos los rincones del mundo llegaban a Jerusalén en las fechas señaladas para ofrecer sus holocaustos a Dios. Pero más asombroso aún era ver cómo los idumeos, galileos y zelotes, después de meses luchando entre ellos, hacían lo posible para que los peregrinos pudieran observar sus ritos y festividades. A las facciones en pugna les separaran muchas cosas, pero había una, inmensa, que las unía, y Arán confiaba en que, cuando Roma asomase sus orejas en el horizonte, tanto unos como otros fueran capaces de apartar tales diferencias.

—*Shalom* —saludó el cántabro a uno de los hombres con que se cruzó. No sabía su nombre, pero habían luchado juntos por las calles de Jerusalén aquel verano.

—*Shalom* —respondió el sujeto con una sonrisa al pasar junto a él.

Arán no conocía, más que de vista, a los cerca de dos mil quinientos hombres que defendían el recinto interior del Templo. Pero todos le conocían a él, en parte porque era el único extranjero y en parte porque habían luchado a su lado en las barricadas y todos le respetaban como guerrero. Guerrero y no soldado. Había una sutil diferencia entre ambos conceptos: el segundo implicaba formar parte de una estructura rígida y seguir órdenes, el primero desprendía un halo de independencia y libertad, de una lucha propia, personal, no anclada a los caprichos de nadie. Sus antepasados, los hombres que habían luchado contra Roma hasta acabar en la cruz, habían sido guerreros y no soldados.

—*Shalom* —dijo Arán al llegar a la hoguera en torno a la cual descansaban y desayunaban Yair, Gurión y Yoshua.

—Aarón —dijo Yair—. ¿Tienes hambre?

—Podría comerme un cerdo entero —bromeó Arán. Luego se dirigió a Gurión—. ¿Qué tal esa herida?

—Sanando. Poco a poco —dijo el aludido.

El cántabro asintió y Yair le entregó un cuenco con gachas.

—Recién hechas —dijo el joven.

Arán se quemó un poco los dedos al coger la comida y sopló al metérsela en la boca. Estaban muy calientes. Si algo hacía del Templo un lugar idóneo para resistir era que no solo había grandes cantidades de comida acumuladas en sus almacenes, fruto de las ofrendas de miles de judíos para el mantenimiento del culto, los sacerdotes y la guardia, sino también un acceso subterráneo a las cloacas que llevaban a unas fuentes de agua dulce que manaban de la roca. El

subsuelo de Jerusalén era un laberinto de túneles y desagües que, en alguna ocasión, los hombres de Eleazar habían usado para aparecer por sorpresa detrás de las barricadas de los idumeos para sembrar el desconcierto y la muerte.

Con la tripa llena y caliente gracias a las gachas, Arán se desabrochó la armadura, sin quitársela, se retiró el casco y se tumbó en el suelo. Apoyó la cabeza en su gran escudo rojo, se cubrió la cara con el brazo y cerró los ojos. Los cánticos de los sacerdotes saludando al nuevo día y dando gracias a Dios, así como la charla de sus compañeros, se mezclaron con sus sueños hasta convertirse en lluvia. Volvió a ser niño, volvió a caminar por el viejo castro, sobre el barro, bajo la tormenta, buscando tesoros con Noreno, volvió a ver a su madre y a su padre. Estaban orgullosos de él. Y vio a Ruth corriendo y riendo por la hierba verde, fresca y húmeda, entre los árboles, junto al viejo tejo.

Abrió los ojos de pronto.

—¿Ruth? —dijo.

Miró a su alrededor y se incorporó desorientado. Yair, Yoshua y Gurión le observaban intrigados.

—¿Qué? —dijo Arán.

—Nada —dijo Yoshua negando con la cabeza y apartando la mirada.

—Estabas diciendo el nombre de la hermana de Emmanuel en alto —dijo Yair en un tono de curiosa sospecha.

—¿Y? —preguntó Arán desafiante.

—Nada. Solo eso.

—Van a abrir las puertas —dijo Gurión mirando a un lado y a otro—. Tenemos que ir yendo. Espero que los galileos no intenten nada.

—No lo harán —dijo Yair—. Si temen a Dios, no lo harán.

—Pues Eleazar no lo tiene tan claro —dijo Yoshua.

Los cuatro se pusieron en pie y cogieron sus armas. Arán se abrochó la armadura, se caló el casco y, en vez del gran escudo rojo de legionario sobre el que descansaba la cabeza para dormir, se decantó por otro: uno pequeño y redondo arrebatado días atrás a un idumeo.

—Sigo sin acostumbrarme a verte vestido así, como un legionario —dijo Yair.

Arán se encogió de hombros y los cuatro se encaminaron hacia la puerta de Corinto, que separaba el Atrio de los Israelitas del Atrio de las Mujeres, estas no podían ir más allá. Allí se concentraban las esposas y los hijos de los zelotes que empezaban a apartarse y a recoger sus enseres a instancia de los hombres para dejar el paso libre a los peregrinos.

Las almenas y las torres estaban repletas de zelotes armados y alerta ante

cualquier movimiento sospechoso de los galileos de Yohanan ben Levi. Los encargados de registrar a los peregrinos sumaban el centenar. Al otro lado de los muros se oían el murmullo incesante de miles de personas que aguardaban pacientes, el balar de ovejas, cabras y cabritillos destinados a la pira sacrificial, el rozar de los burros...

—¡Abrid las puertas! —gritó una voz autoritaria desde las almenas.

Y las enormes y robustas puertas de cedro del Templo se abrieron lentamente hacia el interior para dejar paso a una inmensa columna de hombres, mujeres y niños que traían consigo, jubilosos, todo tipo de ofrendas: animales, trigo, dinero.

Arán y sus compañeros se pusieron manos a la obra; había que revisar las cestas y cachear a los peregrinos. Había miles de ellos, así que el día sería largo.

Ruth había sentido una profunda alegría al ver las murallas de Jerusalén a lo lejos, rodeadas de una tierra marrón moteada de olivos.

A la caravana de Alejandría se había unido una de Rafia, otra de Gaza y aún otra de Petra. El viaje había durado más de cuarenta días. Tenía los pies destrozados, pero había merecido la pena. Un judío alejandrino que conocía a Zadok le había preguntado por su marido, y Ruth simplemente había contestado que tenía negocios que atender y que la había enviado a ella para hacer sacrificios en su nombre y así propiciarlos.

—Un buen hombre Zadok —había dicho el alejandrino—. Trabajador, piadoso y agradable al trato.

—Sin duda —había respondido Ruth.

El alejandrino atendía al nombre de Isaac, tenía esposa y dos hijas, hablaban arameo y solían viajar a Jerusalén al menos una vez al año. Encontrarle había sido una suerte, porque durante todo el trayecto había tratado a Ruth como a una más de su familia.

A lo largo del viaje se habló mucho sobre la situación que se vivía en Jerusalén, sobre cómo idumeos, galileos y zelotes estaban luchando entre ellos, pero también se decía que las facciones en liza hacían lo posible por facilitar a los peregrinos el acceso al Templo.

Y así fue. Tuvieron que esperar durante horas para ser registrados por los idumeos de Simón bar Giora al entrar en la ciudad. Luego, una vez más, por los galileos de Yohanan ben Levi para acceder a la explanada del Templo y al Atrio de los Gentiles. Y ahora que los zelotes de Eleazar ben Simón habían abierto las

puertas del atrio central, su peregrinaje iba tocando a su fin. La gran columna entraba lentamente en el Templo, pero entraba.

Si Emmanuel estaba en algún lugar de Jerusalén, era con los zelotes de Eleazar. Eso siempre y cuando no hubiera muerto. Le diría que su marido había fallecido de repente —lo cual no era del todo mentira— y que al no saber qué hacer había ido al encuentro de su hermano. Lo que no sabía era qué haría si Emmanuel o Arán no estaban allí. Pero ya pensaría algo.

—Cuando volvamos a Alejandría —dijo Isaac dando una zancada al frente en la cola—, tenéis que venir a casa tu marido y tú. Será un placer teneros.

—Por supuesto —dijo Ruth—. Aunque es probable que me quede aquí unos días, quiero ver a mi hermano.

—Sí, recuerdo que nos lo dijiste. Pero me tienes que prometer que cuando vuelvas a Alejandría vendrás por casa.

—Te lo prometo —dijo Ruth con una sonrisa.

Por fin, a mediodía, después de permanecer toda la mañana bajo un cálido sol de otoño, Ruth y sus acompañantes cruzaron el umbral de las enormes puertas. La mujer agradeció la sombra. Un centenar de zelotes revisaba las cestas y los zurrónes de los peregrinos y, una vez satisfechos, hacían un gesto con la mano para que pasaran. Ruth se puso de puntillas y miró a unos y a otros esperando reconocer a su hermano. Creyó ver a Yair, pero no estaba segura de que fuera él. Luego reparó en uno de ellos, algo más alto y corpulento que los demás y ataviado con armadura romana. Se lo quedó mirando. Sus gestos le resultaban familiares. El zelote en cuestión estaba metiendo la mano en la cesta repleta de trigo que traía una anciana y estaba mirando hacia abajo, así que no podía verle la cara. De pronto el sujeto alzó la mirada, le dedicó una amable sonrisa a la anciana y, con un gesto de la mano la invitó a pasar. Ruth sintió un chasquido en el pecho y temblor en las piernas. ¿Era él? No podía ser él. ¿Qué hacía el *kittim* en el Templo? Pero era él. Lo era, sin lugar a dudas. La mujer sonrió.

—Gracias, Dios, por haberme dado valor —dijo para sí con lágrimas en los ojos.

Vio que Arán empezaba a revisar el zurrón de un joven pastor y Ruth se acercó a él. Le observó un instante, maravillada, preguntándose si se trataba de una visión. Cuando el *kittim* hizo un gesto para que el muchacho accediera al recinto, Ruth dio un paso al frente y abrió su morral. Arán, absorto en su labor, ni siquiera reparó en ella, y la mujer aprovechó para mirarle, para olerle, para disfrutar de un momento que jamás creyó que pudiera llegar.

—*Shalom* —dijo Ruth casi en un susurro.

El *kittim* se quedó paralizado un instante y dejó de rebuscar. Luego, lentamente, levantó la cabeza. Sus ojos azules perforaron el alma de Ruth.

—*Shalom* —dijo Arán.

Hubo un instante de silencio entre ambos, un silencio que pareció extenderse a su alrededor como una ola. El bullicio provocado por miles de voces parecía lejano y ajeno. Ruth alargó la mano y acarició la mejilla del cántabro.

—Cuánto te he echado de menos, amor mío. Cuántas noches, cuántos días he soñado contigo...

—Y yo contigo —dijo Arán.

Ruth apartó la mano del rostro del hombre como si hubiera sufrido un calambre.

—¿Hablas...? —intentó preguntar Ruth, pasmada.

—Mal, pero lo hablo —asintió Arán.

Ruth agachó la cabeza y rio entre dientes. Luego alzó la mirada.

—Se supone que no deberías haber entendido lo que he dicho —dijo Ruth.

—Pues ya no puedes hacer nada.

—¿Qué haces aquí? —dijeron a la vez. Y, a la vez, rieron.

—¡Aarón! —dijo uno de los hombres cercanos a Eleazar, encargado de supervisar el registro—. ¿Algún problema?

—No, ningún problema —dijo el cántabro—. Más bien todo lo contrario. Es la hermana de Emmanuel. Vive en Alejandría.

—Vivía —corrigió Ruth—. Mi marido ha muerto —dijo la mujer mirando al cántabro—. Así que necesito a un hombre que se haga cargo de mí.

—Entiendo —dijo comprensivo el hombre de Eleazar.

—Voy a buscar a Emmanuel —dijo Arán—. Espera allí, Ruth, entre las columnas.

El cántabro se abrió paso entre los peregrinos con el corazón exaltado, cruzó la puerta de Corinto, atravesó el Atrio de los Israelitas y se dirigió a las almenas. Allí encontró a Emmanuel haciendo guardia. Y le contó lo ocurrido. Juntos volvieron a toda prisa al Atrio de las Mujeres. Cuando llegaron, Yair estaba hablando con Ruth. La mujer dejó su conversación en suspenso y corrió a los brazos de su hermano.

Arán observó la feliz escena con regocijo. Luego reparó en que Yair le miraba como no le había mirado nunca, con ojos de sospecha, de recelo incluso. Yair apartó la mirada como quien se avergüenza de haber sido sorprendido.

—¿Cómo murió Zadok? —le preguntó Emmanuel a su hermana.

—Fue de repente —dijo Ruth intentando aparentar aflicción—. No sabía

adónde ir, así que he venido a Jerusalén.

Emmanuel asintió dando a entender que compartía el dolor de la viuda y que aprobaba su decisión. El zelote cogió a su hermana de la mano para apartarla del barullo y, con un gesto, invitó a Arán y a Yair a que le siguieran. En una esquina del Atrio de las Mujeres, entre columnas, Emmanuel enmarcó el rostro de su hermana con las manos.

—Tenemos que casarte cuanto antes —dijo Emmanuel con urgencia—. No puedes estar sola.

—Lo sé —dijo Ruth.

—La Ley dicta que deberías contraer matrimonio con el hermano de Zadok, pero vive lejos y ya está casado. Dudo que quiera otra esposa.

—También lo sé —dijo Ruth.

Emmanuel miró al suelo. Yair volvió a girarse para observar a Arán y volvió a apartar la mirada cuando las de ambos se cruzaron.

—¿Le has llegado a dar hijos? —preguntó Emmanuel. Ruth negó con la cabeza—. Mierda. Nadie aceptará a una viuda desflorada e infértil.

—Yo sí —dijo Arán sin pensarlo.

Emmanuel, Yair y Ruth observaron al cántabro.

—¿Tú? —dijo Emmanuel extrañado—. ¿Por qué harías algo así?

El cántabro se encogió de hombros. Yair le hizo un gesto a Emmanuel para que se acercara a él y hablaron entre susurros. Luego Emmanuel se dirigió al cántabro.

—¿Estás seguro?

—Sí —afirmó Arán fijando su mirada en Ruth.

Emmanuel abrazó al cántabro y le besó en las mejillas.

—Gracias, hermano —dijo—. Gracias desde lo más profundo de mi alma. Yair te explicará todo el proceso de la ceremonia. Lo haremos cuanto antes.

—¿Esta misma noche? —preguntó Arán.

—Podría ser, sí. Aunque la tradición dicta que hay que esperar meses desde que se hace la oferta hasta que tiene lugar el matrimonio.

—¿Qué oferta? —preguntó Arán.

Emmanuel sonrió.

—El dinero que estás dispuesto a darme por mi hermana.

—No tengo dinero —dijo Arán.

—Lo sé, pero basta con una promesa. Y al haber estado casada y estar desflorada, puedes ofrecer menos. Yair —dijo Emmanuel—, explícaselo tú. Volved al Atrio de los Israelitas y preparad la *ketubah*. Ruth y yo os esperaremos

aquí.

Yair y Arán volvieron al Atrio de los Israelitas abriéndose paso entre los peregrinos.

—No entiendo nada —dijo Arán.

—La *ketubah* es un contrato que tienes que redactar en papiro en el que estableces las condiciones del matrimonio y todo aquello que estás dispuesto a proporcionarle a la novia. Luego está el *mohar*, que es el precio que ofreces al padre, o en este caso al hermano, por la mujer. En principio tiene que reflejar el valor que le calculas a ella. Lo más normal suelen ser unos trescientos *shekels*, pero en este caso, y dado que ya ha estado casada y que el matrimonio se ha consumado, puedes ofrecer ciento cincuenta.

—Pero yo no tengo dinero —dijo Arán.

—No importa; como ha dicho Emmanuel basta con una promesa, como en todo contrato. Pero tienes que honrarla. Muchas veces el padre le entrega ese dinero, o parte de él, a la esposa. Pero eso ya depende del padre. El dinero se coloca en un cuenco o en un recipiente y al lado hay que colocar un cáliz con vino. Entonces la novia mira lo que ofreces por ella y si bebe del cáliz es que acepta.

—¿Y si no bebe? —preguntó Arán.

—Todas beben. En realidad no tienen elección.

—¿Entonces por qué se hace?

—Hay veces que los padres dejan la decisión en manos de las hijas. Pero no es algo que ocurra a menudo.

—¿Y después?

—Después... —Yair le explicó la ceremonia, lo que tenía que hacer y cómo debía hacerlo—. Pero no te preocupes, estaré contigo todo el tiempo. Bueno, todo el tiempo no, cuando os retiréis..., ya sabes..., ahí no te haré falta para nada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Arán.

—Claro.

—¿Qué le has dicho antes a Emmanuel, entre susurros?

—Que mientras dormías habías dicho el nombre de Ruth y que Ruth ha aparecido. Creo, amigo mío, que Dios te habla.

60

JERUSALÉN
OTOÑO 69 D. C.

Anochecía y las puertas del Templo se habían cerrado. En las almenas, los zelotes hacían guardia. Todo estaba tranquilo.

Tanto el Atrio de los Israelitas como el Atrio de las Mujeres estaban moteados de hogueras. La gente charlaba y Arán estaba nervioso como no lo había estado nunca. Sentía cosquillas en el estómago y le sudaban las manos. Jamás había estado con una mujer y temía el momento del encuentro. Pensó entonces que quizá, cuando estuvo en Cesarea, debería haber ido alguna vez al lupanar que solían frecuentar Noreno y los otros. Pero ya no podía hacer nada.

Tanto el novio como la novia vestían de blanco. Una mujer le había prestado a Ruth una túnica y un velo de ese color y, también, una corona dorada que representaba las murallas de Jerusalén. En una esquina del Atrio de las Mujeres, Emmanuel, con la ayuda de algunos de sus compañeros, habían levantado una tienda de campaña.

Arán se acercó a Emmanuel y le entregó el documento que había redactado con Yair. Ruth aguardaba unos pasos detrás de su hermano en compañía de dos muchachas que no conocía pero que habían aceptado acompañarla. Para los zelotes asediados y sus familias aquel repentino matrimonio fue motivo de júbilo, así que estaban rodeados de curiosos. Yoshua, como sacerdote, esperaba a que le tocara el turno.

Emmanuel desenroscó el documento y leyó.

—«En el quinto día de la semana, en el noveno día del mes de Cheshvan del año 3830 después de la creación del mundo, el novio, Aarón, hijo de Magilo, le dice a la hija de Jacob: “Sé mi esposa de acuerdo con la Ley de Moisés e Israel. Trabajaré, te honraré, te procuraré sustento, en la manera en que hacen los judíos, con fidelidad y amor. Dado que no poseo nada, entrego por ti todo lo que soy, todo lo que tengo bajo los cielos o sobre ellos”.

»Sean aceptables tales cantidades a Emmanuel bar Jacob por la adquisición en este acto de su hermana Ruth y sea validado y confirmado por él».

Emmanuel alzó la mirada y miró a Arán.

—Un tanto excesivo, ¿no te parece? —dijo el zelote.

El cántabro se encogió de hombros.

—No tengo nada, así que puedo prometerlo todo —dijo Arán con indiferencia.

—Muy bien, acepto. Ruth, acércate.

La novia dio unos pasos al frente hasta colocarse al lado de su hermano y frente a Arán. Entonces Yair le entregó al novio un cáliz con vino y este se lo dio a Ruth. Luego, el cuenco que se suponía que debía contener el dinero y que, en este caso, estaba vacío.

La mujer observó al novio, vestido de blanco. Luego el cuenco vacío y el cáliz. Quería saborear el momento, un momento que había llegado sin avisar, de repente, como todo lo bueno y todo lo malo. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Cómo podía ser que el universo entero se hubiera confabulado para unirlos del modo más inesperado? ¿Si bebía del cáliz despertaría de pronto en su casa de Alejandría junto a Zadok? Esa noche la pasaría a su lado, y podría abrazarle y besarle tanto como quisiera, porque él sería suyo y ella suya, y así sería por siempre.

—¿Ruth? —dijo Emmanuel a su lado—. ¿Vas a beber o no?

Ruth miró a su alrededor; había expectación en los ojos de todo el mundo, de hombres y mujeres a los que no conocía. Arán la observaba, confundido y expectante. La novia se llevó entonces el cáliz a los labios y cerró los ojos pidiéndole a Dios que no fuera todo un sueño. Y la multitud aplaudió y vitoreó a los novios.

Qué diferente, qué dulce le supo el amargo líquido comparado con la ocasión en la que tuvo que aceptar el ofrecimiento de Zadok ante un cuenco repleto de monedas de plata. Esta vez el cuenco estaba vacío. Cualquier novia se habría sentido insultada. Ella no, porque ese vacío no era sino eternidad, no era sino ausencia de precio.

Ruth se acercó entonces al novio y le entregó el cáliz para que este sellara el pacto. Arán bebió y, tal y como le había dicho Yair que ocurriría, Ruth empezó a dar vueltas a su alrededor. La mujer tenía que dar siete en total, simbolizando la construcción de una muralla en torno a su marido. El hombre era Dios y la mujer el pueblo de Israel, el hombre era el Templo y la mujer la muralla, la *ketubah* era la alianza escrita entre Dios e Israel y la consumación física constituía el altar.

Concluida la séptima vuelta, Ruth tomó la mano derecha de Arán con su

izquierda y juntos se acercaron a Yoshua. Gurión y Yair se subieron a sendos taburetes y sostuvieron sobre los novios un *talit* extendido. Ruth y Arán se miraron. El cántabro no podía ver la boca de Ruth, oculta por el velo blanco, pero sus ojos le decían que la tela escondía una sonrisa.

—Bendito eres, Señor, rey del universo, creador del fruto de la viña —recitó Yoshua—. Bendito eres, Señor, rey del universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos bendices con el sagrado pacto del matrimonio. Aarón, repite conmigo: Ruth, a partir de este momento estás consagrada a mí de acuerdo a las leyes de Moisés y de Israel.

El cántabro se giró y tomó las dos manos de Ruth con las suyas. Dejó que su mirada se perdiera en los ojos abismales de la mujer un instante y repitió las palabras de Yoshua:

—Ruth, a partir de este momento estás consagrada a mí de acuerdo a las leyes de Moisés y de Israel.

La multitud estalló en aplausos y vítores. Emmanuel se acercó a Arán, le abrazó con fuerza y le dio un beso en cada mejilla.

—Ahora somos hermanos en todos los sentidos posibles —dijo el zelote desbordado de alegría.

Según le había contado Yair, los festejos no darían comienzo hasta que no se hubiera consumado el matrimonio. Para eso, marido y mujer tenían que dirigirse a la tienda de campaña que Emmanuel había levantado con la ayuda de los otros en una esquina del Atrio de las Mujeres y, una vez consumado, el novio tenía que asomar la cabeza y decir: «Está hecho». Entonces todos lo celebrarían. En esa tienda había comida y bebida para siete días, y allí estaban obligados a permanecer los novios todo ese tiempo.

Tal y como Arán había visto hacer en su aldea, en Cantabria, cuando había un enlace, el joven se inclinó, cogió a la mujer en brazos y se la echó al hombro. Ruth chilló sorprendida y la gente rio. Con su esposa al hombro, Arán se dirigió a la tienda de campaña, apartó una de las lonas a un lado y dejó a su esposa sobre los cojines que alfombraban el suelo. La tienda no era muy amplia, pero no hacía falta más. Sobre un tosco taburete había una lámpara de aceite y, junto a este, odres con agua y vino y platos con pan, miel, carne y fruta.

El cántabro se arrodilló ante su mujer y le retiró el velo.

—*Shalom* —dijo el joven recordando así la palabra que tanto significado tenía para ellos desde la primera vez que la pronunciara.

—*Shalom* —dijo ella.

—Te he traído esto —dijo Arán sacando de la bolsita que le colgaba del

cinturón un pequeño guijarro.

Ruth sonrió y alargó la mano para recibir el regalo.

—No sé si Yair te ha dicho que no estamos aquí para darnos flores y guijarros —dijo la mujer.

—Sí, me lo ha dicho —afirmó el cántabro.

—Entonces deja de hablar.

Ruth se retiró el pañuelo blanco que le cubría la cabeza y sacudió su espesa melena. Luego se quitó la túnica blanca para quedarse desnuda ante él. Arán suspiró al ver el cuerpo delicado de Ruth iluminado por la tenue luz de la lámpara de aceite.

—Yo... no... —dijo el cántabro.

—Te he dicho que no es momento de hablar.

Arán calló. La mujer se inclinó hacia delante y besó a su marido en los labios sin delicadeza. Llevaba tanto tiempo deseando ese momento, sentía tal ardor en las entrañas, sentía tal necesidad de él que no había lugar para otra cosa. Sintió al instante las manos callosas del *kittim* en la espalda, los labios ardientes, los besos urgentes incapaces por sí solos de saciar años de incertidumbre y espera. Ruth alargó las manos para quitarle la túnica a su esposo y se deleitó la vista un instante con el torso bello y musculoso del extranjero que, por alguna razón incomprensible, había querido unir su destino al del pueblo elegido. Le miró a los ojos y se lanzó a besarle de nuevo. Mientras con una mano le cogía de la nuca, con la otra le retiraba el taparrabos. Desnudos ambos, Ruth empujó a su marido para tumbarlo y se montó sobre él a horcajadas. Arán sencillamente se dejaba hacer, parecía estar embrujado. Ruth se inclinó hacia delante y dejó que su melena negra y espesa le cubriera la cara mientras se besaban, luego alargó la mano y aferró el pene erecto del cántabro para mostrarle el camino. La mujer no pudo evitar un gemido de placer al sentirle en sus entrañas, y a punto estuvo de derrumbarse sobre él. Era la primera vez que sentía algo parecido.

Volvió a besarle y comenzó a mecerse como un barco sobre las olas. Arán acompasó el movimiento de sus caderas al de la mujer. Las manos del cántabro enmarcaron el rostro de Ruth, ella abrió los ojos y vio en su marido un gesto que bien parecía de miedo. El cuerpo de Arán tembló. Un espasmo. Una sacudida. Todo había acabado. Pero no importaba.

Ruth rio y descansó la cabeza sobre el torso de su marido. Habría querido seguir, pero ya habría tiempo de eso. Tenían siete días por delante. Y, con suerte, toda una vida.

Arán la abrazó con fuerza hasta casi hacerla perder el aliento. Y le susurró al

oído.

—Prométeme que me amarás siempre —dijo el *kittim*.

—Hasta que la muerte nos vuelva a unir —respondió ella.

CUARTA PARTE

APOCALIPSIS

61

¿La felicidad? No lo sé. Yo creo que solo se es realmente feliz cuando uno no sabe que lo es. Quizá la felicidad solo viva en los recuerdos, en echar la vista atrás y en poder decir: «estaba siendo feliz, solo que no me daba cuenta». Ya te digo, no lo sé. Y, de todos modos, cualquier recuerdo de felicidad no es más que melancolía. Dudo que el ser humano pueda ser feliz, al menos de forma consciente. Alegría, sí, como la que puede sentir un perro cuando ve a su amo.

Fue un invierno como tantos otros, en Cesarea. Disfrutamos de los juegos gladiatorios, de las carreras de carros, nos emborrachamos, visitamos todos los prostíbulos y dilapidamos el resto del dinero jugando a los dados. Turenno era buena compañía, como lo eran otros compañeros de la cohorte a los que jamás había llegado a conocer bien y con los que nunca llegué a intimar del todo. El vacío de Arán era inmenso y, en vez de menguar con el tiempo, había ido creciendo. Hay gente así, gente que marca, gente que, al desaparecer, abre un boquete en el alma que nunca se llega a cerrar.

En realidad ya no éramos ni dos centenares en la cohorte, pero puedo asegurarte que cien de nosotros hubiéramos destrozado en combate a los casi quinientos muchachos que habíamos sido cuando nos alistamos. Éramos veteranos y teníamos una alta opinión de nosotros mismos. Llevábamos cinco años sirviendo al Imperio y, si te soy sincero, ya no podíamos imaginar otra vida. Ni la hubiéramos querido.

Sabíamos, además, que cuando llegase la primavera volveríamos a Jerusalén y que allí se lucharía la última batalla de una guerra larga que lo había cambiado todo. No solo a nosotros.

Vespasiano necesitaba, ahora sí, concluir la contienda rápidamente y con éxito para legitimar su lugar como emperador y a su hijo Tito como sucesor.

Todos recordábamos Jerusalén. Habíamos luchado en sus calles con Floro, habíamos intentado abrirnos paso por sus murallas con Galo y, en ambas ocasiones, habíamos fracasado. Sabíamos lo que aquella ciudad significaba para los judíos y éramos conscientes de que estaba abarrotada de defensores y

refugiados dispuestos a defenderla. Y yo me preguntaba si aquel sería el Vindio de los judíos.

¿El Vindio? Un lugar en las montañas, en Cantabria, el monte blanco. Aunque no sabría decirte dónde está exactamente. Allí, según me había contado mi abuelo, se refugiaron los cántabros durante la Gran Guerra, después de una última y cruenta batalla contra las tropas del emperador. En el Vindio, un lugar mágico, decidieron resistir hasta el final. Los cántabros decían que antes llegarían allí las aguas del mar que las legiones de Roma. Por lo visto, no llegaron ni las primeras ni las segundas: Roma se limitó a cercarlos y lo único que alcanzó las cumbres fue la muerte en forma de hambre y frío.

Sí, al menos se mantuvieron fieles a sí mismos y no se sometieron. He pensado en ello muchas veces, y en lo que decía Arán sobre el hecho de que estábamos luchando en el bando equivocado. Pero, ya sabes, él tenía una fuerza de la que yo carecía. Al final la mayoría de nosotros nos vemos arrastrados por la corriente del río que es la vida y, por algún motivo, en algún momento, dejamos de intentar alcanzar la orilla. Una vez que te dejas llevar, todo resulta más fácil y empiezas llamar sensatez a lo que sabes, en tu interior, que es cobardía.

Salimos de Cesarea con las primeras flores, en una mañana fresca y soleada, rumbo a Jerusalén. La batalla que se avecinaba sería extremadamente dura, como suelen serlo las últimas batallas. Diría que ninguno de nosotros albergaba duda alguna sobre cuál habría de ser el desenlace final. Sin embargo, yo no dejaba de pensar en que marchábamos para destruir un mundo entero, tal y como había ocurrido en Cantabria. Y me preguntaba: ¿qué dirán los descendientes de aquellos que sobrevivan? ¿En qué se convertirán? ¿En qué creerán? ¿Qué leyendas surgirán cuando todo acabe?

Tito ordenó que todas las tropas convergieran sobre Jerusalén, la V Macedónica desde Emaús, la X Fretensis desde Jericó, la XV Apollinaris y la XII Fulminata desde Cesarea, así como unidades auxiliares y contingentes de reinos vasallos. Recorrimos un territorio que conocíamos bien y que ya habíamos devastado. En los campos de cultivo crecían las malas hierbas duras y punzantes de esa tierra, y las aldeas arrasadas, en muchos casos, ya habían sido reclamadas por la naturaleza. Los olivos que antaño habían poblado montes y laderas no eran más que tocones muertos. No había trigo verdeando. No se veían rebaños a lo lejos, ni comerciantes recorriendo la calzada, ni campesinos afanándose en sus tareas. Todo era desolación y soledad bajo el sol furibundo de

Judea.

Pero nosotros cantábamos la canción de Turenno:

*Como sé de dónde vengo, no me importa adónde voy.
Vengo de la tierra verde, de las montañas nevadas,
de los árboles robustos y de las fuentes sagradas...*

Es la mejor forma de marchar, cantando. Ayuda a mantener el paso y, de algún modo, alegra el alma. Y teníamos otras canciones, y otras estrofas que habíamos ido añadiendo a lo largo de los meses... y de los años. Algunas de ellas en latín. Pero nuestra preferida seguía siendo la de Turenno, porque nos servía para recordar. También porque había sido la primera.

Se extendió entre las tropas el rumor de que cuando tomásemos Jerusalén Tito nos concedería tres o cuatro días para saquear la ciudad, y se hablaba sobre los tesoros que escondía. Supongo que nunca habrás vivido un saqueo. Pues bien, piensa en tu ciudad, piensa en sus murallas, concebidas para mantener fuera a tus enemigos pero convertidas en un obstáculo insalvable que impide que tú y tu familia podáis huir. Piensa en ese enemigo que después de años de guerra y meses de asedio te odia. En la ausencia de toda Ley, de toda misericordia, en la sed de venganza de hombres armados que matan, violan y torturan como parte de lo que consideran su derecho de conquista. No se trata solo de hacerse con los tesoros de una ciudad; de hecho, eso no lo es todo. El saqueo permitido por los mandos tiene más que ver con el poder y con la venganza y precipita al mejor de los hombres a un abismo de crueldad y maldad que considera legítimo. Es un espectáculo grotesco y terrible.

La gran serpiente de metal de la que formábamos parte atravesó Samaria y, ocho días después de haber salido de Cesarea, estableció su campamento en un lugar que los judíos llaman «valle de los Espinos», junto a lo que quedaba de una aldea llamada Gabath Saul, a unas tres millas al norte de Jerusalén.

Al día siguiente establecimos el campamento en el monte Escopo, en el mismo lugar en el que acampáramos con Galo hacía ya algo más de tres años. Desde allí volvimos a contemplar la magnífica ciudad, las azoteas de las casas, las robustas murallas, las inmensas torres defensivas, los destellos blancos y dorados del Templo desde donde surgía una columna de humo que indicaba que los judíos seguían ofreciéndole sacrificios a su dios sin descanso. La mole monolítica de sillería que era la fortaleza Antonia, las bellas torres del palacio de Herodes el Grande... Juraría que a todos los que habíamos estado allí antes nos envolvió cierta sensación de... No lo llamaría miedo, ni congoja. Quizá la palabra sea admiración, quizá respeto. Y no es que fuera una ciudad particularmente bella,

pero parecía estar envuelta en un halo mágico de misterio. Como surgida de la nada, de la piedra misma. Para mí, además, era el lugar en el que había perdido a Arán para siempre.

Tito, nuestro comandante en jefe, era un joven impetuoso, valiente y, me atrevería a decir, que no del todo sensato, pero si con algo contaba era con una perfecta maquinaria de guerra y con el cariño de los hombres. Fueron precisamente ese ímpetu y esa confianza en sí mismo lo que estuvo a punto de costarle la vida al día siguiente de levantar el campamento.

MONTE ESCOPO
PRIMAVERA 70 D. C.

Dos de los arquitectos de Tito, con la información que tenían disponible, habían hecho lo posible por dibujar un plano de Jerusalén en papiro que presentaron en el pretorio ante el Estado Mayor. Tres docenas de oficiales abarrotaban la tienda de campaña del joven general en el centro del campamento de la XV y la XII.

—... en resumen —dijo uno de los arquitectos—, los accesos tanto por el sur como por el oeste son difícilmente practicables, máxime teniendo en cuenta que la primera muralla, la que protege la Ciudad Alta y la Ciudad Baja, es extremadamente robusta y el terreno es escabroso. Además, en el sector oeste se alza el palacio de Herodes el Grande, una auténtica fortaleza. En el este, la colina que llaman monte de los Olivos proporciona una excelente localización para un campamento, pero justo enfrente se alza el Templo de los judíos y entre el monte y el Templo el terreno se hunde en lo que llaman barranco de Kidron. La muralla norte, o tercera muralla, por el contrario, es de más reciente construcción y menos sólida. Quizá por eso Galo decidiese atacar por este sector. Bien es cierto que, una vez superada la tercera muralla, existe una segunda, flanqueada por la fortaleza Antonia en su vertiente este. Y luego habría que superar la primera.

—¿Recomendación? —preguntó Tito.

—En caso de llevar a cabo un asalto, comenzarlo por la tercera muralla, señor. Quizá en su vertiente oeste.

—Gracias, Emilio —dijo Tito—. ¿Estáis todos de acuerdo?

Hubo murmullos de asentimiento. Trajano, por su parte, dio un paso al frente para hablar.

—Adelante, Trajano, habla.

—Gracias, señor. Quizá convendría, simplemente, contemplar la posibilidad de un asedio convencional. Sabemos que la ciudad está repleta de gente: ciudadanos, refugiados, miles de defensores y, dadas las festividades de la

Pascua, una oleada de peregrinos. Hace un momento se ha dado una estimación en cuanto a la cantidad de personas que puede haber ahí dentro: un cuarto de millón. Sabemos que tienen acceso a fuentes de agua, pero la cantidad de comida debe de ser muy limitada. Si levantáramos un muro de circunvalación, ¿cuánto tiempo podrían durar? ¿Tres meses? ¿Cuatro? La primavera no ha hecho más que empezar y aquí el invierno llega tarde.

—No —dijo Tito—. Tenemos que tomarla cuanto antes y por las armas. Mi padre es ahora emperador, y necesita que esta campaña concluya cuanto antes para legitimar su posición. Nadie entendería un prolongado asedio, y si al final la ciudad se rindiera por hambre, estaríamos negándonos el honor de la conquista por combate. —El joven comandante hizo una pausa antes de continuar—. Estableceremos tres campamentos: aquí en el Escopo, la XII y la XV; la X en el monte de los Olivos, la V a nuestra espalda. En cuanto esté todo dispuesto, atacaremos la muralla norte tal y como recomienda Emilio. Quiero inspeccionar la zona por mí mismo para tomar una decisión en cuanto al modo de hacerlo.

Quinientos jinetes, encabezados por el propio Tito, salieron del campamento en dirección a Jerusalén. Entre ellos cabalgaba la guardia personal de este así como parte de su Estado Mayor y aquel judío con quien tanta amistad había trabado el joven general: Yosef ben Matthias.

A Valerio no se le daba del todo bien montar a caballo; el hecho de que sus pies no estuvieran tocando el suelo le hacía sentir incómodo y vulnerable, pero Tito había insistido en que los acompañara. Las murallas de la ciudad parecían estar tranquilas. Se veían algunas cabezas, sí, pero nada que hubiera podido dar a entender que tenían a un poderoso enemigo a las puertas. El judío, ese tal Yosef, había dicho que probablemente hubiera hombres en Jerusalén dispuestos a alcanzar una paz negociada, y que teniendo en cuenta las luchas intestinas que estaban teniendo lugar dentro de las murallas, quizá la rendición fuera más fácil de lo que pensaban.

El campamento distaba poco menos de una milla de la ciudad y varios caminos y senderos confluían en ella. Como casi siempre en esa tierra, los acompañaba el sol y el calor. Valerio pudo comprobar que la brecha que abrieran con Galo estaba completamente sellada. A ambos lados de los caminos y senderos había olivos, algunos dispersos, otros formando pequeños bosquecillos; había huertas, cochambrosas cabañas de agricultores, vallas, cercas, piedras delimitando parches de tierra pedregosa. El canto de las chicharras era omnipresente.

Numerio cabalgaba varios pasos por delante y charlaba con su superior, el legado de la XII.

A un estadio de distancia de la muralla Tito levantó el brazo para dar el alto. Valerio miró a su espalda; a lo lejos, sobre el Escopo, se veía la empalizada del campamento legionario. Era una imprudencia acercarse tanto a las posiciones enemigas sin apoyo de ningún tipo. Silencio. El prefecto espoleó su caballo para escuchar las palabras de su comandante en jefe.

—... escalas —estaba diciendo Tito mientras señalaba hacia un punto concreto de las defensas—. El problema con las rampas es que lleva demasiado tiempo construirlas, y que en esta zona no hay madera suficiente.

—Será un combate duro —apuntó uno de sus oficiales.

—Sí, pero glorioso —dijo Tito—. Además, daría la sensación de que no les queda mucho ardor guerrero. No hay casi nadie por las almenas.

—Quizá sea... ¿Cómo se llama eso que hacéis los judíos una vez cada siete días?

—*Sabbat* —dijo Yosef ben Matthias—. Pero hoy no es *sabbat*.

—Más a mi favor entonces —confirmó Tito—. ¿Cómo se llama aquella torre, Yosef? La que sobresale del vértice, donde la muralla quiebra hacia el sur.

—Psefino, señor.

—Psefino —repitió Tito—. Tomando la torre como eje, podemos asaltar las defensas por el norte y por el oeste, aislar la torre y luego descender a la Ciudad Nueva... Quizá merezca la pena...

Valerio dejó de escuchar y miró a un lado y a otro. Demasiada quietud. ¿Nadie se estaba dando cuenta? Observó a Numerio y supo que su antiguo compañero de armas tenía la misma sensación. Sus miradas se cruzaron. A pesar de todo, seguían entendiéndose sin hablarse. Numerio se llevó la mano a la espada y Valerio hizo lo mismo. La guardia personal de Tito iba bien armada, pero algunos de los oficiales, incluido el propio comandante en jefe, no llevaban armadura. El prefecto alzó la mirada hacia las almenas y pudo percibir movimiento; no estaban tan vacías como parecía.

—¡Cuidado! —gritó Valerio.

En el preciso instante del aullido del prefecto las murallas se vieron repletas de siluetas negras armadas con arcos y hondas y se oyó el chirriar de las puertas a derecha e izquierda. Al vuelo de los proyectiles se sumó el alarido de carga de cientos de voces. Los caballos se encabitaron y Valerio luchó por no perder el equilibrio aferrando las riendas con ambas manos. De entre las huertas y casetas, de detrás de las piedras, de entre los olivos, emergieron también hombres

armados a la ligera, por todas partes, blandiendo pequeños escudos redondos, jabalinas, hondas y espadas. Cundió la confusión entre los romanos.

—¡Atrás! —gritó alguien.

—¡Atrás! —coreó otro de los oficiales romanos.

Valerio intentaba hacerse con su montura mientras Tito y su guardia volvían grupas para abrirse camino entre los judíos y regresar al campamento. Volaban las flechas. Una de estas últimas le atravesó el pecho por la espalda a uno de los tribunos. El joven oficial cayó al suelo y su caballo salió corriendo al galope en dirección al campamento. Valerio sintió el impacto de una flecha en la armadura que gracias a la defensa no llegó a hacer carne, pero el animal que montaba piafó de pronto y se alzó sobre las ancas traseras con una flecha alojada en el cuello y otra en el pecho. El prefecto fue incapaz de mantener el equilibrio por más tiempo y cayó de espaldas al suelo. El impacto le dejó aturdido un instante y sintió cómo todo el aire que tenía en los pulmones le abandonaba. Oyó gritos de carga, cada vez más cerca. Retomó el aliento, rodó hacia un lado, se impulsó con los brazos, resopló y se puso en pie de un salto. Desenvainó. Había judíos por todas partes. A su lado, tendido en el suelo, agónico, coceaba al aire y relinchaba el caballo que había montado. Caían romanos a derecha e izquierda. Un judío enloquecido cargaba contra él, era el primero de muchos. Valerio se agachó para evitar la estocada de su enemigo y le hundió la espada en las tripas hasta la empuñadura. Sintió la sangre cálida y viscosa de su enemigo empapándole la mano y el antebrazo. Retiró la hoja del cuerpo de su repentino adversario y se agachó para recoger el pequeño escudo de este. Retrocedió unos pasos y alzó la defensa para detener el impacto de una jabalina. La punta del proyectil se incrustó en la madera dejando el escudo inservible. Valerio se deshizo de él y retrocedió más aún, hacia las voces, cada vez más lejanas, que oía en latín. Se apartó a un lado para evitar una jabalina que se hundió en el suelo a su espalda. Sudaba. El hombre que la había lanzado desenvainó y cargó contra él aullando. Chocaron los metales en el aire y, con la zurda, Valerio le propinó a su atacante un poderoso gancho en la mandíbula derribándolo. No se molestó en rematarlo. Volvió a retroceder.

Tito y aquellos que podían seguirle luchaban a espadazos desde lo alto de sus monturas contra los judíos que les salían al paso, intentando abrirse camino hacia el sendero por el que habían venido. Cada vez estaban un poco más lejos.

—Mierda —dijo Valerio entre dientes.

El prefecto corrió hacia uno de los caballos abatidos. El jinete, tendido en el suelo, tenía dos flechas alojadas en pecho. Estaba muerto. Valerio se hizo con el

gran escudo ovalado del caído y, al percibir una sombra delgada y alargada que volaba hacia él a toda velocidad, levantó la defensa. La flecha chocó contra el umbo del escudo y se partió. Dos judíos más se abalanzaban sobre él en ese momento. No llevaban armadura ni tenían entrenamiento militar, así que hacer sangre resultaría sencillo. El problema era que había demasiados y que, aunque dispersos, estaban por todas partes. Aguardó un instante hasta tenerlos prácticamente encima. Ambos llevaban pequeños escudos circulares, uno de ellos blandía una espada romana y el otro una jabalina a modo de lanza. Proyectó el escudo hacia la lanza que le amenazaba, la apartó a un lado y lanzó un tajo hacia la derecha para detener también la estocada del judío que le atacaba por el flanco. Acto seguido lanzó una patada con la planta del pie a la rodilla desnuda de este último, un empujón con el escudo y un tajo al cuello del hombre que portaba la lanza. Volvió a retroceder. Miró a su espalda: Tito y los jinetes seguían alejándose.

—Mierda —dijo de nuevo.

Oyó chocar de espadas a la derecha. A veinte pasos, un oficial se batía contra media docena de judíos. Otros jinetes desmontados y desperdigados luchaban también por su vida. Los arqueros de la muralla, incapaces ya de alcanzar a los jinetes de Tito, empezaban a apuntar contra Valerio y contra el resto de romanos dispersos que caían abatidos uno a uno. El prefecto alzó el escudo para detener los impactos de las flechas, algunas le pasaban por encima de la cabeza, otras por la derecha o por la izquierda, otras se incrustaban en la madera del escudo y aun otras veían su trayectoria desviada por la defensa. Valerio corrió hacia el oficial para unirse a él en la refriega.

—¡No podemos quedarnos aquí, tenemos que apartarnos de la muralla! —gritó Valerio cuando llegó junto a él y se colocó a su derecha.

El prefecto detuvo el tajo de una espada y respondió con una certera estocada. Dejaron de caer flechas. Los arqueros de las almenas no querían arriesgarse a abatir a los suyos.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Fulm? —dijo Numerio jadeante.

Valerio miró a su izquierda, incapaz de creer que acababa de oír la voz de su viejo amigo y ahora enemigo. En medio de la confusión y de espaldas no le había reconocido.

—¡Tiene mala pinta! —dijo el centurión de la XII mientras lanzaba una estocada y detenía un golpe.

La media docena de contrincantes a la que se enfrentaban se había visto reducida a tan solo tres, y estos, dubitativos, no se atrevían a acercarse a los

veteranos. Los dos romanos pudieron entonces dar unos pasos atrás para retomar el aliento. Empezaron a llover flechas de nuevo. Los veteranos se arrodillaron y trabaron escudos para protegerse. Los proyectiles repiquetearon en las defensas.

—¿Alguna idea? —preguntó Numerio.

—Sí —dijo Valerio—. Me pongo de pie, me levantas la túnica y me la chupas. Seguro que eso los confunde.

—Siempre tan imaginativo. Ese amigo tuyo es una mala influencia. —Otra lluvia de flechas impactó contra los escudos—. ¿Qué tal si empezamos por alejarnos del rango de tiro de los arqueros?

—Eso es lo que he dicho antes —protestó Valerio.

—Ya, pero dicho por mí queda mejor. Esperamos al siguiente chaparrón y retrocedemos.

Valerio asintió. Miraron atrás. Tito y los suyos ya galopaban hacia el campamento mientras que los cientos de judíos que les habían salido al paso remataban a los caídos y se afanaban en desvalijar los cuerpos. Miraron al frente. Ante los veteranos, a unos veinte pasos, se empezaban a concentrar decenas de israelitas, otros emergían por los costados.

—Si algo se puede decir de los dioses es que tienen sentido del humor —observó Numerio—. Un tanto retorcido, pero lo tienen.

—No sabíamos que estabas vivo.

—¿Qué?

—Eirinn y yo, no sabíamos que estabas vivo.

—No creo que sea momento de hablar de eso.

—Y a mí me da la sensación de que no vamos a tener muchos más.

Otra masa de proyectiles llovió sobre los veteranos. No fue necesario que dijeran nada. Valerio y Numerio se pusieron en pie al tiempo y retrocedieron poco a poco. También al tiempo volvieron a arrodillarse cuando percibieron las sombras alargadas de las flechas. La mayoría de ellas cayeron a varios pasos de distancia, algunas aún llegaron a impactar en las defensas, aunque sin fuerza. La masa de israelitas que tenían delante se iba haciendo cada vez más densa. A su espalda, aquellos que habían perseguido a Tito empezaban a percatarse de los dos hombres solitarios que los romanos habían dejado atrás.

—Al menos estamos fuera de alcance —dijo Numerio—. No hay cosa que más me joda que los arqueros.

—A mí lo que me jode es montar a caballo —dijo Valerio.

—Sí, eso también es una mierda.

—Los tenemos detrás.

Numerio giró la cabeza.

—Esto tiene mala pinta —dijo el primipilo de la XII.

—Yo diría que es la peor en la que hemos estado.

Numerio gruñó un asentimiento. Los veteranos volvieron a retroceder unos pasos. Delante tenían a un centenar de judíos, detrás a otros tantos.

—¿Espalda con espalda? —preguntó Valerio.

—No tenemos más opción —dijo el primipilo.

Con los grandes escudos ovalados de la caballería y la espada desenvainada, Valerio y Numerio, espalda con espalda, se dispusieron a luchar.

—Retrocederemos poco a poco hacia el campamento —dijo Numerio—. Con suerte nos verán y vendrán a por nosotros.

—Hay casi una milla.

—Pues si se te ocurre algo mejor, házmelo saber.

—Descuida —dijo Valerio—. Lo que sea con tal de llevarte la contraria.

Paso a paso, Numerio mirando hacia las murallas y Valerio hacia el campamento, fueron alejándose de Jerusalén al tiempo que los judíos iban rodeándoles y aproximándose.

—¿Cuántos pollascortadas crees que hay? —preguntó Numerio.

—¿Importa?

—Por supuesto que importa, sobre todo si queremos contarlo.

—Cientos.

—Diremos miles.

Una jabalina surcó el aire hacia Valerio. El prefecto alzó el escudo y lo giró ligeramente para que el proyectil se desviara al chocar con la madera y no se incrustase en ella. Alrededor de los veteranos, y a unos quince pasos, se iba formando un círculo de judíos cautelosos, pero decididos a no dejar que escaparan. Otra jabalina, esta vez dirigida a Numerio, corrió la misma suerte que la anterior.

—Siempre lamentaré lo que ocurrió entre nosotros —dijo Valerio—. No es que tuvieras razón, pero lo lamentaré.

—¿Es eso una disculpa? —preguntó Numerio.

—No llega a disculpa, pero casi. Remordimiento quizá.

Un aullido de carga y la masa de judíos, armados a la ligera, se abalanzó sobre los veteranos. Valerio levantó el escudo para detener un tajo, el metal chocó contra la madera y el prefecto lanzó una estocada. Luego un tajo a la derecha, otro a la izquierda, cada uno de los golpes abatía a un enemigo. Sudaba, jadeaba, notaba el cuerpo de Numerio contra su espalda, la armadura segmentada del

primipilo rozaba la cota de malla del prefecto a cada movimiento. Otro golpe en el escudo, otro bloqueo, otro enemigo abatido. Un puñetazo con la espada empuñada directo al rostro de un judío que se había acercado demasiado, luego un golpe descendente sobre la cabeza del desgraciado con el pomo de la espada. Una patada para derribarlo, escudo arriba, empujón, tajo, estocada. Cabezazo en la nariz. Los judíos, amontonados sobre los veteranos e incapaces de causar daño, se retiraron unos pasos dejando una docena de cuerpos en el suelo y los veteranos dieron unos pasos más hacia el campamento inalcanzable.

—Siempre te amó a ti —dijo Numerio—. Desde el principio.

—¿Qué?

—Eirinn, siempre te amó a ti.

—Eso no es cierto —dijo Valerio.

—Como todo el mundo. Como los hombres de la XII, como mi padre. Como todo el mundo. Incluido yo mismo.

—Éramos amigos —protestó Valerio.

—No, Fulm, éramos hermanos. Esa era la diferencia entre tú y yo. Tú el mayor y yo el pequeño.

Otro alarido de carga. Otra vez la masa informe de judíos cayendo sobre ambos, otra vez el chocar de metales, el rechinar de dientes, el crujir de la madera y de los huesos. El sudor. Valerio apretó los dientes y gruñó al recibir un corte en el muslo. Sintió la sangre cálida recorriéndole la pierna. De nuevo, varios cuerpos tendidos en el suelo, de nuevo la retirada de los israelitas, de nuevo unos pasos hacia el campamento.

—Hay que ver cómo sangran estos hijos de puta —dijo Numerio.

—¿Cómo vas? —preguntó Valerio.

—Estamos viejos para esto, Fulm.

Incapaces de abatir a los romanos en el cuerpo a cuerpo, una docena de judíos con jabalinas se abrieron paso entre la multitud y lanzaron sus proyectiles. Valerio logró esquivar una de las jabalinas y desviar una más con el escudo, pero otras dos se quedaron incrustadas en la madera haciendo que la defensa fuera imposible de manejar. Tuvo que deshacerse de ella y conformarse con recoger del suelo el pequeño y tosco escudo circular de uno de los caídos.

—Yo no te traicioné.

—Eso depende de cómo se mire.

—Ya te dije que creíamos que habías muerto. Y de todos modos, lo que le hiciste a Eirinn...

—Me torturaron, Fulm. Vi morir a todos los hombres de mi centuria a manos

de esos salvajes. Uno a uno, poco a poco, sin piedad.

—¿Y nos culpaste a nosotros?

—Puede ser —dijo Numerio después de un instante de reflexión—. Puede ser.

Los judíos volvieron a aproximarse, con cautela pero con decisión, una veintena, esta vez con lanzas, proyectándolas hacia los veteranos como quien se acerca a dos fieras peligrosas.

—Pero ya me habíais traicionado antes de que me capturaran.

—Eso no es cierto.

Valerio apartó una punta de lanza con la espada y usó el pequeño escudo para detener el envite de otra. Solo eran tientos, destinados a provocar un error en la defensa de los dos romanos. Un error que, tarde o temprano, cometerían. El prefecto oía, a su espalda, la trabajosa respiración de Numerio, que también hacía lo posible por defenderse de las mortíferas aunque rústicas armas del enemigo.

—Con la mirada —dijo Numerio—. Os deseabais, no intentes negarlo.

—No lo niego. Pero jamás nos rozamos. Y te aseguro que fue por lealtad a ti. Y que los dos luchamos contra ello con todas nuestras fuerzas.

Valerio oyó gruñir de dolor al primipilo. Una de las puntas de lanza le había alcanzado en el brazo. El hierro de los judíos seguía golpeando la madera de las defensas de los dos romanos con estocadas tentativas cada vez más rápidas y cercanas. Valerio alzó el escudo para detener una estocada dirigida al rostro y, acto seguido, sintió un severo golpe en las costillas que le hizo trastabillar. La cota de malla evitó que la punta le penetrara en el costado, pero, al respirar, un dolor lacerante le indicó que el brutal impacto le acababa de romper una costilla. Numerio volvió a gruñir, esta vez de esfuerzo desesperado al intentar alejar las puntas. Valerio apartó la pierna para evitar que una de las lanzas le acertara en el muslo ya ensangrentado; el hombre que blandía el arma perdió el equilibrio al no encontrar su arma más que aire y Fulminator le abrió la cabeza de un revés. Los judíos retrocedieron y los veteranos dieron unos pasos hacia el campamento.

—Deseabais que hubiera muerto. Admítelo —dijo Numerio.

—No. Jamás deseé que murieses. Y ella tampoco, o al menos eso creo. Te lloramos, Numerio. Te lloramos durante mucho tiempo. Y nos resistimos a caer el uno en brazos del otro. Te lo juro por lo más sagrado. Siempre lo lamenté.

—Me alegro.

Los judíos volvieron a acercarse. El dolor en las costillas, el calor, el cansancio y la pérdida de sangre por la herida de la pierna empezaban a mellar las fuerzas de Valerio. Prefecto y primipilo, espalda contra espalda, volvieron a enfrentarse

al hierro de los judíos, esquivando lanzazos y desviando puntas con escudo y espada. Una de ellas logró burlar su defensa y se le clavó de lleno en el brazo izquierdo rasgando el músculo y haciendo que la sangre brotara rabiosa. Valerio aulló de dolor, golpeó el asta con la espada y aquella se quebró con el impacto. También Numerio gritó una maldición al ser alcanzado en la pierna derecha. El primipilo llegó a dar con la rodilla en tierra, pero volvió a ponerse en pie casi al instante. Los israelitas retrocedieron una vez más.

—Esto es lo que deben de sentir las fieras en el circo —dijo Valerio.

El prefecto intentó mover los dedos con los que asía el escudo. Podía moverlos, pero era incapaz de levantar el brazo.

—¿Sabes? —dijo Numerio—. Ahora que lo pienso, quizá deseara que me traicionaras.

—No te traicioné —repitió Valerio.

Numerio, agotado, ensangrentado y jadeante, apoyó el escudo y la punta de la espada en el suelo. Viendo que los romanos empezaban a flaquear, los judíos se prepararon para un último ataque, esta vez con espadas.

—Has sido un auténtico hijo de puta, Numerio.

—Lo sé —dijo el primipilo de la XII—. Si te soy sincero, ya no sabía cómo joderte más. Había pensado en cargarme a ese griego asqueroso con el que eres culo y mierda. Pero lo cierto es que me cae simpático. Así que quizá vaya siendo hora de que nos pidamos disculpas.

—¿Disculpas? ¿Por qué?

—Eso es lo de menos. Por todo lo que deberíamos haber hecho y no hicimos y por aquello que no deberíamos haber hecho e hicimos. —El primipilo se miró la herida del brazo—. Muy bien, empezaré yo. Te pido disculpas.

Valerio tardó un instante en responder.

—De acuerdo —dijo el prefecto—, disculpas aceptadas. —Y calló.

—Te toca —dijo Numerio.

—Te pido disculpas —dijo Valerio entre dientes.

—Aceptadas —dijo Numerio—. Es curioso, ahora me arrepiento de muchas cosas.

—Yo también.

—¿Una última carga, amigo mío? —preguntó Numerio.

—¿Hacia dónde?

—Da igual. Cada uno hacia su lado. Tengo delante a un hijo de puta muy feo. Tengo ganas de reventarle la cabeza.

—Numerio.

—Dime, Fulm.

—Fuiste el mejor amigo que jamás tuve. Eso sí, como enemigo dejaste mucho que desear.

Numerio soltó una carcajada.

—Nos vemos en la Estigia, Fulm. Seguiremos la conversación allí —dijo el primipilo.

Y Valerio y Numerio, con sus últimas fuerzas, cargaron hacia la muerte contra la masa de judíos, ofreciendo a los cielos un último aullido guerrero.

JERUSALÉN
PRIMAVERA 70 D. C.

Caía la noche sobre la ciudad asediada.

En el Templo, los sacerdotes llevaban a cabo los últimos sacrificios de la jornada. Una vez más, las enormes puertas del atrio interior se habían abierto para dejar el paso franco a peregrinos llegados de todos los rincones del mundo que acudían a celebrar la Pascua, el momento del año en el que los judíos rememoraban la huida de Egipto y comían pan ácimo. Los romanos no podían haber elegido un mejor momento para sitiar Jerusalén. La ciudad estaba abarrotada de peregrinos que, junto a los refugiados y a los propios habitantes, sumaban, por lo que decían, cerca del cuarto de millón de almas. Según una antigua tradición no podía negársele la entrada en la ciudad a ningún hijo de Israel por ningún motivo y en ningún momento.

Las azoteas estaban repletas de gente, las casas, las calles. Arán jamás había visto a tantas personas juntas, a tantos hombres, mujeres y niños de todas las edades. En otras ocasiones, muchos peregrinos, sobre todo los menos pudientes, dormían al raso en el monte Escopo o en el monte de los Olivos y entraban en la ciudad por la mañana para ofrecer sus sacrificios. Pero con la llegada de los romanos quienes no habían huido habían buscado refugio intramuros. Huir significaba estar a merced de ser apresado por una patrulla romana y, por tanto, la muerte segura o, en el mejor de los casos, la esclavitud. En cambio, después de casi cuatro años de guerra en los que Jerusalén solo había sido asaltada una vez, y sin éxito, la ciudad parecía desprender un halo de invencibilidad. ¿No había hecho Dios retroceder a los asirios? ¿A los seléucidas? ¿A Galo? La misma suerte habrían de correr los romanos de Tito. Porque Israel era el pueblo elegido y Yavé no los abandonaría.

En cuanto las legiones hubieron acampado en el monte Escopo, el precio de los alimentos se había multiplicado por cinco. Arán, apostado en las almenas del

Templo, no podía evitar preguntarse si había suficiente comida en la ciudad para tantísimas bocas. El cántabro oyó, más allá, el chirriar de los goznes de la puerta de Corinto e, instantes más tarde, los de la puerta de acceso al Atrio de las Mujeres, que, a su vez, conducía al Atrio de los Gentiles y a la explanada del Templo. La jornada había concluido sin incidentes y, de hecho, ante la presencia de los romanos, por fin las tres facciones en liza se habían puesto de acuerdo para posponer sus rencillas al menos hasta que los *kittim* hubieran sido derrotados. Galileos, idumeos y zelotes, aun recelosos, habían sepultado sus diferencias para hacer frente a una amenaza mayor.

Aquella mañana, según decían, un grupo de romanos encabezados por el mismísimo comandante en jefe se había acercado tanto a las murallas que los idumeos de Simón bar Giora habían aprovechado para tenderles una emboscada. Decían también que aunque hubiera caído un puñado de romanos vendiendo caro el pellejo, Tito, el joven general, se les había escapado. Dios había puesto la victoria al alcance de la mano de los judíos y esta se les había escurrido como arena entre los dedos. De haber acabado con el hijo de Vespasiano, el enemigo habría quedado descabezado. Pero no había podido ser. No obstante, la acción se había celebrado en Jerusalén como toda una victoria, y las cabezas de los romanos abatidos decoraban ahora las faldas de una sección de la tercera muralla.

Arán sintió una mano sobre el hombro. El cántabro giró la cabeza: era Emmanuel, que venía a relevarle.

—*Shalom*, hermano —dijo Emmanuel con una sonrisa—. ¿Has oído lo que ha pasado hoy?

—¿En la tercera muralla?

—Sí. Creo que han estado a punto de capturar a Tito.

—Eso he oído.

Emmanuel ocupó el puesto de Arán y los dos hombres se abrazaron y se dieron sendos besos en las mejillas.

—Que pases buena guardia, hermano —dijo el cántabro.

Emmanuel asintió y le palmeó la espalda.

Arán recorrió la muralla hacia el este para así bajar por las escaleras que llevaban al Atrio de las Mujeres. Saludó a sus compañeros de guardia a medida que iba pasando junto a ellos. En el Atrio de las Mujeres le esperaba su esposa. En una esquina del recinto, al abrigo de la columnata, Ruth había creado lo más parecido a un hogar que podía darse allí y, también, lo más parecido a un hogar que Arán hubiese conocido en su vida, más aún que la choza de sus padres. Ruth

había colocado cuatro postes y, entre ellos, había colgado cuatro telas para procurar una cierta intimidad a la pareja que resultaba necesaria todas las noches y algunos días. En el suelo, sobre los grandes adoquines de mármol, había dos jergones juntos y cuatro o cinco toscos cojines. En una esquina, un viejo taburete de madera servía de mesa para una pequeña lámpara de aceite. El cántabro no hubiera cambiado aquellos cuatro postes por ningún palacio.

Cuando descendió las escaleras, Arán se ocultó detrás de una columna, en la penumbra, y asomó un poco la cabeza, lo justo para ver sin ser visto. El Atrio de las Mujeres estaba repleto de hogueras donde ellas, en grupos de diez o veinte, hacían la comida para sus hombres, padres e hijos.

Arán buscó con la mirada a su esposa. Debía de estar junto a la hoguera que compartía con otra docena de mujeres. Sí, allí estaba, de espaldas a él. Ruth charlaba y reía con otras dos muchachas mientras en una gran olla que pendía de tres postes se hacía la comida. Le encantaba verla cuando ella no sabía que se encontraba cerca. Le hipnotizaban sus gestos, su risa le llenaba el alma, igual que sus suspiros y jadeos cuando llegaba la noche.

Mientras Arán observaba a Ruth, un niño de unos cinco años pasó corriendo junto a él. El cántabro le chistó y el niño detuvo su carrera para acercarse.

—Eh, chico, ¿me harías un favor?

—Mi padre dice que los favores se pagan —dijo el mocoso extendiendo la mano.

Arán metió el índice y el pulgar en la bolsita que le colgaba del costado, sacó una moneda de cobre y se la entregó al chiquillo. Este le dio una y otra vuelta y cerró el puño con ella dentro.

—¿Ves a esa muchacha de allí? ¿La que está hablando ahora y mueve mucho las manos?

—Sí. ¿Qué?

—Solo tienes que acercarte a ella y decirle que mire hacia aquí.

—¿Eso es todo? —dijo el muchacho con aire de sospecha.

—Eso es todo.

El chiquillo echó a correr hacia Ruth y le tiró de la túnica. La mujer se agachó, le acarició el rostro al mocoso, le dijo algo y el chico señaló hacia la columnata. Arán había dado un paso al frente para hacerse visible. Se sonrieron. Ruth se disculpó ante sus amigas y caminó a su encuentro. Cuando llegó ante él se dieron un beso en los labios y se dirigieron a su humilde morada. Apartaron una de las cortinas y entraron. Las telas no amortiguaban el murmullo de las charlas del exterior, pero allí dentro el mundo era diferente. El cántabro se tumbó boca

arriba y Ruth se arrodilló a su lado.

—Aún falta un poco para que esté la cena —dijo Ruth.

Arán alargó el brazo y le quitó el pañuelo que le cubría la melena.

—En ese caso —dijo Arán incorporándose— quizá podamos...

—No podemos.

—¿Estás... impura?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir más o menos?

—Cosas de mujeres, no lo entenderías.

Arán se encogió de hombros y volvió a tumbarse. Ruth se inclinó y le regaló otro beso.

—He estado pensando... —dijo Arán— que ahora que idumeos, galileos y zelotes se han arreglado, quizá pudieses ir a vivir a casa de Yair. Allí estarías más cómoda que aquí. —Ruth levantó una ceja—. Yo iría a verte todos los días... y...

—Olvídalo.

—Estarías más cómoda —repitió Arán—. No aquí, entre cuatro telas...

—Mi lugar está contigo. Siempre. Por siempre y para siempre. Te guste o no.

—Pero estarías...

—Más cómoda, lo sé. Pero ¿qué pasaría si volviérais a enfrentaros entre todos? No creo que esta paz entre unos y otros vaya a durar mucho. Y aunque durase, me da igual, yo no voy a separarme de ti. Menos aún ahora.

Arán asintió y le acarició el cabello y la sien.

—Como quieras —dijo el cántabro.

Ruth se tumbó a su lado y acomodó la cabeza en el brazo fibroso de Arán.

—Háblame otra vez de tu tierra —dijo Ruth.

Le gustaba oírle contar cosas sobre esa Cantabria misteriosa que no podía ni siquiera imaginar... Las cumbres, el agua por todas partes, los bosques, la hierba que llegaba hasta la cintura. Pero lo que más le gustaba era la pasión con la que hablaba de esa tierra en la que la gente creía que cada fuente y cada árbol albergaban un espíritu, una tierra plagada de dioses y barro, de cumbres elevadísimas y nevadas. De lengua extraña. Y le encantaba cómo se le abrían los ojos, cómo le brillaban, al describir tal monte o tal bosque.

—Mi aldea es muy pequeña —dijo Arán—, un puñado de chozas junto a un río. Me gustaría llevarte allí a nadar. El agua es gélida, particularmente en primavera, cuando la nieve se derrite y...

Ruth ya sabía lo que venía ahora: el ganado, los pastos de arriba, los de abajo,

los lobos... Pero le encantaba escucharlo. Quería ir, quería verlo con sus propios ojos, porque le parecía increíble que pudiera haber un lugar tan extraordinario en el mundo.

—... allí se dice que los dioses crearon primero Cantabria y que, con lo que les sobró, dieron forma como pudieron al resto del mundo —dijo Arán.

—¿Iremos alguna vez? —preguntó Ruth.

—Eso espero... —suspiró Arán—. Eso espero. Aunque primero tiene que acabar todo esto.

—¿Y si nos fuésemos ya? Ahora mismo. Con lo que tenemos. Tenemos manos para trabajar. Tenemos... —Ruth calló—. Tenemos manos para trabajar —dijo de nuevo.

—No llegaríamos muy lejos. Seguro que hay patrullas romanas por todas partes. Nos matarían o nos venderían en algún mercado de esclavos.

Hubo un momento de silencio.

—Sigue contándome cosas de tu tierra —claudicó Ruth.

—En verano, cuando...

El cántabro y la judía se olvidaron de cenar. Ruth se fue quedando dormida escuchando a Arán y, cuando el joven percibió que su esposa respiraba profunda y acompasadamente, también cerró los ojos.

Los despertó la voz de Yair cuando había amanecido. Medio dormido, Arán apartó la cortina.

—¿Qué ocurre? —preguntó el cántabro.

—Los romanos están levantando un campamento en el monte de los Olivos. Vamos a hacer una salida en masa con galileos e idumeos. Eleazar quiere que participemos todos. Te espero en la puerta de Corinto.

Arán asintió, volvió a correr la cortina y empezó a ponerse la armadura.

—¿Qué ocurre? —dijo Ruth.

—Vamos a atacar a los *kittim*, en masa.

Ruth resolló y se llevó las manos a la boca. Luego se puso en pie y se abrazó a su marido.

—Ten cuidado —le susurró al oído.

—Lo tendré —dijo Arán sonriendo al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Hay una buena razón para tenerlo: tú.

—Dos buenas razones —dijo Ruth.

La mujer le cogió la mano al cántabro y se la llevó al vientre.

64

No, jamás encontraron el cuerpo de Fulminator, aunque a nosotros, por algún motivo, siguieron llamándonos «los cántabros de Valerio». Lo cierto es que jamás, ninguno de nosotros, habíamos entablado una relación estrecha con nuestro prefecto, pero te aseguro que le admirábamos, que con él al mando siempre nos habíamos sentido seguros y que nos costó hacernos a la idea de su muerte. Ya sabes cómo son estas cosas: no echas realmente de menos a alguien hasta que lo pierdes.

Curiosamente Tito eligió a Marcelo para sustituir a Valerio en el cargo de prefecto de la Cohors II Cantabrorum, algo extraño, porque, dado que solo un ciudadano romano podía acceder a puestos de ese tipo, tuvieron que concederle la ciudadanía sin haber cumplido aún los veinticinco años de servicio. Y no es que Tito tuviera a Marcelo en alta estima, apenas le conocía de vista. El problema era que nadie quería hacerse cargo de nosotros. No sé si te he dicho que convertirse en prefecto de una cohorte auxiliar está muy lejos de ser lo que un oficial romano considera un ascenso.

¿Y sabes a quién eligió Marcelo para ocupar su puesto? ¿Lo adivinas? A mí. A decir verdad, me sorprendió que me seleccionara. Había hombres mucho más hábiles que yo en la cohorte. Y yo me preguntaba: ¿por qué está siempre tan pendiente de mí? ¿Por qué soy tan especial para él? Me había salvado la vida en dos ocasiones y cuando entrábamos en combate me sabía observado por él en todo momento. No se comportaba así con nadie más y, si te soy sincero, cuando me dijo que a partir de entonces trabajaríamos juntos, que yo ocuparía el puesto que hasta entonces había ocupado él, pensé que tenía otras cosas en mente.

¿Qué cosas? Piensa un poco. En el ejército hay de todo. Había centuriones que se encaprichaban de jóvenes reclutas y que a cambio de sus favores los eximían de las tareas más arduas. Aunque, si se negaban, los centuriones despechados se aseguraban de que su vida fuera un infierno. ¡Claro que estaba mal visto! Era cuestión de elegir entre tener una polla en la boca o allá donde no luce el sol, de vez en cuando, y una vida de miseria, penurias y peligros. No te extrañes, te

aseguro que un centurión es todopoderoso en su centuria y, aunque podías denunciarlo, tenías que tener testigos dispuestos a hacer de ese centurión un enemigo para toda la vida si no se le hallaba culpable. Y ya sabemos cómo son estas cosas. Una cosa es, como hacían algunos, que te lleves contigo en campaña a un muchacho o a una muchacha, esclavos o no, para satisfacer tus necesidades. Eso no supone un problema. Los había incluso que cuando se saqueaba una ciudad, en vez de violar a las mujeres, violaban a los hombres. Eso tampoco era un problema. Pero dos legionarios juntos..., eso no.

No obstante, también te digo, no es que fuera común, aunque tampoco del todo extraño, saber que dos legionarios se dedicaban atenciones como unos enamorados. Incluso había parejas no declaradas que pasaban años juntos. Se exponían, como digo, a multas y otros castigos, pero en muchas ocasiones los oficiales sencillamente miraban para otro lado siempre que fueran discretos. Un legionario tiene que ser ejemplo de masculinidad y, por tanto, dejarse penetrar es un sacrilegio hacia uno mismo. El acto en sí no es el problema, el problema es la postura que adoptes, ya me entiendes. Pero te aseguro que no hay nada como ver luchar juntos a dos legionarios que se aman de ese modo. Pero no, Marcelo no me quería para nada de eso. Sí llegué a pensar que, si intentaba algo, le mataría, y estuve inquieto durante días, no creas.

Una vez me contó alguien, no recuerdo quién, que en la antigua Tebas, en Grecia, un general había creado una unidad de tropas llamada «falange sagrada» o algo por el estilo. Era la unidad más temible del ejército tebano: trescientos hombres que se alistaban por parejas de enamorados. Jóvenes fuertes, agraciados, dispuestos a darlo todo no tanto por su ciudad, sino por el hombre que combatía al lado. ¿Leyenda? No, te aseguro que es cierto.

Entramos en combate ese mismo día, a media tarde, instantes después de que Marcelo, en su tienda de campaña, me hubiera hecho saber su decisión de ascenderme. De pronto sonaron las tubas, se oyeron gritos de alarma y se llamó a formar en orden de combate. La X, en el monte de los Olivos, estaba siendo atacada en masa. Los judíos habían elegido el mejor momento para hacerlo. Los hombres de la X llevaban todo el día trabajando, cavando zanjas, levantando una empalizada permanente para proteger el campamento. No es por nada, pero cavar una zanja en terreno pedregoso, y al sol, es un martirio.

El enemigo salió en masa por las puertas este de Jerusalén, como un inmenso enjambre de abejas. Entre el monte de los Olivos y la ciudad hay un valle, el

Kidron, con una pendiente que baja del Templo —o bajaba, porque el Templo ya no existe—, y vuelve a subir hacia el monte en el que debía acampar la X. Nadie se esperaba que los judíos fueran a actuar con tal temeridad, pero también es cierto que iban armados a la ligera y que eso les ofrecía una movilidad difícil de superar por los nuestros. Es más, dado que la mayoría de los legionarios habían estado trabajando, no solo fueron sorprendidos sin armas y armaduras, sino dispersos. Los hubo que no tuvieron tiempo ni de coger sus armas y murieron abatidos mientras huían hacia el campamento a medio construir. En una situación así es muy difícil crear una línea sólida para enfrentarse a un ataque decidido y repentino. Así que la confusión cundió en la X y la lucha llegó hasta el mismísimo campamento. Sencillamente, nadie se esperaba que los judíos fueran tan osados como para atacar colina arriba y a tal distancia.

Mientras se combatía en el monte de los Olivos, en el Escopo, a algo más de una milla y media de distancia, recibíamos la orden de ponernos en marcha para socorrer a la X. Por primera vez me veía a mí mismo dando órdenes a mis compañeros. Salimos del campamento a toda prisa para caer sobre el flanco judío.

En las legiones te acostumbras a luchar hombro con hombro con compañeros a los que conoces. Te acostumbras a tener a tus oficiales cerca, a oír sus órdenes, a tomar los estandartes o los cascos de los centuriones como referencia, a maniobrar de acuerdo a fórmulas que has entrenado un millar de veces. Por tanto, cuando te ves sorprendido por el enemigo, muchas veces no sabes cómo reaccionar. Eso es lo que le ocurrió a la X.

Imagínatelo: cae la tarde, estás cavando una zanja. Tienes la túnica empapada en sudor, te pica la cabeza porque el sudor de la frente hace que el sombrero de paja de ala ancha que llevas puesto no haga más que moverse; estás deseando que suenen las tubas para relevarte y descansar en el campamento, quizá tengas una partida de dados a medias con un compañero. Tienes las armas en tu tienda de campaña porque trabajar con ellas encima es incómodo y agotador. Y, de pronto, a tres cuartos de milla de distancia, se abren las puertas de la ciudad y una masa informe de enemigos emerge a la carrera y aullando. En un primer instante no puedes evitar quedarte helado, das unos pasos de espaldas y echas a correr hacia una empalizada a medio levantar. Todos tus compañeros hacen lo mismo. Se levanta una intensa polvareda, mascas polvo, oyes ulular al enemigo que se acerca, buscas una referencia que no existe: un estandarte, un oficial, algo que te indique lo que debes hacer. Oyes gritos, órdenes confusas, las tubas llaman a formar... Y todo se convierte en caos.

Los judíos penetraron en el campamento y se dispersaron entre las tiendas llegando a expulsar a la X del enclave que se había seleccionado para su campamento. Y entonces llegamos nosotros para golpear el flanco izquierdo del enemigo. El arma principal de los judíos era la movilidad, la nuestra la solidez, nosotros estábamos acostumbrados al combate cuerpo a cuerpo, ellos a golpear y a huir. Lentamente, y en orden de batalla, logramos empujarlos hasta las murallas y el enemigo volvió a refugiarse en la ciudad. Entonces Tito ordenó a los hombres de la X que reanudaran los trabajos y volvimos a marchar de vuelta al monte Escopo, pero cuando estábamos a medio camino, las puertas de Jerusalén volvieron a abrirse y los judíos volvieron a cargar contra la X. Por segunda vez una legión romana emprendía la huida y nosotros, junto con la XII y la XV, tuvimos que volver al monte de los Olivos a socorrer a la X. No sé cuántas veces en la historia de Roma se habrá dado que una legión huya en desbandada dos veces en una misma jornada.

En torno a Jerusalén todo eran huertos, casetas, cercados, olivos y matojos dispersos, algo que entorpecía nuestras maniobras y que convenía al modo de lucha del enemigo. Así que Tito, en vez de ordenar el asalto, ordenó que a lo largo de los días siguientes taláramos todos los árboles, todos los matojos, derribáramos casetas y cercados, vallas y muros, retiráramos piedras y rellenáramos zanjas... Así, en menos de siete días, los alrededores de la ciudad se convirtieron en una explanada poco útil para las tácticas de los judíos pero muy acorde a las nuestras. Ya no habría más sorpresas extramuros. Pero lo que sí resultaba evidente era que los israelitas seguían desafiantes.

En realidad, tanto la emboscada que le habían tendido a Tito como el asalto al campamento de la X supusieron para ellos toda una inyección de moral. Tito envió varias veces a Yosef ben Matthias a negociar la rendición de la plaza. Los judíos respondieron con insultos y crucificaron en las murallas a todos aquellos romanos que habían capturado.

Fue entonces cuando supimos que Jerusalén estaba muy lejos de inclinar la cerviz y que habría que conquistar la ciudad a sangre y fuego.

Existe una ley no escrita en todo asedio: hasta que los arietes no golpean la muralla, los defensores aún tienen la opción de rendirse y de salvar, al menos, sus vidas. Tito ordenó que comenzáramos la construcción de tres rampas de madera y tierra, como las que habíamos levantado en Jotapata, para amenazar la tercera muralla por su flanco oeste.

Fueron jornadas de durísimos trabajos bajo el sol inclemente de Judea, bajo los proyectiles de los defensores, sometidos a las continuas salidas de estos a pesar del apoyo de nuestra artillería y nuestros arqueros. No quedó, en tres millas a la redonda de Jerusalén, ni un solo árbol en pie, solo tocones. Del monte de los Olivos no quedó más que el nombre. Muchos hombres caían desplomados de agotamiento, sed y calor, pero Tito necesitaba alzarse con la victoria cuanto antes para cimentar la posición de su padre como emperador y, en menos de siete días, las rampas estaban listas y los arietes empezaban a remontarlas. Cuando sus puntas de hierro golpearon la muralla, oímos, desde nuestras posiciones, un lamento que sacudió la ciudad.

El tiempo de la misericordia había pasado, y los habitantes de Jerusalén lo sabían.

65

JERUSALÉN
TERCERA MURALLA
PRIMAVERA 70 D. C.

Noreno, ataviado para la batalla, miró a su espalda una vez más. Los estandartes de la Cohors II Cantabrorum, en primera línea, permanecían casi inmóviles. Flanqueando a la formación cántabra aguardaban también otras unidades auxiliares venidas de todos los confines del Imperio. Tras ellos formaban la XII, la XV y la V, desplegadas en un frente estrecho, compacto y profundo de cerca de media milla a ambos lados de la torre Psefino. Las tropas estaban en silencio, no corría ni una brizna de aire y hacía calor. Mucho calor. El yelmo y la armadura eran un horno.

El cántabro apoyó el gran escudo atejado en el suelo para secarse el sudor de las manos, se agachó, cogió un puñado de polvo y tierra seca y se restregó las palmas para facilitar el agarre. Luego volvió a asir el escudo. Ya faltaba poco. En cuanto la muralla se viniera abajo, sonarían las tubas para ordenar el inicio del asalto. Se encontraban a unos doscientos cincuenta pasos de la rampa y hasta ellos llegaba el rítmico golpeteo de los arietes contra los sillares, los gritos de esfuerzo de los judíos lanzando piedras y proyectiles desde lo alto para entorpecer el progreso de las máquinas y el silbido de las masas de flechas, disparadas por los arqueros del ejército romano, que cubrían la labor de los artefactos. Más aún, junto a las rampas se alzaban orgullosas tres torres de asedio móviles, las helépolis, tomadoras de ciudades. Estas maravillas de la ingeniería medían cuarenta codos de alto, tenían la forma de un obelisco y descansaban sobre ocho gigantescas ruedas de madera maciza. La estructura de estas moles estaba recubierta de placas de metal al frente y a los lados para protegerla contra el fuego. Las helépolis disponían asimismo de trampillas por las que se asomaban las piezas de artillería que se habían dispuesto en el interior, así como grupos de arqueros seleccionados por su puntería y pericia. También en el

interior de las estructuras había varios pisos conectados entre sí por escalas. Las helépolis superaban en altura a las murallas y, desde aquellas, se hostigaba continuamente a los defensores. Una de ellas se había derrumbado una noche por su propio peso, pero las otras dos seguían en pie.

Los judíos llevaban días haciendo salidas continuas, intentando detener los trabajos, incendiar los arietes y derribar las torres. Los combates en torno a las rampas habían sido constantes, intensos y agotadores. Los judíos capturados por los romanos agonizaban en cruces ante las murallas mientras que, sobre las almenas, también crucificados, morían lentamente los legionarios apresados por los israelitas. Pero la suerte de la tercera muralla estaba echada.

—¿Preparado? —dijo Marcelo a su lado en el idioma de los cántabros.

—¿Se está preparado alguna vez? —contestó Noreno.

Marcelo rio para sí.

—Tienes razón. Nunca se está preparado. Recuerda que solo tenemos que remontar la rampa y desplegarlos a derecha e izquierda para abrirles el paso a los legionarios de la XII. Serán ellos los que concluyan el trabajo.

Noreno asintió. No tenía miedo, sabía lo que debía hacer y lo haría. Volvió a mirar a su espalda y vio a Turenno: el muy imbécil había grabado el día anterior su nombre en una punta de flecha que se había colgado al cuello. Este había oído decir que, dado que en algún lugar hay una flecha que lleva tu nombre, era mejor llevarla encima. De acuerdo. Cualquier conjuro servía para alejar el fantasma de la muerte y, quien más quien menos, tenía sus rituales a la hora de entrar en combate. Noreno, por ejemplo, se encomendaba a sus antepasados y besaba la bolsita con tierra de Cantabria que llevaba consigo y que había pertenecido a Arán. Se oyó un crujido en las murallas, pero estas parecían negarse a caer.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Marcelo? —dijo Noreno.

—Claro, adelante.

—¿Por qué yo?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me has elegido a mí para asistirte en el mando? ¿Por qué estás siempre pendiente de mí?

—Porque me recuerdas a tu padre.

Noreno se giró sorprendido.

—¿Qué? ¿Conoces a mi padre?

—Conocí a tu padre. Murió en Dacia.

—¿Quién...? ¿Qué...?

—Nos alistamos juntos en la Cohors I Cantabrorum. Éramos amigos.

Luchamos juntos.

Noreno se quedó sin habla. El corazón empezó a latirle desbocado y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Se oyó otra vez el crujir de las murallas seguido de un alarido de alarma de los defensores que empezaban a huir de las almenas ante la inminente caída del muro.

—Te pareces mucho a él, Noreno —dijo Marcelo sin recurrir al nombre romano del cántabro—. Ahora tengo la sensación de estar hablando con él.

—¿Qué... qué ocurrió?

—Murieron todos. Solo yo quedé en pie, y fue gracias a tu padre. Se lo debo.

Un estruendo. La sección de la muralla oeste que tenían delante se derrumbó con estrépito. Rodaron piedras y sillares rampa abajo acompañados de una inmensa nube de polvo que alcanzó las líneas y les nubló la visión durante un instante. Noreno tosió.

—Habría estado orgulloso de ti. Aunque también te habría llamado idiota por alistarte —dijo Marcelo—. Fue un gran soldado.

—¿Alguna vez te habló de mi madre?

—Todos los días.

—¿Sabía que estaba embarazada?

—Sí. Quería para ti un mundo diferente, un mundo mejor. Y para ella. Pero es imposible. El mundo es como es. Cuando eres joven te empeñas en cambiarlo, pero es el mundo el que te cambia a ti. Quieres comértelo, pero acaba por devorarte.

Sonaron las tubas. Noreno y Marcelo desenvainaron al tiempo y oyeron a su espalda el siseo de cientos de espadas siguiendo su ejemplo. El nuevo prefecto alzó su arma a los cielos para que los cántabros se dispusieran a avanzar. Luego, con un gesto seco hacia el frente, ordenó que le siguieran hacia la rampa.

—¡Adelante!

El chascar del suelo bajo las sandalias y el tintineo de miles de armaduras por todo el frente acompañaban sus pasos. Cuando se disipó la nube de polvo levantada por el derrumbamiento, los cántabros comenzaron el ascenso junto a una cohorte de germanos. Los arqueros sirios cubrían su avance con una constante lluvia de flechas sobre las almenas, que, al instante, se vieron repletas de defensores una vez más. Algunos sillares habían caído sobre el ariete destrozándolo y aplastando a su dotación, cuya sangre fluía en pequeños riachuelos rojos hasta ser absorbida por la tierra. Ante ellos, en el boquete, se materializó una línea de escudos de diferentes tamaños y formas. Desde lo alto

caían piedras y jabalinas.

—¡A la carga! —gritó Marcelo.

Los cántabros emprendieron la carrera rampa arriba esquivando escombros y bajo una constante lluvia de proyectiles. Noreno rugió como un oso a diez pasos de los escudos enemigos. Su padre vivía en él, y con Marcelo a su lado se sentía invencible. Usó el escudo como arma para empujarse contra el primer enemigo, luego lanzó un tajo a la derecha y otro a la izquierda antes de ver por el rabillo del ojo que el resto de los cántabros chocaban contra la endeble formación judía con una furia y una fuerza dignas de los guerreros de antaño.

Atardecía cuando los judíos dieron por perdida la tercera muralla y se retiraron como pudieron al abrigo de la segunda y de la primera. En total se habían abierto tres brechas a lo largo de las defensas y las tres legiones, la XII, la XV y la V, habían irrumpido en la Ciudad Nueva como una marea de hierro fundido, pasando por las armas a los pocos moradores que encontraron en las casas. La mayoría ya había buscado refugio en la Ciudad Vieja y en distrito del mercado. Tito ordenó que se derribara parte de la tercera muralla y estableció el campamento de la XII y la XV en el extremo norte de la Ciudad Nueva, en el mismo lugar donde los asirios habían acampado siglos antes.

Noreno afeó la cara cuando las manos temblorosas de Teómaco le hundieron la aguja en la carne.

—¡Deja de moverte, maldita sea! —rugió el griego.

—No me estoy moviendo —protestó el cántabro.

La herida no era preocupante; escandalosa en cuanto a profusión de sangre, pero en ningún modo mortal: una raja de medio palmo en el brazo derecho, recibida en las almenas justo antes de que la XII cargara rampa arriba. El problema de las heridas no era tanto el corte en sí, sino las infecciones que podían ocasionar. Morían más legionarios después de la batalla que durante ella.

El griego respiró hondo, cerró los ojos e intentó detener el temblor de la mano derecha con la izquierda. Luego echó mano de un odre de cuero que tenía colgado en bandolera y dio un buen trago. A nadie en la cohorte se le había pasado por alto el cambio sufrido por Teómaco desde la muerte del prefecto. El griego bebía más, dormía más y juraba más.

Noreno miró a su alrededor mientras el médico intentaba recomponerse. La

enfermería, al aire libre, había sido ubicada en el extremo noreste de la Ciudad Nueva, pegada a la cara interior de las murallas. Pasar por la enfermería siempre resultaba desagradable: los aullidos de los heridos mientras les amputaban los miembros, los llantos desesperados, el olor a sangre fresca, las moscas, las cestas de mimbre repletas de pies, brazos y piernas, los médicos agotados y con las túnicas y los delantales rojos de sangre, el suelo empapado y pegajoso, el aire viciado. Había varios hombres de la Cohors II Cantabrorum. Pero a pesar de la dureza del combate, tan solo había que lamentar doce muertes y el doble de heridos. La experiencia no solo enseñaba a matar con más precisión, sino también a sobrevivir.

Teómaco, algo más sereno, volvió a la carga con la aguja y el hilo. Hundió la punta en la carne del cántabro. Aún le temblaba la mano, aunque no tanto como hacía un instante. Noreno sintió la punzada y luego el hilo deslizándose, penetrando en la carne, bailando al ritmo de los temblores del griego.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Noreno.

El médico se detuvo y alzó la mirada. Sus ojos hablaban de desaliento, de desesperanza, de dolor. Luego frunció el ceño y recuperó el pulso.

—Que te jodan —dijo Teómaco de pronto—. Soy tu médico, y si no te descuartiza el enemigo, lo tengo que hacer yo. Idiota.

—Yo solo quería...

—Imbécil —insistió Teómaco—. ¿Te vas a coser el brazo derecho con la mano izquierda? ¿Quién ocupó tu lugar en Cantabria como tonto de la aldea? ¿Hacíais competiciones? ¿Sois todos igual de idiotas?

Noreno sonrió y volvió a afear el gesto cuando el hilo se deslizó de nuevo por la carne.

—Ahora que lo dices, sí, somos todos bastante necios. ¿Qué crees que hacemos aquí si no, luchando en una guerra que no es nuestra para beneficio de hombres que, en el mejor de los casos, nos desprecian? Supongo que es el modo que tienen los dioses de deshacerse de los imbéciles.

—Eso está mejor —dijo Teómaco.

El médico cortó el hilo con los dientes y luego vendó el brazo del cántabro. La tela se tiñó de rojo.

—Era un gran hombre —dijo Noreno.

—¿Quién?

—Valerio. Todos le respetábamos.

Los ojos del griego se humedecieron.

—Un egoísta —dijo Teómaco pasado un instante—. Como todo aquel que no

piensa en mí.

—Me dicen que han abierto una cantina en una de las casas, junto a la muralla, donde acampa la XII —dijo Noreno—. Tengo algo de dinero. ¿Quieres acompañarme?

Teómaco observó a sus heridos. Poco más podía hacer por ellos.

—¿Pagas tú? —preguntó el griego.

Noreno asintió.

JERUSALÉN
SEGUNDA MURALLA
PRIMAVERA 70 D. C.

Mediaba la noche.

Los combates en la tercera muralla habían sido extremadamente duros y el último asalto de las legiones, brutal y decidido. Momentos antes de que las defensas se vinieran abajo, Arán había llegado a ver los estandartes de la Cohors II Cantabrorum, en primera línea, y había sentido el inclemente azote de la melancolía. ¿Seguiría vivo Noreno? ¿Seguiría siendo el mismo? Echó de menos a su amigo.

Luego la lucha se había extendido por las callejuelas de la Ciudad Nueva, por las casas y las azoteas, dando lugar a una retirada frenética y confusa de unos defensores agotados hacia la seguridad de las murallas que abrazaban el barrio del mercado o Tiropeón.

Desde una de las torres de la segunda muralla, el cántabro contemplaba el campamento romano que se había establecido en la Ciudad Nueva; una extensísima empalizada, erigida en cuestión de horas. Las tiendas de campaña iluminadas por las hogueras, las antorchas bailarinas portadas por hombres que iban y venían y las estáticas de quienes hacían guardia. Hasta ellos llegaban los cánticos lejanos de legionarios ufanos y borrachos. Los cantos cacofónicos se mezclaban con los más cercanos lamentos, cada vez más apagados, de los dos centenares de judíos capturados que agonizaban clavados en otras tantas cruces. Los romanos se habían asegurado de encender hogueras alrededor de los moribundos para que los defensores contemplaran impotentes el fin que les aguardaba. Algunos arqueros galileos habían intentado acabar con el sufrimiento de sus hermanos, pero el alcance de los gritos y los llantos, más aún de noche, superaba al de las saetas. En contraste, tanto a espaldas de Arán como a su alrededor, todo estaba en silencio, salvo por los quedos rezos de algunos judíos.

—Han acampado en el mismo lugar en el que acamparon los asirios hace cientos de años —dijo Yair a su lado con una sonrisa—. No puedo esperar a ver a Dios en toda su gloria.

Arán gruñó un asentimiento, aunque, a decir verdad, le costaba compartir el entusiasmo de su amigo. Si el dios de los judíos tenía intención de intervenir, ¿por qué no lo hacía ya? Decidió no preguntar, sabía la respuesta: estaba escrito que, antes de la llegada del Dios único y todopoderoso, el pueblo elegido tendría que soportar terribles males que, por un lado, pondrían a prueba su fe y, por otro, estaban encaminados a purgar el pecado mediante el sufrimiento. Solo aquellos que se mantuvieran incólumes, aquellos que depositaran toda su confianza en Yavé, aquellos que estuvieran dispuestos a matar y morir por él, que fueran puros, alcanzarían el paraíso prometido. Por primera vez el cántabro vio en Yair y en la fe que había abrazado algo que no le gustaba. Para Dios, por lo visto, todo lo que no era obligatorio estaba prohibido.

El cántabro decidió apartar tales pensamientos de su mente. No importaba. Nada importaba salvo el hecho de que, en el Templo, esperaba Ruth y que en su interior crecía una nueva vida. Arán por fin sabía para qué y por qué luchaba, y la duda no hubiera servido más que para socavar su firmeza. Ahora también sabía cómo se habían sentido sus antepasados al defender las murallas de sus castros contra Roma. Ese era el enemigo a batir y lo demás era lo de menos.

Antes del amanecer Emmanuel y Gurión aparecieron para relevar en el puesto de guardia a Arán y a Yair, que se dirigieron al Templo para comer algo y descansar. Los dos amigos se despidieron en el Atrio de las Mujeres cuando el sol empezaba a derramar su luz sobre las columnas de mármol de la morada de Dios. Los sacerdotes daban la bienvenida a un nuevo día con los preceptivos sacrificios que exigía la todopoderosa y celosa deidad de la venganza.

Arán apartó la sábana que daba al interior del modesto hogar entre telas creado por Ruth. Llevaba días sin verla. El cántabro procuró no hacer ruido al posar el escudo y el casco, al retirarse el tahalí. Empezó a desabrocharse la armadura. La mujer se despertó.

—*Shalom* —dijo Ruth con una sonrisa.

—*Shalom* —respondió Arán.

La mujer se puso en pie y ayudó a su esposo con las correas no sin antes regalarle un beso.

—Apesta como un rebaño de cabras —observó Ruth sin dejar de sonreír.

La armadura de su esposo estaba cubierta de sangre seca y capas de mugre y polvo, como lo estaban su rostro y su túnica, acartonada esta última merced al sudor seco acumulado. Arán dejó la loriga en el suelo, se retiró la túnica y se quedó desnudo.

—Estoy agotado —dijo.

—Lo sé. Pero no voy a dejar que te acuestes así. ¿Estás herido?

—No.

Ruth asintió, se arrodilló y le desabrochó las sandalias, luego acercó una vasija con agua, hundió un paño en ella y empezó a asear a su marido por los pies, las piernas, los genitales, el pecho, los brazos, la cara. Arán le dio un beso. Estaba tan cansado que todo aquello le parecía un sueño.

—Date la vuelta —dijo Ruth.

Arán obedeció y la mujer recorrió con el paño el cuello, la espalda surcada de latigazos cicatrizados, los glúteos y los muslos del hombre hasta llegar a los talones. Concluido el aseo, el cántabro se desplomó sobre la estera y se quedó dormido sintiendo las caricias de Ruth en el pecho y el sonido de su voz entonando una bella canción susurrada.

El cántabro abrió los ojos de pronto, sobresaltado. El distante rumor del combate se había mezclado en sus sueños. Miró a su alrededor. Ruth no estaba. Aguzó el oído y supo que la segunda muralla estaba siendo asaltada. A toda prisa, Arán se caló la túnica, acartonada y sucia, se calzó las sandalias y se ciñó la armadura. Se colgó el tahalí, empuñó el escudo de la XII y cogió el casco. El sol le cegó al salir. Había conmoción en el Atrio de las Mujeres, una conmoción que pudo oír antes que ver, a medida que sus ojos se acostumbraban a la luz. ¿Cómo podía ser que los romanos volvieran a atacar tan pronto? Ruth. ¿Dónde estaba Ruth? Se llevó la mano a la frente para hacerse sombra en los ojos. Entonces la vio, corriendo hacia él. Al llegar a su altura la muchacha le entregó un trozo de tela en el que había envuelto algo de pan y un poco de carne de cordero.

—No vayas —dijo Ruth—. Llevas quince días luchando en las murallas. No vayas. Estás agotado. Tienes que comer y tienes que descansar.

—¡Aarón! —Era la voz de Eleazar, el líder de los zelotes, que le hacía un gesto para que se uniese a las dos docenas de hombres armados que emergían de la puerta de Corinto.

—Tengo que ir —dijo Arán mientras Eleazar y los suyos cruzaban el Atrio de las Mujeres—. No te preocupes, estaré bien.

—Al menos llévate esto para comer.

—No tengo hambre —mintió el cántabro—. Y tú tienes que comer por dos.

Los ojos azules de Arán se perdieron en los pozos negros de Ruth y la mujer le dio un beso.

—Vuelve —dijo ella.

—No te preocupes por mí —dijo su marido con firmeza—. Es imposible que todo esto haya ocurrido sin razón. Los dioses... Dios está con nosotros.

El cántabro dio media vuelta y echó a correr hacia el grupo de zelotes de Eleazar. Al salir del recinto interior del Templo a la explanada, más hombres se unieron a ellos. Se dirigieron a la puerta oeste del Templo, dejaron a la izquierda la primera muralla y se adentraron en las callejuelas del Tiropeón. Mujeres, niños y ancianos ya cerraban las puertas de las casas. El intenso clamor del combate se oía cada vez más cercano a medida que zelotes y galileos se aproximaban, así como el rítmico e inconfundible golpeteo de los arietes contra los sillares y las puertas, estas últimas más endebles que las de la tercera muralla. Cuando la marea de defensores alcanzó las defensas, las almenas estaban repletas de defensores. Subir ahí arriba no hubiera servido de nada. El sol se oscureció de pronto y Arán se arrodilló y alzó el gran escudo sobre la cabeza. Las flechas romanas que habían superado las murallas cayeron del cielo y repiquetearon en la madera y en el umbo del escudo. Varios cuerpos se precipitaron al vacío desde las almenas estallando al impactar contra el suelo. Crujió la madera de las puertas. El cántabro oyó gritos a su alrededor, los aullidos de hombres que habían sido alcanzados por las puntas ciegas, inconscientes y dañinas del enemigo que habían encontrado un hueco entre las defensas pequeñas y redondas de los judíos para herir y matar. No se movió. Recibieron otra oleada de flechas. Un alarido de carga a lo lejos. Arán apartó el gran escudo y se puso en pie. Ya sabía, por experiencia, que aquel aullido anunciaba la escalada de las murallas y, por tanto, el fin de los disparos en masa de los arqueros. A partir de ahora estos se dedicarían a seleccionar víctimas una a una para apoyar el ascenso de la infantería. Miró hacia lo alto. La actividad en las almenas era furiosa, incesante, frenética. Esta vez el enemigo no había esperado a levantar una rampa y el asalto, al ser tan repentino e inadvertido, había cogido a los judíos por sorpresa. Lo más probable era que aquellos hubieran estado tomando posiciones a lo largo de la noche entre las casas de la Ciudad Nueva, al abrigo de la oscuridad, para emerger en cuanto despuntara el sol. Crujió la puerta una vez más y empezaron a verse cascos brillantes y escudos rojos en las almenas.

—¡Sacad a la gente de sus casas! —gritó Eleazar—. ¡Atrás! ¡A la Ciudad Vieja!

La orden pasó de boca en boca como un mal rumor. Arán miró a su derecha, a la puerta de la vivienda que tenía más cerca. Un tablero pintado anunciaba que aquella era la casa de un alfarero. El cántabro aporreó los tablones.

—¡A la Ciudad Vieja! —gritó.

Volvió a aporrear. Abrió la puerta una mujer joven, aterrada, con un bebé en brazos que no dejaba de llorar. La muchacha dio un grito al ver a un hombre ataviado con armadura y casco romano.

—Poneos a salvo en la Ciudad Vieja —dijo Arán—. Corred.

La muchacha llamó hacia el interior de la vivienda pidiendo que la siguieran. Emergieron entonces de la penumbra una pareja de ancianos, y dos niños mocosos.

—No os detengáis —dijo Arán al comprobar que se quedaban pasmados viendo cómo sus defensores iban perdiendo terreno palmo a palmo.

—Mi padre y mi esposo están en las murallas —dijo la joven.

—Os encontrarán, no te preocupes —intentó tranquilizarla Arán.

Volvieron a crujir las puertas de la segunda muralla. En las almenas continuaban los combates. Cada vez se adivinaban más escudos rojos y menos mantos pardos. Aquella humilde familia pasó a formar parte, junto con otros cientos de personas, de una marea de cuerpos que anegó las callejuelas del distrito del mercado para refugiarse tras la primera muralla entre gritos y llantos.

—¡Conmigo! —aulló Eleazar a lo lejos.

Arán corrió para unirse a su líder, que intentaba dar forma a un variopinto muro de escudos en la calle, a diez pasos de la puerta, con los flancos cubiertos por las paredes de las casas.

—¡Tenemos que aguantar hasta que la gente esté a salvo! —gritó el zelote.

Era inútil intentar retomar las almenas, los defensores empezaban a retirarse de ellas. Emergieron entonces los estandartes de la XV reclamando las murallas. Las puertas caerían en cualquier momento ante el empuje de los arietes. El cántabro miró a su espalda. Por un momento los accesos a la Ciudad Vieja se vieron atestados, atascados, dando lugar a un embudo de gente aterrada.

—¡Paso atrás! —gritó Eleazar.

Los zelotes retrocedieron. A pesar de no ser más que una milicia, aquellos hombres, además de tener una fe inquebrantable en Dios, llevaban cuatro años luchando y sabían lo que hacían. Los supervivientes del combate en las almenas empezaban a llegar a la carrera a la línea de escudos. Sin embargo, los romanos

que los habían batido en lo alto, conscientes del peligro que suponía la lucha callejera, no iniciaron la persecución. Lo más seguro era que estuvieran esperando a que los arietes derribaran las puertas para poder acceder en masa. Arán volvió a mirar a su espalda. La multitud de gente comenzaba a disiparse.

—¡Paso atrás! —volvió a ordenar Eleazar.

Las puertas crujieron de nuevo y, esta vez, asomó por ellas la brillante cabeza plateada de carnero.

—¡Emmanuel! ¡Emmanuel! —gritó Arán al ver a su cuñado entre los hombres que se retiraban.

Se abrazaron. El hermano de Ruth tenía la cabeza ensangrentada.

—No es mía —dijo el judío al ver la cara de preocupación del cántabro—. Es de Gurión.

—¡Paso atrás! —ordenó de nuevo Eleazar.

—Las puertas no aguantarán mucho —dijo Emmanuel jadeante.

Arán se apartó para dejar pasar a su cuñado, que se refugió tras él. Al menos habían logrado sacar a la gente de sus casas. El problema era que ahora la Ciudad Vieja, un tercio de Jerusalén, tendría que albergar a una población inmensa entre habitantes, refugiados y peregrinos. Y eso no era lo peor. Tal cantidad de estómagos que alimentar estaba ejerciendo demasiada presión sobre las reservas de comida y esta, apenas quince días después de que llegaran los romanos, ya escaseaba. Se decía que en la Ciudad Alta se había llegado a pagar el pan con piedras preciosas.

En las almenas los romanos apresaban a los judíos heridos, probablemente para crucificarlos cuando llegara la noche.

Era evidente que la segunda muralla se había perdido y, con ella, todo el distrito del mercado. Eleazar ordenó entonces la retirada hacia el Templo, antes de que el ariete abriera la brecha final en las puertas.

Anochecía cuando Emmanuel convocó a sus hombres al Atrio de los Israelitas para hacerlos partícipes de las instrucciones de Eleazar. El hermano de Ruth, ante la hoguera y todavía ensangrentado, se puso en pie y se dirigió a su veintena de seguidores.

—He estado hablando con Eleazar y él a su vez lo ha hecho con el galileo y con el idumeo. Vamos a recuperar la segunda muralla. —Hubo un murmullo entre los hombres—. Usaremos las cloacas y los túneles para emerger por todas partes. Los *kittim* han ocupado las casas, tienen centinelas apostados en las

azoteas y en las torres de la muralla, pero están dispersos, y es probable que crean que nos vamos a limitar a defender la primera muralla, el Templo y la fortaleza Antonia.

—¿Y por qué no defendemos lo que tenemos? —dijo Yair.

—Porque el ataque ha sido demasiado duro para la moral de la gente. Necesitamos un golpe de mano que restablezca el ánimo —contestó Emmanuel. Hubo un murmullo de asentimiento—. Bien. Iremos en pequeños grupos. Tendremos que avanzar con cautela. Los idumeos abrirán las puertas de la Ciudad Vieja para atacar la Ciudad Nueva desde el extremo oeste en cuanto oigan los primeros gritos de alarma. Todos sabemos que los *kittim* son invencibles cuando están organizados, pero ahora están dispersos. ¿Entendido?

—Entendido —dijeron a coro la veintena de voces.

—¿Podemos confiar en los galileos y en los idumeos? —preguntó YOSHUA.

—No nos queda más remedio que hacerlo —repuso Emmanuel—. Preparaos, saldremos dentro de una hora. —Los zelotes de Emmanuel se dispersaron y este le hizo un gesto a Arán para que se acercase a él—. No podrás luchar con esas armas. Necesitas un escudo pequeño, como los nuestros, y deshacerte de esa armadura.

—Es como aprendí a luchar.

—Lo sé, hermano, pero ahí abajo, en las cloacas, necesitarás ir ligero. Si el arma de los *kittim* es la solidez, la nuestra es la agilidad.

—De acuerdo.

Emmanuel palmeó el hombro de su cuñado y le miró a los ojos.

—No te alejes mucho de mí, me siento más seguro cuando estás cerca —dijo el zelote. Y el cántabro asintió.

Una hora más tarde galileos y zelotes se daban cita en el Atrio de los Gentiles. Juntos, en grupos de veinte, treinta y cuarenta, se dirigieron a la puerta sur del Templo y hacia los túneles y cloacas que horadaban el subsuelo de Jerusalén. La trampilla por la que los hombres de Emmanuel debían acceder estaba abierta y ante ella esperaba un anciano enjuto y tuerto de un ojo que llevaba una antorcha. El hedor a desechos y excrementos que emanaba del fondo era insufrible. Arán se llevó la mano a la boca y, al igual que otros, estuvo a punto de vomitar.

—¿Estáis todos? —preguntó el anciano.

—Sí —dijo Emmanuel.

—No os separéis de mí. Eso de ahí abajo es un laberinto.

—¿Conoces bien las cloacas? —preguntó Emmanuel.

—Llevo trabajando en ellas desde que era un niño.

Aquí y allá, entre las calles, se podía ver a otros grupos de hombres descendiendo por diferentes huecos en el suelo. El anciano señaló una escala y Arán y Yair se encargaron de hacerla bajar hasta que tocó el fondo. Luego el viejo se agachó con la antorcha e iluminó el río de inmundicia estancada que había bajo sus pies. Docenas de ratas, grandes como gatos, huyeron en todas direcciones al percibir la luz. El viejo hizo con la boca un sonido parecido al que hacían aquellos desagradables roedores.

—Son unas hijas de puta —dijo el guía riendo para sí—. Aunque se les acaba cogiendo cariño. Alúmbrame y seguidme.

El anciano entregó la antorcha a Emmanuel y empezó a descender por la escala. Luego bajó Emmanuel, y a este le siguió Arán. El cántabro no pudo evitar dar una arcada cuando hundió los pies hasta la rodilla en inmundicia. Se llevó la mano a la boca. Una brisa cálida y ponzoñosa que hacía bailar las llamas de la antorcha recorría el inmundo y antiquísimo túnel de piedra. Las ratas huían de la luz. Arán oyó más arcadas a su espalda y vio vomitar a Yair. Ya estaban todos. Los últimos en bajar recogieron la escala.

—¿A qué esperas para avanzar? —le preguntó Emmanuel al viejo.

—A que hayáis vaciado las tripas.

Cuando por fin se hizo el silencio, el guía emprendió el camino. Solo se oía el chapoteo de los pies, los chillidos de las ratas y el crepitar de la antorcha. Arán sintió algo viscoso acariciándole las piernas y agradeció caminar en la penumbra. Solo pedía no resbalar. Veinte pasos más allá había una bifurcación; el viejo tomó la que llevaba a la derecha. A la izquierda oyeron el chapoteo de otro grupo de pies y el destello de otra antorcha. Siguieron adelante.

—Ahora estamos pasando por debajo del Templo —informó el viejo—. Si os fijáis bien en la mierda, podréis saber cuál es la del sumo sacerdote. —Y rio entre dientes.

Otra bifurcación, esta vez a la izquierda, bajo unos arcos estrechos y robustos.

—Aquí arriba está la primera muralla, a partir de ahí está el Tiropeón —dijo el anciano señalando al frente.

Arán miró a su espalda y luego otra vez al frente. Empezaba a acostumbrarse a la fetidez del lugar.

—A veces se encuentran cuerpos por aquí —explicó el viejo—, flotando en la mierda, atascando los desagües. Asesinatos y eso. Ya sabes. Pero las ratas suelen dar cuenta de ellos. Y bebés. Bebés encuentro muchos.

El anciano se detuvo, elevó la antorcha y señaló hacia lo alto alumbrando una de las rejillas de hierro. Más allá oyeron el chapoteo de otros hombres.

—Traed la escala —dijo Emmanuel en un susurro.

—Cuesta mover la trampilla —dijo el viejo—. Es mejor agacharse y empujar con la espalda.

Emmanuel asintió y, una vez que la escala estuvo en su sitio, hizo que se acercara a él Yehudá, el más corpulento de los hombres que le seguían. El gigante barbudo trepó por la escala, apoyó la espalda en la trampilla y empujó con todas sus fuerzas. Se oyó un chasquido metálico y la rejilla se abrió. Yehudá apartó entonces el metal hacia un lado y emergió de las cloacas.

—Suerte, hermano —le dijo Emmanuel a Arán.

67

¿Tienes frío, amigo? Acerca las manos a la hoguera. Echaré un poco más de leña. Deben de quedar un par de horas para el amanecer. Y yo que pensaba dormir un poco antes de continuar la marcha... Pero prefiero charlar. Prefiero los recuerdos al sueño, los sueños son mentiras. Al fin y al cabo, somos lo que recordamos, ¿no te parece?

Cierto, los recuerdos muchas veces también son mentira.

Nunca se supo muy bien lo que había ocurrido en el Tiropeón, el distrito del mercado que estaba encerrado entre la segunda muralla, la Antonia, el Templo y la primera muralla. De pronto, los hombres que Tito había destacado allí para defender ese sector recién ocupado se vieron rodeados por todas partes, como si los judíos hubieran caído del cielo o hubieran surgido del infierno. Fue una auténtica masacre. Si no recuerdo mal, murió un millar de legionarios aquella noche en medio de la confusión. Muchos de ellos, al no saber lo que estaba ocurriendo, intentaron huir, pero las brechas que habían abierto los arietes en la puerta y junto a la torre central de la segunda muralla no eran lo bastante amplias y se formó un embudo en el que, atrapados, murieron cientos. Tito reaccionó en mitad de la noche enviando a los arqueros para apoyar la retirada y, gracias a estos, el resto de los legionarios lograron huir de la ratonera en la que se había convertido el Tiropeón.

Al amanecer del día siguiente vimos con desánimo cómo los judíos, incansables, habían taponado las brechas y levantado barricadas. Cundió el desánimo entre las legiones. Puedo asegurarte que no hay nada más descorazonador que perder aquello que tanto ha costado ganar. Más aún cuando todo es sangre, sudor y muerte.

Nuestro joven comandante en jefe ordenó asaltos, uno tras otro, durante tres días, para recuperar el distrito del mercado. Los judíos lucharon como leones por cada palmo, con una furia y una determinación difíciles de imaginar. Cada casa, cada azotea, cada calle tomada constituían toda una victoria para nuestras armas. No hubo una hora del día o de la noche en la que no hubiera combates. Fue

agotador. Y terrible. Los días empezaban a ser asfixiantes y las noches no traían consigo frescor alguno. No había nubes en el cielo y el sol castigaba como un martillo. No sé si habrás estado alguna vez en la fragua de un herrero... Pues bien, en Jerusalén nosotros éramos el metal, metidos en un horno y golpeados con furia por el poderoso brazo del cielo. No había cantidad de agua que sirviera para calmar la sed. El aire seco abrasaba la garganta y el polvo se te pegaba a la cara y a los pulmones. Nuestras pesadas armaduras no hacían más que exacerbar esa sensación de asfixia y cansancio, de agotamiento. Y muchas veces, por las calles, no hacíamos más que perseguir fantasmas.

Los judíos, en cambio, combatían a la ligera. Muchos de ellos ni siquiera llevaban armadura. Golpeaban y se retiraban. Aparecían de repente, arrojaban flechas, venablos y piedras, y luego corrían, y se esfumaban. Aunque creo que no mentiría si dijera que perdimos más hombres por culpa del calor, la tensión y el agotamiento que por efecto de los proyectiles y las hojas enemigas.

Al final los israelitas dieron definitivamente por perdido el Tiropeón y Tito ordenó echar abajo todo el lienzo norte de la segunda muralla, piedra a piedra, para que ese distrito quedara abierto a la Ciudad Nueva y a los campamentos de la XII y la XV. Solo se dejaron en pie las torres para poder establecer guarniciones en ellas y dominar así la zona desde lo alto. También se reforzó la presencia de tropas en el mercado para evitar perder el distrito de nuevo.

Por duro que hubiera sido llegar hasta allí, no es menos cierto que tanto la segunda muralla como la tercera eran construcciones relativamente recientes y menos sólidas en comparación con los antiquísimos y robustísimos muros de sillería que protegían la Ciudad Vieja. Luego estaba la fortaleza Antonia, una mole inmensa y cuadrada que se alzaba imponente al norte del Templo. Y estaba el Templo mismo, cuyos muros llegaban a alcanzar los noventa codos de alto en algunas zonas. Lo peor estaba por llegar. He de reconocer que hubo momentos en los que dudé que pudiéramos llegar a tomar Jerusalén. Pero, como ya he dicho, ni el nuevo emperador ni su hijo podían permitirse fracasar en aquella empresa.

Tito ordenó entonces varios días de descanso e intentó llegar a un fin pactado con los judíos. Primero organizó una auténtica parada militar en la Ciudad Nueva para que los defensores fueran testigos de su poder desde las murallas. Todas las tropas formamos en cuadrículas perfectas, con nuestras armaduras relucientes y nuestros estandartes desplegados, para recibir la paga. Supongo que el objetivo era intimidar a los judíos antes de enviar una legación encabezada por Yosef ben Matthias para exigir la rendición en términos favorables para ellos.

Pero lo único que recibió el protegido de los Flavios fueron insultos y mofas desde las almenas.

¿Teómaco? Claro, fue entonces cuando establecí con él lo más parecido a una relación de amistad que podía tenerse con aquel hombre. Y, si te soy sincero, me gustaba estar con él. Tenía una visión diferente de todo, hablaba con brusquedad y sinceridad. Por eso no se llevaba bien con la mayoría de la gente. Creo que lo que más me gustaba de él es que no buscaba la aprobación de nadie, tal y como hacemos todos en mayor o menor medida, y si algo nos unió fue el hecho de que los dos habíamos perdido a la persona más importante de nuestras vidas: un amigo. También el hecho de que ahora Marcelo fuera el prefecto, y yo su mano derecha, suponía que tenía que relacionarme con nuestro médico, entre otras cosas porque Marcelo no le soportaba. Supe que detrás de las eternas borracheras de Teómaco había un sabio atormentado, que detrás de sus destellos de buen humor no había más que tristeza y melancolía. Solía decir que el humor, para ser bueno, debe contar con un fondo de tragedia. Fue con él con quien empecé a dudar de la existencia de los dioses. El ser humano, decía, estaba solo: el Olimpo estaba vacío, como lo estaban los cielos y los infiernos. Los dioses eran una construcción humana, pues el hombre prefería pensar que en su triste camino le acompañaban y observaban seres todopoderosos, aunque fueran caprichosos y crueles, porque eso era mejor que nada; habían nacido como respuesta a la incapacidad del ser humano de controlar los caprichos de la naturaleza, los vientos, las mareas, las lluvias. El terror, en suma, que suponía estar vivo. Y el terror a la muerte, al fin de la existencia, a la eterna oscuridad. Yo me limitaba a escucharle, era la mejor manera de llevarse bien con él y, de todos modos, tampoco es que yo tuviera gran cosa que aportar a esas conversaciones.

¿Que qué más decía? De todo. Muchas de las reflexiones eran suyas, aunque la mayor parte de las veces citaba a sabios de su tierra y de otras más lejanas. Decía, por ejemplo, que la vida es una enfermedad mortal de transmisión venérea, que esperar que el mundo te tratara bien por ser buena persona era como esperar que un león no te devorara por el simple hecho de que no comes carne. Que no hay nada que el hombre no sea capaz de hacer con tal de evitar la ardua tarea de pensar. Que la mayoría de quienes aspiran a la inmortalidad son incapaces de saber qué hacer en un día de asueto. Y en cuanto a los dioses, que eran el refugio de los incompetentes, de los desposeídos y de los miserables. Que al orar o al hacer sacrificios, el peticionario, lo que estaba haciendo era exigir que se suspendieran las leyes inmutables de la naturaleza en favor de alguien que

se confesaba indigno. Aunque, puestos a elegir entre las religiones más dañinas y absurdas, tenía que decantarse por la de los judíos: la sola idea de que un Dios caprichoso, retorcido y vengativo exigiese amor y alabanza le revolvía las entrañas. Por suerte, según Teómaco, la guerra que librábamos, si algo tenía de bueno, era que aquella dañina superstición acabaría sepultada bajo las ruinas del Templo.

Los judíos se negaron a rendirse una vez más, y Tito decidió pasar de nuevo a la ofensiva después de varios días de descanso. Los dos ejércitos eran como dos gladiadores que se apartan unos instantes para retomar el aliento antes de volver a la carga porque ambos saben que solo uno puede quedar en pie.

Comenzamos a construir rampas de asalto, cuatro en total. La V y la XII para amenazar la fortaleza Antonia, la X y la XV contra la primera muralla cerca de la puerta oeste de Jerusalén y del palacio de Herodes el Grande. Como siempre, los trabajos resultaron extremadamente arduos, sometidos al fuego constante del enemigo y bajo un sol despiadado. Como siempre, los judíos hacían salidas de continuo intentando desbaratar nuestra labor, aunque, por alguna razón que no logramos comprender en su momento, los ataques parecían haber perdido fuelle.

Si hay algo que vuela de hoguera en hoguera por las noches, como las pavesas, son los rumores. Se decía que tras haber perdido dos tercios de la ciudad los judíos estaban al borde del colapso, que por eso las salidas no estaban siendo tan decididas ni tan violentas como en otras ocasiones. También se decía que los suministros en la ciudad empezaban a escasear. No podía ser de otra manera. Se calculaba que, refugiados tras la primera muralla, entre combatientes y no combatientes, había cerca de un cuarto de millón de personas. Las patrullas solían capturar a hombres, mujeres y niños que abandonaban las defensas de Jerusalén para buscar por los alrededores algo que echarse a la boca. También empezaron a darse defecciones de familias enteras que aprovechaban la oscuridad de la noche para huir o para entregarse esperando, en este último caso, obtener clemencia. No creo que logran huir muchos, pero lo que sí te puedo contar es que aquellos que eran sorprendidos, o quienes se entregaban abiertamente, no vivían mucho tiempo. Lo digo porque otro de los rumores que se extendió entre la tropa fue que los judíos, al abandonar la ciudad, se tragaban monedas de oro y piedras preciosas. No sé si sabrás cómo funciona eso. Es sencillo. Te tragas las monedas, atraviesas las líneas a sabiendas de que te lo quitarán todo salvo aquello que sigue su curso por los intestinos y días después,

buscando entre las heces, recoges lo que te has tragado. Por eso, cada vez que capturaban a un judío, fuera hombre, mujer, anciano o niño, los hombres le destripaban en busca de joyas y dinero. Se lo vi hacer a un grupo de sirios en una ocasión; una familia entera, las manos ensangrentadas y viscosas removiendo las tripas y las heces de unos desgraciados que, en realidad, no tenían más que sus vidas.

Tito tuvo que poner fin a tales prácticas, no por misericordia, sino porque prefería crucificar a los judíos ante las murallas. Y esto último no era un acto de crueldad gratuita, sino calculada. El objeto era hacer saber a los defensores lo que les esperaba si huían, para que así permanecieran intramuros ejerciendo cada vez más presión sobre los escasos suministros disponibles en la ciudad. El hambre es un enemigo invisible y feroz que con el tiempo va carcomiendo toda estructura social, todo principio, toda humanidad. El hambre, querido amigo, nos convierte en bestias. Bien es cierto que una vez que los judíos capturados morían en la cruz aquellos que los habían capturado eran libres de abrirlos en canal, como a reses, para buscar tesoros entre sus vísceras.

Pero vuelvo a desviarme, te ruego que me disculpes.

Tardamos dieciséis días en levantar las rampas y, una vez más, nos preparamos para el que creíamos habría de ser el asalto final. Lo que no sabíamos era que, mientras nosotros habíamos estado trabajando en la superficie, los judíos habían estado trabajando en el subsuelo.

JERUSALÉN
VERANO 70 D. C.

El angosto y umbroso túnel era asfixiante. Olía a aceite quemado y a sudor. Todo era calor, polvo y gruñidos de esfuerzo. Cientos de hombres en taparrabos, con los torsos fibrosos y brillantes, trabajaban a la luz de tenues llamas bailarinas, a turnos, día y noche, horadando la roca sobre la que se asentaban los pilares de la fortaleza Antonia y, más allá, las rampas romanas. Costaba respirar. Tintineaban los picos y las palas al chocar contra la piedra viva, muchachos jóvenes se encargaban de sacar, en grandes cestos, montones de tierra y roca que más tarde serían utilizadas como proyectiles. El progreso era lento, penoso en ocasiones, pero continuo, incesante. Cuando en la superficie no había combates, o cuando los romanos dejaban de trabajar en sus rampas, los judíos también se detenían. No podían permitir que los oyeran, pues, a pesar de estar trabajando a varios codos bajo tierra, cientos de picos hubieran alertado a un oído experto de las intenciones de los defensores.

La mina había sido idea de uno de los hombres de Yohanan el galileo y fue abrazada con entusiasmo por parte de los zelotes de Eleazar. A medida que avanzaban cavando el túnel, se iban asentando robustos postes cilíndricos de madera destinados a sostener la estructura y, en la base de estos, se colocaba leña seca embadurnada de pez y betún. Cuando llegara el momento, los defensores abandonarían el túnel y prenderían la madera. Entonces las llamas roerían la base de los postes y, cuando estos se consumieran, todo lo que hubiera encima se derrumbaría y sería engullido por la tierra.

Arán tosió por culpa del polvo, dejó el pico apoyado en la roca y pidió agua. Una muchacha escuálida, de unos diez años, se acercó a él a la carrera y le entregó un odre con agua fresca. El cántabro bebió y sintió cómo el líquido arrastraba el polvo que tenía acumulado en la garganta.

—Gracias —dijo el cántabro.

Volvió a coger el pico con ambas manos y golpeó la roca viva con fuerza. Los alimentos empezaban a escasear y se había procedido al racionamiento. Por suerte, en el Templo aún quedaban reservas, pero en otras zonas de Jerusalén se decía que la situación empeoraba día a día. «Y si no obedecéis, comeréis la carne de vuestros hijos», había dicho el Dios de los judíos. Aquella frase resonaba en la mente de Arán como el eco de los picos en el túnel. La presencia de las tropas romanas era el castigo de Dios por la iniquidad de los judíos; no eran un poder externo, sino la mano misma de Yavé. O eso decían. Por tanto, se habían establecido patrullas que recorrían la ciudad asegurándose de que se guardaba la Ley, y estas ejecutaban sumariamente a quienes estaban bajo sospecha: no cumplir con el *sabbat* —salvo si se combatía—, sodomía, comer productos prohibidos, mujeres que no atendían a los preceptos del decoro, particularmente aquellas capaces de entregar su cuerpo por un poco de comida...

Un sordo golpeteo de cazuelas de metal recorrió el túnel. Era la señal convenida para detener los trabajos. Arán dejó de picar; salvo por las toses de algunos hombres, la mina se sumió en el silencio. El cántabro aguzó el oído. Por lo general, desde las entrañas del túnel, podía escucharse el ahogado rumor del combate continuo que se libraba para evitar el progreso de las rampas, o el repiqueteo de las herramientas de los romanos, como el mar a través de una caracola, pero cuando sonaban las cazuelas era para indicar que el ruido en la superficie había cesado y que debían dejar de trabajar para no alertar al enemigo.

El túnel empezó a temblar, ligera y casi imperceptiblemente al principio, pero, poco a poco, con mayor intensidad. Arán miró hacia lo alto de la oscura caverna en la que llevaban trabajando dieciséis días, tanto como los romanos en sus rampas. La tenue luz de las lámparas se reflejaba en la roca viva. Sintió que la respiración y el corazón se le aceleraban, que le temblaba el cuerpo. Le aterraba quedar sepultado allí dentro. Cerró los ojos para procurar controlar la ansiedad.

—¡Fuera! ¡Fuera! —ordenó una voz—. ¡Prended la leña! ¡Rápido! ¡Fuera!

Arán se quedó pasmado un instante. Había llegado el momento. Vio que uno de sus compañeros, antes de salir corriendo, cogía una lámpara de aceite y la estrellaba contra el suelo, sobre la madera seca que yacía en torno a la base de los postes que sostenían el túnel. El cántabro hizo lo mismo, se agachó, cogió una de las lámparas de aceite, la estrelló contra el base del poste que tenía más cerca, aferró el pico y emprendió la carrera hacia el exterior. A juzgar por lo robusto de las vigas, el fuego aún tardaría cerca de una hora en socavar la estructura, aunque la mina ya empezaba a iluminarse y a llenarse de humo. El joven comprendió al instante que el temblor se debía a que las legiones estaban

en marcha y se disponían a asaltar la fortaleza Antonia, el imponente baluarte que protegía el flanco norte del Templo y que en manos del enemigo hubiera supuesto toda una amenaza. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Qué pasaría si los romanos se hacían con la Antonia? ¿Cómo pondría a Ruth a salvo? ¿Dónde? La mina no podía fallar. No debía fallar. El dios de los judíos no lo permitiría.

Cuando emergió a la superficie, le cegó la luz del sol. Había entrado en el túnel cuando aún era de noche y ahora amanecía. Agradeció el frescor de la mañana y el aire limpio del exterior.

—¡A las armas! —gritaba uno de los hombres de Eleazar a lo lejos.

—¡A las armas! —coreaba otro un poco más allá—. ¡A la Antonia!

Arán ayudó a salir de la mina a los últimos rezagados, entre ellos a Yair, a YOSHUA y a Emmanuel. El humo gris, cada vez más denso, también empezaba a trepar hacia la superficie.

—Se van a llevar una buena sorpresa —dijo Yair entre toses.

—Vamos allá —dijo Emmanuel.

Todos estaban cansados, apenas habían dormido, no habían comido mucho, pero era necesario hacer un último esfuerzo.

La mole cuadrada de sillaría que era la Antonia, con las almenas atestadas de defensores, soportaba la acometida de las legiones. El combate estaba siendo feroz. Desde el sector del muro exterior del Templo que abrazaba el Atrio de los Gentiles, los hombres de Emmanuel poco podían hacer salvo observar el devenir de la batalla. Los arietes romanos golpeaban los sillares con insistente cadencia, como la constante gota de agua que agujerea la roca. La artillería y los arqueros enemigos disparaban contra las almenas. Se oían las tubas y los gritos. Arán pudo ver a lo lejos, una vez más y junto a los estandartes de la XII, las enseñas de la Cohors II Cantabrorum. Supuso que su antigua unidad estaba dispuesta a intervenir cuando se hubiera abierto una brecha en las defensas.

—¿Por qué no se desploma? —preguntó Yair preocupado e impaciente.

—Dale tiempo —dijo Emmanuel.

El cántabro no pudo evitar preguntarse qué ocurriría si el destino le llevaba a enfrentarse a sus antiguos compañeros. ¿Sería capaz de levantar la espada contra ellos?

Y volvió a pensar en Ruth, en cómo ponerla a salvo. Antes de que su esposa le dijera que estaba embarazada, ni siquiera se lo había planteado, había estado luchando donde creía que debía hacerlo, por lo que consideraba justo, pero ahora

su mundo volvía a estar boca abajo. Ya no era cuestión de bandos, ya no era cuestión de ser un perro o un lobo, ni de antepasados, ni de justicia, ni de honor, ni de lo que pudiera ser correcto o incorrecto. Ahora se trataba de algo mucho más grande que jamás hubiera pensado pudiera existir. «Y si no obedecéis, comeréis la carne de vuestros hijos». Había un único bando, y este crecía en las entrañas de Ruth. Solo podía esperar que Yair, Yoshua, Emmanuel y todos los demás estuvieran en lo cierto en cuanto a los textos sagrados y a la inminente llegada de su Dios todopoderoso y vengativo. Porque Roma no se detendría...

—¡Mirad! —dijo Yair señalando con el dedo hacia las rampas.

El extremo de una de las estructuras levantadas por los romanos empezaba a hundirse en el suelo, lentamente, como una nave en alta mar en la que se ha abierto una pequeña vía de agua. El paulatino hundimiento duró unos breves instantes durante los cuales todos contuvieron la respiración. Incluso los combates parecieron detenerse. Y, de pronto, un terrible estruendo seguido del repentino derrumbe de las rampas, de gritos de terror, del crujir de la madera de pilares y arietes. Luego, una enorme nube de polvo y humo surgiendo de las entrañas de la tierra, extendiéndose por la Ciudad Nueva como una tormenta de arena gris, trepando por los sólidos muros de la fortaleza Antonia, cegándolo y cubriéndolo todo; las casas, las líneas romanas, los estandartes. Se hizo el silencio mientras la nube se disipaba como la niebla en verano para ir dejando al descubierto un amasijo de pilares, piedras, armaduras, cuerpos y maquinaria de asedio en llamas.

Un clamor de victoria surgió de las miles de gargantas resacas de los defensores, incluida la de Arán, que, al instante, sintió que los brazos de Yair le envolvían el cuerpo mientras gritaba ebrio de triunfo hasta la afonía.

Esa misma mañana los hombres de Simón bar Giora, en la primera muralla, aprovechando la conmoción causada por el derrumbe de las rampas que hasta entonces habían amenazado la fortaleza Antonia, iniciaron en su sector una impetuosa salida en masa contra las tropas que lo asaltaban, destruyendo torres de asedio, incendiando arietes y llevando la lucha hasta el corazón de la Ciudad Nueva. Los combates duraron hasta la puesta de sol, momento en el que los romanos contraatacaron y los judíos volvieron a replegarse tras la primera muralla.

Todo Jerusalén festejó la victoria.

¿Había esperanza?

69

Desánimo, conmoción, desaliento, desesperanza. Acabábamos de aferrar nuestros escudos y Marcelo no había hecho más que dar la orden de avance cuando las rampas se desplomaron ante nuestros ojos, a cien pasos de distancia. Al principio no comprendimos muy bien lo que estaba ocurriendo. Pero tuvimos suerte, de eso no hay duda. De haber recibido la orden de avanzar un poco antes, la cohorte hubiera acabado engullida por la tierra igual que otras muchas unidades que había ya en las rampas.

Fue aterrador, en gran parte por lo inesperado y repentino de la catástrofe. Jamás habíamos visto nada igual: el suelo abriéndose como la boca de un gigante para tragarse en un momento el trabajo de tantas jornadas, la fortaleza Antonia desafiante, los alaridos de victoria de los judíos, los gritos desesperados de las tropas romanas... El caos. Sé que no fui el único que en aquel momento pensó que esa guerra no acabaría nunca.

De hecho, al día siguiente, recibimos la orden de comenzar a levantar un muro de circunvalación que sellara la ciudad al completo. Pero no quedaba madera en..., no sé qué decirte..., ¿una milla a la redonda de Jerusalén? ¿Dios? No había un solo árbol en pie, ni una casa, ni un establo, nada. Necesitábamos madera para la empalizada, para las hogueras y para los nuevos arietes. Te aseguro que Roma ha ganado más guerras a base de pico y pala que mediante la espada y la lanza. Y Tito no estaba dispuesto a darse por vencido, no podía hacerlo, no tenía más opción que la victoria.

Sabíamos que el hambre llevaba tiempo haciendo mella en los defensores, que muchos abandonaban la seguridad de las murallas por las noches en busca de alimento. Pero nuestro comandante quería estrechar el cerco hasta el límite y estrangular la ciudad. En menos de siete días el cerco quedó completo: una enorme empalizada moteada de pequeños fuertes que nacía y moría en el campamento que se había establecido en la Ciudad Nueva y corría desde allí hasta el monte de los Olivos, donde acampaba la X. Luego hacia el sur, oeste, norte hasta el campamento de la V, y otra vez este. A lo largo de esos días no

hubo asaltos, pero el efecto sobre la moral de los judíos tuvo que ser devastador.
¿Alguna vez has sentido el aguijón del hambre?

Yo tampoco. O al menos no como debió de azotar Jerusalén durante el asedio. He tenido hambre muchas veces, claro que sí; te duele la cabeza, te mareas, te encuentras débil, irascible. Pero no hablo de ese tipo de hambre. Me refiero al hecho de no tener absolutamente nada que llevarte a la boca durante días. La gente enloquece, querido amigo. Enloquece.

Por lo visto, a esas alturas, la ciudad había llegado al límite. No solo faltaba comida en las casas, también en los graneros. La gente, por no perder un bocado, por miedo a que se lo arrebataran o incapaz de esperar a saciar el hambre, comía el trigo que lograba obtener sin molerlo y engullía crudos los alimentos. Tampoco se cocinaba, porque el olor a comida hubiera atraído a otras almas hambrientas. Las mujeres quitaban de la boca la comida a sus maridos, los hijos a los padres, las madres a sus bebés. Toda pátina de estructura social empezó a desmoronarse. Mientras tanto, patrullas de hombres armados recorrían las calles en busca de comida, echaban puertas de las casas abajo y torturaban a sus moradores para que les entregasen lo que tuvieran. Al fin y al cabo, quienes defendían las murallas se veían con el derecho a comer los primeros. Se mataba por un trozo de pan mohoso o por un puñado de harina. Cuentan que las calles atestadas se veían repletas de gente pálida que vagaba sin sentido y en silencio, como fantasmas, con la mirada perdida, y que aquel que se desplomaba era despojado de inmediato de todo cuanto pudiera tener.

En un principio aquellos que habían ido muriendo habían recibido sepultura, pero a medida que las fuerzas iban siendo necesarias para otras cosas y que las muertes se sucedían y se acumulaban, cebándose primero con los más débiles, los ancianos y los niños, los judíos dejaron de dar sepultura a sus muertos y a deshacerse de ellos tirándolos a las cloacas o desde las murallas. Más tarde los cuerpos simplemente se abandonaban allá donde habían caído y en las calles, antaño llenas de vida, se empezaron a amontonar los cadáveres. Un olor fétido envolvió la ciudad. Y, mientras tanto, aquellos que huían y eran capturados acababan crucificados ante las murallas. Moscas y más moscas. Moscas por todas partes, cientos de miles de moscas verdes y negras. Hedor a muerte. A medida que los cuerpos se iban descomponiendo, fluía de ellos un desagradable líquido parduzco y pestífero. También fueron muriendo los llantos y los lamentos porque el hambre, querido amigo, lo ocupa todo y no deja lugar al sentimiento, ni al remordimiento, ni al recuerdo. Ni siquiera a la esperanza. Las casas se convirtieron en tumbas.

Había quienes recurrían a las cloacas en busca de algo que echarse a la boca, rebuscaban entre las heces comida sin digerir para echarla a la cazuela. Se dice que las ratas desaparecieron del subsuelo de Jerusalén, se cocían sandalias y cinturones de cuero, no había nada que la gente no comiera. Es imposible, por mucho que se describa, llegar a entender un hambre tan extrema.

A nosotros, en cambio, nos llegaban suministros desde Cesarea y Siria constantemente y, conscientes de la situación que se vivía en Jerusalén, muchos soldados hacían ostentación de su comida acercándose a las murallas y enseñando hogazas de pan y trozos de carne. Es más, solíamos esperar a que el viento soplara en dirección a la ciudad para cocinar. Mientras tanto, en el Templo, seguían haciéndose sacrificios al dios de los judíos.

Tito envió de nuevo una embajada encabezada por Yosef ben Matthias. El cerco, el hambre y el cansancio, debió de pensar nuestro joven general, habrían hecho recapacitar a los rebeldes. ¿Sabes cuál fue la respuesta de los defensores? Rieron. Rieron y se mofaron de Yosef ben Matthias. Le llamaron cobarde y traidor, y dijeron que se compadecían de los romanos porque en cualquier momento el Templo sería salvado por aquel que lo habitaba.

Aun rodeados de muerte y debilitados, los israelitas seguían mostrándose desafiantes. Tal es el poder de la fe judía, amigo mío. Y es que ellos creían que todo eso no era más que una prueba, el prelude al fin de los tiempos. Que debían soportar todo lo que su dios les enviara porque solo así se mostrarían dignos ante él y solo entonces descendería de los cielos para vengarse de sus enemigos.

Empezaron entonces a correr rumores de que los judíos habían empezado a comerse entre ellos.

Era demencial, sí. Demencial, pero te aseguro que esa actitud también nos afectó a nosotros. Sencillamente no comprendíamos la locura que se había apoderado de los defensores. Algunos incluso temían que pudieran tener razón y miraban a las alturas buscando señales de furia divina.

El verano barría la tierra. Los días eran claros, cegadores y asfixiantes. Las noches estrelladas. Y dado que Tito no quería esperar a que la ciudad cayera por sí sola como una fruta podrida, volvimos a echar mano de los picos para levantar, una vez más, rampas de asalto contra la fortaleza Antonia, cuatro en total.

De nuevo, trabajo, sudor y polvo bajo constante fuego enemigo. Tesón contra fe, tenacidad contra terquedad... Exactamente lo que me había contado mi abuelo.

70

JERUSALÉN
CIUDAD ALTA
VERANO 70 D. C.

Las provisiones en el Templo se agotaban y los romanos, lejos de retirarse, volvían a levantar rampas contra la fortaleza Antonia.

Ruth estaba pálida, demasiado pálida. Y muy delgada. Era como si su cuerpo se estuviera consumiendo poco a poco, como la llama a la que empieza a faltarle el aceite. Arán le había instado a que ahorrara fuerzas y a que permaneciera inmóvil, ahora no se trataba ni de ella ni de él, sino de la vida que crecía en su interior. Dado que la escasa comida disponible estaba reservada para los combatientes, el cántabro, cada vez que recibía su ración, comía un poco y guardaba el resto para su esposa, que tenía que comerse el trigo o la cebada crudos, y tenía que hacerlo rápido. Era peligroso cocinar, porque el olor a comida atraía cuerpos enfermos que eran capaces de cualquier cosa por llevarse algo a la boca.

Tenía hambre. Sentía pinchazos en el estómago, mareos, vahídos. Hacía días Yair se había desplomado en la muralla, de pronto, debido al calor y la desnutrición. Estaba vivo, pero muy débil. Por Yoshua no habían sido capaces de hacer nada. El *kohen* se desvaneció, se golpeó la cabeza y ya no volvió a despertar, aunque su muerte sí que les sirvió de algo al resto de los hombres de Emmanuel. El zelote, alegando que Yoshua estaba demasiado débil como para recoger su ración, había ido a que se la entregaran y la había dividido en diez miserables partes. A eso se había reducido el grupo de hombres del hermano de Ruth.

Arán se unió a una de las partidas organizadas por sus compañeros zelotes. Tenía que conseguir comida. Se decía que en la Ciudad Alta, donde una medida de trigo había llegado a cambiarse por un talento de plata, aún quedaban reservas. La partida, compuesta por una veintena de hombres, entre ellos

Emmanuel, recorrió las fétidas callejuelas de la Ciudad Baja. Sobre los adoquines no había más que cuerpos en diferentes estados de descomposición, muchos de ellos amontonados a los lados, otros simplemente tendidos en medio de la vía. Las puertas y las ventanas de las casas estaban cerradas, nubes de moscas zumbaban y alzaban el vuelo a su paso. Caminaban con la boca y la nariz cubiertas por un trapo húmedo que se veían obligados a apretar contra el rostro con la mano. Era mediodía y hacía calor. El silencio se había adueñado de un barrio antaño bullicioso y lleno de vida. Encerrado en el recinto del Templo, Arán no se había dado cuenta de hasta qué punto la muerte se había enseñoreado de Jerusalén.

Antes de llegar a la Ciudad Alta, se cruzaron con una patrulla de idumeos, hombres de Simón. Probablemente estuvieran haciendo lo mismo que ellos. Hubo miradas recelosas entre ambos grupos.

El aspecto de la zona más pudiente de la ciudad no era muy diferente al del resto. Las casas eran grandes y lujosas, pero, al igual que en la Ciudad Baja, las calles yacían silenciosas. Muchas de las puertas estaban hechas añicos y en las paredes de algunas de las viviendas, escritas con sangre, estaban las palabras «traidor» o «romano». Se sabía que Simón bar Giora y sus idumeos habían ejecutado a algunos aristócratas porque se temía que estuvieran planeando entregar la ciudad a los romanos.

Arán se asomó a una de las viviendas cuya puerta estaba abierta de par en par.

—Ahí no encontrarás nada —dijo uno de los zelotes—. Los hombres de Simón la habrán desvalijado por completo. Tenemos que buscar puertas que estén cerradas.

Siguieron vagando por las callejuelas, sorteando cuerpos, esquivando charcos de inmundicia. Salvo las moscas, no había nada que tuviera un mísero soplo de vida, ni un perro, ni un gato, ni una paloma, ni una rata. Nada. El cántabro se detuvo de pronto, como el lobo al olfatear una presa. Olía a comida. Los hombres de la partida de la que formaba parte se miraron entre ellos.

—Por aquí —dijo Arán torciendo a la derecha con premura.

El resto le siguió. El cántabro empezó a salivar. Le rugieron las tripas. Conocía ese olor, conocía ese aroma delicioso. Provenía de una inmensa vivienda que había conocido tiempos mejores. La puerta estaba cerrada. Arán percibió movimiento por el rabillo del ojo. A lo lejos, por una esquina de la calle, vio que asomaba el rostro demacrado de un muchacho de unos ocho años. Era probable que al chiquillo también le hubiera atraído el olor. El niño, asustado, volvió a ocultarse.

—Echemos la puerta abajo —dijo uno de los zelotes—. Tenemos que darnos prisa antes de que vengan otros.

Arán intentó empujar la puerta con la mano antes de que nadie cogiera carrerilla e intentara derribarla empotrándose en ella. Cedió sin necesidad de esfuerzo. Los goznes chirriaron. Por alguna razón no estaba atrancada. El joven se sintió extraño al penetrar en una vivienda amplia y lujosa como aquella sin haber sido invitado. No había lámparas encendidas, ni nadie que se aprestara a impedirles el paso o a preguntarles quiénes eran. Al fondo se veía un amplio patio que, no mucho tiempo atrás, debió de haber estado cuidado y ser bello. Las paredes estaban decoradas con coloridos frescos de imágenes bucólicas, de campos en flor, de trigales listos para la cosecha. El suelo estaba decorado con mosaicos, uno de ellos representaba una gran *menorah*, otros eran abstractos, otros mostraban cálices e inscripciones en hebreo.

Los zelotes siguieron a Arán y al olor a comida. Lentamente, paso a paso, con cautela. El cántabro no hubiera sabido explicar por qué sentía la misma asfixia que cuando había estado trabajando en la mina. Desenvainó por instinto y siguió avanzando hacia el patio central de la vivienda. El olor a carne asada era cada vez más intenso. Cerdo. Era cerdo. Si sus compañeros no se dignaban a comerlo, lo haría él. Lo importante era sobrevivir. Y a Ruth no le diría lo que era.

Alzó la mano para que los hombres que le seguían se detuvieran y aguzó el oído. Alguien estaba cantando una nana. A juzgar por la voz, se trataba de una muchacha joven. Era una bellísima tonada. Por un momento le recordó a su madre y a su aldea, a su niñez. La nana surgía del mismo lugar que el olor a comida. Arán miró a sus compañeros; tenía hambre y el olor mismo de la carne le estaba poniendo nervioso, pero no se veía capaz de despojar a una joven y a su hijo de lo que probablemente fuera lo último que comieran.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emmanuel.

—Nada... Están cocinando cerdo. Probablemente sean *kittim*.

—Si hay cerdo, habrá otras cosas —dijo Emmanuel—. Necesitamos comer. Necesitamos estar fuertes para defender el Templo.

—Lo sé..., pero...

—Y Ruth necesita comer —dijo Emmanuel.

No. No lo había olvidado. Ruth necesitaba comer. Pero ¿acaso la muchacha que cantaba no? Emmanuel tenía razón. Arán asintió.

—Vamos —dijo el cántabro.

Bordearon el impluvio, de aguas verdes y estancadas, y se dirigieron a la cocina, hacia la nana. Arán empujó la puerta y entró en la penumbrosa estancia.

La muchacha dejó de cantar al percibir una presencia y se volvió lentamente, sin alarma, como si en realidad los estuviera esperando. Era joven, agraciada, vestía una bella túnica azul de seda con bordados de oro. Sonrió al ver al cántabro. Estaba sentada ante una hoguera y hacía girar un espetón en el que había ensartado lo que parecían ser las ancas traseras de un cochinillo. El olor era delicioso.

—*Shalom* —dijo Arán.

—*Shalom* —dijo la muchacha—. Han muerto todos —dijo sin más. ¿Verdad, Yehudá, mi niño bonito? —dijo dirigiéndose al espetón—. ¿Os apetece?

Había locura en su voz, una locura serena, tranquila, la locura de quien se ha hundido en la desesperación más profunda. La muchacha volvió a centrarse en su tarea y siguió cantando la nana. Arán volvió a fijarse en la carne que daba vueltas sobre las llamas. En vez de pezuñas había unos pies diminutos y cinco dedos en cada uno. Horrorizado, y con los ojos hechos ya a la penumbra, vio que el cuerpecito correspondía a un bebé de unos seis meses, destripado, al que la punta del espetón le salía por la boca.

Sintió una arcada que le hizo reaccionar y salió corriendo de allí apartando a los zelotes a un lado. Al llegar a la calle apoyó las manos en una pared y su cuerpo entero sufrió un espasmo. Empezó vomitando aire, luego el medio puñado de cebada que había comido esa mañana y después bilis. Al poco tiempo salieron de la casa Emmanuel y los otros conmocionados y con las espadas ensangrentadas. Nadie dijo una palabra. «Y si no obedecéis, comeréis la carne de vuestros hijos».

—Vámonos —dijo Emmanuel cuando todos lograron recuperarse un poco del más terrible espectáculo que jamás hubieran presenciado.

Los zelotes volvieron por donde habían venido. Antes de doblar la esquina Arán volvió la mirada atrás. El muchacho que había visto ocultándose en el otro extremo de la calle cuando habían llegado a la casa estaba de rodillas en el suelo, ante la puerta, devorando con ansia el vómito del cántabro.

Tenía que sacar a Ruth de allí.

En los días que siguieron, los romanos, incansables, tercos, empecinados, completaron cuatro rampas para amenazar la fortaleza Antonia. Era descorazonador observar desde las almenas su progreso constante. Y más desalentador aún saber que, aun habiendo tenido fuerzas para volver a derribarlas, estas se habrían vuelto a levantar.

Tres millares de hombres, entre zelotes y galileos, se congregaban en el patio de la Antonia para llevar a cabo una salida cuyo objetivo era incendiar los arietes que ya empezaban a remontar las rampas. Arán se había abrochado las correas de la armadura al máximo y, aun así, esta parecía bailar. Además, pesaba como si fuera de plomo. Quizá debería haberla dejado atrás, junto con el pesado escudo de la XII que había decidido sustituir por uno redondo y más pequeño. Sintió un mareo y se tambaleó un poco.

—¿Estás bien? —preguntó Emmanuel a su lado, con los ojos hundidos en las cuencas.

El aspecto de su cuñado era lamentable. Él mismo no debía de estar en mejores condiciones. Y eso a pesar de haber sido seleccionados por su fortaleza física en comparación con el resto. Se oían las tubas romanas a lo lejos. Las legiones se preparaban para el asalto.

El cántabro había visto las posiciones enemigas desde las almenas de la Antonia; las líneas compactas de arqueros, las defensas de mimbre, los escorpiones romanos... Estos últimos lanzaban grandes saetas capaces de atravesar líneas enteras de hombres o de ensartar a varios como sardinas en un espetón.

—Dios está con nosotros —dijo Yair a su lado mirando al cielo—. Ya no falta mucho.

En su voz había esperanza, una esperanza triste y desolada, con un tinte de desamparo. Pero esperanza al fin y al cabo. Se abrieron entonces las puertas laterales de la Antonia y, a paso ligero, una masa de defensores, en apariencia decididos, emergieron de la imponente fortificación rumbo a los arietes.

71

JERUSALÉN
CIUDAD NUEVA
VERANO 70 D. C.

Tarde o temprano tenía que ocurrir. Cuando las puertas de la Antonia se abrieron, los escorpiones romanos y los arqueros abrieron fuego. Las flechas de los sirios oscurecieron el sol, silbaron y cayeron sobre el enemigo como una tormenta de muerte. Marcelo levantó la espada y Noreno, a su lado, imitó el gesto. Se oyó el siseo de las armas a su espalda. La Cohors II Cantabrorum, junto con otras unidades auxiliares, estaba preparada para cargar. El objetivo era chocar contra los judíos para evitar que entorpecieran el progreso de los arietes.

—Suerte —dijo Marcelo.

—Suerte —repitió Noreno.

—¡A la carga! —rugió el prefecto de la unidad.

Los cántabros, flanqueados por sirios y mauritanos, recorrieron a grandes zancadas el espacio que los separaba de la masa de judíos. Escorpiones y arqueros dejaron de disparar para no dañar a la infantería auxiliar. Desde las almenas caían piedras y flechas sobre los arietes y las unidades de infantería que los apoyaban en su ascenso. Mientras tanto, por el flanco de la rampa más oriental, miles de defensores formaban una línea de escudos y jabalinas destinada a proteger la labor de aquellos que corrían con antorchas, pez y betún, dispuestos a incendiar la maquinaria de asedio.

La oleada de flechas había abatido a un buen número de judíos, pero ahora llegaba lo más difícil: luchar sin apoyo y bajo las saetas enemigas. La cohorte cántabra recibió una salva de jabalinas antes de impactar contra los defensores. Noreno, en primera línea, empotró el escudo contra el hombre que tenía delante, tal y como le había enseñado a hacer Marcelo en los interminables y continuos entrenamientos. Luego lanzó una estocada que alcanzó el vientre de un judío. La armadura reluciente del cántabro recibió una lluvia de gotas de sangre.

Algo había cambiado. No sabía el qué, pero algo había cambiado. Los judíos, en vez de mantenerse firmes, retrocedían, sus tajos y estocadas habían perdido fuerza. Parecían estar luchando contra un enemigo diferente, menos resuelto, más dubitativo, más débil. Parapetado tras su enorme escudo, Noreno dio un paso al frente, esperó paciente a que el gigante barbudo que tenía ante él descargara uno, dos y tres golpes rabiosos contra su defensa antes de lanzar una estocada. El gigante se desplomó y Noreno dio un paso más al frente con los ojos fijos en el siguiente. No había alcanzado aún la pericia de Marcelo, pero el amigo de su padre le había enseñado a mover los pies, la cadera, la muñeca, a embestir con el escudo, a predecir los movimientos del enemigo. A mantener una calma fría en medio del combate. A su lado, Marcelo segaba vidas como si su cuerpo mismo fuera una guadaña. Siguieron avanzando. Paso a paso, abriéndose camino, pisando vísceras y charcos de sangre, rematando a los caídos hundiendo el canto del escudo en la garganta de los desgraciados.

Y, de pronto, todo eran espaldas enemigas, hombres huyendo hacia la seguridad de la Antonia, cadáveres y más cadáveres a su alrededor, hombres agonizantes. En una situación así el instinto le pedía a cualquier guerrero iniciar la persecución, pero no eran guerreros, sino soldados.

—¡Alto! —gritó el prefecto.

—¡Alto! —coreo Noreno.

Y la cohorte se detuvo.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Mientras los defensores se refugiaban en sus defensas, la Cohors II Cantabrorum retrocedía de espaldas, poco a poco, junto con sirios y mauritanos. La salida había sido desbaratada en un suspiro. Los judíos no solo no habían logrado incendiar la maquinaria de asedio, que en ese momento alcanzaba los muros y empezaba a golpearlos, sino que se retiraban en absoluto desorden.

A media mañana los israelitas volvieron a intentar efectuar una salida y, una vez más, los cántabros cargaron. El combate a las faldas de la Antonia duró aún menos que el anterior. Los defensores estaban exhaustos. De vuelta en las líneas Marcelo palmeó la espalda de Noreno y sonrió.

—Tienes que practicar ese revés —dijo—. Por lo demás, perfecto.

Noreno se sintió orgulloso de sí mismo. Después de cinco años no solo había alcanzado un puesto preeminente en su unidad, sino que un soldado bregado como Marcelo se permitía el lujo de alabarle. Bien era cierto que lo primero nada tenía que ver con méritos propios, pero lo segundo sí. Como hombre de confianza del prefecto de la cohorte, el resto de sus compañeros le dispensaban

ahora un respeto que no dejaba de ser gratificante, y él empezaba a acostumbrarse al mando, a organizar las guardias y la intendencia. Relacionarse con Teómaco y prestarle oídos también resultaba interesante. La conversación del griego siempre adoptaba derroteros impensables que, dentro de su lógica interna, estaban cargados de sabiduría. Ya no era el muchacho inseguro y soñador que había sido al salir de la aldea. Había cosas que hacer, y las hacía, había reglas que cumplir, y las cumplía. Se había hecho un hueco en el mundo en el que se sentía cómodo, se había creado una vida que, de haberle sido arrebatada, hubiera echado de menos. Sí, se coqueteaba con la muerte, pero, por primera vez en su vida, Noreno tenía un alto concepto de sí mismo.

Los judíos no volvieron a efectuar ninguna salida y los cántabros, junto con el resto de las tropas, en perfecta formación, tuvieron que limitarse a observar el mísero progreso de los arietes y la continua lluvia de piedras que caía sobre ellos.

Atardeció. Se relevó a las dotaciones.

Anocheció. Y los arietes se retiraron para continuar su penosa labor a la mañana siguiente. Los inmensos sillares de la Antonia apenas se habían movido, no había grietas en los muros, ni señal alguna de que la mole defensiva hubiera sufrido daños. Como parte de sus nuevas responsabilidades, Noreno pasó por la enfermería para interesarse por la media docena de cántabros que recibían los cuidados de Teómaco y preguntó por el griego que, en ese momento, se encontraba en la taberna de campaña que Tito había ordenado construir para solaz de los legionarios. Muy cerca de allí también se había habilitado un conjunto de viviendas en las que una legión de prostitutas, de diversas edades y procedencias, ofrecían sus variados servicios. Un hombre que está dispuesto a morir y a matar, que está rodeado de muerte, para quien cualquier día puede ser el último y que ha visto morir a sus compañeros, necesita saber que, cuando vuelva al campamento, podrá celebrar la suerte de seguir vivo un día más. Puede que Tito no fuera el más hábil de los generales, pero conocía a la tropa, disfrutaba de los excesos del vino, entendía a sus hombres y lo que necesitaban.

Mediaba la noche. Noreno caminaba hacia la taberna después de haber cenado unas gachas con tocino cuando se oyó un terrible estruendo proveniente de la Antonia. ¿Una nueva estratagema de los judíos?

Sonaron las tubas llamando a las armas y el cántabro dio media vuelta y corrió hacia su tienda de campaña para aprestarse al combate. Mientras corría

esquivando a hombres apresurados que se dirigían a sus puestos el cántabro no podía evitar preguntarse qué sería lo que estaba ocurriendo. ¿Un ataque nocturno? ¿Un nuevo derrumbe de las plataformas? ¿Qué habría ocurrido? Tuvo que detenerse de pronto cuando vio a una docena de jinetes cabalgando a toda prisa hacia las puertas del campamento. Era Tito con sus legados.

Cuando llegó a su sección del campamento los cántabros empezaban a formar. Marcelo se acercó a él.

—Voy a ver qué ocurre, ocúpate de que estén listos —dijo el prefecto. Y salió corriendo hacia la empalizada.

Noreno entró en la tienda que compartía con Marcelo, se puso la armadura y el casco, se colgó el tahalí y aferró el escudo. Cuando volvió a salir, la cohorte estaba formada casi al completo. Sus armaduras brillaban a la luz de las hogueras. Murmuraban. Todos se preguntaban qué habría podido ocurrir. Media hora después volvía el prefecto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Noreno.

—La muralla norte de la Antonia se ha venido abajo —informó Marcelo con satisfacción.

—¿Cómo?

—Los cimientos debieron de resentirse cuando cavaron la mina y ahora solo ha hecho falta un empujón. Es todo un montón de escombros. Las torres siguen en pie, aunque, por lo visto, los judíos se han dedicado a levantar un muro secundario.

—¿Eso son buenas o malas noticias?

—Buenas, en principio. ¿Recuerdas Jotapata?

—¿El ataque nocturno?

—Exacto. Es lo malo que tiene hacer las cosas bien.

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de noches, pero solo si falla el asalto frontal que se está planteando para mañana. La Antonia es ahora como un hormiguero al que le han dado una patada.

Así es, querido amigo, nosotros seguíamos siendo los cántabros de Valerio. Tito aún se acordaba de aquello, para bien y para mal. Y, lo que es más importante, nadie más hubiera querido hacerlo.

Imagínatelo: la rampa en la oscuridad, ascendiendo hacia la muralla derrumbada de la Antonia, todo lleno de escombros, dos torres imponentes repletas de arqueros y honderos flanqueando la brecha y, detrás de la brecha, un muro levantado a toda velocidad por los judíos antes de que la muralla se desplomara. No es que supieran que se iba a desplomar, pero contaban con que, en algún momento, nuestros arietes lograrán su cometido. Al fin y al cabo, era cuestión de tiempo. ¿Y detrás del muro? Miles de enemigos, miles de sombras por todas partes, un avispero rabioso de hombres desesperados.

Al amanecer Tito aprovechó la ocasión para enviar de nuevo a Yosef ben Matthias para dar una oportunidad más a la capitulación negociada y, de nuevo, Yosef volvió al campamento con una desafiante negativa por parte de los judíos, acompañada de otra ristra de insultos que añadir a una ya extensa lista.

Como era de esperar, los ataques frontales fracasaron. Al llegar a los escombros, la formación se quebraba y los legionarios se volvían blancos fáciles para los proyectiles de los judíos. La brecha era bastante ancha, pero la resistencia seguía siendo feroz.

No obstante, los asaltos no solo estaban encaminados a tomar la fortaleza Antonia; la idea era que, si no caía, los judíos siguieran esperando ataques diurnos. Y ahí es donde entrábamos nosotros. Se nos permitió descansar durante dos días sin necesidad de tomar parte en los combates. Nos acercábamos a la empalizada y, desde allí, veíamos la lucha a lo lejos, como los generales. Hasta nosotros llegaba el rumor vago de la batalla mientras el sol iluminaba el blanco y oro del Templo, de donde seguía surgiendo el humo de los sacrificios. Era increíble. El deseo de resistencia de los judíos iba más allá de la demencia. Y yo me preguntaba si había sido así como se habían sentido los romanos al conquistar Cantabria. ¿Cuándo se da un pueblo por vencido? ¿Hasta dónde es

capaz de llegar? Y, lo que es más importante: ¿por qué? ¿En qué momento es la sumisión preferible al tormento del desafío? ¿En qué momento cualquier paz, por humillante que sea, resulta más atractiva que la guerra?

¿Y tú? ¿Dirías que la peor de las paces es mejor que la más justa de las guerras? Yo no lo sé. Hace tiempo que tengo más preguntas que respuestas.

Lo cierto es que tuvimos suerte con nuestro asalto nocturno, algo que no hizo más que alimentar la leyenda, si es que se puede llamar así. Volvimos a embadurnarnos de hollín, volvimos a cubrir nuestras espadas con tela parda, y recorrimos lo que quedaba de la Ciudad Nueva en taparrabos al abrigo de una tenue luna menguante. Con una gran diferencia: esta vez éramos veteranos.

Claro que sí, siempre tienes miedo. El miedo es lo que te mantiene vivo si sabes gestionarlo y lo que te mata si eres incapaz de hacerlo. Por otro lado, cuando estás en la legión te has hecho tantas veces a la idea de que puede que ese sea tu último amanecer, que llega un momento en el que no es difícil aceptarlo, más aún cuando al mundo no te ata otra cosa que el amor a tus compañeros y a tus colores. Porque quieres que cuando alguien vea tu estandarte sepa de lo que eres capaz y porque aquellos que sangran contigo son tu familia. Has comido, has marchado, has luchado, has follado, has bebido y has reído con ellos.

Marcelo abrió la marcha conmigo a la zaga. Nos desplegamos en un amplio abanico disperso y fuimos remontando la rampa, corriendo de dos en dos entre los escombros, ocultándonos, agachándonos e indicando a los demás que podían seguirnos. Cuando otra pareja llegaba hasta nosotros, corríamos hasta el siguiente sillar y así, sin despertar alarmas, hasta que la cohorte al completo ocupó posiciones a lo largo de la rampa. Cuando llegamos al muro secundario, Marcelo entrelazó los dedos de las manos para que yo apoyara el pie y me propulsó hacia lo alto con fuerza. Me agazapé y miré a un lado y a otro. No había nadie guardando el muro. Desde mi posición podía ver la plaza central de la Antonia, donde ardían media docena de hogueras. La mayoría de los hombres estaban dormidos, y los que no lo estaban, cegados por las llamas, eran incapaces de verme.

Silbé. Un silbido corto y apagado, lo justo para que Marcelo me oyera. Al instante, uno a uno, los cántabros fueron superando el muro desguarnecido. Marcelo fue el último en trepar, ayudado por Turenno, que se quedó agazapado al otro lado con una tuba esperando a dar la señal para que los legionarios abandonaran el campamento y cargaran en nuestra ayuda.

Nos dispersamos, en silencio, como sombras, con la espalda pegada a los

muros de la inexpugnable fortaleza. La idea era tomar posiciones a toda velocidad alrededor del enclave, en las escaleras que llevaban a las torres, en las puertas laterales, en las esquinas ciegas, para, cuando sonara la alarma porque hubieran sorprendido a alguno de los nuestros, emerger de todas partes y luchar como demonios hasta que llegaran refuerzos.

Los judíos debían de estar exhaustos y debilitados en extremo, porque tardaron una eternidad en dar la voz de alarma.

Imagina que ahora, en la oscuridad de la noche, de pronto, ves a diez pasos de distancia dos ojos que parecen flotar y unas hojas desenvainadas en las que se refleja la luz de las llamas de esta hoguera. ¿Quedarías paralizado por el terror? ¿Correrías? ¿Serías capaz de gritar pidiendo ayuda antes de que ese ser surgido del infierno te ensartase con su espada? Pues eso fue precisamente lo que les ocurrió a los judíos. Pero ellos, además, sufrían el cansancio aterrador del hambre.

Fue una masacre. Algunos murieron durmiendo, otros intentando huir, otros, sencillamente, parecían aceptar su destino e incluso agradecerlo. Los gritos de alarma se oían por todas partes en la oscuridad de la noche. Cuando lograron reaccionar, medio centenar de cántabros dominábamos ya el patio central de la Antonia y nos enfrentábamos a varios centenares de judíos en una lucha sin flancos ni formaciones, tan solo con la referencia de tu compañero a la espalda. En mi caso, el mejor de todos: Marcelo. Entonces sonó la tuba de Turenno y a esta le respondieron las del campamento romano, a lo que siguió el lejano murmullo de miles de legionarios a la carrera, como una tormenta a la que un viento poderoso empuja hacia ti.

Mira mi brazo, todavía se me eriza el vello.

Huyeron. Huyeron todos. Hacia el Templo. Lo más probable es que se creyeran completamente rodeados y perdidos o que, al oír la tuba de Turenno, creyeran que las legiones ya estaban en la Antonia. Lo mismo da. Jamás he tenido una sensación de victoria como aquella, ni creo que la vuelva a tener nunca. Fue como volver a ser algo que nunca has sido, no sé si habrás tenido esa sensación alguna vez. Como si la sangre te hirviera en las venas, como si fueses capaz de todo y hubieras honrado todo lo que se puede honrar. Mi sensación no fue única. Los cántabros alzamos las espadas al cielo y aullamos como lobos, ebrios de victoria, coreando el nombre de nuestra tierra y de nuestra unidad. ¿Mañana? ¿A quién le importaba el mañana? Éramos lobos, éramos cántabros, éramos guerreros.

Luchar en una formación es eficaz y eficiente, eres una pieza más dentro de un complejo mecanismo, más aún cuando te envuelve una armadura y tienes que estar constantemente atento a las tubas y a los estandartes. Luchar como luchamos aquella noche es muy diferente, es..., cómo decirlo..., primario.

Cuando amaneció, los judíos habían perdido la fortaleza Antonia y, con ella, el último obstáculo que nos separaba del Templo, del corazón latente de la más sangrienta revuelta que hubiera visto o fuera a ver Roma.

Mira allí, al horizonte, detrás de ti. Ya rompe el alba.

73

TEMPLO DE JERUSALÉN
VERANO 70 D. C.

Lo oyó. Oyó los aullidos mientras corría despavorido hacia la seguridad del Templo. Y oyó nombrar a Cantabria.

El terror le había empujado a huir, fue algo superior a sí mismo que no pudo controlar. La confusión se había mezclado con el agotamiento, con las pesadillas continuas, con el hambre. Los sueños, horribles, parecían reales, y la realidad, espantosa, parecía un sueño. El corazón le latía a toda velocidad, el cuerpo entero le temblaba. Pero cuando oyó el nombre de su tierra, Arán se detuvo y dio media vuelta, pasmado, mientras una marea de defensores aterrorizados pasaba corriendo a su lado. Y, justo cuando creía que se trataba de una alucinación, lo oyó de nuevo, seguido del nombre de la cohorte. Luego las tubas romanas y, al momento, las órdenes de los hombres de Yohanan el galileo llamando a las armas e instando a reaccionar para hacer frente a la amenaza.

Sintió un mareo y, por instante, la visión se le nubló. Se tambaleó. Tuvo que apoyarse en una de las columnas que rodeaban el Atrio de los Gentiles. Sacudió un poco la cabeza y se llevó la mano al sudor frío que le perlaba la frente. Cuando se recuperó, el cántabro se dirigió a su pequeño refugio en el Atrio de las Mujeres mientras el estruendo y el griterío de los combates en la Antonia se iba alejando y difuminando a su espalda.

Entró a gatas y se dejó caer boca arriba junto a Ruth. Le costaba respirar, le silbaban los pulmones. Le costaba pensar. Y, sin saber por qué, rompió a llorar, hasta que el llanto se fue convirtiendo en sueño, un sueño como tantos otros, de muerte, terror y hambre.

Despertó sobresaltado al percibir la luz del amanecer. Los combates habían cesado y se había hecho el silencio.

Arán giró la cabeza lentamente hacia Ruth. La mujer, pálida y escuálida, no se había movido en toda la noche. El joven se incorporó y la besó en la frente fría.

—Ruth —dijo en un susurro—. ¿Ruth? —insistió alzando un poco la voz—. ¡Ruth!

El cántabro se incorporó alarmado, acercó el oído a la boca entreabierta de su mujer y comprobó con horror que no respiraba.

—¡Ruth!

Tembloroso, Arán sacudió a su esposa por los hombros sin dejar de decir su nombre. Había visto a otros deslizarse hacia la muerte del mismo modo.

—¡Ruth!

La mujer abrió los ojos de repente, al máximo, y sus pulmones dieron una profunda, trabajosa e intermitente bocanada de aire. El cántabro abrazó entonces el cuerpo inerte de su esposa con fuerza.

—Estás aquí —dijo Ruth en un susurro, y sonrió.

—Sí —dijo Arán con los ojos acuosos y las mejillas empapadas en lágrimas saladas que hablaban a la vez de alegría y desesperanza—. Estoy aquí.

—Te echaba de menos.

Ruth alargó una mano huesuda lentamente y acarició la mejilla de su marido. Sus ojos negros habían perdido gran parte de su brillo, pero también sonreían.

—Voy a sacarte de aquí —dijo Arán con firmeza.

—Estoy muy cansada. Solo quiero dormir.

—No puedes dormirte.

—Tengo mucho sueño.

—Prométeme que no te dormirás.

—Te lo prometo —dijo Ruth con una débil sonrisa.

—Volveré.

El joven se puso en pie, se colgó el tahalí y salió de su refugio dispuesto a buscar una salida. El Atrio de las Mujeres estaba en silencio, salvo por algún llanto quedo. Salió del recinto central del Templo y recorrió el Atrio de los Gentiles, sorteando las hogueras extinguidas de los galileos, de camino a la columnata exterior que daba a la Antonia. Subió las escaleras que llevaban a lo alto.

Cientos de hombres armados observaban, impotentes, los estandartes romanos que ahora coronaban las cuatro inmensas y monolíticas torres de la fortaleza que dominaba el Templo. Entre las enseñas Arán pudo distinguir el de la Cohors II Cantabrorum. Los romanos habían empezado a levantar cruces con los judíos capturados. Estos apenas gritaban, apenas se lamentaban. Pero pasaba algo más,

lo presentía. Miró a su alrededor, hacia el Templo. Esa mañana, por alguna razón, los sacerdotes no habían encendido la hoguera para llevar a cabo los sacrificios rituales del nuevo día.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Arán al zelote que tenía más cerca.

—La Antonia. Hemos perdido la Antonia.

—Me refiero al Templo. ¿Por qué no se ha encendido la hoguera?

El zelote dio media vuelta y observó, sin comprender, el cielo nítido y libre de humo del Templo.

Cundió la alarma y el desánimo cuando, mediado el día, se supo que los sacerdotes se habían quedado sin corderos vivos que sacrificar. Nada podría haber causado entre los judíos mayor consternación y desasosiego que el hecho de no ser capaces de llevar a cabo los rituales prescritos por la Ley. El golpe a la moral de los defensores, unido a la pérdida de la fortaleza Antonia, si no definitivo, resultó devastador.

Arán vagó por el Atrio de los Gentiles, por la columnata, volvió al Atrio de las Mujeres y luego al de los israelitas, al punto de encuentro de los hombres de Emmanuel. Habló con Yair y con su cuñado sobre la situación y supo que, aquella noche, después de la retirada de la Antonia, los romanos habían intentado acceder al recinto del Templo por los túneles que se habían excavado para minar los cimientos de las rampas. Los combates fueron feroces, pero, de madrugada, al fin, se había logrado rechazar al enemigo.

—Ya no falta mucho —dijo Yair con la mirada perdida—. Será en cualquier momento. Tiene que serlo. Un mundo nuevo, de paz y de justicia, de abundancia, donde cada hombre tenga un pedazo de tierra y solo se incline ante Dios.

Hubo un momento de silencio entre la media docena de zelotes. Entonces Arán se puso en pie, se alejó unos pasos y le hizo un gesto a Emmanuel para que se aproximara. Hablaron en susurros.

—¿Qué ocurre? —preguntó el zelote.

—Tu hermana. Si no hacemos algo, morirá en cualquier momento.

—Buscaré comida. Hablaré con Eleazar, él tiene algo...

—No. —Arán negó con la cabeza—. Eso solo serviría para retrasarlo. Necesito que me escuches.

—Adelante.

—Los túneles. ¿Quién se encarga de guarecerlos?

—Hoy han sido los galileos.

—Pues esta noche tenemos que ser nosotros.

Un silencio. Una mirada inquisitiva.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Emmanuel.

—Me voy, hermano.

—¿Qué? —dijo Emmanuel indignado.

—No pienso quedarme aquí a ver cómo mi esposa y mi hijo mueren de hambre.

—No. No lo permitiré. El momento de la liberación se acerca. Lo sé. El hecho de que se haya sacrificado el último cordero es una señal...

—Llevamos años viendo señales, hermano. El tiempo siempre está cerca, pero nunca llega.

—No puedes hacerlo. Eres uno de los nuestros. Sabes perfectamente lo que les ocurre a los desertores.

—No puede ser peor que esto.

—Me niego a que uno de los míos...

—Escucha, Emmanuel. Me voy, y me voy con tu hermana. Tienes dos opciones, detenernos y vendernos a Eleazar o ayudarnos a huir.

—Los *kittim* os matarán.

—A mí probablemente sí, pero creo que a tu hermana puedo salvarla. Mañana por la mañana Ruth estará muerta si no recibe cuidados. Esta noche ondean en la Antonia los estandartes de mi antigua unidad. Tengo amigos en ella.

—Te matarán —insistió Emmanuel.

—Si no lo hacen ellos lo hará el hambre, o la pena. Sé que es arriesgado, pero permanecer aquí supone una muerte segura. Allí fuera al menos tenemos una oportunidad, por pequeña que sea.

—Te estarás condenando.

—El infierno no puede ser peor que esto, hermano.

—¿Y si te torturan para obtener información?

—¿Qué información? ¿Que nos estamos muriendo de hambre? ¿Que en las calles no hay más que cadáveres? ¿Que hay madres que devoran a sus hijos? Eso ya lo saben.

—No puedo ayudarte, Aarón. No puedo. Me estás pidiendo que traicione todo aquello en lo que creo.

—¿Cuántas veces dijiste que me debías la vida? ¿Recuerdas la cueva? ¿Recuerdas la noche que llegamos al Templo? ¿Los combates en la tercera muralla? ¿En el mercado? —Emmanuel observó a su cuñado con la mandíbula en tensión—. Habla con Eleazar, convéncele para que seamos nosotros los que hagamos guardia en los túneles.

—No puedo hacerlo.

Arán posó las manos sobre los hombros del judío y le miró fijamente a los ojos.

—Esta noche. En los túneles —zanjó el cántabro—. Me lo debes.

La noche tardó en llegar una eternidad. Arán, tumbado junto a Ruth, la estuvo acariciando y contando historias de su tierra, como a ella le gustaba. Historias bonitas sobre las hadas que habitaban en las fuentes, sobre los espíritus traviesos del bosque, sobre monstruos de un solo ojo que devastaban robledales y se comían rebaños enteros, sobre los grandes guerreros de antaño. Describió una vez más la tierra húmeda de sus antepasados, el gris de las nubes, la abundancia de peces en el río, le habló del castro y de su amigo Noreno y de la chica que aquel había dejado atrás pensando que volverían un año después habiendo conquistado Roma. Le habló de sus padres, del ganado, y le cantó la canción de Turenno mientras le daba a beber pequeños sorbos de agua.

—Lo has descrito tantas veces que casi puedo ver y oler tu tierra —dijo Ruth en un susurro—. Prométeme que iremos algún día.

—Por supuesto —mintió Arán.

Lentamente fue oscureciendo y las tinieblas se fueron apoderando del Templo y de Jerusalén. De Israel. Arán solo podía esperar que Emmanuel hiciese honor a una deuda que el cántabro jamás había visto como tal hasta ese momento.

—¿Puedes andar? —le preguntó Arán a su esposa.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Nos vamos de aquí.

—¿Adónde?

—Confía en mí.

Con dificultad, Arán ayudó a Ruth a ponerse en pie. La melena negra y brillante de su esposa se había convertido en un matojo de esparto sin vida. Parecía una anciana. Le temblaron las piernas al incorporarse.

—Me mareo —dijo la muchacha.

—Lo sé. Será solo un momento.

Arán cogió a su esposa de la cintura con la mano izquierda y esta le posó la mano derecha sobre el hombro. Con paso lento y dubitativo la pareja abandonó su refugio y lo poco que tenían: dos túnicas, una lámpara de aceite, un par de sandalias, la armadura, el casco, el escudo de la XII, la espada y un puñado de monedas de la naciente y ya moribunda nación de Israel en las que se podía leer

«Año IV. Por la redención de Sión». Redención, extraña palabra.

Recorrieron el ahora silencioso Atrio de las Mujeres. Descendieron con tiento las escaleras que llevaban al Atrio de los Gentiles y se dirigieron a la entrada de los túneles sorteando grupos de galileos que, en torno a las hogueras y bamboleándose como naves a la deriva, le rezaban frenéticamente a su dios.

—Ya falta poco —dijo Arán al comprobar que Ruth desfallecía.

Una hoguera marcaba el punto de guardia de acceso a los túneles. El cántabro vio a media docena de hombres armados vigilando el puesto y suspiró aliviado al ver que eran Emmanuel, Yair y los demás. Hizo lo posible por acelerar el paso. Su cuñado, al ver que se aproximaba, les dijo algo a sus hombres y se acercó a él. Los que habían sido sus compañeros hasta ese momento, los hombres con los que había luchado, cavado y reído, parecían rehuirle la mirada. Emmanuel, por su parte, observó a Arán y a su hermana con una gélida mirada de desprecio. Solo Yair parecía arder en deseos de dirigirse al cántabro, de buscarle con los ojos, pero permaneció junto a la hoguera.

—Gracias, hermano —logró articular Arán, y extendió hacia él su mano derecha.

Emmanuel anudó las manos a la espalda y escupió al suelo sin dejar de mirarle a los ojos.

—No te detendré —dijo el zelote—. Y ellos tampoco. Pero si te adentras en ese túnel, no solo te estarás condenando a ti mismo a ojos de Dios, también pasarás a convertirte en un traidor y en nuestro enemigo.

—Hermano...

—No me llames hermano.

Ruth, desfallecida, no parecía entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Tu hermana no sobreviviría una noche más.

—Eso no importa.

Arán asintió con tristeza. Por segunda vez en su vida traicionaba a los demás, a gente a la que amaba y con la que lo había compartido todo, con tal de no traicionarse a sí mismo.

—Suerte, Emmanuel —dijo el cántabro al fin. Emmanuel no dijo nada.

Luego Arán le dedicó una mirada de disculpa y adiós a Yair y, cargando con su esposa, se adentró en el oscuro túnel que llevaba a la Antonia.

JERUSALÉN
FORTALEZA ANTONIA
VERANO 70 D. C.

Desde lo alto de la torre en la que ondeaba el estandarte de la Cohors II Cantabrorum se dominaba la amplísima explanada del Templo. Se veían las hogueras de los judíos, dispersas por el Atrio de los Gentiles, y a algunos de estos, como hormigas, yendo de un lado a otro. La Antonia había sido construida por Herodes el Grande para controlar, desde sus inexpugnables torres y almenas, a los miles de judíos que inundaban el Templo cuatro veces al año y, hoy, la fortaleza volvía a cumplir su cometido.

Satisfecho consigo mismo, bajo el bello manto estrellado de la noche y acompañado por una brisa cálida del este que hoy no se le antojaba molesta, Noreno observaba el espectáculo de tensa calma que le ofrecía aquel lugar privilegiado. Diez de los hombres de la cohorte hacían guardia en la cima mientras el resto descansaba en los pequeños cuartos destinados a la antigua guarnición que había en cada uno de los pisos interiores de la torre. Cerca de tres millares de hombres, entre sirios, germanos, mauritanos y cántabros, así como un nutrido contingente de la XII, guarnecían el poderoso baluarte. El joven, y ya veterano soldado, sintió una palmada en la espalda. Era Marcelo. El prefecto apoyó las manos en las almenas y se unió a él. Permanecieron en silencio un instante mientras contemplaban la explanada del Templo. Luego Marcelo habló.

—Tito nos felicita —dijo el prefecto—. Todavía no sabe cómo, pero dice que nos recompensará.

—¿Dinero?

—¿Hay otra forma?

—Supongo que no —repuso Noreno con una sonrisa.

El silencio que siguió le supo al joven cántabro a victoria.

—Esto toca a su fin. Tito ha ordenado que mañana por la mañana comiencen

las labores de demolición de la Antonia —dijo Marcelo—. Quedarán en pie las torres, pero quiere que el resto se convierta en una explanada para poder concentrar tropas y llevar a cabo un último asalto contra el Templo.

Noreno miró a su superior extrañado.

—¿Y desde dónde se vigilará el Templo cuando acabe todo?

—Cuando acabe todo no habrá Templo que vigilar —dijo el prefecto.

Otro silencio.

—Valerio estaría orgulloso de nosotros —observó Noreno pensativo.

—Sin duda —dijo Marcelo—. Sin duda. Se le echa de menos.

Noreno gruñó un asentimiento y los dos cántabros siguieron observando la explanada del Templo sin decir una palabra, sumido cada uno en sus pensamientos de lo pasado y de lo que aún estaba por llegar.

Un claqueteo apresurado de sandalias hizo que ambos giraran la cabeza. Un hombre joven, de tez morena y completamente armado, se cuadró ante Marcelo. Era uno de los auxiliares sirios. Esa noche su unidad hacía guardia en los accesos al túnel.

—¿Qué ocurre, soldado? —preguntó el prefecto.

—En el túnel, señor. Un hombre. Dice formar parte de esta unidad, pero...

—¿Pero?

—Está escuálido y carga con una mujer.

El prefecto miró a Noreno.

—¿Falta alguien? —preguntó Marcelo extrañado.

—No —aseguró Noreno—. Están todos.

—¿Te ha dado un nombre, soldado? —preguntó el prefecto.

—Casio Calpurnio Capeno. Dice que su nombre cántabro es Arán.

Noreno sintió que el corazón dejaba de latirle un instante y, junto con el prefecto, descendió a toda velocidad las escaleras interiores de la torre siguiendo al auxiliar sirio. Recorrieron el patio de la Antonia hasta alcanzar el punto de guardia. Arrodillado, con la cabeza inclinada y las manos a la espalda, había un hombre al que media docena de sirios amenazaban con las puntas de sus jabalinas. A su lado, en la misma postura, había una mujer escuálida con el vientre ligeramente abultado.

—Ese es —dijo el soldado sirio que los había llevado hasta allí—. Habló en latín desde la oscuridad pidiendo cuartel, creíamos que era una treta de los judíos, pero hemos revisado el túnel y está vacío. A lo lejos se ve la luz de la hoguera en su puesto de guardia, eso es todo... Hemos pensado que...

—Buen trabajo, soldado —dijo Marcelo, temeroso de que el joven siguiera

dando explicaciones inútiles.

Noreno no pudo evitarlo. Se acercó al reo y se acuclilló ante él.

—¿Arán? —dijo en un dubitativo susurro.

El hombre alzó la cabeza lentamente, miró a su interlocutor y esbozó una triste sonrisa. Noreno resolló. El sujeto tenía la cara demacrada, la barba y los cabellos castaños enmarañados y apelmazados de mugre y sudor y por su rostro y miembros parecían haber pasado doce años en vez de casi cuatro. De no haber sido por esos ojos azules y por la inequívoca sonrisa, Noreno habría dudado de que se tratara de su amigo. Pero era él, no cabía duda. Una oleada de dicha le anegó el alma.

—Noreno —dijo Arán.

Dos lágrimas se abrieron paso por la suciedad que le cubría la cara hasta ser absorbidas por aquella.

—¿Cómo puede ser? Creí que habías muerto... —dijo Noreno con las palabras pegadas a la garganta en el idioma de los cántabros—. ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Llevas prisionero todo este tiempo?

—No exactamente.

Noreno no pudo resistirlo más y, riendo, se abrazó a su amigo con fuerza. Luego le ayudó a ponerse en pie.

—Es de los nuestros —dijo Noreno en latín al tiempo que hacía un gesto para que los sirios apartaran las jabalinas—. ¿Quién es ella? —preguntó en un susurro mientras miraba a la mujer.

—Ruth. —Noreno rio entre dientes mientras negaba con la cabeza—. Necesita ayuda.

Marcelo se acercó a los dos amigos y observó a Arán de arriba abajo.

—¿Te han liberado? —preguntó el prefecto.

Arán miró al oficial a los ojos y negó con la cabeza. Luego habló:

—Tengo que ver a Valerio.

—Valerio ha muerto —dijo Marcelo.

—¿Muerto?

—Sí. Hace unos meses. Ahora soy yo el prefecto de la cohorte.

Arán asintió. Luego, señalando a Ruth dijo:

—Mi esposa necesita cuidados.

—¿Esposa? —preguntó Marcelo, incrédulo.

—Sí. Está embarazada —dijo Arán mirando a su amigo—. Lo que me pase a mí me trae sin cuidado. Pero ella...

—Señor —intervino Noreno—, quizá sea mejor seguir esta conversación en la

torre.

La lámpara de aceite iluminaba un pequeño cubículo de piedra en la base de la Antonia, concebido en su día para el almacenamiento de víveres y armas y ahora completamente vacío salvo por dos jergones de paja y unos toscos taburetes. El lugar apestaba. Probablemente hubiera sido utilizado durante el asedio como celda para mantener bajo custodia a prisioneros y disidentes. Tumbaron a Ruth en uno de los jergones y Marcelo hizo llamar a Teómaco para que se encargara de la muchacha. Los tres hombres se sentaron en otros tantos taburetes. El prefecto observaba a Arán con suspicacia, Noreno lo hacía con una intensa sonrisa.

—¿Tenéis comida? —preguntó Arán.

—Comerás cuando nos hayas contado qué haces aquí, qué hacías allí y por qué llamas a esta mujer esposa —dijo Marcelo.

—Señor... —quiso intervenir Noreno, preocupado por el estado de su amigo.

Con un gesto seco de la mano, el prefecto ordenó silencio y volvió a dirigirse al fugitivo.

—¿Eres consciente de que tenemos orden de ejecutar a todo aquel que intente escapar del cerco? —preguntó Marcelo.

—Sí.

—¿Fuiste capturado durante el asalto de Galo?

—Sí. Aunque era mi intención que me capturaran.

—¿Por qué? —preguntó Noreno sin poder evitarlo.

—Porque lo que estábamos haciendo no era lo correcto.

—¿Insinúas que desertaste? —preguntó Marcelo. Arán asintió—. ¿Y que has estado luchando contra nosotros?

—Sí.

—Tanta sinceridad te honra —dijo el prefecto—. Pero no me dejas más opción que...

—Señor —interrumpió Noreno—, nadie tiene por qué saber esto. Lleva prisionero desde el asedio de Galo y ha huido de sus captores. Es creíble. Se puede reincorporar a la cohorte.

Hubo un momento de silencio durante el cual Marcelo pareció valorar la propuesta de su protegido.

—No puedo permitir algo así —dijo el prefecto al fin.

—Y yo no podría luchar a vuestro lado —dijo Arán.

—¿Por qué? —preguntó Noreno.

—Porque tengo hermanos ahí dentro. —Arán miró al suelo y, de nuevo, a su amigo—. Solo quiero que cuidéis de ella. En cuanto a mí —Arán hizo una pausa—, sé a lo que me expongo.

La puerta de la estancia se abrió y en el umbral apareció la inmensa y tambaleante figura de Teómaco.

—¡Hay que ser muy hijo de puta para despertar a un viejo borracho a estas horas! ¿Qué ocurre?

—Esa mujer está enferma —dijo el prefecto—. Mira a ver si puedes hacer algo por ella.

El griego se acercó a la muchacha, se arrodilló junto a ella, acercó el oído a su nariz y luego le tomó el pulso. Arán observaba la escena con preocupación.

—¿Enferma? —dijo Teómaco indignado—. Esta mujer lo que tiene es un serio caso de inanición. ¿De verdad os hace falta un médico para esto? ¡Maldita sea! ¡Sois todos unos idiotas!

—¿Puedes hacer algo por ella o no? —dijo el prefecto.

—¡Por supuesto que puedo!

—Llévatela —ordenó Marcelo.

Teómaco cogió el cuerpo inerte de Ruth como si fuera una pluma y salió de la celda murmurando barbaridades.

—Gracias —acertó a decir Arán.

—Permanecerás en custodia aquí hasta tu ejecución —sentenció el prefecto.

Noreno observó a su amigo con tristeza, incapaz de hacerse a la idea de perderlo por segunda vez. Quiso decir algo, pero el prefecto se lo impidió.

—Vámonos —dijo Marcelo.

75

Ya amanece.

Debemos despedirnos, querido amigo. Y seguir nuestros caminos. Lamento haberte mantenido despierto toda la noche.

Lo cierto es que nunca le había contado toda esta historia a nadie. Y solo ahora me doy cuenta de la necesidad que tenía de hacerlo. Por ello te doy gracias. Generalmente resulta más fácil abrirle el corazón a un extraño, a quien sabes que no vas a volver a ver, que a alguien a quien conoces. ¿No crees? Quizá sea porque en ocasiones como esta no se trata tanto de hacer partícipe a otro de tus vivencias, sino de oírte a ti mismo mientras procuras ser fiel a tus recuerdos.

¿Que cómo acabó todo en Jerusalén? Cierto, no puedo dejarlo así. Discúlpame.

Veinte días después, habiendo derribado las murallas de la Antonia para crear una amplia explanada desde la que asaltar el Templo, Tito volvió a enviar una embajada para exigir la rendición. La respuesta fue la de siempre: los judíos, hambrientos y acorralados, no estaban dispuestos a rendirse. ¿Incomprensible? Por supuesto, pero ¿hay algo más digno de respeto que no darse por vencido ante nada? ¿Algo más loable que mantenerse desafiante a pesar de tenerlo todo en contra, sin esperanza, sin salida? Eso era exactamente lo que me había contado mi abuelo de nuestro pueblo. En los judíos veía reflejado el espíritu indómito de los cántabros, que habían preferido desvanecerse en la historia antes que ser esclavos. Como Arán. Mi amigo había preferido mantenerse fiel a una idea imposible antes que dedicar su vida a lo que, en un principio, habíamos querido destruir. De algún modo que no puedo explicar, le envidiaba. A día de hoy sigo envidiándole.

El asalto sobre el Templo no se hizo esperar, aunque nosotros, la Cohors II Cantabrorum, no tomamos parte en los primeros compases. El peso del ataque recayó sobre la V, que avanzó en orden cerrado, dispuesta a abrirse camino hasta el Atrio de los Gentiles. Puede parecer increíble, pero los israelitas aún lograron formar una línea para contener el empuje de legionarios curtidos, y hostigarlos continuamente con proyectiles desde lo alto de la columnata que rodeaba el

recinto exterior del Templo. Al día siguiente se ordenó otro asalto y, de nuevo, los judíos lograron rechazarlo. Así que, una vez más, nos vimos obligados a levantar rampas, esta vez contra la columnata del Templo, bajo el sol implacable del final del verano, ataviados con las armaduras, soportando las incesantes salidas de un enemigo que considerábamos derrotado pero que seguía haciendo gala de una energía y un valor que superaban lo humano.

Arietes, escalas, combates en lo alto de la columnata, gritos, sangre y sudor. El chocar de los metales, fuego, el crujir de la madera, el rechinar de dientes y el quebrar de huesos.

La XII relevó a la V y, en apoyo de aquella, marchamos nosotros. Los arietes abrieron brechas en diferentes secciones del colosal muro que protegía la amplísima explanada del Templo y, por fin, menos de un mes después de haber concluido las rampas, las legiones anegaron el Atrio de los Gentiles. Lejos de decaer, la resistencia se hizo aún más feroz. Los judíos luchaban debilitados, pero se abalanzaban sobre nosotros, enloquecidos, se ensartaban en nuestras espadas, se lanzaban contra nuestros escudos. El suelo en torno al Templo quedó sembrado de cadáveres, de vísceras y de sangre, resbaladizo, rojo y negro, terrible.

Miles de judíos, de todo Jerusalén, acudieron a proteger el sagrado enclave. Los combates duraron días hasta que logramos expulsar a los judíos de la explanada. Algunos huyeron a la ciudad, otros se retiraron al recinto interior del Templo, una fortaleza dentro de otra fortaleza. Por las noches, cuando callaban las armas, oíamos el llanto de las mujeres, los lamentos de los hombres y los rezos frenéticos y desquiciados de todos ellos.

Rodeado de muerte y destrucción, con la explanada convertida en el mayor sacrificio de sangre que jamás se le hubiera hecho a un dios, el Templo seguía alzándose imponente, con sus majestuosas columnas de mármol y oro recibiendo la luz de un nuevo amanecer. Pero nada es eterno. Fue la última ocasión en la que el astro acarició los muros de aquel edificio que encarnaba a todo un pueblo.

Acorralados en el recinto interior, los judíos, incansables, aún se lanzaron al ataque una vez más en un intento desesperado por abrirse paso y expulsarnos de la explanada.

Durante los combates, el Templo empezó a arder. ¿Por qué? No lo sé. Dicen que mientras luchábamos contra esta última avalancha de esqueletos, uno de los hombres de la XV, subiéndose a los hombros de otro, logró lanzar una tea ardiendo al interior de una de las salas por una pequeña apertura. Sea o no cierto, las llamas prendieron con rabia en un extremo del recinto donde se almacenaban

sedas y telas, tributos llegados desde lugares remotísimos. El calor intenso de la estación avivó el fuego, y las llamas empezaron a propagarse por un extremo devorándolo todo, envolviendo el Templo en un humo negro y espeso que ocultó el sol del mediodía hasta convertirlo en un disco tenue suspendido en el cielo. Al tiempo que esto ocurría, irrumpíamos en el recinto conocido como Atrio de las Mujeres. Los judíos se vieron obligados a luchar en dos frentes, por un lado contra nuestro acero y, por otro, contra las llamas. Fue una carnicería, como tantas otras. Nuestras espadas no hacían distinción entre combatientes, mujeres, niños o ancianos. Fue un combate sin formaciones, sin orden ni piedad, una orgía de muerte y destrucción. La sangre de los caídos descendía en cascada por las escaleras del Templo.

Derribamos entonces la grandiosa puerta de Corinto, la misma que daba acceso al Atrio de los Israelitas. Un débil muro de escudos intentó hacernos frente, pero ya no podían detenernos. Y volvió a invadirme el furor rojo y negro de la batalla. La sangre hirviente se apoderó de mis miembros y de mi mente, de todos mis actos. La locura del lobo, la demencia más absoluta. Mi espada volaba, se hundía en la carne de los defensores, cercenaba miembros escuálidos, hundía cráneos privados de protección. Algunos sacerdotes intentaron enfrentarse a nosotros junto al altar y cayeron como hojas en otoño. Otros se lanzaban a las llamas para morir abrasados antes de caer abatidos por nuestras espadas. En la azotea del Templo, entre oleadas de humo rabioso, aún se veía el frenético baile de unos pocos hombres que, desde lo alto, intentaban mantenernos alejados con piedras y adoquines de su lugar sagrado.

Al atardecer, toda resistencia se había desmoronado y, por un instante, se hizo el silencio, solo interrumpido por un lejano lamento que parecía surgir de la ciudad. Los judíos habían perdido el Templo y este jamás volvería a levantarse.

Recuerdo el humo, las llamas, los gritos. Los legionarios irrumpiendo en las estancias repletas de tesoros que había en torno al Templo. Montañas de plata y oro, un gran candelabro de siete brazos, arcones repletos de dinero: las ofrendas acumuladas durante siglos y enviadas desde los cuatro rincones del mundo para aplacar a un dios avaricioso. Dicen, no sé si creerlo, que el precio del oro se desplomó a la mitad en el Imperio después del saqueo del Templo. Tal era la cantidad de riquezas que albergaban esos muros.

Tengo entendido también que aún hay, entre los judíos, gente que cree que el día que el Templo sea reconstruido por tercera vez, su dios descenderá de los cielos para juzgar a justos e injustos y que traerá consigo el fin del mundo como lo conocemos.

Con los últimos rayos del sol, las legiones, en perfecta formación, aclamamos a nuestro comandante en jefe hasta quedar roncós, y festejamos la victoria. Tito se presentó ante nosotros con su armadura impoluta, sobre un caballo blanco engalanado para la ocasión, dispuesto a oficiar un postrero sacrificio en el altar antes de ordenar la demolición de aquel edificio que, por sí solo, había alentado la revuelta más larga, sangrienta y cruel a la que Roma se hubiera enfrentado. Un buey, una oveja y un cerdo fueron ofrecidos a Marte y a Júpiter como muestra de gratitud por la victoria. Todo un sacrilegio a ojos de los judíos, un acto que convertía en impuro el lugar en el que Abraham había pretendido sacrificar a su hijo.

Curiosamente, no todo acabó ahí. De hecho, los líderes de los judíos, Simón bar Giora y Yohanan el galileo, aún resistieron casi un mes más. Luchamos por las calles de Jerusalén, casa por casa. Luchamos en las alcantarillas, en los túneles, en las azoteas y, por fin, en el palacio fortaleza de Herodes el Grande, contra el que nos vimos obligados a construir, una vez más, rampas de asalto.

Decenas de miles de israelitas fueron ejecutados y decenas de miles esclavizados mientras se sometía a Jerusalén a un saqueo inmisericorde e indiscriminado. No hay nada más gratificante para un soldado ni más horrible para los vencidos que el saqueo de una ciudad. Habíamos llegado a Jerusalén en primavera, y el otoño acechaba. A nuestro alrededor no había más que desolación, destrucción y muerte. No quedaba un árbol en pie a quince millas a la redonda.

Todo había acabado.

¿Arán?

Que no te extrañe que me sonría. Arán y su esposa hacía tiempo que estaban lejos. Muy lejos.

Adiós, querido amigo. Que los dioses te guarden.

DESIERTO SIRIO
OTOÑO 70 D. C.

La caravana estaba compuesta por cerca de tres centenares de esas extrañas bestias jorobadas y resistentes que tenían dos hileras de pestañas en los ojos y tres párpados, y que podían marchar durante días sin probar una gota de agua.

Aprender a montar había sido complicado, sobre todo acostumbrarse al momento en el que el animal se ponía en pie, porque se inclinaba hacia delante bruscamente, impulsándose con las patas traseras, y daba la sensación de que ibas a caer de bruces. Una vez arriba, había que hacerse al continuo bamboleo del animal. Aunque quizá lo más incómodo fuera que los camellos, además de apestar, estaban plagados de pulgas y garrapatas que parecían deleitarse con la sangre de los viajeros. Por suerte, el jefe de la caravana les había entregado un macho viejo, dócil y castrado, sin carga, destinado a viajeros sin experiencia en la monta.

Algunos de los camellos cargaban con grandes fardos de cebada para alimentarlos durante el camino, aunque eran capaces, como las cabras, de comer cualquier cosa que no fuera piedras y arena. Otros cargaban con comida y agua para los integrantes de la caravana, otros llevaban las tiendas de campaña y madera para las hogueras, aunque la mayoría, los animales más jóvenes y fuertes, cargaban con pesados fardos de alguna misteriosa mercancía que el jefe de la caravana no había tenido a bien desvelar.

Era increíble que tanta gente y tantas bestias pudieran sobrevivir en aquel entorno tan privado de vida durante tanto tiempo.

El cántabro tiró de las riendas para detener a su camello y contempló, absorto, el intenso verdor que parecía emerger del desierto como un espejismo. El animal se revolvió y bramó al sentir la presión del bocado. Después de un mes de travesía por el desierto de Siria desde la ciudad de Filadelfia, avistar la fresca vegetación que se aferraba a la orilla del inmenso caudal se le antojó irreal.

El río era inmenso. Sus aguas parecían estar hechas de seda y, sobre ellas, inmóviles y dispersas, había media docena de pequeñas embarcaciones de pescadores. En la orilla opuesta se alzaba una diminuta población de casas cuadradas y blancas rodeada de trigales. Era una escena de pura paz y abundancia.

Arán sintió el abrazo de Ruth en la cintura y la presión de su abultado vientre en la espalda. Le acarició la mano. La mujer había apoyado la cabeza en su hombro y se había quedado dormida hacía una hora, pero ya despertaba. La vieja camella de Teómaco se detuvo a su lado.

—¡Ah, el Éufrates! —dijo el griego invadido por un inusitado buen humor—. Jamás pensé que fuera a contemplarlo. ¿Lo oís? ¡Es el gran Alejandro susurrando! «¡No cabe duda, encontrarás un camino hacia lo alto si lo buscas con esmero; ya que la naturaleza no ha colocado nada fuera del alcance de quien demuestra ingenio y arrojo! ¡Cuán grandes son los peligros a los que me enfrento con tal de hacerme un buen nombre en Atenas!»—. —La camella del griego caracoleó nerviosa cuando este tomó aire para lanzar otro excursu y el médico a punto estuvo de dar con las carnes en la arena—. ¡Maldita hija de puta! —juró Teómaco.

Arán y Ruth rieron.

—¡Eh, judío! —Era la voz del jefe de la caravana, aproximándose a ellos a lomos de su magnífico camello. El hombre, de tez tostada y arrugada por el sol, se cubría la cabeza con un aparatoso turbante de color celeste—. Toca despedirse. Ahí abajo, junto a la orilla, encontraréis a algún barquero dispuesto a llevaros al otro lado a cambio de unas monedas.

—¿Estamos ya en territorio parto? —preguntó Arán.

—Al otro lado del río —dijo el caravanero—. Los camellos no pueden ir más allá, resbalarían en el barro.

—¿Estamos seguros? —insistió Arán—. ¿Hemos dejado atrás territorio romano?

—El desierto no es de nadie —repuso el hombre.

—Comprendo —dijo el cántabro.

—Suerte —dijo el caravanero a modo de despedida.

Uno de los mozos de la caravana se acercó a los viajeros y, golpeando levemente en las rodillas de los camellos con una vara, los obligó a descender. Arán, Ruth y Teómaco pusieron pie en tierra, recogieron sus escuetos petates y emprendieron el camino hacia la orilla mientras la caravana proseguía rumbo al sur.

—Llevo dos días sin probar una gota de vino —protestó el griego—. Espero que esos aldeanos al menos tengan algo para calentar las tripas.

—Seguro que sí —dijo Arán—. ¿Cuánto dinero nos queda?

—Suficiente —repuso el médico—. El bueno de Lucano recibió una buena suma de manos de Tito después de lo de la Antonia.

A Arán le resultaba extraño oír en boca del griego el nombre romano de Noreno.

—Espero que esté bien —dijo el cántabro.

—Es un buen muchacho —dijo Teómaco—. Y ya se encarga Marcelo de que no le pase nada.

Marcelo, aquel hombre al que tanto habían temido al alistarse, aquel cántabro al que durante un tiempo habían considerado un renegado, resultó ser clave en su huida. ¿Por qué se había prestado a ello? No lo sabría nunca.

Durante las horas que Arán había pasado encerrado en aquella celda de la Antonia, el joven se había estado preparando para morir, para sufrir en la cruz la condena reservada a todo desertor, ya fuera de un bando o de otro. Pensó que su vida se apagaría contemplando las murallas de Jerusalén, temió el momento en el que los clavos le mordieran las muñecas y los tobillos y se despidió, quedamente, de todo y de todos, incluso de su hijo, a quien jamás tendría ocasión de conocer ni de estrechar entre sus brazos. Les había rogado a todos los dioses que conocía, no por su bienestar, pues se sabía condenado, sino por el de Ruth. Pero entonces entraron en la celda Marcelo y Noreno, con comida, agua y ropas limpias y le dijeron que los siguiera.

Juntos, los tres cántabros recorrieron la explanada de la Antonia, pasaron los diversos puestos de guardia apostados en la fortaleza, en la Ciudad Nueva, en el muro de circunvalación y en el campamento que habían levantado las legiones en el campo de los asirios. Gracias al rango de Marcelo nadie les dio el alto.

Llegaron entonces a la enfermería, donde los esperaban el borracho de Teómaco y Ruth.

—¿Puede caminar? —le preguntó el prefecto al médico.

—A duras penas, pero sí —respondió Teómaco.

—A dos millas al norte hay una aldea calcinada —dijo Marcelo—. Aún queda algún muro en pie que os puede servir como resguardo. Dirigíos allí y esperad hasta haberos recuperado. Luego podéis dirigiros a la Decápolis y de allí a territorio parto. Teómaco os acompañará hasta Filadelfia.

—¿Os arreglaréis sin mí? —preguntó el médico.

—Mejor de lo que imaginas —dijo Marcelo—. Poneos en marcha ya, antes de que amanezca.

—Gracias —acertó a decir Arán—. ¿Cómo puedo agradecer...?

—Manteniéndote con vida —dijo Noreno.

Mientras el prefecto le entregaba a Teómaco una bolsa repleta de dinero, Noreno y Arán se abrazaron con fuerza.

—¿Cómo le has convencido? —preguntó el desertor en un susurro cuando sus labios se acercaron al oído del soldado.

—Diciéndole que si no me ayudaba sería yo quien desertase.

—¿Y qué le importa a él?

—Créeme, le importa. —Se miraron a los ojos—. ¿Puedo pedirte un favor? —preguntó Noreno.

—Lo que sea.

—Cuando nazca tu hijo, llámale Noreno.

—Así lo haré —dijo Arán con una triste sonrisa.

—Adiós, amigo mío. Nunca te olvidaré.

—Adiós —logró decir Arán.

Una vez en Filadelfia, Teómaco, en vez de volver a Jerusalén con las tropas, tal y como estaba previsto, había dicho algo así como «Que les jodan, ya he tenido suficiente, ha llegado el momento de ver nuevos mundos. Siempre quise recorrer Persia y seguir los pasos del gran Alejandro». Y así, el griego había decidido sumarse a la caravana que habría de llevarlos a la seguridad del imperio parto, donde, por lo visto, había una extensísima comunidad judía que vivía en paz y libertad.

Aquel hombre excéntrico decía que, a veces, su amigo Valerio le visitaba en sueños.

Ruth dijo algo en su idioma al contemplar, pasmada y llena de esperanza, la inmensidad del Éufrates, promesa de libertad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Teómaco.

—Que Dios ha escuchado sus ruegos —contestó Arán.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa con los ruegos de todos los demás? —dijo el griego—. El mundo sería un lugar mejor si la gente dejara de lado tanta superchería.

Arán se limitó a encogerse de hombros.

Cuando llegaran a Ctesifonte se dirigirían al barrio judío. Allí encontrarían

alojamiento y trabajo.

Noreno ben Aarón. El nombre que había de darle a su hijo era extraño, una mezcla imposible, como el agua y el aceite. Pero le gustaba. Noreno ben Aarón. Ruth no tardaría en dar a luz.

Recordó la última estrofa de la canción que compusiera Turenno para la cohorte:

¿Me dices qué hago tan lejos?

¿Me dices que a dónde voy?

No me importa, no lo niego,

porque Cantabria soy yo.

Su tierra, a pesar de estar cada vez más lejana, seguía latiendo con fuerza en su interior.

El cántabro sonrió.

EPÍLOGO

CANTABRIA

PRIMAVERA 91 D. C.

Quinto Lelio Lucano dejó cuatro ases en la mesa de madera. El doble de lo que le había pedido el joven tabernero por la jarra de cerveza que le acababa de servir. Las monedas mostraban la efigie del hombre que ahora ostentaba la púrpura: Tito Flavio César Domiciano Augusto, segundo hijo de Vespasiano y hermano menor de Tito.

El joven tabernero, solícito y en latín, le preguntó al veterano si deseaba algo más.

—No —repuso Lucano.

Mediaba la tarde y la taberna de Julióbriga estaba prácticamente desierta. En el exterior la lluvia castigaba el suelo embarrado. Cada una de los cientos de pisadas que moteaban el camino se había convertido en un charco, y de los tejados caían torrentes formando una cortina de agua a través de la cual era imposible ver más allá de tres palmos. Se oyó un trueno lejano.

Al menos el caballo y la mula de Lucano estaban a buen resguardo en el establo del establecimiento. Aquel era un buen animal, originario de las estepas escitas, que había pertenecido a un jefe dacio. La mula, por el contrario, era una joven bestia de carga, comprada en Tarraco poco después de desembarcar para acarrear los dos fardos que contenían todas las riquezas y posesiones del romano.

—¿Eres legionario? —preguntó en latín el muchacho de pelo castaño y ojos azules. Debía de rondar los quince años.

—Licenciado, hace unos meses —dijo Lucano después de darle un trago a la jarra.

—¿Y qué te trae aquí? Seguro que hay lugares mucho más apacibles que Cantabria. Y menos apartados de cualquier ruta comercial. Aquí solo hay barro y mierda. He oído hablar de Caesaragusta. Me gustaría ir algún día. Y Roma. Me gustaría ver Roma. ¿Conoces Roma?

El veterano asintió. Sí, conocía Roma. Había marchado por sus calles en

formación, a la cabeza de la Cohors II Cantabrorum, junto a Marcelo, entonando la canción de Turenno, siguiendo la estela del carro triunfal de Tito, aclamados por una muchedumbre enardecida, acompañados de miles de cautivos, entre ellos Simón bar Giora, y de todos los tesoros que habían sido expoliados del Templo de Jerusalén. ¿Cuánto hacía de aquello? ¿Veinte años?

—¿Es tan grande como dicen? —preguntó el joven.

—¿El qué?

—Roma.

—Más de lo que puedas imaginar.

—Algún día iré. Algún día dejaré esta pocilga y... Quizá pueda enrolarme en las legiones. ¿Es difícil? ¿Qué hay que hacer?

—¡Boddo! ¡No molestes al señor! —rugió en el idioma de los cántabros una voz masculina y autoritaria desde la cocina.

El joven se crispó.

—Tengo que irme. Mi padre me llama —dijo Boddo a modo de disculpa.

Mejor. Quinto Lelio Lucano no tenía ganas de hablar. Era como si la charla hasta el amanecer con aquel extraño, de noche, a la luz de la hoguera, le hubiera vaciado el alma. ¿O había sido una extraña?

Veinticinco años atrás, el muchacho que había sido, ese Noreno desbordado de sueños, había quedado deslumbrado por Julióbriga. Hoy, en cambio, la diminuta ciudad se le antojaba eso: una aldea insustancial en medio de un páramo lluvioso, frío y alejado de todo. El romano apuró la jarra y levantó la mano para pedir otra. Boddo acudió raudo y rellenó el recipiente. Lucano volvió a dejar cuatro ases en la mesa.

—Cuéntame, muchacho —dijo el romano—. ¿Alguna vez has oído hablar de la Cohors II Cantabrorum?

—No, señor —respondió Boddo al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Y de las guerras entre cántabros y romanos?

—¿Guerras, señor? ¿Entre cántabros y romanos? No, nunca he oído hablar de tal cosa.

El veterano asintió, levantó la jarra de cerveza y hundió el rostro en ella para dar otro trago. Y tuvo la sensación de que el mundo de su abuelo se había desvanecido por completo. El latín de Boddo no era del todo correcto, pero parecía sentirse más cómodo en esa lengua que en la de su padre. Precisamente lo mismo que le ocurría él. ¿Sería capaz de articular una frase seguida en su idioma materno?

Lucano pasó la noche en una de las habitaciones de la taberna y soñó con Arán y con la guerra de Judea, con los gritos, con el sudor y la muerte. Con la ciudad devastada, en llamas.

Despertó antes del amanecer, cuestión de costumbre. Ensilló su caballo, cargó todas sus pertenencias en la mula y abandonó Julióbriga cuando la ciudad aún dormía. Tomó la calzada que llevaba al norte y que se perdía entre colinas boscosas y colosales montañas aún coronadas de nieve. A juzgar por el caudal de los ríos, el invierno debía de haber sido duro y largo. El viento aún llegaba gélido del norte, pero esa mañana, después de que las negras nubes se hubieran descargado por completo sobre la tierra de los cántabros, el sol se dejó ver, aunque sin llegar a calentar del todo.

Lucano recordaba perfectamente el camino que llevaba a la que había sido su aldea. Superó la inmensa cordillera e inició el descenso hacia los valles. Abandonó la calzada para seguir unos caminos creados por la costumbre, los mismos que Arán y él recorrieran un cuarto de siglo atrás. Nada parecía haber cambiado demasiado, salvo él. El viajero se cruzó con pastores que le rehuían la mirada mientras guiaban hacia los pastos frescos de altura a unas reses escuálidas. Vio buitres describiendo círculos en el cielo y, por la noche, al acampar, oyó aullar a los lobos. Y echó de menos hablar con el extraño.

A la mañana siguiente, sin apenas haber dormido, reemprendió la marcha. Volvió a superar y a descender cumbres embarradas, a cruzar arroyos y a agacharse para evitar las ramas bajas de robles y hayas. Hasta que por fin, cuando caía la tarde, a lo lejos, divisó la silueta negra del viejo castro y, a sus faldas, el puñado de chozas junto al río, tal y como las recordaba. Nada había cambiado. Se detuvo un instante a contemplar la escena. Oyó ladrar a un perro en el valle. Las familias volvían a sus hogares después de las labores de siempre, del ciclo interminable y miserable de días, meses, estaciones, años..., siglos.

En esos veinticinco años el mundo había visto emperadores caer y alzarse, había visto guerras, se habían destruido ciudades y se habían levantado otras nuevas, circos, acueductos, puertos, calzadas, riquezas que iban de un lugar a otro. Pero la aldea seguía igual, idéntica, estancada en el tiempo, como el agua en la charca, anclada en el valle.

Un rayo había calcinado el viejo tejo.

Lucano hundió los talones en los flancos de su montura para dirigirse a la aldea. El veterano no recorrió más que diez pasos antes de tirar de las riendas para detener su montura de nuevo. Observó la aldea desde la distancia. «El

retorno a Ítaca siempre es decepcionante», había dicho Teómaco.

Ese ya no era su mundo. ¿Lo había sido alguna vez?

Quizá fuera mejor no sepultar sus recuerdos en la tumba de la realidad. Quizá fuera mejor que Aia siguiera teniendo quince años y que su madre siguiera siendo joven. Que siguieran viviendo en él para siempre. Quizá fuera mejor...

El romano emitió un quedo suspiro, tiró de las riendas, volvió grupas y empezó deshacer el camino recorrido.

Hacían falta hombres con experiencia para servir en las legiones de Dacia y Britania.

Sliema, 16 de enero de 2018

NOTA DEL AUTOR

La revuelta judía fue un conflicto complejo que me ha sido imposible abarcar por completo pero que espero haber descrito con suficiente solvencia dentro de lo que me permitían la trama y el desarrollo de la novela. Hay muchísimas cosas que me hubiera gustado abordar pero que, desgraciadamente, se han quedado en el tintero. Una de ellas, aunque no la única, ha sido el sitio de Masada, último episodio de la gran revuelta que ha quedado grabado en el imaginario popular de los judíos como icono nacional de valor, tesón y resistencia, aunque su relevancia militar fuera mínima. Sirvan estas líneas de disculpa.

¿UNA COHORTE DE CÁNTABROS EN JUDEA?

«Los mismos cántabros, que de todos estos pueblos eran los más aferrados a sus hábitos de bandidaje, así como las tribus vecinas, han sido reducidos por César Augusto; y ahora, en lugar de devastar, como antes, las tierras de los aliados del pueblo romano, llevan sus armas al servicio de los mismos romanos».

Estrabón, *Geographica III*, 3, 7.

Cualquier persona apasionada por la historia de Cantabria y, particularmente, de la Cantabria antigua, tiene en su biblioteca las magníficas obras *Cantabria Antigua* y *Los cántabros*, del ínclito arqueólogo e historiador cántabro Joaquín González Echegaray (Santander, 1930 – Santander, 2013).

En mi caso, mi ejemplar de *Cantabria Antigua* (Ediciones Tantín) lleva conmigo desde tiempo inmemorial y ha recorrido en mi mochila muchísimos kilómetros. Fue en este libro donde leí por primera vez la «leyenda» de esos espartanos de los que habla Estrabón y de los que dice que habían «conquistado» parte de Cantabria; fue también en este libro en el que leí por primera vez que los cántabros se habían enfrentado a los visigodos en Peña Amaya y donde leí que habían existido dos cohortes cántabras al servicio del Imperio.

Cuando Estrabón escribió que «los cántabros llevan ahora sus armas al servicio de los romanos», estas cohortes aún no estaban formadas (el geógrafo griego murió en el 23/24 d. C.), y lo único que sabemos de ellas es lo siguiente, tal y como describe Echegaray:

«Había dos cohortes de cántabros en la segunda mitad del siglo I a. C. y ambas habían operado muy lejos de Cantabria, según la costumbre romana de enviar este tipo de tropas a países lejanos a su patria de origen. La Cohorte I de los Cántabros nos es conocida a través de un documento de licencia en tablilla de bronce [...]. Por decreto del 7 de febrero del año 78 d. C. se licenciaron los soldados que habían llevado veintiséis y más años de servicio en una serie de cohortes auxiliares que estaban entonces en Moesia y entre las que figura la I de los Cántabros. Parece deducirse de este documento que la Cohorte I de los Cántabros ya existía en el 52 d. C., puesto que en el 78 tenía soldados que llevaban más de veintiséis años de servicio, presumiblemente todo el tiempo en ella. La Cohorte II de los cántabros estuvo, sin embargo, acuartelada en Palestina. También conocemos su existencia a través de un diploma de licenciamiento del año 86».

Por su parte, Eduardo Peralta, eminente arqueólogo e historiador cántabro, plantea en un reciente estudio que la Cohors II Cantabrorum, adscrita probablemente a la X Fretensis como unidad auxiliar, no solo pudo haber tomado parte en la revuelta judía, sino que establece, en virtud de las fechas de los licenciamientos (86, 87 y 90 d. C.), que su reclutamiento debió de tener lugar en tiempos de Nerón (entre el 61 y el 65 d. C.).

Hasta aquí, lo que se sabe de estas dos unidades reclutadas en Cantabria por el ejército romano, es decir, más que suficiente para echar a volar la imaginación y una excelente excusa para abordar un conflicto apasionante como lo es la gran revuelta judía.

Más aún, en los textos de la época hay un par de interesantes menciones a Cantabria de las que tenía que hacerme eco en el relato. La primera, escrita por el propio Flavio Josefo, ocurre cuando el rey Herodes Agripa II se dirige a los judíos después de que el procurador de Judea huyese de Jerusalén con el rabo entre las piernas. En un discurso digno de Homero, el bisnieto de Herodes el Grande menciona a todos los pueblos a los que Roma ha sometido. Entre estos, como no podía ser de otra manera, se encuentran los belicosos cántabros. En el discurso que relata Josefo, el rey les dice a los judíos que si esos pueblos han caído, cómo esperan ellos poder hacer frente al poder del Imperio. Evocador, ¿verdad?

La segunda referencia la escribe Suetonio en su *Vida de Galba*, en la que dice:

«No mucho después cayó un rayo en un lago de Cantabria y aparecieron doce hachas, presagio nada dudoso del poder imperial».

También irresistible.

LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO

Hoy en día, en las bodas judías, es tradición que el novio rompa un vaso envuelto en tela aplastándolo con el pie, momento en el que los invitados gritan «*Mazel tov*» («enhorabuena»). Romper el vaso en mil pedazos simboliza que, a pesar del júbilo que supone el enlace, la felicidad no es completa porque el Templo fue destruido.

Creo que es imposible para nosotros hacernos una idea, aunque sea remota, de lo que significó para los judíos la destrucción del segundo Templo, el terremoto ideológico, moral y religioso que sacudió a un pueblo cuya vida giraba en torno a la morada de Yavé, al símbolo de la presencia de Dios entre el pueblo judío. No creo que haya nada comparable a ello en la historia de la humanidad salvo, quizá, el propio Holocausto. Ni siquiera el saco de Roma por parte de los godos, ni la toma de Constantinopla por parte de los turcos, acontecimientos en mi opinión semejantes en lo ideológico, han perdurado con tal intensidad en el imaginario colectivo occidental como lo ha hecho el fin del segundo Templo en la tradición judía. Quizá porque, aun siendo herederos de Roma, los occidentales ya no nos consideramos romanos.

La guerra acabó con zelotes y esenios, y, en lo religioso, el fin del segundo Templo supuso también el fin de los saduceos, encargados de hacer cumplir los ritos establecidos por la Ley y de mantener el Templo. Serían los fariseos, hombres versados en la Ley y que recorrían pueblos y ciudades enseñándola, interpretándola y discutiéndola los que tomarían el testigo dando lugar al judaísmo rabínico. El judaísmo sufrió una profunda metamorfosis fruto de la conmoción, ya que, de algún modo, el pueblo judío había perdido su contacto directo con Dios. El pesimismo se apoderó del pueblo elegido. Sin el Templo, muchos de los preceptos establecidos en la Ley ya no tenían sentido. Serían los rabinos los que establecieran que el estudio de la Ley y la oración debían convertirse en un medio para mantener vivo el recuerdo del Templo y que los rituales de este debían llevarse a cabo en el corazón hasta que la morada de Dios pudiera ser levantada de nuevo.

La otra gran religión que surge de la destrucción del Templo es el cristianismo paulino. Hasta entonces había existido debate entre la iglesia de Jerusalén, liderada por Pedro, y la interpretación de Pablo de Tarso, que, en muchos sentidos, acaba por desembocar en un Jesús/Cristo con tintes de dios helenístico. La primera seguía siendo judía en toda su esencia, con la diferencia de que veía

en Jesús al Mesías que no tardaría en volver para traer consigo el reino de Dios. Sin embargo, sería la segunda la que prevalecería, más accesible a nivel práctico e ideológico para los gentiles (no se exigía la circuncisión, por ejemplo, y el concepto de una especie de semidiós era mucho más comprensible para el mundo grecorromano). Tanto la revuelta judía como la destrucción del Templo provocaron que los cristianos procuraran distanciarse todo lo posible de su raíz judía. De hecho, teniendo en cuenta que los evangelios se escriben durante y después de la revuelta (Mateo, 66-70 d. C., a Juan, 90-110 d. C.), muchos estudiosos consideran que frases como «Pagad, pues a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» o «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» pretenden, en realidad, abrir esa brecha y congraciarse con Roma marcando distancias con la revuelta y con el judaísmo. Aquello de «Caiga su sangre sobre nosotros» ha sido la gran excusa cristiana para atormentar a los judíos a lo largo de la historia y hasta bien entrado el siglo xx (los musulmanes esgrimen otras razones para condenar y odiar a los judíos). Pero, además, para los cristianos ¿qué significaba la destrucción del Templo sino el rechazo de Dios hacia los judíos?

Más aún, el fin de la revuelta judía, la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo fueron uno de los pilares principales sobre los que se asentó la legitimidad de la dinastía Flavia. La victoria de Tito sirvió para afianzar la posición de su padre como emperador, la suya propia al sucederle y la de su hermano.

«NERONADAS»

Como suele ocurrir en el mundo de la novela histórica, siempre es arriesgado tocar según qué personajes, máxime cuando ya ocupan un lugar en el imaginario popular, como es el caso de Nerón. En este sentido he procurado retratar, con salvedades, al Nerón descrito por Suetonio en su *Vida de los doce césares*. Como cualquier obra de la antigüedad, la de Suetonio no deja de ser tendenciosa, y hay quien la califica de caricaturesca, pero es irresistible hacer lo posible por sacarle jugo. La *Domus Aurea*, la castración de Esporo con el objeto de casarse con él, las representaciones musicales del emperador, su gira griega, su plan para derrotar a Galba componiendo una canción... A todas estas «excentricidades» he venido en llamarlas «neronadas», esto es, situaciones tan trágicas como cómicas protagonizadas por el último Julio-Claudio.

Es importante conocer a Nerón para comprender el porqué del fin de la dinastía Julio-Claudia y el papel que desempeñó su tendencia al despilfarro y la voracidad recaudatoria de Roma durante el período (una voracidad no solo atribuible a Nerón pero de la que es un claro exponente). Para un emperador que no había obtenido victorias militares era importante mostrarse espléndido con sus súbditos. Roma, al fin y al cabo, era una sociedad piramidal cuya argamasa era un sistema clientelar en cuya cúspide estaba el emperador.

«ARREPENTÍOS, PORQUE EL FIN ESTÁ CERCA»

«Lo que más me repugna es la estupidez, particularmente en sus formas más perversas: el racismo y la superstición».
Christopher Hitchens

El 6 de diciembre de 2017, mientras le daba los últimos retoques a *Al servicio del Imperio*, Donald Trump, presidente de los Estados Unidos de América, anunciaba que su país reconocía Jerusalén como capital del estado de Israel. Su anuncio recibió el aplauso de la comunidad judía ortodoxa y ultraortodoxa y del evangelicalismo, así como la condena de la comunidad musulmana y de no pocos líderes mundiales. Como no podía ser de otra manera, el anuncio desembocó en altercados y protestas a lo largo y ancho del mundo musulmán.

En una carta dirigida al presidente y que no puedo evitar citar, el Gran Rabino Shmuel Eliyahu le decía a Trump:

«Tiene usted el privilegio de ser el primer presidente en reconocer Jerusalén como la eterna capital del estado de Israel. Tenemos el privilegio de estar viviendo en una generación que está siendo testigo de cómo las palabras de los profetas se vuelven realidad. Los judíos están llevando a cabo la aliyá (retorno a la tierra prometida) y vuelven a la tierra de Israel desde todos los confines del mundo. Israel triunfa sobre sus enemigos una y otra vez, las montañas de Israel producen abundancia y la economía crece con fuerza. Tenemos el privilegio de estar viendo la reconstrucción de Jerusalén. “Los niños juegan por las calles” (Zacarías, 8:4) y las profecías se cumplen. Los presidentes de Estados Unidos tienen el privilegio de estar del lado de Israel y de formar parte de la consumación visionaria de los profetas en lo que al retorno a Sión y el restablecimiento del Estado de Israel se refiere. [...] Con este reconocimiento vemos el cumplimiento de otro paso en la materialización de la profecía de Isaías de que las naciones del mundo reconocerán la centralidad de Jerusalén: “Por amor a Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que emerja con resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha. Entonces verán las naciones del mundo tu justicia” (Isaías, 62:1). Confiamos que otras naciones creyentes e iluminadas sigan los pasos de Estados Unidos».

Y es que en los sectores ortodoxos y ultraortodoxos judíos sigue patente la idea

de que cuando se levante el tercer Templo, vuelvan todos los hijos de Israel a la tierra prometida y vuelvan a hacerse sacrificios a Dios, llegará el Mesías y, con él, el tan cacareado fin de los tiempos, o de los días, y el juicio final. Por supuesto, para levantar el tercer Templo, sería necesario convertir la explanada de las mezquitas de Jerusalén en un solar y derribar la mezquita de Al-Aqsa, la Cúpula de la Cadena y la Cúpula de la Roca, desde donde Mahoma ascendió a los cielos en un caballo alado. Por otra parte, la mayoría de los evangelistas, una rama cristiana protestante que en América suma unos cincuenta millones de fieles (votantes de Trump en su mayoría), están convencidos de la verdad de la profecía de los últimos tiempos y creen que una vez que los judíos se hagan con el control de Jerusalén habrá una guerra de civilizaciones. Entonces Jesús aparecerá en toda su gloria y les dará a elegir a los judíos entre abrazar el cristianismo o ser barridos de la tierra por la ira divina.

Y en esas estamos en el siglo XXI. Como siempre, el fin de los tiempos está cerca, así que tendremos que ir arrepintiéndonos de nuestros muchos y variados pecados.

En nuestra querida Europa secular y prácticamente atea, cuna de la ilustración y de la teoría de la evolución de Darwin, donde el culto religioso es una cuestión personal y la verdad revelada por Dios se bate en retirada ante la razón, todo esto nos resulta demencial. Pero esas corrientes existen y los acontecimientos nos demuestran que siguen latiendo con fuerza. Y es que hay sectores en las tres religiones del libro que no solo están convencidos de que el armagedón es una cosa cierta, sino que, además, están impacientes por que ocurra e incluso por provocarlo. Habrá quien diga que solo se trata de una minoría, y no lo voy a negar, pero esas minorías se cuentan por millones de personas. Es más, tal y como dijo Brigitte Gabriel hace no mucho en un foro de debate: «Lo que cuentan son los radicales, no las mayorías. Son los radicales los que degüellan y masacran, las mayorías son irrelevantes. Consideremos las lecciones de la historia: la mayoría de los alemanes eran gente pacífica, pero los nazis marcaron las pautas y murieron 60 millones de personas. La mayoría pacífica resultó ser irrelevante. En Rusia murieron 20 millones de personas, la mayoría pacífica resultó ser irrelevante. La mayoría de los japoneses eran pacíficos, pero eso no evitó que los japoneses asesinaran a 12 millones de personas en China a bayonetazos. El 11 de septiembre de 2001, con 2.3 millones de musulmanes viviendo en Estados Unidos, solo hicieron falta diecinueve radicales para poner a América de rodillas, la mayoría pacífica fue irrelevante. Va siendo hora de echar la corrección política a la basura».

Por supuesto, el fin del mundo siempre ha estado cerca porque las señales siempre han estado ahí tal y como describieron los profetas: corrupción, desigualdad, guerras, injusticia, catástrofes naturales. Jesús de Nazaret estaba convencido de que el juicio final era cosa de días: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca» (Mateo, 3:2). El galileo instaba a sus seguidores a dejarlo todo, familia, tierras y riquezas, a no pensar en el mañana porque no habría un mañana, y les decía que antes de que murieran muchos de los que le acompañaban llegaría el juicio final. Comprender la primera revuelta judía es comprender mejor quién fue Jesús de Nazaret y el entorno en el que vivió y predicó de acuerdo con la tradición judía.

Lo mismo que el galileo pensaban los zelotes y muchos de los judíos que lucharon durante la primera revuelta que sirve como telón de fondo a esta novela. También aquellos que se enfrentaron a Roma durante la segunda, la de Simón bar Kojba en el 132. Bar Kojba fue otro «mesías» de tiempos de Adriano que también estaba seguro de que había llegado el momento de la redención de Sión. Y así van pasando los siglos, intentando hacer cábalas e interpretando las escrituras para calcular cuándo llegará el momento. Y digo yo que Dios podría haberlo dejado todo un poco más claro para ahorrarnos tanto sinsabor.

Soy ateo, no recuerdo un momento de mi vida en el que haya creído. Soy incapaz de concebir que una inteligencia superior haya creado el universo, que escucha nuestras plegarias y que tiene un plan para todos y cada uno de nosotros. Eso no quiere decir que no sienta fascinación por las religiones, entre otras cosas porque sería imposible comprender la historia del mundo sin la religión. Entre mis lectores «zero» ha habido quienes me han alertado sobre lo modernas que resultan las frases de nuestro querido personaje Teómaco. Solo quiero decir en este sentido que, en gran medida, la filosofía griega nace como reto a la religión, como parte de esa búsqueda de una explicación racional al entorno: los terremotos, los eclipses, los volcanes y las tormentas nada tienen que ver con los dioses, más bien al contrario. El argumentario de Teómaco está basado en el ateísmo heleno, en Demócrito y los atomistas, en Epicuro y en Lucrecio. Para muchos filósofos griegos, los dioses eran una fabricación humana. En este sentido no puedo dejar de recomendar una magnífica lectura: *Battling the Gods. Atheism in the Ancient World*, de Tim Whitmarsh. El ateísmo puede parecer moderno, pero es casi tan viejo como la religión y hunde sus raíces racionales en la propia cuna del pensamiento filosófico europeo, entre otras cosas porque siempre que alguien ha dicho «Esta es la voluntad de Dios», alguien ha preguntado «¿Y tú cómo lo sabes?».

BIBLIOGRAFÍA

Como siempre, quiero hacer una relación de los libros que me han acompañado a lo largo de esta aventura por si el amable lector quisiera profundizar en el período.

La gran e imprescindible obra de la antigüedad que nos habla sobre la revuelta judía no es otra que la de Flavio Josefo (uno de los personajes de la novela) y, en particular, su monumental *La guerra de los judíos*, una obra comparable a la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides o a las *Historias* de Heródoto. Esta es nuestra fuente principal para el conflicto y, por lo tanto, una parada obligada en la exploración de este. En él me baso para describir los asedios de Jotapata y de Jerusalén, así como los más importantes acontecimientos que salpimentan la novela.

No obstante, tal y como ocurre con cualquier texto antiguo, resulta necesario «destilarlo» y, para ello, he contado con obras magníficas como las siguientes:

- The Jewish Revolt AD 66-73*, Si Sheppard (Osprey Publishing).
- The First Jewish Revolt: Archaeology, History and Ideology*, VV. AA. (Routledge).
- Apocalypse*, Neil Faulkner (Amberley Publishing).
- The Ruling Class of Judea*, Martin Goodman (Penguin).
- The Jews in the Roman World*, Michael Grant (Phoenix).
- Equipamiento militar romano*, Bishop & Coulston, traducción de Yeyo Balbás (Desperta Ferro).
- Battling the gods*, Tim Whitmarsh (Faber & Faber).
- Rome and Jerusalem*, Martin Goodman (Penguin).
- The Forts of Judea*, Samuel Roca (Osprey).
- El ejército romano*, Yann Le Bohec (Ariel).
- The Complete Roman Army*, Adrian Goldsworthy (Thames & Hudson).

AGRADECIMIENTOS

Y, una vez más, toca poner el punto final. Creo que jamás me acostumbraré a llegar a este apartado que siempre supone una especie de despedida, aunque me queda el consuelo de que sin finales no puede haber principios.

Si bien la labor de escribir suele ser, en gran medida, solitaria, nadie ni nada existe en un vacío y menos aún un humilde servidor, que, como mamífero social, necesita de los que le rodean y que, como ser plagado de imperfecciones y dudas, requiere guía en no pocas ocasiones.

Esa guía, ese apoyo y ese cariño sin los que me sería imposible escribir tienen nombres propios y, así como las fallas de lo que escribo son exclusivamente atribuibles a mí, los aciertos se los debo a ellos.

Gracias a Mónica, mi esposa y compañera de viaje, por su paciencia, por su ternura, por su fuerza, por recordarme siempre a tiempo y con una sonrisa que soy un idiota y que me quiere. Por cumplir cada día la promesa que me hizo la noche que nos conocimos: «Yo contigo, al fin del mundo».

Gracias a mi gran amigo Yeyo Balbás, con quien charlar es aprender; gracias por tus siempre atinadas recomendaciones y por dedicarles a mis textos tu tiempo y tu cariño. Agradezco a los dioses que te hayan puesto en mi camino.

Gracias a mi gran amigo Pedro Sosa, incisivo y genial en sus críticas, sabio y sensato en sus apreciaciones, gran conversador y el mejor de los anfitriones. Deberíamos haber vivido a finales del XIX.

Gracias al sin par Javier Tazón Ruescas, único en su especie, gran escritor, gran crítico y gran amigo.

Gracias a Javier Lorenzo, por sus insuperables consejos de guerrero veterano en las guerras de las letras.

Gracias a Carlos Alonso, mi editor, por creer en mí más aún que yo mismo, por empujarme, por animarme, por tu amistad y por tu exquisita profesionalidad.

Gracias a Conchi Gábana, por su dedicación, cariño y escrupuloso trabajo de revisión. Mis libros no serían lo mismo sin ti.

Gracias a mi más antiguo amigo, Pablo Gutiérrez Barbadillo, por ser una constante en mi vida. Por estar ahí.

Gracias a mi gran amigo Federico Pacheco, por poner el perejil a todas las

salsas.

Gracias a Sergio García Mühlach, Bruno Cendón, Pablo Escudero, Oscar Buenaposada e Ignacio Elicegui por esas charlas en torno a kilos y kilos de chuletón de las que siempre hay algo en mis libros.

Y gracias a ti, querido y amable lector. Gracias por dedicarme tu tiempo. Confío en que haya merecido la pena.

CONTENIDO EXTRA

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

PEDRO SANTAMARÍA. Santander, 1975. Es licenciado en derecho por la Universidad de Canterbury, Inglaterra, país donde vivió, estudió y trabajó desde los catorce años. Fue profesor de inglés y español en Taiwán y más tarde volvió a su tierra natal para establecerse definitivamente.

Es autor de seis novelas, todas ellas publicadas en Pàmies: *Okela* (2011), *El águila y la Lambda* (2012), *Peña Amaya* (2014), *Rebeldes* (2015), que le valió el premio Hislibris a Mejor Autor Español de Novela Histórica, *Godos* (2017) y *Al servicio del Imperio* (2018).



Web: pedrosantamaria.com

Twitter: [@PE_Santamaria](https://twitter.com/PE_Santamaria)

Facebook: [Pedro Santamaria](https://www.facebook.com/Pedro-Santamaria)



CONTENIDO EXTRA

SINOPSIS DE *AL SERVICIO DEL IMPERIO*



Año 65 d. C.

Dos muchachos deciden alistarse en una nueva unidad del ejército imperial compuesta exclusivamente por cántabros: la Cohors II Cantabrorum. Jamás han salido de su aldea y tienen un sueño: aprender de Roma para derrotarla. Pero, al contrario de lo que creen, Roma no se encuentra a un par de semanas de camino, ni es una aldea algo más grande que la suya. El imperio que gobierna Nerón es inmenso, mucho más de lo que hubieran podido soñar los jóvenes reclutas, que no saben que, al alistarse, entregan veinticinco años de su vida al emperador.

La Cohors II Cantabrorum será destinada a la otra esquina del Imperio, a la levantisca procuraduría de Judea, donde la presión fiscal, los abusos de la administración romana y las aspiraciones mesiánicas de los judíos amenazan con desestabilizar la zona. Los jóvenes cántabros se verán envueltos en una auténtica

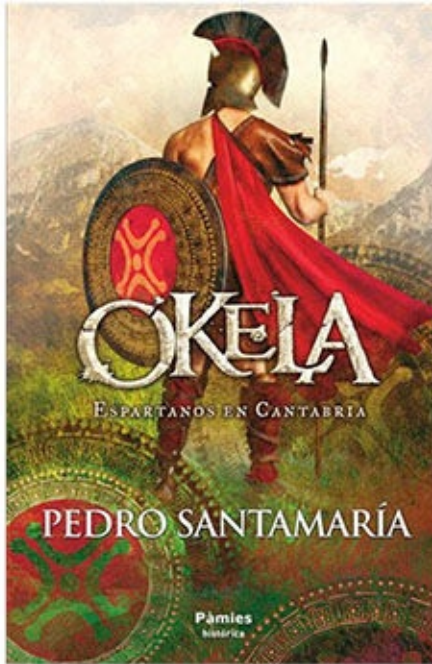
revolución, en una tierra que no comprenden, y tendrán que ejercer de brazo ejecutor de un imperio al que detestan y enfrentarse a un pueblo que lucha por su independencia, tal y como lo hicieron sus abuelos.

La revuelta judía constituirá un terremoto histórico de primera magnitud del que aún, a día de hoy, se sienten las réplicas. La guerra, sangrienta y apocalíptica, contribuirá al final de la dinastía Julio-Claudia y al nacimiento de la dinastía Flavia. Más aún, de las cenizas del Templo de Jerusalén nacerán dos religiones hasta entonces embrionarias: el judaísmo rabínico y el cristianismo.

«Jerusalén: una ciudad portuaria en la costa de la eternidad». Yehuda Amichai

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR EN PÀMIES

OKELA



«... parte de Cantabria fue sojuzgada por los espartanos. Aquí también está Okellas, ciudad que se dice fue fundada por Okela...».

Estrabón, *Geográfica III, 4, 3*

Una vez que han conquistado toda Asia, los persas amenazan ahora a la Hélade con un ejército como nunca antes se había visto. Okela, uno de los generales espartanos, es enviado para comprobar si los informes que llegan a Grecia son ciertos, y se encuentra con que el ejército del rey Jerjes es invencible.

Ante esta situación, los diferentes gobernantes griegos se reúnen para buscar una alianza que les permita impedir la invasión, pero el Oráculo de Delfos envía un mensaje claro a los espartanos: deben buscar las fuentes del «Nilo de Occidente»

para fundar allí una nueva Esparta. Okela será de nuevo el elegido para realizar dicha misión. Junto con trescientos hombres más, deberá abandonar Grecia y dirigirse al Oeste en un viaje hacia lo desconocido.

Los aventureros se verán así envueltos en la lucha entre Siracusa y Cartago, sufrirán los envites de un mar tormentoso y arribarán a las costas de Iberia, donde encontrarán tribus bárbaras que se opondrán a su búsqueda, mientras intentan seguir el cauce del Ebro y crear una nueva nación en el corazón de aquel territorio inhóspito.

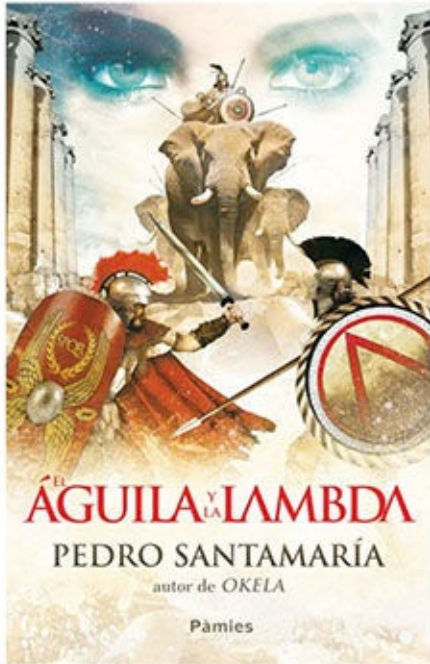
Pedro Santamaría se descubre como un gran narrador, tejiendo una novela trepidante que se sumerge en la Historia para dar una explicación sorprendente sobre el origen de los cántabros.

Lee
los primeros
capítulos:



OTROS TÍTULOS DEL AUTOR EN PÀMIES

EL ÁGUILA Y LA LAMBDA



Primera Guerra Púnica. Año 256 a. C.

Después de casi diez años de guerra, Roma y Cartago se han desangrado mutuamente sin que ninguna consiga imponerse claramente.

Marco Atilio Régulo, recién elegido cónsul, es enviado por el senado a África, al mando de la mayor flota jamás botada por Roma, con el fin de ir conquistando las ciudades que rodean Cartago, estrangular a la capital enemiga y poner fin al conflicto de una vez por todas.

Los púnicos, con un ejército muy inferior al romano y conociendo el prestigio militar de Régulo, se ven obligados a ponerse en manos de Jantipo, un curtido mercenario espartano al que confiarán su futuro. Sin embargo, los despóticos gobernantes cartagineses, temiendo que una vez que se haga con el control del ejército, lo utilice para derrocarles, le encargan a

Arishat, una bella cortesana, que vigile los pasos del espartano; pero ninguno de ellos está preparado para lo que les depara el destino.

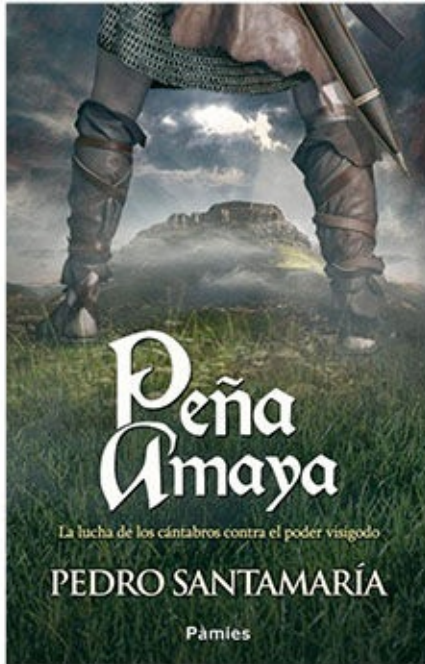
Basándose en los relatos del historiador griego Polibio, Pedro Santamaría narra con fidelidad y un ritmo demoledor la fascinante historia de la primera expedición romana a África, y el trágico y épico desenlace de la batalla de Bagradas, donde se jugará el futuro de Cartago.

Lee
los primeros
capítulos:



OTROS TÍTULOS DEL AUTOR EN PÀMIES

PEÑA AMAYA



Año 572.

Hace un siglo que el Imperio Romano de Occidente ha caído y más de ciento cincuenta años desde la irrupción de los bárbaros en Hispania. Pese a las constantes guerras Cantabria, un país diminuto, se mantiene independiente en parte gracias a la inexpugnable ciudad de Amaya, lugar donde se reúne su Senado.

Después de sus exitosas campañas contra los bizantinos en el sur peninsular, el rey visigodo Leovigildo sitia la ciudad rebelde de Corduba. Pero su ambición va más allá: el monarca pretende unir toda Hispania bajo sus leyes y, para ello, deberá marchar con sus huestes hacia el norte de la península.

Tomás, un joven cántabro que en otro tiempo fue guerrero, ha abrazado la verdadera fe y se ha unido a

Emiliano (San Millán), hombre santo cuya fama se extiende por todo el norte peninsular. Este, en un sueño turbador, verá la destrucción de Amaya y elegirá a Tomás para que lleve la palabra de Dios a los cántabros, paganos en su mayoría, como única garantía de salvación.

Tomás tendrá que enfrentarse a su pasado y a su hermano mayor, Necón, que será el encargado de defender Amaya, y con ella toda Cantabria, del ataque visigodo.

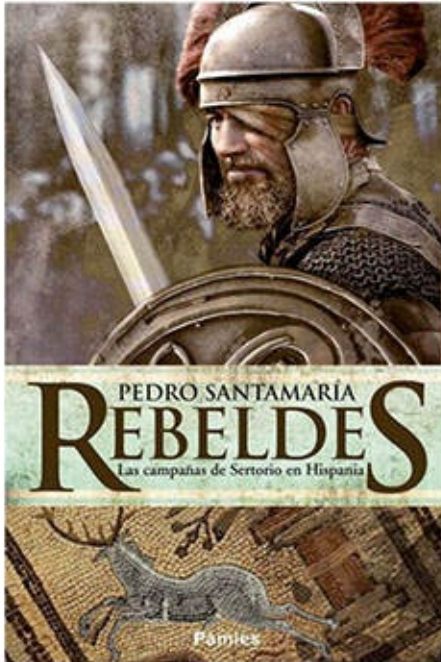
Pedro Santamaría, con su habitual prosa fluida, nos presenta un relato heroico cargado de acción, que reflexiona sobre los límites del amor y la resistencia.

Lee
los primeros
capítulos:



OTROS TÍTULOS DEL AUTOR EN PÀMIES

REBELDES



Año 88 a. C.

Tarde de teatro en Roma. Un hombre corpulento, tuerto y vestido con atuendo militar acaba de llegar al lugar donde se representará la tragedia griega Prometeo encadenado. Los asistentes le ovacionan. Es Quinto Sertorio, el sabino, héroe de las guerras contra cimbrios y teutones, comandante de una de las legiones de Cayo Mario en las guerras sociales que asolan Italia y que enfrentan a la ciudad del Tíber con sus aliados latinos. Esa será la primera vez que Cneo Placidio Mutio, un muchacho de catorce años, vea a Quinto Sertorio. No será la última.

Cinco años después dos hombres ambiciosos y sin escrúpulos se disputan el poder en Roma: Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila. La guerra civil entre estos dos colosos será sangrienta y acabará por aupar al segundo a la cima del poder. Quinto

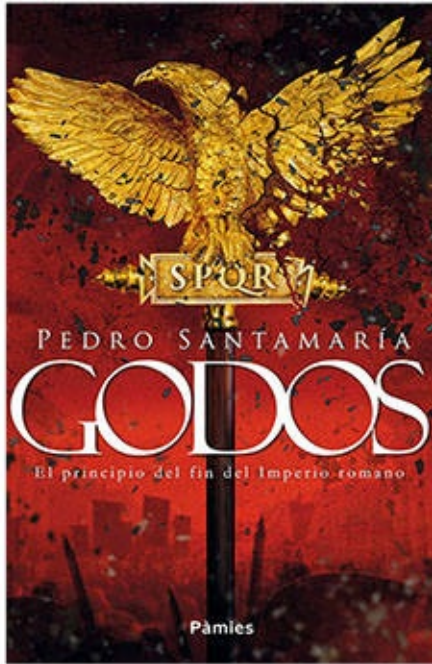
Sertorio, en ese momento procónsul para Hispania, se niega a reconocer al gobierno instaurado por un hombre al que considera un usurpador de la legítima República. Dará así comienzo uno de los episodios más apasionantes y olvidados de la historia de España, en el que un general proscrito, y habilísimo estratega, logrará, con un puñado de hombres, levantar a los hispanos contra el poder del Senado y ponerlo en jaque durante una década. Uno tras otro los ejércitos de la invicta Roma se estrellarán contra el genio militar del sabino. El talento y la capacidad de hombres de la talla de Pompeyo Magno y Metelo Pío se verán puestos a prueba en una guerra larga y agotadora. De todo ello será testigo Cneo Placidio Mutio.

Lee
los primeros
capítulos:



OTROS TÍTULOS DEL AUTOR EN PÀMIES

GODOS



Año 376 d. C.

Un nuevo y extraño enemigo ha irrumpido desde las estepas y lo arrasa todo a su paso. Nadie sabe quiénes son, ni de dónde proceden. Es imposible encontrar información sobre ellos en los archivos imperiales; ningún historiador, ningún geógrafo los ha descrito antes. Son hábiles jinetes, menudos, de piernas arqueadas y extraños rasgos, implacables; son los hunos.

Decenas de miles de godos, incapaces de resistir el empuje imparable de esos demonios, se ven obligados a dejar sus hogares y las tierras de sus antepasados. Solo hay una salida: dirigirse a la frontera del Danubio y pedirle asilo a Valente, emperador romano de Oriente, quien acepta: necesita hombres para sus guerras y campesinos que puedan volver a producir cosechas para el Imperio en las

fértiles llanuras que yacen abandonadas. A los godos se les prometen esas tierras, trabajo y comida en un lugar que consideran luminoso y próspero. Sin embargo, la codicia de los gobernantes romanos acabará por llevar a los godos al límite, y estos se alzarán contra el Imperio.

Arnulf, un joven godo; Alexandra, una muchacha constantinopolitana, y el propio emperador Valente cobran vida en este intenso relato sobre uno de los momentos clave de la historia y sobre la batalla que, para muchos historiadores, supuso el principio del fin del Imperio romano: la batalla de Adrianópolis.

Lee
los primeros
capítulos:

